



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Departamento de Historia Contemporánea

**LAS CLASES ALTAS EN LA SOCIEDAD DE MASAS.
CAPITAL, PODER Y ESTATUS: MADRID, 1900-1950.**

**Tesis para optar al grado de doctor presentada por
MIGUEL ARTOLA BLANCO**

**Bajo la dirección del Dr. JUAN PRO RUIZ
Madrid, 2013**

LAS CLASES ALTAS EN LA SOCIEDAD DE MADRID.

CAPITAL, PODER Y ESTATUS: MADRID, 1900-1950.

**Tesis para optar al grado de doctor presentada por
MIGUEL ARTOLA BLANCO**

**Bajo la dirección del Dr. JUAN PRO RUIZ
Madrid, 2013**

ÍNDICE

Siglas y abreviaturas	9
Agradecimientos	11
 Time, space and social actors: Elites and classes in Contemporary Spain	 15
Elites, class and status in social sciences	15
Power groups in Spanish historiography	20
A new approach to the history of elites	27
 Bloque I. El poder de la clase.....	 33
 1. Finanzas y grandes empresas.	 36
Banqueros, industriales y rentistas	38
Los consejeros	43
Economía privada: salarios, acciones y patrimonio inmobiliario.....	48
El poder de los financieros	55
Factores de cambio en las grandes empresas (1930-1950).....	57
Continuidad y renovación de las élites de las grandes empresas.	62
 2. El poder de la tierra	 69
¿Quiénes eran los terratenientes? Familia y nobleza.....	70
Propiedad y gestión del patrimonio rústico	73
Contornos de una economía rentista.....	76
El cambio agrario.....	80
El ocaso del rentismo agrario	82
Pautas de transición	87
Los nuevos terratenientes	91
 3. La propiedad urbana	 97
Capitalistas, terratenientes y propiedad urbana	98
El núcleo de la propiedad urbana: rentistas y caseros	101
Propiedad y gestión del patrimonio inmobiliario	106
El fin de un ciclo de la propiedad urbana	111
Estrategias de adaptación.....	114

4. Conclusiones: El poder de la clase	117
Las clases altas en Madrid	117
Las clases altas en perspectiva comparada	123
 Bloque II. El estatus de las clases altas	127
 5. Clase y estatus en el espacio urbano	130
La identidad de clase	130
Las ocupaciones. Una jerarquía basada en el prestigio.	134
Aristocracia y alta sociedad	144
 6. Familia y educación	152
El hombre como cabeza de familia.....	153
Las mujeres de clase alta	158
La educación de hijos e hijas	163
El camino hacia la vida adulta	165
 7. Los espacios residenciales	171
Las clases altas en el Madrid liberal	171
El universo social de las residencias de clase alta	179
La vida dentro de la casa	186
Pautas de transformación (1930-1950).....	192
La definición de un nuevo Madrid	200
 8. El consumo	205
El gasto doméstico de las familias de clase alta	206
El servicio doméstico.....	210
Los automóviles.....	220
El ritmo de vida: Viajes, residencias secundarias y cacerías.....	226
Crisis y transformaciones	230
 9. Espacios de sociabilidad.....	235
La sociabilidad informal.....	236
Las fiestas aristocráticas	241
Los clubes de Madrid	247
El repliegue de la sociedad	257

10. Conclusiones: El perfil y evolución de la sociedad aristocrática.....	262
La alta sociedad durante la Restauración	262
Sociedad aristocrática, ¿sociedad burguesa?	265
La disolución de la sociedad aristocrática	267
La alta sociedad en perspectiva comparada.....	269
 Bloque III. La clase alta en el espacio público	273
 11. La cuestión social.....	276
Los proyectos de los reformadores	276
La defensa de las élites	281
La visión sobre las clases conservadoras.....	286
 12. De la Restauración a la II República (1900-1936)	289
La política en la Restauración	289
La política a nivel personal. Redes y clientelas.....	291
El reto republicano.....	299
La respuesta política: entre la adaptación y el inmovilismo.....	304
El desenlace	313
 13. La Guerra Civil y el primer franquismo	315
Madrid: Entre la guerra y la revolución.....	315
El esfuerzo por la contrarrevolución	320
Una nueva España	324
Los retos del primer franquismo.....	327
La aristocracia y las fuerzas monárquicas	333
 14. Conclusiones: Las clases altas durante la quiebra del liberalismo	340
La posición política de la clase dominante	340
La crisis de las clases altas en perspectiva comparada.....	344
 Conclusions	348
The upper classes in mass society	348
The upper classes in a comparative context	351
Theoretical conclusions and political implications	354
New paths of research.....	357

Metodología.....	360
La Contribución sobre la Renta	360
Fuentes económicas adicionales.....	373
Prensa y publicaciones.....	376
Archivos personales.....	378
Fuentes orales	380
 Tablas de apéndice	 381
 Fuentes y bibliografía.....	 409
Fuentes archivísticas.....	409
Publicaciones y periódicos	411
Memorias y textos de protagonistas de la época	412
Fuentes orales	417
Bibliografía.....	418
 Índice de tablas, gráficos e imágenes	 441

Siglas y abreviaturas

ACA – Archivo de la Casa de Alba.

ADM – Archivo Ducal de Medinaceli.

AFM – Archivo de la Fundación Maura.

AFSAE – *Anuario financiero y de sociedades anónimas de España.*

AG – Archivo Gamazo.

AGA – Archivo General de la Administración.

AHBE – Archivo Histórico del Banco de España.

AHBF – Archive Historique de la Banque de France.

AHC – Archivo Histórico del Congreso.

AHN – Archivo Histórico Nacional.

AHPZ – Archivo Histórico Provincial de Zaragoza.

AMI – Archivo del Ministerio del Interior.

ANF – Archives Nationales, France.

APFR – Asociación de Propietarios de Fincas Rústicas.

ARCM – Archivo regional de la Comunidad de Madrid.

AS – Archivo del Senado.

AV – Archivo Viana.

AVM – Archivo de la Villa de Madrid.

BN – Biblioteca Nacional.

CAF – Compañía Auxiliar de Ferrocarriles.

CDMH – Centro Documental de Memoria Histórica.

CEDA – Confederación Española de Derechas Autónomas.

CIEP – Comisión de Información Electoral Permanente.

CHADE – Compañía Hispano Americana de Electricidad.

CNT – Confederación Nacional del Trabajo.

CSB – Consejo Superior Bancario

CTNE – Compañía Telefónica Nacional de España.

FECSA – Fuerzas Eléctricas de Cataluña.

FET-JONS – Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista.

FINARGA – Financiera Arnús y Garí.

INI – Instituto Nacional de Industria.

MAAEE – Ministère des Affaires étrangères. La Courneuve.

MZA – Compañía de los Ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y a Alicante.

PCE – Partido Comunista de España.

POUM – Partido Obrero de Unificación Marxista.

SIPM – Servicio de Información y Policía Militar.

SNAHN – Sección Nobleza del Archivo Histórico Nacional.

Agradecimientos

El desarrollo de esta tesis a lo largo de los últimos cinco años hubiese sido imposible sin el apoyo de múltiples personas e instituciones. En primer lugar, quisiera agradecer a la Universidad Autónoma la formación y recursos que me ha proporcionado desde que inicié mis estudios universitarios en 2004, pero especialmente por haberme concedido una beca de Formación de Personal Investigador con la cual he podido dedicarme a tiempo completo a esta investigación. Durante este periodo, los profesores de los departamentos de Historia Moderna y Contemporánea me han proporcionado muy valiosas sugerencias y críticas dentro de un ambiente marcado por la sinceridad y el espíritu compañero. A resultas de no poder citar a todos, considero que estoy especialmente en deuda con Virgilio Vinto, por proporcionarme unos recursos cartográficos de un valor incalculable, a los profesores Jesús Izquierdo y Carmen de la Guardia, por facilitarme los medios para difundir mis avances en universidades extranjeras, y a Juan Pan-Montojo, que desde un principio no tuvo reparo en leer y comentar los avances de mi trabajo.

Mi vida académica en congresos, seminarios y estancias en centros extranjeros me ha ofrecido la posibilidad de entrar en contacto con diversos especialistas que supieron guiarme en la búsqueda de fuentes y nuevas vías de investigación. Entre ellos quisiera agradecer especialmente a Juan Carmona y Juan Carlos Rojo (Universidad Carlos III), Eugenio Torres, José Luis García Ruiz, Elena San Román y Rubén Pallol (UCM), José Babiano (Fundación 1º de mayo) y François Godicheau (Bordeaux III). Mención aparte merecen los profesores Eric Mension-Rigau (Paris IV) y Sven Beckert (Harvard) por haberme acogido de forma entusiasta en sus instituciones durante sendos periodos de tres meses. Igualmente, estoy muy agradecido a Facundo Alvaredo (Paris School of Economics) por el interés que mostró desde un primer momento en mi investigación y la confianza depositada en mí al financiar la digitalización de diversas fuentes fiscales a través del proyecto de investigación “The long run history of economic inequality”. Por último, no quisiera terminar mis elogios sin mencionar la asidua colaboración del joven doctor José Miguel Hernández Barral (UCM).

El recurso a muy diversas fuentes hubiese sido imposible sin la entusiasta colaboración de múltiples archiveros que supieron hacer frente a mis múltiples (y a menudo complejas) peticiones. Entre ellos quisiera destacar a Daniel Gozalbo, Juan José Villar y Elena Sotelo (Archivo General de la Administración), a Montserrat Pedraza (Sección Nobleza del AHN), Virginia García de Paredes (Archivo del Banco de España), Carmen Cayetano (Archivo de la Villa de Madrid), Alejandra Gil (Archivo del Ministerio del Interior), José Manuel Calderón (Archivo de la Casa de Alba) y Alfonso Pérez-Maura (Archivo de la Fundación Maura). Estoy también muy agradecido a Germán Gamazo, por brindarme la posibilidad de consultar el archivo de su familia, y a las múltiples personas que accedieron a entrevistarse conmigo, especialmente a Jaime Urquijo, José Sáinz de la Cuesta y Jaime Salazar. A un nivel distinto, debo mencionar a Jorge Sancho, Isabel López y Adrián Sánchez, que me brindaron su inestimable colaboración para transcribir los expedientes de Contribución sobre la Renta.

Esta investigación doctoral difícilmente podría entenderse sin el apoyo que me han proporcionado mis amigos y familiares. A nivel personal, mi pasión por la historia ha sido afortunadamente una condición que he podido compartir desde muy pequeño con mi abuelo. Él, haciendo gala de la prudencia que le caracteriza, ha sabido durante estos últimos años hacerme comentarios muy pertinentes sobre las principales conclusiones de mi trabajo. A un nivel distinto, dentro de la universidad, guardo un especial recuerdo de mis compañeros de departamento y de la Asociación Historia Autónoma por su apoyo permanente en congresos, seminarios y otras actividades, pero sobre todo de Cristina, María, Elena, Ángela, Melody, Rubén, Marcelo, Miguel Ángel, Alicia y Álvaro. Igualmente, gracias a Carla Lariot, el último año de redacción y revisión de la tesis ha sido sin duda el mejor de todos.

Por último, no podría terminar sin hacer mención al principal impulsor de esta investigación: mi director Juan Pro Ruiz. Mi interés por la historia de las élites y el diseño de una investigación centrada en la historia de Madrid que recorriera el periodo anterior y posterior de la Guerra Civil, fueron ideas que él me propuso en diversas conversaciones que mantuvimos hace ya varios años. Desde entonces, sus observaciones, combinadas con una gran dosis de espíritu crítico y de búsqueda de la superación, han sido las mejores guías que un doctorando podía tener. Espero que el

resultado no le defraude ni él ni a tantos otros que han puesto un gran interés en este proyecto.

Time, space and social actors: Elites and classes in Contemporary Spain

The first half of the twentieth century is an ideal period to study the social transformations of the Western world. The two World Wars, the Great Depression, the revolutionary upheaval of the working class and the rise of fascism, to cite the most important processes, led to the demise of liberal society. A short glimpse at Spanish history confirms this same trend. In a few decades the country went through four successive regimes –the Restoration, Primo de Rivera’s dictatorship, the Second Republic and Francoism– each of which had a project that largely denied their predecessors. The Civil War, understood as a struggle between social classes and groups, stands as the major event of this period, since in essence it is the turning point in Spanish history.

Within this pattern of social change, it is particularly interesting to study the position of the upper classes. This group, despite its small number, meets the conditions of a collective actor (homogeneity and common identity) and therefore can be analyzed by historians. In addition, the capital, status and power of the upper classes reveal the inequality and hierarchies that exist in every society, thereby introducing a unique vision on which to build historical narratives. Motivated by this interest, the present thesis aims to construct a social history of the Spanish upper classes during the first half of the twentieth century taking the city of Madrid as the specific context to analyze this group.

In this chapter I seek to clarify the theoretical and methodological framework used in this work. The first section is devoted to reviewing the different meanings that surround the concepts of elites, class and status in order to clarify the use that will prevail in this research. The second section presents a state of the art which outlines the main findings of Spanish historiography in relation with contemporary power groups. From these discussions, the following section is devoted to establishing a set of questions, some of which are new, and others are old, that will guide this research. Finally, I will pose some brief comments on the comparative dimension that underlies this work as well as the reasons that explain the choice of Madrid as the spatial framework of this thesis.

Elites, class and status in social sciences

The concepts of elite, class and status have a long tradition in social sciences since they were defined in the late nineteenth and early twentieth centuries. Among them, the concept of elite is the broadest and the one that needs firstly to be defined in order to subsequently trace its relationship with the most precise terms of class and status.

The word “elite” has achieved an outstanding success since it was used in the political and social writings of Vilfredo Pareto, an Italian intellectual from the early twentieth century¹. According to him, the basic principle in any society was that of inequality between persons due to their qualities and attributes. Consequently, Pareto argued that, regardless of the political regime, there was a tendency for the domination of a minority with superior qualities –the elite– against a majority with mediocre characters. The concept of elite was obligatorily linked with an ideological meaning that presupposed that the rise of democracy and subsequent advance of socialism were projects doomed to fail.

After the interwar experience, these ideological connotations linked to the concept of elites were disregarded in academic circles. In the Anglo-Saxon world, Charles Wright Mills argued that America, despite its long democratic tradition, was dominated by a single elite that exercised the economic, political and military power². In contrast, the pluralist school, including prominently Robert Dahl, argued that various elites could coexist in society, since these groups were formed in the defense of short and medium term objectives (local politics, tax burden, urban planning, etc.). However, in the long run, power groups tended to counteract with each other, making it impossible for the existence of a single elite that could dominate society³.

Behind the use of these formulations certain elements have prevailed which would be included in this research. First of all, the study of elites illustrates the need to consider power as a social relation of those who have a higher “chance [...] to realize their own will in a communal action, even against the resistance of others who are participating in the same action”⁴. Additionally, since its origins, elites have been defined as a group in constant renewal, making it particularly interesting to analyze the process of “circulation of elites” outlined by Pareto, which can lead to the recruitment of new individuals to power groups, or simply to the decline of elites making “history the graveyard of aristocracies”. Thirdly, researchers have recognized that under a single concept (elites) they have approached to two distinct processes: *power structure research* and *decision-making process*⁵. The first perspective, which seeks to study the factors and conditions (political, social, economic and cultural) that unite elites is closer to the

¹ Vilfredo PARETO: *Forma y equilibrios sociales*, Madrid, Revista de Occidente, 1967 [1916]. Some of his conclusions were previously exposed by Gaetano MOSCA: *La clase política*, México, FCE, 1984 [1896].

² Charles W. MILLS: *La élite del poder*, México, FCE, 1957.

³ Robert A. DAHL: *Who governs? Democracy and power in an American city*, New Haven, Yale University Press, 1961.

⁴ Max WEBER: *Economía y sociedad*, México, FCE, 1964 [1922], p. 682.

⁵ This difference is clearly exposed in George W. DOMHOFF y Hoyt B. BALLARD (eds.): *Charles Wright Mills and the power elite*, Boston, Beacon Press, 1968.

criteria that define social history, and therefore will be taken as the major reference of this research⁶.

Despite the introduction of these conditions, the concept of elites remains particularly heterogeneous, since it identifies groups with an institutionalized and temporary power (members of Parliament, ministers, company directors) but also those who hold a diffuse or even illegitimate power. Due to this broad definition, in this research I have opted for the narrower category of class. Marx, unlike Pareto, argued that inequality was not a natural condition, but rather a historical process determined by economic exploitation and the control of the means of production⁷. Consequently, inequality in society did not correspond to the difference between elites and masses but to class divisions.

In the late Modern era, Marx and Engels defined the bourgeoisie as the ruling class due to their control of the economic sphere, but also because the State guaranteed their political interests and because their ideas dominated the ideological sphere⁸. Within the Marxist tradition, the concept of class does not refer to an abstract category, but to a social actor constructed in historical terms. This process was explained in the classic Marxist tradition as the transition from a class in itself to a class for itself. Latter on, the same idea was reinterpreted by E. P. Thompson, who surpassed the analysis of economic conditions in order to define social classes as groups constructed as a result of the shared experiences of their members, therefore enabling them to construct a common identity and a set of interests⁹.

Following this tradition, the central subject in this thesis is the ruling class or, using a synonym which stresses a certain degree of heterogeneity, the upper classes¹⁰. This group is more than an aggregate of economic elites, since it refers to a collective actor situated at the heights of society, which owns or controls capital and that can be clearly differentiated from the two other contemporary social classes: the middle classes and the working class. Additionally, even at the cost of revealing the results of my research, I must emphasize that I have avoided the concept of bourgeoisie, since during the first half of the twentieth century this term is more useful to define the middle classes than the upper classes.

⁶ Besides Mills, this perspective has been developed by George W. DOMHOFF: *¿Quién gobierna Estados Unidos?*, México, Siglo XXI, 1969.

⁷ Karl MARX y Friedrich ENGELS: *El manifiesto comunista*, Madrid, Fundación Federico Engels, 1996 [1848]; Karl MARX: *El capital*, Madrid, Akal, 1976 [1890].

⁸ A continuation of Marxist analysis in Ernest MANDEL: *El poder y el dinero*, Madrid, Siglo XXI, 1995; Robert JESSOP: *El futuro del Estado capitalista*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008.

⁹ Edward P. THOMPSON: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989 [1968].

¹⁰ I'm not a fervent defender of the concept of ruling class, since this was a term traditionally linked to structural Marxism, for example, Marta HARNECKER: *Los conceptos elementos del materialismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 1973. The concept of upper classes has been traditionally related to the theories of social stratification, although in this study I have linked it with the Marxist definition of classes.

Taking into account the work of E. P. Thompson and other Marxist historians, the ruling class cannot only be defined by the ownership or control of capital, as this feature acts simply as a precondition for the defense of common interests. However, the historical making of the upper classes must be understood as a process that followed a different path than the one which involved the working class. Generally speaking, social historians have established that the working class was born as it left behind a world dominated by the traditions of artisans and craftsmen, to another in which language, social practices, organizations and protest were determined by class and in which the organization of trade unions and labour parties constituted the ultimate horizon.

Among the upper classes, besides the fact that there is no such a decisive breaking point with regard to the past, the shared experiences of their members went through other parameters, in which popular protests were nonexistent and the organization of employers associations did not even remotely play such an important role. The parallelism could be drawn in the sense that their cohesiveness was expressed through the creation of a discourse that legitimized their social primacy by making that groups with different types of capital –such as landowners, industrialists and financiers– shared a vision that established a set of common goals against those of the working classes¹¹. However, our historical knowledge suggests that this process was marked by the class struggle that arose from below –i.e. the working masses– and that before this process took place it was necessary to build a class identity in the social and cultural sphere¹².

So then, how can we identify the ruling class as a social actor beyond the analysis of economic conditions? In this situation the historian finds itself in the paradox that the people who could be identified as belonging to the upper classes denied vehemently constituting a class. Faced with this problem, those academics who defend the principles of the linguistic turn would likely argue that, in the absence of the concept of class, it is impossible to define a group in such terms¹³. In contrast, the perspective I defend in this work is that behind the apparent absence of class, there was a culture (social practices, norms and discourses) shaped by individuals who lived under similar economic conditions which, in turn, were radically different from those of the working and middle classes.

Upper class families were not fully free to choose between one or another culture (or discourse), but precisely because of their exclusive economic position (ownership of capital,

¹¹ Sven BECKERT: *The monied metropolis, New York City and the consolidation of the American bourgeoisie, 1850-1896*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2001.

¹² James AMELANG: *La formación de una clase dirigente. Barcelona, 1490-1714*, Barcelona, Ariel, 1986.

¹³ Miguel Ángel CABRERA: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Universitat de València y Catedra, 2001.

employment of labour, etc.) they were predisposed to assume the cultural codes and discourses of their counterparts. However, defending the importance of this material realm is compatible with recognizing that social hierarchies and cultural values within the upper classes were not solely determined by the economic environment. In fact, as a way to approach the complex relationship between the economic and cultural spheres in the upper class universe, it is necessary to take into account Weber and Bourdieu's writings in relation with status, capital and habitus as a way to complete the profile of this historical actor.

In Max Weber's work the concept of status refers to a group united by their lifestyle, education and prestige¹⁴. Behind this idea, Weber wanted to insist on the fact that income or wealth level did not determine a specific status and therefore he considered it necessary to separate this category with respect to class analysis. However, Weber's work, perhaps because it is unfinished, does not provide a sufficiently solid basis on which to interpret status groups independently from class society. What he did provide is a set of lucid insights to approach the study of social power in the Modern world, especially in the sense that a one-dimensional approach cannot exhaust this complex issue, thereby choosing to define the nature of power through three combined criteria: economy (class), society (status groups) and politics (authority)¹⁵.

The concepts of capital and habitus developed by Pierre Bourdieu provide a fruitful perspective to reconcile class and status in a same study. Bourdieu chose to extend the concept of capital to refer to economic capital but also to social capital, based on the resources and benefits provided by membership in a formal or informal network, and cultural capital, which refers to both family and academic education, as well as distinctive cultural assets (art, palaces, etc.)¹⁶. Besides this three forms of capital, Bourdieu added symbolic capital, understood as the extra value of any of the above forms of capital constituted through the prestige granted by social actors. Taking into consideration this multifaceted vision of capital, I will define upper class membership in accordance with the accumulation of these four types of capital (economic, social, cultural and symbolic).

¹⁴ Max WEBER: *Economía y sociedad...*, pp. 245-246. Although the term *estamento* is used in the Spanish translation of Weber's book, in this work I have preferred to use the concept of *grupo de estatus*. By doing so I seek to differentiate this definition with the concept of estate [*estamento*] used during the early Modern and which defined a group according to its rights and privileges. The need to separate both categories is of special importance given that the nobility was still in the 20th Century a social actor.

¹⁵ Max WEBER: *Economía y sociedad...*,

¹⁶ Pierre BOURDIEU: *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988; ÍD.: "The forms of capital", en John RICHARDSON (ed.): *Handbook of theory and research for the sociology of education*, New York, Greenwood Press, 1986, pp. 241-258. Pierre BOURDIEU y Jean-Claude PASSERON: *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Barcelona, Laia, 1977.

At the same time, in order to overcome any kind of economic reductionism, Bourdieu recognized that the acquisition of cultural and social capital could not be simply done by making use of money, but it rather required the learning of *habitus*, a concept that refers to the rules, codes and practices that a collective actor expresses in everyday life¹⁷. Within high-status groups, *habitus* refers to the group standards that enable to distinguish individuals who are fully integrated, from those who can only achieve to superficially emulate these practices. Therefore the complete definition of status I will use in this thesis refers to a group that holds a similar type of capital in the economic, social and cultural spheres, and one that also keeps a number of rules, codes, discourses and norms apprehended and internally naturalized (*habitus*)¹⁸.

In conclusion, in this thesis I seek to conduct a social history of the upper classes during the first half of the twentieth century by exploring three complementary axes. Firstly, although class is a group defined in more restricted terms than elites, it also participates in the same logic of power relations. Additionally, by taking a class approach I am seeking to point to the economic conditions that place the upper classes as the hegemonic actor in contemporary societies. Finally, in order to understand the historical making of the ruling class in social and cultural terms, it is necessary to make an approach that necessarily leads to the introduction of status as a variable partially conditioned by class analysis.

At the end, although it may seem that I am extending myself into three different groups, the development of this research will show how in historical terms class, status and power interacted within a same social actor. The three dimensions that Max Weber suggested in his writings will outline the structure of this work into three thematic blocks (economy, society and politics).

Power groups in Spanish historiography

This brief overview on the possibilities of defining power groups has been clearly reflected in the way historians have approached the study of Spanish contemporary elites. Making a review of the main academic interpretations has the double objective of taking into account the most important conclusions and debates concerning the nature of power groups during the first half of the twentieth century, while at the same time it points to those issues that have remained untouched or simply ignored by historians.

The history of elites during the 1900-1950 period has not been equally treated, since historians have generally prioritized the study of the most stable regimes: the Restoration and

¹⁷ Pierre BOURDIEU: *La distinción...*, pp. 99-100.

¹⁸ Bourdieu did not use the concept of status, therefore referring to status groups as class fractions. However, in this study I have preferred to use the concept of status groups in order to make easier the conceptual differences.

Franco's dictatorship. For a long time the former represented the favorite period to study power groups and nowadays it seems clear that this vast amount of works have produced a certain degree of thematic saturation. In contrast, the study of elites during Franco's regime took more time to attract attention, although recent academic research provide sufficient elements to place a state of the art on the position of power groups.

Beyond the differences regarding the depth and development of academic studies, the division established in historiography in the study of Restoration and Francoist elites has led to a number of drawbacks. First of all, despite the chronological proximity of both periods, there has hardly been a reciprocal debate among historians of elites. For example, although it may seem a big surprise, there has been very little feedback in the development of problems, hypotheses and conclusions concerning the history of elites during the end of the monarchy and early Francoism. Also, the prevalence of a periodization with a clear political bias has been detrimental to considering the points of social change and disruption that affected elites. In this case, the most striking fact is that the Civil War, despite being the most studied event in Spanish history, generally has not been considered a landmark among historians of elites. Therefore, although this work clearly seeks to overcome this preset time frames, it is also necessary to consider separately the state of historiography of Restoration and Francoist elites.

*Elites during the Restoration era*¹⁹

From a present perspective there is a general consensus in characterizing the Restoration regime as a system that guaranteed elites hegemony. The first formulations in this direction came precisely from the most vehement critics of the system, but most prominently of Joaquín Costa and others *regeneracionistas*, who identified the prevailing electoral fraud and political corruption as a byproduct of a broader phenomenon –*caciquismo*– which placed a particular type of elites –*caciques*– as the dominant player in society²⁰. Implicitly *caciquismo* was understood as a symptom of Spanish backwardness, a “new type of feudalism” that hindered the modernization of the country as it had taken place in the rest of Europe. Over time, even though *regeneracionistas* politically failed, Costa's interpretation on the nature of *caciquismo* had an outstanding success in becoming the hegemonic interpretation within intellectual circles until the outbreak of the Spanish Civil War²¹.

¹⁹ For writing this section I have inspired myself in the work of Javier MORENO LUZÓN: “La historiografía sobre las élites en la España liberal”, en Rafael ZURITA y Renato CAMURRI (eds.): *Las élites en Italia y en España (1850-1922)*, Valencia, Universitat de València, 2008, pp. 27-42.

²⁰ Joaquín COSTA: *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: Urgencia y modo de cambiarla*, Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1975 [1903].

²¹ A precise analysis of the legacy of Costa in Juan PRO: “La política en tiempos del Desastre”, en Juan PAN-MONTOJO (coord.): *Más se perdió en Cuba: España, 1898 y las crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, pp. 191-215.

Later on, with the establishment of Franco's dictatorship, *caciquismo* and the politics of the Restoration era were two phenomena deemed to be forgotten and therefore it was not until the 1960s that historians readdressed this problem. At that time, influenced by the French *Annales* school, Marxism and a new kind of economic history, the historian Manuel Tuñón de Lara elaborated a new comprehensive interpretation of Restoration elites that even nowadays continues to be a key reference²². Tuñón's work wanted to explain the nature of *caciquismo* but also sought to analyze the stability of the monarchy and the causes that had prevented a democratic reform of the political system. In general terms Tuñón broadly agreed with Costa's analysis in placing the earliest roots of *caciquismo* in Spanish backwardness, therefore regarding it as an obstacle to modernization.

However, Tuñón went beyond those visions which analyzed *caciquismo* as a purely political phenomenon, giving greater weight to economic and social factors in order to construct a class analysis. As a starting point, Tuñón noted that throughout the nineteenth century there were two different social actors: aristocracy and the bourgeoisie. The first one was formed by the most important noble families which, broadly speaking and with very few exceptions, had managed to survive the transition from the Old Regime to capitalism. In contrast, the bourgeoisie was a class formed from the development of trade, the disentanglement of church property and through the slow industrialization of Catalonia and the Basque Country. According to Tuñón, the decisive process took place in the late nineteenth century through the merger between the top sectors of both social classes, leading to the emergence of a power bloc [*bloque de poder*] as the dominant actor in society.

Within this analysis, it is true that Tuñón considered that each group held a series of peculiar features. For example, the power and wealth of aristocracy remained linked with large rural holdings, while the bourgeoisie developed new industrial and financial business. But over time, these differences were reduced due to the granting of noble titles to bourgeois families or through the marriage with aristocratic families. At the same time Tuñón's conclusions were very stark. *Caciquismo* was explained as a way in which this power bloc prevented any kind of political and social change, making it decisive for the strength of the Restoration regime and the subsequent failure of democracy in Spain.

Tuñón's theses had a marked impact on a whole generation of historians. From the 70s until today there have been countless debates concerning Tuñón's writings and precisely, given the global implications of his hypothesis, he encouraged the development of the history of elites in very different ways. The political history was the first area in which certain historians (Carr,

²² Manuel TUÑÓN DE LARA: *La España del siglo XIX*, Madrid, Akal, 1960; ÍD.: *Historia y realidad del poder*, Madrid, Edicusa, 1967; ÍD.: *Poder y sociedad en España, 1900-1931*, Madrid, Espasa, 1992.

Varela Ortega, Romero Maura) confronted Tuñón's ideas by denying that *caciquismo* was a byproduct of class relations or that it expressed the political project of the ruling classes²³. These historians, following a perspective close to functionalism, interpreted *caciquismo* as a mechanism of adaptation and mediation between the State and local powers which was born in the heydays of liberalism. Subsequently, this approach has continued through regional studies, although there has also been an effort to construct a new definition of *caciques* and *caciquismo* as two phenomena with an eminently political and social nature, unrelated with the power of the upper classes²⁴.

In the meantime, while the debate concerning the nature of *caciquismo* gradually moved towards a specific type of political and social history mostly concerned with local matters, in the 1990s other historians readdressed the relationships between political and economic elites at a national level. In this sense, the work of Mercedes Cabrera and Fernando del Rey constituted a major historiographical turn by pointing to a set of conclusions that were at clear odds with Tuñón's thesis. In their most important work –*El poder de los empresarios*– they denied the subordination of the Restoration political framework to the interests of economic elites in general and, in particular, to the so-called power block²⁵. From their perspective, economic power groups –defined as employers [*patronos*] and entrepreneurs [*empresarios*]– not only lacked a substantial influence in the political era, but also, when their interests conflicted with those of the political elites, generally those of the latter prevailed. Presently Cabrera and Rey's interpretation, although having been questioned by some historians, have replaced Tuñón's thesis as the dominant paradigm concerning the relationship between political and economic power in Spanish history²⁶.

In economic history the debate concerning the nature of elites transited more smoothly between old and new paradigms. During the 1980s, historians influenced by Tuñón sought to study some features of the power block, tracing for example their role in corporate boards of directors or analyzing the transfer of wealth from aristocracy to bourgeoisie families²⁷. After

²³ Raymond CARR: *España 1808-1939*, Barcelona, Ariel, 1970; José VARELA ORTEGA: *Los amigos políticos. Partidos, elecciones, y caciquismo en la Restauración (1875-1899)*, Madrid, Marcial Pons, 2001; Joaquín ROMERO MAURA: "El caciquismo: tentativa de conceptualización", *Revista de Occidente*, 127 (1973), pp. 15-44.

²⁴ José VARELA ORTEGA (dir.): *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Madrid, Marcial Pons, 2001.

²⁵ Mercedes CABRERA y Fernando del REY: *El poder de los empresarios. Política y economía en la España contemporánea (1875-2010)*, Madrid, Taurus, 2002.

²⁶ A criticism of Cabrera's and Rey's work in Juan PRO: "De empresarios modernos y malvados patronos en la España del siglo XX", *Papeles de economía española*, 73 (1997), pp. 294-304; ID: "Una historia complicada", *Revista de Libros*, 78 (2003), pp. 5-7. A response of both authors in Mercedes CABRERA y Fernando del REY: "Los empresarios en la España del siglo XX", *Revista de Libros*, 79-80 (2003), p. 58.

²⁷ Santiago ROLDÁN, José Luis GARCÍA DELGADO y Juan MUÑOZ: *La formación de la sociedad capitalista en España, 1914-1920*, 2 vols., Madrid, CECA, 1973; Ángel BAHAMONDE: "Crisis de la

this first phase economic historians turned away from the decisive explanation in Tuñón's work –the historical making of the power bloc– in order to study economic elites irrespective of any negative connotations. The path followed by rural historians illustrates how old problems could coexist with new concerns. For example, the study of landowners and estate management was, and even remains today, a matter of great importance for academics. However, while the first historical works devoted to study landowners were lopsided in defining a group with a conservative and rentier mentality which were unable to bear any risk, in subsequent studies the emphasis had been placed in studying those structural factors that conditioned landowner's absenteeism above any other consideration²⁸.

In business history the shift in paradigm was clearly more radical. Since this field had barely developed during the 1970s and 80s, its appearance and consolidation in the late 1990s marked a complete break with Tuñón's paradigm. Thereafter, business historians have mostly disregarded the study of the political and social life of economic elites, prioritizing the study of entrepreneurs by pointing to their management skills and above all to their "innovative capabilities"²⁹. Although it would be unfair to consider that all business historians share a common political ground, there is hardly any doubt that behind the formulations of some historians there is some kind of retaliation against the social history inspired by Marxism³⁰.

Finally, although it may seem paradoxical, the social and cultural history of elites has been the less developed area in Spanish historiography. Generally speaking, although some political and economic historians have been concerned with this field, they have generally considered that social and cultural elements play at most a supporting role in the construction of historical narratives. Thus, in the biographies of the most prominent politicians or entrepreneurs there have sometimes been references to their origins, to the building of social networks or even to their consumption patterns, but most of the times these factors only serve to build a background that conditioned the behavior of historical actors³¹. The study of elites in their social environment and in particular to the construction of identities, social spaces, marital strategies or the granting of noble titles have only been explored by a small minority of historians like Gary McDonogh, Maria Zozaya Montes, Jesus Cruz and, most recently, José Miguel Hernández

nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)", in ÍD. y Luis Enrique OTERO (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, vol. I, Madrid, Alfoz y Comunidad de Madrid, 1986, pp. 326-375.

²⁸ One of the decisive works that signalled this turn was that of Juan CARMONA: *Aristocracia terrateniente y cambio agrario en la España del siglo XIX. La casa de Alcañices (1790-1910)*, Valladolid, Consejería de Educación y Cultura de Castilla y León, 2001.

²⁹ Eugenio TORRES: "Introducción", en ÍD. (dir.): *Los 100 empresarios españoles del siglo XX*, Madrid, Lid, 2000, pp. 19-23.

³⁰ For example the prologue of Gabriel TORTELLA, en Eugenio TORRES (dir.): *Los 100 empresarios...*, pp. 13-18

³¹ Some biographies that study this cultural sphere are those of Javier MORENO LUZÓN: *Romanones. Caciquismo y política liberal*, Madrid, Alianza, 1998; Pablo DÍAZ MORLÁN: *Horacio Echevarrieta, 1870-1963. El capitalista republicano*, Madrid, LID, 1999.

Barral³². Tuñón's hypotheses in this area, which pointed to the increasing social cohesion of aristocracy and bourgeoisie, have not been sufficiently explored.

Elites during Francoism

Although chronologically speaking Francoist elites are separated by little more than a decade with respect to their counterparts of the Restoration era, the perspective and assumptions that have guided historians during this timeframe have been qualitatively different. While in relation with the Monarchy, *caciquismo* was the issue that originally motivated the interest in power groups, during Franco's era the analysis of elites has been implicitly linked to the debates concerning the dictatorship's nature. Given that both contemporaries and historians pointed out that Francoism marked a sharp rupture with the preexisting political, economic and social order, the academic debate has focused in identifying the key points of this rupture and, above all, have tried to explain the power basis of the new regime³³.

One of the dominant interpretations since the 1940s until the present day has been the one that identifies early Francoism as a particular variant of European fascism. In historiographical terms, this definition has been promoted both by those who participated in anti-Francoist opposition movements (Tuñón de Lara and Fontana) but also by academics of the democratic era (Julián Casanova and Ismael Saz)³⁴. Those historians that have followed this theory in relation with the history of elites and upper classes have generally agreed in relating the origins of Franco's dictatorship with the challenges confronted by the ruling class by the rising labour movement during the 1930s. Consequently, the outbreak of the Spanish Civil War and the establishment of Franco's regime aimed not only to restore class order, but also to create a new balance of power favorable to landlords and capitalists.

For other scholars, Francoism, not even in its origins, can be assimilated to fascism or other totalitarian projects, therefore considering the regime as an authoritarian dictatorship³⁵. Within this theoretical definition, some authors have tried to explore the ways in which different

³² Gary W. MCDONOGH: *Las buenas familias de Barcelona*, Barcelona, Omega, 1989; María ZOZAYA MONTES: *Del ocio al negocio. Redes y capital social en el Casino de Madrid, 1836-1901*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2007; Jesús CRUZ: *The rise of middle-class culture in nineteenth-century Spain*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2011; José Miguel HERNÁNDEZ BARRAL: *Grandes de España. Distinción y cambio social en España, 1914-1931*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2012.

³³ In order to write this section I have inspired myself in Manuel PÉREZ LEDESMA: "Una dictadura «por la gracia de Dios»", *Historia social*, 20 (1994), pp. 173-193.

³⁴ Josep FONTANA (ed.): *España bajo el franquismo*, Valencia, Crítica, 1986; Julián CASANOVA: «La sombra del franquismo: Ignorar la historia y huir del pasado», en ÍD. et al.: *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Madrid, Siglo XXI, 1992, pp. 1-28; Ismael SAZ: «El primer franquismo», *Ayer*, 36 (1999), pp. 201-221.

³⁵ Juan José LINZ: "An Authoritarian Regime: The Case of Spain", en Erik ALLARDT and Yrjá LITTUNEN (eds.): *Cleavages, Ideologies and Party Systems: Contributions to Comparative Political Sociology*, Helsinki, The Academic Bookstore, 1964, pp. 291-341.

groups and cliques –the so-called *familias* of falangists, military and Catholics– influenced the political landscape³⁶. These historians, by refusing to consider Francoism as a fascist phenomenon, therefore argued that the power groups of the dictatorship were not committed to safeguarding the interests of the ruling class. On the contrary, these academics have highlighted that the elites created by the regime (Franco himself, his cronies and the representatives of the political families) normally prevailed when confronted by the upper classes.

Therefore it is no surprise that these conflicting views concerning the nature of Franco's regime have reflected to a greater or lesser extent in the studies of political and economic elites. Regarding the first ones, the pioneering work of Juan José Linz made an outstanding discovery by pointing to the unprecedented renovation of the political class during the period that went from the end of the Restoration (1923) to the establishment of Francosim in the early 1940s³⁷. Furthermore, following the study of Jerez Mir, it has been generally been accepted that political families (the military, *Falangistas*, Catholics and technocrats) can be differentiated not only in ideological terms, but also because each one formed cohesive power groups of people with similar careers, education and socio-economic profile³⁸. In sum, the vast majority of present day studies of Franco's political elites point to the existence of distinct power bases with respect to the Restoration era³⁹ and also to the emergence of a set of networks and interest groups in the core of the regime which cannot be solely explained in class terms.

Regarding economic elites, traditionally the dominant paradigm has come much closer to defining Francoism as a fascist regime by emphasizing the advantages provided to the ruling class. Within the field of rural history, Carlos Barciela has insisted that the emergence of the black market and falling real wages for labourers were not inevitable consequences of the Civil War, but two processes incentivized by the dictatorship as a way of favoring large landowners⁴⁰. A similar explanation has prevailed in those studies that have sought to explore the position of

³⁶ Javier TUSELL: "Introducción al franquismo" en ÍD. et al. (eds): *Fascismo y franquismo. Cara a cara*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, pp. 28-29.

³⁷ Juan José LINZ: "Continuidad y discontinuidad en la élite política española: De la Restauración al régimen actual", en *Estudios de Ciencia Política y Sociología. Homenaje al profesor Carlos Ollero*, Madrid, s.n., 1972, pp. 361-423.

³⁸ Miguel JEREZ MIR: *Elites políticas y centros de extracción en España, 1938-1957*, Madrid, CIS, 1982.

³⁹ Francisco COBO ROMERO y Teresa María ORTEGA LÓPEZ: "No sólo Franco. La heterogeneidad de los apoyos sociales al régimen franquista y la composición de los poderes locales. Andalucía, 1936-1948", *Historia Social*, 51 (2005), pp. 49-72; Damián GONZÁLEZ MADRID: *Los hombres de la dictadura. Personal político franquista en Castilla-La Mancha, 1939-1945*, Ciudad Real, Almud, 2007.

⁴⁰ Carlos BARCIELA: "Los costes del franquismo en el sector agrario. La ruptura del proceso de transformaciones", en ÍD., Ramón GARRABOU y José Ignacio JIMÉNEZ BLANCO (eds.): *Historia agraria de la España contemporánea. El fin de la agricultura tradicional (1900-1960)*, Barcelona, Crítica, 1986, pp. 383-454.

businessmen and entrepreneurs during Franco's regime⁴¹. However, over the last decade, other historians have argued a contrary thesis, defending that early Francoist economic policy was far from satisfying private interests⁴², pointing to the creation of the INI or to price and foreign exchange controls as evidence of capitalist's subordination to Franco's dictates⁴³.

Finally, it must be pointed out that the study of elites in strictly social and cultural terms under Franco's regime has been a matter that until now has not even been raised as a historical problem. The only significant exception has occurred among historians of political cultures who have studied the speeches, practices and ceremonies that cohered Francoist political families⁴⁴. Beyond this field, the study of those social and cultural elements that delineated elites as collective actors have not yet been addressed, although we must suspect that there may also be a clear contrast regarding the Restoration era.

A new approach to the history of elites

As a general conclusion there is hardly any doubt that one of the main virtues of the historiography of elites lies in its ability to set a unique view on which to build narratives of national history. Although *caciquismo* or Franco's dictatorship are phenomena that integrate a variety of actors, taking as a reference one of them –the elite– it is possible to reconstruct the complex relationship between the political, economical and social spheres of power. However, it is also true that this perspective has frequently underestimated the social and cultural elements that cohered power groups as historical actors, taking most of the times a too simple definition of elites as those involved in political (government, parliament) or economic (enterprises) institutions. The first objective of this thesis is to combine these two trends, that is, placing the dominant groups as part of a general narrative of national history but also, at the same time, developing an analysis of the traits which made them coherent social groups.

A collective actor: the upper classes

Placing myself in the tradition of the history of elites, in this work I seek to study the upper classes. The choice of this group, and not others who have traditionally deserved more attention, is due to a variety of causes. First of all, the upper classes is a collective actor defined

⁴¹ Carme MOLINERO y Pere YSÀS: *Els industrials catalans durant el franquisme*, Barcelona, Eumo, 1991.

⁴² Mercedes CABRERA y Fernando del REY: *El poder de los empresarios...*, titulan el capítulo dedicado al periodo de 1936-1950 "Caminos de servidumbre", un hecho que habla por sí sólo de la perspectiva que defienden.

⁴³ Antonio GÓMEZ MENDOZA: *De mitos y milagros. El Instituto Nacional de Autarquía (1941-1963)*, Barcelona, Edicions Universitat de Barcelona, 2000. Una visión contrapuesta en Francisco COMÍN: "Los mitos y los milagros de Suanzes: la empresa privada y el INI durante la autarquía", *Revista de Historia Industrial*, 18 (2000), pp. 221-248.

⁴⁴ Ismael SAZ: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003; Zira BOX: *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2010

in the intersection of three features (class, status and power) which have rarely been considered together by Spanish historiography and therefore its study enables for a deeper and more complex analysis than the one that has prevailed so far. As a consequence, in this thesis I have not limited myself to any of the concepts used in preexisting narratives, such as bourgeois, oligarchy, businessmen or entrepreneurs, since these definitions are usually restricted to a single trait such as property, illegitimate power, employment of labour or business management⁴⁵. Naturally, I will use these terms when referring to a particular field of power, but in general terms the upper classes constitute the center of this research.

Broadly speaking, the same reasons have led me not to take political elites as the main actor of this research. Although recent academic works have surpassed the vision of the political class as a mere aggregate of individuals who participate in institutions (ministers, parliamentarians, governors, etc.), the fact remains that the study of these elites is mainly focused on exploring the logic of political relationships, but only tangentially take into account any links with economic and social history. Additionally, there is an unsurpassable obstacle in developing a history of political elites during this period, since as it was already pointed by Juan José Linz, there was no political class that survived the historical change of this period⁴⁶. While it is certainly necessary for historians to deepen the study of institutions and political parties, as a principle we can rule out the possibility to conduct a global history of Spanish political elites. On the other hand, the continuity of the upper classes was not in principle as conditioned by the rupture caused by regime changes, and therefore it becomes an actor of particular interest to study the essence of social change occurred during these years.

As the upper classes constitute the central subject of this research, I have opted for a broad study that includes the three areas established by Max Weber in his works: economy, society and politics. In the first one, my starting point was to identify the main ways in which capital was articulated at the time, paying special to land, urban property and corporate power and relating them to an analysis of the patterns of social power. Therefore I have not followed the conventional guidelines of business history, though of course I do analyze certain aspects of the business world. At the same time, I have tried to go beyond the general framework set by social historians during the 1970s and 80s, by combining a quantitative analysis of income and wealth with a qualitative study on the essence of upper class power.

⁴⁵ For a criticism of some of these concepts, Juan PRO RUIZ: «Las élites de la España liberal: clases y redes en la definición del espacio social (1808-1931)», *Historia social*, 21 (1995), pp. 47-69. ÍD.: «Sujetos con poder en la España contemporánea» en J.M. ORTIZ DE ORRUÑO, J. UGARTE y A. RIVERA (eds.): *Movimientos sociales en la España contemporánea*, Madrid, Abada, 2008, pp. 65-82.

⁴⁶ Juan José LINZ: «Continuidad y discontinuidad en la élite política española...»

Along with the study of the economic sphere, I have also given special attention to the social and cultural elements that made the ruling class a coherent collective actor⁴⁷. This emphasis seeks on the one hand to cover the notable absence of studies in this field in the history of Spanish contemporary elites. But also making a social and cultural history is obligatory since, as I previously stated, it is impossible to conduct a study of the upper classes by only considering their economic fundamentals. Therefore, I will construct a social history of the upper classes by focusing on various factors, such as the narratives which sanctioned their social hegemony, but also studying its residential spaces, forms of education, consumption and socialization patterns, since these are elements that define the forms of distinction and *habitus*.

Finally, I seek to explore the ways in which the upper classes acted as a recognized player in the political arena by combining two approaches. On the one hand, as a precondition of any conflict, I aim to define the ways in which different political and social actors conceived their relationships with the ruling class, taking as reference the discourses and images that were propagated in the public sphere. On the other hand, I have sought to define the main forms of political mobilization exerted by the dominant groups, both individually (networks of influence) and collectively (lobbies). In the final analysis, my objective is not to establish a general account of every political event, but to explain political changes experienced by the upper classes and how did these events influence their profile.

A timeframe: 1900-1950

The time scale of my research covers the first half of the twentieth century. Certainly, a detailed study of the upper classes during such a long time seems difficult to bind in a single study. However, I also believe that historians must try to cover a chronology independent of political milestones and which can also explain the main social transformations. Specifically, my narrative considers that the Restoration era, as a unique period in history, enabled for a particular configuration of power relations within the upper classes, and therefore, even a partial study of this group limited to the 1920s, can capture much of its essence. From this dense reconstruction, the rest of the thesis is devoted to studying the factors that modulated historical change during the Second Republic, the Civil War and Francoism, finally exposing the profile of the new dominant groups in the mid-1950s.

This chronology has the advantage of binding together many of the historiographical issues that I pointed out previously. Among them, it is of particular interest to determine whether during the final years of the Restoration era it is possible to identify, both economically

⁴⁷ The need to develop a cultural history has already been pointed by Pedro CARASA: "Hacia una historia cultural de las élites", en Antonio RIVERA, José María ORTIZ DE ORRUÑO y Javier UGARTE (eds.): *Movimientos sociales...*, pp. 11-57; and by Martín RODRIGO and Stephen JACOBSON: "Introducción", *Historia Social*, 64 (2009), pp. 47-52.

and socially, a merger between the upper sectors of the bourgeoisie and the aristocracy. My work also seeks to study the relationship between the political and economic power during the Restoration era and the Franco regime. However, at the same time, it is necessary to pose new questions that until now have hardly been addressed by Spanish historiography. One of them seeks precisely to give further attention to the Civil War, considering it as a decisive turning point in the history of the ruling class. As a hypothesis, it is possible to consider that the war was not only as a unique event in class struggle, which enabled not only the circulation of elites (change of families and individuals, different process of social mobility), but also a turning point in the definition of economic, social and cultural power.

The emphasis on the peculiarities of Spanish history does not eliminate the need to place this research in a comparative study with the Western upper classes. During the 1900-1950 period, but especially during the interwar years, Spain's evolution can be situated within the deep political, economic and social crisis that shook both Europe and America. Although not every country in both continents confronted conflicts of equal magnitude as the Spanish ones, the historical challenges and transformations experienced in this last country can be inserted in a long-term phenomenon which can be designated as the transition from classical liberalism to mass society⁴⁸.

In the nineteenth century, liberalism was a system that sanctioned social and economic inequality within a regime of civil rights and liberties. In this situation, the upper classes enjoyed favorable conditions to exert their control over society and therefore their interests prevailed in politics and economics, but also, in some degree, in arts and humanities. On the contrary, the major events of the first half of the twentieth century –such as the two world wars, the Great Depression, the revolutionary upheaval of the working class and the rise of fascism– made it impossible for the perpetuation of this liberal system. Many contemporaries, especially those who came from elite circles, identified these changes with the rise of mass society. From a present perspective there is hardly any doubt that for these writers the awakening of the masses was understood as a process that posed serious dilemmas for social equilibrium. The old principles of authority, reason and the fulfillment of social rights and duties seemed to collapse in front of a new order that imposed uniformity, vulgarity and mediocrity as standards, therefore resulting in the inevitable triumph of direct action and demagogy⁴⁹.

⁴⁸ I have taken the concept of mass society from Edward ACTON e Ismael SAZ (eds.): *La transición a la política de masas*, Valencia, Publicaciones Universidad de Valencia, 2001, although in this book there is no definition on this concept.

⁴⁹ Rafael CRUZ: "La política de los instintos en el siglo XIX", en Manuel PÉREZ LEDESMA (ed.): *Lenguajes de modernidad en la península Ibérica*, Madrid, UAM ediciones, 2012, pp. 459-489. The dangers of mass society were clearly pointed by José ORTEGA Y GASSET: *La rebelión de las masas*, Madrid, Revista de Occidente, 1962 [1929].

Disregarding these pejorative considerations, the concept of mass society can be used to refer to a timeframe when certain collective actors, such as the middle and working classes, fought to conquer a series of political and economic rights, but also displayed a greater role in the public space. For historians the key issue that remains to be answered is what was the fate of the upper classes and how could they navigate under far more unfavorable circumstances.

A geographical space: the city of Madrid

Finally, it is obligatory to explain why I have chosen Madrid as the spatial center of this research. Until now, historians of Spanish contemporary elites have generally opted to study groups from a national perspective, therefore losing certain details on the social profile of these groups, or have favored local studies whose conclusions are sometimes difficult to generalize. In this dilemma, by choosing Madrid it is possible to overcome some of these problems. Madrid had a strong presence of upper class families due to its dual role as the state capital and main financial center of the country, although it should not be disregarded that it also attained an unbearable social and cultural attractiveness due to its status as a Court city and major center of modernity.

However, this research goes beyond the bounds of a local study, since Madrid serves as a strategic point for considering the spatial dimension of power. On one hand, the power groups who lived in Madrid shared certain types of capital, constructed social networks and enjoyed a public projection that gave them the capability to dominate the entire nation. Their history fully exceeds the local sphere and can be compared in equal terms with their counterparts of European and American capital cities. At the same time, this principle coexists with the basic sense of urban history, which affirms that cities are not neutral spaces that contain diverse economic, social and cultural processes, but are mediums that determine the interaction between social actors. In its multiple dimensions Madrid was, and still is today, a city for elites.

Bloque I. El poder de la clase

Un análisis de las clases altas necesariamente debe partir de las condiciones económicas que cohesionaron a sus integrantes. Aunque pueda parecer una cuestión obvia, la historiografía de la primera mitad del siglo XX no ha sobrepasado el estudio singular de personas o empresas, un hecho que si se compara con la multitud de trabajos sobre los actores colectivos del siglo XIX, permite afirmar que el perfil de los grupos de poder económico resulta mucho menos conocido durante las décadas anteriores y posteriores a la Guerra Civil. En este primer bloque busco precisamente arrojar luz sobre esta cuestión, realizando un estudio de los ingresos y patrimonio de las clases altas. No obstante, como ya señalé en la introducción, mi propósito no radica exclusivamente en señalar el perfil económico las clases altas, sino en tomar estas bases como vía para estudiar su poder social y político.

Mi investigación se ha centrado en las tres principales formas en las que se articuló el capital en la época: las grandes empresas, la tierra y la propiedad urbana. Establecer esta división tripartita tiene la virtud de facilitar el relato por separado de los problemas y debates que han sido identificados en cada ámbito. En términos sociales, mi propósito no ha sido el de diferenciar *a priori* entre terratenientes, rentistas urbanos y capitalistas, sino precisamente en analizar la cohesión de clase que existió entre estos tres sectores. La hipótesis planteada por Tuñón –la fusión de la aristocracia con la burguesía en un bloque de poder– cobra especial relevancia desde un punto de visto económico. ¿Acaso pueden identificarse unas bases comunes de poder entre los terratenientes y capitalistas? Unido a la problematización de esta cuestión, el hilo argumental que guía este relato es el de determinar los problemas que tuvieron que hacer frente las clases altas durante las décadas de 1930 y 1940. La cuestión de fondo no es otra que la de problematizar la continuidad o ruptura de un actor colectivo durante un periodo en el que sí se produjo una marcada transformación de la clase política.

Por último, quisiera señalar de antemano que la principal fuente sobre la que he construido este bloque ha sido la documentación generada por la Contribución general sobre la Renta, un impuesto creado en 1932 que se aplicó únicamente a los grupos de altos ingresos. El gran desconocimiento en términos historiográficos que existe sobre este tributo, unido al problema de valorar el margen de fraude fiscal, me han impulsado a escribir un apéndice en el que detallo la estructura administrativa del impuesto, trato el problema de la evasión y expongo los criterios que he aplicado en el análisis de los datos. Al lector que quiera ahorrarse esta lectura le indicaré que tras haber trabajado

extensamente con esta fuente, creo que existen razones fundadas para pensar que la Contribución sobre la Renta tiene un extraordinario valor para estudiar a las clases altas y que el fraude, que sin duda existía, no invalida los resultados. Además, como podrá verse, mi investigación no está exclusivamente basada en esta fuente fiscal, pues he recurrido asimismo a otras menos sistemáticas, entre ellas prensa, revistas, informes del Banco de España y diversa documentación privada (correspondencia, contabilidad, etc.). De esta forma la base cuantitativa de los datos fiscales queda condicionada desde una perspectiva cualitativa.

1. Finanzas y grandes empresas.

La posición de Madrid a nivel nacional tradicionalmente se ha asociado a su papel como capital del Estado. Sin embargo, ello no debería obviar que en el primer tercio del siglo XX aumentó considerablemente su importancia como uno de los principales centros económicos del país⁵⁰. Una de las pruebas más palpables de este proceso de modernización puede verse en el importante número de grandes empresas, fundamentalmente del ferrocarril, eléctricas y monopolios del Estado, que establecieron en ella su sede. Además, como centro financiero, Madrid gozaba de una posición sin parangón, pues albergaba los bancos oficiales (Banco de España, Hipotecario, Exterior, etc.), los principales bancos privados y la mayor bolsa del país⁵¹. Por último, no debe olvidarse que si bien Madrid no fue en esta época un gran centro industrial, sí albergó una serie de industrias y comercios que proveían de bienes y servicios a una ciudad de casi un millón de habitantes, concediendo un mayor dinamismo económico del que generalmente se ha reconocido⁵².

Si la importancia económica de la capital es fácil de demostrar, más problemático resulta conceptualizar a los grupos sociales que existían tras este universo económico. Dentro de este panorama heterogéneo, el principal problema radica en definir a los actores vinculados con las grandes empresas. Tradicionalmente han existido dos interpretaciones para explicar el impacto social que tuvo la consolidación de la gran empresa moderna⁵³. La tesis de la *managerial revolution* parte de considerar que las mayores dimensiones de las empresas implicaron una necesaria ampliación del capital, que fue paulatinamente diluyendo el control ejercido por los capitalistas como grupo social⁵⁴. El capital de los particulares, con independencia de su volumen, se habría convertido en una simple forma de ahorro y el poder se habría entonces

⁵⁰ José Luis GARCÍA DELGADO: “La economía de Madrid en el marco de la industrialización española”, en Jordi NADAL y Albert CARRERAS (coords.): *Pautas regionales de la industrialización española (siglo XIX-XX)*, Madrid, Ariel, 1990, pp. 219-258.

⁵¹ José María SANZ GARCÍA: *Madrid, ¿Capital del capital español? Contribución a la geografía urbana y a las funciones geoeconómicas de la Villa y Corte*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1975.

⁵² Gloria NIELFA: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes del comercio*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985.

⁵³ John SCOTT: *Corporate business and capitalist classes*, Nueva York, Oxford University Press, 1997.

⁵⁴ Adolph A. BERLE y Gardiner C. MEANS: *The modern corporation and private property*, Nueva York, Commerce Clearing House, 1932.

desplazado a los directivos o gerentes, entendidos como aquellos que controlaban la toma de decisiones en las empresas⁵⁵.

Influidos por la escuela marxista, los defensores de la teoría del capitalismo financiero han establecido una interpretación que coincide en señalar algunos rasgos del proceso, pero llegando a conclusiones opuestas⁵⁶. Desde esta perspectiva, el aumento de las necesidades de capital implicó un mayor protagonismo de los bancos en la gestión empresarial, fomentando en muchos casos la concentración en forma de *trusts* o cárteles. La consolidación de la gran empresa no habría conducido a la dilución del capital o al auge de los managers, sino a la hegemonía del capital financiero dentro de la clase capitalista.

Desde la perspectiva de la historia social, debe señalarse que ambas interpretaciones resultan excesivamente centradas en explicar las lógicas del poder empresarial. Es decir, conocemos mucho sobre los procesos que ocurren dentro de las grandes corporaciones, pero muy poco sobre sus implicaciones fuera de ellas⁵⁷. El perfil social y la identidad de las élites empresariales siguen sin haber sido estudiado suficientemente, e incluso es legítimo preguntarse si las categorías tan frecuentemente utilizadas (altos directivos, capitalistas, banqueros e industriales), refieren sólo a tipos ideales o realmente permiten identificar en términos históricos a determinados actores sociales. El propósito de este capítulo es estudiar a estos grupos no sólo en términos puramente económicos (nivel de fortuna, capacidad de toma de decisiones, etc.), sino también en función de su cohesión e influencia a nivel social. Para ello, he elaborado una muestra significativa de los distintos actores involucrados en el mundo empresarial a partir de dos criterios: capital económico y participación en la toma de decisiones. Mi exposición situará las características de este grupo en el momento final de la Restauración, para posteriormente analizar los factores de cambio que incidieron durante las dos décadas siguientes.

⁵⁵ *Ibid.*; James BURNHAM: *The managerial revolution. What is happening in the world*, Nueva York, The John Day Company, 1941.

⁵⁶ La tesis originaria en Rudolf HILFERDING: *El capital financiero*, Madrid, Tecnos, 1963 [1910]. Un desarrollo posterior en Maurice ZETLIN: *The large corporation and contemporary classes*, Cambridge, Polity Press, 1989.

⁵⁷ Sobre el funcionamiento de las grandes empresas, sigue siendo imprescindible Alfred. D. CHANDLER: *The visible hand. The managerial revolution in American business*, Cambridge, Belknap Press, 1977.

Banqueros, industriales y rentistas

Dentro del ámbito empresarial, tradicionalmente se ha señalado a los grandes capitalistas como uno de los grupos dominantes por excelencia. Sin embargo, para identificar a dicho grupo y analizar su cohesión no basta con señalar quiénes eran las personas con mayor capital o renta (tabla 1.1), pues este criterio en sí resulta insuficiente. Igual de importante es el volumen de patrimonio como la proporción que representaba dentro del accionariado de una empresa, tanto en términos absolutos como en relación al resto de accionistas. Si en términos económicos todos los grandes capitalistas recogidos en la muestra contaban en 1930 con un capital de por lo menos veinte millones de pesetas, su poder y capacidad de influencia varió notablemente en función de las empresas en que participaban⁵⁸. Estudiar las formas de control empresarial permite igualmente abordar la problematización de las relaciones de poder y del perfil social de un sector de las clases altas, principalmente sobre sus orígenes, estrategias de reproducción y medios de influencia política. En esencia, como podrá verse a continuación, los grandes accionistas, a pesar de ser numéricamente muy pocos, gozaron de una mayor heterogeneidad de la que cabría pensar.

Tabla 1.1. Los diez mayores capitalistas. Madrid, 1941

Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Rentas de valores industriales (ptas.)
March Ordinas, Juan		1.425.348
March Servera, Juan		963.776
Urquijo y Ussía, Luis	Amurrio, Marqués	856.680
Gaiztarro Arana, Candelario		788.381
Figueroa y Torres, Álvaro	Romanones, Conde	641.671
Mendizábal y Echevarría, Carlos		558.752
Fernández-Duro y Bayo, Dolores	La Felguera, Marquesa	552.475
González-Fierro Ordóñez, Ildefonso		548.516
Ussía y Cubas, José Luis*	Gaitanes, Conde de los	548.431
Chávarri y Aldecoa, Esperanza	Villagonzalo, Condesa viuda	505.720

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la renta*.

* Los ingresos del conde de los Gaitanes corresponden al año 1942

⁵⁸ La valoración del patrimonio proviene de las evaluaciones de la sección Operaciones del AHBE que a lo largo de este texto comentaré.

En Madrid, los grandes capitalistas más fáciles de identificar eran aquellos que en la época recibieron el nombre de *banqueros*, un término que refería a aquellas personas que poseían el capital con el que controlar un negocio de banca. Sin duda, los grandes banqueros de la Restauración fueron los tres hermanos Urquijo: Estanislao, Juan Manuel y Luis. Ellos representaban la tercera generación al frente del Banco Urquijo, el único de los grandes bancos que no cotizaba en bolsa y cuyo control se mantenía firmemente dentro del ámbito familiar⁵⁹. En el resto de grandes bancos privados con sede en Madrid (Central, Hispano Americano y Banesto), es cierto que el capital estaba mucho más repartido y no había ninguna familia que controlara más del cinco por cien del accionariado⁶⁰. Sin embargo, ello no impidió que en su seno todavía pudiera distinguirse una serie de banqueros que representaban a grupos financieros ligados a determinadas familias. Entre ellos destacaba Ignacio Herrero de Collantes, presidente del Banco Hispano Americano y accionista mayoritario del Banco Herrero, así como los hermanos Ussía, que habían incorporado la antigua casa Aldama dentro del Banco Central⁶¹. Por último, completaba el grupo de grandes banqueros Juan Antonio Gamazo y Abarca que, a través de su matrimonio con Marta Arnús, representaba en Madrid las empresas de este grupo familiar: la Banca Arnús y Garí y su *holding* financiero (Finarga).

Junto con este grupo de banqueros ligados a los grandes bancos, también existían en Madrid bancos familiares cuyos orígenes a menudo se remontaban a mediados del siglo XIX⁶². Por una parte existían pequeños banqueros como Joaquín Frade o Miquelorena y Muguiro, que mantenían una “reducida pero antigua clientela” en la capital⁶³. Otros, como el Banco Sáinz, el Banco García Calamarte, la Banca López Quesada y los hermanos Baüer –agentes de los Rothschild en España– ocuparon una posición más destacada, al seguir el modelo internacional de los *private banks* británicos o la *haute banque* parisina, desarrollando:

⁵⁹ Eugenio TORRES y Nuria PUIG: *El Banco Urquijo, un banco con historia (1918-2008)*, s.l. [Madrid], Ediciones Turner, 2008.

⁶⁰ Gabriel TORTELLA y José Luis GARCÍA RUIZ: *Una historia de los Bancos Central e Hispano Americano. Un siglo de gran banca en España*, texto inédito, 1999; José Luis GARCÍA RUIZ: *El Banco Español de Crédito, 1902-2002. Un siglo de servicio a la economía española*, texto inédito, 2002. Agradezco a ambos autores su amabilidad al dejarme consultar ambos textos.

⁶¹ La importancia de los banqueros tradicionales y su pervivencia dentro de los bancos modernos, en Youssef CASSIS: *City Bankers, 1890-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 98, 115-118.

⁶² Sobre las casas de banca de mediados del siglo XIX, Jesús CRUZ: *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española*, Madrid, Alianza, 2000.

⁶³ Los orígenes del negocio bancario de Joaquín Frade en AHBE, *Operaciones*, leg. 297.

*Aquellas especialidades cuyo desarrollo depende sobre todo de la agilidad y la experiencia de los que las manejan, como son los arbitrajes de cambio y de títulos, el giro con Ultramar, y las operaciones de oro y de plata, sea en su exportación, sea en su importación*⁶⁴.

Estos últimos banqueros distaban de ocupar una posición marginal en el sistema financiero de la Restauración, por lo que no deben ser vistos como un puro anacronismo. Al contrario, gracias a sus vínculos de parentesco con los agentes de cambio y bolsa de Madrid⁶⁵, alcanzaron un lugar destacado en el mercado de capitales, tal como señalaba un informe de la embajada francesa:

*A Madrid tout le mouvement bancaire se développe autour de la maison Urquijo [...] El Banco Español de Crédito et l'Hispano Americano forment deux autres groupes importants. Ces trois groupes qui comptent sur la collaboration des maisons Lopez Quesada et Calamarte forment un Syndicat que s'occupe des émissions*⁶⁶.

Entre los capitalistas, un grupo distinto lo constituían los grandes industriales, un concepto que refiere a aquellas familias que poseían un capital que les permitía controlar, total o parcialmente, una serie de empresas que por tamaño eran líderes en su sector. El caso de Ildefonso González-Fierro y Juan March son bastante ilustrativos de este caso. Los negocios de Fierro abarcaron sectores tan diversos como los fósforos, la minería y el sector naviero, por lo que el Banco de España le reconocía “gran laboriosidad, inteligencia para los negocios, moralidad y crédito. Señalan, no obstante, su condición de arriesgado para acometerlos”⁶⁷. Juan March, que en 1931 seguramente fuese la persona más rica del país al estimarse su patrimonio en 126,5 millones de pesetas, se aproximaba a la figura de un banquero⁶⁸. No obstante, se diferenciaba

⁶⁴ Un relato que proviene de un financiero de la época, Emilio ROY LHARDY: *Notas sobre la banca madrileña desde mediados del siglo XIX*, texto inédito, 1942. Agradezco a José Sáinz de la Cuesta su amabilidad al dejarme consultar este documento. Sobre los Sáinz, parte de su documentación privada puede consultarse en CDMH, *PS-Particular*, caja 35. Los Baüer, en Miguel Ángel LÓPEZ-MORELL: *La casa Rothschild en España (1812-1941)*, Madrid, Marcial Pons, 2005.

⁶⁵ A partir del *Anuario de valores de la Bolsa de Madrid*, 1932, puede verse que la familia Sáinz gozaba de vínculos con dos agentes de cambio y bolsa: Rafael Sáinz de la Cuesta y Juan Vitorica y Casuso, casado con María de los Ángeles Sáinz de la Cuesta. La banca López Quesada también tenía una larga vinculación con la bolsa, pues su director –Gerardo López-Quesada– había sido anteriormente agente de cambio y posteriormente ostentó la posición de agente honorario. En 1928, su hijo Fernando consiguió también una plaza como agente.

⁶⁶ *L'attache commercial a l'ambassade de France en Espagne à monsieur le ministre du commerce et de l'industrie*, 24 de marzo de 1921. MAAEE, La Courneuve, *Espagne, Relations commerciales*, libro 99, p. 88.

⁶⁷ AHBE, *Operaciones*, leg. 297. Una panorámica de sus negocios en Elena SAN ROMÁN: *Ildefonso Fierro. La aventura de un emprendedor*, Madrid, LID, 2011.

⁶⁸ AHBE, *Operaciones*, leg. 302. Esta valoración permite desechar aquellas estimaciones que han situado la fortuna de Juan March en esta época en el entorno de los 1.000 millones de pesetas, una cifra que es totalmente disparatada.

notablemente de los que acabo de mencionar, al carecer de una sólida presencia en Madrid, por lo que el eje de su actividad lo constituía el comercio, el contrabando y participaciones en empresas como Transmediterránea⁶⁹.

Otros caso significativo era el de José Luis de Oriol, que en 1930 contaba con un patrimonio de más de 70 millones de pesetas, compuesto por diversas participaciones en empresas eléctricas, entre ellas, el doce por cien del accionariado de Hidroeléctrica Española⁷⁰. Por último, la relación de grandes industriales no estaría completa sin mencionar el caso del conde de Romanones⁷¹. Su fortuna posiblemente fuese una de las más diversificadas, al abarcar propiedades rústicas, fincas urbanas y diversos negocios industriales (tabla 1.2). En relación a éstas últimas cabría señalar su control, directo e indirecto, de Minas del Rif, la sociedad familiar G. y A. Figueroa –que tenía una participación en Peñarroya– así como una serie de empresas eléctricas de mediano tamaño⁷².

Tabla 1.2. Estimación por el Banco de España de la fortuna del conde de Romanones, junio de 1934

Conceptos	Valor (ptas.)
Fincas urbanas	
25 fincas urbanas en Madrid	13.000.000
Solares en Madrid	3.000.000
Fincas urbanas en Cartagena, Guadalajara, Linares y San Sebastián	2.350.000
Fincas rústicas	
Dos fincas rústicas en Toledo	
Cuatro fincas rústicas en Madrid	7.850.000
Finca rústica en Sevilla	
20 fincas rústicas en Guadalajara	
Valores industriales	
Valores compañías mineras	12.500.000
Valores compañías eléctricas	9.500.000
Total	48.200.000

Fuente: AHBE, *Operaciones*, leg. 297

⁶⁹ Una aproximación a su figura en Mercedes CABRERA: *Juan March (1880-1962)*, Madrid, Marcial Pons, 2011.

⁷⁰ La posición económica de José Luis de Oriol, incluida su participación accionarial en diversas empresas, puede consultarse en CDMH, *PS-Particular*, cajas 632, 633 y 633 bis.

⁷¹ Su vida política en Javier MORENO LUZÓN: *Romanones....*

⁷² La evolución de su fortuna ha sido analizada por Guillermo GORTÁZAR: “Política y negocios en la vida del Conde de Romanones” en ÍD. (ed.): *Nación y Estado en la España liberal*, Madrid, Noesis, 1995, pp. 239-253. Por alguna extraña razón, este autor se empeña en desvincular a Romanones de Minas del Rif, tal vez en un intento de salvar su conducta política. En cualquier caso, las declaraciones de la renta evidencian que él y sus hijos controlaban todavía en 1940 una importante parte del accionariado de esta empresa.

Todos estos grandes industriales, si bien tenían negocios en sectores muy distintos, compartían una organización que recaía en un grupo familiar. El caso más clarividente era el de los Oriol, que dirigieron sus negocios sobre la base de reunirse los hombres de la familia todos los viernes en el domicilio familiar. La discusión era naturalmente dirigida por “Don José Luis” y solía abarcar temas tan diversos como la gestión cotidiana de las fincas urbanas y rústicas, la toma de posiciones con respecto a las empresas industriales, la compraventa de valores en bolsa y, eventualmente, el debate sobre acontecimientos políticos⁷³. A nivel general, estos grupos familiares no integraron jurídicamente todas las actividades en una sola empresa, pero en la práctica las decisiones referidas a la inversión, solicitud de créditos y gestión de nuevos proyectos se hicieron sobre el principio de complementariedad entre las distintas empresas⁷⁴. Un ejemplo típico era el de financiar el desarrollo industrial sobre la base de hipotecar las fincas urbanas. Desde un punto de vista social, ello tuvo como consecuencia más clara el hecho de que su gestión recayera exclusivamente en los miembros de la familia y que se buscara un mayor anonimato en relación al mundo de las grandes empresas cotizadas. El resultado lógico de este proceso fue que estos grandes industriales mantuvieron escasos vínculos con los grandes bancos de la capital y estuvieron escasamente integrados dentro de la red de consejeros de las grandes empresas que más adelante analizaré.

Un tercer grupo de grandes capitalistas lo componían aquellos industriales cuya base de actividades se centraba en Madrid. Entre ellos, podría citarse a Eugenio Grasset Echevarría, propietario de Talleres E. Grasset y vinculado a la industria eléctrica⁷⁵, Casimiro Mahou, propietario de una cervecera, o Crótido de Simón, industrial dedicado a la fabricación de maquinaria y al sector de la hostelería. Todos ellos reprodujeron un

⁷³ Las actas de las reuniones en CDMH, *PS-Particular*, caja 631. Su lectura demuestra que el poder de la familia Oriol tenía una proyección nacional y no sólo local. Por ejemplo, en el acta de la reunión de 3 de agosto de 1935 puede leerse: “Antes de entrar en la orden del día [sic.], D. José Luis hace unas consideraciones de visión de conjunto acerca del futuro próximo de las grandes industrias de la Banca, Ferrocarriles y Electricidad, llamando la atención especialmente hacia este último ramo, por lo que su volumen representa la fortuna [sic.]. Este futuro se refiere a una posibilidad de nacionalización de estas industrias. Cita las medidas del Laval en Francia”.

⁷⁴ Una descripción de este modelo de gestión en Pablo DÍAZ MORLAN: *Horacio Echevarrieta*..., pp. 247-253; Martín RODRIGO: “La Casa de Comercio de los Marqueses de Comillas (1844-1920): Continuidad y cambio en el capitalismo español”, en Hilario CASADO y Ricardo ROBLEDO (eds.): *Fortuna y negocios. Formación y gestión de los grandes patrimonios (siglos XVI-XX)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002, pp. 262-263.

⁷⁵ Referencias a la fortuna de Eugenio Grasset en *La Vanguardia española*, 23 de enero de 1969, p. 7. Su relación con el sector eléctrico en Isabel BARTOLOME-RODRÍGUEZ: “Electra del Lima y el Grupo Hidroeléctrico: ¿Construyendo el mercado ibérico de electricidad avant la lettre? (1908-1944)”, *IX Congreso de la AEHE*, 2008, <<http://www.um.es/ixcongresoaehe/pdfB5/Electra%20del%20lima.pdf>>

modelo similar al que acabo de describir sobre los grandes industriales, en el sentido de mantener empresas familiares que lideraban la actividad en un determinado sector. El hecho fundamental que les diferenciaba era que apenas gozaron de una proyección a nivel nacional, en tanto que sus actividades se centraron fundamentalmente en la ciudad de Madrid. Es decir, tanto en términos de capital económico como de proyección pública e influencia política, era un grupo situado claramente a un nivel inferior con respecto a los banqueros y grandes industriales.

Por último, sólo una minoría de los grandes accionistas de la capital puede identificarse dentro de un papel de inversor pasivo. Entre ellos destacaban Gabriel Maura Gamazo y José Lázaro Galdiano, dos personas que, a pesar de ser consejeros y accionistas de Banesto y del Banco Hispano Americano, ejercieron una actividad que les define más como una élite intelectual que como banqueros o industriales⁷⁶. En una situación distinta se encontraba el reducido grupo de mujeres que eran grandes accionistas. En la mayoría de los casos se trataba de viudas o hijas que habían heredado una importante fortuna, pero que delegaban la representación de intereses en un hombre de la familia⁷⁷. Por ejemplo, la importante herencia de Pilar Garay Vitórica habría servido para propulsar la posición y carrera de César de la Mora, consejero de Banesto⁷⁸. En otros casos, la tutela del patrimonio femenino recayó en otros familiares, como fue el caso de la marquesa viuda de Aldama, cuyos inmuebles y acciones respaldaban la posición de sus dos hijos: Francisco (marqués de Aldama) y José Luis Ussía (conde de los Gaitanes)⁷⁹.

Los consejeros

El poder económico de las grandes empresas incluía no sólo a este heterogéneo grupo de grandes capitalistas, sino también a aquellos involucrados en la gestión de las empresas. Establecer un criterio general para medir la influencia en la toma de

⁷⁶ Sobre el patrimonio de Gabriel Maura, duque de Maura, AHBE, *Operaciones*, leg. 302. Además de su participación en Banesto, el grueso de la fortuna de su esposa radicaba en Cuba. AFM, Gabriel Maura Gamazo, *Fondo Mortera*, caja 1.

⁷⁷ La influencia del género en la gestión de patrimonio es una cuestión relativamente poco estudiada. Una perspectiva general en David. R. GREEN, Alastair OWENS, Josephine MALTBY y Janette RUTTERFORD (eds.): *Men, Women and Money. Perspectives on Gender, Wealth and Investment 1850-1930*, Nueva York, Oxford University Press, 2011.

⁷⁸ Su patrimonio es analizado en AHBE, *Operaciones*, leg. 303.

⁷⁹ Gabriel TORTELLA: "El Banco Central en el periodo de entreguerras o cómo llevar una empresa a la ruina", *Estudis d'Història Econòmica*, 17-18 (2001), pp. 241-272.

decisiones no resulta una tarea fácil, pero un indicar aproximado puede establecerse en función de la retribución como consejeros o cargos de alta dirección (tabla 1.3).

Sobre esta muestra lo primero que puede observarse es que algunas de estas personas eran también grandes accionistas, un hecho que reincide en que la mayoría de los capitalistas no habían abandonado la gestión de sus negocios. Sin embargo, esta coincidencia no debe ocultar que la gran mayoría de consejeros no ostentaban una posición similar y, por tanto, merecen ser definidos como simples directivos. Los casos resultan muy claros en los grandes bancos españoles: Pablo Garnica y Francisco Aritio en Banesto, Andrés Moreno García, director general del Banco Hispano Americano y Valentín Ruiz Senén, consejero del Banco Urquijo, eran hombres con un poder consolidado en estos bancos a pesar de no poseer un capital significativo ni en dichas entidades ni en otras grandes empresas⁸⁰. La presencia de estos directivos puede rastrearse en grandes empresas industriales, como demuestra la carrera de Germán de la Mora en Electra Madrileña, Emilio Usaola en Hidroeléctrica Española o Remigio Thiebaut en la Unión Española de Explosivos⁸¹.

Tabla 1.3. Los diez consejeros mejor retribuidos. Madrid, 1941

Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Rentas del trabajo (ptas.)	Sociedades en las que participa como consejero (1940)
Ruiz Senén, Valentín		1.177.918	Banco Urquijo , Chade, Saltos del Alberche, Unión Eléctrica Madrileña, Ferrocarril Central de Aragón, Madrileña de Tranvías
Gamazo y Abarca, Juan Antonio	Gamazo, Conde de	349.982	Banesto , Banco de España, Chade, Ferrocarril Central de Aragón, Trasatlántica, Tabacos de Filipinas, S. Española de Construcción Naval, Tranvías de Barcelona
Rosillo Ortiz Cañavate, Fernando		355.056	La Equitativa Fundación Rosillo
Herrero de Collantes, Ignacio	Aledo, Marqués	344.380	Banco Hispano Americano , Banco de España, Saltos del Alberche, Campsa, Telefónica, Unión Española de Explosivos
Moreno García, Andrés		292.127	Banco Hispano Americano , Saltos del Alberche
Garnica Echeverría, Pablo		224.226	Banesto , Chade, Hidrola, Electra de Viesgo, Campsa, Telefónica, Royale Asturienne des Mine, Minas del Rif
Zaldo y Arana, Vicente		238.544	Banco Hispano Americano , Banco de San Sebastián, CAF, El Águila
Thiebaut Chardenal, Remigio		223.080	Azúcares y Alcoholes Ebro, Unión Española de Explosivos
Villalonga Villalba, Ignacio		217.233	Banco Central , Banco Hispano Colonial, Cepsa
González-Fierro Ordóñez, Ildefonso		214.319	Campsa, Fosforera Española

Fuentes: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la renta*. AFSAE.

Nota: La participación en los consejos de administración refiere principalmente a las cincuenta mayores empresas del país

⁸⁰ Las biografías de Pablo Garnica y Andrés Moreno en Eugenio TORRES (dir.): *Los 100 empresarios...*

⁸¹ Sobre Germán de la Mora, AHBE, *Operaciones*, leg. 303.

Además de contar con un capital inferior, este grupo de directivos se diferenciaba de los banqueros y grandes industriales en haber desarrollado una carrera sobre bases distintas. Mientras que la gran mayoría de estos últimos habían heredado un importante patrimonio, o habían desarrollado sus actividades en provincias para terminar afluyendo a Madrid, los consejeros y directivos eran un colectivo con una trayectoria relativamente reciente. El reconocimiento de su posición en la dirección empresarial sólo fue una realidad a partir de las décadas de 1910 y 1920, pues hasta entonces, los consejos de administración habían estado dominados por banqueros, abogados, políticos o rentistas. Este grupo era por tanto la primera generación que se dedicaba exclusivamente a la dirección de una gran empresa y cuya presencia se valoraba por su capacidad de gestión.

Este hecho queda de manifiesto si se traza los orígenes de sus carreras profesionales que, en algunos casos, no comenzaron ligadas al mundo de la empresa. Pablo Garnica y Valentín Ruiz Senén se iniciaron trabajando como abogado y en una notaría, pero posteriormente pasaron a dedicarse a la dirección empresarial en exclusiva⁸². En otros casos, la experiencia y la competencia profesional empujaron a las empresas a contratarles *ex profeso* debido al reconocimiento profesional que gozaban. Ese es el caso de Andrés Moreno, que pasó a ser director general del Hispano Americano proveniente del Midland Bank, de Remigio Thiebaut, que formaba parte de una familia de ingenieros con una larga tradición en España, o de Emilio Roy Lhardy, financiero francés al frente del Banco de Vizcaya⁸³.

En cualquier caso, la pertenencia a los principales consejos de administración o la vinculación con las tareas de dirección empresarial, no puede explicarse únicamente por la participación accionarial o por el capital humano de los directivos. Un tercer elemento, que a menudo ha pasado desapercibido, radicaba en el capital social que aportaban los consejeros y que les permitían intermediar entre grupos de interés o contar con una posición privilegiada como interlocutores con el poder político⁸⁴. El caso más

⁸² Una pauta que en absoluto es excepcional dentro del contexto europeo, Maria MALATESTA: *Professional men, professional women. The European professions during from the 19th Century until today*, Londres, Sage, 2011, 11-12

⁸³ La carrera de Andrés Moreno en Gabriel TORTELLA y José Luis GARCÍA RUIZ: *Una historia de los Bancos...*, pp. 86-87. Sobre la familia Thiebaut, José María GONZÁLEZ GARCÍA: *La industria de explosivos en España, UEE (1896-1936)*, Madrid, Fundación Empresa Pública, 2004.

⁸⁴ Por tanto, caben dentro de la definición de *brokers* de Eric R. WOLF: "Aspects of Group Relations in a Complex Society: Mexico" en Dwight HEATH y Richard ADAMS (eds.): *Contemporary Cultures and Societies in Latin America*, Nueva York, Random House, 1965, p. 97

sencillo de rastrear era el de aquellos políticos que entraron en los consejos de empresas del ferrocarril o eléctricas dado que podían ejercer una presión efectiva sobre el gobierno en cuestiones relacionadas con el marco regulatorio. De nuevo, los diplomáticos franceses supieron perfectamente identificar este proceso:

*En general, les banques font des affaires, et non de la politique ; même, on remarque qu'il y a une tendance marquée à écarter des affaires, des conseils d'administration des grandes sociétés, les hommes politiques en vue; par intérêt, les banques son gouvernementales; elles dépendent trop de la Banque d'Espagne sur laquelle les Ministres des Finances ont une action très grande*⁸⁵.

Sin embargo, la intermediación de intereses iba más allá del contacto con el poder político, pues a menudo existía una red aún más compleja. El caso más paradigmático fue el de Valentín Ruiz Senén, uno de los consejeros más importantes y mejor remunerados que, como he señalado, estuvo vinculado al Banco Urquijo desde finales de la década de 1910⁸⁶. Asimismo, si bien es una cuestión que todavía no está suficientemente esclarecida, los informes diplomáticos y otras fuentes apuntan a que cumplía además la función de ser el apoderado de los jesuitas. A finales de la I Guerra Mundial, el agregado comercial francés describía al Banco Urquijo como “la banque des Jésuites; leur représentant auprès de cette banque est Ruiz Senén”⁸⁷, mientras que en 1931, un informe del Banco de Francia cambiaba ligeramente el análisis:

*Le banque Urquijo qui contrôlait, par l'intermédiaire d'un de ses administrateurs, M. Ruiz Senans [sic.], l'industrie électrique espagnole, a souffert de la dépréciation industrielle. C'était aussi la banque des congrégations religieuses, et ces dernières prises de panique, à la suite des derniers événements, ont retiré la plus grande partie de leurs dépôts*⁸⁸.

El poder de intermediación de los consejeros se expresaba dentro de las grandes empresas, pero también en su relación con otros grupos dominantes ajenos al universo financiero. En ese sentido, conviene recordar que a pesar de la modernización de los

⁸⁵ *Considerations generales sur la situation de la banque en Espagne et en particulier sur la banque a Madrid*, p. 2. MAAEE, La Courneuve, *Espagne, Relations commerciales*, libro 99

⁸⁶ Más allá de breves referencias, como Eugenio TORRES y Nuria PUIG: *El Banco Urquijo...*, p. 39, la figura de Ruiz Senén apenas ha sido estudiada por la historia empresarial. Su ausencia en el diccionario de empresarios es muy llamativa. Eugenio TORRES (dir.): *Los 100 empresarios...*

⁸⁷ *Considerations generales...*, p. 3. Ésta no es la única prueba de la relación de Ruiz Senén con los jesuitas. La primera referencia proviene de un socialista de izquierdas, Antonio RAMOS OLIVEIRA: *El capitalismo español al desnudo*, Madrid, Marsiega, 1935. El estudio de Alfredo VERDOY: *Los bienes de los jesuitas. Disolución e incautación de la Compañía de Jesús durante la Segunda República*, Madrid, Trotta, 1995, p. 278, cuestiona la lógica seguida por Ramos Oliveira, pero no proporciona ninguna prueba de que Ruiz Senén no estuviera vinculado a la Compañía de Jesús.

⁸⁸ *La crise économique, financière et politique en Espagne. La situation monétaire et le credit de la Banque de France a la Banque d'Espagne*, 1931. AHBf, signatura 1069199612, p. 7

bancos, la concesión de préstamos todavía tenía un importante componente que se basaba en la confianza y la influencia. Desde su posición en la cúspide del sistema financiero, los consejeros recibieron frecuentemente peticiones de otros individuos de las clases altas solicitándoles la concesión de un préstamo por vía urgente y, a ser posible, sobre condiciones favorables. Por ejemplo, el marqués de Aledo, en su doble condición de consejero del Banco de España y del Hispano Americano, recibió de tiempo en tiempo peticiones en este sentido. En 1932, el conde de Guevara le envió una carta en los siguientes términos:

Mi distinguido amigo. Dada la amistad que tiene Ud. con mi padre, me permito molestarle con el ruego de que solicite para mí del Banco de España un crédito por un año de veinte mil duros, naturalmente con todas las garantías.

Lo que le pido se debe a la situación desastrosa del campo, pues las fincas que tengo en Andalucía y Extremadura no me han dado este año más que disgustos, y en la de Toledo, me han dejado los colonos y me veo obligada a llevarla directamente⁸⁹.

Esta capacidad de intermediación concedía dos ventajas adicionales a los consejeros. Por una parte, les permitía conocer de primera mano la marcha de la economía del país a través de sus múltiples contactos, pudiendo en cierta medida adelantarse en sus decisiones al resto de actores económicos. Por otra lado, su capacidad para intermediar en la concesión de un crédito, les situaba en la posición de poder conceder favores a quienes consideraran y construirse de facto una red de influencias que, aunque no fuese tan densa y homogénea como las de los caciques políticos, sobrepasaba con creces el ámbito de las grandes empresas.

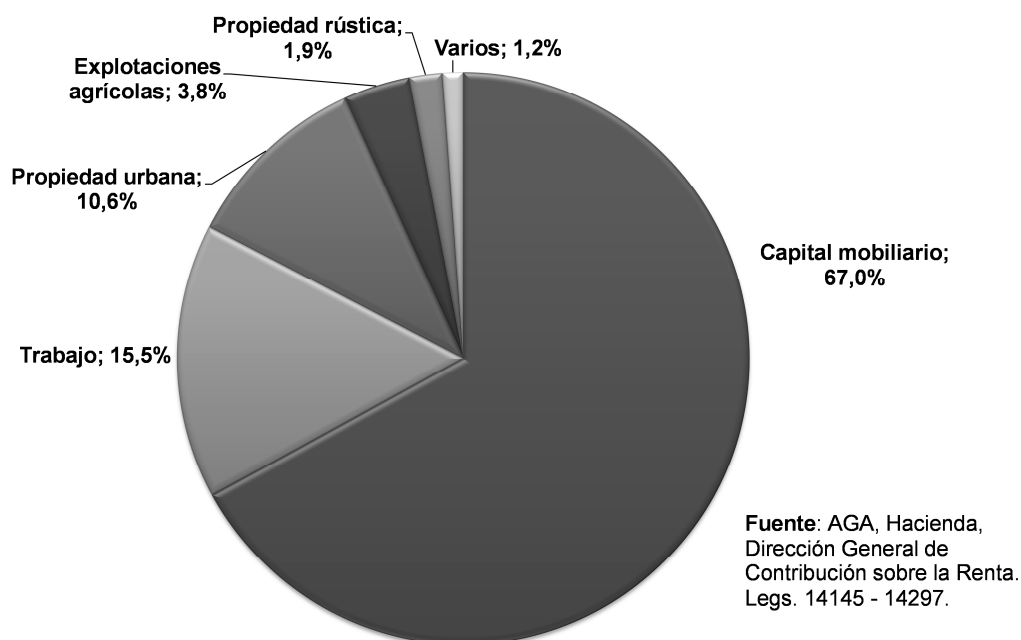
En conclusión, la consolidación de las grandes empresas en Madrid había conducido a la formación de un nuevo grupo, los consejeros. Éstos, si bien podían incluir a parte de los grandes capitalistas, contaban con un poder que sobrepasaba su capital económico, en tanto que también debían a su formación profesional (capital humano), su capacidad de intermediación de intereses (capital social) y, como veremos a continuación, su prestigio (capital simbólico).

⁸⁹ Carta del conde de Guevara al marqués de Aledo, 26 de enero de 1932. SNAHN, *Aledo*, c. 708. La carta también tiene un indudable valor para estudiar la difícil situación que tuvo que confrontar la aristocracia terrateniente durante la década de 1930. Un ejemplo similar en la carta del marqués de Hoyos al marqués de Aledo, 17 de julio de 1936. SNAHN, *Aledo*, c. 736.

Economía privada: salarios, acciones y patrimonio inmobiliario

Además de los vínculos establecidos en el mundo de los negocios, las élites empresariales contaron con un perfil económico bastante homogéneo. Bien es verdad que la diversidad de situaciones que he descrito redundaba en que pueda establecerse diferencias entre los ingresos, tanto por su tipología como por su cuantía. Los banqueros y grandes industriales generalmente gozaron de mayores rentas, que provenían principalmente de los dividendos (Gráfico 1.1), mientras que los que eran únicamente consejeros se basaron en mayor medida en su trabajo (Gráfico 1.2). Más allá de esta diferencia, la opción para la mayoría, o por lo menos para los hombres, no era o vivir de las rentas o vivir del trabajo, sino combinar ambas opciones en distinto grado.

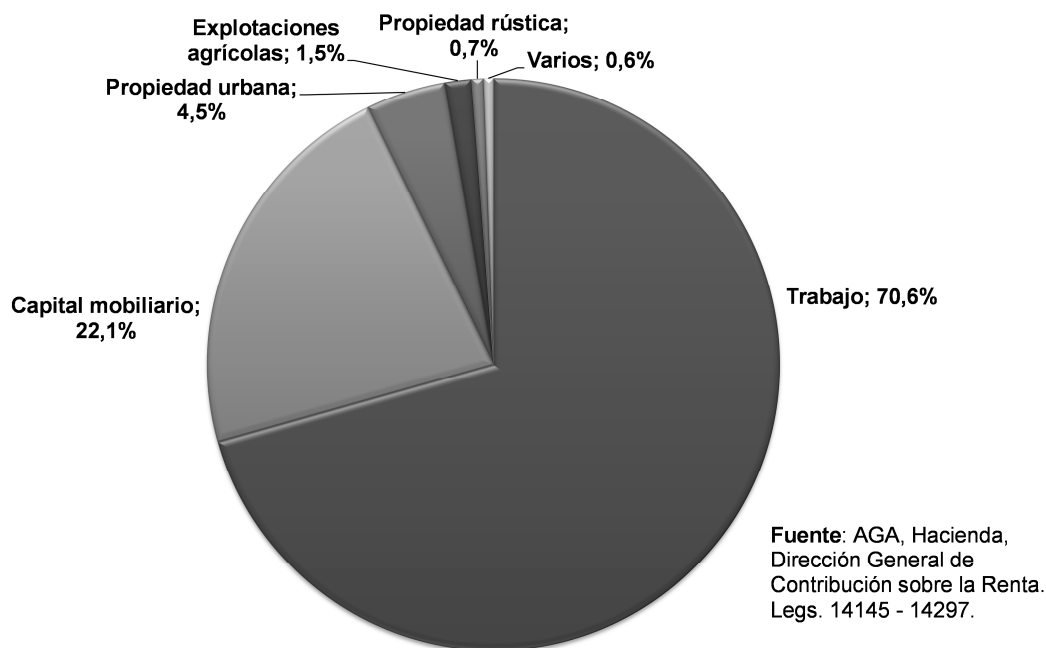
Gráfico 1.1. Distribución de la renta de los capitalistas de Madrid, 1941-1944



¿Qué factores determinaron la remuneración? En el caso de las rentas del trabajo, éstas provenían esencialmente de las dietas por participar en una diversidad de consejos de administración, por lo que los *salarios* en este grupo eran de naturaleza muy distinta de los que percibían la mayoría de trabajadores. Por norma general, las grandes empresas solían reservar entre un cinco y un diez por cien de los beneficios anuales para que se repartiese a disposición del consejo de administración⁹⁰.

⁹⁰ La remuneración de los consejos puede consultarse en el *Anuario oficial de valores de la Bolsa de Madrid*, aunque hasta el momento ha sido una cuestión apenas estudiada por la historia. Una excepción

Gráfico 1.2. Distribución de la renta de los consejeros de Madrid, 1940-1944



Además, si bien en este campo la documentación es incompleta, parece que la retribución era generalmente mayor para el presidente o consejero delegado, mientras que el resto de consejeros cobraban la misma cantidad al finalizar el ejercicio. A nivel de empresa, un ejemplo puede verse en la remuneración del consejo de Electra del Viesgo (tabla 1.4), mientras que a nivel individual dos casos relevantes son los del marqués de Aledo y Valentín Ruiz Senén (tabla 1.5).

Tabla 1.4. Remuneración del consejo de administración de Electra de Viesgo, 1933

Consejeros	Remuneración (Ptas.)
César de la Mora	26.809,53
Enrique Ocharán	20.106,16
José Luis Oriol	13.559,89
José María Basterra	13.559,89
Tomás Urquijo	13.559,89
Dámaso Escauriaza	13.559,89
Jesús Ussía	13.559,89
Estanislao Abarca	13.559,89
Pablo Garnica	13.559,89
Venancio Echeverría	13.559,89
Eduardo Pérez	13.559,89
Jesús Arana	13.559,89
Marqués de Arriluce de Ibarra	13.559,89

Fuente: CDMH, *PS-Particular*, Caja 519

en Manuel GONZÁLEZ PORTILLA: “Mecanismos de producción y reproducción social de las élites económicas y del capitalismo en la restauración”, *Historia Contemporánea*, 8 (1992), pp. 143-176.

**Tabla 1.5. Rentas del trabajo de Valentín Ruiz Senén e
Ignacio Herrero de Collantes, 1941-1942. Pesetas nominales**

Valentín Ruiz Senén, 1941		Ignacio Herrero de Collantes, 1942	
Sociedad Madrileña de Tranvías	229.011	Banco Hispano Americano	458.566
Union Eléctrica Madrileña	173.131	Unión Española de Explosivos	265.787
Banco del Estado de Marruecos	63.000	Banco Herrero	61.942
Vagones Frigoríficos	56.107	Fosforera	44.550
Energía e Industrias Aragonesas	55.834	S. Española de Dinamita	34.737
Duro Felguera	53.375	Banco de España	33.141
CHADE	49.790	Banco de Gijón	30.365
Hidráulica Santillana	45.994	Telefónica	30.100
Gas Madrid	36.814	Banco de Crédito Industrial	16.865
S. de E. del Pacífico	27.584	F.C. de Langreo	15.804
SE de Radiodifusión	17.990	Duro Felguera	14.099
Eléctrica Industrial	17.684	Riegos del Levante	5.000
Hutchinson, Industrias del Caucho	14.076	Salto del Alberche	4.950
Banco Urquijo Catalán	13.898	La Equitativa	4.719
SNIAE	12.000	Banco San Sebastián	2.218
Cía. Auxiliar de Ferrocarriles	12.000	Aguila Negra	1.691
Salto del Alberche	12.000	Jurado de Utilidades	1.556
Banco Urquijo	9.568	Campsa	1.250
Establecimientos Gaillard	9.062	Popular Gas Gijón	14
Eléctrica de Castilla	8.934		
Cementos Portland Hispania	5.081		
Banco Urquijo Vascongado	4.415		
S. M de Contratación y Transportes	1.980		
Cía. Española de África	1.844		
F.C. de Valencia y Aragón	1.190		
Energía Eléctrica de Cataluña	416		
Total	932.778	Total	1.027.354

Fuentes: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la renta*; SNAHN, *Aledo*, C. 1117

Nota: Los datos de Ruiz Senén proceden de su declaración fiscal, mientras que los de Herrero de Collantes han sido obtenidos de su contabilidad privada.

Ambas muestras ilustran que si bien las empresas retribuyeron más a los directivos que asumían tareas de gestión, no parece que menospreciaran la labor de aquellos que se limitaron a asistir periódicamente a los consejos. Este factor, unido a que los consejeros pudieran compatibilizar la presencia en ocho, diez o veinte empresas, incide en que la mayoría no llevara un control directo sobre cada una, limitándose a “trazar pautas y marcar orientaciones [...] bastando a los consejeros experimentados un par de horas a lo sumo para conocer [...] la marcha completa de la empresa”⁹¹. Este patrón de comportamiento ilustra un nuevo elemento de su poder: el capital simbólico.

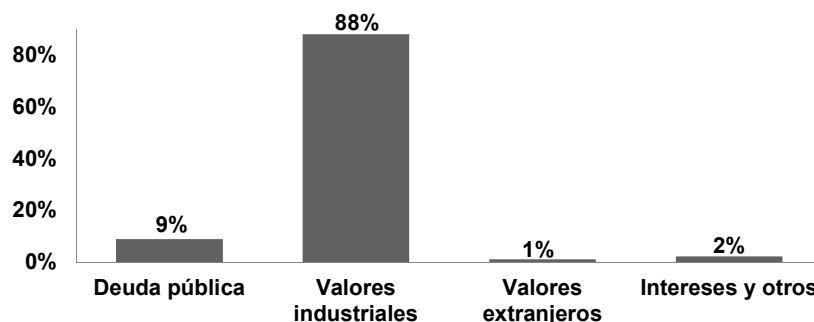
⁹¹ J.G. AGUIRRE CEBALLOS: “Los Consejos de Sociedades”, en *Anuario de los consejos de administración de las sociedades mercantiles de España*, Madrid, El Financiero, 1932. He analizado específicamente la concentración de puestos en los consejos de administración en Miguel ARTOLA BLANCO: “Poder económico y redes sociales en España, 1900-1950: Los consejos de administración”,

La razón de ser de este capital apareció claramente expresado en aquellas empresas que surgieron en ésta época pero que, como toda nueva inversión, tenían un mayor riesgo inherente. En este contexto, para tranquilizar a los inversores, empresas como Telefónica priorizaron la presencia en su consejo de “prestigiosos nombres, de merecida y acreditada reputación”⁹². Pocos años después, un artículo periodístico dirigido al universo de los pequeños accionistas no dudaba en remarcar la importancia de este factor:

*El campo del accionista está lleno de peligros. [...] El primero de que debe prevenirse es de la insapiencia social. Y después de la malicia. De ahí el valor extraordinario que para el capital necesitado de inversión y a quién conviene aplicarse a títulos-acciones, tiene la composición del Consejo que administra el negocio. Si sus hombres están bien reputados, los accionistas se creen seguros dentro de la inquietud que en el fondo tienen todos los negocios considerados ante el porvenir. Hay ocasiones en que hombres reputados hubieron mala fortuna y fueron desastrosos sus negocios; pero es la excepción fuera de los periodos de depresión en las crisis económicas y financieras.*⁹³

Junto con los salarios, el otro eje fundamental lo componían los ingresos de los activos financieros. El perfil básico de inversión del grupo (Gráfico 1.3) confirma la imagen que *a priori* podría tenerse de que los grandes accionistas y directivos concentraron sus inversiones en acciones.

Gráfico 1.3. Distribución de los ingresos del capital mobiliario de los consejeros y capitalistas de Madrid, 1940-1944



Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*. Legs. 14145 - 14297.

Congreso Interuniversitario de Historia Contemporánea, Barcelona, 2010. Véase también el estudio clásico de Santiago ROLDÁN, José Luis GARCÍA DELGADO y Juan MUÑOZ: *La formación de la sociedad...*, pp. 321-443.

⁹² *Compañía Telefónica Nacional de España. Memoria*, 1926, p. 17. <<http://informeannual.telefonica.es/upload/esp/memorias/1926.pdf>> Con estas palabras se referían a financieros bien conocidos como el marqués de Urquijo o Valentín Ruiz Senén, pero también a figuras como el duque de Alba o el conde de Güell.

⁹³ Carlos CAAMAÑO: “Accionistas y obligacionistas”, *Blanco y Negro*, 17 de junio de 1934, p. 167. Una opinión similar en J.G. AGUIRRE CEBALLOS: “Los Consejos de Sociedades...”

Sin embargo, no debe confundirse este hecho con que la mayoría tuviesen por sí un control mayoritario de las grandes empresas. Al contrario, incluso entre los banqueros y grandes capitalistas, lo normal era que se repartiese su cartera en acciones y obligaciones de veinte o treinta empresas, por lo que había pocas personas que concentrasen más de la mitad de su patrimonio en una sola compañía. En cambio, el resto de activos financieros asumieron una importancia marginal. El escaso peso que tenía la deuda pública parece lógico teniendo en cuenta que los rendimientos eran sustancialmente bajos y las cotizaciones oscilaban menos que en épocas anteriores, cuando se habían realizado grandes fortunas especulando con títulos públicos. El contraste en los Urquijo ilustra este caso. Mientras que a finales del siglo XIX la fortuna del primer marqués estuvo principalmente concentrada en deuda pública, la tercera generación apenas contó con este tipo de activos en su patrimonio familiar⁹⁴.

Resulta más difícil interpretar el escaso peso que tenían los activos extranjeros dentro del patrimonio de las élites que estoy considerando. Por una parte, es cierto que claramente este tipo de activos eran los que más fácilmente escaparon al control de Hacienda dada la ausencia de convenios recíprocos con otros países, y de ahí que deba tomarse con cierta cautela la validez de los datos fiscales. Sin embargo, la impresión general que puede obtenerse de la prensa de la época, de la correspondencia entre consejeros y de la contabilidad privada de algunos sujetos, es que la mayoría de la élite empresarial en aquella época tuvo una mentalidad volcada al desarrollo económico español, y que apenas estuvieron integrados en los círculos de grandes compañías extranjeras, ni siquiera en aquellas que desarrollaban su actividad en España (Peñarroya, Río Tinto, Barcelona Traction, etc.).

La posición económica de los banqueros industriales y consejeros debía a su patrimonio, pero también a su capacidad para obtener una financiación a crédito (tabla 1.6). El destino de estos créditos no iba a financiar directamente negocios industriales o comerciales, sino en aumentar la posición accionarial en alguna de las empresas que controlaban. El procedimiento básico consistía en solicitar un crédito entregando como garantía las acciones que ya poseían e invertir el capital obtenido en nuevas acciones. Como demuestra la contabilidad del marqués de Aledo, estas operaciones se realizaban

⁹⁴ La fortuna del primer marqués en José Carlos RUEDA LAFFOND: “Préstamo y finanzas durante la segunda mitad del siglo XIX: Una aproximación a la figura de los Urquijo”, *Historia Contemporánea*, 13-14 (1996), pp. 297-322.

normalmente con créditos a corto plazo, si bien era normal renovarlos en función de las expectativas de futuro y de la facilidad que prestasen los bancos para refinanciar la actividad⁹⁵.

Tabla 1.6. Capitalistas y consejeros. Deducciones por créditos tomados sobre los ingresos brutos, 1940-1945.

En tanto por cien.

Situación	Individuos	Porcentaje
Sin crédito	85	62%
0-5%	14	10%
5-10%	5	4%
10-20%	4	3%
>20%	11	8%

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*. Legs. 14145 - 14297

La lógica de estas compras residía en la confianza sobre el futuro de determinadas empresas, pero también en la posibilidad de disponer de información de primera mano sobre la marcha de los negocios así como en un rápido, y relativamente barato, acceso al crédito. En cualquier caso, la posibilidad de obtener beneficios extraordinarios no debe desligarse del carácter inherentemente especulativo de esta forma de operar, por lo que siempre se corría el riesgo de que no se materializasen los beneficios y hubiese que cargar las pérdidas y los intereses a costa del patrimonio.

Más allá de la inversión en bolsa o en empresas industriales, el resto de activos tuvieron un papel complementario. En el caso de la propiedad urbana, los grandes capitalistas, especialmente si eran mujeres, dispusieron de un importante patrimonio inmobiliario, principalmente en las zonas más valoradas de Madrid (barrio de Salamanca, Gran Vía, etc.). En cambio, los que eran únicamente consejeros normalmente ni siquiera fueron propietarios de su vivienda. En cualquier caso, si se compara con la importancia que había tenido el patrimonio inmobiliario en las fortunas de banqueros y grandes comerciantes a finales del siglo XIX, todo apunta que la inversión en fincas urbanas había reducido considerablemente su importancia como forma de invertir las ganancias⁹⁶.

⁹⁵ SNAHN, *Fondo Aledo*, caja 1117.

⁹⁶ El contraste con la época anterior, en Isabel RODRÍGUEZ CHUMILLAS: *Vivir de las rentas. El negocio del inquilinato en el Madrid de la Restauración*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2002.

Por último merece especial consideración ponderar el patrimonio rústico de este grupo. En ese sentido, los datos fiscales resultan extraordinariamente reveladores, pues prácticamente puede decirse que sobre una muestra de 120 de personas, sólo media docena poseían un patrimonio rústico de grandes dimensiones. Incluso en este grupo tan reducido existieron dos perfiles claramente diferenciados. De una parte, hubo unos poquísimos miembros de la aristocracia terrateniente que participaron en consejos de administración de grandes empresas. Entre sus miembros más destacados podría citarse al duque del Infantado y al duque de Alba. Ambos poseían un patrimonio rústico de dimensiones extraordinarias distribuido a lo largo de la geografía del país, pero también contaban con un elevado prestigio (capital simbólico), cierto capital social y, en ocasiones, invirtieron directamente en algunas empresas. Pero el modelo general no reside en estas excepciones, sino en la situación contraria. La aristocracia terrateniente tuvo una muy escasa participación en el ámbito de los negocios y, como más adelante expondré, mantuvieron un modelo típicamente rentista.

En una situación bien distinta se encontraban grandes accionistas como Juan Manuel Urquijo o José Luis de Oriol, que poseían una gran explotación agraria en forma de finca modelo. Juan Manuel Urquijo tenía una finca de más de 3.000 hectáreas en Sevilla dedicada entre otras labores a la cría de toros de lidia, mientras que Oriol era propietario de una explotación frutícola de 1.800 hectáreas en Valencia llamada *El Realengo*. Más interesante resulta el caso de Joaquín Velasco Martín, un hombre prácticamente desconocida para los historiadores actuales. Su declaración fiscal y, sobre todo, un informe en la sección de operaciones del Banco de España arrojan cierta luz, indicando que además de minas y una flota naviera, poseía 2.800 hectáreas en Burgos “dedicada a Granja agrícola, sus explotaciones montadas con los últimos adelantos, la hacen ser una de las primeras de España”⁹⁷. En suma, Velasco Martín representaba el prototipo de gran agricultor, cuya fortuna si bien era perfectamente equiparable al resto del grupo, no tuvo prácticamente ninguna relación con el universo de las industriales, banqueros y consejeros de la capital. Su situación remarca la ausencia de relaciones entre el mundo de la gran empresa de Madrid y los grandes agricultores de provincias.

Más allá de estos casos sorprende la escasa importancia del patrimonio rústico en el resto del grupo. Por supuesto algunos consejeros o grandes accionistas poseían alguna finca rústica; incluso pudo ser habitual tener una o dos propiedades que, en

⁹⁷ AHBE, *Operaciones*, leg. 319.

ocasiones, llevasen en explotación directa. Sin embargo debe dudarse que, incluso en estos casos, hubiese una profunda implicación en el mundo agrario. Al final, si se compara los niveles que definían a los grandes terratenientes del país, la propiedad rústica de los grandes accionistas y consejeros palidece y, por tanto, no hay indicios de que se hubiese producido una fusión con las familias terratenientes, ni que tampoco se invirtiese en fincas como forma de diversificar actividades o como medio para adquirir un estatus⁹⁸. La relación de los consejeros y grandes accionistas con el medio rural era retratada en este sentido por Constancia de la Mora, hija del director de la Cooperativa Electra de Madrid:

*Yo había vivido siempre entre aquellos que poseían la tierra [...] Mi propio padre era propietario de extensas fincas en la provincia de Salamanca, además de La Mata en la de Segovia; pero ninguno de nosotros le hubiera considerado un terrateniente, puesto que dedicaba sus actividades a los negocios y colocaba sus intereses en las empresas financieras.*⁹⁹

El poder de los financieros

¿Qué relación guarda esta descripción de las élites empresariales con las dos principales teorías sobre el impacto de la gran empresa moderna? Sin duda, en ambas interpretaciones – capitalismo financiero y *managerial revolution* – pueden encontrarse alguno de los elementos que he tratado. La tesis de la *managerial revolution* pone de relieve el capital humano aportado por los consejeros así como la diversidad de actores que existieron en torno a la gran empresa. En cambio, su modelo no da cuenta de la importancia que todavía mantuvieron los grandes accionistas, así como los elementos no-económicos (prestigio y capital social) que sustentaron el poder del grupo.

Por el contrario, la teoría del capitalismo financiero da en la clave al señalar el papel central de los bancos y, por ello, se adecúa mejor a la situación de Madrid durante la primera mitad del siglo XX. Además, aunque Hilferding no profundizó en quiénes eran los sujetos claves que sustentaban al capital financiero, no sería aventurado

⁹⁸ Un proceso sobre el que tradicionalmente se ha apuntado en países como Gran Bretaña o Francia. María MALATESTA: *Le aristocrazie terriere nell'Europa contemporanea*, Roma-Bari, Laterza, 1999; F.M.L THOMPSON: *Gentrification and the Enterprise Culture. Britain 1780-1980*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2003.

⁹⁹ Constancia DE LA MORA: *Doble Esplendor*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2004 [1940], p. 186. Como ha expuesto recientemente Soledad FOX: *Constancia de la Mora. Esplendor y sombra de una vida española del siglo XX*, Sevilla, Ediciones Espuela de Plata, 2008, el libro de Constancia de la Mora debe leerse de forma crítica, dado que posiblemente no fuese escrito directamente por ella, sino a través de un autor de filiación comunista. A pesar de este filtro, considero que los relatos relacionados con la vida privada de Constancia de la Mora pueden tomarse como una interpretación fidedigna de su visión.

extender su interpretación a través del concepto de financiero. Como término, la palabra financiero no era ajena a los contemporáneos, pues fue utilizada indistintamente para referirse a banqueros, consejeros y directores de los grandes bancos privados¹⁰⁰. Es por tanto una categoría que en vez de plantear la relación entre capitalistas y *managers* en términos de mayor o menor antagonismo, considera su coexistencia perfectamente compatible. Adicionalmente, el concepto de financiero permite ser utilizado como un símil de las ideas de Hilferding en el análisis social. Sí en términos puramente económicos no hay duda de la supremacía de las instituciones del capital financiero (bancos y holdings industriales), los financieros pueden ser descritos como aquellos que gozaban de la hegemonía a través del capital que ostentaban en cuatro ámbitos: capital económico (patrimonio personal y acceso al crédito), capital humano (formación y capacidad de gestión), capital social (representación de intereses) y capital simbólico (reputación y prestigio). Su evolución resulta igual de nítida, pues a lo largo de la década de 1920 este grupo se fue progresivamente cohesionando, si bien nunca llegó a una total unificación de intereses, sino que más bien se respetaron los ámbitos de acción de cada grupo y camarilla. Pero al final, que apenas hubiese conflictos abiertos entre ellos evidencia que eran una élite de poder¹⁰¹.

Naturalmente, la definición de financiero no puede aplicarse a todos los casos. Sus fronteras no están perfectamente delimitadas, pues hay pequeños banqueros y grandes industriales que participaron parcialmente de la misma lógica de poder. En cambio, otros sectores, principalmente industriales y comerciantes con una proyección nacional o exclusivamente local, se situaron fuera del grupo. No obstante, siguiendo los criterios que he establecido, puede constatar que éstos últimos no contaron con tantos recursos: generalmente no disponían de un capital social tan elevado, en muchos casos vivían en un cierto anonimato y, por tanto, carecieron de una elevada reputación. Además, si bien éstos colaboraron en determinados momentos y gozaron de algunas instituciones propias como las Cámaras de Comercio, su cohesión resultó ser menor en

¹⁰⁰ Un periódico como *ABC* solía referirse a individuos como Pablo Garnica o Valentín Ruiz Senén con el término de *financieros*. Asimismo, el concepto de *banquero* era a menudo intercambiable con el de financiero.

¹⁰¹ No comparto la idea de que debido a la ausencia de una perfecta unión entre los consejeros de los bancos se puede desechar el principio de coordinación entre los financieros. Una defensa en este sentido en Javier PUEYO: "Relaciones interempresariales y consejeros comunes en la banca española del siglo XX", *Investigaciones de Historia Económica*, 6 (2006), pp. 137-168.

tanto que las fronteras con los pequeños y medianos industriales fueron mucho más permeables¹⁰².

Conociendo el poder social de los financieros, queda por averiguar el destino que tuvieron a tenor de los cambios ocurridos en las décadas de 1930 y 1940. Para ello, analizaré primeros los cambios que a nivel general afectaron a la estructura de las grandes empresas, para posteriormente trazar el cambio social que ocurrió de forma paralela entre los grupos de poder.

Factores de cambio en las grandes empresas (1930-1950)

Las grandes empresas durante la República y el franquismo.

Las décadas de 1930 y 1940 fueron un periodo de cambios de primer orden en las grandes empresas, que afectaron no sólo a su estructura económica (propiedad, actividad, etc.) sino también al poder social de sus élites. En relación al primer campo, resulta obligado señalar que las décadas de 1930 y 1940 configuraron un escenario completamente distinto con respecto a la época de la Restauración. El impacto de la gran Depresión, la Guerra Civil y la política autárquica emprendida por el franquismo provocaron un estancamiento económico que tuvo su manifestación más clara en que no se alcanzara la renta per cápita de 1930 hasta mediados de la década de 1950¹⁰³.

Otro rasgo fundamental de ésta época, pero especialmente a partir del franquismo, estuvo en el creciente protagonismo del Estado en la economía, que fomentó una estrecha regulación de numerosos aspectos que van desde la producción agraria hasta el comercio exterior. Dentro de esta nueva regulación, la actividad de las grandes empresas fue objeto de una especial atención por parte de las autoridades. De una parte, la dictadura creó el Instituto Nacional de Industria (INI) como forma de fomentar la creación y complementariedad entre las empresas públicas del sector industrial¹⁰⁴. Pero además, el franquismo fomentó la estatalización y salida del capital extranjero de diversas empresas privadas. Entre los principales hitos de esta transformación debe situarse la estatalización en 1941 de las empresas ferroviarias y el

¹⁰² Ángel BAHAMONDE, Jesús MARTINEZ MARTÍN y Fernando del REY REGUILLO: *La Cámara de Comercio e Industria de Madrid 1887-1987*, Madrid, Cámara de Comercio e Industria, 1988.

¹⁰³ Albert CARRERAS y Xavier TAFUNELL: *Historia económica de la España contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2003.

¹⁰⁴ Pablo MARTÍN ACEÑA y Francisco COMÍN: *INI. 50 años de industrialización en España*, Madrid, Espasa Calpe, 1991; Antonio GÓMEZ MENDOZA (ed.): *De mitos y milagros...*

paso al capital nacional de empresas extranjeras como Telefónica o Barcelona Traction¹⁰⁵. En conclusión, como ha señalado Albert Carreras, la década de 1940 fue un periodo clave de renovación en el núcleo de las grandes empresas españolas¹⁰⁶.

Otro foco de interés se localiza en el marco de relaciones entre el poder económico y político durante la dictadura. En este sentido, historiadores como Cabrera, Del Rey y Gómez Mendoza han concluido que esta creciente intervención del Estado determinó la subordinación de las élites económicas al poder político¹⁰⁷. En cambio, otros historiadores como Comín, Toboso y Molinero han señalado que a pesar de los nuevos retos, las élites económicas tuvieron un éxito notable a la hora de preservar sus intereses¹⁰⁸. Mi trabajo de investigación no se restringe únicamente a esta discusión en tanto que también busca abordar la continuidad de un sector muy significativo de las clases altas, atendiendo tanto a la movilidad social como a la renovación de las bases de su poder.

Madrid en un nuevo escenario

A primera vista, la estructura económica de Madrid durante estas dos décadas no cambió excesivamente. La capital continuó destacando por su condición como principal centro financiero del país además de seguir albergando la sede de grandes empresas públicas y privadas. Por otro lado, la débil industrialización de la ciudad continuó siendo otro rasgo característico, pues el desarrollo de la industria metalúrgica no fue una realidad hasta finales de la década de 1950 y la década de 1960, es decir, fuera de la cronología que estudio¹⁰⁹.

No obstante, tras esta aparente continuidad en la estructura económica de Madrid, existieron cambios de notable relevancia que incidieron en la posición de las élites empresariales. A nivel general, un indicador en absoluto despreciable lo constituye la evolución de las empresas cotizadas en la bolsa de Madrid. Un cálculo

¹⁰⁵ Sobre la nacionalización de las empresas ferroviarias véase Francisco COMÍN et. al.: *150 años de historia de los ferrocarriles españoles*, vol. II, Madrid, Anaya y Fundación de los Ferrocarriles Españoles, 1998, especialmente pp. 31-34

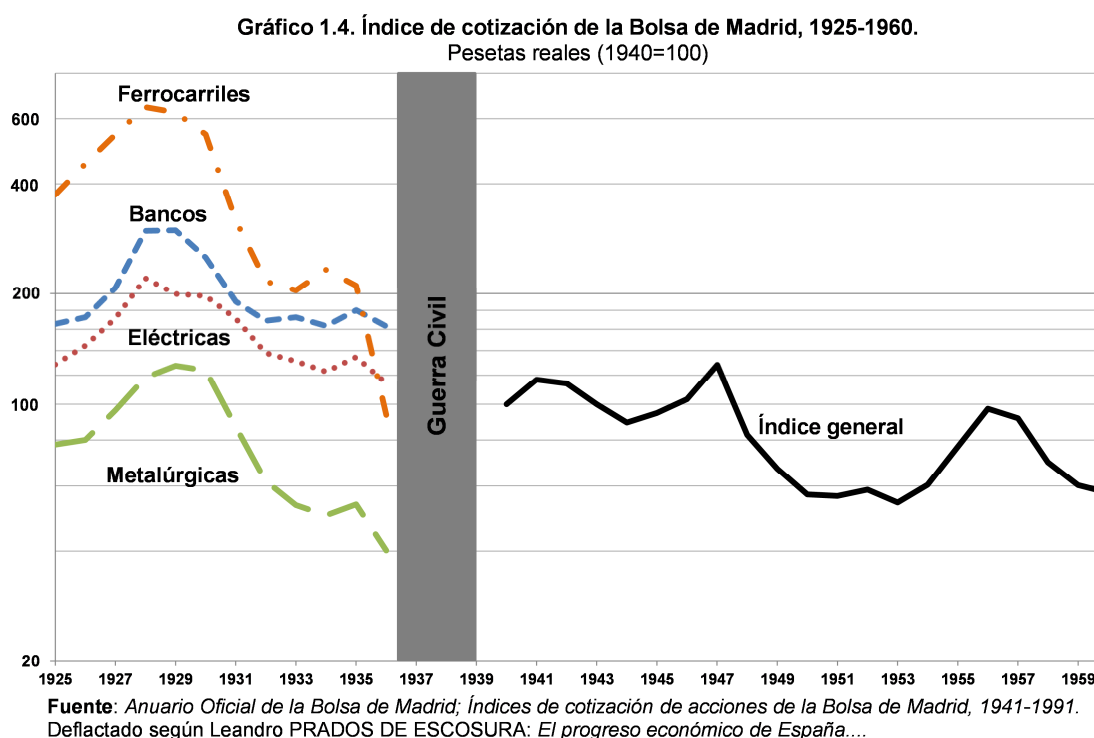
¹⁰⁶ Albert CARRERAS: “La gran empresa durante el primer franquismo: un momento fundamental en la historia del capitalismo español”, en Glicerio SÁNCHEZ RECIO y Julio TASCÓN FERNÁNDEZ (eds.): *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Barcelona, Crítica y Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2003, pp. 47-65.

¹⁰⁷ Mercedes CABRERA y Fernando del REY: *El poder de los empresarios...*

¹⁰⁸ Pilar TOBOSO: “Empresarios y política en la dictadura de Franco”, *Ayer*, 66 (2007), pp. 143-173.

¹⁰⁹ Sobre el desarrollo industrial, una visión global en José BABIANO: *Emigrantes, cronómetros y huelgas*, Madrid, Siglo XXI y Fundación Primero de Mayo, 1995, pp. 26-46.

aproximado (Gráfico 1.4) permite corroborar que el valor de las empresas cotizadas cayó en mayor proporción de lo que cabría suponer por la evolución de la economía del país¹¹⁰.



De hecho, es aún más significativo que la evolución de la bolsa no siguiera las mismas pautas que el resto de mercados a nivel mundial. En una primera fase, marcada por el *crash* de 1929 y la Gran Depresión, la evolución de la bolsa de Madrid sí fue similar a la del resto de mercados europeos y americanos. En cambio, a partir de la Guerra Civil, y particularmente una vez terminó la II Guerra Mundial, en lugar de producirse una recuperación de los niveles previos del *crash* de 1929, la bolsa española continuó una tendencia declinante al no poder hacer frente a la desvalorización provocada por la inflación¹¹¹. En síntesis, tomando la evolución de la bolsa como un indicador aproximado de la vitalidad de las grandes empresas y de la fortuna de los grandes accionistas, se confirma que existió un difícil contexto económico para los grupos de poder ligados a las grandes empresas.

¹¹⁰ El gráfico adjunto no es más que un cálculo aproximado. Tradicionalmente los estudios sobre el mercado bursátil han diferenciado tan radicalmente el periodo anterior y posterior a la Guerra Civil, que no existe un índice que cubra ambos periodos. Los criterios que he seguido para la elaboración de este gráfico pueden consultarse en el apéndice.

¹¹¹ Por ejemplo, en EEUU la tendencia a la recuperación en la bolsa fue patente desde el final de la contienda, y los niveles previos al *crash* se recuperaron a mediados de la década de 1950. Véase la evolución del índice S&P 500 en <http://www.econ.yale.edu/~shiller/data.htm>

El otro rasgo fundamental de estas dos décadas se manifestó en la creciente intervención del Estado en la actividad privada. En el caso de Madrid hubo dos sectores –el financiero y la construcción– que ilustran la diversidad de resultados que produjo esta intervención del poder público. En el primero de ellos, la impronta de la iniciativa pública se concentró sobre tres ejes complementarios. En primer lugar, el Estado rompió con el *statu quo* bancario al hacer valer su poder en una institución clave como era el Banco de España, primero a través de una tímida reforma en 1931, pero sobre todo, a partir de la reforma de 1946, que muchos autores han visto como una nacionalización *de facto* de la entidad¹¹². De forma paralela, la dictadura impuso una estricta y, en ocasiones, contradictoria regulación de la banca privada que limitaba la entrada de nuevas entidades, la ampliación y fusión entre bancos, regulaba los tipos de interés (depósitos y créditos) y restringía el reparto de dividendos a los accionistas¹¹³. Por último, no debe perderse de vista que la política autárquica también implicó una ruptura de los bancos españoles con el sistema financiero internacional, un proceso que se expresó en la salida de las entidades extranjeras y en un estricto control sobre el movimiento de capitales. El resultado de estos procesos derivó en que a nivel general los bancos tuvieron un negocio menos rentable y de ahí su mala evolución en bolsa¹¹⁴.

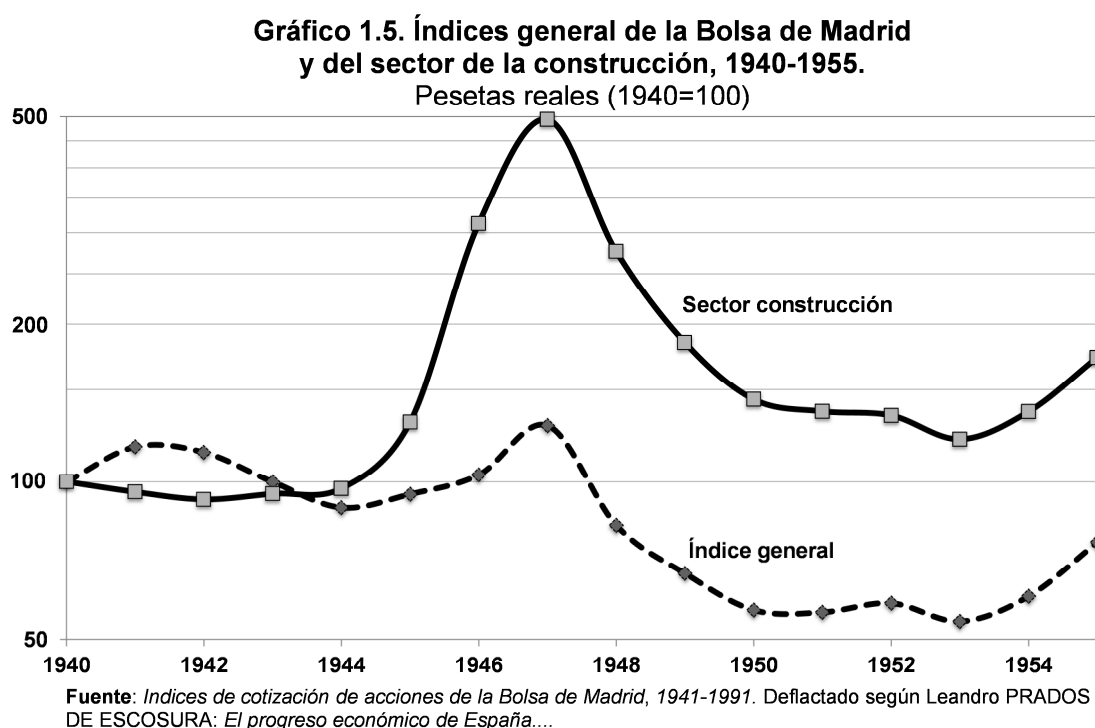
En cambio, la construcción y promoción inmobiliaria constituyen un contrapunto relevante, dado que en ellos la iniciativa privada pudo prosperar durante estos años. Hasta la Guerra Civil, la construcción había sido un ámbito en el que predominaron empresas de pequeño y mediano tamaño, mientras que la promoción inmobiliaria era inexistente dada la inexistencia de un régimen de propiedad horizontal de viviendas. En cambio, a partir de la década de 1940, y de forma más evidente durante las siguientes dos décadas, el sector vino a estar dominado por grandes corporaciones. La razón de este cambio se encuentra paradójicamente en la acción del propio Estado, que sirvió de principal catalizador del auge de la actividad privada. Si bien sería

¹¹² María Ángeles PONS: “Las principales reformas del sistema financiero español”, en José Luis MALO DE MOLINA y Pablo MARTÍN ACEÑA: *Un siglo de historia del sistema financiero español*, Madrid, Alianza, 2011, pp. 87-116.

¹¹³ Pablo MARTÍN-ACEÑA: “La banca en España entre 1900 y 1975”, en José Luis MALO DE MOLINA e ÍD.: *Un siglo de historia del sistema financiero...*; pp. 117-162; Gabriel TORTELLA y José Luis GARCÍA RUIZ: “Banca y política durante el primer franquismo” en Glicerio SÁNCHEZ RECIO y Julio TASCÓN FERNÁNDEZ (coords.): *Los empresarios de Franco...*; 67-100. Un análisis muy relevante sobre la competencia latente entre los bancos, en José Luis GARCÍA RUIZ: “Los arreglos interbancarios durante el Franquismo”, *Revista de Historia Económica*, 20-2 (2002), pp. 365-386.

¹¹⁴ Javier PUEYO: “El comportamiento de la gran banca en España (1921-1974)”, *Estudios de Historia Económica*, 48 (2006), < <http://www.bde.es/f/webbde/SES/Secciones/Publicaciones/Publicaciones/Seriadas/EstudiosHistoriaEconomica/Fic/roja48.pdf>>

excesivamente prolijo detallar todas las medidas emprendidas por el franquismo, en síntesis puede decirse que el Estado dirigió una profunda transformación del sector a través de tres ejes: promoviendo obras públicas, concediendo importantes subvenciones para la construcción de viviendas y favoreciendo el acceso a la propiedad por parte de las familias¹¹⁵. De esta forma, y a pesar de la marcada atonía de la actividad económica, las empresas constructoras e inmobiliarias vivieron su particular época de bonanza que se expresó tanto en la creación de nuevas empresas, como en la buena evolución de las constructoras que cotizaban en la bolsa de Madrid (gráfico 1.5).



En esencia, las grandes empresas de 1930 a 1950 operaron en un contexto distinto al de la época de la Restauración debido al profundo estancamiento económico y a la creciente intervención del Estado, que pudo alterar las pautas, favorable o negativamente, en cada sector económico. Sin embargo, la pregunta clave radica en valorar cómo afectó este cambio a las élites vinculadas a las grandes empresas. ¿Acaso

¹¹⁵ Moisés LLORDÉN: “La política de vivienda del régimen franquista”, en Glicerio SÁNCHEZ RECIO y Julio TASCÓN FERNÁNDEZ (coords.): *Los empresarios de Franco...*, pp. 145-165. Miguel ARTOLA BLANCO: “La transformación del mercado de alquiler de fincas urbanas en España (1920-1960)”, *Biblio 3W*, 988 (2012), <<http://www.ub.es/geocrit/b3w-988.htm>>; ÍD.: “Changing patterns in Residential Construction and the Real Estate Market: Spain, 1910-1960”, en Robert CARVAIS *et al.*: *Nuts & Bolts of Construction History: Culture, Technology and Society*, vol. II, Paris, A&J Picard, 2012, pp. 255-264.

se produjo un declive en su posición hegemónica? ¿Qué estrategias desarrollaron en este nuevo contexto? ¿Hubo un nuevo equilibrio entre los distintos sectores?

Continuidad y renovación de las élites de las grandes empresas.

Un primer análisis de los mayores accionistas (tabla 1.7) y de los principales consejeros de grandes empresas en 1954 (tabla 1.8) apunta a un evidente patrón de continuidad durante estas dos décadas. En el caso de los accionistas, si se considera los casos en donde permanece la misma persona, pero también a los herederos de grandes fortunas, puede concluirse que la mitad de los grandes accionistas de 1954 formaban parte de las clases altas a principios de la década de 1930¹¹⁶.

Tabla 1.7. Los diez mayores accionistas. Madrid, 1954

Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Rentas del capital (ptas.)
March Ordinas, Juan		5.305.237
González-Fierro y Ordóñez, Ildelfonso		3.636.383
Sobrino Álvarez, Carlos		2.454.567
Aguirre Gonzalo, José María		2.096.891
Figuerola y Alonso Martínez, Álvaro	Villabragima, Marqués	1.287.771
Quijano de la Colina, Ramón		1.236.943
Urquijo y Ussía, Juan Manuel		1.085.502
Villalonga Villalba, Ignacio		1.083.265
Sarri Fernández-Valdés, Antonio		1.052.945
Figuerola y Alonso Martínez, Agustín	Santo Floro, Marqués de	1.017.883

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la renta*. Legs. 21673-21763

Los consejeros mostraron igualmente una notable capacidad de perpetuarse. No sólo los grandes bancos continuaron siendo el núcleo fundamental de poder durante estos años, sino que además el poder financiero recayó en el mismo grupo de personas y familias. De una parte, en la dirección de los grandes bancos se consolidó la tendencia hacia la profesionalización, un hecho que permitió a Andrés Moreno y Pablo Garnica mantenerse al frente de dos grandes bancos (Hispano Americano y Banesto) durante

¹¹⁶ Las referencias al mundo social anterior a la guerra provienen del listado de grandes contribuyentes que fue publicado en la *Gaceta de Madrid* a partir de 1933.

estas dos décadas. Junto con ellos, a lo largo de la década de 1940 se produjo un relevo generacional en la dirección de los otros dos grandes bancos (Central y Urquijo), que situó a Ignacio Villalonga y Juan Lladó como los directivos clave¹¹⁷.

Tabla 1.8. Los diez consejeros mejor retribuidos. Madrid, 1954

Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Rentas del trabajo (ptas.)	Sociedades en las que participaba como consejero, 1950-54
Garnica Echeverría, Pablo		1.531.500	Banesto , Hidroeléctrica Española, Electra del Viesgo, Asturiana de Minas
Villalonga Villalba, Ignacio		1.425.369	Banco Central , Fenosa, Cepsa, Minero Siderúrgica de Ponferrada, Nueva Montaña, Fenosa, S. E. Construcción Naval
Moreno García, Andrés		1.215.086	Banco Hispano Americano , Renfe, Telefónica, Unión Eléctrica Madrileña
González-Fierro y Ordóñez, Ildefonso		981.743	Banco Ibérico , Tabacalera, Campsa, S. E. de Construcción Naval, Duro Felguera
Zaldo Arana, Vicente		935.124	Banco Hispano Americano , Campsa
Lucio-Villegas Escudero, Antonio		931.743	Banco Urquijo , Duro Felguera, Campsa, S. E. de Construcción Naval
López Quesada y Bourbón, José Luis		898.753	Banco López Quesada
Bas y Rivas, José Luis		894.217	Banco de Aragón , Unión Eléctrica Madrileña, Fenosa, Fecsa, Saltos del Alberche
Gamazo y Abarca, Juan Antonio	Gamazo, Conde	858.876	Banesto , Banco de España, Tranvías de Barcelona,
Basagoiti Ruiz, Juan Antonio		854.608	Banco Hispano Americano , Campsa, S.E. de Construcción Naval

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la renta*, Legs. 21673-21763. AFSAE

Nota: La participación en consejos de sociedades industriales se refiere únicamente a las cincuenta mayores empresas del país

Igualmente, la persistencia de los financieros se explica por su capacidad de preservar un elevado capital económico, social y simbólico durante este periodo. Entre ellos destacan el conde de Gamazo, el marqués de Aledo o familias como los Urquijo y los Basagoiti, que además de ser grandes accionistas y participar como consejeros en multitud de empresas, siguieron siendo los actores con mayor prestigio del ámbito de los negocios. Naturalmente, algunas redes de intereses fueron cambiando al calor de los acontecimientos, en tanto que las relaciones con el Estado se convirtieron en un eje prioritario para los intereses privados. Así, entre las redes más destacadas cabe señalar la que giraba en torno a Jesús María de Rotaache y Rodríguez de Llamas, marqués de Unzá del Valle, que fue subsecretario de la Marina Mercante, consejero del Banco de Vizcaya y de diversas empresas eléctricas, ocupando así una posición que le permitió hacer de intermediario entre los bancos vascos y el INI¹¹⁸.

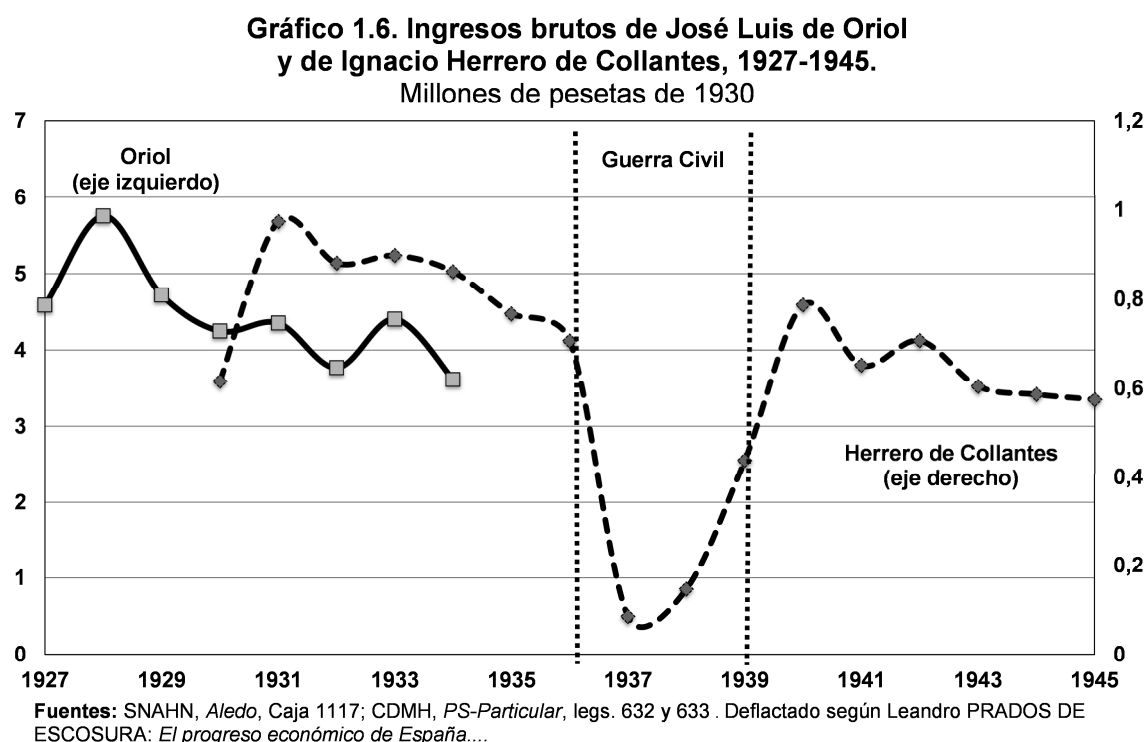
La continuidad de determinadas familias a nivel particular y el mantenimiento de la posición hegemónica de los financieros a nivel general, no agota el análisis sobre los

¹¹⁷ Sobre Lladó, Eugenio TORRES y Nuria PUIG: *El Banco Urquijo...*

¹¹⁸ Eugenio TORRES: "Comportamientos empresariales en una economía intervenida", en Glicerio SÁNCHEZ RECIO y Julio TASCÓN: *Los empresarios de Franco...*, pp. 203-204. Por otra parte, aunque puede que no tenga demasiada relevancia, el marqués de Unzá del Valle consignaba en su declaración de la renta de 1954 una pequeña donación al Opus Dei. No obstante, hasta el momento, no he podido contrastar si también sirvió de intermediario de los intereses de este grupo católico.

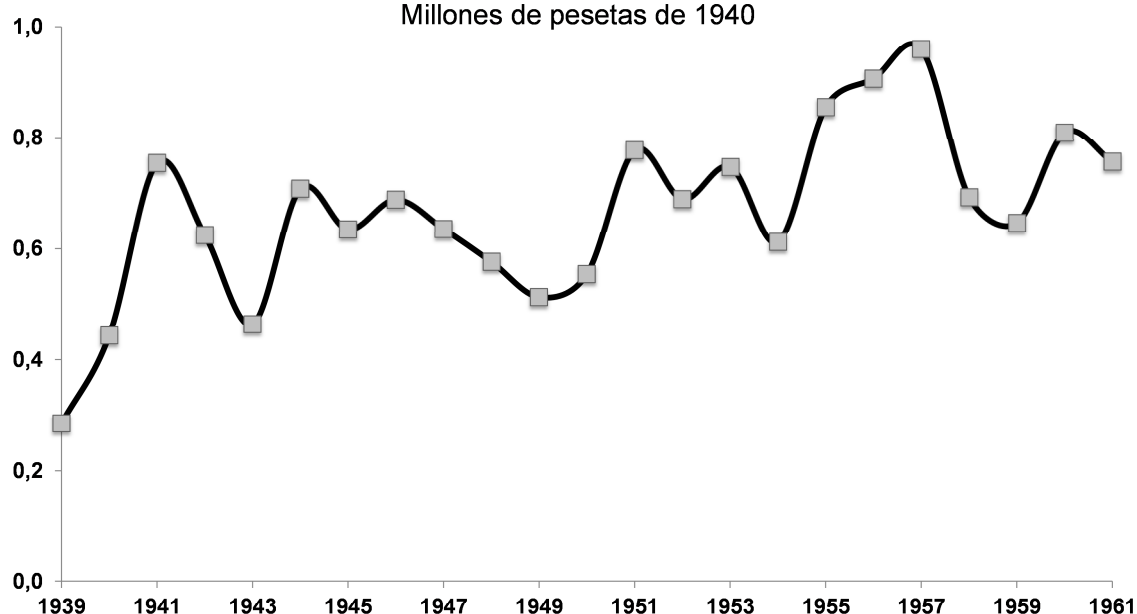
grupos de poder durante esta época. Teniendo en cuenta el marco general anteriormente descrito, principalmente el declive económico y la intervención del Estado, ¿cómo pudieron adaptarse las élites de las grandes empresas? ¿Acaso no hubo sectores que saliesen perjudicados?

Desde la perspectiva de los ingresos y de su fortuna, parece claro que la mala evolución bursátil del periodo 1930 a 1950 se reflejó en el declive del patrimonio de la mayoría de los grandes capitalistas.



El modelo general durante la década de 1930 y la posguerra debió seguir la pauta de ingresos de dos grandes accionistas sobre los que se conserva su contabilidad privada: José Luis de Oriol y el marqués de Aledo (gráfico 1.6). En cambio, tras la guerra, la tendencia resulta más difícil de definir. La única contabilidad que he podido acceder –la del conde de Gamazo– indica una cierta recuperación en sus ingresos que, sin embargo, deben sobre todo al incremento de las rentas del trabajo como consejero que a la progresión de unos dividendos que tendieron a crecer por debajo de la inflación (gráfico 1.7).

Gráfico 1.7. Ingresos netos del conde de Gamazo, 1939-1961
Millones de pesetas de 1940



Fuente: Archivo Gamazo, *Libros de Contabilidad*. Deflactado según Leandro PRADOS DE ESCOSURA: *El progreso económico de España...*

No obstante, dentro de este patrón de declive, hubo diferencias muy significativas dentro del universo de grandes capitalistas. Por una parte, hubo determinadas familias para las que esta época fue mucho más que una mala coyuntura, sino que representó el final de su anterior hegemonía económica y social. El caso más claro se produjo en la desaparición del sector que he denominado como banqueros, es decir, de aquellas familias que dominaban por sí un negocio bancario. El caso más significativo fue el de los Urquijo, que en 1944 optaron finalmente por abrir el accionariado del banco a otros actores¹¹⁹. También cabría añadir la desaparición de prácticamente todos los medianos y pequeños bancos familiares de Madrid, como se atestigua en el fin de las casas de Miqueletorena-Muguiro y Joaquín Frade por una parte, y la integración del Banco Sáinz en el Hispano Americano y de García-Calamarte en el Pastor. La banca López Quesada fue la única que consiguió sobrevivir durante estos años, gracias a que emprendió un giro decisivo en su actividad al apostar por una serie de industrias emergentes muy rentables.

La desaparición de estos bancos debió al declive en el negocio bursátil y a las restricciones en el tipo de cambio, dos procesos que ahogaron la labor especializada que tradicionalmente habían desarrollado determinados bancos familiares. Pero a medio plazo, el factor determinante estuvo en la nueva regulación franquista que, al fomentar

¹¹⁹ Sobre el pacto de las Jarillas, Eugenio TORRES y Nuria PUIG: *El Banco Urquijo...*, pp. 103-104.

el incremento de las reservas y prohibir la entrada de nuevos competidores, trajo como efecto colateral la compra de las entidades menores por parte de los grandes bancos. A nivel social, aunque sería exagerado decir que estos antiguos banqueros perdieran toda relevancia, el declive de su posición fue evidente. Los Urquijo se mantuvieron al frente del negocio bancario, aunque la cuarta generación tuvo un poder e influencia claramente disminuidos con respecto a la anterior. En otras familias como los Sainz o los García-Calamarte, hubo un esfuerzo combinado por mantener determinadas posiciones en determinados consejos de administración a la par que se estableció una estrategia de conservación del patrimonio. Pero a nivel general, que el viejo concepto de banquero cayera en desuso, refleja que se estaba completando una transición hacia las formas modernas de gestión empresarial, reforzando la desvinculación entre el patrimonio de las familias de clase alta y la dirección de las finanzas¹²⁰.

El contrapunto a la desaparición de los banqueros o las dificultades de otros capitalistas, puede verse en el extraordinario desarrollo de la fortuna de determinados industriales. A partir de la década de 1940 la cúspide del poder económico quedó en manos de dos familias, los Fierro y los March, que aunque provenían del universo de preguerra, no tenían entonces una posición tan importante. Ildefonso Fierro siguió el modelo de una gran industrial que lideraba un grupo familiar para protagonizar una extraordinaria expansión en los 40 que le llevó a desarrollar su propio banco (Banco Ibérico) y ampliar sus negocios a Portugal y América Latina¹²¹. A mediados de la década de 1950 el Banco de España estimaba que su patrimonio oscilaba entre los 700 y 1.000 millones de pesetas, cantidad muy superior de las 133 millones de pesetas que, en términos reales, se había valorado su fortuna a inicios de la década de 1930¹²².

Pero sin duda alguna, la trayectoria más excepcional fue la de Juan March. En su caso, dado su pasado como contrabandista y su procesamiento penal durante la República, él ya había dispuesto de la mayoría de su fortuna fuera del país y, por tanto, gozó de mayor libertad para actuar durante la posguerra. Posteriormente, durante la década de 1940 pudo valerse de sus contactos con las autoridades para realizar una operación que dejaría una profunda controversia a nivel internacional. En 1948, Juan

¹²⁰ Un proceso similar al esbozado por Alain PLESSIS: "Bankers in French society, 1860s-1960s", en Youssef CASSIS (ed.): *Finance and Financiers in European History, 1880-1960*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 155-160.

¹²¹ Elena SAN ROMÁN: *Ildefonso Fierro...*,

¹²² AHBE, *Operaciones*, leg. 297. Esos 133 millones de pesetas corresponden a los 20,5 millones en que fue avaluada su fortuna en 1931.

March formó una alianza temporal con Juan Antonio Suanzes, ministro de Industria, para hacerse por un coste irrisorio con una de las mayores empresas eléctricas del país: la Barcelona Traction Light and Power¹²³. Pocos años después, en 1955, el Banco de España describía su fortuna en los siguientes términos:

*Los negocios del informado continúan su marcha [...] y abarcan los ramos de tabaco, maderas, carbones, compraventa de terrenos, Banca, navegación, petróleos, astilleros, etc.; pudiendo decirse que tiene participación en toda empresa importante de España y en muchas del extranjero. Es la primera fortuna de España y está considerada como la novena de categoría mundial. La solvencia total es muy difícil de precisar, estimándose en unos 6.000.000.000 [de pesetas]*¹²⁴.

Por último, si hubo un sector de entre los grandes capitalistas que ascendió con un perfil propio fue de los constructores. Los casos de José María Aguirre Gonzalo y José Entrecañales Ybarra representan los mejores ejemplos de este grupo, especialmente porque ilustran las diferencias que en origen guardaron con respecto a otras familias de clase alta. Aguirre y Entrecañales comenzaron su vida profesional como ingenieros, desarrollando pequeñas empresas constructoras durante los años 20 y 30 (Agromán y Entrecañales y Tavora)¹²⁵. Posteriormente, el enorme desarrollo de la actividad constructora durante la posguerra permitió que sus respectivas empresas se desarrollaran hasta convertirse en líderes del sector. Sin embargo, la mayoría de ellos no reprodujeron el modelo de los grupos familiares que tuvieran intereses en muy diversos sectores, sino que quedaron en su mayoría restringidos a la actividad de construcción y promoción inmobiliaria¹²⁶.

En conclusión, aunque la tendencia general de los grupos de poder vinculados a las grandes empresas apunta hacia la continuidad de buena parte de las mismas familias, ello no debe hacer pensar que el perfil de las élites empresariales permaneciese idéntico. Aunque en términos generales la hegemonía siguió recayendo en los financieros – grandes accionistas y directivos de los bancos– ello no debe enmascarar que a mediados de la década de 1950 éstos no habían conseguido recuperar la excelente posición de la que gozaron durante su “edad de oro” de la década de 1920. Por otra parte, la intervención del Estado franquista en sí no fue un elemento que desestabilizara el poder

¹²³ Rafael ALCALDE: “Suanzes y March: en busca de «Barcelona Traction Light & Power, Co.» (1945-1970)”, *Ayer*, 60 (2005), pp. 259-283; Mercedes CABRERA: *Juan March...*

¹²⁴ AHBE, *Operaciones*, leg. 302.

¹²⁵ Sus biografías en Eugenio TORRES (dir.): *Los 100 empresarios...*

¹²⁶ Por supuesto, la gran excepción, lo constituye el caso de José María Aguirre, que pasó a presidir el Banco Guipuzcoano y, poco después, se convirtió en un consejero de referencia de Banesto.

de los grandes accionistas y consejeros. Su acción explica el declive de algunos grupos como las antiguas familias de banqueros, pero también el auge de nuevos sujetos como los constructores. En suma, las décadas de 1930 y 1940 representan un caso prototípico de la “circulación de las élites” en el sentido de que los viejos grupos dominantes nunca perdieron su hegemonía.

2. El poder de la tierra¹²⁷

La gran propiedad rústica ha sido un ámbito que tradicionalmente ha merecido una atención destacada por parte de la historia agraria en particular y de la historia social en general. Gracias a esta larga tradición, en la actualidad existen multitud de trabajos sobre los terratenientes, que además de analizar la fisonomía y gestión de su patrimonio, han estudiado su capacidad para reproducir su poder en la esfera política y social. Dentro de este análisis, la importancia de la ciudad de Madrid como núcleo de residencia de un número de grandes terratenientes, principalmente aristócratas, no ha pasado desapercibida para los historiadores, al igual que tampoco lo fue para los contemporáneos¹²⁸.

Aunque los grandes terratenientes posiblemente sean uno de los grupos mejor conocidos de la clase alta de la capital, siguen existiendo múltiples cuestiones por estudiar. La historiografía ha trazado el origen de su patrimonio así como las diferentes vías de adaptación durante la transición del Antiguo Régimen al liberalismo, pero en cambio ha profundizado menos en la situación de la aristocracia terrateniente durante el primer tercio del siglo XX. En esta época, además de que continuó existiendo el problema de cómo conservar el patrimonio, surgieron cuestiones nuevas, entre ellas, la posibilidad de interactuar con otros ámbitos económicos y, por tanto, con el resto de la clase alta. La cuestión clave en este sentido reside en analizar si la aristocracia terrateniente fue el núcleo central del bloque de poder señalado por Tuñón, o por el contrario, se asemejaba más a una casta condenada a la extinción.

Dentro de este marco cronológico, resulta obligado analizar el impacto que tuvo la reforma agraria de la II República sobre la aristocracia terrateniente. En la actualidad si bien no faltan estudios sobre el impacto de la reforma y del conflicto agrario sobre los grandes propietarios, sus conclusiones generalmente no han sobrepasado el marco de la década de 1930. Conociendo que al final el franquismo aniquiló la obra reformista y devolvió las tierras, sigue siendo válido preguntarse si el espectro de la reforma pudo provocar un cambio de comportamientos entre la aristocracia terrateniente.

¹²⁷ Este capítulo ha sido publicado en Miguel ARTOLA BLANCO: “Los terratenientes frente al cambio agrario, 1940-1954”, *Historia Agraria*, 59 (2013), pp. 125-158. Posteriormente he perfeccionado ligeramente la muestra de datos, aunque ello no ha alterado las conclusiones.

¹²⁸ Entre las referencias de los contemporáneos sobre la ciudad de Madrid, véase Constancia DE LA MORA: *Doble esplendor...*, p. 10.

Por último, la relación entre franquismo y gran propiedad continúa siendo un debate abierto en la actualidad. Las dos primeras décadas de la dictadura, a pesar de haber sido identificadas como una época de cambio y modernización del campo, cuentan con pocas investigaciones sobre la evolución de la gran propiedad. Esta ausencia de trabajos no ha impedido que tradicionalmente la historiografía haya identificado estos años como una coyuntura muy favorable para los grandes propietarios especialmente debido a la interrelación entre condiciones económicas (precios altos de los productos agrícolas, proliferación del mercado negro, caída de los salarios reales en el campo, etc.) y factores políticos (instauración de la dictadura franquista)¹²⁹.

Sin embargo, esta interpretación ha sido criticada desde dos ópticas. Por un lado, Thomas Christiansen ha cuestionado que la lógica de la política agraria del franquismo estuviera dictada por los intereses de la clase terrateniente¹³⁰. Por otro lado, Juan Pan-Montojo ha defendido que, durante la posguerra, una serie de factores coyunturales (el impacto de la guerra, la intervención estatal, las dinámicas generadas por el mercado negro), determinadas opciones políticas (legislación de arrendamientos) y la elevada incertidumbre sobre el futuro del régimen contribuyeron a acelerar la transición hacia el cultivo directo y dieron lugar a amplias transformaciones en la propiedad de la tierra¹³¹. A raíz de estas formulaciones, tiene sentido volver la mirada hacia Madrid, y analizar a las élites agrarias y sus patrimonios para considerar su capacidad de adaptación ante este nuevo escenario.

¿Quiénes eran los terratenientes? Familia y nobleza

Un análisis de los grandes terratenientes de posguerra confirma el protagonismo indiscutible de la nobleza. Sobre una muestra de 79 grandes terratenientes había 58 nobles, contando tanto a los titulados como a los consortes y cónyuges viudos. Además habría que sumar ocho casos de familiares, principalmente hijas, que no habían recibido título pero cuya posición social debía a sus vínculos con la nobleza. Tanto por su peso numérico como por su visibilidad social, resulta evidente que la nobleza contaba con un papel hegemónico entre los grandes latifundistas de la capital (tabla 2.1).

¹²⁹ Carlos BARCIELA: “Los costes del franquismo en el sector agrario...”.

¹³⁰ Thomas CHRISTIANSEN: *The reason why. The post civil-war agrarian crisis in Spain*, Zaragoza, PUZ, 2012.

¹³¹ Juan PAN-MONTOJO: “El fin de un ciclo: Las transformaciones de la propiedad y la explotación de la tierra en la posguerra”, en Enrique FUENTES QUINTANA (dir.) y Francisco COMÍN (coord.): *Economía y economistas españoles en la guerra civil*, vol. II, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores y Real Academia de Ciencia Morales y Políticas, 2008, p. 649-676.

Tabla 2.1. Los diez mayores terratenientes. Madrid, 1941-1943

Año fiscal	Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta de la tierra y de explotaciones agrarias (ptas.)
1941	Fernández de Córdoba y Salabert, Luis Jesús	Medinaceli, Duque	1.449.885
1943	Stuart y Falcó, Jacobo	Alba, Duque	1.403.935
1941	Stuart y Falcó, Carlos Fernando†	Peñaranda, Duque	961.101
1941	Anchorena Uriburu, Mercedes	Fernán Núñez, Duquesa viuda	676.307
1941	Arteaga y Echagüe, Joaquín	Infantado, Duque del	632.831
1941	Fernández-Durán y Caballero, Josefa	Adanero, Condesa viuda	505.842
1942	López de Ayala, Luis	Villafuerte, Marqués	465.930
1941	Fernández de Córdoba y Fernández, Francisco	Puebla del Maestre, Conde	409.163
1941	Fernández de Córdoba y Osma, Joaquín	Arión, Duque	405.492
1941	Fernández de Córdoba y Pérez de Barradas, M ^a del Carmen	Gavía, Condesa viuda	302.774

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*, Legs. 14145 - 14297.

† = Titular difunto, en testamentaria

No obstante, parece arriesgado considerar que, por la simple posesión de un título nobiliario, pueda hablarse a priori de la aristocracia como un grupo homogéneo en el siglo XX. Resulta conocido que fruto de la generosa política de concesión de títulos practicada por el régimen liberal, la nobleza, e incluso su sector más selecto, los grandes, vivió un crecimiento muy notable en su número. La nobleza hacía tiempo que había dejado de ser un núcleo homogéneo formado por la vieja aristocracia de sangre, y en sus filas predominaban las nuevas familias de notables, políticos, militares y financieros encumbrados en la época del liberalismo¹³².

Sin embargo, no puede decirse que se hubiese producido el mismo proceso de apertura social entre las familias de nobles terratenientes. Una primera aproximación a su genealogía permite comprobar que, independientemente de la fecha de concesión del título, existía un reducido número de familias cuyo poder se remontaba por lo menos a finales del Antiguo Régimen. Media docena de familias como los Fernández de Córdoba, Salabert, Stuart, Falcó, Pérez de Barradas y Messía formaban el núcleo de la vieja aristocracia terrateniente que reunía buena parte de las mayores fortunas agrarias de Madrid (duques de Alba, Medinaceli, Peñaranda, etc.). A nivel general siempre se ha apuntado a que la grandeza mantuvo una práctica matrimonial endogámica durante

¹³² Juan PRO: “Aristócratas en tiempos de constitución”, en Javier María DONÉZAR y Manuel PÉREZ LEDESMA (eds.): *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*, vol. II, Madrid, Ediciones UAM y Alianza editorial, 1994, pp. 615-630.

buena parte de la edad contemporánea¹³³. En el caso de estas familias, esta tendencia era si cabe más acentuada, como se refleja en la profusión de enlaces entre ellas a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX. Hablar por tanto de la vieja aristocracia no es una vana pretensión, pues ésta ni había perdido su patrimonio rústico ni tampoco se había diluido dentro de las clases altas de Madrid.

Junto con este grupo, también debe señalarse que existían otros titulados con un gran patrimonio rústico, que en cambio sí habían protagonizado un tímido proceso de apertura social. En familias como Ulloa (conde de Adanero), Salamanca (marquesa de Hinojares, conde de Campo Alange), Muguiro, Escrivá de Romaní o Patiño, si bien existía en ocasiones un origen nobiliario que podía remontarse al siglo XVIII, su situación a lo largo del XIX fue sustancialmente distinta¹³⁴. A lo largo de esta época, su política matrimonial fue más abierta, al producirse enlaces tanto con miembros de la aristocracia tradicional, pero también con agricultores, ganaderos o banqueros enriquecidos en el contexto de la desamortización, lo cual redundó en una considerable ampliación del patrimonio agrario. Estas familias, junto con las que formaban el núcleo de la vieja aristocracia, contaban con una larga vinculación con el mundo agrario y un modelo específico de relaciones familiares que permite definirles como la *aristocracia terrateniente*¹³⁵.

Fuera de este grupo estaban aquellos individuos cuya relación con el mundo agrario databa de época más reciente. Entre ellos había un reducido grupo de banqueros y grandes capitalistas como Juan Manuel Urquijo, accionista y consejero del Banco Urquijo, Juan Antonio Gamazo, financiero del grupo Arnús, el conde de Romanones y Andrés Sánchez de la Rosa. Sin embargo, a pesar de contar con dominios bastante extensos, su presencia en las actividades agrarias no debe sobreestimarse, pues todos ellos continuaban principalmente vinculados a bancos o grandes empresas y su implicación en el mundo agrícola era secundaria. Además, como he señalado, su situación no parece que sirviese como modelo para el resto de grandes accionistas y

¹³³ Juan CARMONA y Javier FERNÁNDEZ DELGADO: “La tradición moderna: la política matrimonial de los grandes de España”, en Ángel BAHAMONDE y Luis Enrique OTERO (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración 1876-1931*, vol. I, Madrid, Consejero de Cultura de la Comunidad de Madrid, pp. 595-612.

¹³⁴ Para la descripción de este grupo me baso en Fernando SÁNCHEZ MARROYO: *Dehesas y terratenientes en Extremadura. La propiedad de la tierra en la provincia de Cáceres en los siglos XIX y XX*, Mérida, Asamblea de Extremadura, 1993.

¹³⁵ Una definición más restringida que la ofrecida por María MALATESTA: *Le aristocrazie terriere...*, pp. 5-7.

banqueros de la capital, que declaraban propiedades rústicas de dimensiones menores. En cualquier caso, su presencia permite reafirmar que las élites empresariales generalmente no participaron en la compra de tierras para diversificar actividades o como medio para adquirir un estatus, y que existieron límites para una plena integración entre las élites agrarias por parte de aquellos que sí lo hicieron.

Por último, había muy pocos casos de grandes terratenientes de otras regiones del país que hubiesen decidido establecer su residencia en la capital. Mencionaba anteriormente el caso de Joaquín Velasco Martín que poseía 2.800 hectáreas en Burgos “dedicada a Granja agrícola, sus explotaciones montadas con los últimos adelantos, la hacen ser una de las primeras de España”¹³⁶. La presencia de éste y algún otro caso, no anula que como normal general los nuevos terratenientes surgidos durante el primer tercio del siglo XX hubiesen preferido mantenerse en su provincia, ajenos por tanto al ámbito de las élites de la capital.

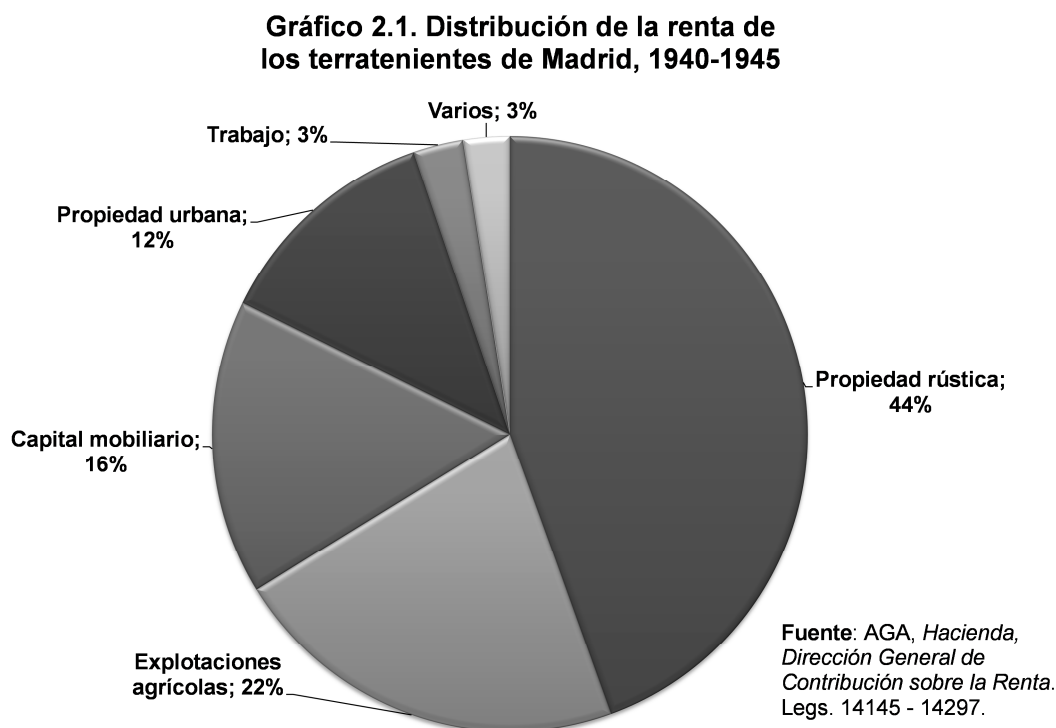
Propiedad y gestión del patrimonio rústico

El gráfico 2.1 muestra una radiografía de los ingresos del grupo. A primera vista destaca el peso abrumador de las rentas de las propiedades arrendadas (inmuebles rústicos) y los ingresos de las propiedades que se llevaban en explotación directa (explotaciones agrarias). El capital mobiliario y la propiedad urbana tenían un papel complementario, y el resto de partidas (trabajo personal, negocios comerciales, etc.) una posición marginal.

Más allá de estas grandes cifras, tiene un especial interés determinar el peso de dichas familias sobre la economía agraria, establecer el origen de dichas fortunas, la fisonomía y gestión del patrimonio. Desde una perspectiva general, existen pocas dudas de que el grupo que estoy analizando reunía a los sujetos con el mayor patrimonio rústico del país. La superficie de los dominios de bastantes de estos terratenientes puede conocerse a través del Registro de la Propiedad Expropiable (RPE) creado en 1932. Si bien el único listado a nivel nacional corresponde a los famosos 99 grandes sobre los que recaía la expropiación sin indemnización, la mayoría de estudios provinciales permiten comprobar que a nivel individual no había otros propietarios con un

¹³⁶ AHBE, *Operaciones*, legajo 319

patrimonio mayor¹³⁷. Cuestión distinta es considerar que la aristocracia terrateniente tuviera un peso hegemónico sobre la agricultura del país. De hecho, como demostró Malefakis hace años, en España los miembros de la aristocracia podían ser los mayores propietarios a nivel individual, pero como grupo no poseían la mayoría de la gran propiedad rústica, por no decir que su posición con respecto al conjunto de la superficie cultivada era aún más reducida¹³⁸.



Sin embargo, este hecho no anula que la propiedad de los terratenientes absentistas tuviera una serie de rasgos particulares en cuanto a su forma de explotación y conservación. Un patrimonio formado a través de diversas generaciones contaba con una mayor dispersión de las propiedades que aquel formado por un proceso reciente de adquisiciones. En este sentido, el Registro de la Propiedad Expropiable confirma la importancia de la herencia como principal vía para la acumulación del patrimonio rústico. Por ejemplo, en las provincias de Jaén y Córdoba, en torno al 85 por cien de la

¹³⁷ Los grandes sujetos a expropiación en *Boletín del Instituto de Reforma Agraria*, 25 (1934), pp. 539-543. A partir del RPE Francisco Feo Parrondo ha desarrollado diversos estudios regionales. Igualmente debe señalarse el trabajo sobre Andalucía de Juan MUÑOZ GARCÍA, Ángel SERRANO y Santiago ROLDÁN: “La estructura de la propiedad de la tierra y la Reforma Agraria de 1932 en Andalucía” en *Agricultura Latifundista na Península Ibérica*, Lisboa, Instituto Gulbenkain de Ciencia, 1980, pp. 187-236.

¹³⁸ Edward MALEFAKIS: *Reforma agraria y revolución campesina en España del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1971, p. 95.

propiedad de la nobleza había sido heredada¹³⁹. Como resultado de estas dinámicas, no era común tener concentrado el patrimonio en una sola provincia, sino disponer de fincas en varias de ellas (tabla 2.2).

El origen familiar tenía una influencia directa sobre la fisonomía del patrimonio. En un extremo se situarían aquellos grandes propietarios que habían formado su patrimonio en época reciente y concentraban sus explotaciones en una o dos provincias. Tal era el caso de Velasco Martín en Burgos o de Juan Manuel Urquijo en Sevilla. En el otro extremo se encontraban algunos individuos de la vieja aristocracia, cuyos dominios se extendían por hasta diez o quince provincias. El resto del grupo se encontraba en una posición intermedia.

Tabla 2.2. Número de provincias en que tienen fincas los terratenientes residentes en Madrid, 1940-1944

Provincias	Individuos	Porcentaje sobre el total
1	12	27%
2	18	21%
3	14	15%
4	11	21%
5	5	6%
6	7	3%
>7	12	6%

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*, legs. 14145-14297.

La dispersión geográfica del patrimonio –el multifundismo– ayuda a entender el absentismo de la aristocracia terrateniente. Los datos fiscales confirman un rasgo esencial como era que los terratenientes de Madrid seguían optando por un modelo de gestión indirecta, basado en el arrendamiento de la mayoría de sus dominios. La lógica de este sistema radicaba en que, por una parte, la dispersión geográfica determinaba unos costes de gestión directa demasiado elevados. Por otra parte, la fórmula que mejores resultados concedía en términos económicos y de riesgo estaba en el arrendamiento a corto plazo de las fincas rústicas¹⁴⁰.

¹³⁹ Jaén según Luis GARRIDO GONZÁLEZ: *Riqueza y tragedia social. Historia de la clase obrera en la provincia de Jaén (1820-1939)*, Jaén, Diputación provincial de Jaén, 1990, p. 379; Córdoba en Antonio LÓPEZ ONTIVEROS y Rafael MATA: *Propiedad de la tierra y reforma agraria en Córdoba (1932-1936)*, Córdoba, Servicio de publicaciones de la Universidad de Córdoba, 1993, p. 70.

¹⁴⁰ Juan CARMONA: *Aristocracia terrateniente y cambio agrario...*; Ramón GARRABOU, Enric SAGUER y Jordi PLANAS: *Un capitalisme impossible? La gestió de la gran propietat agraria a la Catalunya contemporània*, Vic, Eumo, 2001.

Contornos de una economía rentista

El resto de actividades económicas que desarrollaban los grandes terratenientes de Madrid estaban en cierta medida vinculadas al mantenimiento de su patrimonio rústico. Las rentas procedentes de los activos financieros (deuda pública, bonos privados, acciones, etc.) ocupaban un papel complementario, generalmente en torno a un quince por ciento de la renta. Es decir, si exceptuamos a los banqueros y grandes accionistas que anteriormente señalaba, prácticamente no había miembros de entre la aristocracia terrateniente para los que las rentas del capital representasen más de la mitad de los ingresos.

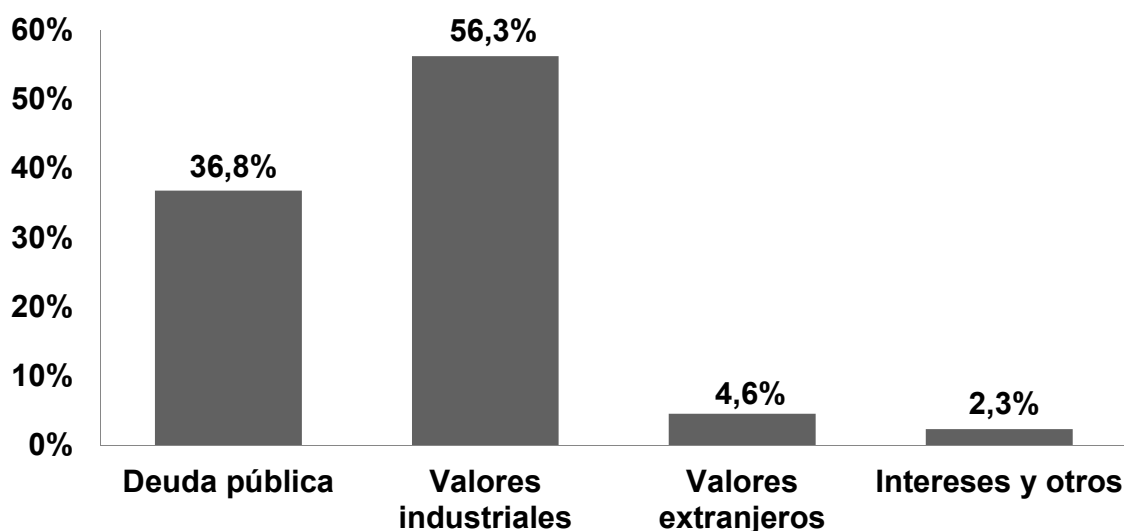
Se evidencia por tanto que a lo largo del primer tercio del siglo XX no se había producido un proceso generalizado de reconversión del patrimonio rústico en activos financieros, como sí puede documentarse entre la aristocracia británica o algunos miembros de la nobleza catalana¹⁴¹. Además, la inversión en activos financieros por parte de los terratenientes presentaba un perfil específico de aversión al riesgo (Gráfico 2.2). Si bien la partida de valores suponía más de la mitad de los ingresos, en ella primaban cédulas hipotecarias y acciones de compañías que eran considerados como seguros (Banco de España y empresas eléctricas)¹⁴².

Este patrón de inversión conservador se refuerza a tenor del papel relevante que tenía la deuda pública, un hecho que no se producía entre otros grupos de las clases altas de Madrid. En conclusión, la inversión en activos financieros se caracterizaba esencialmente por su conservadurismo y por primar la percepción de ingresos. Un proceso que tiene sentido a tenor de la organización económica de las casas aristocráticas, pues para las mismas no era muy distinto asegurarse un flujo continuo de renta en forma de deuda pública que hacerlo a través de los arrendamientos rústicos.

¹⁴¹ David CANNADINE: *The decline and fall of the British aristocracy*, Nueva York, Vintage, 1999, pp. 128-136; Ramón GARRABOU, Enric SAGUER y Jordi PLANAS: *Un capitalisme impossible...*, pp. 168-169. Un proceso opuesto al que apuntaba Guillermo GORTÁZAR: *Alfonso XIII, hombre de negocios. Persistencia del Antiguo Régimen, modernización económica y crisis política, 1902-1932*, Madrid, Alianza, 1986.

¹⁴² Análisis que coincide parcialmente con el retrato de los accionistas del Banco de España, Ricardo ROBLEDÓ: “¿Quiénes eran los accionistas del Banco de España?”, *Revista de Historia Económica*, VI-3 (1988), pp. 557-591.

Gráfico 2.2. Distribución de los ingresos del capital mobiliario de los terratenientes de Madrid, 1940-1945



Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*. Legs. 14145 - 14297.

Las declaraciones de ingresos mobiliarios permiten también conocer las deducciones sobre la base imponible, que si bien podían incluir gastos de corretaje y mantenimiento, sobre todo se debían a los intereses pagados por créditos e hipotecas. En ese sentido, la tabla 2.3 muestra que la situación normal entre los terratenientes era la de no contar con ninguna forma de endeudamiento, pues sólo cinco individuos dentro del grupo debían pagar unos intereses que fuesen significativos sobre sus ingresos brutos¹⁴³.

Tabla 2.3. Terratenientes. Deducciones por créditos tomados sobre los ingresos brutos, 1940-1945.

En tanto por cien.

Situación	Individuos	Porcentaje
Sin crédito	57	72,2%
0-5%	10	12,7%
5-10%	7	8,9%
10-20%	3	3,8%
>20%	2	2,5%

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*. Legs. 14145 - 14297

Según estas cifras el mantenimiento del patrimonio rústico no se hizo a costa de un fuerte endeudamiento a largo plazo, como sí fue común durante el siglo XIX. Este nuevo escenario se explica principalmente por la caída que venía produciéndose del

¹⁴³ De nuevo debe tenerse presente que entre estos seis individuos había dos banqueros.

peso de la renta sobre el producto agrario, un proceso que por extensión reducía la posibilidad de pagar créditos sobre la base exclusiva de la renta agraria. Era la eutanasia del rentista a la que se ha referido Ricardo Robledo tomando la frase de Keynes¹⁴⁴.

Un último factor que apunta a la dependencia con respecto a los ingresos del patrimonio rústico puede verse atendiendo al perfil profesional. Sobre la muestra de 79 personas, únicamente veinte declaraban alguna forma de salario u honorario. Incluso dentro de este grupo también debe diferenciarse entre los pocos banqueros y el resto de terratenientes. Los primeros estaban presentes en multitud de consejos de grandes empresas y en la dirección en un gran banco, por lo que su salario alcanzaba una cantidad muy notable de sus ingresos totales. En cambio, entre el resto de grandes terratenientes el trabajo jugaba un papel ciertamente marginal, que además se concentraba en dos ámbitos: los consejos de administración y el Estado.

Dentro del mundo empresarial, la aristocracia terrateniente participó de una manera específica, no estando vinculada a tareas de dirección, sino que eran incluidos en algunos consejos de administración debido a su capital social y su prestigio. Ya he señalado antes los casos del duque de Alba y del Infantado. El primero era miembro del consejo del Banco de España y de la Chade, aunque tras una primera aproximación a su archivo personal existen razones fundadas para pensar que no tuvo un papel activo en la gestión de ambas empresas¹⁴⁵. Los informes del Banco de España retratan igualmente cómo se combinaba un modo de vida rentista y figurar en determinados consejos de administración. Por ejemplo, sobre el conde de la Puebla del Maestre se señalaba que “sus actividades se contraen única y exclusivamente a vivir de sus rentas, sin que tenga negocios comerciales ni industriales a su nombre. Últimamente ha sido nombrado vicepresidente de Agromán Empresa constructora”¹⁴⁶. El conde de Torre Arias presentaba un perfil similar:

¹⁴⁴ Ricardo ROBLEDOS: “La liquidación del patrimonio de los Patiño-Sentmenat en Salamanca (1910): ¿eutanasia del rentista?”, en Miquel GUTIÉRREZ y POCH (coord.): *Doctor Jordi Nadal. La industrialización y el desarrollo económico de España*, vol. I, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1999, pp. 541-558.

¹⁴⁵ Su entrada en el consejo del Banco de España estuvo únicamente motivada por la influencia que ejerció Luis Urquijo y Ussía, marqués de Amurrio, en representación del Banco Urquijo. Carta del 28 de marzo de 1928. ACA, *Fondo de Don Jacobo*, caja 8. El hecho de que el duque hubiera participado en años anteriores en otras sociedades relacionadas por el Banco Urquijo (Standard Electric, Telefónica) hacen pensar que su presencia se debía a su relación con dicha familia, en una posición honorífica o de interlocutor con los intereses extranjeros.

¹⁴⁶ AHBE, *Operaciones*, legajo 298

*No se le conocieron negocios comerciales ni industriales por cuenta propia ni interviniendo en ellos, limitándose a actuar como Consejero en diversas entidades industriales y financieras, especialmente en el grupo de eléctricas de que forma parte la familia Romanones, unida a ésta por distintos lazos familiares.*¹⁴⁷

El Estado, principalmente el Ejército, suponía la otra opción profesional. Había tres militares (el conde de Ventosa y los marqueses de Camarasa y Villafuerte) y un diplomático (el duque de Terranova). El resto se repartirían en ocupaciones muy heterogéneas: un abogado, un “empleado” en su propia explotación agropecuaria y un administrador de fundaciones.

En esencia, todo apunta a que la aristocracia terrateniente mantuvo como rasgo distintivo el hecho de no desarrollar una carrera profesional, limitándose a actuar como *amateurs* o personajes de segunda fila en la actividad política, la administración pública o la dirección empresarial. Los comentarios de los contemporáneos, especialmente de aquellos que formaban parte de las élites de Madrid, son valiosos al coincidir en señalar rasgos similares a la par que ofrecen una explicación. Gabriel Maura, en su introducción a la biografía del duque del Infantado, comentaba que:

*Hasta muy entrado en el siglo actual tuvo visos de normalidad que los herederos de algún patrimonio pingüe o los casados con quien lo aportase al haber conyugal, se abstuviesen de ejercer profesiones lucrativas y aún de figurar hasta el término de su vida en escalafones del Estado, como eran los de militares, marinos, diplomáticos, y demás funcionarios públicos, porque al socaire de su independencia económica acostumbraban pedir, más o menos pronto, retiro o jubilación cuando quiera que el arbitrio ministerial, ordenador de traslados y destinos, lesionaba en efecto, auténticas conciencias familiares o contrariaba simplemente las domésticas.*¹⁴⁸

Por supuesto, más allá del ámbito profesional, siempre quedaba el hecho de que se atendiera la gestión del patrimonio rústico. Los grandes propietarios, incluso si optaban por la gestión indirecta y absentista, debían decidir en función de los informes que proporcionaban sus administradores en cuestiones como los cultivos, la cosecha, los jornales y los precios¹⁴⁹. Los cambios en el imaginario social afectaban también a los terratenientes. La elaboración de un discurso en torno a la figura del agricultor contrapuesto al propietario o rentista implicó a algunos terratenientes en nuevas

¹⁴⁷ AHBE, *Operaciones*, legajo 305.

¹⁴⁸ Duque de MAURA: “Prólogo”, en Cristina de ARTEAGA: *La vida dinámica y plural del marqués de Santillana, duque del Infantado*, Sevilla, Editorial Católica Española, 1949, p. XI.

¹⁴⁹ Ramón GARRABOU, Enric SAGUER y Jordi PLANAS: *Un capitalisme impossible ...*

actividades: asistencia a congresos, formación de asociaciones del ramo, generalización de innovaciones técnicas, etc.¹⁵⁰.

Sin embargo, creo que tampoco debe exagerarse esta faceta. La idea expresada por Gabriel Maura de que no debían contrariarse las “conciencias familiares y domésticas”, complementa un breve comentario escrito por el conde de Yebes sobre la vida del duque de Arión: “Conjuntamente con la administración directa y personalísima de su hacienda y el mantenimiento de su alto rango social, como él entendía que debía ser, fue la caza en general, y muy especialmente la mayor, lo que llenó las horas de su vida”¹⁵¹. De hecho, como trataré de forma más extensa en el bloque segundo de esta tesis, este alejamiento de las actividades lucrativas permitió a la aristocracia terrateniente erigirse como el baluarte más firme de los círculos mundanos de Madrid.

El cambio agrario

Las transformaciones que afectaron a la economía española durante la posguerra han sido apuntadas en diversas ocasiones por los historiadores. El franquismo apostó en un primer momento por fomentar el desarrollo del medio rural, entendiendo que debía ser uno de los pilares de la nueva España¹⁵². Esta mutación no se limitó simplemente a un nuevo equilibrio en las relaciones entre el mundo urbano y el agrario, pues hubo cambios de suficiente entidad en la agricultura que permiten definir una nueva época¹⁵³.

El fenómeno que mayor atención ha merecido ha sido el papel del mercado negro, no sólo como medio para asignar una parte muy considerable del excedente agrario, sino también como generador de una nueva realidad social¹⁵⁴. Además, en parte como consecuencia de esta dinámica, y también como resultado de la nueva legislación de arrendamientos rústicos, la explotación directa del medio agrícola comenzó a adquirir un peso decisivo en la agricultura. Sin embargo, hasta el momento la

¹⁵⁰ Juan PAN-MONTOJO: “La Asociación de Agricultores de España y la clase política, 1881-1942”, *Ayer*, 66 (2007), pp. 85-115.

¹⁵¹ Conde de YEBES: *La sala de los trofeos de un montero ejemplar. El último duque de Arión, 1870-1957*, s.l. [Madrid], Palacio de Mirabel, 1963.

¹⁵² Gustavo ALARES: “Ruralismo, fascismo y regeneración. Italia y España en perspectiva comparada”, *Ayer*, 83 (2011), pp. 127-147.

¹⁵³ Antonio Miguel BERNAL: *Economía e historia de los latifundios*, Madrid, Instituto de España y Espasa Calpe, 1988; José Manuel NAREDO: *La evolución de la agricultura española en España: Desarrollo capitalista y crisis de las formas de producción tradicionales*, Barcelona, Laia, 1977; Juan PAN-MONTOJO: “El fin de un ciclo...”

¹⁵⁴ Una perspectiva general de la importancia del mercado negro en Carlos BARCIELA y Aurelio GARCÍA GONZÁLEZ: “Un análisis crítico de las series estadísticas de los precios del trigo entre 1937 y 1980”, *Agricultura y Sociedad*, 29 (1984), pp. 69-151.

descripción de este proceso ha tomado en menor consideración a los sujetos implicados. En el caso de los grandes propietarios, la mayoría de estudios se han limitado a apuntar que fue una coyuntura favorable para los grandes terratenientes, que en líneas generales supieron aprovechar el estraperlo¹⁵⁵. Una perspectiva mucho más completa puede hacerse estudiando específicamente a los grandes propietarios en 1954, un momento en el que los cambios de posguerra ya habían quedado plenamente consolidados.

Una primera aproximación a las personas que componían el grupo de terratenientes de Madrid en ese momento da cuenta de los importantes cambios (tabla 2.4). Un primer rasgo a considerar era que la aristocracia terrateniente, que anteriormente hegemonizaba el grupo de grandes latifundistas residentes en Madrid, había perdido buena parte de su posición. Por ejemplo, si contabilizamos la presencia de la nobleza dentro del grupo, entendida no sólo como los titulados, sino también a los consortes y familiares sin título, el total del grupo se habría reducido a 33 personas (el 42 por cien de la muestra).

Tabla 2.4. Los veinte mayores terratenientes residentes en Madrid, 1954

Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta de la tierra y de explotaciones agrarias	Hectáreas
Falguera Moreno, Isabel	Infantado, Duquesa viuda	3.246.507	7.926**
Hoyos y Vinent, José María	Hoyos, Marqués	1.688.925	3.098
Mora Figueroa y des Allimes, José Ramón		1.508.501	2.817
López Suarez Varela, Ricardo*		1.339.738	1.041
Urquijo y Ussía, Juan Manuel		1.335.650	3.363
Flores Flores, Aurelia		1.091.572	5.430
Gironza y de la Cueva, Ángel		1.088.360	4.078
Stuart y Falcó, Eugenia María Sol	Baños, Condesa de	975.620	4.838**
Bahía y Chacón, María Luisa	Jerma, Duquesa viuda	946.761	6.785
Sánchez de la Rosa, Andrés		936.132	7.425
Anchorena y Uriburu, Mercedes	Fernán Núñez, Duquesa viuda	920.419	10.023
Torrico Martos, Bartolomé		918.584	5.752
Muñoz Icabalceta, Antonio*		868.478	6.466
Le Sens de Lyon y Rojo Arias, Carlota		867.871	1.888
Melgarejo Baillo, M ^a Rosario*		845.213	3.509
Vergez y Audousset, María Fernanda	Tamames, Duquesa viuda	823.164	4.340
Saiz de Carlos Garrido, Enriqueta*		787.239	1.721
Falcó y Escandón, Manuel	Montellano, Duque	769.673	1.803**
Flores Flores, Carmen		741.531	9.095
Velázquez de Castro y Ayensa, Francisco		739.371	N.D.

Fuente: AGA, Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta, legs. 21673 - 21763.

* Posible sobreestimación. Contribuyentes sobre los que la inspección revisa notablemente a la baja

** Hectáreas referidas únicamente a las fincas en explotación directa

¹⁵⁵ Carlos BARCIELA: “Los costes del franquismo...”

Por supuesto, el hecho de que no se hayan conservado todas las declaraciones hace que dentro de la muestra no estén casos muy relevantes (por ejemplo, los duques de Alba), pero ello no anula la perspectiva general de que la aristocracia terrateniente había perdido su primacía, ni tampoco la aparición de nuevos terratenientes. Para comprender la naturaleza de este cambio – el paso de un mundo dominado por *rentistas* a otro de *agricultores* – resulta necesario considerar los rasgos que diferenciaban a esta nueva generación de terratenientes en cuanto a la fisonomía y gestión de su patrimonio rústico. En mi explicación me centraré en las estrategias de adaptación de la aristocracia terrateniente – que puede tomarse como modelo de la gestión absentista – y apuntaré algunos rasgos sobre los nuevos terratenientes.

El ocaso del rentismo agrario

Como he señalado, en 1954 la aristocracia terrateniente se encontraba en una situación de mayor debilidad tanto en términos absolutos (número de familias, propiedades y rentas) como en términos relativos, es decir, en relación al resto de las clases altas de la capital. ¿Qué factores explican este declive? En mi opinión debe diferenciarse entre las causas que se produjeron durante la posguerra con respecto a aquellos factores que se habían originado en la década anterior, pero que no se manifestaron hasta ese momento.

En relación a estos últimos, la experiencia de la II República es fundamental para explicar el cambio operado entre la aristocracia terrateniente. Resulta bien conocido que el intento de reforma agraria trajo consigo el asentamiento forzoso en algunas explotaciones y la amenaza de la expropiación sin indemnización¹⁵⁶. A nivel general, significó también una perturbación de las relaciones en el mundo agrario, principalmente porque la legislación republicana inició un proceso generalizado de revisión a la baja de las rentas, que en la práctica permitió que muchos arrendatarios dejaran simplemente de pagarlas¹⁵⁷. La oleada de ocupaciones de tierras que se sucedieron desde la victoria del Frente Popular, y las colectivizaciones durante la

¹⁵⁶ Jacques MAURICE: *La reforma agraria en España en el siglo XX (1900-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1975; Edward MALEFAKIS: *Reforma agraria y revolución....*

¹⁵⁷ Ricardo ROBLEDÓ: “El ojo del administrador. Política económica de una aristocracia en la Segunda República”, *Ayer*, 73 (2009), pp. 161-194.

Guerra Civil, no fueron sino el último capítulo de una década negra para la aristocracia terrateniente¹⁵⁸.

A la difícil situación económica se añadió el hecho de que los grandes propietarios habían tomado conciencia del cariz político que tenía su posición en el campo. Si bien el régimen franquista había asegurado la aniquilación de la obra reformista republicana, resultaba imposible disipar el espectro de una nueva reforma agraria, que bien podría haber sido emprendida por el propio régimen o por sus opositores, de haberse producido su caída en el contexto de la II Guerra Mundial. El problema político no puede desligarse de la propia experiencia personal del grupo, que se manifestó en una importante renovación generacional a lo largo de estas dos décadas. Como más adelante veremos, la Guerra Civil había provocado la muerte de una parte considerable de la nobleza del país que, según el último recuento, alcanzaría la cifra de 178 bajas, es decir, cerca de un diez por cien del grupo¹⁵⁹. Si bien no todos eran terratenientes, entre ellos sí que estaban algunos de los principales representantes del grupo: duques de Peñaranda, Fernán Núñez, Lerma, conde de Torre-Arias, etc. A ello habría que añadir la defunción durante los siguientes años de un número importante de los titulares de casas importantes (Infantado en 1947, Hinojares en 1948, condesa viuda de Gavia y conde de Adanero en 1949, etc.). La existencia de un panorama en absoluto halagüeño se evidenciaba también entre los propios contemporáneos, como por ejemplo en Cristina de Arteaga, hija del duque del Infantado:

*¿Qué será el mañana de esta generación? Los tiempos son duros y el cielo está cargado de tormentas; las Casas Grandes, gravadas de manera superior a sus fuerzas, amenazan doblar bajo la carga, y la preocupación se dibuja en la frente del Duque, que con mano certera llevó largos años el timón.*¹⁶⁰

Junto con estos factores, que afectaban específicamente a la aristocracia terrateniente, la década de 1940 supuso el fin del modelo tradicional del rentismo agrario. La aprobación de la legislación de arrendamientos rústicos planteaba un nuevo marco que imponía una pronta reconversión. Sin necesidad de entrar en los detalles, conviene recordar que a partir de las leyes de 1940 y 1942, los contratos de

¹⁵⁸ Sergio RIESCO: *La reforma agraria y los orígenes de la Guerra Civil. Cuestión yuntera y radicalización patronal en la provincia de Cáceres (1931-1940)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006, p. 347, proporciona diversos ejemplos de las dificultades por las que atravesaron varios grandes de España.

¹⁵⁹ Alfonso BULLÓN DE MENDOZA: "Aristócratas muertos en la Guerra Civil española", *Aportes*, 44 (2000), pp. 77-105, en un artículo que, sin embargo, destaca por su carácter extremadamente tendencioso.

¹⁶⁰ Cristina de ARTEAGA: *La Casa del Infantado, cabeza de los Mendoza*, vol. II, Madrid, Duque del Infantado, 1940, p. 495.

arrendamiento pasaron a estar fijados por un plazo determinado, siendo prorrogables a voluntad del arrendatario al vencimiento, a no ser que el propietario decidiese a explotar directamente la finca¹⁶¹. Además, el mecanismo por el que se fijaba la renta daba unas condiciones ventajosas para el arrendatario, pues su revalorización se hacía en función de un índice oficial que no daba cuenta del nivel real de precios de los productos agrario. En suma, dentro de un contexto de elevada inflación, el arrendamiento de las fincas rústicas dejó de ser la opción más rentable.

El problema para los propietarios absentistas no podía simplemente resolverse por la vía de pasar a la explotación directa, en tanto que debía esperarse al vencimiento de los contratos (cuatro o seis años), a lo que se añadía el hecho de que en las pequeñas fincas no podía expulsarse a los arrendatarios si el propietario no pasaba a explotarla personalmente¹⁶². Un obstáculo adicional residía en que la fisonomía y forma de gestión del patrimonio de la aristocracia terrateniente pues éste no se prestaba a una fácil reconversión en explotaciones agrícolas. En muchos casos pasar a la explotación directa en fincas pequeñas o dispersas no era factible dado que los gastos de administración serían excesivos. Por otra parte, la explotación directa, particularmente durante un periodo en el que buena parte de la cosecha podía desviarse al mercado negro, implicaba el mantenimiento de una relación muy estrecha con los administradores para asegurarse que no se apropiaban una parte adicional de los beneficios. Reconvertir la red preexistente de administradores dedicados a negociar contratos por otra que estuviese dedicada a la comercialización de la cosecha en el mercado negro no fue una opción que posiblemente estuviese a disposición de todas las familias. Tampoco debe olvidarse que el propio cambio en las formas de explotación de la tierra alteraba la economía familiar de los propietarios, pues el rentismo y la explotación directa no proporcionaban la misma seguridad en ingresos ni comportaban los mismos riesgos¹⁶³.

El resultado de estos factores impuso a la aristocracia terrateniente la necesidad apremiante de reconvertir su patrimonio. *A priori*, la radiografía de los ingresos de la aristocracia terrateniente en 1954 (gráfico 2.3) muestra muy pocas diferencias con la

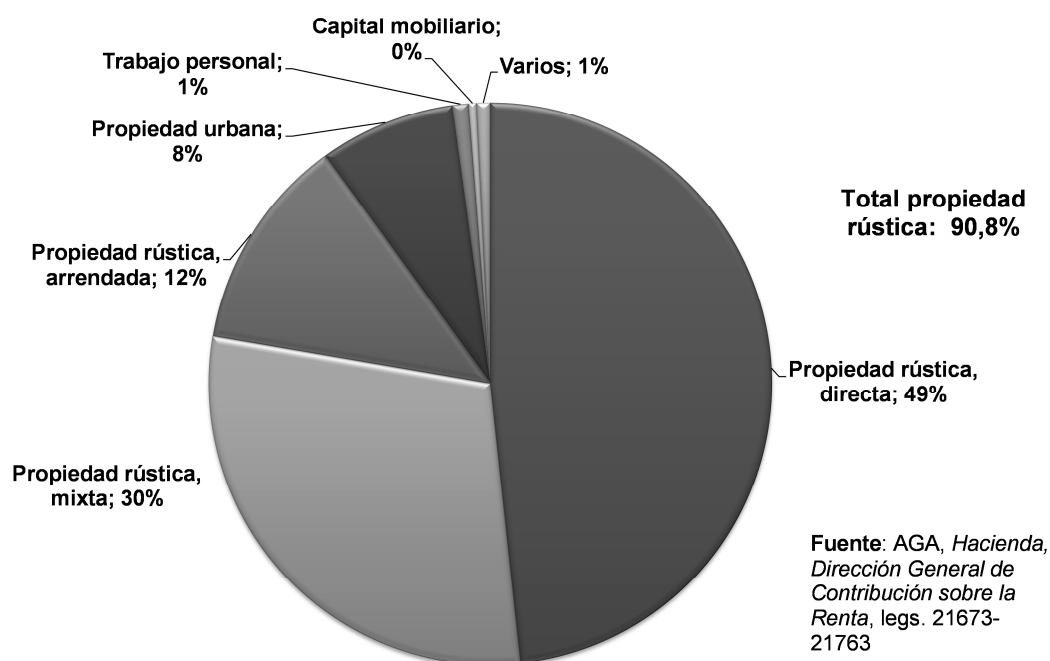
¹⁶¹ Leyes de 28 de junio de 1940 y 23 de julio de 1942.

¹⁶² Algunos de estos problemas en Rafael SERRANO: “El declive de una casa aristocrática en Castilla la Vieja y León: Los administradores de los Alburquerque en la primera mitad del siglo XX”, en Robledo, ROBLEDOS y Santiago LÓPEZ (eds.): *¿Interés particular, bienestar público? Grandes patrimonios y reformas agrarias*, Zaragoza, PUZ, 2007, pp. 271 y 275.

¹⁶³ En contra de la opinión de Antonio Miguel BERNAL: *Economía e historia...*, p. 114, que defiende que el paso a la explotación directa por parte de los antiguos rentistas fue realizada sin ningún problema.

existente a principios de la década de 1940. Si acaso había aumentado el peso de los ingresos procedentes de la propiedad rústica (que pasó de cerca de un 75% al 91%) a la par que se habrían reducido los ingresos netos del capital mobiliario.

Gráfico 2.3. Distribución de la renta de la aristocracia terrateniente de Madrid, 1954



Pero al descenderse a las cifras referentes a la naturaleza de los ingresos de la propiedad rústica, vemos que sí habría ocurrido una profunda transformación al pasarse mayoritariamente a la explotación directa. Si se establece una división pormenorizada del producto de las fincas rústicas en función del tipo de explotación –directa, arrendada o mixta (aparcería o combinación entre directa y arrendada)– se observa que la explotación directa habría aumentado extraordinariamente hasta alcanzar un 49 por cien de los ingresos, porcentaje muy superior al 25 por cien que existía en la época de posguerra.

No obstante, como apuntaba anteriormente, el proceso no pudo reducirse simplemente al cambio en los sistemas de explotación, pues también se produjo la venta de fincas con el objetivo de reinvertir lo obtenido en otras formas de riqueza. El patrimonio rústico quedaba entonces concentrado en fincas de mayor tamaño, que se explotaban directamente. Como muestra del proceso general de enajenación de fincas he incluido en la tabla 2.5 la relación de aquellos seis grandes de España de los que se

conoce la superficie total de sus propiedades rústicas tanto en 1932 como en 1954¹⁶⁴. Incluyo también dos casos excepcionales de viudas consortes que, habiendo heredado el patrimonio de sus esposos, no habían procedido a un reparto de la herencia¹⁶⁵.

Tabla 2.5. Evolución del patrimonio rústico de grandes de España, 1932-1954. Hectáreas

Nombre y apellidos	Título nobiliario	1932 (Ha.)	1954 (Ha.)
Azlor de Aragón y Hurtado de Zaldívar, José A.	Villahermosa, Duque de	47.203	26.561
Castillejo y Wall, José María	Floridablanca, Conde de	3.531	2.271
Escrivá de Romaní y Sentmenat, Luis	Sástago, Conde de	12.629	2.106
Hoyos y Vinent, José María	Hoyos, Marqués de	3.051	3.097
Salamanca Ramírez de Haro, José	Campo Alange, Conde de	4.883	3.471
Salamanca Ramírez de Haro, Luis	Guadálcazar, Marqués de	2.770	2.561
Bahía y Chacón, María Luisa	Lerma, Duquesa viuda	11.879	6.785
Vergez y Aodousset, María Fernanda	Tamames, Duquesa viuda	7.921	4.340

Fuentes: *Boletín del Instituto de Reforma Agraria*, 25 (1934); AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*, legs. 21673 al 21763.

Si bien la precisión de las cifras puede ser cuestionable¹⁶⁶, parece evidente que se había producido un proceso de ventas pronunciado. El proceso paralelo, el de la concentración de los dominios, puede verse en la tabla 2.6, que revela que en 1954 la aristocracia terrateniente contaba con un patrimonio menos disperso que hacía una década. Este hecho no anula que algunas familias tuviesen todavía propiedades a lo largo de toda la geografía del país – la duquesa viuda del Infantado declaraba en 1954 fincas en diez provincias – y que en comparación con el resto de grandes propietarios siguiesen teniendo un patrimonio mucho más diseminado.

¹⁶⁴ No están incluidos todos los grandes de 1932 que todavía vivían en 1954, pues de algunos de ellos se desconoce la superficie total de sus propiedades al estar explotadas bajo la forma de una sociedad mercantil.

¹⁶⁵ Los duques de Tamames y los de Lerma no tuvieron descendencia, por lo que cabe suponer que toda la herencia fue a parar a manos de las respectivas viudas.

¹⁶⁶ Las cifras de ambas fechas no deben tomarse como definitivas. Las de 1954 provienen de la declaración de los interesados y no han podido comprobarse con los datos del catastro. Igualmente, como ha señalado Ricardo ROBLEDÓ, el patrimonio total de los grandes consignado en los listados del Boletín de Reforma Agraria a menudo incluyen una infravaloración de la superficie. Véase, ÍD.: “La expropiación agraria de la Segunda República”, en Salustiano de DIOS, Javier INFANTE, Ricardo ROBLEDÓ y Eugenia TORIJANO (coords.): *Historia de la propiedad. La expropiación*, Salamanca, Universidad de Salamanca y Servicio de Estudios del Colegio de Registradores, 2012, pp. 371-411.

Tabla 2.6. Número de provincias en que tienen fincas la aristocracia terrateniente, 1954

Provincias	Individuos	Porcentaje sobre el total
1	9	27%
2	7	21%
3	5	15%
4	7	21%
5	2	6%
6	1	3%
>7	2	6%

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*, legs. 21673 - 21763

Pautas de transición

Si descendemos a nivel individual se observa mejor la naturaleza y límites de esta transformación entre la aristocracia terrateniente. A nivel general, una de las mejores pruebas del cambio puede rastrearse a partir de los múltiples pleitos que se sucedieron con los arrendatarios¹⁶⁷. En el caso del marqués de Viana, resulta muy significativo que el litigio se enmarcara dentro de una amplia reconversión que, necesariamente, se ligaba con el contexto político surgido tras la victoria de Franco:

La administración del señor Marqués había conseguido propagar un plan general de reorganización de la empresa de la Casa de Viana cuyos objetivos suponían el enfoque y solución de los problemas del orden social y económico – secuela de anteriores tiempos – [...] para la realización de aquel plan era necesario el reconocimiento por parte de cuantos entonces tenían intereses ligados con la propiedad, de que las orientaciones eran sanas y beneficiosas para el nuevo ambiente que habían creado las normas del Movimiento Nacional, siendo las personas indispensables para su puesta en práctica, la cesión de todos los derechos existentes nacidos de lazos contractuales dejando libres de trabas de orden jurídico las tierras que comprendían el patrimonio del Marqués de Viana: que como la envergadura del plan era ambiciosa,

¹⁶⁷ Las únicas sentencias que he consultado han sido aquellas que fueron publicadas en los repertorios de jurisprudencia del Tribunal Supremo. Además de la Casa de Viana, que más adelante cito, cabe señalar el pleito que estableció la duquesa viuda de Lerma con sus antiguos administradores. *Jurisprudencia civil. Colección completa de las resoluciones dictadas por el Tribunal Supremo (en los recursos de casación y revisión en materia de competencias) por el Tribunal especial sobre contratación en Zona roja y por la Dirección General de los Registros y del Notariado*, Madrid, Revista General de Legislación y Jurisprudencia, 1943, pp. 47-75. Creo que de descenderse a nivel provincial el número de pleitos sería sustancialmente mayor.

*suponía éste la constitución de una organización totalitaria, dentro de la cual quedarían adscritos todos los bienes rústicos de la Casa*¹⁶⁸.

Éste, y otros tantos casos, apuntan a una reorganización general, que sin embargo, siguió distintas pautas y tuvo un grado muy variable de éxito. Un ejemplo de una rápida reconversión del patrimonio agrario fue la protagonizada por el duque de Medinaceli. En su caso se entremezclan los factores anteriormente citados junto con un factor personal: su segundo matrimonio con Concepción de Rey Pablo. Sobre ella existen suficientes referencias como para creer que participó activamente en la venta del patrimonio para así conseguir ser titular copartícipe de las nuevas adquisiciones y, por tanto, contar con un reparto más favorable de la herencia¹⁶⁹.

Fuese cual fuese la razón más importante, el proceso de ventas de tierras puede fácilmente rastrearse a lo largo de la década de 1940. En algunos casos se trataba simplemente de un proceso por el que se trasvasaba la propiedad a sociedades mercantiles dedicadas a la explotación agrícola. Por ejemplo, las 16.000 hectáreas que poseía el duque en Almoraima (Cádiz) pasaron a formar parte en 1946 de la empresa Corchera Almoraima que se mantendría como propiedad de la familia hasta principios de la década de 1970. En otros casos la venta de fincas rústicas fue un proceso real, como por ejemplo en Córdoba, en el que la administración ducal se desprendió de un volumen importante de tierras que fueron a parar a una diversidad de propietarios: grandes labradores, pequeños agricultores y el Instituto Nacional de Colonización¹⁷⁰. La contrapartida a estas ventas fue la compra de una serie de inmuebles urbanos de gran valor en Madrid, en la actual Gran Vía, y la adquisición de la empresa Hotelera Madrileña, con la que se explotarían dos hoteles en dichos inmuebles¹⁷¹. Valorar el resultado global de este proceso, principalmente si puede afirmarse que la reconversión del patrimonio de Medinaceli fue exitosa o no, resulta prácticamente imposible con la documentación fiscal conservada y sólo podrá determinarse si los investigadores llegan a consultar la contabilidad privada. En cualquier caso, la situación del duque de

¹⁶⁸ *Jurisprudencia civil*, vol. 9, Madrid, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Justicia, 1949, p. 176.

¹⁶⁹ Como de hecho ocurrió al morir el duque en 1956. *Jurisprudencia civil*, vol. 110, Madrid, Boletín Oficial del Estado, 1962, pp. 56-69.

¹⁷⁰ Rafael MATA: *Pequeña y gran propiedad agrarias en la Depresión del Guadalquivir, siglos XVIII-XX*, vol. II, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1987, pp. 176-192. Creo que a nivel general los dos primeros grupos fueron los que monopolizaron las compras de tierras procedentes de la aristocracia terrateniente.

¹⁷¹ Además de las fuentes fiscales, el otro proceso establecido a la muerte del duque permite conocer este proceso de compras. *Jurisprudencia civil*, vol. 112, Madrid, Boletín Oficial del Estado, 1962, pp. 244-255.

Medinaceli, que pasó de contar con el mayor patrimonio rústico del país a otro de dimensiones más reducidas, no fue sino un ejemplo extremo de un proceso general de rápida reconversión entre la aristocracia terrateniente.

Sin embargo, existían límites evidentes a este proceso de reconversión. En primer lugar, conviene recordar que las formas de patrimonio que tradicionalmente habían servido de alternativa al rentismo agrícola (propiedad urbana y deuda pública) entraron igualmente en crisis durante los años de posguerra. Tampoco debió de pasar desapercibido a los administradores que los dividendos de las empresas cotizadas crecieran por debajo de la inflación. En esencia, fuera del mundo agrícola, no había demasiadas inversiones rentables para familias con una mentalidad rentista. Igualmente, era casi imposible revertir el tradicional alejamiento con respecto al mundo de los negocios¹⁷². La aristocracia terrateniente carecía de un capital económico en acciones y un capital social suficiente para realizar esta transformación de forma exitosa. Por estas razones existen muy pocas situaciones que demuestren la existencia una integración en el ámbito empresarial. Entre ellos estaba el marqués de Hoyos, que además de mantener sus 3.000 hectáreas en Cádiz, era gran accionista de Marismas del Guadalquivir y consejero de Tabacalera y Ford Ibérica. Las familias ligadas a las casas de Alba y de Infantado se introdujeron también en la actividad de la Compañía española del Golfo de Guinea. Más allá de estos casos, ciertamente periféricos dentro del mundo empresarial, la tendencia general en la década de 1950 apuntan al mantenimiento del patrón de las décadas anteriores, como demuestra que los ingresos de los activos financieros fuesen un complemento en las actividades económicas y que apenas se desarrollara un trabajo remunerado.

El caso de Fernán Núñez, menos drástico que el de Medinaceli, refleja una situación que debió de ser más frecuente entre la aristocracia terrateniente. Al morir el duque en 1936, el patrimonio se mantuvo indiviso entre su esposa –Mercedes de Anchorena y Uriburu– y sus dos hijos menores de edad. Las cifras referentes al diario de operaciones de la testamentaría (tabla 2.7) tienen cierta complejidad dado que sintetizan diversos procesos. En primer lugar, debe señalarse que a nivel de los ingresos, la coyuntura de la primera década de 1940 si bien no fue negativa, tampoco fue

¹⁷² La idea del “alejamiento” está tomada de Ángel BAHAMONDE: “La vieja nobleza y el mundo de los negocios: las causas de un alejamiento”, en José Luis GARCÍA DELGADO (ed.) y Manuel TUÑÓN DE LARA (dir.): *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 23-34.

excesivamente boyante, dado que las rentas y beneficios de las fincas rústicas simplemente crecieron al nivel de la inflación. A ello habría que sumar el hecho de que los alquileres de las fincas urbanas situadas en Madrid y Valencia (que también aparecen bajo el epígrafe de administraciones) y los ingresos procedentes de la cartera de valores (cupones), se mantuvieron prácticamente congelados, lo cual resultaba en una evidente pérdida de poder adquisitivo.

Tabla 2.7. Resumen del Diario de operaciones de la testamentaría del duque de Fernán Núñez, 1939-1945.

Cuenta de pérdidas y ganancias, pesetas de 1939

Año	1939	1940	1941	1942	1943	1944	1945
Administraciones	266.270	532.471	497.689	374.103	308.445	550.273	434.880
Cupones	117.420	60.801	94.137	64.292	67.771	73.990	73.235
Total ingresos ordinarios	383.689	593.272	591.826	438.395	376.216	624.263	508.115
Contribución renta	-	(29.833)	(22.979)	(67.120)	-	(188.913)	(168.252)
Derechos reales	(673.000)	(149.391)	-	-	-	-	-
Otros gastos generales	(27.977)	(137.006)	(132.734)	(75.162)	(71.172)	(61.263)	(60.738)
Total gastos	(700.977)	(316.230)	(155.713)	(142.282)	(71.172)	(250.175)	(228.989)
Resultado explotación	(317.288)	277.042	436.114	296.113	305.044	374.088	279.126
Gasto particular	(6.141)	(259.386)	(408.692)	(442.692)	(482.560)	(541.471)	(346.279)
Saldo neto	(323.429)	17.656	27.422	(146.578)	(177.517)	(167.383)	(67.152)

Fuente: SNAHN, *Fernán Núñez*, caja 139 y caja 249, documento 3. Deflacto según Leandro PRADOS DE ESCOSURA: *El progreso económico....*

De forma adicional, la administración ducal tuvo que hacer frente a unos gastos operativos crecientes, principalmente debido a la necesidad de hacer frente al pago de la Contribución sobre la Renta. Este proceso, unido al mantenimiento de unos gastos personales elevados, determinó que se mantuviera un déficit en las cuentas de la familia. La única salida residía en la enajenación de parte del patrimonio, que tuvo como principal elemento la venta en 1940 del palacio de Cervellón en Madrid, pero también de diversas fincas rústicas en Málaga y Barajas. El resultado final fue que a partir de 1945 los ingresos de la casa ducal provinieran esencialmente de dos fincas (*La Flamenca* en Aranjuez y diversas propiedades en Jerez de los Caballeros) que se explotaban directamente.

La evolución de la Casa de Fernán Núñez puede tomarse como reflejo del declive de la aristocracia terrateniente a lo largo de 1940. En síntesis, se optó por mantener la economía ligada mayoritariamente al medio rústico, sin que se recogieran unos beneficios excesivos durante la posguerra. Al contrario, la nueva situación incorporó un esfuerzo de reconvertir los sistemas de explotación, que derivó en la venta de aquellas fincas en las que no era posible esta transformación y la adaptación de los gastos personales a la nueva situación. A largo plazo, se produjo no sólo una reducción en los dominios de la aristocracia terrateniente, sino que además, su participación en la posterior modernización de la agricultura española eliminó cualquier elemento que pudiese identificarles como un grupo diferenciado del resto de grandes propietarios¹⁷³. En esencia, se ponía fin a su posición tan destacada entre las clases altas de Madrid.

Los nuevos terratenientes

La transformación de la economía de la aristocracia terrateniente resulta relativamente fácil de reconstruir no sólo gracias a la existencia de una contabilidad minuciosamente conservada, sino también al hecho de que los grandes linajes han merecido tradicionalmente un interés especial por parte de los investigadores. En cambio, rastrear a los terratenientes enriquecidos durante el primer franquismo resulta más problemático. En primer lugar, la actividad de este grupo pudo adquirir cierto relieve a nivel provincial, pero en el ámbito nacional nunca conquistó una posición económica como la que había ostentado la aristocracia. Existía también una diferencia en términos de proyección social. Los nuevos propietarios no fueron un referente en términos de distinción, sino al contrario, buscaron conscientemente el anonimato como forma de combatir la sospecha de que habían formado su fortuna durante el estraperlo¹⁷⁴. Por último, su posición ha dejado un rastro muy tenue en el mundo actual, pues su éxito se produjo en la antesala del declive y éxodo rural que comenzó en la década de 1960.

Todos estos inconvenientes no impiden realizar una primera aproximación a aquellos terratenientes que habían prosperado y pasado a residir en Madrid. ¿Qué les definía como grupo? En primer lugar, debe señalarse que muy pocos de ellos tenían

¹⁷³ Joan MARTÍNEZ ALIER: *La estabilidad del latifundismo. Análisis de la interdependencia entre relaciones de producción y conciencia social en la agricultura latifundista de la Campiña de Córdoba*, [S.L.], Ruedo Ibérico, 1968, pp. 321-332.

¹⁷⁴ José Manuel NAREDO: "La incidencia del estraperlo en la economía de las grandes fincas del sur", *Agricultura y Sociedad*, 19 (1981), pp. 82 y 83.

relación con los grupos que tradicionalmente habían formado las clases altas de la capital. Si anteriormente ya señalé que en la muestra de principios de 1940 había unos pocos banqueros y grandes accionistas, en 1954 esta situación siguió siendo así. Aquellos que ya poseían grandes propiedades rústicas continuaron manteniéndolas, como Juan Manuel Urquijo, presidente del Banco Urquijo, con 3.300 hectáreas en Sevilla, o Andrés Sánchez de la Rosa –un pequeño banquero– que declaraba propiedades rústicas que sumaban 7.425 hectáreas en Cáceres, Badajoz y Guadalajara. Más allá de estos ejemplos, vuelve a sorprender el hecho de que muchos de los grandes accionistas y directivos de grandes empresas que se habían enriquecido notablemente a lo largo de la última década (Demetrio Carceller, José María Aguirre, Ignacio Villalonga), o bien no tenían fincas rústicas, o las dimensiones de éstas no permiten definirles como terratenientes¹⁷⁵.

Los terratenientes que estoy considerando eran por tanto una élite advenediza en la capital. Realizar una caracterización global del grupo resulta problemático dado que sobre muchos se desconoce su biografía y origen de su fortuna, pero tomando los pocos elementos que sí se conocen pueden apuntarse varias pautas en común. Un primer rasgo que debe señalarse es que prácticamente todos los sujetos no partieron de la nada, pues antes de la guerra contaban ya con un patrimonio rústico de cierta magnitud concentrado generalmente en una sola provincia. A partir de este marco, a lo largo de la década de 1940 optaron por una política selectiva de compras de tierras o la mejora de las que ya poseían, siempre bajo un régimen de explotación directa. Así, no es de extrañar que las referencias insistan en que muchos de ellos pasaran la mayor parte de la posguerra residiendo en sus fincas o en una ciudad cerca de ellas. Esta pauta no entra en contradicción con que a mediados de 1950 establecieran su residencia en la capital, pues ello certificaba su ascenso social, a la par que podían seguir atendiendo sus intereses pasando largas temporadas en sus explotaciones.

Por último no debe dejar de señalarse que algunos de ellos contaban con una estrecha relación con el nuevo régimen, bien porque formaban parte del aparato franquista o debido a su militancia en algunas de las fuerzas conservadoras que colaboraron en el golpe de Estado. Este hecho incide en dos elementos. Por una parte, se

¹⁷⁵ La escasa relación entre los grandes terratenientes y las élites vinculadas a las grandes empresas ya fue apuntada por Manuel LEAL y Salvador MARTÍN: *Quiénes son los propietarios de la tierra*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1977, pp. 67-70.

demuestra que el régimen supo crear unas nuevas bases sociales, fomentando una política que beneficiaba no sólo a estos grandes propietarios, sino también a otros de condición modesta¹⁷⁶. Por otra parte, desde la perspectiva de estos terratenientes, su éxito también dependió de los contactos con la administración como forma de sortear la escasez y extrema regulación de la economía agraria¹⁷⁷.

Varios ejemplos permiten comprobar la validez general de este cuadro. Un caso fácilmente rastreable es el de la familia Domecq, que a la altura de 1954 contaba con seis de sus miembros residiendo en Madrid. Como es conocido la base de su negocio era la fabricación y exportación de vino que, a partir de 1941, pasó a estar explotado bajo la forma de una sociedad anónima (Pedro Domecq S.A.). Pero además algunos de sus miembros desarrollaron explotaciones por su cuenta durante la posguerra, como fue el caso del matrimonio de José Ramón Mora-Figueroa y María del Carmen Domecq Díez. La investigación antropológica de Mintz, basada en fuentes orales, da cuenta de muchas de las características que señalaba anteriormente a la hora de explicar el éxito de su explotación en Vejer de la Frontera (Cádiz):

Inmediatamente antes y después de la guerra civil, la situación financiera del nuevo Marqués era muy precaria. Su matrimonio con Doña Carmen, una de las herederas de la familia Domecq, que poseía extensas propiedades en el área, fue crucial en su esfuerzo por desarrollar su finca. [...] Con nuevo capital asegurado por su matrimonio, empezando en 1941 y en las dos décadas siguientes, Don José pudo comprar tierras de parientes que poseían partes de la propiedad. Sus compras de tierras contiguas aumentaron la finca a 3.000 hectáreas [y luego] aumentó aún más sus propiedades, cuya extensión ascendió a 9.000 hectáreas.

Pese a que se necesitaba equipo nuevo para cultivar y sembrar las tierras, en 1947, Las Lomas no tenía más que un tractor, y estaba en malas condiciones [...] Don José pudo beneficiarse de la relación de un primo de su padre con la fundación de la Falange y sus propios lazos con el General Franco para acelerar la importación del equipo que necesitaba. [...]

A diferencia de los otros propietarios de la región, Don José y Doña Carmen y sus dos hijos vivían en la finca para supervisar todos los aspectos de la reorganización de Las Lomas como una explotación agraria moderna¹⁷⁸.

¹⁷⁶ Sobre las bases sociales del franquismo en el medio rural, Miguel Ángel DEL ARCO: *'Hambre de Siglos'. Mundo rural y apoyos sociales del primer franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Editorial Comares, 2007.

¹⁷⁷ La importancia de los contactos con el régimen, en José Manuel NAREDO: "La incidencia del estraperlo...", p. 114.

¹⁷⁸ Jerome MINTZ: *Las coplas del carnaval y la sociedad gaditana: crítica, sexualidad y creatividad en Andalucía*, Cádiz, Asociación Cultural Brezo y Castañuela, 2008, pp. 131-133. Debe señalarse que el

Otro ejemplo relativamente bien conocido es el de la familia Flores, que ya en época de la II República era la mayor propietaria de la provincia de Albacete¹⁷⁹. En 1954 los hermanos Flores Flores (Samuel, Aurelia y Carmen), declaraban un patrimonio que en principio no había aumentado: 22.000 hectáreas repartidas entre las provincias de Jaén, Albacete y Ciudad Real. Su posición confirma además la imagen de unos propietarios que vivían a caballo entre el ámbito rural y el de la capital. Por ejemplo, Samuel Flores, sobrino-nieto y heredero del Samuel Flores de esta época, recuerda de sus años de juventud que:

*Vivía en tres casas: una la de Madrid, en la calle Velázquez, número cuarenta y ocho, y en el campo, entendiendo por tal los diferentes sitios en donde estábamos cuando veníamos al campo, es decir, El Palomar, Peñascosa y Los Alarcones*¹⁸⁰.

Más allá de estos casos, la situación de otros grandes propietarios en la capital es menos conocida. Por tomar un ejemplo me centraré en Córdoba, una provincia de la que existen varios estudios. Entre los grandes propietarios que habían pasado a residir en Madrid destaca Bartolomé Torrico Martos, que declaraba en 1932 entre él y su esposa 5.268 hectáreas¹⁸¹, mientras que en 1954 su patrimonio era ligeramente superior, 5.752 hectáreas. La posición de la familia Torrico destacaba no sólo por su posición económica, sino también por estar al frente de la lucha política de las décadas de 1930 y 40. Bartolomé Torrico había sido uno de los dirigentes locales de la CEDA, encabezando las listas presentadas en las elecciones de 1936¹⁸². Su hermano Antonio, también gran terrateniente, militó en las filas del falangismo, muriendo a finales de julio de 1936 al poco de encabezar la sublevación militar en su pueblo¹⁸³. La relación de la

relato parece confundir a José Ramón Mora-Figueroa con el marqués de Tamarón, José María Mora-Figueroa y Gómez-Imaz.

¹⁷⁹ Cayetano ESPEJO: "El Registro de la Propiedad Expropiable en la provincia de Albacete (1933)", *Al-Basit*, 26 (1990), pp. 81-108.

¹⁸⁰ José SÁNCHEZ ROBLES y Carlos GUTIÉRREZ: *Samuel Flores. La pasión por el toro*, Albacete, Feria Taurina, 1996 p. 25.

¹⁸¹ Antonio LÓPEZ ONTIVEROS y Rafael MATA: *Propiedad de la tierra y reforma agraria...*, pp. 164 y 166

¹⁸² Francisco MORENO GÓMEZ: *La república y la guerra civil en Córdoba*, vol. I, Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba, 1982, pp. 336-338.

¹⁸³ Francisco MORENO GÓMEZ: *La guerra civil en Córdoba, 1936-1939*, Madrid, Alpuerto, 1985, p. 147

familia con el régimen no termina ahí, dado que Bartolomé Torrico colaboró en la represión ejercida en la provincia al finalizar la Guerra Civil¹⁸⁴.

Otro caso significativo de grandes propietarios de Córdoba eran Antonio Herruzo Martos y su hijo Cayetano. En este caso sí puede documentarse un importante aumento de la propiedad pues si en 1932 declaraba 5.154 hectáreas, en 1954 poseía 7.963 hectáreas a lo que cabría sumar las 3.500 hectáreas de su hijo. Al igual que la familia Torrico, Antonio Herruzo también estuvo vinculado a las derechas, como demuestra su presencia en las elecciones de 1933¹⁸⁵. En otras situaciones, es indudable que se produjo el ascenso de determinados terratenientes fruto de un rápido proceso de enriquecimiento. Un caso extraordinario es el de Dionisio Martín Sanz, un hombre conocido por pertenecer a la primera generación de falangistas y, sobre todo, por ser uno de los promotores del Servicio Nacional de Trigo¹⁸⁶. Pero además de esta posición en la política nacional, la década de 1940 le permitió consolidar a nivel individual una importante posición en el mundo agrario. Así, un informe de 1951 elaborado por el Banco de España señalaba que:

*A finales de 1939 adquirió una finca llamada “Torrubia” en términos de Linares y Jabalquinto, provincia de Jaén, lugar en donde residió también, trasladándose luego a Madrid [...] siendo la extensión de esta finca de unas 1.600 Ha. [...] Viene dedicado, asimismo, bajo la denominación de “Autocampo” a explotar fincas agrícolas para suministros de productos de reserva, teniendo una superficie cultivada a estos efectos de más de 6.000 Ha., en distintos puntos de nuestra nación*¹⁸⁷.

La relación de esta serie de individuos no es exhaustiva en tanto que sigue habiendo otros grandes terratenientes cuya trayectoria resulta prácticamente desconocida. A falta de profundizar en las dinámicas regionales, parece evidente que el cambio agrario de posguerra significó también un proceso de reemplazo de las élites agrarias. Los grandes propietarios que contaban con los medios y las relaciones para desarrollar sus actividades fueron los grandes beneficiarios de estas transformaciones.

¹⁸⁴ Francisco MORENO GÓMEZ: “La represión en la España campesina”, en José Luis GARCÍA DELGADO (ed.): *El primer franquismo. España durante la segunda guerra mundial*, Madrid, Siglo XXI, 1989, p. 193

¹⁸⁵ Luis IÑIGO FERNÁNDEZ: *La derecha liberal en la Segunda república española*, Madrid, UNED, 2000, p. 471

¹⁸⁶ Carlos BARCIELA: “Los costes del franquismo...”, pp. 392 y 416.

¹⁸⁷ AHBE, *Operaciones*, legajo 302. Además cabe señalar que en el pleito anteriormente citado entre un arrendatario y la administración del marqués de Viana, se deduce que Dionisio Martín Sanz se había convertido en uno de los apoderados de dicha Casa en la provincia de Jaén.

En conclusión, la década de 1940 fue un momento de profundo cambio en las estructuras agrarias del país. Junto con el cambio en las formas de explotación y la aparición del mercado negro, también se produjo un proceso de renovación entre las élites agrarias del país. En el caso de Madrid el proceso fue más pronunciado dado que la aristocracia terrateniente tuvo que hacer frente a múltiples retos fruto de la fisonomía de su patrimonio agrario, de las características de su economía rentista y de la experiencia que había tenido durante la II República y la Guerra Civil. Sin embargo, esta situación debe ponerse en un contexto general que apunta a la desaparición o adaptación de los propietarios rentistas unido al auge de una serie de grandes propietarios que aprovecharon la coyuntura de posguerra. Durante este periodo el peso de la gran propiedad no cambió sustancialmente, pero sí lo hicieron sus formas de explotación y, sobre todo, los sujetos que la sustentaban. El declive del rentismo no puede reducirse a lo ocurrido durante el primer franquismo, pues en cierta medida era fruto de tendencias a largo plazo que venían manifestándose desde finales del siglo XIX y que, posteriormente se vieron acentuadas durante la I Guerra Mundial. Sin embargo, visto en perspectiva, ello no anula que el impacto de la II República, la Guerra Civil y las políticas generadas por el régimen de Franco fuesen decisivos en determinar el fin de una época.

3. La propiedad urbana

Junto con la tierra y las fortunas ligadas a las grandes empresas, la propiedad urbana fue la tercera forma en la que se articuló el capital de las clases altas. En apariencia, el sector inmobiliario careció durante estos años del dinamismo que le había caracterizado durante el siglo XIX y, por ello, generalmente los investigadores le han prestado una escasa atención. Sin embargo, hay varias razones que evidencian la necesidad de volver a valorar la propiedad urbana como uno de los ejes del poder económico y social durante la primera mitad del siglo XX. En primer lugar, un simple vistazo a las diversas estimaciones sobre la riqueza del país permite confirmar que las fincas urbanas constituyeron una parte muy sustancial del patrimonio nacional. Generalmente se estimó que la propiedad urbana representaba entre un quince y un veinte por cien de la riqueza, un porcentaje que si bien era inferior al que correspondía a la fincas rústicas (cuarenta por cien), superaba con creces el valor del capital y las obligaciones de las sociedades anónimas¹⁸⁸. Asimismo, conviene no olvidar que hasta la posguerra este patrimonio urbano estuvo fuertemente concentrado en unas pocas manos. Si bien no existen estadísticas para antes de la Guerra Civil, los primeros estudios sobre el Madrid de la posguerra indican que menos de un cinco por cien de los hogares eran propietarios de su vivienda¹⁸⁹.

Estudiar a los propietarios urbanos permite también arrojar luz sobre la interrelación entre las clases altas, los grupos populares y el medio urbano. En este campo, las diferencias de este grupo con respecto a los terratenientes y financieros de Madrid resultan evidentes, pues mientras que estos dos grupos vivían en su práctica diaria relativamente alejados de los problemas del resto de grupos sociales, los propietarios tuvieron una mayor relación con las clases subalternas. La cuestión estriba no sólo en que sus inmuebles pudiesen albergar a todas las clases sociales, sino que además, como se demostró en la proyección del ensanche durante el siglo XIX, los propietarios urbanos formaron un grupo cohesionado que podía determinar las políticas

¹⁸⁸ Un resumen de las estimaciones en Albert CARRERAS, Leandro PRADOS DE ESCOSURA y Joan R. ROSÉS: “Renta y riqueza”, en Albert CARRERAS y Xavier TAFUNELL (coords.): *Estadísticas históricas de España, siglo XIX-XX*, vol. III, Bilbao, Fundación BBVA, 2005, p. 1375

¹⁸⁹ En concreto, en 1945 un 4,4 por cien de las viviendas eran propiedad de sus habitantes. *Boletín estadístico de Madrid*, 46 (1945).

de urbanización¹⁹⁰. Resulta por tanto de interés, comprobar si durante la primera mitad del siglo XX los grandes propietarios mantuvieron su cohesión como los principales agentes en la urbanización de Madrid.

Más allá de estas dos cuestiones, la primera mitad del siglo XX –como época de transición del liberalismo clásico a la sociedad de masas– reviste un especial interés para estudiar la propiedad urbana. A inicios del periodo los propietarios eran uno de los grupos básicos que constituían las clases altas y, de hecho, posiblemente en términos cuantitativos fuesen el sector más numeroso de los grupos dominantes en las grandes ciudades¹⁹¹. No obstante, en unas pocas décadas no sólo comenzó a producirse una generalización de la propiedad urbana entre la clase media y la clase obrera, sino que también, de forma paralela, los grandes propietarios urbanos perdieron los elementos que les cohesionaban como un grupo de poder. Una transformación tan profunda, aunque revistiese la forma de un cambio silencioso, permite adentrarnos en los cambios que afectaron a las clases altas en el tránsito a una nueva época.

Capitalistas, terratenientes y propiedad urbana

Para la identificación de los grandes propietarios urbanos, además de la documentación generada a partir de la Contribución sobre la Renta, existen dos fuentes adicionales de gran valor. Una de ellas la constituye la estadística de socios de la Cámara de la Propiedad Urbana de Madrid que clasificaba a los propietarios en función de la contribución que pagaban. Dado que era un impuesto lineal, que gravaba en torno a un 25 por cien del líquido imponible, resulta relativamente fácil establecer una estimación de la concentración de la renta urbana (tabla 3.1).

Los resultados que arroja esta fuente hablan prácticamente por sí mismos. En el Madrid de 1929, una ciudad que por entonces tenía casi un millón de habitantes, el número de propietarios siguió siendo notablemente bajo (12.502 contribuyentes) y en su seno prevalecieron los grandes propietarios (3.201 contribuyentes con más de 12.000 pesetas de ingresos), que concentraban tres cuartas partes de la renta urbana¹⁹². Además,

¹⁹⁰ Ángel BAHAMONDE y Julián TORO: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978; Anacleto PONS y Justo SERNA: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del siglo XIX*, Valencia, Diputació de Valencia, 1992. Isabel RODRÍGUEZ CHUMILLAS: *Vivir de las rentas...*; Jesús CRUZ: *The rise of middle-class ...*

¹⁹¹ *Ibid.*

¹⁹² Conviene apuntar que el concepto de propietario y contribuyente no siempre puede equipararse a una persona, pues había propiedades en manos de empresas y también en régimen proindiviso. Sin embargo,

los resultados apenas se diferencian en términos relativos de los obtenidos en otro estudio realizado para 1870, revelando que el desarrollo del liberalismo en España apenas había traído una ampliación sustancial del número de propietarios a partir de una hipotética incorporación de las clases populares¹⁹³.

Tabla 3.1. Estimación de la distribución de la renta urbana. Madrid, 1929

Clase de propietarios	Renta urbana (pesetas)		Número de propietarios	Renta total del grupo (pesetas)	Total acumulado de la renta urbana	Total acumulado de propietarios
Grandes propietarios	> 200.000		24	12.506.880	8,30%	0,19%
	100.000	200.000	87	13.050.002	16,95%	0,89%
	80.000	100.000	70	6.300.001	21,13%	1,45%
	60.000	80.000	150	10.500.003	28,10%	2,65%
	40.000	60.000	345	17.250.007	39,54%	5,41%
Medianos propietarios	20.000	40.000	1.150	34.500.023	62,43%	14,61%
	12.000	20.000	1.375	22.000.028	77,02%	25,60%
	8.000	12.000	1.300	13.000.026	85,65%	36,00%
	4.000	8.000	2.300	13.800.046	94,80%	54,40%
	2.000	4.000	1.600	4.800.032	97,99%	67,20%
Pequeños propietarios	1.000	2.000	1.325	1.987.527	99,30%	77,80%
	400	1.000	1.000	700.020	99,77%	85,79%
	200	400	750	225.015	99,92%	91,79%
	40	200	1.026	123.141	100,00%	100,00%
Total			12.502	150.742.750		

Fuente: ARCM, *Fondo Cámara de la Propiedad Urbana de Madrid*, sig. 358051. Véase el apéndice para conocer el procedimiento para la elaboración de esta estimación

¿Quiénes formaron la cúspide de los grandes propietarios urbanos? ¿Acaso eran las mismas familias que componían el núcleo de poder de las grandes empresas y de los terratenientes de Madrid? ¿O eran una élite con un perfil propio? Para responder a estas preguntas tienen un especial valor los listados que se publicaron durante la Restauración de los 250 mayores contribuyentes en concepto de contribución territorial y subsidio (tabla 3.2)¹⁹⁴. Un repaso a través de los nombres permite constatar que existía una pequeña minoría de grandes propietarios que también eran grandes accionistas. En la cúspide se encontraba el conde de Romanones, que anteriormente he reseñado, pero también su sobrino, el duque de las Torres, cuya fortuna es mucho menos conocida por los historiadores. Igualmente, los miembros de la familia Urquijo contaban con un importante patrimonio inmobiliario formado a través de la compra de viviendas,

estos casos no dejaron de ser una minoría, por lo que las cifras pueden tomarse como bastante aproximadas del número de personas propietarias.

¹⁹³ Isabel RODRÍGUEZ CHUMILLAS: *Vivir de las rentas...*, pp. 66-69.

¹⁹⁴ En el apéndice trato con detalle los problemas derivados de esta fuente, aunque resulta necesario adelantar que, además del problema del fraude fiscal, estos listados omiten las propiedades que gozaban de exención fiscal y las que pertenecían a mujeres, extranjeros y personas empadronadas en otros municipios.

inmuebles comerciales y solares sin edificar¹⁹⁵. Entre las familias de grandes terratenientes de la capital no se produjo una implicación tan destacada en el mercado inmobiliario, aunque sin duda cabría destacar a los duques de Arión y de Tarifa, y a un nivel menor, al duque de Montellano, al marqués de Mudela o a Joaquín Velasco Martín.

Tabla 3.2. Los diez mayores contribuyentes por territorial y subsidio. Madrid, 1930

Nombre	Título	Renta urbana teórica (pesetas)
Cubas y Erice, Francisco	Fontalba, Marqués	505.344
Allende Allende, Tomás		351.052
Figueroa y Torres, Álvaro	Romanones, Conde	313.444
Figueroa y O'Neill, Gonzalo	Torres, Duque	297.768
Palazuelo Maroto, Demetrio		238.464
Zulueta, Adolfo		203.692
Fernández de Córdoba y Osma, Joaquín	Arión, Duque	193.844
Pla y Peñalver, Fernando	Amboage, Marqués	191.708
Martí Prats, José		191.520
Muguiro Gallo, Rafael		181.992

Fuente: *Boletín Oficial de la provincia de Madrid*, 7 de enero de 1931

Nota: La renta urbana ha sido establecido considerando que la cuota pagada suponía un 25 por cien de los ingresos netos

Aun siendo relevantes los casos de estas familias de grandes capitalistas o terratenientes, existen varias razones por las que conviene no sobrevalorar su importancia en el mercado inmobiliario del primer tercio del siglo XX. Como ya señalé en los dos capítulos anteriores, su inversión, si bien no fue atípica, tampoco era generalizable a todo el grupo. No todas las familias, ni siquiera la mayoría de los grandes capitalistas y terratenientes de la capital, optaron por una estrategia similar, sino que concentraron su actividad en un ámbito que conocían mejor, es decir, invirtiendo en empresas o en fincas rústicas. Incluso en los casos señalados, conviene no olvidar que la actividad inmobiliaria nunca supuso el centro de las inversiones tanto en términos de ingresos como en cuanto a la movilización de intereses. Durante el reinado de Alfonso XIII, los Urquijo pudieron tener uno de los mayores patrimonios inmobiliarios de Madrid, pero en comparación con su negocio bancario éste tuvo una importancia secundaria. Igualmente, no deja de sorprender que tanto ellos como la familia Figueroa, que además de capital económico, también contaron con un elevado capital social y una importante influencia política, nunca pretendieran presentarse como los representantes

¹⁹⁵ Sobre el patrimonio inmobiliario del tercer marqués de Urquijo, AS, *Expediente personal*, His-0482.02. A su hermano Juan Manuel, el Banco de España le atribuía la propiedad de cinco inmuebles y nueve solares, AHBE, *Operaciones*, leg. 319. De forma complementaria véase la descripción de José Carlos RUEDA LAFFOND: “Préstamo y finanzas...”, pp. 319-321.

de la propiedad inmueble de la capital. En suma, el perfil típico de gran propietario urbano no estuvo en estas familias, sino en otro grupo que hasta ahora no ha aparecido en la descripción de las clases altas de Madrid.

El núcleo de la propiedad urbana: rentistas y caseros

Retomando de nuevo el listado de grandes contribuyentes de 1930 por territorial puede decirse que aproximadamente un noventa por cien de los individuos reseñados no eran ni grandes accionistas ni terratenientes¹⁹⁶. ¿Qué les diferenciaba con respecto a estos últimos? Como punto de partida, tomaré un caso intermedio entre el grupo de capitalistas y propietarios urbanos. Francisco de Cubas y Erice, marqués de Fontalba, posiblemente fuese a lo largo de la década de 1920 uno de los mayores propietarios de fincas urbanas de Madrid, si no el mayor, como prueba el hecho de que encabezara el listado de mayores contribuyentes por territorial desde 1927¹⁹⁷. Su posición no puede desligarse de su matrimonio con María de la Encarnación Urquijo y Ussía, que le permitió emparentar con los Urquijo, siendo por tanto admitido como accionista y consejero de este banco. No obstante, su fortuna y negocios fueron muy distintos que los desarrollados por los tres hermanos Urquijo, pues mientras que estos últimos controlaron directamente el 75 por cien del capital del banco, la participación del marqués de Fontalba era muy inferior: un cuatro por cien¹⁹⁸. A nivel de la dirección empresarial se produjo una situación similar. Mientras que los tres hermanos, junto con Valentín Ruiz Senén, se repartieron las tareas de dirección en el banco y las empresas participadas, Fontalba únicamente fue consejero de tres sociedades (Banco Urquijo, Duro Felguera y Unión Eléctrica Madrileña) y no parece que estuviera implicado en tareas de dirección¹⁹⁹.

En esencia, el marqués de Fontalba difícilmente puede ser considerado como un financiero, pues su patrimonio y actividad se concentraba en otro sector: la gestión del patrimonio inmobiliario. El origen del mismo provenía por una parte de la herencia de su padre, Francisco Cubas y González Montes, uno de los principales arquitectos de la

¹⁹⁶ Evidentemente es un cálculo muy aproximado, pues no se conoce con exactitud la relación de terratenientes y grandes accionistas en aquel momento, aunque la composición de los consejos de administración y los estudios sobre la propiedad rústica en aquella permiten llegar a esta conclusión.

¹⁹⁷ El hecho de que sobrepasara a Romanones como mayor propietario no pasó desapercibido entre los contemporáneos. “Los Primeros Contribuyentes por Territorial”, *ABC*, 11 de marzo de 1927.

¹⁹⁸ Sobre las participaciones accionariales, Eugenio TORRES y Nuria PUIG: *El Banco Urquijo...*, p. 43-44.

¹⁹⁹ *AFSAE*, 1930.

segunda mitad del siglo XIX que, tras el éxito de su carrera profesional, participó en la compra de fincas urbanas procedentes de la quiebra de la casa de Osuna²⁰⁰. La otra parte correspondía a lo heredado por los Urquijo en una doble vía: aquella que provenía directamente por su esposa y lo que había heredado de su madre, Matilde de Erice y Urquijo, sobrina del primer marqués de Urquijo. Este patrimonio de extraordinarias dimensiones debía proporcionarle rentas superiores al millón de pesetas y englobaba viviendas en el viejo Madrid y en el ensanche, así como edificios comerciales, entre ellos el Teatro Fontalba en la Gran Vía²⁰¹. En esencia, el caso de Fontalba no es sino el máximo exponente de un grupo más amplio de rentistas urbanos cuya posición derivaba principalmente, y en algunos casos exclusivamente, de las viviendas y locales alquilados.

¿Qué elementos permiten identificar en términos sociales a este colectivo? ¿Acaso era un grupo cerrado como la aristocracia terrateniente o representaban el caso de una élite abierta? Para los representantes de las Cámaras de la Propiedad no había duda de que el acceso a la propiedad era una condición a la que podían acceder el resto de clases sociales. Según su perspectiva, los propietarios urbanos eran un colectivo abierto debido a que la compra de fincas urbanas era la forma tradicional en que invertían sus ahorros “comerciantes, industriales, médicos, abogados, hombres de negocios y hasta modestos obreros”²⁰². De esta forma, se podían jactar de que era “sumamente raro [...] una casa que haya pasado por más de dos generaciones en poder de unos mismos dueños. Por lo tanto, no hay castas”²⁰³.

Más allá de la retórica de los representantes de la propiedad urbana, que negaban constituir una clase o élite separada, la continuidad dentro del grupo de rentistas urbanas puede examinarse cotejando el listado de propietarios a finales de la Restauración (1930) con los nómina de contribuyentes de las dos generaciones anteriores: 1870 y

²⁰⁰ Rafael MATA: “Crédito, especulación y trasvase de riqueza en la última etapa de la crisis de la casa de Osuna” en Ángel BAHAMONDE y Luis Enrique OTERO: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, vol. I, Madrid, Comunidad de Madrid y Alfaz, 1989, p. 631.

²⁰¹ Una relación inacabada de su patrimonio inmobiliario puede consultarse en AS, *Expediente personal*, His-0168-02. Sobre el teatro Fontalba, véase “Los teatros por dentro. Fontalba”. *Crónica*, 29 de diciembre de 1929.

²⁰² José GALÁN y ÁLVAREZ CASCOS: “Hace veinticinco años”, *Boletín de la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana*, 25-217 (1935), p. 9

²⁰³ Joaquín CODORNIÚ: *El Real Decreto de inquilinato. Bases para su modificación. Conferencias pronunciadas respecto de este tema*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1929, p. 19

1897²⁰⁴. Si bien es un cálculo muy aproximado, puede decirse que sólo entre un diez y quince por cien de las familias que eran grandes propietarias de casas en 1930 tenían algún vínculo con los propietarios de las dos generaciones anteriores. A nivel individual la continuidad se expresó en determinadas familias que formaron el núcleo de grandes caseros desde finales del XIX. Entre ellos podría citarse además de las familias Cubas y Urquijo, a los Fernández Casariego, los Manzanedo, los Céspedes o los Rolland, que en su época representaron el prototipo de banquero o comerciante que había invertido en el mercado inmobiliario durante el gran crecimiento de las ciudades²⁰⁵. Sin embargo, aún en estos casos, sus descendientes tampoco formaron un grupo especialmente cohesionado. Al contrario, fruto de la no diversificación de actividades y de la inexistencia de una estrategia de endogamia matrimonial como la que caracterizó a la aristocracia terrateniente, la tendencia hacia la dispersión de patrimonio entre los grandes propietarios urbanos fue muy acusada.

Dejando de lado estas familias con una larga tradición en el mercado inmobiliario de Madrid, el resto de propietarios urbanos de finales de la Restauración tenían un vínculo más reciente con este sector. Algunos casos evidenciaban la afirmación de los representantes de la Cámara de la Propiedad, es decir, eran medianos industriales que adquirieron diversos inmuebles como forma de complementar su actividad empresarial o como medio para reinvertir los beneficios. Pero la gran mayoría de propietarios urbanos representaron el caso típico de familias que habían acumulado un patrimonio a costa de otras actividades y que las siguientes generaciones utilizaban para vivir exclusivamente sobre los alquileres de los inmuebles. Eran rentistas en su sentido más preciso.

La tendencia a que la propiedad urbana fuera el ámbito privilegiado para la conservación del patrimonio quedó reforzada por la elevada proporción de mujeres que había dentro del grupo. Desgraciadamente, este proceso es imperceptible a través de las listas de contribuyentes de territorial que, como ya subrayé, incluían únicamente a los varones. Sin embargo, hay evidencias de que las mujeres ocuparon un papel muy destacado en el mercado inmobiliario. Por una parte, en algunos congresos de grandes

²⁰⁴ La relación de 1897 se refiere únicamente a los grandes contribuyentes del Ensanche, *Boletín Oficial de la provincia de Madrid*, 24 de marzo de 1897, p. 3. Los grandes propietarios de 1870 según Isabel RODRÍGUEZ CHUMILLAS: *Vivir de las rentas...*, pp. 66-69.

²⁰⁵ *Ibid.* Sobre Manzanedo, Ángel BAHAMONDE y José CAYUELA: *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*, Madrid, Alianza, 1992, pp. 201-222.

propietarios urbanos solía resaltarse la “selecta concurrencia, embellecida por los encantos de gentiles y hermosas propietarias de provincias y de la Corte”²⁰⁶, un hecho que en absoluto fue habitual en el resto de reuniones y asambleas de los representantes del poder económico. Un indicio adicional se encuentra en la muestra de grandes propietarios de posguerra que, seleccionados a partir de las declaraciones de Contribución sobre la Renta, sí incluían a las mujeres solteras o viudas. La presencia de éstas era relativamente elevada, pues alcanzaba un tercio del total (tabla 3.3)²⁰⁷.

Tabla 3.3. Los veinte mayores propietarios urbanos. Madrid, 1941-1943

Año fiscal	Nombre y apellidos	Título nobiliario	Renta urbana (ptas.)
1943	Bemberg Elortondo, Otto Eduardo		664.535
1941	Patuel, Vicente Enrique		459.959
1942	Villachica Murgóiti-Beña, Victoriana		440.108
1941	Figueroa y Torres, Álvaro	Romanones, Conde	380.283
1941	Urquijo y Ussía, Juan Manuel		351.438
1941	Cano Baranda, José María		337.917
1941	Parrondo Verdasco, José		274.125
1941	Murga y Ansuátegui, Jesús		269.735
1941	March Servera, Bartolomé		247.440
1942	Vega y Ortiz, Jesusa Soledad		242.804
1941	Espejo Delgado, Luis		238.741
1941	Escriña González, José María		238.519
1943	Stuart y Falcó, Jacobo	Alba, Duque	232.948
1942	Mitjáns y Manzanedo, Agustina	Lecera, Duquesa viuda	229.487
1941	Pérez Seoane y Cullén, Carlos	Pinohermoso, Duque	228.543
1941	March Ordinas, Juan		227.735
1941	Cobián y Herrera, Jaime		226.613
1941	Gimeno García, Matilde		226.194
1943	Beruete y Udaeta, Tomás		224.046
1941	Garay Vitorica, Pilar		222.543

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la renta*. Elaboración propia

Las mujeres no sólo constituyeron un sector muy significativo de la propiedad urbana, sino que además su posición en este ámbito fue muy distinta que en otros círculos del poder económico. En la aristocracia terrateniente no faltaron mujeres, pero

²⁰⁶ *Congreso Nacional de la Propiedad Urbana, Madrid 1912*, Madrid, Establecimiento tipográfico de Ginés Carrión, 1913, p. 170. Un vistazo a las sesiones del congreso permite comprobar que todos los ponentes del congreso eran varones, por lo que las mujeres, a pesar de su condición como propietarias, participaron únicamente como oyentes. Trataré más adelante el discurso que naturalizaba el dominio masculino en la esfera de los negocios.

²⁰⁷ Las declaraciones de la renta también permiten comprobar que un extranjero, Otto Bemberg Elortondo, accionista de la cervecera Quilmes en Argentina y una de las principales fortunas de este país, era el mayor propietario urbano del Madrid de posguerra.

su papel cumplió tradicionalmente la función de unir el patrimonio entre familias²⁰⁸. En las grandes empresas también hubo mujeres accionistas, pero como señalé anteriormente, en la mayoría de los casos carecieron de voz propia y delegaron en sus maridos u otros familiares. En cambio, la propiedad urbana, dadas sus connotaciones como un activo seguro y fácil de gestionar, fue la forma de capital que por defecto recibieron las mujeres en las donaciones y herencias. Un simple repaso a las referencias indirectas que contamos sobre los repartos de patrimonio inciden en este aspecto²⁰⁹. Entre las familias de banqueros, como los Urquijo, ya mencioné anteriormente que era habitual que los inmuebles urbanos fueran transmitidos por la rama femenina de la familia. Dicho patrón también fue replicado en el primer tercio del siglo XX por los Ussía (Banca Aldama) y los Basagoiti (Hispano Americano), pues al morir el marido, las respectivas viudas, María Cubas y Francisca Ibáñez, se convirtieron en rentistas, mientras que los hijos heredaron mayoritariamente el negocio bancario y las acciones de empresas industriales²¹⁰. Igualmente, en los contados casos que he podido rastrear de anulación de matrimonios o divorcios, existió una tendencia similar a que las mujeres recibieran su parte del patrimonio conyugal en inmuebles²¹¹.

En conclusión, el perfil de los grandes propietarios urbanos de Madrid a finales de la Restauración reunió una serie de rasgos particulares en relación a otros grupos de las clases altas. Si bien existieron cierto número de grandes accionistas, terratenientes y medianos industriales que eran a su vez propietarios urbanos, éstos no jugaron un papel importante en el mercado inmobiliario, en tanto que su inversión buscaba un activo refugio que sirviera de complemento a los ingresos. El grueso de los propietarios fueron rentistas que bien podían ser herederos de grandes patrimonios o que sencillamente habían abandonado sus anteriores actividades en la industria o el comercio. Adicionalmente, un rasgo específico del ámbito de la propiedad urbana radicó en la elevada proporción de viudas e hijas solteras, fruto de la consideración generalizada de

²⁰⁸ Fernando SÁNCHEZ MARROYO: “La mujer como instrumento de perpetuación patrimonial”, *Norba*, 8-9 (1987), pp. 207-213.

²⁰⁹ Conviene recordar que ha sido imposible acceder directamente a los protocolos notariales, dado que la legislación actual impone el secreto para la documentación de menos de cien años.

²¹⁰ El patrimonio inmobiliario de ambas mujeres puede consultarse a través de sus declaraciones de la renta. AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*, legs. 14155 y 14263.

²¹¹ Por ejemplo, el divorcio del marqués de Amurrio y la marquesa de Zarreal. AGA, *Justicia*, Caja 41/3272. Posteriormente la marquesa de Zarreal estableció un pleito por las operaciones de partición, al considerar injusta la valoración del patrimonio. *Jurisprudencia civil. Colección completa de las resoluciones dictadas por el Tribunal Supremo en los recursos de casación civil y revisión y en materia de competencias*, vol. VII, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1945, pp. 188-211.

que era la forma de capital idónea para ellas. Por último, como explicaré a lo largo del siguiente apartado, precisamente por la sencillez en la gestión de las propiedades y dada la búsqueda de una vida alejada de los negocios, los rentistas urbanos carecieron de un elevado capital social y simbólico, constituyendo de hecho el grupo menos visible, o si se prefiere más discreto, de las clases altas de Madrid.

Propiedad y gestión del patrimonio inmobiliario

Una radiografía de los ingresos del núcleo de rentistas urbanos –excluyendo grandes accionistas y terratenientes– permite comprobar cómo este colectivo dependía esencialmente de los alquileres, que representaban más de un 70 por cien de los ingresos netos (gráfico 3.1). Las declaraciones de la renta confirman igualmente el alejamiento de los rentistas urbanos con respecto de las otras formas de capital (fincas rústicas y grandes empresas) y la repetición de un patrón de inversión muy conservador en su cartera de valores (gráfico 3.2)

Para comprender esta dependencia con respecto al alquiler de los inmuebles, es obligado señalar que la gestión del patrimonio urbano generalmente fue sencilla y proporcionó buenos resultados. Así, mientras que en la propiedad rústica siempre existió un cierto margen de elección en los sistemas de explotación (directa o arrendamiento), en la elección de administradores y en la determinación de los contratos, la administración de fincas urbanas siguió un procedimiento único. El arrendamiento implicaba delegar la gestión en un administrador, que gestionaba los cobros y hacía frente a los casos de desahucios, por lo que era necesario que conociera los principios de la legislación sobre arrendamientos. El rentismo urbano contaba asimismo con una base de ingresos tradicionalmente sólida dada la existencia de un déficit de viviendas en el Madrid de la Restauración, por lo que los alquileres y los precios de los inmuebles crecieron hasta 1920 a una tasa superior a la inflación²¹². El complemento necesario a este modelo de gestión radicó en una estrecha vigilancia de los costes. José Luis de Oriol, gran accionista y propietario urbano, lo expresaba en términos simples a sus familiares: “Estos gastos generales [...] no debe exceder del 33%

²¹² Sobre la evolución de los alquileres, Jordi MALUQUER DE MOTES: “La paradisiaca estabilidad de la anteguerra. Elaboración de un índice de precios de consumo en España, 1830-1936”, *Revista de Historia Económica*, 24-7 (2006), pp. 333-382. Un primer cálculo de la evolución de los precios de la vivienda en Juan CARMONA, Markus LAMPE y Joan R. ROSÉS: “Spanish Housing Markets during the First Phase of the Rural-Urban Transition Process”, *Instituto Figuerola. Working Papers*, 11-08 (2011). <http://e-archivo.uc3m.es/bitstream/10016/11931/1/wp_11-08.pdf>

de la renta bruta y para aquellas reparaciones que son extraordinarias hay que escalar las obras alargándolas lo posible”²¹³.

Gráfico 3.1. Distribución de la renta de los propietarios urbanos de Madrid, 1939-1943

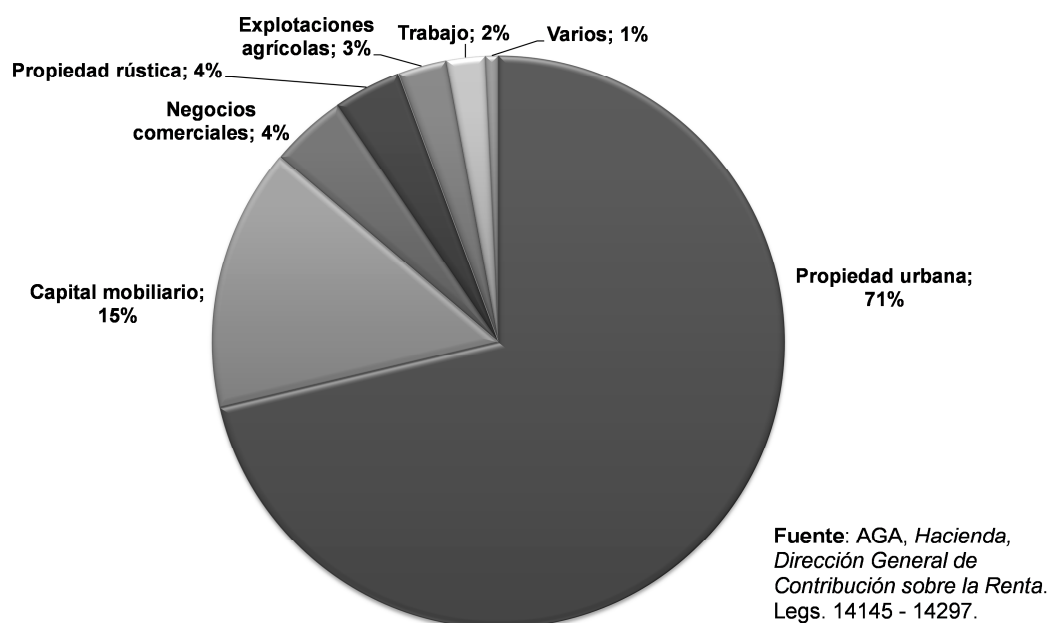
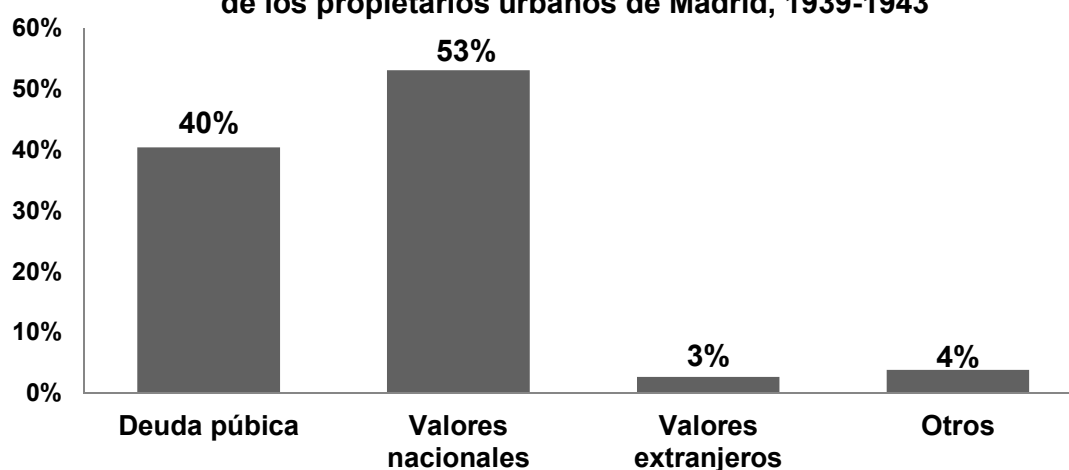


Figura 3.2. Distribución de los ingresos del capital mobiliario de los propietarios urbanos de Madrid, 1939-1943



Fuente: AGA, Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta. Legs. 14145 - 14297.

Dentro del grupo existía una correlación entre el nivel de ingresos y el número de inmuebles en propiedad. Aquellos que se situaban en lo más alto, como Romanones, Fontalba, Otto Bemberg o Victoriana Villachica, contaban con cerca de una veintena de casas. Más allá de estos casos extraordinarios, el patrimonio medio de viviendas de un

²¹³ Acta de la reunión de 7 de diciembre de 1934, CDMH, PS-Particular, C. 631.

gran rentista urbano solían rondar en torno a la media docena de inmuebles. En la parte baja de las clases altas se situaban aquellos rentistas que sólo poseían un inmueble, aunque no debe olvidarse que incluso en estos casos contaban con ingresos más que suficientes para mantener su condición social²¹⁴.

Otro rasgo distintivo de los grandes propietarios urbanos estuvo en su preferencia por disponer su patrimonio en los barrios acomodados de Madrid. Analizando los inmuebles declarados por los grandes propietarios urbanos de posguerra, se comprueba que la gran mayoría estaban situados en los distritos de Centro, Buenavista, Congreso y Chamberí, mientras que apenas había propiedades que se situaran en las zonas populares del viejo Madrid (Universidad y Latina) ni en la zona sur (Inclusa y Hospital). Este hecho puede interpretarse en dos sentidos. Por una parte, resulta indudable que la gestión de las propiedades en los barrios populares implicó un mayor riesgo en términos de impago por parte de los inquilinos, pero especialmente debido a la existencia de un conflicto latente en torno al problema del alquiler que más adelante analizaré.

En cambio, disponer del patrimonio inmobiliario en los barrios de las clase medias y altas de Madrid, además de proveer de una base más segura para el cobro de alquileres, concedió un cierto capital simbólico, al poder elegirse a inquilinos de elevada posición o vincular la figura del propietario al esplendor de un inmueble especialmente destacado. El edificio Capitol resulta un caso paradigmático de este proceso. El edificio, que combinaba un teatro, oficinas y apartamentos de lujo, ocupó desde su inauguración en 1934 una posición especialmente destacada en la Gran Vía. Debido a este éxito, su propietario –Enrique Carrión, marqués de Melín– alcanzó un gran prestigio como promotor de la modernización de la capital, hasta el punto que pudo presentarse no como un rentista sino como un capitán de industria (Imagen 3.1)²¹⁵.

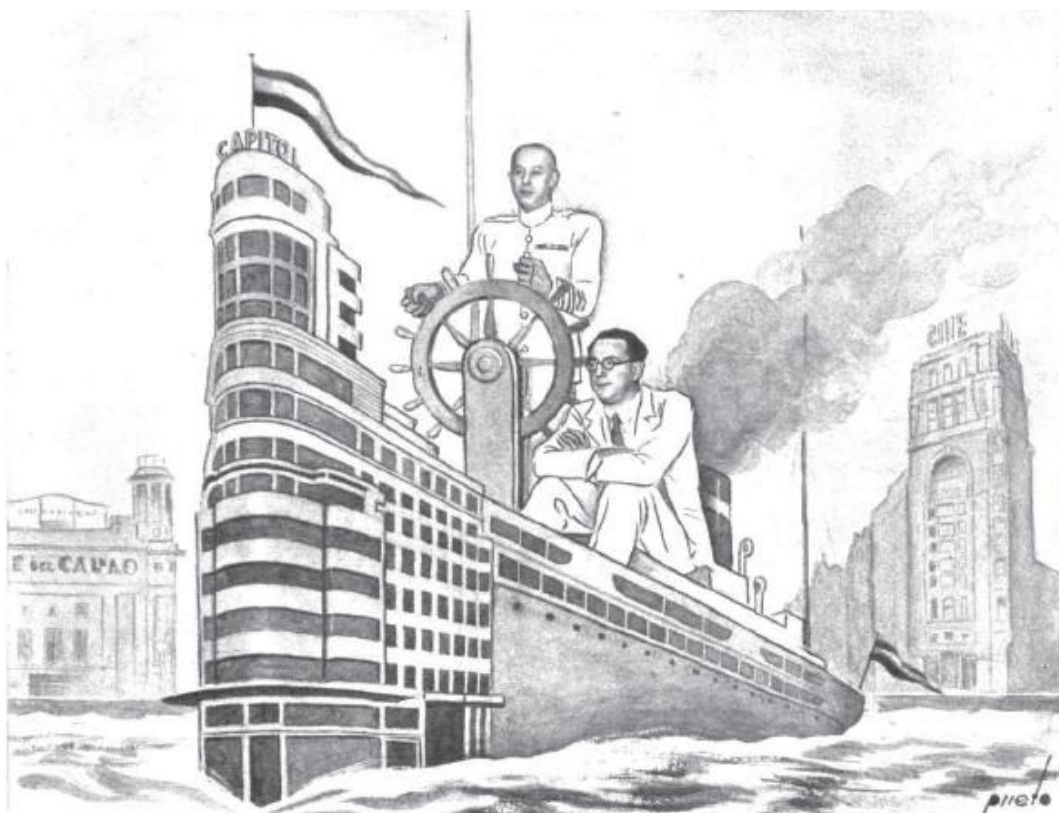
Más allá de la retórica modernizadora, el caso de Enrique Carrión permite ilustrar cómo el universo de económico de los propietarios no se restringió exclusivamente al cobro de alquileres, en tanto que hubo continuos esfuerzos por

²¹⁴ La importancia de estos pequeños rentistas en Rafael MAS HERNÁNDEZ: *El barrio de Salamanca. Planeamiento y propiedad inmobiliaria en el ensanche de Madrid*, Madrid, Instituto de estudios de Administración Local, Madrid, 1982, pp. 107-110.

²¹⁵ Sobre el edificio Capitol, véase Ramón GUERRA DE LA VEGA: *Madrid, 1920-1980, s.l.* [Madrid], edición del autor, 1986, pp. 28-29. El Banco de España elaboró un extenso informe sobre el marqués de Melín, que valoró este edificio en 9,5 millones de pesetas. AHBE, *Operaciones*, leg. 295

adentrarse en la construcción de viviendas. La razón principal de esta ligazón radicaba en que el marco legal existente en España sancionaba que el suelo y el inmueble debían contar con el mismo propietario, por lo que existía una fuerte tendencia a que el promotor inmobiliario, el propietario y el rentista fueran la misma persona²¹⁶. La otra diferencia más notable con respecto al mundo actual residía en que el crédito inmobiliario estaba monopolizado por el Banco Hipotecario, que por norma no concedía préstamos sobre el suelo sino únicamente sobre viviendas en un estado avanzado de construcción.

Imagen 3.1. Caricatura del edificio Capitol, su propietario y su director



Fuente: *Mundo Gráfico*, 1 de agosto de 1934

Por consiguiente, la promoción inmobiliaria requería del desembolso de un importante capital por parte de los futuros propietarios, un factor que permite desechar el optimismo de los representantes Cámaras de la Propiedad que anteriormente cité. Superados estos obstáculos, la construcción podía ser financiada y, de hecho, creaba las condiciones para un tipo de negocios especialmente rentable. Un breve informe escrito

²¹⁶ Rafael MAS: “La promoción inmueble en España (1846-1995)”, *Ciudad y territorio. Estudios territoriales*, 107-108 (1996), pp. 241-269.

por el conde de Yebes para su padre, el conde de Romanones, explicaba la promoción inmobiliaria en los siguientes términos:

Para el desarrollo del asunto el único capital que se precisa es el necesario para la compra del solar, más el suficiente para llegar a tener la construcción en condiciones del Banco Hipotecario [...] El riesgo del asunto es mínimo desde el momento en que se trata de una operación a base de una finca que queda garantizada por sí misma y que una vez concluida empezaría a producir un interés que como se indica llegaría fácilmente al 7% es decir por encima de lo que fija el Banco Hipotecario para sus préstamos²¹⁷.

Sin embargo, en el fondo existía un conflicto entre el espíritu conservador que guiaba a los rentistas urbanos en la gestión de su patrimonio y el recurso a la promoción inmobiliaria sobre la base de tomar un crédito, por lo que al final esta forma de operar sólo fue utilizada por una minoría de propietarios (tabla 3.4).

Tabla 3.4. Propietarios urbanos. Deducciones por créditos tomados sobre los ingresos brutos, 1939-1943.

En tanto por cien.		
Situación	Individuos	Porcentaje
Sin crédito	84	61%
0-5%	15	11%
5-10%	11	8%
10-20%	13	9%
>20%	15	11%

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*. Legs. 14145 - 14297

Este progresivo alejamiento de los caseros con respecto de la actividad de promoción tuvo además una serie de consecuencias políticas y sociales. En el siglo XIX los propietarios y rentistas alcanzaron un protagonismo indiscutible en el desarrollo del Ensanche de Madrid, y de hecho, se convirtieron en un grupo de presión que servía de interlocutor con el poder político²¹⁸. En cambio, durante el primer tercio del siglo XX, además de que la expansión urbana fue más reducida, el protagonismo recayó en otros actores, principalmente los bancos, las primeras empresas constructoras y determinadas familias de grandes capitalistas²¹⁹. Aquellos rentistas que gozaron de vínculos con dichos ámbitos de poder pudieron participar de este nuevo desarrollo de los negocios. Por ejemplo, un informe interno de los Oriol sobre el proyecto de reforma de la Gran

²¹⁷ CDMH, *PS-Particular*, C. 614.

²¹⁸ Isabel RODRÍGUEZ CHUMILLAS: "Asociacionismo y defensa de la propiedad urbana. Madrid durante la Restauración", *Historia Contemporánea*, 24 (2002), pp. 161-183.

²¹⁹ Por ejemplo, Luis GALIANA: "La compañía Urbanizadora Metropolitana. Su labor en el Madrid de la Pleguerra", *Ciudad y Territorio*, 71 (1987), pp. 43-54.

Vía recogía quienes apoyaban las propuestas presentadas y cómo se situaban los intereses de la familia:

Al concurso convocado por el Ayuntamiento han concurrido cuatro Arquitectos: Zuazo, Muguruza, Monasterio y Sainz de los Terreros. [...] El de Muguruza viene financiado por elementos afines a Echevarrieta, el de Zuazo, por la Banca Catalana y Aragonesa y el de Sainz de los Terreros (en colaboración con Luis Díaz Tolosana) debe contar con el dinero de la gente del Círculo de la Unión Mercantil de Madrid. El que tiene más probabilidades de ganar es el de Zuazo y además es el que afecta a las casas [nuestras]²²⁰.

Pero más allá de Oriol, Enrique Carrión y algún que otro caso, la mayoría de los rentistas urbanos no sobrepasaron el ámbito de las iniciativas particulares, por lo que su poder e influencia sobre la ordenación del espacio urbano de Madrid fue reduciéndose hasta situarse en una posición secundaria²²¹.

El fin de un ciclo de la propiedad urbana

Si los cambios que se sucedieron en las grandes empresas y en el medio rural evidencian el inicio de una ruptura en el poder de las clases altas a partir de la proclamación de la II República, en el caso de la propiedad urbana el punto de inflexión se produjo claramente una década antes. La I Guerra Mundial fue el acontecimiento clave en este ámbito, dado que trajo consigo una fuerte inflación y la consiguiente subida de los alquileres. A este fenómeno respondieron los inquilinos y comerciantes con una movilización que buscó revertir las últimas subidas, pero también implantar una nueva regulación en el mercado inmobiliario que favoreciera sus derechos frente al tradicional dominio de los propietarios²²².

En 1920, el gobierno aprobó dos disposiciones trascendentales: la congelación de los alquileres y la prórroga indefinida de los contratos de arrendamiento. Aunque ambas medidas debían haber estado vigentes de forma temporal, en la práctica se perpetuaron dado que ningún gobierno estuvo dispuesto a derogarlas ante la inevitable conmoción social (escalada de desahucios, subidas de alquileres, etc.) que hubiese

²²⁰ *Proyectos de Reforma Interior de Madrid*, 4 de diciembre de 1934. CDMH, *PS-Particular*, C. 631.

²²¹ Otro caso que apunta en un sentido similar, puede verse en “Reunión del comité de propietarios. 15 de enero de 1934”, CDMH, *PS-Particular*, C. 614. En el acta de la reunión se trasluce la importancia del capital social de Romanones para servir de interlocutor con las autoridades públicas y defender los intereses de los propietarios de la zona norte de Madrid.

²²² He analizado estos cambios de forma detallada en Miguel ARTOLA BLANCO: “La transformación...”.

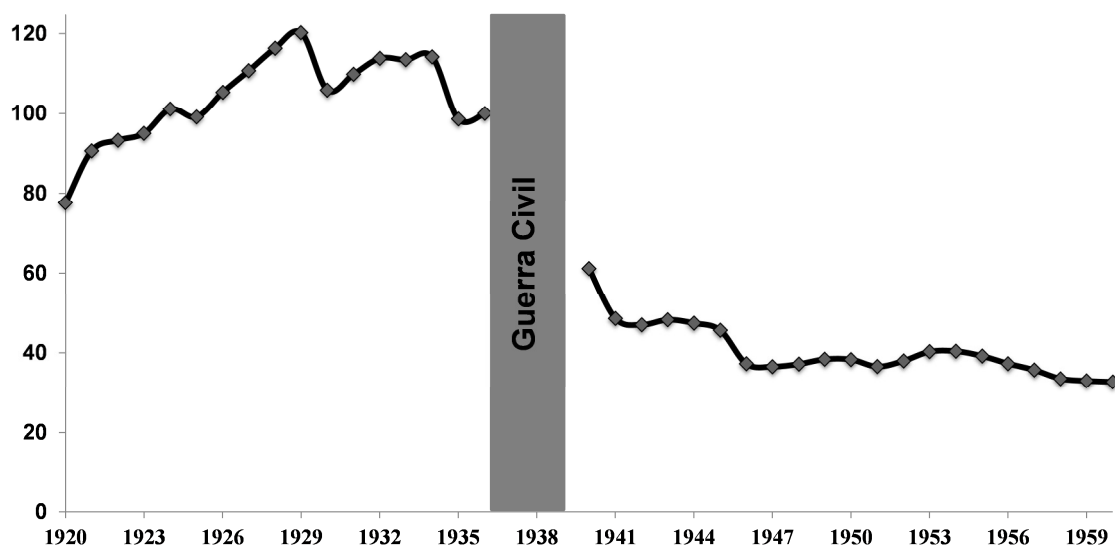
provocado la vuelta al régimen normal de arrendamientos. En este nuevo marco, los grandes propietarios perdieron su posición privilegiada en el mercado de alquiler, pues comenzó a generalizarse el principio de que las autoridades debían intervenir a favor de los inquilinos y comerciantes, por lo que los alquileres ya no podrían estar determinados únicamente por el libre juego de la oferta y la demanda.

Igualmente, no debe olvidarse que esta política fue acompañada de la progresiva generalización entre la opinión pública y la clase política de una visión sustancialmente negativa de los propietarios urbanos o *caseros*, según la cual el beneficio que éstos habían obtenido en épocas pasadas debía en adelante sacrificarse a favor de otros sectores más dinámicos de la sociedad. La prueba más evidente de este principio reside en la distinción que a partir de la dictadura de Primo de Rivera comenzó a hacerse entre edificios antiguos, sujetos a la nueva legislación que limitaba los alquileres y desahucios, y edificios nuevos, que continuaban bajo el marco tradicional del Código Civil. En esencia, el cambio de 1920 debe ser visto como el inicio del fin del rentismo urbano, aun cuando a lo largo de la década y media siguiente hubo una serie de factores que atenuaron esta ruptura. De una parte, Primo de Rivera relajó en algunos aspectos la nueva regulación, al permitir una subida limitada de los alquileres de edificios antiguos. Además, por momento pareció que la nueva legislación de arrendamientos podía satisfacer todos los intereses y permitía evitar el conflicto. De hecho, cuando se instauró la II República, el problema de la propiedad y los alquileres apenas mereció la atención de la clase política.

No obstante, cuando sí se produjo una profunda crisis económica y social, los efectos negativos del nuevo marco de arrendamientos urbanos se hicieron claramente patentes entre los propietarios urbanos. Dentro de la catástrofe económica y social que supuso la Guerra Civil y la posguerra, existió, además de los conocidos problemas de escasez de alimentos y materias primas, un déficit sustancial de viviendas. En este contexto, y a pesar de la elevada inflación, el régimen franquista tomó una decisión trascendental al congelar en la práctica los alquileres, imponiendo a los propietarios urbanos una intensa devaluación de la renta urbana (gráfico 3.3)²²³.

²²³ La serie del gráfico 3.3 no es un indicador perfecto dado que ha sido elaborado a partir de agregados que no diferencian entre edificios de renta antigua y renta nueva.

Gráfico 3.3. Índice nacional de los precios de alquiler, 1920-1960.
Pesetas reales (1936=100)



Fuentes: Jordi MALUQUER DE MOTES: "La paradisíaca estabilidad de la anteguerra. Elaboración de un índice de precios de consumo en España, 1830-1936". *Revista de Historia Económica*, 14-7 (2006); Alonso OJEDA EISELEY: *Índices de precios en España en el periodo 1913-1987*, Madrid, Servicio de Estudios del Banco de España, 1988. Elaboración propia

Cuando la situación tendió a normalizarse a finales de la década de 1940 era imposible volver al viejo marco, por lo que finalmente el régimen franquista terminó por abolir la antigua legislación liberal sobre arrendamientos urbanos y estableció un modelo que desarrollaba las medidas aprobadas en 1920. En adelante, además de que se mantuvieron las medidas concebidas en otro tiempo como excepcionales –entre ellas, la regulación de alquileres y la prórroga indefinida de los contratos de arrendamiento– se sancionó el derecho de tanteo de los inquilinos²²⁴, por lo que los propietarios vieron cómo sus derechos de propiedad quedaron seriamente limitados.

La naturaleza de este cambio puede parecer algo paradójica con el carácter contrarrevolucionario del franquismo, pues irremediamente lleva a preguntarnos por qué se optó por una política que favoreció a los inquilinos sobre los propietarios. De una parte, es obligado reconocer la importancia del carácter anti-rentista de Falange, una cuestión que más adelante trataré con detalle. En todo caso, este programa debe ser no sólo visto como una continuación de los postulados de José Antonio, sino también como

²²⁴ Ley de 31 de diciembre de 1946.

un medio del régimen para asegurarse una base social más amplia entre los comerciantes, industriales e inquilinos²²⁵.

Por otra parte, los rentistas urbanos, al contrario que otros grupos de las clases altas de Madrid, fracasaron en su intento de organizar una resistencia eficaz ante estos cambios. Los propietarios demostraron ser en todo momento un colectivo menos homogéneo que la aristocracia terrateniente y que asimismo careció del capital social y simbólico que disponían los financieros. Si hubo algo que caracterizó a los grandes rentistas urbanos fue el permanecer en el anonimato, incluso en aquellos momentos en los que la cuestión urbana se situó en el centro del debate político. Además, un elemento que pesó en su contra fue que hubiera una elevada proporción de mujeres viudas y solteras que, según los principios de la época, no debían participar en los debates públicos. Finalmente el hecho de contar como enemigos no sólo a los sectores populares, sino también a los comerciantes e industriales de Madrid, hizo aún más difícil hacer frente a los embates de su posición social. La suma de estos factores explica por qué el franquismo pudo establecer esta nueva política sin contar apenas con una oposición organizada. En la práctica, el régimen pudo despachar a este grupo, alterando las normas que regían el nombramiento de las juntas de gobierno de las Cámaras de la Propiedad, de forma que prevalecieran sus intereses²²⁶. Los rentistas urbanos habían sido derrotados en términos históricos y sólo quedó que dispusieran diversas estrategias para adaptarse al nuevo escenario.

Estrategias de adaptación

La evolución de los grandes rentistas urbanos durante la década y media que siguió al final de la Guerra Civil ha sido una cuestión que apenas ha sido problematizada por parte de la historiografía. A esta ausencia de trabajos se une también el hecho de que las fuentes que permiten identificar a los propietarios en épocas pasadas (por ejemplo, los listados de contribuyentes) dejaron de publicarse. Al mismo tiempo, la creciente importancia que adquirieron las empresas inmobiliarias no hace sino dificultar

²²⁵ Un ejemplo del sesgo a favor de los inquilinos y comerciantes en el programa de Falange, en Manuel BARCENILLA: “El arrendamiento de los locales de negocio”, *Zona 1ª. Boletín de orientación y consignas de la Jefatura*, 92-93 (1951).

²²⁶ La Ley de 30 de mayo de 1941 estableció que en adelante los presidentes y vocales de las Cámaras de la Propiedad Urbana fueran nombrados por el ministro de Trabajo y el gobernador civil. El sentido de esta nueva norma no dejaba lugar a equívoco, pues buscaba “ajustar mejor el encuadramiento en el Nuevo Estado, suprimiendo de su organización todas aquellas normas electorales y democráticas que pugnaban con las ideas de autoridad, unidad de mando y responsabilidad”.

la identificación de las familias e individuos que detentaron la propiedad urbana durante estos años.

En cualquier caso, las declaraciones de la renta del año 1954 siguen constituyendo una fuente de indudable valor para conocer a las clases altas y, en particular, a los mayores propietarios urbanos (tabla 3.5). El rasgo más importante que ilustra esta fuente fiscal es que se había producido una considerable reducción de los caseros de inmuebles de renta antigua, así como un éxito pasajero por parte de los propietarios de casas de renta nueva.

Tabla 3.5. Los veinte mayores propietarios urbanos. Madrid, 1954

Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta urbana (ptas.)
Rodríguez Gómez, Francisco		1.189.750
Bemberg Elortondo, Otto Eduardo		1.063.214
Fernández de Córdoba y Salabert, Luis Jesús	Medinaceli, Duque	913.001
Castillón Burillo, Emilia		551.009
Pérez de Guzmán el Bueno y Salabert, Alfonso	Torre Arias, Conde de	529.377
García-Calamarte y García, Adolfo		520.650
Díaz Huerta, José		512.089
Mora Fernández, Alejandro†	Casa Riera, Marqués	493.268
Laborde Sulido, Carlos		451.920
Morales Soler, Marceliano		426.075
March Ordinas, Juan		411.587
Rodríguez Ramos, Manuel		401.161
Rodríguez Chamorro, Vicente		393.038
Olive Martín, Pedro		391.505
Rodríguez Chamorro, Ángel		387.856
Mañes Retama, Juan		381.887
Cano Baranda, José María		377.136
Sainz de la Cuesta, M ^a de los Angeles	Moriles, Condesa viuda	370.053
Ríos Arroyo, Calixto		368.603
Gordon Murga, Luis		367.239

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la renta*, legs. 21673-21763

†= Fallecido

El primer proceso, ligado a los efectos negativos de la congelación de alquileres, es sin duda el más relevante, en tanto que demuestra cómo los años cuarenta fueron un periodo de rápido declive de los rentistas urbanos. A nivel familiar, este proceso puede seguirse a partir de la evolución de algunas de las familias más destacadas de Madrid, como los Cubas (marquesa viuda de Aldama, marqués de Fontalba), Figueroa (Romanones), Rolland, Mitjans o Victoriana Villachica. Todos estos casos evidencian que dentro del nuevo marco de arrendamientos urbanos no era posible seguir viviendo a costa de las rentas, por lo que fue necesario ir enajenando el patrimonio inmobiliario a

través de la venta individualizada de los pisos a sus inquilinos²²⁷. Algunas familias, como los Cubas o Figueroa, pudieron valerse del capital económico y social que les relacionaba las finanzas y las grandes empresas para construir un nuevo modelo de relaciones de poder. En cambio, para la gran mayoría, pero sobre todo para los rentistas de un solo edificio, el tránsito a este nuevo escenario sólo pudo conducirse a través del derribo del anterior inmueble y la promoción de uno nuevo que permitiera revalorizar su patrimonio²²⁸. No obstante, ello no impidió que a largo plazo se produjera una reducción sustancial de su nivel económico, de su estilo de vida y, en muchos casos, de la liquidación paulatina del capital. En esencia, en apenas unas décadas fueron docenas de familias las que abandonaron el núcleo de las clases altas de Madrid.

Por otro lado, el declive de estos grandes propietarios parece contrarrestarse en el auge de aquellos propietarios urbanos que habían invertido en inmuebles de nueva construcción y que, por tanto, contaron con una base más elevada de alquileres. A nivel social, bien es verdad que algunos de ellos no eran precisamente unos advenedizos en la capital, pues figuraban banqueros (Juan March, Adolfo García-Calamarte) o terratenientes (duque de Medinaceli) con una larga tradición entre los grupos dominantes. Pero más allá de estos casos, la mayoría eran personas nuevas en el mercado inmobiliario de Madrid y, aunque su origen social y fortuna resultan completamente desconocidos, también puede decirse que no tenían ninguna vinculación con los promotores y constructores que comenzaron a prosperar durante esta época. En cualquier caso, tampoco debe darse excesiva importancia a este último grupo, pues en realidad estaban viviendo una prosperidad pasajera, pues con el tiempo iban a encontrarse con el mismo problema que los viejos rentistas: la congelación de los alquileres y la existencia de unos derechos inherentes por parte de los inquilinos.

En conclusión, los cambios que se produjeron a lo largo de la década de 1940 en el ámbito de la propiedad urbana, no deben ser interpretados como una prueba de la “circulación de las élites”, si por ello entendemos la capacidad de un grupo de poder por adaptarse a los nuevos tiempos a la par que se incorporaban nuevas familias. Al contrario, el declive de los rentistas es una expresión de cómo la historia es también un “cementerio de aristocracias”, en el sentido de que terminaron siendo completamente anulados como grupo de poder.

²²⁷ Rafael MAS: *El barrio de Salamanca...*, pp. 137-138

²²⁸ *Ibid.*, p. 151

4. Conclusiones: El poder de la clase

Las clases altas en Madrid

Los grupos de poder al final de la Restauración

Tras estudiar las bases del poder económico y social puede trazarse el perfil y la evolución de las clases altas que residieron Madrid durante la primera mitad del siglo XX. En origen, los grupos dominantes de la ciudad estuvieron formados por sujetos con un capital y poder que se ubicaba en tres esferas distintas: la propiedad urbana, generalmente situada en el propio Madrid, la gran propiedad rústica, dispersa a lo largo de todo el país pero con una mayor presencia en la España meridional; y los bancos y grandes empresas, cuyo ámbito de acción era plenamente nacional. Más aún, cada forma de poder económico reunió a un determinado grupo de familias, que se cohesionaron no sólo por poseer o controlar una forma particular de capital, sino también porque gozaron de un determinado tipo de capital social y simbólico que les diferenciaba en cuanto a su influencia y proyección social. Desde esta perspectiva, aun dentro de un estudio de clase, debe distinguirse a los grupos que han ido apareciendo a lo largo de este relato: banqueros, grandes industriales, consejeros de grandes empresas, la aristocracia terrateniente y los rentistas urbanos.

No todos estos colectivos contaron con un poder equivalente en la esfera pública. A finales de la Restauración, no hay duda de que los financieros eran el grupo de poder que controlaba un mayor capital, gozaba de una sobresaliente proyección nacional, una notable cohesión interna y un alto grado de influencia política y social. Junto con ellos, el otro colectivo de las clases altas que contó con un perfil especialmente cohesionado fue la aristocracia terrateniente, un grupo todavía muy poderoso, cuyo poder descansaba sobre un importante patrimonio acumulado durante generaciones y por su condición de casta cerrada. En cambio, en la periferia de las clases altas de Madrid se encontraban los rentistas urbanos y los medianos industriales que, aunque numéricamente fuesen los grupos más amplios, carecieron del poder y cohesión que les hubiese permitido ser una élite a nivel nacional.

Definir esta perspectiva permite profundizar y matizar buena parte de las hipótesis que hasta ahora habían guiado a la historiografía. En primer lugar, es necesario desechar la interpretación de Tuñón en lo que respecta a la existencia de un bloque de

poder cohesionado sobre bases económicas. A finales de la Restauración, el poder de las familias ligadas a las finanzas y grandes empresas era muy distinto que el de los grandes terratenientes. La posición de las primeras debía exclusivamente a su vinculación con la propiedad y control de las grandes corporaciones, mientras que las segundas optaron por un tipo de economía típicamente rentista que les mantenía completamente alejadas del núcleo del poder financiero.

Asimismo, aunque familias de banqueros y grandes industriales (Urquijo, Ussía, Gamazo, Herrero y los Figueroa) habían sido ennoblecidas durante las últimas décadas, en términos sociales siguieron diferenciándose de la aristocracia terrateniente. De forma paralela, los financieros, al no invertir masivamente en la propiedad rústica no fueron integrados en las élites agrarias. Adicionalmente, no hay evidencias de que estas familias protagonizaran una estrategia sistemática de enlaces matrimoniales con la vieja aristocracia. Por otro lado, tampoco puede pasarse por alto que otros muchos grandes capitalistas (Oriol, Fierro, March, los medianos banqueros de Madrid) y casi todos los nuevos directivos (Pablo Garnica, Valentín Ruiz Senén, Francisco Aritio, etc.) no fueron ennoblecidos, reflejando que no hubo una relación directa entre el éxito en el ámbito de los negocios y la concesión de un título²²⁹. Estas diferencias, permiten refutar las hipótesis de Tuñón a nivel económico, aunque ello no anula que en la esfera social y cultural siga siendo necesario analizar si se produjo una imitación de los usos de la aristocracia.

El análisis sobre las rentas y patrimonios de la clase alta, así como de su influencia y prestigio a nivel social, permiten igualmente establecer similitudes y diferencias con respecto a las conclusiones que ha ofrecido la historia empresarial. Si bien mi estudio coincide en estudiar a los mismos sujetos, creo que el énfasis que ha situado esta escuela historiográfica en la innovación y el capital humano, ha ido en ocasiones en detrimento de considerar otros actores que fueron muy relevantes. Grandes accionistas con un perfil bajo (por ejemplo, los Figueroa) o los medianos banqueros de la capital (Sáinz, López Quesada, etc.) posiblemente no fuesen los individuos que más aportaron a la innovación empresarial, pero desde la perspectiva del poder y la influencia, su relevancia es mucho mayor que otros casos que han sido extensamente

²²⁹ Esta interpretación debe en gran medida al trabajo D José Miguel HERNÁNDEZ BARRAL: *Grandes de España...*; ÍD.: “Ser noble en la España del Alfonso XIII”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 32 (2010), pp. 175-195.

tratados. Tampoco se puede pasar por alto que, a costa de priorizar una mirada sobre el pasado bajo las premisas de la empresa moderna y del concepto de empresario, se ha minusvalorado la importancia de otros dos grupos –la aristocracia terrateniente y los grandes rentistas urbanos– que tuvieron un protagonismo indiscutible en el universo económico y social del país.

Por último, este estudio aporta también una visión más completa de la posición de las clases altas en el mundo urbano. Tradicionalmente, la historia social ha señalado que a principios del siglo XX existieron unas fronteras cada vez más porosas entre la clase media y la clase alta, debido fundamentalmente a que la propiedad dejó de ser una condición indispensable para formar parte de los grupos dominantes y, en su lugar, cobraron mayor importancia la educación y la experiencia profesional²³⁰. En relación a la historia de Madrid, esta interpretación ha sido recientemente defendida por Rubén Pallol y otros investigadores. Según ellos, fruto de la modernización del país y en particular del desarrollo del sector servicios vinculado a las grandes empresas, comenzó a producirse un cambio en la composición de las clases altas. Desde su perspectiva, “en 1930, para alcanzar la cúspide del poder social y económico, ya no era exclusivamente necesaria la posesión de grandes riquezas”²³¹. El grupo en ascenso estaría formado por profesiones como “los ingenieros, los médicos, los abogados y los trabajadores de cuello blanco más cualificados [que] se codeaban en Madrid con los marqueses, los condes, los terratenientes y resto de personalidades”²³².

Una mirada más atenta a la clase dominante permite ver que esta apertura todavía no se había producido en vísperas de la proclamación de la II República. Sin duda, aunque en el Madrid del primer tercio del siglo XX se produjo el auge de estos grupos profesionales y de empleados cualificados²³³, no debe obviarse les siguió separando un abismo con respecto a los terratenientes, financieros y grandes rentistas,

²³⁰ Una versión radical de esta opinión en Harold PERKIN: *The rise of Professional Society. England since 1880*, Londres, Routledge, 1989. Una visión más matizada, Eric J. HOBSBAWM: *La era del imperio, 1875-1914*, Barcelona, Crítica, 1998 [1987], p. 193.

²³¹ Rubén PALLOL: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2011, p. 698.

²³² *Ibid.*, p. 699.

²³³ A pesar de obras tan notables como la de Francisco VILLACORTA: *Profesionales y burócratas. Estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923*, Madrid, Siglo XXI, 1989, la historia de las profesiones liberales en España sigue contando con notable lagunas. Algunos apuntes sobre su posición en Madrid en Borja CARBALLO: “El papel de los profesionales liberales en el mercado laboral de Madrid (1900-1930)”, en Alejandra IBARRA (coord.): *No es país para jóvenes. Actas del III encuentro de jóvenes investigadores de la AHC*, Vitoria, UPV-EHU e Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, 2012.

que no sólo dominaban la capital, sino en realidad todo el país. La propiedad y control del capital siguió siendo un rasgo intrínseco de las clases altas al final de la Restauración.

La evolución de la clase alta (1930-1950)

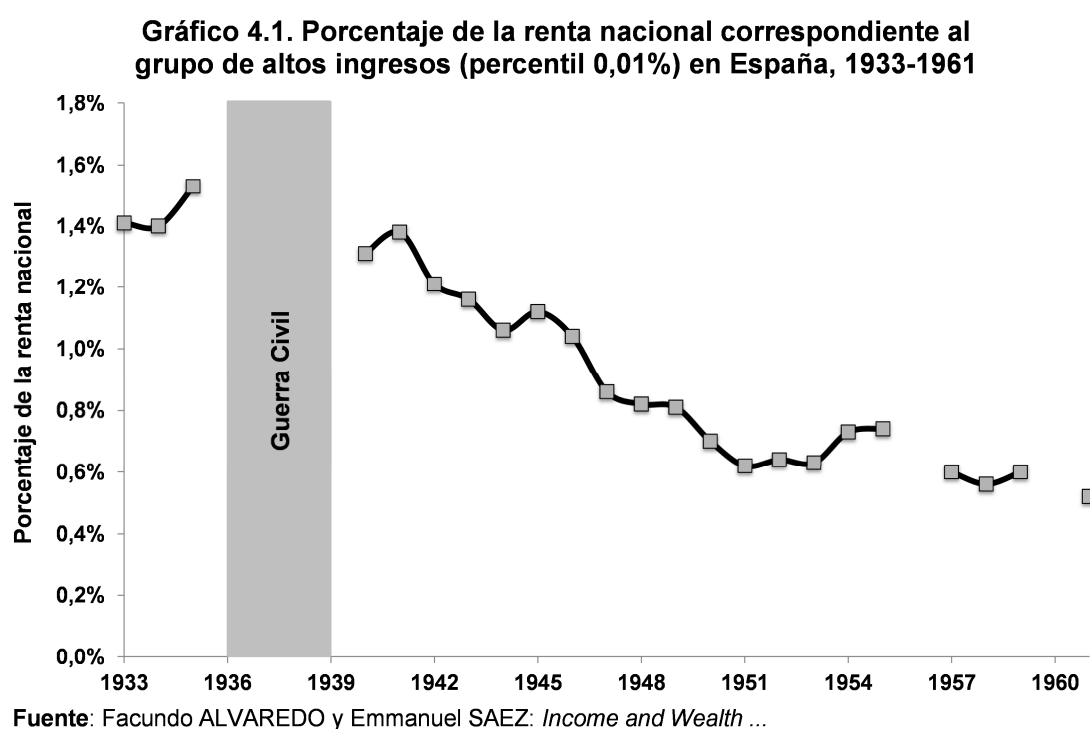
El análisis por separado de los tres grupos que formaban la clase dominante permite también conocer los distintos problemas que tuvieron que hacer frente durante el periodo de 1930 a 1950. En el ámbito de las grandes empresas, los financieros confrontaron un escenario económico muy desfavorable debido al impacto de la gran Depresión y la Guerra Civil. Adicionalmente, a partir de la proclamación de la II República su poder social fue cuestionado de forma creciente, hasta el punto que en 1936 se pudo haber producido la nacionalización por completo del sector financiero. Durante el franquismo, aunque los financieros y grandes industriales consiguieron mantener sus negocios frente a la amenaza de un pleno control por parte del Estado franquista, no pudieron recuperar la posición que habían ostentado durante la Restauración.

Los retos que tuvo que afrontar la aristocracia terrateniente durante este periodo fueron de mayor envergadura. En su caso, el proyecto de reforma agraria propuesto durante el primer bienio de la República les hubiese condenado directamente a la desaparición, un hecho que *de facto* se planteó a partir de la colectivización de tierras durante la guerra. De nuevo, aunque el franquismo desarticuló la obra reformista de la República, no favoreció que la agricultura siguiera bajo los mismos parámetros que durante la Restauración. La experiencia de la década de 1930, los cambios en el sistema de arrendamientos rústicos y el surgimiento del mercado negro impusieron a estas familias la necesidad de reconvertir su actividad. Al final del periodo, la aristocracia terrateniente ya no era el grupo hegemónico entre los grandes propietarios rústicos que residían en Madrid y, además, el retroceso en su posición social y fortuna determinó que fueran progresivamente distanciándose del núcleo del poder social y económico.

Una lógica más o menos parecida afectó a los grandes rentistas urbanos, si bien no hay duda que su destino final fue el más adverso. Sus diferencias con los otros grupos radicaban en que desde la I Guerra Mundial venía produciéndose un conflicto muy marcado entre propietarios e inquilinos que propició un nuevo marco de relaciones desfavorable para ellos. Tiempo después, durante las difíciles condiciones de posguerra

y habida cuenta de que constituían el grupo con menor poder político y social de las clases altas, el régimen pudo simplemente sacrificarlos al optar por la congelación de los alquileres. A mediados de la década de 1950, los grandes rentistas urbanos estaban sencillamente en trance de desaparecer como un actor reconocido de la clase dominante.

El relato por separado de estos tres grupos no debe ocultar que, al final, independientemente de sus diferencias, las clases altas tuvieron que hacer frente a una crisis sin precedentes durante las décadas de 1930 y 1940. Una expresión palpable de este reto histórico puede observarse en el cálculo que han establecido Alvaredo y Saez sobre la participación de los grupos de altos ingresos en la renta nacional española (gráfico 4.1)²³⁴.



Este patrón de declive coincide plenamente con la descripción de los tres capítulos precedentes. La caída de las cotizaciones en bolsa y de los dividendos, el fin del rentismo agrario y la congelación de las rentas urbanas fueron procesos que dejaron una profunda huella en las clases altas de Madrid. De esta forma, cuando a finales de la década de 1950, el país ya había recobrado el PIB per cápita de 1930 y estaba a las

²³⁴ Facundo ALVAREDO y Emmanuel SAEZ: “Income and Wealth concentration in Spain in a Historical and Fiscal perspective”, *Journal of the European Economic Association*, 7-5 (2009), pp. 1140-1167. Su cálculo ha sido establecido a partir de las series estadísticas de la Contribución sobre la Renta que, en cierto grado, infravaloran la renta de los grupos de altos ingresos. A pesar de este inconveniente, y conociendo los pormenores del fraude fiscal, creo que sus resultados no quedan invalidados.

puertas de experimentar una de sus mayores transformaciones económicas y sociales de su historia, los viejos grupos dominantes no se encontraban ni remotamente cerca de recuperar su posición de antaño.

La transformación que sufrieron las clases altas no se restringió a un deterioro de su posición económica, pues fue igual de relevante el fuerte proceso de renovación interna experimentado en sus filas. En este caso, fueron especialmente significativas las diferencias que separaban a los distintos colectivos que formaban la clase dominante. De una parte, los rentistas urbanos y los miembros de la aristocracia terrateniente que no pudieron adaptarse al cambio agrario, sufrieron una erosión de sus rentas y de su patrimonio. En dos décadas, ellos o sus herederos, tuvieron que ir paulatinamente liquidando el capital de forma que descendieron en la escala social, hasta el punto de situarse prácticamente fuera de las clases altas. En cambio, entre los financieros y grandes industriales de la capital, la renovación no fue tan intensa. La gran excepción lo constituyen los grandes y pequeños banqueros que antaño controlaron un negocio de banca, pero que, ante las nuevas circunstancias, no pudieron más que a ocupar una posición destacada en el nuevo universo financiero creado por el franquismo o, simplemente, a vivir como rentistas.

Este proceso de renovación implicó también el rápido ascenso de nuevos colectivos dentro de las clases altas de Madrid. En este caso, la influencia del franquismo fue determinante en algunos sectores, en tanto que el auge de los grandes agricultores durante la posguerra, o de los constructores dentro del ámbito de la gran empresa, sería inexplicable sin tener en cuenta las condiciones tan favorables que creó la dictadura. Adicionalmente, conviene subrayar que en un principio no hubo una fácil integración de los individuos y familias recién llegados, sino que precisamente por su origen social, por el tipo de negocios que desarrollaron y, en ocasiones, debido también a su perfil político, mantuvieron una notable distancia con respecto a los viejos grupos dominantes.

En conclusión, a pesar de las diferencias y matices que puedan encontrarse a nivel individual, resulta indudable que las clases altas de mediados de la década de 1950 tenían poco que ver con los grupos dominantes que existieron en Madrid hasta el final de la Restauración. No sólo habían cambiado buena parte de las familias que componían esta clase, sino que también se había producido una notable transformación de las bases

de su poder económico y social. La II República, la Guerra Civil y el franquismo habían provocado una transformación, que si bien no fue tan radical como la que experimentó la clase política, no excluye que fuese uno de los periodos de mayor renovación de las clases altas durante la edad contemporánea.

Las clases altas en perspectiva comparada

La historiografía dedicada a las élites en España ha realizado un escaso esfuerzo comparativo para incluir en sus relatos una comparación con los grupos de poder de otros países. No obstante, basta con extender la mirada hacia Europa y América para comprobar que el carácter de las clases altas de Madrid no fue excesivamente peculiar. En estos países los historiadores han coincidido en señalar que la clase dominante de principios del siglo XX estuvo formada por grupos de terratenientes, banqueros, grandes industriales, financieros y rentistas, si bien el peso e importancia de cada colectivo varió según las condiciones de cada país.

Gran Bretaña posiblemente fuese la nación que tuviese unas clases altas con mayor poder y fortuna del viejo continente, dado que contaba con una aristocracia especialmente cohesionada en su dominio del medio rural y con un amplio grupo de banqueros, financieros y grandes comerciantes con una larga tradición en la *City* de Londres²³⁵. En Alemania, por lo menos hasta la I Guerra Mundial, el dominio social recayó en manos de los grandes industriales del Ruhr y los financieros con sede en Berlín, mientras que la gran aristocracia terrateniente de Prusia mostró una fuerte tendencia hacia la exclusividad social y, por tanto, sufrió un largo declive de su posición desde finales del siglo XIX²³⁶. Por último, en Italia y Francia, los banqueros y grandes industriales fueron los grupos hegemónicos, pues el poder e influencia de la aristocracia terrateniente no alcanzó las cotas de otros países²³⁷. En relación al continente americano, la configuración de las clases altas guardó igualmente ciertas similitudes. Argentina, un país cuyo nivel de renta per cápita era en la época similar al de las

²³⁵ William D. RUBINSTEIN: *Men of property. The very wealthy in Britain since the Industrial Revolution*, Londres, Social Affairs Unit, 2006; John SCOTT: *The upper classes. Property and privilege in Britain*, Londres, Macmillan Press, 1982. Youssef CASSIS: *City Bankers....*; David CANNADINE: *The Decline and Fall...*

²³⁶ Dolores L. AUGUSTINE: *Patricians and parvenus. Wealth and High Society in Wilhelmine Germany*, Oxford y Providence, Berg Publishers, 1994; Francis Ludwig CARSTEN: *A history of the Prussian Junkers*, Aldershot y Brookfield, Scolar Press, 1989, especialmente pp. 127-131.

²³⁷ Guy RICHARD: *Le monde des affaires en Europe de 1815 à 1917*, Paris, A. Colin, 2000; Vera ZAMAGNI: "The rich in a late industrialiser: The case of Italy, 1800-1945", en William D. RUBINSTEIN (ed.): *Wealth and the wealthy in the Modern world*, Londres, Croom Helm, 1980, pp. 122-166.

grandes potencias europeas, contó con unos grupos terratenientes especialmente poderosos, si bien también conoció el desarrollo de los primeros grupos industriales de carácter familiar²³⁸. En cambio, en EEUU, el poder económico recayó desde la Guerra de Secesión en los financieros, magnates del ferrocarril y grandes industriales, si bien tuvo como rasgo peculiar el carecer de un núcleo de familias terratenientes de proyección nacional²³⁹.

En conclusión, el carácter y composición de las clases altas de Madrid, y en cierta medida de España, siguieron las pautas de los países de su entorno. Por tanto, en contra de la opinión de la historia social clásica, no debe interpretarse que la capacidad de la aristocracia terrateniente por mantener grandes dominios rústicos a lo largo del país fuera un signo del atraso español, pues en Gran Bretaña y Alemania sus homólogas contaron con más tierras y poder. Igualmente, que los financieros y grandes industriales monopolizaran la dirección de las grandes empresas no fue el resultado de un modelo oligárquico particular de la España de la Restauración, pues en un país democrático como EEUU el poder y fortuna de estos grupos fue de nuevo sustancialmente mayor.

La virtud de situar el estudio de las clases altas de Madrid en relación a los grupos dominantes de Europa y América es que permite comprender mejor la naturaleza del cambio social ocurrido durante la primera mitad del siglo XX. En ese sentido, existen fuertes indicios de que los viejos grupos dominantes sufrieron en casi todos los países una crisis similar a la que acabo de trazar. Por ejemplo, analizando el peso de los ingresos de los grupos más ricos en la economía nacional de tres países de referencia como son EEUU, Gran Bretaña y Francia (gráfico 4.2), se comprueba que existe una tendencia declinante parecida a la que se manifestó en España (figura 4.1)²⁴⁰. Además,

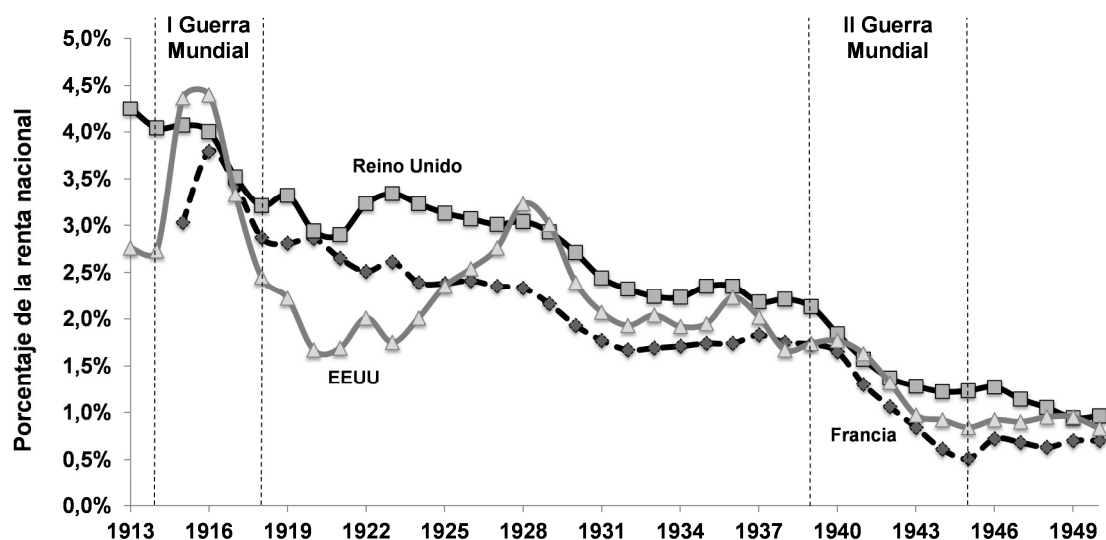
²³⁸ Leandro LOSADA: *Historia de las elites en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009, pp. 125-146; ÍD.: “¿Oligarquía o elites? Estructura y composición de las clases altas de la ciudad de Buenos Aires entre 1880 y 1930”, *Hispanic American Historical Review*, 87-1 (2007), pp. 43-75; Roy HORA: *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

²³⁹ Sven BECKERT: *The monied metropolis...*; Frederic COPLE JAHNER: “The Gilded elite: American Multimillionaires, 1865 to the Present”, en William D. RUBINSTEIN (ed.): *Wealth and the wealthy...*, pp. 189-276.

²⁴⁰ De nuevo, debe tenerse presente que estos datos han sido elaborados a partir de las estadísticas fiscales. Su fiabilidad es aún mayor si se tiene en cuenta que desde principios de la década de 1980, estas series apuntan a una creciente concentración de los ingresos en los segmentos de clase alta, evidenciando que el fraude fiscal no puede ocultar las crecientes desigualdades sociales. Véase, Facundo ALVAREDO; Anthony B. ATKINSON, Thomas PIKETTY y Emmanuel SAEZ: “The top 1 percent in International and Historical Perspective”, *Journal of Economic Perspectives*, en prensa

de forma significativa, se comprueba que los conflictos bélicos –la primera y segunda Guerra Mundial– fueron dos acontecimientos que aceleraron dicho proceso.

Gráfico 4.2. Porcentaje de la renta nacional correspondiente al grupo de altos ingresos (percentil 0,01%). Francia, Reino Unido y EEUU, 1913-1950.



Fuentes: Thomas PIKETTY: *Les Hauts Revenus en France...*; Anthony B. ATKINSON: "The Distribution of Top Incomes in the United Kingdom..."; Thomas PIKETTY y Emmanuel SAEZ: "Income and Wage Inequality in the United States ..."

Las tendencias apuntadas por estas series no son una ficción fiscal, en tanto que coinciden con los relatos elaborados por la historia social sobre la evolución de las clases altas. Empezando por el medio rural, existe un consenso generalizado en señalar que desde el último tercio del siglo XIX, pero de forma más pronunciada a partir de la I Guerra Mundial, se produjo una caída inexorable de la renta de la tierra y del precio de los productos agrícolas²⁴¹. El resultado no fue otro que favorecer el declive y reconversión de los terratenientes, un proceso que tuvo como ejemplos paradigmáticos el cambio que experimentaron la aristocracia inglesa y los latifundistas argentinos²⁴².

En la propiedad urbana, tanto en Europa como en América, la inflación provocada por las dos guerras mundiales exacerbó el conflicto entre propietarios e inquilinos, fomentando un marco regulatorio que tendió a congelar los alquileres y

²⁴¹ Mark B. TAUGER: *Agriculture in World History*, Oxon, Routledge, 2011, pp. 106-135.

²⁴² John HABAKKUK: *Marriage, debt and the estates system. English landownership, 1650-1950*, Oxford, Clarendon Press, 1994, pp. 648-704. En Argentina, una clase terrateniente con un perfil social muy distinto también experimentó una profunda crisis durante la década de 1930, Roy HORA: *Los terratenientes de la pampa...*, p. 269-313

prohibir los desahucios²⁴³. A medio y largo plazo se produjo no sólo la progresiva desvalorización de la renta urbana, sino también la desaparición en la práctica de los grandes rentistas urbanos²⁴⁴. Por último, si bien existen diferencias significativas en la evolución del ámbito de las finanzas y las grandes empresas entre distintos países, igualmente puede apuntarse que la I Guerra Mundial y el posterior *crash* de 1929 fueron dos hitos que supusieron un reto para el dominio de los banqueros, financieros y grandes industriales²⁴⁵.

En suma, un análisis comparado entre las clases altas de Madrid y sus homólogas europeas y americanas demuestra que hubo una gran coincidencia en los factores económicos que indujeron un proceso de crisis y adaptación durante la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, hasta el momento, apenas se ha relacionado este cambio con la historia social de los grupos dominantes, principalmente, en el sentido de determinar si hubo una transformación en sus prácticas sociales fruto del cambio económico. Igualmente, la importancia de acontecimientos decisivos e inesperados, como las guerras mundiales en el contexto de la historia global o la II República y la Guerra Civil en la historia de España, permiten relacionar el declive económico y social de los grupos de poder con los retos políticos que tuvieron que confrontar las clases altas. Los bloques segundo y tercero de esta tesis estarán dedicados respectivamente a responder a ambas cuestiones.

²⁴³ Colin G. POOLEY: *Housing strategies in Europe 1880-1930*. Leicester, Leicester University Press, 1992; Jared N. DAY: *Urban castles: tenement housing and landlord activism in New York City 1890-1943*, Nueva York, Columbia University Press, 1999.

²⁴⁴ John ALLEN y Linda MCDOWELL: *Landlords and property. Social relations in the private rented sector*, Cambridge, Nueva York y Melbourne, Cambridge University Press, 1989; especialmente pp. 12-29.

²⁴⁵ Youssef CASSIS (ed.): *Business Élites in Contemporary Europe*, Oxford, Oxford University Press, 1999, capítulo 9; ÍD.: *Finance and financiers in European History 1880-1960...*

Bloque II. El estatus de las clases altas

El primer bloque de este trabajo ha permitido conocer las bases del poder económico y social de las clases altas de Madrid, pero también diferenciar a colectivos como fueron los grandes rentistas urbanos, la aristocracia terrateniente, los financieros y los grandes industriales. Si la cohesión de la clase alta en el ámbito de los negocios está fuera de toda duda, es lícito preguntarse hasta qué punto siguieron en la esfera social las pautas de un actor colectivo, entendiendo por ello el reconocimiento de unos intereses comunes o la construcción de una identidad a través de la elaboración de discursos y de una cultura compartida.

Este segundo bloque está precisamente dedicado a analizar cómo se definieron las clases altas en términos de grupos de estatus, enmarcando su posición dentro de la sociedad española de la primera mitad del siglo XX. Como ya indiqué en mi introducción, no considero que los conceptos de clase y estatus sean antagónicos, sino complementarios. Esta perspectiva permite enlazar con la visión de los integrantes del grupo que estudio, los cuales no desligaron la esfera económica de los valores sociales y culturales que defendían. Como habrá ocasión de ver, entre las clases altas existió una influencia mutua entre las formas de capital (propiedad rústica, urbana, capital mobiliario) o la actividad ejercida (posición rentista, participación en la dirección empresarial, etc.) y una serie de connotaciones sociales y culturales que remitían al prestigio y respetabilidad. Los contemporáneos fueron igualmente conscientes de que los usos y prácticas de las clases altas estuvieron en alguna medida condicionados por la pertenencia a dicha clase, o lo que es lo mismo, definieron un estilo de vida que era inalcanzable para las clases medias y trabajadoras.

El primer capítulo de este segundo bloque está dedicado a analizar los criterios que fueron empleados en esta época para definir ambos conceptos (clase y estatus). He partido del principio de que no todos los integrantes de las clases altas compartieron un mismo estatus, sino que en su seno convivieron diversos modos y estilos de vida. Además, al igual que existió una jerarquía en términos de renta, patrimonio y poder, no todos los estilos de vida de las clases altas contaron con la misma influencia, por lo que determinados códigos y normas alcanzaron una posición hegemónica, mientras que otros se situaron a un nivel subalterno. Por esta razón, he priorizado el estudio de la llamada sociedad aristocrática, pues constituyó el grupo dominante y más cohesionado del Madrid de la Restauración.

El resto de los capítulos de este bloque están dedicados a analizar diversos rasgos de la vida social en Madrid como son los espacios residenciales, la educación en la familia, el consumo y la sociabilidad de forma que puedan estudiarse los elementos que definían a la aristocracia como grupo de estatus elevado. Tras este relato, subyace asimismo el objetivo de problematizar cómo afectó en términos sociales y culturales la ruptura política de 1931, así como la crisis y reconfiguración económica de la clase dominante que ya he trazado en el primer bloque.

5. Clase y estatus en el espacio urbano

La identidad de clase

En el vocabulario social de época de la Restauración existieron múltiples conceptos para referirse a la clase alta, pero posiblemente el más empleado fuese el de burguesía²⁴⁶. El origen del término en España provenía de la cultura del movimiento obrero que, en sentido estricto, definió al burgués como aquel que vivía del trabajo ajeno. Pero de forma paralela, durante el primer tercio del siglo XX, el concepto de burguesía fue cargándose de una serie de connotaciones morales que denunciaban los valores de la clase media. Asimismo, a partir de la generalización del término, fue frecuente que los autores diferenciaron entre la gran burguesía, propietaria del capital y políticamente conservadora, y la pequeña burguesía, que incluía a los propietarios de pequeños negocios, a los empleados de oficina y a los intelectuales, siendo este último grupo presentado como el portador de una cultura vulgar y mediocre. Junto con el concepto de burgués, también desde el movimiento obrero, surgieron otros vocablos para referirse a la clase dominante. La mayoría de ellos referían a un aspecto singular, como era el de patrón, que remitía al empleo de trabajo asalariado, o capitalista, que simplemente refería a aquellos que poseían el capital²⁴⁷.

Debido a esta serie de connotaciones, no es de extrañar que las familias que componían las clases altas de Madrid evitaron reiteradamente identificarse con ninguno de estos términos y, de hecho, negaron la mayoría de las veces constituir una clase. La clase dominante en Madrid y en el resto del país nunca consideró que pertenecía a la burguesía, pues compartía igualmente la perspectiva de que éste era un término peyorativo que refería a los estratos medios de la sociedad. Tampoco hubo una plena identificación con la palabra patrón, que sólo fue utilizada por las asociaciones

²⁴⁶ Manuel PÉREZ LEDESMA: “Burguesía”, en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan Francisco FUENTES (dirs.): *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 145-158.

²⁴⁷ Fernando del REY: “Empresario”, en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan Francisco FUENTES (dirs.): *Diccionario político y social...*, pp. 469-477; Pilar TOBOSO: “El empresario en el lenguaje del siglo XX: de explotador a gestor”, en Manuel PÉREZ LEDESMA (ed.): *Lenguajes de modernidad en la Península Ibérica*, Madrid, Ediciones UAM, 2012, pp. 549-586; Carmen GARCÍA GARCÍA: “El lenguaje económico: Empresarios, fabricantes, capitalistas, propietarios y comerciantes en el siglo XIX español”, en Manuel PÉREZ LEDESMA (ed.): *Lenguajes de....*, pp. 431-457.

patronales como parte de su acción colectiva, pero que en ningún caso permitió construir una identidad en términos sociales y culturales²⁴⁸.

Este rechazo a los conceptos más extendidos no implica que los integrantes de las clases altas carecieran de un vocabulario con el que definir su posición económica y social. Al contrario, las definiciones socioprofesionales pudieron erigirse como el principal entramado de palabras y categorías que compartieron con el resto de actores sociales. La razón que explica su extenso uso radica principalmente en que las clasificaciones ocupacionales surgieron como parte del despliegue de poder del Estado, que en época contemporánea se expresó a través de la recaudación fiscal, de la clasificación laboral o de elaboración del censo electoral²⁴⁹. En todos estos procesos, el Estado tuvo que recurrir a la elaboración de una jerarquía de categorías sociales, que progresivamente fue extendiéndose al resto de la sociedad²⁵⁰. Por ello, aunque en la definición socioprofesional jugó un papel muy destacado la administración pública, con el tiempo los sujetos sociales se identificaron con estos conceptos y les confirieron un significado adicional que, naturalmente, variaba en función del contexto social. Por tanto, en vez de considerar que las definiciones profesionales son categorías objetivas, cabe pensar en ellas como conceptos contruidos socialmente fruto de la interacción entre diversos agentes²⁵¹.

El padrón municipal de Madrid es la principal fuente que permite conocer las definiciones ocupacionales de los integrantes de las clases altas de la capital²⁵². Esta fuente tiene la virtud de que los datos aparecen en bruto, es decir, las profesiones corresponden a las declaradas por los interesados y no a una clasificación posterior por los agentes del Estado. La tabla 5.1 recoge una clasificación de las profesiones declaradas por las personas que tuvieron que presentar declaración sobre su renta en el

²⁴⁸ La difusión del concepto de patrón ligado a la movilización social, en Mercedes CABRERA: *La patronal ante la II República. Organización y estrategias. 1931-1936*, Madrid, Siglo XXI, 1983; Santos JULIÁ: *Madrid 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984.

²⁴⁹ Joaquín del MORAL, Juan PRO RUIZ y Fernando SUÁREZ BILBAO: *Estado y territorio en España, 1820-1930. La formación del paisaje nacional*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2007.

²⁵⁰ Gérard NOIRIEL (dir.): *L'identification. Genèse d'un travail d'État*, Paris, Belin, 2007.

²⁵¹ Maurizio GRIBAUDI y Alain BLUM: "Des catégories aux liens individuels: l'analyse statistique de l'espace social", *Annales ESC*, 45-6 (1990), pp. 1365-1402; ÍD.: "Les déclarations professionnelles. Pratiques, inscriptions, sources", *Annales ESC*, 48-4 (1993), pp. 987-995. En la historiografía española, la problematización de las categorías profesionales ha sido un trabajo que apenas se ha abordado hasta época reciente, como por ejemplo en Arantza PAREJA ALONSO (ed.): *El capital humano en el mundo urbano: experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*, Bilbao, UPV, 2011.

²⁵² El padrón municipal ha sido extensamente tratado en diversos trabajos recientes sobre la historia social de Madrid. Por ejemplo, Borja CARBALLO, Rubén PALLOL y Fernando VICENTE: *El ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2008.

primer ejercicio fiscal²⁵³. En la misma, he agrupado las ocupaciones en cuatro categorías social, cuya definición es plenamente discutible, pero que tiene la ventaja de simplificar la presentación de los resultados²⁵⁴.

Tabla 5.1. Definición socioprofesional de los grandes contribuyentes.
Madrid, 1930

Categoría social	Total	Ocupación	Total
Propietarios	49%	Propietario	41%
		Rentista	8%
Empresarios	16%	Comerciante	7%
		Industrial	4%
		Fabricante	3%
		Banquero	1%
		Agricultor	1%
Profesiones liberales	23%	Abogado	11%
		Ingeniero	4%
		Médico	2%
		Agente de Bolsa	2%
		Notario	1%
		Arquitecto	1%
		Artista	1%
Asalariados	11%	Empleado	2%
		Presidente o director	3%
		Militar	4%
		Estado	2%
Total muestra			282
Sus labores, jubilados o en blanco			44

Fuente: AVM, *Estadística*, Padrón de 1930. Elaboración propia

La primera impresión que se obtiene es que existía una mayor heterogeneidad en términos ocupacionales de lo que de lo que cabría suponer a partir de la descripción que realicé sobre la economía privada de la clase alta. Si en los primeros capítulos insistí en que la base económica de los grupos dominantes de Madrid se basaba principalmente en tres sectores (grandes empresas, gran propiedad urbana y rústica), ¿cómo se explica que menos de la mitad de los grandes contribuyentes (el 49 por cien) declararan formar parte del grupo de propietarios y rentistas? ¿Por qué la otra mitad optaron por una

²⁵³ La muestra que he tomado está basada en el listado de grandes contribuyentes del primer ejercicio fiscal (1933), publicado en la *Gaceta de Madrid* de 1933 hasta 1936. De un total de 550 individuos he podido localizar el domicilio de un 60 por cien de ellos y estudiado las características de sus hogares a partir de los datos suministrados por el padrón municipal de 1930.

²⁵⁴ De las cuatro categorías que he establecido, sin duda la más problemática es la que corresponde al grupo de empresarios, un término cuyo significado actual no existía en la época. No obstante, como refleja Max WEBER: *Economía y sociedad...*, pp. 243-244, los contemporáneos supieron perfectamente diferenciar entre lo que él llamaba las clases propietarias (rentistas) y las clases lucrativas (empresarios)

multitud de definiciones que diluían su perfil en grupos más amplios de empresarios, profesionales y asalariados?

En apariencia, podría pensarse que las categorías socioprofesionales prueban la falta de cohesión de los grupos dominantes de la capital. Sin embargo, tras esta aparente anarquía existía un código implícito entre las clases altas a la hora de utilizar estas definiciones. La evidencia más fuerte en este sentido puede establecerse siguiendo la misma clasificación socioprofesional, pero diferenciando entre familias nobles y no nobles (tabla 5.2).

Tabla 5.2. Definición socioprofesional de los grandes contribuyentes nobles y no nobles. Madrid, 1930

Categoría social	Nobles	No nobles	Profesión	Nobles	No nobles
Propietarios	74%	36%	Propietario	67%	27%
			Rentista	7%	9%
Empresarios	2%	24%	Comerciante	0%	10%
			Industrial	0%	6%
			Fabricante	0%	5%
			Banquero	1%	2%
			Agricultor	1%	1%
Profesiones liberales	12%	28%	Abogado	7%	13%
			Ingeniero	1%	5%
			Médico	0%	4%
			Agente de Bolsa	1%	3%
			Notario	2%	1%
			Arquitecto	1%	1%
			Artista	0%	1%
Asalariados	12%	12%	Empleado	1%	3%
			Presidente o director	1%	5%
			Militar	8%	2%
			Estado	2%	2%
Total muestra				99	183
Sus labores, jubilados o en blanco				18	26

Fuente: AVM, *Estadística*, Padrón de 1930. Elaboración propia

Desde esta perspectiva se evidencia que la nobleza estaba sustancialmente más cohesionada a la hora de representarse que el resto de las clases altas de Madrid. La definición ocupacional de los grandes contribuyentes nobles se limitó en un 89 por cien de los casos a cuatro opciones: propietario, rentista, abogado y militar. En cambio, ni un solo noble se declaró como comerciante, industrial o fabricante, y aquellos que se definieron por otras categorías respondían a situaciones muy específicas. Entre las familias no nobles se produjo una situación inversa: optaron por una mayor diversidad

de conceptos, fueron menos proclives a definirse como propietarios y rentistas, y concentraron un mayor número de personas que se identificaron como empresarios, profesionales liberales y empleados.

¿Cómo explicar esta oposición entre familias nobles y no nobles? Como punto de partida es necesario recordar que existían ciertas diferencias dentro de las clases altas en cuanto al tipo de patrimonio y actividades económicas. Por ejemplo, en el capítulo dedicado al poder de la tierra, ya señalé que la aristocracia terrateniente mantuvo un perfil típicamente rentista, un hecho que permite explicar que en términos generales hubiera una mayor proporción de nobles que se definieran como propietarios y rentistas. Pero en los otros ámbitos, propiedad urbana y grandes empresas, las diferencias entre familias nobles y no nobles no fueron suficientemente significativas como para explicar esta oposición. Por ello es necesario valorar las definiciones ocupacionales no como resultado de una diferenciación en torno a la base económica, sino como fruto de distintas perspectivas sobre el estatus y la jerarquía de las profesiones. Un repaso sobre las definiciones que subyacían a los distintos conceptos, permite subrayar la diversidad de estatus dentro de las clases altas.

Las ocupaciones. Una jerarquía basada en el prestigio.

Propietarios y rentistas

En 1930, el concepto de propietario todavía era frecuentemente utilizado entre las clases altas como forma de identificarse. En la sociedad liberal, este término se utilizó para referirse a aquellos que gozaban de un patrimonio inmobiliario, tanto urbano como rústico, aunque también se podía aplicar a los rentistas de fortunas mobiliarias. El concepto de propietario tampoco podía disociarse de un discurso que concedía un especial valor simbólico a la propiedad inmueble, en tanto que la tierra había sido considerada como “el nervio de toda nacionalidad, porque nación sin territorio firme y próspero, apenas si se puede concebir”²⁵⁵.

Esta tradición decimonónica permite explicar por qué se concedió mayor reconocimiento a la propiedad rústica y urbana con respecto al capital, un proceso que tuvo su expresión más clarividente en el ámbito político. En el liberalismo decimonónico resulta bien conocido que la propiedad fue un elemento central para

²⁵⁵ Congreso Nacional de la Propiedad Urbana..., pp. 172-173.

definir los derechos políticos (sufragio, derecho a ser elegido, etc.)²⁵⁶. Más aún, tal como ha expuesto María Sierra, la cultura política hegemónica durante el reinado isabelino –el moderantismo– defendió que los propietarios eran el mejor baluarte del orden conservador, frente al carácter inestable de comerciantes e industriales, un proceso que reforzó su dominio sobre el resto de actores sociales²⁵⁷.

Siguiendo esta lógica, no es de extrañar que todavía en 1930, la nobleza, en su propia definición como un grupo conservador, estuviera plenamente integrada dentro de los propietarios. En su descripción de las clases sociales, el duque de Maura consideró que los grandes propietarios rurales y urbanos, junto con los rentistas de fortuna mobiliaria, formaban una clase que también podía llamarse “aristocrática o pudiente tradicional”²⁵⁸. En cambio, en esos momentos la mayoría de las familias no tituladas huyeron de forma mayoritaria de utilizar este concepto, pues habían tomado conciencia de los inconvenientes que conllevaba el representarse como propietarios. Desde principios del siglo XX, la generalización de las teorías críticas con el rentismo, difundidas de la mano de Joaquín Costa, hizo que el concepto de rentista, y por extensión el de propietario, quedara asociado a la acumulación y el inmovilismo, cuando no con el parasitismo y la ociosidad²⁵⁹. La mejor prueba de este cambio puede observarse en el medio rural, donde el concepto de propietario fue progresivamente desplazado por la nueva definición de *agricultor*, que identificaba a éstos en términos similares que los industriales: supervisaban las actividades, introducían innovaciones, y por supuesto, tenían una organización que les representaba: la Asociación de Agricultores de España²⁶⁰.

En el mundo urbano, esta mutación fue menos pronunciada y se produjo bajo otros parámetros. En este ámbito, la concentración de la propiedad y el conflicto en torno a los alquileres identificó a los *caseros* como enemigos, por lo que los rentistas

²⁵⁶ Aunque desde 1890 se había establecido el sufragio universal masculino en la elección a diputados, en el Senado las elecciones siguieron estando restringidas a los mayores contribuyentes.

²⁵⁷ María SIERRA: “Conceptos y discursos de representación”, en ÍD., María Antonia PEÑA y Rafael ZURITA: *Elegidos y elegibles. La representación parlamentaria en la cultura del liberalismo*, Madrid, Marcial Pons, 2010, pp. 329-330.

²⁵⁸ Duque de MAURA: *Dolor de España*, Madrid, Tip Archivos, 1932, p. 42

²⁵⁹ Joaquín COSTA: *Colectivismo agrario en España*, Madrid, Biblioteca Costa, 1915; Ana María MARTÍN URIZ: “Henry George en la obra de Joaquín Costa y el impacto del georgismo en seguidores de Costa”, *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 11 (1994), pp. 23-30.

²⁶⁰ Juan PAN-MONTOJO: “Los lenguajes políticos de la agricultura en España, 1760-1936”, en Manuel PÉREZ LEDESMA (ed.): *Lenguajes de modernidad...*, pp. 311-315; ÍD.: “La Asociación de Agricultores de España...”.

urbanos, incluidos los no nobles, continuaron definiéndose como propietarios²⁶¹. Sin embargo, las élites no vinculadas a la propiedad urbana fueron alejándose de este concepto, y ello explica la preferencia de las familias no nobles por otras categorías socioprofesionales.

Industriales

Junto con los propietarios, los grupos que he definido como empresarios (comerciantes, industriales, fabricantes y banqueros) contaban también con una larga tradición dentro del imaginario social del liberalismo. En su definición básica eran individuos que controlaban por sí el capital de un negocio, pero que además llevaban un control personal sobre las operaciones y, por tanto, asumían mayores riesgos que los propietarios²⁶². Adicionalmente, en la transición a la sociedad de masas, los conceptos que giraban en torno a la definición de empresario eran especialmente útiles frente a otras alternativas como patrono, capitalista o incluso burgués, pues éstos eran términos que, como he señalado, eran empleados por parte del movimiento obrero como forma de remarcar la explotación del trabajo ajeno.

No obstante, es necesario subrayar que un análisis preciso de la definición ocupacional de las clases altas de Madrid, permite observar que los conceptos de fabricante y comerciante fueron utilizados preferentemente por aquellos individuos cuya base de actividad tenía una dimensión más local que nacional. En cambio, el concepto de industrial fue especialmente polifacético, pues lo utilizaron individuos con negocios familiares de carácter local, pero también algunos de los principales financieros del país como Valentín Ruiz Senén, Ildefonso Fierro y Francisco Aritio. Existe, por tanto, un llamativo contraste entre estos últimos y nobles como el marqués de Urquijo o el conde de Gamazo, que también eran financieros y participaban de la dirección empresarial, pero que, sin embargo, prefirieron seguir identificándose como propietarios.

El contraste entre ambas partes iba más allá de la utilización de estos conceptos como etiquetas, en tanto que implícitamente subyacía un discurso sobre la posición de cada grupo. Los nobles, que conviene recordar incluían a muchos individuos recién ennoblecidos, no mostraron un rechazo a participar en la dirección de las grandes

²⁶¹ Miguel ARTOLA BLANCO: “La transformación del mercado de alquiler...”.

²⁶² Cómo reflejaba los valores defendidos en el *Diccionario biográfico de comerciantes, agricultores e industriales*, Madrid, Escuela Tipográfica del Hospicio, 1891. Véase también, Carmen GARCÍA GARCÍA: “El lenguaje económico: Empresarios...”

empresas, pero sí a articular un discurso que les situara como parte de los grupos de empresarios. Su apuesta por conservar el patrimonio, su estilo de vida y la necesidad de remarcar su identidad social hizo necesario que se separaran de aquellos colectivos que se identificaban como pertenecientes a otra clase, la burguesía:

Desde fines de siglo [XIX] nuevas posibilidades económicas alumbraron, en las regiones periféricas, riquezas considerables, mineras, fabriles y agrícolas, de regadío y exportación, con el consiguiente desarrollo del comercio, la navegación y la banca, y procrean una tercera clase social, nueva en la Península [...] Se la puede denominar burguesía, para diferenciarla de la aristocrática o pudiente tradicional y de la mesocrática, que en España sigue viviendo merced a la nómina consignada en algún presupuesto²⁶³.

El contrapunto a esta visión se encuentra en los valores que defendieron aquellos consejeros que se definieron como industriales. En su caso, era obvio que no querían, o no podían, articular un discurso abiertamente enfrentado a los propietarios, por lo que se limitaron a realzar sutilmente su posición. Esta perspectiva se encuentra sólo en pequeños detalles, como los que por ejemplo proporcionan los retratos que solían hacerse los presidentes de las grandes empresas.

Imagen 5.1. Retrato del conde de Gamazo (c. 1930)



Colección Banco de España

²⁶³ Duque de MAURA: *Dolor de España...*, p. 42. Conviene recordar que el autor de estas líneas era consejero y accionista de referencia de Banesto, uno de los principales bancos del país.

Imagen 5.2. Retrato de Valentín Ruiz Senén (1934)



José Gutiérrez Solana. Colección Banco Santander.

Imagen 5.3. Retrato de Ildefonso González-Fierro (1946)



Eduardo Chicharro. Colección Fosforera Española.

En la mayoría de los casos, estos cuadros buscaban transmitir un mensaje que remarcaba el prestigio y la honorabilidad del sujeto en cuestión. Existen innumerables casos, pero un buen ejemplo lo constituye el retrato del conde de Gamazo, entonces

gobernador del Banco de España (imagen 5.1). Por el contrario, Ildefonso Fierro y Valentín Ruiz Senén, dos individuos especialmente destacados en las grandes empresas que sí se definieron a sí mismos como industriales, optaron por un tipo de retrato radicalmente distinto (imágenes 5.2 y 5.3). Al comparar estos tres retratos, el primer elemento a remarcar es que Fierro y Ruiz Senén aparecen en sus despachos, un escenario en absoluto usual para los retratos de ésta época. En ellos, optaron por una puesta en escena que evoca en cierto sentido el famoso cuadro de Napoleón en su estudio de las Tullerías²⁶⁴. El retrato de Napoleón le sitúa en su lugar de trabajo (los papeles y la pluma están desperdigados) y múltiples detalles (el reloj marca las cuatro y las velas están casi consumidas) evidencian que es un momento avanzado del día. Un siglo más tarde, y a pesar de las diferencias entre periodos y formas de poder, los cuadros de Fierro y Ruiz Senén utilizaron los mismos recursos para enfatizar su dedicación al trabajo. Los despachos no reproducen la imagen de formalidad y orden que habitualmente se desplegaba, sino más bien al contrario, como ilustra que la biblioteca tras la silla de Ruiz Senén recoge unos libros que son frecuentemente utilizados. Al mismo tiempo, la necesidad de enfatizar que se estaba en un momento avanzado en el día está también presente en el retrato de Fierro, pues el reloj que se sitúa en la parte trasera de la escena marca el final de la jornada de trabajo: las ocho de la tarde.

En el retrato de ambos abunda igualmente una iconografía que enfatiza el vínculo entre los negocios que dirigen y su prestigio personal. El retrato de Ruiz Senén incluye en la pared del fondo un cuadro de una fundición (o fábrica) de Duro Felguera, así como una maqueta de un barco que, muy posiblemente, represente una embarcación de esta misma empresa que recibió su nombre²⁶⁵. Fierro en cambio optó por incluir diversas cajas de fósforos en su mesa del despacho, remarcando de esa manera su ligazón con Arrendataria de Fósforos, la primera de las grandes empresas que dirigió. De esta forma, su dedicación con el trabajo y su vinculación con las empresas eran dos formas particularmente eficaces de representarse como industriales, contrarrestando así la crítica generalizada de que los financieros desatendían sus negocios y no eran más

²⁶⁴ Peter BURKE: *Eyewitnessing. The uses of Images as Historical Evidence*, Londres, Reaktion Books, 2001, pp. 70-73, ha destacado la importancia de este retrato por ser el primero que situó a un jefe de Estado en su despacho, así como por la simbología que refuerza su condición de burócrata y estadista.

²⁶⁵ Humberto HUERGO: “José Gutiérrez Solana. Retrato de don Valentín Ruiz Senén”, en Adolfo BLANCO OSBORNE y Javier PÉREZ SEGURA: *El retrato moderno en España (1906-1936)*, Madrid, Fundación Santander, 2007, pp. 144-145.

que un nuevo tipo de rentistas que vivían de asistir periódicamente a los consejos para cobrar su retribución²⁶⁶.

Profesiones liberales.

Si la utilización de los conceptos ligados al universo de propietarios y emprendedores tenía una larga tradición en la sociedad decimonónica, la identificación en torno a las profesiones liberales fue un fenómeno más reciente que requiere de un análisis específico. A nivel general, debe evitarse caer en el error de considerar que aquellos contribuyentes que se definieron en alguna de estas ocupaciones debiera su posición social al desempeño de la misma. Al contrario, exceptuando a los agentes de bolsa y un número muy reducido de notarios y abogados, puede afirmarse que casi todos ellos debían su fortuna y estatus a actividades en otras esferas, es decir, eran grandes accionistas, consejeros, terratenientes o rentistas urbanos que, sin embargo, prefirieron identificarse con alguna de estas profesiones. Por consiguiente, la identificación a través de una profesión no debe tomarse como indicio de una ocupación, sino como una forma de adquirir el capital simbólico vinculado a la formación y prestigio de tales actividades.

La relación entre estatus y profesiones se corrobora a la hora de analizar las profesiones con las que se definieron los integrantes de las clases altas. En el seno de la nobleza fueron relativamente frecuentes casos como el del marqués de Espeja, que “posee la carrera de Abogado, sin ejercicio”, habida cuenta del prestigio que gozaban los estudios en derecho, así como del capital social y simbólico que llevaba aparejado en la vida pública la carrera de abogado²⁶⁷. El duque de Maura, que sin duda fue uno de los mejores observadores de la sociedad de Madrid, lo expresó en términos inequívocos:

*Muchos jóvenes más, poseedores de esas mismas calidades nobiliarias, alcanzaron grados universitarios, señaladamente en las Facultades de Derecho; porque cumplir un hijo de familia acomodada la mayor edad civil (referida aún a los 23 años) sin título profesional ninguno, presupuso tacha notoria de incapacidad personal, sobre todo en las clases dirigentes*²⁶⁸.

²⁶⁶ Cuestión que trataré más tarde, pero que fue ampliamente denunciada por Antonio RAMOS OLIVEIRA: *El capitalismo español al desnudo*, Madrid, Marsiega, 1935.

²⁶⁷ La referencia al marqués de Espeja en AHBE, *Operaciones*, legajo 303. La predisposición de la nobleza por la profesión de abogado en Giovanni MONTRONI: “Aristocracy and professions”, en Maria MALATESTA (ed.): *Society and the professions in Italy, 1860-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 255-275.

²⁶⁸ Duque de MAURA: “Prólogo...”, p. XI.

En las familias no tituladas conviene, sin embargo, diferenciar un doble uso en torno al concepto de abogado. De una parte, es indudable que algunos individuos como José Lázaro Galdiano utilizaron este término en un sentido similar al que prevalecía en la nobleza, es decir, era una forma de remarcar el hecho de gozar de una carrera y no tanto de tener una ocupación. Sin embargo, en otros casos, principalmente de financieros y consejeros como Pablo Garnica o Manuel Argüelles, es necesario señalar que sí habían ejercido esta profesión en el pasado. Lo relevante en estos casos radica en que mantuvieran todavía esta denominación ocupacional a pesar de haber pasado a desempeñar exclusivamente tareas de dirección empresarial, un proceso que revela el deseo de utilizar un concepto que denotara su formación y experiencia profesional.

En el resto de profesiones las diferencias entre familias nobles y no nobles se manifestaron de forma notoria. Entre las primeras ninguna se definió como médico y aquellos que se identificaron con profesiones como agente de bolsa (conde de los Moriles) o ingeniero (marqués de Benicarló), representaron el prototipo de noble advenedizo visto con recelo, cuando no con manifiesta hostilidad, por parte del resto del grupo²⁶⁹. Se deduce por tanto que dentro de la sociedad aristocrática fue muy difícil integrar aquellas profesiones que implicaban un trabajo técnico (ingeniero o arquitecto), tenían una práctica poco honorable (médico) o se acercaban demasiado al manejo del dinero y la especulación (agentes de bolsa)²⁷⁰. En cambio, entre las familias no nobles, el atractivo de la modernidad y del avance de la técnica, junto con la posibilidad de remarcar la formación, el trabajo y la experiencia por encima de cualquier indicio sobre la riqueza heredada, fueron elementos suficientemente atractivos para favorecer la formación de una identidad a partir de las profesiones liberales.

Asalariados

Resulta especialmente llamativo que entre las clases altas se huyera de la identificación como asalariados o empleados, un proceso que sólo puede interpretarse por el deseo de los grupos dominantes de reafirmar sus diferencias con respecto a la población trabajadora urbana. La tendencia entre la nobleza habla por sí sola, pues sólo

²⁶⁹ La concesión de la grandeza de España al conde de los Moriles fue una de las más criticadas por el estamento nobiliario. Los grandes de España que eran senadores remarcaron en un carta que “nadie tiene derecho de imponer a nadie un pobre tipo de la naturaleza y ridícula insignificancia del tal Vitórica y Casuso (hijo de la tienda de calcetines de la calle Montera) [...] lo que no admitimos [...] es imponer a una colectividad como la Grandeza de España (que representa la historia de España) un mamarracho del calibre del tal Vitórica”. José Miguel HERNÁNDEZ BARRAL: *Grandes de España...*, p. 311-312.

²⁷⁰ Giovanni MONTRONI: “Aristocracy and professions...”

había dos nobles que se definieran como asalariados del sector privado. Uno era el marqués de Bolarque, Luis Urquijo y Landecho, que se identificó como empleado del banco de su familia (Urquijo); el otro era el marqués de Alonso Martínez, que se presentó como “administrador”, un término que en la época era sinónimo de consejero. El resto correspondían a militares o diplomáticos y su opción al servicio del Estado entraba dentro de la pauta identificaba anteriormente por el duque de Maura: era una profesión respetable que frecuentemente se abandonaba de forma temprana dado que “lesionaba en efecto, auténticas conciencias familiares o contrariaba simplemente las domésticas”²⁷¹.

El concepto de empleado, ligado al trabajo en un lugar fijo (oficina) y a la percepción de un sueldo anual pagado con regularidad, llevaba implícito una carga de subordinación y falta de autonomía que resultaba inaceptable para las clases altas²⁷². Por esta razón tampoco fuera extensamente utilizado por las familias no nobles. En verdad, la mayoría de ellos prefirieron utilizar denominaciones como director, secretario o presidente, pues éstos eran conceptos que permitían marcar las distancias con respecto a cualquier asalariado y superaban cualquier indicio de dependencia. Además, la opción por estas categorías incluía algunas de las ventajas que favorecían el uso de los conceptos de industrial o de las profesiones liberales. Por ejemplo, para un financiero era preferible identificarse como director general que como banquero, habida cuenta que con esta primera opción su prestigio quedaba ligado a una gran empresa conocida, a la par que su posición social se relacionaba con el trabajo y la capacidad de liderazgo, y no con la posesión del capital.

La posición de la clase alta.

En conclusión, en la sociedad madrileña no sólo convivieron una diversidad de formas de poder económico entre las clases altas, sino que también existió una notable heterogeneidad en la identificación y representación de este poder. Esta última cuestión no debe sorprender en sí, pues tomando como referencia los procesos de formación de la clase obrera, los historiadores han remarcado que ésta no sólo surgió como producto de factores económicos (relaciones salariales, industrialización, etc.), sino también de la

²⁷¹ Duque de MAURA: “Prólogo...” p. XI Véase la cita completa en el capítulo segundo de esta tesis.

²⁷² Debo esta definición de empleado a Rubén PALLOL *et al.*: “HISCO en Madrid: una propuesta metodológica para el estudio de los mercados laborales en el pasado”, Comunicación al XI Congreso de Historia Contemporánea, 2012. ÍD.: “Una ciudad de empleados: el nuevo perfil profesional de la población madrileña de 1930”, en Arantza PAREJA ALONSO: *El capital humano en el...*, pp. 193-218.

acumulación de una experiencia que permitió a la clase reconocer la explotación y sus intereses²⁷³. En la clase dominante, lo expuesto hasta el momento obliga a puntualizar ligeramente este enunciado, dado que su identificación no estuvo asociada con la explotación económica, pues éste fue un proceso conscientemente negado o que aparecía alejado de la práctica diaria. El problema radicaba más bien en hacer efectiva la dominación social, es decir, establecer un discurso que permitiera explicar la preeminencia tanto para sí misma como para el resto de la sociedad.

En vísperas de la proclamación de la II República, dentro de las clases altas convivían dos discursos que reflejaban la tensión latente de una época caracterizada por la transición entre el liberalismo clásico y la sociedad de masas. En aquel momento, el discurso hegemónico continuaba siendo aquel que articulaba la nobleza, pero especialmente la aristocracia terrateniente, si bien éste fue igualmente tomado como referente por familias no tituladas. Para estos grupos, la identificación de su posición económica, fuese en ámbitos tradicionales como la propiedad rústica y urbana, o en sectores más modernos como las grandes empresas y las finanzas, implicaba un mínimo alejamiento de las actividades lucrativas en aras de reforzar su respetabilidad. Siguiendo el modelo de conducta del *gentleman* inglés, los integrantes de este sector de las clases altas de Madrid buscaron remarcar su independencia económica, la respetabilidad de sus actividades y la toma de distancias con respecto a la producción económica o al manejo diario del dinero²⁷⁴.

En consecuencia, sólo existieron un número limitado de ocupaciones con las que representarse. Propietario y rentista eran las opciones más frecuentes, si bien la definición como abogado, militar o diplomático fueron igualmente aceptadas, dado que reunían un alto grado de respetabilidad y capital simbólico. No obstante, como más adelante expondré en el capítulo dedicado a la cuestión social, el inconveniente de esta perspectiva radicaba en que resultaba relativamente fácil para los enemigos de la clase alta representarla bajo los tópicos que rodeaban a la aristocracia terrateniente, es decir,

²⁷³ Edward P. THOMPSON: *La formación de la clase obrera...*, Manuel PÉREZ LEDESMA: “La formación de la clase obrera. Una creación cultural”, en ÍD. y Rafael CRUZ: *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 201-233.

²⁷⁴ El concepto de *gentleman* es especialmente polifacético, como señala David CASTRONOVO: *The English gentlemen. Images and ideals in literature and society*, Nueva York, Ungar, 1987. Dentro de este universo, es indudablemente que existía una definición ligada al desempeño de una serie de actividades económicas respetables, ligadas a la propiedad y las finanzas, pero igualmente alejadas de la industria. Peter. J CAIN y Anthony G. HOPKINS: *British Imperialism, 1688-2000*, Essex, Pearson, 2002, pp. 38-43.

como un grupo rentista y ocioso que vivía a costa del esfuerzo del resto de clases sociales.

Por esta misma razón, la identificación que reproducía los valores del *gentleman* inglés había dejado de gozar de un dominio indiscutible entre otros sectores de las clases altas de Madrid. Antes de producirse la gran convulsión política y social de la década de 1930, un número creciente de familias fueron tomando conciencia de los peligros que entrañaba seguir definiéndose como un grupo conservador y despreocupado del trabajo, creyendo necesario superar cualquier estigma que pudiera identificarles como una casta hereditaria o parasitaria. La nueva definición se perfiló de una forma que no borraba las diferencias con el resto de clases sociales, sino que suavizaba el antagonismo social. Ésta era una perspectiva que daba cabida a una mayor heterogeneidad entre los grupos dominantes, pues si en el discurso tradicional existió una predisposición por el concepto de propietario, en el nuevo convivieron definiciones que remarcaban la combinación del capital y el trabajo (comerciante, industrial, etc.), junto con otras que enfatizaban el trabajo y la formación (profesiones liberales y directores).

Aristocracia y alta sociedad²⁷⁵

La creación de identidades sociales entre las clases altas a partir de la definición ocupacional, además de ilustrar la existencia de una dualidad de discursos entre los grupos dominantes, muestra igualmente las relaciones entre clase y estatus. Como he expuesto, el recurso a las diferentes definiciones ocupacionales no fue una cuestión determinada principalmente por las formas de patrimonio o de actividad económica, en tanto que jugó un papel mucho más importante la cultura (valores, discursos, etc.) que buscaron proyectar las clases dominantes. Parece claro, por tanto, que esta identidad cultural no se reprodujo únicamente en el ámbito económico y cabe pensar que tuvo su manifestación más clara en la vida social de la capital. En esta esfera, las relaciones entre individuos y familias no se articularon sobre los principios que regían la acumulación de capital económico, sino que tomó como base el capital social, cultural y

²⁷⁵ Este apartado debe en gran medida a un trabajo anterior, Miguel ARTOLA BLANCO: “Apogeo y crisis de la identidad aristocrática en Madrid (1920-1950)”, en José Manuel ALDEA *et al.*: *Historia, identidad y alteridad. Actas del III Congreso Interdisciplinar de Jóvenes Historiadores*, Salamanca, Hergar y AHJIS, 2012, pp. 551-573.

simbólico de las clases altas y que terminó cohesionando a un actor que los historiadores generalmente han denominado como *alta sociedad*²⁷⁶.

Para los contemporáneos, el concepto de alta sociedad generalmente remitía al universo más restringido de la aristocracia. La primera evidencia en ese sentido puede encontrarse en la multitud de crónicas y noticias de sociedad de la época que situaron a la aristocracia como el actor social más destacado en esta esfera. Muchas publicaciones y guías de sociedad llevaban precisamente este adjetivo: *El año aristocrático*, *Fiestas aristocráticas* o *Le Tout Madrid: Anuario de la aristocracia*²⁷⁷. Esta última publicación aclaraba en su subtítulo a quienes se identificaba con este grupo:

*Una selección de «adresses» donde figuran con los nombres del gran mundo los nombres de todos los que por su situación social, su notoriedad o su fortuna, constituyen lo que se llama la Sociedad elegante y aristocrática*²⁷⁸.

Pero más allá de su uso en estas publicaciones, las familias que componían las clases altas de Madrid también hicieron un uso generalizado de este concepto ¿Qué significaba la aristocracia para los contemporáneos? Como punto de partida, conviene recordar que este término, al igual que la palabra burguesía, fue uno de los ejes del vocabulario político contemporáneo. Tal como han señalado María Cruz Mina y González Cuevas, en torno al concepto de aristocracia han convivido dos perspectivas durante los siglos XIX y XX²⁷⁹. En una primera definición, la aristocracia se identificó con la nobleza de sangre en un sentido fundamentalmente negativo, bien fuese porque se remarcaba su carácter privilegiado, o porque representaba una casta ociosa que vivía a costa de las rentas. La segunda definición, que cobró cuerpo en diversos ámbitos como la cultura política moderada o los círculos intelectuales, definió a la aristocracia como un tipo ideal de élite que servía de freno a las masas y la democracia, pero que generalmente no incluyó a la nobleza.

Las clases altas de Madrid, sin desechar estas dos perspectivas, elaboraron una perspectiva propia sobre la aristocracia que situó a este colectivo como referente para

²⁷⁶ El concepto de alta sociedad es extensamente tratado por Fabrice D'ALMEIDA: *High society in the Third Reich*, Cambridge y Malden, Polity, 2008, especialmente pp. 233-237.

²⁷⁷ Las dos primeras publicaciones fueran promovidas por Leon Boyd, que hasta entonces había desempeñado la labor de cronista de sociedad para *El Heraldo de Madrid*. Véase José Miguel HERNÁNDEZ BARRAL: *Grandes de España*..., pp. 97-105.

²⁷⁸ *Le Tout Madrid: Anuario de la aristocracia*, Madrid, Enrique de Gondry, 1917

²⁷⁹ María CRUZ MINA: "Aristocracia", en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan Francisco FUENTES (dirs.): *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002, pp. 95-103; Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: «Aristocracia», en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan Francisco FUENTES (dirs.): *Diccionario político y social*..., pp. 122-128.

los círculos mundanos. Los principales difusores de la idea de aristocracia fueron los propios nobles pues, más allá de las cronistas de sociedad, ningún individuo perteneciente a otros grupos de poder se atrevió a construir un discurso referente a los valores y hábitos que debían guiar a la alta sociedad. Sin embargo, tal como explicaré en este apartado, aunque el concepto de aristocracia se originó dentro de la propia nobleza, su definición se aplicó a un grupo más amplio que las familias tituladas.

Algunos de los escritos de los nobles más prominentes de Madrid permiten ilustrar el carácter de la aristocracia desde esta perspectiva. Una obra de obligada referencia es *El Primer Estado* de Antonio de Hoyos y Vinent, marqués de Vinent, un individuo que si bien provenía de una familia de la alta sociedad madrileña, hacía tiempo que había roto sus lazos dada su relación con el anarcosindicalismo²⁸⁰. Su relato debe por tanto leerse como el de alguien que, habiendo conocido la alta sociedad, se había ido progresivamente alejado de ella y gozaba de una mayor libertad para criticarla. En relación a la cuestión planteada –la definición de la identidad aristocrática– la obra de Antonio de Hoyos alertaba sobre la incorrecta definición que solía hacerse del grupo, a la par que abría una perspectiva que daba cuenta de las distintas formas de caracterizar a las élites:

*En la terminología moderna el término aristocracia ha adquirido una rara elasticidad. [...] Cuando los novelistas pesimistas dicen pestes de la aristocracia, quizá no se refieran a la «clase noble de una nación» (definición del Diccionario), sino a la buena sociedad. Buena sociedad no es lo mismo que clase noble, y sospecho que contra la buena sociedad van los dardos de los moralistas. Ni la buena sociedad se reduce a aristócratas de la sangre ni basta serlo para formar parte de ella, ni los que la componen pertenecen siquiera todos a alguna de las consabidas aristocracias del poder, el dinero y el talento.*²⁸¹

Al leer por primera vez el texto podría decirse que el marqués de Vinent aclaraba poco la esencia de la identidad aristocrática, dado que se ceñía a dar una definición en negativo. No obstante, su aproximación aporta dos elementos imprescindibles para comprender el carácter de la alta sociedad en esta época. Por una parte, se demuestra que en el ámbito social y cultural, la pertenencia a los grupos de poder no pudo hacerse en un sentido inequívoco, sino que formaban parte todos

²⁸⁰ Antonio de HOYOS: *El Primer Estado. Actuación de la aristocracia antes de la Revolución y después de ella*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1931. Véase también, María del Carmen ALFONSO GARCÍA: *Antonio de Hoyos y Vinent, una figura del decadentismo hispánico*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1998, especialmente pp. 11-68.

²⁸¹ Antonio de HOYOS: *El Primer Estado...*, p. 99.

aquellos a los que se identificaba con un término tan amplio como *buena sociedad*²⁸². Pero además, y quizás ello es más relevante, la aristocracia, como sinónimo de buena sociedad, era un grupo distinto de los titulados –la nobleza de sangre– y tenía unos criterios de selección que la diferenciaban de las élites en otras esferas como la política, la economía o la cultura.

Pero formar parte de la alta sociedad era algo más que frecuentar un círculo restringido de amistades. Según el relato de la condesa de Campo Alange, la aristocracia no era un grupo que buscara el anonimato, pues definía en torno a una identidad social caracterizada por reunir la doble condición de mantener un espíritu de casta y una relación paternal con las clases subalternas:

*Dentro de esta amalgama pertenecía yo a un grupo muy definido: la aristocracia. Como grupo, era irracional y hermético. Por entonces, la sociedad estaba todavía muy jerarquizada, más aún en Sevilla. Pero a pesar de las grandes diferencias existentes estábamos – salvo rarísimas excepciones – en perfecta armonía con el pueblo, porque convivíamos con él, nos conocíamos, había un trato familiar, mezcla de confianza y de respeto [...] En cambio, la clase media estaba socialmente marginada*²⁸³.

Sin embargo, la mejor descripción sobre esencia de la sociedad aristocrática se encuentra en la visión de uno de los sujetos centrales de la alta sociedad: Jacobo Fitz-James Stuart y Falcó, XVII duque de Alba. La vida del duque se movió a la perfección en los distintos ámbitos de poder en su época. Además de ser uno de los mayores terratenientes del país, fue consejero de grandes empresas (Banco de España, Chade, Telefónica, etc.), cumplió determinados cargos políticos en circunstancias extraordinarias y ejerció de patrón de las artes en diversas instituciones y academias. En conclusión, su visión sobre las élites debe tomarse como una de las voces más autorizadas del grupo.

Sus ideas quedaron plasmadas en dos discursos que dio al poco de terminar la Guerra Civil: uno procede de la toma del cargo de decano presidente de la Diputación permanente y consejo de la Grandeza de España y el otro al incorporarse como académico de la Real Academia Española. El sentido de ambos no era otro que defender el sentido tradicional de la aristocracia, un grupo que consideraba amenazado no sólo

²⁸² Un concepto que remite a Gary W. MCDONOGH: *Las buenas familias de Barcelona...*

²⁸³ María CAMPO ALANGE: *Mi atardecer entre dos mundos. Recuerdos y cavilaciones*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 22. Aunque ese pasaje del relato está centrado durante su infancia en Sevilla, conviene recordar que la condesa vivió toda su época adulta en Madrid.

por la experiencia republicana de la década precedente, sino también por las aspiraciones que traía consigo el régimen franquista, y particularmente la Falange, una denuncia que naturalmente sólo puede leerse entre líneas. Por tanto, si bien estos discursos se sitúan cronológicamente al final del periodo que estudio, tienen la virtud de reflejar una visión que defiende los valores y la identidad que tradicionalmente se habían asociado a este grupo de poder.

Según el duque de Alba, el sentido de la existencia de la aristocracia no se debía a una cuestión de mantener a un grupo que fuese garante de la tradición, sino como élite cuya existencia se justificaba en los mismos términos que lo habían hecho los teóricos clásicos de las élites como Mosca o Pareto²⁸⁴:

*El ideal democrático, en el verdadero sentido de la palabra, nunca fue, ni en conjunto ni en detalle, sino un resumen de groseros errores. La voluntad, la decisión, la iniciativa, salen de un grupo reducido; luego las mayorías prestan su asentimiento o su aceptación*²⁸⁵.

Desde esta perspectiva, se retomaba la idea anteriormente señalaba de que la aristocracia no correspondía exclusivamente a los titulados, sino a los que destacasen en los distintos ámbitos de la vida social: “Siempre hicieron falta Aristocracia y Clase directoras [...] No Digo Aristocracia exclusivamente de sangre sino una Selectocracia, porque todo el país que la tenga. Será, en general, mejor gobernado [*sic.*]”²⁸⁶. En la definición del duque, la aristocracia era algo más que un grupo de poder, dado que también debía mantener una serie de valores. Por una parte, se apuntaba a que la aristocracia debía contar con una posición económica que le permitiera cumplir con una función social: “No ha de ser necesariamente rica aun cuando es apetecible lo sea porque así podrá más libremente gobernar en los cargos que fuere llamada”²⁸⁷. Pero esta posición en ningún caso se ligaba a la necesidad de poseer un determinado tipo de patrimonio, como por ejemplo fincas rústicas, sino en contar con la base para saber “gastar su peculio honradamente adquirido”²⁸⁸. Dicho de forma más clara, los miembros de la aristocracia se distinguían porque “adquirieron también el gusto para saber gastar

²⁸⁴ Gaetano MOSCA: *La clase política...*; Vilfredo PARETO: *Forma y equilibrio sociales...*

²⁸⁵ Duque de ALBA: *Discurso leído en el acto de su recepción por el Duque de Berwick y Alba sobre Los Mecenazgos ilustres. Contestación del Duque de Maura*, Madrid, Real Academia Española, 1943, p. 24.

²⁸⁶ Duque de ALBA: *Discurso pronunciado por el Duque de Alba en la toma de posesión del cargo de Decano Presidente*, Madrid, E. Catalá, 1943. La copia que he consultado se conserva en el ACA, Fondo de Don Jacobo, caja 4.

²⁸⁷ Duque de ALBA: *Discurso pronunciado por el Duque de Alba...*,

²⁸⁸ *Ibid.*

su dinero, cosa de la que carecen las clases que son solamente capitalistas, pero no aristocráticas”²⁸⁹.

Por último, uno de los rasgos más controvertidos en la aristocracia radicaba en su carácter cosmopolita. Diversos autores señalaron que la aristocracia en esta época no se limitó a vivir mentalmente anclada en las fronteras de Madrid, pues por sus valores y espíritu reconocía a sus homólogas en los principales capitales del mundo europeo y americano. Por ejemplo, cuando Eulalia de Borbón identificaba Washington como “la ciudad más aristocrática del mundo”²⁹⁰, o el duque de Alba se refería a una invitada en una cena como “una simpática dama, muy relacionada en los centros aristocráticos de Nueva York”²⁹¹, el término “aristocráticos” permite remarcar la similitud entre la alta sociedad americana y europea, a pesar de que en la primera evidentemente no había ni rastro de la nobleza titulada.

No obstante, este carácter cosmopolita posiblemente fuese el más difícil de asimilar por toda la alta sociedad madrileña. El peso del catolicismo en la vida social y la tradicional defensa de la esencia castellana por parte de la nobleza eran dos obstáculos a la apertura a nivel internacional de la alta sociedad. El relato del marqués de Santo Floro, hijo del conde de Romanones, ilustra extensamente las diferencias que en este ámbito se manifestaron en los círculos mundanos. Por una parte, Santo Floro identificaba a un grupo que, numéricamente, posiblemente representase a la mayoría de la alta sociedad:

La aristocracia española divídese en dos sectores. Aquel que continúa fielmente las tradiciones de una existencia patriarcal, sencilla y monótona, con profundo y arraigado sentido del hogar. Familias linajudas de mentalidad burguesa. Orden, virtudes raciales, principios severos, escasa cultura, cierta llaneza, religión acentrada, espíritu caritativo.

Regularmente, van a tomar “tomar aguas”, pasan alguna temporada en el campo. El ritmo de su vida en Madrid es apacible, sosegado. La misa diaria, el paseo por el Retiro en amplio landó, la relación con un grupo reducido de amistades, la estrecha convivencia entre madres e hijas. No se aspira a la elegancia. Basta el decoro. Un vestido de baile dura años y años. Si acaso, se “refresca” de tarde en tarde. Tienen mal gusto, pero no lo saben. Mejor dicho, el gusto, bueno o malo, es para ellos un detalle sin importancia. No se les

²⁸⁹ Duque de ALBA: *Discurso leído en el acto de su recepción por el Duque...*, p. 28.

²⁹⁰ Eulalia de BORBÓN: *Memorias de Doña Eulalia de Borbón, Infanta de España (1864-1931)*, Barcelona, Juventud, 1950 [1935], pp. 91-92.

²⁹¹ Duque de ALBA: “De cómo vino a erigirse en Trujillo una estatua a Pizarro”, *Arte español*, 14-1 (1942), pp. 3-4.

ocurre hacer la menor modificación en las casas, donde imperan los muebles de estilo Alfonsino. Algún palacio se conserva, intacto, como estaba en la primera época de Isabel II.

Muchas de las señoras pertenecientes a este grupo social llegan a abuelas sin perder cierto candor, sin curiosidad ni inquietud, desconociendo toda faceta de la vida ajenas a su órbita²⁹².

Como contrapunto a este sector, Santo Floro señaló la existencia del grupo cosmopolita, que aspiraba a ampliar los horizontes de la alta sociedad madrileña:

Pero en Madrid existe también el grupo elegante, el que bulle, el que “da qué hablar”, que tuvo una brillante precursora en la Duquesa Cayetana. Esas señoras que viajan y permanecen largas temporadas en París, y se visten en la rue de la Paix. Señoras de gran belleza y grandes iniciativas, que organizan garden-Partys, se hacen retratar por Boldini, y arrastran por los salones las largas colas con que rematan sus creaciones Worth y Doucet. Estas son las más chic, las más pshut – como se decía a principios de siglo –, las que trajeron un cochero inglés, un cocinero francés, las que se pasearon en los primeros automóviles eléctricos, y se expresaron en el idioma de Molière con más corrección que en el de Cervantes. Pertenecen, en realidad, a una sociedad internacional, cuyos miembros representativos son semejantes en París, Viena o Roma. El grupo elegante suele dar la impresión de que Madrid le viene pequeño²⁹³.

En conclusión, la perspectiva expuesta en tan diversos relatos permite sintetizar qué representaba la aristocracia como grupo que nucleaba a la alta sociedad de la capital. Estos autores (Vincent, Campo Alange, Alba y Santo Floro), a pesar de su condición como nobles, insistieron en que la aristocracia no podía equipararse a la nobleza, pues la primera no era una categoría definida en términos jurídicos o históricos, sino una identidad construida sobre cuatro criterios complementarios. Ante todo, la aristocracia era una élite social que si bien tenía unas fronteras difusas, acumulaba un tipo de poder que la diferenciaban de las élites en los ámbitos político y económico. Su poder se encontraba en la esfera social: era el grupo que marcaba la pauta de distinción para las élites y servía de referente para el resto de clases sociales. En segundo lugar, la aristocracia estaba imbuida de un espíritu elitista, como se demuestra en su carácter cerrado y en la defensa de unas relaciones paternas con el pueblo. En tercer lugar, aunque la aristocracia no era una identidad basada en el poder económico, se entendía que formaba parte de las clases altas y como tal debía mantener

²⁹² Marqués de SANTO FLORO: *Dentro y fuera de mi vida. Capítulos de pequeña historia, 1910-1936*, Madrid, Guadarrama, 1955, p. 59.

²⁹³ *Ibid.*, p. 59. María CAMPO ALANGE, igualmente diferenció entre la “aristocracia elegante” y la “pequeña aristocracia rancia y venida a menos”. ÍD.: *Mi atardecer entre dos mundos...*, p. 29.

un elevado patrimonio que pudiera sustentar su posición social. Pero sin duda, el elemento clave en la definición de la aristocracia radicaba en el mantenimiento de una serie de valores, un estilo de vida y un patrón de consumo conspicuo que la diferenciaba en la vida cotidiana de la capital. Los próximos capítulos estarán precisamente dedicados a estudiar este modo de comportamiento.

6. Familia y educación

Uno de los pilares fundamentales del liberalismo fue el principio de separación entre las esferas pública y privada. En la primera se incluían necesariamente la vida política, las relaciones laborales, la dirección de los negocios y cualquier manifestación de la alta cultura (arte, literatura, teatro, cine, etc.). En la esfera privada se encontraba claramente la familia, la educación y –según las propuestas laicas– la religión. Sobre la base de esta división, el discurso dominante entre los contemporáneos consistió en asociar a hombres y mujeres un rol preponderante en cada esfera. El espacio público se erigió sobre las esencias masculinas, dado que eran los hombres los que dirigían la política, la economía y las artes, mientras que las mujeres eran asignadas al papel tradicional de “ángel del hogar”.

Los historiadores de la sociedad liberal han estudiado este modelo, señalando su génesis, evolución y capacidad de adaptación a los cambios políticos, económicos y sociales; pero también han establecido una mirada crítica sobre el mismo, en tanto que no da cuenta de la participación real de las mujeres en actividades que supuestamente eran ajenas a su condición²⁹⁴. En el estudio de las clases altas, esta doble perspectiva no resulta tan fácil de aplicar, pues siendo un grupo tan plenamente integrado en el sistema, difícilmente pueden encontrarse casos que se saliesen del patrón establecido, sino más bien al contrario, sus integrantes ilustraron el ejemplo más acabado de este modelo.

Pero la vida familiar y la educación de las clases altas van más allá de mostrar un ideal puesto en práctica, pues precisamente, dado que constituían un referente social para otras élites y para las clases subalternas, su comportamiento permite profundizar en la definición de estas fronteras y demostrar la existencia de relaciones más fluidas entre los espacios público y privado. Aunque en la clase dominante hubo pocas dudas sobre la dedicación de los hombres a la vida pública y de las mujeres al cuidado del hogar, también hay muestras de que existía un respaldo y, por tanto, una cierta preocupación por lo que ocurría en la esfera opuesta. En conclusión, la actividad pública masculina nunca pudo desligarse de su vida privada, a la par que las labores femeninas (educación,

²⁹⁴ Véanse, por ejemplo, los trabajos reunidos por Guadalupe GÓMEZ-FERRER, Gabriela CANO, Dora BARRANCOS y Asunción LAVRIN (coords.): *Historia de las mujeres en España y América Latina. Vol. III. Del siglo XIX a los umbrales del XX*, Madrid, Cátedra, 2006; ÍD.: *Historia de las mujeres en España y América Latina. Vol. IV. Del siglo XX a los umbrales del XXI*, Madrid, Cátedra, 2006.

cuidado del hogar y beneficencia) fueron proyectadas en la esfera pública como forma de respaldar el honor y prestigio de sus maridos o padres.

Este patrón de comportamiento permite de nuevo enfatizar la importancia que los historiadores de las élites han asignado a la familia como núcleo de poder. De una parte, existen múltiples evidencias de que la estructura familiar ha sido la base para las estrategias de reproducción social, dado que los vínculos de parentesco proporcionan relaciones estables entre sus integrantes (capital social), pero también permiten diversificar y complementar entre distintas formas de poder (político, económico, social, etc.). Por otra parte, la familia también ha sido vista como un mecanismo de socialización y educación en valores culturales que se transmiten a sus miembros desde la infancia²⁹⁵. Precisamente es esta última perspectiva la que tiene un mayor interés para abordar la formación del *habitus* entre los grupos dominantes y, por extensión, la construcción de los roles de género. ¿Qué vínculos pesaron sobre los hombres y las mujeres para convertirse, respectivamente, en padres, maridos e hijos, o madres, esposas e hijas? ¿De qué forma se fue definiendo una educación sobre bases distintas? Al mismo tiempo, la diferenciación que he trazado en torno al estatus de las clases altas cobra plena vigencia en la definición de las relaciones familiares y de su educación. ¿En qué se diferenciaba la alta sociedad en su vida privada? ¿Cómo de difíciles fueron de emular sus prácticas?

El hombre como cabeza de familia

Bajo la sociedad liberal, la hegemonía masculina en la vida pública fue un hecho incontestable. En la política, hasta la caída de la monarquía, el voto y la capacidad de ser elegido quedaron explícitamente restringidos a los hombres, mientras que en los negocios, pero especialmente en las grandes empresas, las tareas de dirección o representación de intereses también excluyeron a las mujeres. Más allá de las instituciones públicas, hubo una continuidad de la dominación masculina en el hogar, tal como refleja la tradicional designación del cabeza de familia como “pater

²⁹⁵ La historia de la familia ha conocido también un extraordinario desarrollo en las últimas décadas. Como obras más recientes, Francisco CHACÓN: “Familias, sociedad y sistema social. Siglos XVI-XIX”, en ÍD. y Joan BESTARD (dirs.): *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*, Madrid, Cátedra, 2011, pp. 325-392; Pilar MUÑOZ LÓPEZ: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*, Madrid, Marcial Pons y UAM, 2001.

familias”²⁹⁶. La dominación masculina en ambas esferas no debe ser vista como dos procesos separados sino que, tal como demuestran las familias de clase alta, estaban íntimamente ligadas. En líneas generales, el dominio de los hombres de clase alta descansaba sobre dos nociones ampliamente extendidas: su deber y capacidad para erigirse en los mejores administradores económicos y su obligación por mantener el honor y la moral de la familia. En principio, podría pensarse que ambas ideas se aplicaron siguiendo la estricta división entre la esfera pública y privada, por lo que la capacidad de gestionar negocios se relacionaba con la dirección empresarial o el desarrollo de una carrera profesional y la defensa del prestigio familiar se manifestaba exclusivamente en la vida privada. En la práctica, ambas nociones estuvieron íntimamente ligadas.

Empezado por la esfera económica, es indudable que existió un consenso generalizado en la opinión pública en atribuir a los hombres el monopolio sobre la gestión y manejo de los negocios. Los actores de las grandes empresas siempre fueron denominados en términos puramente masculinos; sus propietarios eran designados como “señores accionistas” y la representación en los consejos de administración recayó por obligación en “hombres de negocio”. Aunque nunca fue necesario llegar a una estricta oposición en términos de género, era evidente que las virtudes asociadas a la dirección empresarial, como la asunción de riesgos, la capacidad de servir de guías y la prudencia, eran entendidas como esencias puramente masculinas y, por omisión, una antítesis de la figura femenina²⁹⁷.

La prolongación natural de este discurso no fue otro que concebir como natural la obligación de los hombres de sostener y supervisar la gestión de la economía familiar. En las clases altas, al igual que en otros grupos sociales, se asignó al padre el rol de generar los ingresos de la casa (*breadwinner model*), un proceso que no necesariamente implicó desempeñar un trabajo como asalariado, sino sobre todo decidir acerca de las inversiones, mantener el contacto con los administradores y solicitar créditos a los bancos²⁹⁸. Las mujeres, bien como esposas o como hijas, aunque pudiesen ser

²⁹⁶ Sobre las raíces de este concepto, véase la conocida obra de Otto BRUNNER, reeditada en: “La «casa grande» y la «Oeconomica» de la vieja Europa”, *Prismas*, 14 (2010), pp. 117-136.

²⁹⁷ Las virtudes de los consejeros en J.G. AGUIRRE CEBALLOS: “Los Consejos de Sociedades...” y en diversos números de principios de la década de 1910 del *Anuario de la renta de tabacos de España y anuario financiero. Hacienda, banca y bolsa*.

²⁹⁸ El debate historiográfico sobre el modelo *breadwinner* tradicionalmente se ha concentrado en determinar su correspondencia con la organización económica de los hogares, mostrando en la mayoría de

nominalmente propietarias del capital, no participaron de estas decisiones, pues eran cuestiones generalmente tratadas por los hombres de la familia. Así, por ejemplo, en el matrimonio de los marqueses de Villabrágima, fue el marido –Álvaro de Figueroa y Alonso Martínez– y no la esposa –Ana Fernández de Liencres– quien llevó el contacto con el padre de ella –el marqués de Donadio– en las cuestiones referentes a los “ingresos de Anita” y las deudas entre ambas familias²⁹⁹.

En la misma familia –los Figueroa– existe un ejemplo similar que, por su carácter excepcional, confirma lo extendido que estaba el dominio masculino dentro de la unidad conyugal. A finales de la década de 1940, Aline Griffin, que por su origen norteamericano era ajena a las normas y valores de la alta sociedad española, encontró extraña la forma en que su marido, Luis Figueroa y Pérez de Guzmán, entonces conde de Quintanilla y nieto del primer conde de Romanones, gestionaba la economía familiar:

Me sorprendía que Luis nunca fuera a una oficina. Algunas veces, en casa, se reunía unas horas con unos hombres a los que él llamaba «administradores» y con un secretario, pero nunca hablaba sobre sus negocios conmigo; yo ni siquiera sabía de qué tipo de negocios se trataba exactamente. Estaba preocupada, me preguntaba de dónde salía nuestro dinero, pero las primeras veces que se lo pregunté, sólo recibí respuestas vagas, y al final me dijo que en España las mujeres no se metían en los asuntos de negocios de los hombres, y allí acabó el tema³⁰⁰.

Si la primacía masculina sobre la gestión económica fue un discurso que nació en la esfera pública para extenderse posteriormente a la privada, la importancia que se asignó a los hombres en salvaguardar el honor y orgullo de la familia siguió el camino inverso: partió de la esfera privada para terminar influyendo en la actividad pública. El principio básico en las clases altas, pero especialmente en la alta sociedad, fue que todo cabeza de familia debía legar “a sus descendientes un patrimonio de honor, análogo al

los casos que el trabajo femenino estuvo más extendido de lo que los contemporáneos reconocieron. No obstante, ello no anula que fuese un ideal ampliamente compartido por distintos actores sociales. Como un ejemplo de esta última perspectiva, Laura L. FRADER: *Breadwinners and citizens. Gender in the making of the French social model*, Durham, Duke University Press, 2008.

²⁹⁹ Véase la correspondencia entre el marqués de Villabrágima y el marqués de Donadio entre 1927 y 1935 conservada en CDMH, *PS-Particular*, C. 517.

³⁰⁰ Condesa de ROMANONES: *El fin de una era*, Barcelona, Ediciones B, 2010, p. 118.

de bienes de fortuna”, y que posteriormente, los herederos debían conservarlo y aumentarlo en la medida de sus posibilidades³⁰¹.

Pero, ¿a qué se referían los contemporáneos al hablar de un “patrimonio de honor”? ¿Cuál era el origen de dicha noción? Al igual que con otros rasgos de la vida social de las clases altas, el modelo más acabado sobre el significado del honor, el orgullo, la dignidad y la moral de una familia remitían a un concepto aristocrático: la *Casa*. En la nobleza, pero especialmente en la vieja aristocracia, el ideal sobre la Casa refería a la parte inmaterial del patrimonio familiar; eran los valores que formaban la identidad de un linaje. Con la vista puesta en el pasado, la aristocracia reclamó para sí las hazañas de sus antecesores, bien fuese luchando en Flandes, sirviendo a la monarquía como virreyes del Perú o modernizando el país a finales del siglo XIX³⁰². Pero el concepto de Casa no sólo mostraba la preservación del capital cultural y simbólico ligado a la historia, pues también tenía un claro significado en el presente y con la vista puesta en el futuro. La combinación de ambas perspectivas a través de la precisa definición de los roles de género y de una serie de advertencias para un primogénito que todavía era menor de edad, quedaron perfectamente retratadas en la carta que el duque de Fernán Núñez dejó a su esposa en 1936 al morir en el frente:

Lo primero que tengo que hacer al escribirte estas líneas, que leerás cuando yo ya no sea de los de este mundo, es pedirte perdón por todo el mal que te causo por la resolución que he adoptado de ir a tomar parte activa en la guerra civil contra los rojos. Lo hago satisfecho, porque con ello cumplo con el primer deber que tenemos todos los hombres después de servir a Dios, que es servir a la Patria, a la que ofrendo mi vida. [...] sintiendo sólo lo que con esto te puedo hacer sufrir, y dejarte a ti y a los chicos, a los que tanto quiero. Espero que a ellos les tocará vivir en una época más tranquila y más normal que la nuestra, en la que a Manolito le tocará continuar la tradición de la Casa, lo que conseguirá si practica la virtud, el deber, el trabajo, y sabe escoger bien cuáles sean sus amigos.

Contigo, mi queridísima Chita, he sido todo lo feliz que puede ser un hombre. Tú eres fuerte y tendrás en los chicos y en tu educación cristiana el consuelo necesario en el abandono en que te dejo y la resignación necesaria; porque si mi deber en esta vida ha sido morir por la Religión, la Patria y la Monarquía, en una verdadera cruzada que señalará una de las fechas históricas más

³⁰¹ Duque de MAURA: “Contestación del excelentísimo señor duque de Maura”, en duque de ALBA: *Discurso leído en el acto...*, pp. 78-79.

³⁰² Los discursos historicistas de la nobleza son una constante del periodo, tal como señala José Miguel HERNÁNDEZ BARRAL: *Grandes de España...*, pp. 171-185, 404-411; y desde luego no faltaron referencias al ideal de la Casa aristocrática, Cristina de ARTEAGA: *La Casa del Infantado...*

*importantes de España, a ti te toca la educación de Mercedes y Manolito, cuya misión seguro estoy sabrás cumplir*³⁰³.

El ideal de la Casa unía por tanto los valores que debían defenderse en las facetas pública y privada. De cara a la opinión pública, la sociedad aristocrática hizo gala de su apuesta por la “religión, familia, propiedad [y] patria”³⁰⁴, mientras que en su vida privada fueron los principios señalados por Fernán Núñez –la virtud, el deber, el trabajo y la selección de las amistades– los que prevalecían en el gobierno de la familia.

El hombre como cabeza de familia debía ser un ejemplo y a la vez supervisar la conducta moral del resto de integrantes del hogar, es decir, de su mujer, hijos e hijas, pero también, como más adelante señalaré, del servicio doméstico. Esta capacidad por mantener en perfecto orden la vida familiar trascendió más allá de la esfera privada pues, en cierta medida, fue considerada como una condición imprescindible en todos los hombres con responsabilidades económicas. Naturalmente, ni en la prensa ni en el trato público salió nunca a relucir la vida personal de las directivos, financieros y grandes propietarios de Madrid. No obstante, descendiendo al ámbito más restringido en el que se relacionaban los distintos actores económicos, la vida privada de sus integrantes no fue un factor que pudiese considerarse como irrelevante.

Un caso que ilustra este extremo puede verse en la forma por la que el Banco de España valoró la solvencia de las personas que pedían un crédito. Es cierto que los empleados del banco concentraron su análisis en variables económicas (patrimonio, rentas, deudas, etc.), pero también que no mostraron reparos en ampliar sus apreciaciones sobre la “moralidad” de los solicitantes. El modelo general estaba en figuras como Gabriel Maura “persona de apreciada y reconocida moralidad, fiel cumplidora de sus compromisos y muy bien conceptuada en general”, en el conde de Campos de Orellana, “persona de reconocida e importante solvencia, de moralidad intachable, comedido en sus negocios y fiel cumplidor de sus compromisos de pago”, o de César de la Mora, consejero de Banesto, “persona laboriosa, entendida y de intachable moralidad”³⁰⁵. Pero las apreciaciones de los analistas del banco, que debían en gran medida a la información que recibían de las altas esferas de las finanzas, no

³⁰³ “Carta que el duque de Fernán Núñez, muerto por Dios y por España, dejó escrita a la duquesa su mujer”, citado en *Ibid*, vol. I, p. 385.

³⁰⁴ Un ideal defendido por el duque de SANTO MAURO: *Unos días de los meses de Abril y Mayo de 1915*, Madrid Blass y Cía, 1915, p. 5

³⁰⁵ AHBE, *Operaciones*, legs. 300, 302 y 303.

fueron siempre tan benévolas. En un ocasión llegaron a alertar que sobre el conde de los Gaitanes “hubo quien puso en duda sus dotes administrativas”, mientras que sobre Manuel Soto Redondo, un gran rentista urbano, afirmaron que mostraba una “conducta comercial, [que] según algunos, adolece de falta de seriedad [...] parece ser lo cierto que debido a su gran tren de vida, se ve en ocasiones falto de efectivo”³⁰⁶. Al final, el mejor accionista, consejero o propietario era aquel que también sabía cumplir su función como buen padre y marido, guardando por tanto el orden de la casa.

Las mujeres de clase alta

Como señalaba en la introducción, el discurso dominante durante el régimen de la Restauración asignó un escaso protagonismo a las mujeres en la vida pública, remitiéndolas a su tradicional papel al cuidado del hogar. Pero al tratar a las clases altas de una gran ciudad como Madrid, irremediablemente surgen una serie de preguntas. ¿Qué representaba el cuidado de la casa en una familia aristocrática? ¿En que se diferenciaba la vida de las mujeres de clase alta con respecto a las mujeres trabajadoras o de clase media? Como punto de partida existía un consenso generalizado en que toda mujer de estatus elevado debía demostrar una serie de valores y desarrollar una conducta propia de su condición social. Una de los mejores testimonios de esta diferencia lo expresó Eulalia de Borbón –hija de Isabel II– en su libro *Para la mujer* que, bajo la pretensión de dirigirse a las mujeres de todas las clases sociales con un discurso emancipador que superara los prejuicios machistas o misóginos, implícitamente realizó una defensa de los valores y del estilo de vida de las mujeres de la alta sociedad³⁰⁷. En su particular condición “feminista”, Eulalia de Borbón defendió que las mujeres no debían ceñirse al cuidado del hogar, pues también podían participar en pie de igualdad con los hombres en el mercado laboral y en el sistema político. No obstante, las ventajas naturales que según ella podían encontrarse en la esencia de todas las mujeres, como su belleza, el tacto, la vocación por la caridad y el placer por el lujo, no hacían sino retratar los cánones de las mujeres de la alta sociedad.

Este particular espíritu se desarrolló en la práctica sobre la base de delimitar las actividades que podían desempeñar las mujeres de las clases altas. Empezando por el

³⁰⁶ AHBE, *Operaciones*, legs. 318 y 319.

³⁰⁷ Eulalia de BORBÓN: *Para la mujer*, Barcelona, Hispano Americana de Ediciones, 1946 [1912]. Un análisis muy preciso de su vida, en Ángeles EZAMA GIL: *La infanta Eulalia de Borbón. Vivir y contar la vida*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009, especialmente pp. 49-61.

nivel más básico, el cuidado del hogar, podría parecer que ésta era una tarea vulgar e impropia de una persona de estatus elevado. En la práctica, el mantenimiento de la casa por parte de las mujeres de clase alta, pero especialmente por aquellas que pertenecían a la sociedad aristocrática, se desarrolló de una manera que permitía ejemplificar su delicadeza y buena educación. En primer lugar, no hay duda de que existió un claro rechazo en asumir cualquier tarea de cocina, pues ello de por sí ya marcaba las fronteras de una mujer de clase media como Ana María Foronda que, en sus memorias, declaraba no saber “ni hacer un huevo frito”³⁰⁸. Pero superando este horizonte burgués, las integrantes de los círculos distinguidos también se eximieron de supervisar directamente el trabajo de los sirvientes dado que, como más adelante trataré, generalmente existió una persona de confianza (mayordomo o gobernanta) que asumía dichas responsabilidades. Igualmente, aunque eran las mujeres las que manejaban el efectivo con el que hacer frente a los pagos diarios, solían descargar en un mayordomo o administrador profesional la conservación de un registro exhaustivo de los gastos domésticos³⁰⁹. De esta forma, las mujeres en la familia no estuvieron plenamente ausentes de estas tareas cotidianas, pero sí quedaron relegadas a comprobar periódicamente que todo funcionaba bien.

En cambio, si una mujer de alta sociedad quería alcanzar la condición de una *dama*, debía distinguirse por lo menos en cuatro tareas: buen gusto en la decoración, un frecuente trato con sus iguales, dirigir la educación de sus hijos y destacar en labores benéficas³¹⁰. La primera de ellas la trataré en el capítulo siguiente, al referirme al supuesto común de que las mujeres gozaban de un “depurado gusto” que permitía dotar de personalidad y estilo propio a su residencia. Igualmente, dejaré para más adelante un análisis específico sobre la sociabilidad, aunque conviene ya adelantar que las mujeres de sociedad alcanzaron una posición clave en la delimitación de los encuentros mundanos, como fueron visitas, reuniones de salón o fiestas. Como actividades adicionales, la supervisión de la educación de los hijos y la dedicación a la beneficencia respondieron a la perfección a las supuestas esencias femeninas de las mujeres de clase alta.

³⁰⁸ Ana-María FORONDA: *Nueve meses con los rojos en Madrid*, Ávila, Sigirano Díaz, 1937, p. 98. Sobre las clases medias, véase también Miren LLONA: *Entre señorita y garçonne. Historia oral de las mujeres bilbaínas de clase media (1919-1939)*, Málaga, Universidad de Málaga, 2002.

³⁰⁹ En el capítulo octavo desarrollare un análisis preciso de la contabilidad de las familias Gamazo, Fernán Núñez, Aledo y Oriol.

³¹⁰ Un modelo muy similar al de otros países europeos, Pamela HORN: *Ladies of the manor. Wives and daughters in Country-house society 1830-1918*, Gloucestershire, Alan Sutton, 1991.

La educación en el hogar apenas ha dejado fuentes escritas relevantes, ni siquiera en los archivos privados³¹¹. No obstante, si se leen entre líneas las memorias de los integrantes de las clases altas existe una coincidencia en señalar que la figura paterna estuvo frecuentemente ausente o en segundo plano en su educación, por lo que fueron las mujeres (madres, abuelas o tías) las que llevaron la vigilancia sobre los más jóvenes. Los ejemplos son innumerables y ocupan distintas generaciones. En lo más alto de la jerarquía social, Cayetana Stuart, actual duquesa de Alba, apunta significativamente en sus recientes memorias que el día en que su madre dio a la luz, su padre estaba reunido en casa con diversos invitados y, tras saber que el parto había ocurrido sin mayores incidencias, continuó atendiendo a sus invitados³¹². Posteriormente, a raíz de la temprana muerte de su madre, su educación quedó en manos de su abuela y de su tía. En términos similares se expresó la marquesa de Belvis, al referirse que su padre “nunca jugó conmigo ni supo él tampoco dar expresión a su inmenso cariño como lo espera y necesita un niño para ser atraído”³¹³, una descripción que contrastaba con que dedicara un libro a *Mi madre*³¹⁴.

La coincidencia de estos relatos no es pura casualidad, en tanto que expresa el principio prevaleciente de que los hombres debían inculcar la autoridad y el orden moral a partir de la adolescencia, mientras que las mujeres tenían la delicadeza en el trato y el buen gusto en las artes para dirigir la educación durante la infancia³¹⁵. De forma adicional, la interiorización de los valores familiares y el profundo conocimiento de las pautas de la sociedad aristocrática, hicieron que las madres fueran inculcando las normas del *habitus* aristocrático para con ello asegurar la reproducción social de los grupos dominantes. El retrato de la marquesa de Argüeso (Imagen 6.1) es una clara representación de este modelo, en el que ella, rodeada de sus hijos, apunta a la jerarquía de relaciones entre ellos. El hijo varón de mayor edad (Luis) aparece en una posición de autoridad portando un bastón, mientras que los dos hijos menores (Belén y Hernando)

³¹¹ Cuestión que ya fue señalaba por Eric MENSION-RIGAU: *Aristocrates et grand-bourgeois: éducation, traditions, valeurs*. París, Perrin, 1997; ÍD.: *L'enfance au château: l'éducation familiale des élites françaises au vingtième siècle*, París, Editions Rivages, 1990.

³¹² Cayetana STUART Y SILVA: *Yo, Cayetana*, Madrid, Espasa, 2011, pp. 15-22.

³¹³ Princesa Max de HOHENLOHE LANGENBURG: *Érase una vez. Bocetos de mi juventud*, Madrid, [s.n.], 1954, p. 15.

³¹⁴ Princesa Max de HOHENLOHE: *Mi madre*, Madrid, Blass, 1946.

³¹⁵ Sobre la figura paterna, David ROBERTS: “The paterfamilias of the Victorian governing classes”, en Anthony S. WOHL: *The Victorian family. Structure and stresses*, Londres, Croom Helm, 1978, pp. 59-81.

se situaban en los dos extremos, remarcado así su subordinación y el principio de primogenitura propio de las familias aristocráticas³¹⁶.

Imagen 6.1. Retrato de la marquesa de Argüeso y sus hijos (1909)



Anselmo Miguel Nieto. Colección particular.

Si la educación familiar era una actividad fundamentalmente restringida a la esfera privada, el desarrollo de la beneficencia mostró las posibilidades y límites de la participación de las mujeres en la esfera pública. En origen, las tareas benéficas reunían muchos rasgos similares al cuidado del hogar, dado que podían desarrollarse en la propia casa, dedicando un día de la semana para dar de comer a los pobres o, con más frecuencia, sosteniendo y visitando periódicamente una iglesia o colegio de monjas³¹⁷. Adicionalmente, la dedicación a la beneficencia manifestaba una continuación de un espíritu protector y de tutela, así como la supuesta condición dulce y compasiva de las mujeres de sociedad. La marquesa de Urquijo fue ensalzada cuando “pasaba, cómo un ángel, por las salas [del hospital] derramando palabras de aliento y de consuelo”³¹⁸,

³¹⁶ José Carlos BRASAS EGIDO: “Retrato de la marquesa de Argüeso y sus hijos, 1909”, en Adolfo BLANCO OSBORNE y Javier PÉREZ SEGURA: *El retrato moderno en España...*, pp. 72-73.

³¹⁷ La contabilidad de los duques de Fernán Núñez revela que existía la tradición de preparar cocido para los pobres que acudiesen al palacio. SNAHN, *Fernán Núñez*, caja 1189, documentos 10 y 11. Sobre el sostenimiento de la obra de la Iglesia, véase Constanza DE LA MORA: *Doble esplendor...*, pp. 86-93.

³¹⁸ MONTE-CRISTO: “El artístico hotel de los marqueses de Urquijo”, *Blanco y Negro*, 15 de abril de 1923.

mientras que Eulalia de Borbón enfatizaba de nuevo que “consolidar y aliviar: tal es, y ninguna de mis lectoras podrá contradecirme, la verdadera vocación de la mujer [...] En toda mujer hay una hermana de la caridad”³¹⁹.

Pero precisamente porque la beneficencia se convirtió en el mejor símbolo de las actividades femeninas, también se erigió como un referente para el resto de la sociedad. Reconociendo su importancia para el prestigio de la familia, los hombres sólo dejaron que dicha tarea fuese desempeñada por mujeres con cierta madurez, es decir, por damas “ya entradas en años, casadas y con hijos, o bien después de resignarse a permanecer solteras toda la vida”³²⁰. Igualmente, también se manifestó una preocupación por traspasar los límites de lo privado, como se demuestra en el carácter semipúblico de las iniciativas más importantes para recaudar fondos: fiesta de la flor, rifas benéficas, bailes, etc.³²¹. Ambos procesos, el reforzamiento del prestigio de las familias y la promoción de grandes eventos, demuestran de nuevo las diferencias de estatus que separaban a las familias de clase alta y cómo pudo consolidarse la hegemonía de la aristocracia como el grupo de referencia en Madrid.

Llevando esta lógica hasta sus límites, la dedicación a la beneficencia abría la puerta hacia una tímida participación en la esfera pública, en tanto que el contacto con la pobreza, pero también con la Iglesia, permitían tratar determinados problemas sociales y políticos. Es cierto que en virtud de la separación entre las esferas pública y privada y de la estricta definición de roles de género, el principio dominante debió de ser aquel que sostuvo la marquesa de Belvis, que reconocía que no le “incumbe hablar de política”³²². Pero también existen ciertos indicios de que ellas tuvieron conocimiento de los debates públicos y que en algunos casos pretendieron influir en ellos. Una prueba en ese sentido lo proporciona Almagro San Martín, al apuntar que entre las actividades de las mujeres de sociedad estaba la de acudir a “oír a Romanones” en el Congreso, pues existía una identificación mutua dado que “el conde pertenece a la mejor sociedad”³²³. Otra prueba similar la proporciona el propio Romanones en sus memorias. Según el conde “el fanatismo religioso [era] cosa de buen gusto”, por lo que en una

³¹⁹ Eulalia de BORBÓN: *Para la mujer...*, p. 65.

³²⁰ Constanza DE LA MORA: *Doble esplendor...*, pp. 85-86.

³²¹ Véase como ejemplo la foto de una tómbola benéfica organizada por la duquesa de Medinaceli y la marquesa viuda de Aldama, conservada en el AGA, *Alfonso*, sig. 22745.

³²² Princesa de HOHENLOHE: *Erase una vez...*, p. 118.

³²³ Melchor de ALMAGRO SAN MARTÍN: *La pequeña historia. Cincuenta años de vida española, 1880-1930*, Madrid, Afrodísio Aguado, 1954, p. 20. En ese episodio participaron Emilia Pardo Bazán, la marquesa de la Laguna y su hija, la condesa de Requena.

ocasión, ante la propuesta de Sagasta de establecer una *Ley del candado* para frenar la expansión de órdenes religiosas, “las damas madrileñas [...] comenzaron enérgica campaña para defender la integridad de sus creencias”³²⁴.

En los años veinte, esta tendencia hacia la politización de las mujeres de las clases medias y altas se expresó en la formación de Acción Católica, una organización que cuestionó algunos de los principios clásicos del modelo liberal al defender la participación femenina en el mercado laboral o incluso la posibilidad del voto³²⁵. No obstante, Acción Católica, al igual que Eulalia de Borbón, defendió estos principios acudiendo a las esencias y valores de la caridad, la dulzura y la bondad femenina. Al final de la Restauración, aunque las mujeres de la alta sociedad no constituían un actor político de primer orden, contaban ya con la posibilidad de ejercer una influencia difusa en la opinión pública.

La educación de hijos e hijas

Volviendo al retrato de la marquesa de Argüeso (Imagen 6.1) es imposible no plantearse nuevas preguntas: ¿En qué se diferenció la educación de las familias de la alta sociedad? ¿Cómo se definieron los roles de género entre hijos e hijas? Como punto de partida, a pesar de la importancia que he concedido a la figura materna en la educación, no debe pasarse por alto que en la vida diaria dicha tarea fue desarrollada por institutrices que vivían a tiempo completo con la familia. Este patrón de comportamiento fue criticado por Eulalia de Borbón, aunque todo indica que su punto de vista apenas tuvo un eco entre sus iguales:

*En las clases acomodadas muchas mujeres imaginan terminada su tarea después de haber vigilado [...] los primeros años de la criatura; entonces le sacan de la nursery para ponerle en manos de una aya más o menos políglota, a la cual - digámoslo de paso- parece concedérsele una confianza abusiva. Esto es un error gravísimo*³²⁶.

Las institutrices, en su inmensa mayoría extranjeras, cumplían la doble función de conducir la educación en el hogar, evitando así las influencias negativas del mundo exterior, y de reforzar la adquisición de un conocimiento profundo de la cultura de alguno de los tres países de referencia: Gran Bretaña, Francia o Alemania. Una imagen

³²⁴ Conde de ROMANONES: *Notas de una vida*, Madrid y Barcelona, Marcial Pons, 1999 [1930], p. 279.

³²⁵ Sobre la formación de Acción Católica, Inmaculada BLASCO: “Feminismo católico”, en Guadalupe GÓMEZ-FERRER, Gabriela Cano, Dora BARRANCOS y Asunción LAVRIN (coords.): *Historia de las mujeres...*, pp. 55-75.

³²⁶ Eulalia de BORBÓN: *Para la mujer...*, p. 186.

precisa de esta última vertiente puede rastrearse en la correspondencia que mantuvo una institutriz irlandesa, Eva Mac Donald, con el marqués de Aledo, uno de los principales banqueros de la época, en la que ella le explicaba sus capacidades para educar a sus hijos:

*The subjects I have taught are Latin, History, English grammar composition and English Literature, and also mathematics. As regard to music the violin is the instrument I play, and I should be prepared to give violin lessons if desired. I have a fairly good knowledge of the French language [...] you may be quite sure I shall do my utmost to further your children's English education by all means in my power*³²⁷.

Como enfatizaba la carta de la institutriz al marqués de Aledo, la educación de los hijos de las familias aristocráticas iba más allá de conocer una o varias lenguas internacionales, en tanto que se pretendía alcanzar una plena inmersión en la alta cultura europea. De esta forma, y tal como puede verse en el cuaderno de estudios de Mercedes Figueroa, hija del conde de Yebes, los pupilos desarrollaron un estudio sobre la geografía, la historia y las instituciones políticas de Francia y Gran Bretaña con la misma profundidad con la que podía hacerse a esas edades con respecto a España³²⁸.

Este enfoque hacia una educación cosmopolita no puede desligarse de la otra función principal de una institutriz, que radicaba en una constante vigilancia de los hijos e hijas de forma que se inculcaran los buenos modales y se les protegiera frente a los peligros del mundo exterior. Piedad de Yturbe lo expresó en términos clarividentes: “A mí no me dejaban jugar ni al golf sin que la inevitable aya estuviera presente: no servía desde luego para llevar el saco de los palos, pero allí estaba”³²⁹. Sin embargo, la vigilancia hacia los chicos no fue igual de estricta, pues parece que desde la adolescencia los varones pudieron contar con una mayor independencia que las chicas. Así mientras que Agustín de Figueroa, hijo de Romanones, restringía a su infancia la época en que “nunca había salido sólo a la calle”³³⁰, Piedad Yturbe ampliaba sustancialmente el periodo en que había estado vigilada, pues “hasta que pasé los veinticinco años, no me permitió mi madre salir sola ni en el coche de casa”³³¹.

³²⁷ Carta de Eva Mac Donald al marqués de Aledo, s.f. [1930], SHAHN, *Aledo*, C. 698. El subrayado en el original.

³²⁸ *Cahier d'Etude*. CDMH, *PS-Particular*, C. 614

³²⁹ Princesa Max de HOHENLOHE: *Érase una vez...*, p. 35.

³³⁰ Marqués de SANTO FLORO: *Dentro y fuera de...*, p. 41.

³³¹ Princesa Max de HOHENLOHE: *Érase una vez...*, p. 46.

Los años de adolescencia no suponían una ruptura con la etapa anterior, sino que el foco de atención se dirigía a adquirir los contactos sociales y el gusto propio de los círculos selectos. En esta etapa las diferencias en función del género no respondían tanto al tipo de actividad, sino a cómo y con quién podían desarrollarse la educación y el ocio. Del lado masculino, un retrato fidedigno se encuentra en las memorias de Luis Escobar –hijo del marqués de Valdeiglesias– que recordaba una adolescencia desarrollada con total independencia:

Mi vida diaria era tan deliciosa que casi me da vergüenza contarla. Desayunaba en la cama, a una hora no demasiado temprana y después del baño se suponía que estudiaba un poco. [...]. Después, la gimnasia con Bartrina y aún me quedaba tiempo para bajar a la Castellana y pasear con mis amigos y amigas, arriba y abajo, o dando vueltas en coches. Después de almorzar en familia, en el Citroën al golf con mis dos hermanas [...]. Después de la partida de golf, vuelta a casa a merendar. A estas meriendas venían algunos amigos casi fijos y nos íbamos al cine, generalmente pandilla de chicos solos, pero en el cine nos solíamos encontrar con «las niñas». Vuelta a casa a jugar una partidita de dominó y a esperar la hora de la cena que solía ser, ya solos en familia, a eso de las diez y media³³².

En cambio, Constanca de la Mora, hija del director de una empresa eléctrica, recreaba un patrón de vida que, aun siendo más o menos similar, estuvo siempre acompañada “a todas partes por su madre”³³³:

No tenía nada en qué pensar y de ninguna manera podía sentirme satisfecha con la vida que mis padres me habían trazado: salir de compras por las mañanas, de paseo en coche por las tardes, luego a tomar el té y al cine o al teatro y algunas noches a la ópera, donde teníamos abonado un palco durante la temporada, a medias con una familia amiga. Los momentos de ocio, según mi madre, debía emplearlos haciendo algo de costura y a veces con alguna “buena lectura”³³⁴.

El camino hacia la vida adulta

Si hasta el final de la adolescencia no existieron diferencias radicales en torno al tipo de vida que desarrollaban hijos e hijas, el tránsito a la vida adulta sí representó el punto a partir del cual se emprendían caminos por separado para ambos sexos. En el caso de los hombres, no hay duda de que para alcanzar la plena madurez era necesario cursar una carrera universitaria o comenzar una actividad profesional. Sin embargo, no todos los jóvenes pertenecientes a la clase alta optaron por un mismo camino, sino que *grosso modo* siguieron las opciones acordes con el estatus de su familia. Realizando un

³³² Luis ESCOBAR: *En cuerpo y alma. Memorias*, Madrid, Temas de Hoy, 2000, p. 47.

³³³ Constanca DE LA MORA: *Doble esplendor...*, p. 66.

³³⁴ *Ibid.*, p. 85.

análisis ocupacional en términos similares al que presenté en el capítulo quinto, se comprueba que las diferencias entre familias nobles y no nobles se transmitían eficazmente a las nuevas generaciones (tabla 6.1). Como señale entonces, las profesiones u ocupaciones declaradas en el padrón pueden llevar a engaño, por lo que es necesario diferenciar entre aquellas denominaciones que indicaban un determinado nivel de formación académica con respecto a aquellas otras que referían a un trabajo a tiempo completo. En el primer ámbito pueden situarse aquellos jóvenes que se declaraban como “estudiantes”, pero también los “abogados” e “ingenieros”, en tanto que estos dos últimos términos indicaban principalmente la posesión de las titulaciones con mayor prestigio (Derecho o Ingeniería).

Tabla 6.1. Definición socioprofesional de los hijos varones adultos de los grandes contribuyentes. Madrid, 1930

Profesión	Familias nobles	Familias no nobles
Estudiante universitario	18%	28%
Propietario	18%	4%
Abogado	26%	17%
Militar	21%	5%
Diplomático	5%	7%
Ingeniero	8%	5%
Empleado	0%	12%
Médico	0%	11%
Comerciante	0%	7%
Otros	5%	5%
Total muestra	39	76

Fuente: AVM, *Estadística*, Padrón de 1930. Elaboración propia

A la hora de elegir una dedicación a tiempo completo las diferencias entre los hijos de familias nobles y no nobles fueron muy acusadas. Entre los jóvenes aristócratas se repitió un patrón idéntico al de sus padres, que primaba la gestión y disfrute de su patrimonio personal (*propietario*), o la dedicación a las dos únicas profesiones consideradas respetables: la diplomacia y el Ejército. En las familias no pertenecientes a los círculos aristocráticos fue mucho más frecuente que los hijos fueran integrados en la principal actividad que ejercía el padre (finanzas, comercio o industria), bien incorporando al hijo como un empleado en la sociedad familiar, o favoreciendo que por un tiempo trabajara en otra empresa para que adquiriera una mayor experiencia.

Habiendo emprendido este camino, la tutela familiar no solía durar excesivamente. A una edad comprendida entre los veinticinco y los treinta años, los hijos varones solían casarse y abandonaban su hogar familiar. En ese momento, su familia solía realizar una minoritaria, aunque significativa, donación de patrimonio para que adquirieran los medios propios con los que poder sostener el nivel de vida propio de su estatus, y así cumplir con su nuevo rol como cabeza de familia. Los Urquijo proporcionan un caso paradigmático de cómo se producía este proceso de emancipación:

Por costumbre familiar en toda la casa Urquijo, que data desde los abuelos, se coloca al nacer cada niño un patrimonio de 125.000 pesetas, que incrementado con sus intereses, ha de servirle como base de colocación económica cuando llegue el momento de independizarse en la vida³³⁵.

En el caso de las mujeres de clase alta, el paso a la vida adulta excluyó por principio la dedicación a una actividad laboral remunerada o emprender una carrera universitaria. Las jóvenes quedaron relegadas a aprender las normas y principios para dirigir el gobierno del hogar y a profundizar su inmersión en los círculos selectos, acompañando a su madre, tía o abuela en tertulias o bailes de salón. Esta presentación en sociedad cumplía el doble propósito de continuar la adquisición de los valores y normas del *habitus* aristocrático, pero también permitía fijar un nuevo objetivo: el matrimonio. Para ello, se siguió el principio de anunciar de forma más o menos explícita la disponibilidad para casarse por parte de las jóvenes de buena familia, haciendo uso de reuniones informales con amigos y familiares, o directamente a través de la prensa de sociedad.

Uno de los mejores ejemplos de este último procedimiento puede seguirse a través de la revista *Blanco y Negro*, que dedicó desde 1923 hasta mediados de la década de 1930 una página de su sección de sociedad a la presentación o alabanza de una mujer. Las cerca de cuatrocientas mujeres que formaron parte de esta sección no recibieron un nombre específico, si bien en algunos años aparecieron bajo el epíteto de “bellezas aristocráticas”. Su puesta en escena se hizo a partir de un modelo que apenas varió: una gran foto de la interesada que cubría casi toda la página, acompañada de unas pocas líneas que servían como prólogo (Imágenes 6.2 y 6.3). Aunque en ocasiones la retratada podía ser una dama de sociedad, generalmente respondió al patrón de una

³³⁵ *Jurisprudencia civil. Colección completa de las resoluciones dictadas por el Tribunal Supremo en los recursos de casación civil y revisión y en materia de competencias*, vol. VII, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1945, p. 201.

muchacha de en torno a veinte años de edad que era por primera vez retratada en una publicación de este tipo. Para las jóvenes, su pase por las páginas de *Blanco y Negro* certificaba su presentación en sociedad, pues en adelante no sólo podrían acudir a todos los eventos de adultos, sino que también podrían ser cortejadas por otros jóvenes de su condición.

Imagen 6.2. Retrato de Rosario de Garnica y Mansi

Gran Mundo
Crónica de la semana. Los varicos de Sociedad



En este retrato todo es adolescencia: desde la modelo, Rosario de Garnica y Mansi, hija del ex ministro D. Pablo, hasta el artista que ejecutó la obra, Pilar Sotomayor, hija del director del Museo del Prado. Por eso tiene esa gracia de espontaneidad de sus cosas juveniles. Y lo espontáneo, en cuanto a arte, viene a ser lo que la servirá para el corazón.

(FOTO MORRIS)

G. DE E.

Fuente: *Blanco y Negro*, 18 de julio de 1926

Imagen 6.3. Fotografía de M^a Luisa Gómez-Lacacette



Existe en Madrid una colanta asturiana muy distinguida. De ella forma parte la bella señorita María Luisa Gómez-Lacacette, muy estimada por su simpatía y su bondad, tanto en la sociedad madrileña como en la de Oviedo y Llénes, donde posee su familia hermosas fincas y donde ella pasa los veranos.

(Foto Zuckell)

Belleza aristocrática.

Fuente: *Blanco y Negro*, 8 de enero de 1933

La forma en la que se describía a estas jóvenes de la alta sociedad respondía a los valores canónicos del grupo: belleza, juventud, dulzura e inteligencia. El procedimiento de presentación indicaba también que su posición no había sido conquistada de forma independiente, en tanto que implícita o explícitamente, existía una referencia a la familia que les respaldaba. En todos las reseñas, las jóvenes fueron relacionadas con una persona de autoridad de su ámbito familiar, generalmente su padre, tío o abuelo, sobre el que se hacía notar su posición elevada tanto en forma de un título nobiliario, poder en las finanzas o prestigio político. La relación entre los valores propios de la mujer (belleza, dulzura, bondad, etc.) y el honor de la familia no eran sino dos caras de una misma moneda:

*Conocida es la elocuencia de D. Melquiades Álvarez, presidente que fue del Congreso. Menos conocida es, seguramente, su hija Dinorah, muchacha tan bella como inteligente y simpática. Sus grandes ojos, llenos de expresión, y la espiritual sonrisa que anima sus labios, valen por el más elocuente discurso de su padre*³³⁶.

Dentro de este código de representación, resultó ciertamente excepcional que fuese una mujer quien respaldara la posición de la joven. Más bien lo contrario, el apellido de la madre no solía aparecer o incluso era obviado. Así, la hija de los condes de la Mortera era presentada como “Carmen Maura y Mortera”, una descripción que se hizo a costa del apellido materno (Herrera) y a favor del título nobiliario de ella (Mortera)³³⁷. Cuando se referían implícitamente a las damas de sociedad, su estatus recaía no tanto en su prestigio y fortuna, sino sobre las mismas esencias femeninas:

*Si su sincera modestia lo consintiera, la duquesa de Fernán Núñez sería la directora de la sociedad madrileña [...] Por su nacimiento –es una Álvarez de Toledo–, por sus títulos nobiliarios, por su riqueza –vive en el espléndido palacio de Cervellón– y por su posición social, es símbolo de la gran dama castellana. Pero es aún mucho más que todo eso: es mujer de hogar, esposa admirable, madre modelo, alma ungida para todas las gracias de la fe cristiana*³³⁸.

Precisamente eran estos últimos valores los que iban a prevalecer en el horizonte de las jóvenes de la alta sociedad para afrontar el matrimonio. Esta primera presentación en las revistas de sociedad, unida a la participación más o menos asidua en la sociabilidad mundana, les permitiría encontrar a un joven cuya posición social mereciera la aprobación de la familia. Tras un periodo de noviazgo no excesivamente largo, ellas solían casarse casi siempre a una edad inferior que sus maridos. El paso a la vida conyugal representaba el punto de inflexión más importante en la vida de las mujeres de sociedad, tal como apuntan en sus memorias Constanca de la Mora y la condesa de Campo Alange³³⁹. Para la primera el matrimonio era la meta de la mujer española, es decir, con ello terminaba una época, y empezaba otra de tutela y ausencia de libertad³⁴⁰. Campo Alange coincidía en el mismo análisis: “Al consumir mi

³³⁶ Blanco y Negro, 24 de octubre de 1926.

³³⁷ Blanco y Negro, 5 de agosto de 1923.

³³⁸ Blanco y Negro, 6 de junio de 1926.

³³⁹ Dos mujeres que mantuvieron trayectorias radicalmente distintas. La condesa de Campo Alange se mantuvo fiel a los principios monárquicos de la alta sociedad, mientras que Constanca de la Mora defendió activamente la República y tuvo que exiliarse al finalizar la Guerra Civil.

³⁴⁰ Constanca DE LA MORA: *Doble esplendor...*, p. 63.

matrimonio, al dejar la que había sido mi casa, arranqué de cuajo una etapa de mi vida”³⁴¹.

³⁴¹ María CAMPO ALANGE: *Mi atardecer entre...*, p. 35.

7. Los espacios residenciales

La historia urbana parte de señalar que las ciudades no son un lugar neutral o simple contenedor de procesos económicos, sociales y culturales más amplios, sino un espacio que determina la interacción de los actores sociales³⁴². El caso de las clases altas constituye un ejemplo paradigmático en este sentido, en tanto que el mundo urbano fue un ámbito clave en la delimitación de las fronteras sociales del grupo³⁴³. En este capítulo busco estudiar la posición que ocupó la clase dominante en determinados barrios, pero especialmente su papel como creadora de un marco que permitía establecer diferencias con respecto a las clases populares, pero también entre los viejos y nuevos grupos de poder. El estudio del hábitat de las clases altas permite sobrepasar el análisis de su presencia en la esfera pública y explora la configuración de su *habitus*³⁴⁴. En último término, conocer los espacios residenciales va más allá de cuestiones urbanísticas o arquitectónicas, en tanto que posibilita ahondar en la definición de los criterios de distinción y en los medios que respaldaron el dominio de la aristocracia dentro del espacio social de Madrid.

El inicio de este capítulo está dedicado a identificar las residencias de la clase alta en Madrid durante el primer tercio del siglo XX. Posteriormente analizo los elementos que diferenciaban a las viviendas de las clases altas, atendiendo a múltiples aspectos como su estilo arquitectónico, decoración interior, distribución de los espacios y códigos culturales implícitos. Finalmente, la última parte está dedicada a explorar las transformaciones de este universo residencial durante la posguerra, relacionándolo con el proceso de reconfiguración de los grupos dominantes durante el primer franquismo.

Las clases altas en el Madrid liberal

Como punto de partida para establecer una radiografía de las residencias de las clases altas de Madrid, he tomado como referencia el domicilio de las personas (550 individuos) que en 1933 presentaron declaración sobre su renta³⁴⁵. La primera impresión que puede obtenerse (Imagen 7.1) es que en el Madrid de finales de la Restauración

³⁴² Véase en ese sentido los artículos dedicados a la historia urbana reunidos en *Ayer*, 23 (1996).

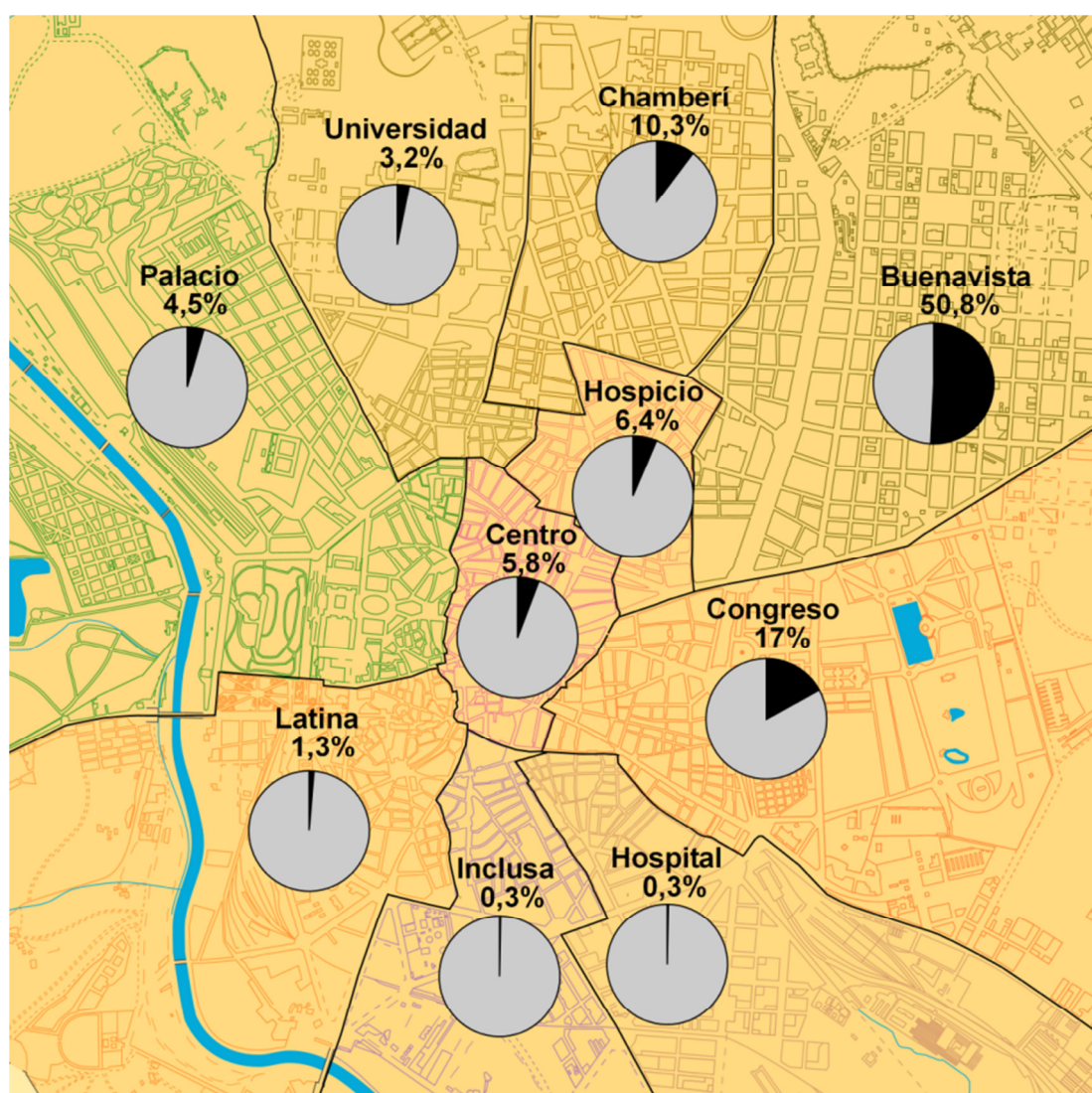
³⁴³ Una referencia imprescindible, Anaclet PONS y Justo SERNA: *La ciudad extensa...*

³⁴⁴ Pierre BOURDIEU: *La distinción...*

³⁴⁵ La muestra es la misma que he utilizado para el análisis ocupacional del capítulo quinto. Debe señalarse que sólo he tomado aquellos casos que he podido comprobar en el padrón municipal de 1930, pues considero que el registro de los anuarios de sociedad no es plenamente fiable.

existía un patrón inequívoco de concentración espacial de los grupos dominantes³⁴⁶. Los barrios de Buenavista, Chamberí y Congreso, que eran un producto del ensanche del siglo XIX, albergaban en 1930 al 80 por cien de las familias más ricas. El resto se distribuía en las zonas céntricas del viejo Madrid (Hospicio, Centro y Palacio), mientras que eran casos muy excepcionales los de aquellas personas que vivían en los barrios populares del sur (Latina, Inclusa y Hospital). Al lector que conozca el Madrid actual posiblemente esta división no le sorprenda excesivamente. Sin embargo, la diferenciación social del espacio urbano estuvo lejos de ser un hecho natural para los contemporáneos, dado que hasta época relativamente reciente no habían existido barrios con un estricto perfil de clase.

Imagen 7.1. Distribución por distritos de la residencia de los grandes contribuyentes. Madrid, 1930.



Fuentes: *Gaceta de Madrid*; AVM, *Estadística*, Padrón de 1930

³⁴⁶ Estoy en deuda con Virgilio Pinto por su amabilidad al proporcionarme la base cartográfica con la que elaborar este mapa.

La creación de un Madrid moderno, en el que cada grupo tenía un lugar específico, fue una construcción social propia del liberalismo³⁴⁷. La difusión de esta idea conllevó no sólo restringir a las clases populares a determinados barrios, sino también que entre las clases altas se generalizara el principio de que era preferible vivir en una zona segregada. En su origen más remoto la diferenciación social de los espacios de la ciudad se remonta a 1860, momento en que fue aprobado el plan Castro. El crecimiento demográfico, el desarrollo de nuevas actividades económicas y la construcción del Estado liberal impusieron la necesidad de que Madrid saliera del marco espacial en el que tradicionalmente se había desenvuelto, expandiéndose hacia los terrenos aledaños. La modernización de la ciudad fue más allá de la simple búsqueda de nuevas zonas para edificar, en tanto que también implicó una reorganización del espacio urbano en el contexto del nacimiento de la sociedad de clases³⁴⁸. Madrid, como centro cortesano, había albergado tradicionalmente a una parte sustancial de la nobleza, además de otros grupos de poder como comerciantes y banqueros³⁴⁹. Sus residencias tradicionalmente se habían ubicado en el entorno cercano al Palacio Real, en palacios o caserones, que si bien tenían un estilo y dimensiones claramente diferenciados de las viviendas populares de su entorno, no configuraron un medio social exclusivo.

El plan Castro comenzó precisamente a generalizar la idea de que, tanto las élites tradicionales como los nuevos grupos del poder, fueran desplazándose a los barrios del ensanche. En el plan original, la zona que debía servir como residencia de las clases altas era el eje del paseo del Prado, Recoletos y la Castellana, junto con los barrios que se constituirían en las zonas anejas. La voluntad de crear un espacio socialmente diferenciado implicó también conferir una fisonomía especial a esta nueva zona. Para ello, se buscó importar el sistema de “Villas”, entendido como “un barrio de edificios aislados entre sí, rodeados de parques y jardines”, que permitiría a Madrid imitar los usos culturales de “Londres, [...] otras ciudades de Inglaterra, en Francia y en muchos otros puntos de Europa”³⁵⁰. Asimismo, la construcción del ensanche debía proporcionar una mayor homogeneidad a las élites, en tanto que dispondrían de un espacio exclusivo para su uso social:

³⁴⁷ Clementina DíEZ DE BALDEÓN: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986, pp. 13-45.

³⁴⁸ En ese sentido, me inspiró en David HARVEY: *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2008.

³⁴⁹ Jesús CRUZ: *Los notables de Madrid...*

³⁵⁰ Carlos María de CASTRO: *Memoria descriptiva del ante-proyecto de Ensanche de Madrid*, Madrid, Imprenta de D. José C. de la Peña, 1860. p. 105

*Este barrio que pudiera llamarse aristocrático [...] sería indudablemente bello por su aspecto y llenaría el vacío que hoy se nota en Madrid de habitaciones para nuestra grandeza y altos funcionarios, en las que, sin separarse a grandes distancias de los puntos adonde les llaman sus deberes oficiales y su alta posición, pudieran disfrutar en sus ratos de descanso de la quietud y del solaz de que hoy se ven privado por falta de esta clase de edificios*³⁵¹.

El ambicioso plan de ingeniería social que implicaba la construcción del ensanche no pudo triunfar inmediatamente. A las causas tradicionalmente aducidas, como son los problemas de gestión del ayuntamiento o el elevado precio de los solares, se añadió el hecho de que el nuevo plan rompía con el modelo de residencias de los grupos dominantes que tradicionalmente habían vivido en Madrid³⁵². De una parte, la nobleza estaba culturalmente anclada en el viejo Madrid, debido tanto a su afán por mantenerse cerca del Palacio Real, como por su tradicional contacto con las clases populares a través de una relación paternalista. En este escenario, ante la tentación de trasladarse al ensanche, el cronista de sociedad Almagro de San Martín apuntaba la preferencia de estos linajes por el viejo Madrid:

*Se han mejorado los paseos de Atocha, Recoletos y la Fuente de la Castellana. Algunos ricos y potentados empiezan a levantar sus viviendas de este lado de Madrid, pero los duques de la Roca, aunque muy complacidos del aspecto moderno, prefiriendo sus barrios clásicos, eligen para residir definitivamente, su palacio solariego cerca de la parroquia de San Andrés y no lejos de la iglesia de San Isidro, quiere decirse aledaño de la calle de Toledo*³⁵³.

En cambio, para los grandes financieros y comerciantes instalados en el centro, el atractivo de esta zona se relacionaba con su vitalidad para desarrollar los negocios. Conviene no olvidar que un rasgo básico del comercio y de las finanzas en aquellos años era que no existía una estricta diferencia entre el ámbito de los negocios y el doméstico, por lo que era común que las casas de banca de los Urquijo, Baüer, Muguiro o Sáinz, unieran en un mismo inmueble la residencia familiar y el local destinado a tratar con los socios y clientes³⁵⁴. En consecuencia, pasar a vivir inmediatamente al ensanche no fue una opción atractiva para la mayoría de los grandes comerciantes y

³⁵¹ *Ibid.*, p. 106

³⁵² Para un análisis del ensanche, véase Borja CARBALLO, Rubén PALLOL y Fernando VICENTE: *El Ensanche de Madrid*....

³⁵³ Melchor de ALMAGRO SAN MARTÍN: *La pequeña historia*..., p. 96. Una prueba adicional del predominio de la nobleza en los viejos barrios en el mapa dedicado a las residencias nobiliarias de Virgilio PINTO: *Madrid. Atlas histórico de la ciudad*, Madrid, Fundación Caja Madrid, 2001, pp. 420-421.

³⁵⁴ Sobre los locales destinados a negocios comerciales, Jesús CRUZ: *Los notables de...*, p. 39; ÍD: *The rise of the middle-class culture*..., p. 80; José NIETO: *Artesanos y mercaderes. Una historia social y económica de Madrid*, Madrid, Fundamentales, 2006, p. 313.

banqueros instalados en Madrid, para quienes su reputación y vínculos continuaron estando en el centro de la capital.

Resulta por tanto problemático considerar que desde un principio los nuevos barrios contaran como vecinos a “un puñado de aristócratas, grandes propietarios, financieros y algún que otro burgués enriquecido”³⁵⁵, si con ello quiere decirse que agrupaban a una muestra representativa de las clases altas. Al contrario, una mirada más atenta a los inquilinos muestra un universo más restringido. formado en su mayoría por individuos que eran advenedizos en la sociedad madrileña. Tomando los palacios y hoteles más representativos del eje de Recoletos y la Castellana durante la primera etapa de expansión (1850-1880), puede constatar que fueron promovidos por figuras como el marqués de Salamanca, Ramón Calderón, el marqués de Villamejor, Juan Anglada o Miguel Saénz de Indo, todos ellos financieros o comerciantes que consolidaron sus negocios durante el apogeo del régimen isabelino y cuya fortuna había sido en buena medida confeccionada fuera de los círculos de la capital³⁵⁶.

El cambio de tendencia entre el viejo y el nuevo Madrid tuvo que esperar hasta que se produjo una transformación cualitativa entre el cambio de siglo y el estallido de la Gran Guerra. Tomando como referencia la construcción de hoteles durante estos años, puede comprobarse que se construyeron cerca de una veintena de palacios en la zona al este de la Castellana, mientras que en la zona oeste, en el entorno de las calles Serrano, Velázquez y la plaza del marqués de Salamanca, hubo doce nuevas construcciones palaciegas³⁵⁷. Un movimiento a menor escala se produjo en la zona oeste del ensanche (Palacio y Universidad), a través de la construcción de diversos hoteles y palacios en las calles Princesa, Ferraz y Mendizábal³⁵⁸. Igualmente, fue también durante esta época cuando la trama urbana de los nuevos barrios comenzó a completarse, por medio de la construcción de inmuebles de pisos, configurando así un espacio dedicado exclusivamente a la residencia de las clases altas³⁵⁹.

³⁵⁵ Borja CARBALLO, Rubén PALLOL y Fernando VICENTE: *El Ensanche...*, p. 151. Una opinión similar sobre el eje Recoletos-Castellana en *Ibid.*: p. 184.

³⁵⁶ Las referencias a los promotores de los primeros palacios en Ignacio GONZÁLEZ-VARAS: *Los palacios de la Castellana. Historia, arquitectura y sociedad*, Madrid, Turner, 2010.

³⁵⁷ José Ramón ALONSO PEREIRA: *Madrid 1898-1931, de corte a metrópoli*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1985, pp. 50-60

³⁵⁸ Por ejemplo, el hotel que construyeron los marqueses de Villavieja en la calle Mendizábal. SNAHN, *Villavieja*, carpeta 383, documento 4.

³⁵⁹ Rafael MAS HERNANDEZ: *El barrio de Salamanca...*

Desde un punto de visto social, sí puede decirse que el movimiento reflejó al núcleo de las familias que componían los grupos dominantes de Madrid, para las cuales vivir en los nuevos barrios se convirtió en una moda, cuando no en una obligación derivada de su posición social. Entre la aristocracia terrateniente fueron numerosas las familias que cambiaron su residencia en el viejo Madrid por palacetes en el ensanche. Entre los casos más destacados cabe citar al duque de Medinaceli, que en 1910 abandonó su palacio en Carrera de San Jerónimo para mudarse a la plaza de Colón, al duque de Tamames, que construyó en 1914 un palacete en Fernández de la Hoz, y a la condesa de Adanero, que cambió en 1911 su viejo caserón en la calle Magdalena por un palacio de nueva construcción en la calle Santa Engracia³⁶⁰. La importancia de este proceso fue recordada años después en una crónica de *Monte-Cristo* que daba cuenta del proceso protagonizado por los duques de Montellano y otras familias aristocráticas:

Los duques, instalados por aquel entonces, provisionalmente, en el antiguo palacete de las Vistillas, [...] Más el palacete con todas sus riquezas salieron a pública subasta; los cuadros de grandes autores exhibiéronse en los salones del Palacio de Exposiciones [...] Fue entonces cuando los duques de Montellano decidieron la compra del hotel de Indo; el Madrid aristocrático se expandía por aquella barriada, y los grandes señores iban desalojando sus viejos caserones para construir las nuevas residencias [...] Así los marqueses de la Puente de Sotomayor abrían por aquel entonces los salones de La Huerta, [...] el marqués de Campo daba fiestas suntuosas en el palacio que después perteneció a la marquesa de Manzanedo; el conde de San Bernardo recibían a su círculo íntimo [...] en el magnífico hotel que fue legación de Méjico³⁶¹.

El cambio de siglo fue también una época de prosperidad y ampliación de los horizontes sociales para los banqueros. La progresiva aparición de bancos modernos constituidos como sociedades anónimas permitió establecer una mayor separación entre el ámbito familiar y los negocios. A medio plazo, este proceso trajo como consecuencia un progresivo alejamiento de las residencias de los financieros con respecto a la calle Alcalá, un ámbito que quedó copado por las sedes de bancos y grandes empresas. Los marqueses de Urquijo cambiaron su piso, situado en la planta superior del inmueble que poseían en la calle Alcalá, por un palacete en la Castellana en un momento cercano al estallido de la I Guerra Mundial³⁶². Un movimiento similar lo realizó en 1913 su cuñado

³⁶⁰ Un análisis específico en Pedro NAVASCUÉS: “El antiguo palacio de Adanero”, en Sagrario AZNAR: *La recuperación del Hospital de San Carlos del Instituto Nacional de Administración*, Madrid, INAP, 1991, pp. 189-205.

³⁶¹ MONTE-CRISTO: “El Palacio de los Duques de Montellano”, *Blanco y Negro*, 5 de julio de 1925.

³⁶² La compra del hotel en Expediente personal del Senador, D. Estanislao Urquijo y Ussía. AS, expediente personal, His-0484-02.

Francisco de Cubas y Erice, marqués de Fontalba, al construir uno de los palacios más destacados de la Castellana, mientras que en 1917 fue el conde de Limpias, consejero del Banco de España, quién edificó una casa palacio en Velázquez esquina con Maldonado³⁶³. El movimiento de estos financieros fue igualmente acompañado por propietarios y rentistas destacados, como José Lázaro Galdiano, que erigió un hotel en la parte alta de la calle Serrano o el marqués de Amboage en la calle Lagasca.

Por último, aunque haya merecido una menor atención por parte de los investigadores, la ampliación del ensanche y la construcción de hoteles continuaron también durante la década posterior al final de la I Guerra Mundial. De una parte, dado que la primera fase del ensanche había quedado prácticamente agotada, las autoridades municipales proyectaron una nueva ampliación de la parte norte de la Castellana (Imagen 7.2), donde se pensaba construir una zona ajardinada con edificios de baja altura que permitiera crear “una de las más suntuosas y hermosas avenidas de las metrópolis mundiales”³⁶⁴.

Imagen 7.2. Proyecto de prolongación del paseo de la Castellana (1917)



Fuente: Pedro NÚÑEZ GRANES: *Proyecto para la prolongación...*

³⁶³ Un análisis de sus residencias en *La construcción moderna*, 15 de marzo y 15 de mayo de 1915, respectivamente.

³⁶⁴ Pedro NÚÑEZ GRANES: *Proyecto para la prolongación del paseo de la Castellana*, Madrid, Imprenta Municipal, 1917, p. 9

Siguiendo la lógica de las décadas precedentes, se reservaba asimismo la zona entre la Castellana, Velázquez y María de Molina, como un espacio exclusivo para la residencia de las clases altas:

*La creación de un barrio urbano dentro de un terreno destinado en su mayor extensión a parque, aunque éste no sea del dominio público, sino un conjunto de parques particulares o privados, cuyos beneficios alcanzan al público vecindado o transeúnte en el barrio mencionado [...] este barrio, que [...] nunca ha de ser un barrio comercial ni industrial, sino más bien de lujo y de recreo*³⁶⁵.

Si bien estas ideas no fueron más que proyectos, las familias de las clases altas dieron muestra durante estos años de su afán por conservar el estilo residencial de las décadas precedentes. La construcción de nuevos hoteles no podía hacerse en Recoletos y la Castellana, un eje que prácticamente ya estaba colmado, sino en sus aledaños. Entre los miembros de la aristocracia terrateniente, el conde de la Puebla del Maestre construyó un palacete junto al Retiro, en la calle Alfonso XII, mientras que los condes de Torres Arias encargaron a uno de los hijos de Romanones el diseño y construcción de una casa palacio en Martínez Campos³⁶⁶. Los grupos de poder ligados al ámbito financiero siguieron una pauta similar. Tres hombres clave en el Banco Urquijo, como fueron Valentín Ruiz Senén y los hermanos Luis y Juan Manuel Urquijo, se construyeron sendos hoteles en las calles Almagro, Miguel Ángel y María de Molina³⁶⁷. Otros banqueros hicieron lo mismo al poco tiempo. Los hermanos Ussía y Cubas – marqués de Aldama y conde de los Gaitanes, respectivamente– pasaron a vivir en sendos palacetes en Almagro y Lista, mientras que Ignacio Herrero de Collantes, marqués de Aledo, compró y remodeló en 1930 un hotel también en la calle Lista³⁶⁸.

La suma de estas tres sucesivas oleadas desde el viejo al nuevo Madrid –la primera ampliación del plan Castro, la consolidación durante el cambio de siglo y su continuación tras la I Guerra Mundial– configuraron el escenario que describía al inicio de este apartado. En 1930 ya no había duda de que las zonas más selectas de la capital giraban en torno al eje del paseo del Prado, Recoletos y Castellana. El carácter peculiar

³⁶⁵ AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Proyecto de Urbanización de la zona de Ensanche de esta Villa y Corte, limitado por las calles de María de Molina, paseo de Ronda, paseo de circunvalación del Hipódromo (lado derecho), y paseo de la Castellana*, Madrid, Imprenta Municipal, 1917, pp. 7-8

³⁶⁶ “Palacio construido por la Compañía Madrileña de Urbanización”, *Ciudad Lineal*, 10 de mayo de 1923.

³⁶⁷ MONTE-CRISTO: “El hotel de los señores de Urquijo (D. Juan Manuel)”, *Blanco y Negro*, 1 de julio de 1923.

³⁶⁸ Los detalles de la compra y decoración del inmueble del hotel de Aledo en SNAHN, *Aledo*, C. 1119. MONTE-CRISTO: “La casa-palacio de los marqueses de Aldama”, *Blanco y Negro*, 27 de enero de 1924.

de estos barrios radicaba en que gozaban de un entorno residencial único, alejado del bullicio de las zonas comerciales del centro y del hervor popular de las zonas del sur, permitiendo así la interacción entre grupos de poder con un capital (terratenientes, financieros, rentistas) y estatus (aristócratas o no) muy distintos.

No obstante, sería excesivo considerar que la preferencia por determinados barrios configuraba una cultura residencial compartida por todas las familias de las clases altas de Madrid. Por una parte, el peso hegemónico de los barrios del ensanche no debe ocultar que todavía hubiera en 1930 familias que preferían vivir en el antiguo Madrid. Entre ellas estaban algunos viejos linajes de la nobleza, como la duquesa de San Carlos en su palacio de la calle San Bernardino o los duques de Fernán Núñez en Santa Isabel. Los recuerdos de la princesa Max de Hohenlohe, Piedad de Yturbe, señalaban en términos positivos el contacto con las clases populares en el viejo Madrid:

*La portera sonríe, el carbonero participa del palique, el barrendero saluda jovialmente a la “Señorita Piedita”. Hasta después de la guerra de 1914 he tenido la sensación de que siempre habría alguien por la calle que la conociera a una*³⁶⁹.

Asimismo, el distrito Centro siguió reuniendo a un nutrido grupo de industriales, comerciantes y pequeño banqueros de Madrid que vivían en residencias próximas al ámbito donde desarrollaban sus negocios. Ambos grupos, la vieja nobleza y los comerciantes, reflejaban en sus opciones una resistencia al patrón uniforme de la modernidad. Por otro lado, la elección por uno y otro barrio no era más que el principio de la compleja configuración de los espacios residenciales de las élites. En este campo, ocupaba un papel igual de relevante el tipo de vivienda, su decoración y los usos que se daban a este espacio íntimo. Los siguientes dos apartados buscarán precisamente analizar esta cuestión con el objetivo de completar la descripción de la cultura residencial de las clases altas de Madrid.

El universo social de las residencias de clase alta

Durante el primer tercio del siglo las familias de clase alta de la capital pudieron optar por dos tipos de viviendas, hoteles y palacios por una parte, y cuartos o apartamentos por otra³⁷⁰. Dado que Madrid era una ciudad densamente poblada, resulta

³⁶⁹ Princesa Max de HOHENLOHE LANGENBURG: *Érase una vez...*, p. 55.

³⁷⁰ La denominación más habitual en la época era la de cuarto, pues el término apartamento, de origen francés, sólo fue recogido en el DRAE a partir de edición de 1927. Sin embargo, en este trabajo he preferido emplear este segundo término para facilitar la lectura y evitar cualquier equívoco.

normal que, aún dentro de los grupos dominantes, hubiera más familias que vivieran en apartamentos que en hoteles (tabla 7.1).

Tabla 7.1. Vivienda de los grandes contribuyentes. Madrid, 1930

Tipo de vivienda	Numero de casos	Porcentaje sobre el total
Hoteles y palacios	97	31%
Apartamentos	214	69%

Fuente: AVM, *Estadística*, padrón 1930. Elaboración propia

Hoteles y palacios

Entre estos dos tipos de hábitat no hay duda de que la forma más distinguida de residencia fueron los denominados palacetes u hoteles. Hasta el momento he empleado el término indistintamente dado que los propios contemporáneos hicieron también un uso similar. En principio, el concepto de palacio era más apropiado para las grandes construcciones del viejo Madrid y del ensanche (palacio de Liria, Cervellón y Medinaceli), mientras que los hoteles eran de menores dimensiones y se definían exclusivamente por ser un inmueble exento, ubicado generalmente en el ensanche y en ocasiones dotado de jardín³⁷¹.

No obstante, esta diferenciación fue problemática desde el momento en que este segundo tipo de edificaciones –los hoteles– no fueron un patrimonio exclusivo de las élites. Aunque los hoteles del ensanche siguieron un patrón muy parecido y estuvieron siempre reservados como residencia de las clases altas, en otras zonas de la ciudad comenzaron a construirse otras viviendas que, por analogía, también fueron llamadas con el mismo nombre. Las zonas norte y oeste de la ciudad se vieron pobladas de casas individuales –que si bien eran de menores dimensiones, tenían un estilo más austero y eran de familias de clase media– también fueron consideradas hoteles. Si bien sería exagerado decir que el término hotel quedó denigrado, sí fue necesario que eventualmente se aclarase su sentido con vistas a remarcar su predominio. Esta diferenciación apareció no sólo a ojos de las élites, sino también de sus arquitectos: “Hoteles particulares se edifican bastantes, pero en su mayoría son de poco coste, no

³⁷¹ Ignacio GONZÁLEZ-VARAS: *Los palacios de la Castellana...*; Miguel LASSO DE LA VEGA ZAMORA *et al.*: *Palacios de Madrid*, Madrid, Comunidad de Madrid, 2010.

llegaron a media docena el número de los que pueden considerarse como hoteles-palacios”³⁷².

Los hoteles del ensanche compartían un estilo muy parecido que tomaba elementos propios de la arquitectura francesa de los palacios, unido a un cierto influjo neoclásico (Imagen 7.3). Su diseño y construcción no fue un proceso que se dejara en manos de cualquier arquitecto, pues generalmente recayó en unos pocos profesionales (Saldaña, Zuazo, etc.) que, para las clases altas, eran garantes de este estilo único. Pero, tal como reconocía un cronista tan apegado a la tradición como fue *Monte-Cristo*, los hoteles tampoco fueron concebidos como mera prolongación de los palacios aristocráticos del Antiguo Régimen:

*Mientras la demoledora piqueta va derrumbando los viejos caserones que fueron históricas residencias de nuestros grandes de España [...] van alzándose en el nuevo Madrid esos otros edificios amplios y artísticos como el de los condes de Santa Coloma, el de la duquesa viuda de las Torres, el de los duques de Andría, los de los marqueses de Amurrio y condes de los Gaytanes, y éste de los Amboage [...] substituyen con ventaja a aquéllos. Sabido es, en efecto, que las antiguas casas de nuestros grandes no se distinguían por la belleza de su arquitectura y salvo algunos - como el de Liria y el de Altamira [...] los demás eran grandes caserones sin arte ni belleza exterior arquitectónica. Aparece el de los marqueses de Amboage perfectamente emplazado en el centro de un jardín cerrado por una verja monumental que permite lucir lo airoso y elegante de sus líneas*³⁷³.

Imagen 7.3. Fotografía del palacio del marqués de Amboage (1919)



Fuente: *La construcción moderna*, 1919

³⁷² Luis S. de los TERREROS: “Las casas de alquiler”, *La Construcción Moderna*, 15 de junio de 1907, p. 175.

³⁷³ MONTE-CRISTO: “El palacio de los marqueses de Amboage”, *Blanco y Negro*, 31 de febrero de 1923.

Además de su dimensión arquitectónica, los hoteles también confirieron una proyección social extraordinaria a sus habitantes. Dado que eran construcciones únicas y ubicadas generalmente en grandes avenidas, los hoteles podían ser identificados por los viandantes que, además, probablemente conocían por referencias indirectas a sus habitantes. Entre las clases altas, la familiaridad con el entorno permitía que este contacto fuera más frecuente y, por tanto, generalmente se supiera qué familias vivían en cada hotel. Una carta de Jaime Gómez Acebo al conde de la Dehesa de Velayos proporciona un ejemplo en este sentido:

*Querido Luis. Ayer ví sacar muebles del Hotel que vivías en la calle de Núñez de Balboa [...] Te agradeceré me digas si tu padre estaría dispuesto a alquilarme el Hotel y en qué condiciones [...] Te ruego igualmente que tengas la bondad de decirme que has venido pagando ahí de inquilinato, con objeto de poder hacer mis cálculos exactos*³⁷⁴.

La suma de todos estos factores (construcciones de grandes dimensiones, ubicación privilegiada, proyección social, etc.) hacían de los hoteles el espacio más caro para vivir en la capital. Como punto de partida, conviene recordar que la mayoría de los hoteles y palacios se habitaban en régimen de propiedad, un hecho en absoluto frecuente en el Madrid de la primera mitad del siglo XX. Por consiguiente, acceder a un hotel de tamaño medio en Castellana 1 o en Lista 16 implicaba en 1930 desembolsar, respectivamente, una cantidad de entre 600 mil y 1,15 millones de pesetas³⁷⁵, mientras que de buscarse un gran palacio, la cifra podía llegar a los 4,5 millones de pesetas en que fue tasado el palacio de Medinaceli en 1910³⁷⁶. Teniendo en cuenta que el patrimonio medio de una familia de clase media-alta debía situarse en cerca de un millón de pesetas, se evidencia que vivir en un hotel de estas características estaba reservado exclusivamente para el grupo situado en la cúspide de la escala social.

Los apartamentos

Si no hay duda de que los hoteles y palacios eran la vivienda más sobresaliente de las clases altas de la época, ello necesariamente tampoco implica que los apartamentos se convirtieran en un espacio carente de distinción para los grupos dominantes. En términos arquitectónicos conviene resaltar que no existió un estilo

³⁷⁴ Carta de Jaime Gómez Acebo al conde de la Dehesa de los Velayos, 10 de octubre de 1930. CDMH, *PS-Particular*, C. 614. Debe señalarse que el padre y propietario del inmueble no era otro que el conde de Romanones.

³⁷⁵ SNAHN, *Aledo*, C. 1119.

³⁷⁶ AS, *Expediente personal*, signatura His-0281-03.

estandarizado para estos inmuebles, sino al contrario, cada bloque reflejó un proyecto original y, de hecho, muchos de estos inmuebles fueron encargados a los mismos arquitectos que anteriormente cité. De esta forma, la imitación del mismo estilo francés y neoclásico en edificaciones de altura permitió que estos inmuebles frecuentemente fueran denominados como “casas-palacio”³⁷⁷. Además, el hecho de vivir en un piso no iba necesariamente en contra del nivel de confort propio de las clases altas de Madrid. Al contrario, además de que los apartamentos eran en sí bastante amplios, las familias pertenecientes a los grupos dominantes solían casi siempre habitar en el piso principal, que además de gozar de mayores dimensiones, se situaba a la altura perfecta, ni demasiado cerca ni excesivamente lejos, del nivel de la calle.

En términos de proyección social, los apartamentos eran residencias mucho más discretas de cara al exterior, en tanto que el viandante común difícilmente podía conocer quiénes eran sus inquilinos. Sin embargo, a nivel interno, no todos los inmuebles fueron iguales, pues algunos de ellos reunieron una comunidad especialmente selecta. Dado que buena parte de estos inmuebles eran propiedad de las mismas familias que pertenecían a las clases altas, para ellas fue siempre preferible convivir con vecinos de igual condición como forma de asegurarse el pago del alquiler, pero también de elevar la respetabilidad de la comunidad. Los ejemplos más fáciles de identificar en este sentido son los de aquellos inmuebles que tenían pisos de amplias dimensiones en todos los niveles y no sólo en el principal.

Un caso especialmente destacado fue el de la casa en Velázquez 57 construida por la familia Gamazo en la década de 1930 y que tuvo entre sus primeros inquilinos además de la propia familia, al fundador de Papelera Española, Nicolás María de Urgoiti o a terratenientes como Fernando Muguiro y Pierrard. Más tarde, en 1940, entre sus vecinos estaban Emilio Usaola, director gerente de Hidroeléctrica Española, al matrimonio de Antonio Satrústegui y Laura Figueroa, terratenientes, Rafael Silvela Tordesillas, consejero de diversas empresas, y el duque de Sotomayor, terrateniente³⁷⁸. A los pocos años pasó a vivir la familia del conde de los Gaitanes. El relato de su hijo permite constatar tanto el extraordinario valor de la vivienda como la especial relación con los propietarios:

³⁷⁷ Por ejemplo la casa-palacio de Tomas de Beruete en Serrano 25, o la casa-palacio del conde de Limpias que reseñaba anteriormente.

³⁷⁸ AVM, *Estadística*, Padrón de 1940

*Yo creo que la casa nuestra de Velázquez, que eran dos pisos unidos, tenía mil metros. Era la casa de mi abuelo materno. [La casa] es de los Gamazo, todos nuestros caseros han sido siempre los Gamazo*³⁷⁹.

En términos económicos, el acceso a los apartamentos fue relativamente más asequible. Por ejemplo, en 1930 los precios de venta de varios inmuebles de cinco a ocho plantas ubicados en el entorno de la Castellana y Serrano se situaban en una horquilla de entre uno y dos millones de pesetas³⁸⁰. No obstante, dado que no existía régimen de propiedad horizontal, el alquiler fue la opción normal de acceso a la vivienda. Considerando sólo a las familias de clase alta que vivían de alquiler, los datos consignados en las hojas del padrón arrojan un alquiler medio anual de 7.500 pesetas³⁸¹. Teniendo en cuenta que esta cifra doblaba el salario de un empleado de oficina (banca, telégrafos, y administración del Estado)³⁸², resulta un indicador incontestable del carácter exclusivo de estas viviendas.

Las líneas de separación de estatus

En conclusión, hoteles y apartamentos fueron dos espacios que podían identificarse no sólo por su estilo y tamaño, sino también porque proporcionaron distintas formas de hábitat. La opción de las familias de clase alta por uno y otro tipo de residencia estuvo motivada por la interrelación de factores económicos, sociales y culturales.

Las causas económicas son las más fáciles de definir. Partiendo de la base de que los hoteles eran mucho más caros, implicaban un desembolso inicial mayor y unos elevados costes de mantenimiento, la conclusión lógica debería ser que fueron un espacio exclusivo de las familias más ricas de entre las clases altas. En la práctica, aunque este fenómeno sin duda se produjo, hubo casos muy significativos de personas situadas en este segmento superior que prefirieron no vivir en hoteles. Analizando exclusivamente el universo de los financieros de Madrid, se comprueba que la residencia en hoteles y palacios correspondió exclusivamente a los banqueros ennoblecidos durante la Restauración (Urquijo, Ussía, Aledo y Gamazo). En cambio, ni los medianos banqueros (Sáinz, García-Calamarte y López-Quesada), ni los grandes

³⁷⁹ Entrevista a Ignacio Ussía Muñoz-Seca, 18 de mayo de 2011.

³⁸⁰ Carta de la agencia Hispania al marqués de Aledo, 1930. SNAHN, *Aledo*, C. 1119.

³⁸¹ Media de los 155 hogares que vivían en apartamentos de alquiler y consignaban su cuantía anual. AVM, *Estadística*, Padrón de 1930.

³⁸² El salario medio de los empleados en Rubén PALLOL: *El Madrid moderno...*, p. 692

industriales (José Luis de Oriol, Ildefonso Fierro) ni tampoco los principales consejeros de grandes empresas (Pablo Garnica, César de la Mora y Francisco Aritio) vivieron en hoteles, sino en apartamentos³⁸³. Sin necesidad de entrar en detalles, existen suficientes evidencias que permiten determinar que no hubo diferencias económicas significativas, o suficientemente importantes, entre la aristocracia financiera y estos tres últimos grupos, por lo que resulta imprescindible considerar una serie de factores sociales y culturales.

El significado social de ambos tipos de hábitat partía precisamente del elemento de proyección inherente a cada tipo de residencia. Los hoteles y palacios fueron una forma de vivienda en la que sus habitantes eran perfectamente conocidos por los vecinos del barrio, y posiblemente de todo Madrid, mientras que los inquilinos de un apartamento vivían en un mayor anonimato. Esta diferencia fue más allá de la perspectiva del viandante, pues tuvo su reflejo más claro en las publicaciones de la alta sociedad (*Blanco y Negro* o *Gran Mundo*), que publicitaron en repetidas ocasiones los hoteles y palacios así como las familias que habitaban en ellos.

Siguiendo estas pautas, el cronista Monte-Cristo acuñó el concepto de *residencias aristocráticas* para referirse no a todos los hoteles, sino sólo a aquellas casas que contaban con una decoración distinguida, eran habitados por familias con un estatus indiscutible dentro de la alta sociedad y recibían frecuentemente en sus salones a amigos y familiares³⁸⁴. Siguiendo estos criterios, el concepto de *residencias aristocráticas* no se aplicó exclusivamente a los palacios de la nobleza, pues entre las familias que aparecieron retratadas estuvieron los señores de Beístegui, antiguo diplomático en México, Juan Manuel de Urquijo, banquero, o José Lázaro Galdiano, accionista del Banco Hispano Americano. En esencia, para las clases altas que tenían un estatus elevado y un amplio capital social, era obligado contar con una residencia que pudiera servir para recibir visitas y mantener así una relación fluida con el resto de miembros de la alta sociedad. Aunque los apartamentos también sirvieron como ámbito de sociabilidad informal, no hay duda de que los hoteles y palacios eran el espacio óptimo para este proceso de interrelación social.

³⁸³ Por tanto, su comportamiento se aleja de la de los grupos recién enriquecidos en Gran Bretaña. Joseph MORDAUNT: *The rise of the nouveaux riches. Style and status in Victorian and Edwardian architecture*, Londres, John Murray, 1999. La única excepción fue la de Valentín Ruiz Senén que, como he señalado anteriormente, construyó un hotel en Almagro 5.

³⁸⁴ Además de sus crónicas en *Blanco y Negro*, pueden consultarse MONTE-CRISTO: *Los Salones de Madrid*, Madrid, s.n., 1898.

Por último, no puede dejar de señalarse que los hoteles y palacios fueron también una forma de patrimonio cargada de un significado cultural para las clases altas. Parte de esta representación venía determinada porque la educación de los niños y jóvenes se hiciera por institutrices dentro del ámbito doméstico. Pero los palacios también sirvieron como un espacio que marcaba el paso a la edad adulta (fiesta de presentación en sociedad, participación en reuniones formales) y permitía congregarse a la familia extensa en reuniones puntuales. En esencia, los hoteles fueron un elemento clave para la identificación en torno al tronco familiar por parte de las clases altas y, por ello, se prestó una especial atención al legarlo en el tránsito intergeneracional. Dentro de las familias de la alta sociedad, su herencia cobró especial relevancia dentro de la vieja aristocracia, para la que el concepto de Casa, entendido como un linaje que contaban con una serie de valores y méritos, debía necesariamente vincularse a un espacio físico que recibía el mismo nombre (casa). Así, cuando el duque de Fernán Núñez escribió su testamento, consideró que de todo su patrimonio –que incluía fincas rústicas con una extensión de más de 17.000 hectáreas– el palacio fue el único bien cuyo destino debía especificar:

*Así mismo lego a mi esposa en usufructo vitalicio y a mi hijo mayor de los varones o en su defecto si hubieren fallecido o no los tuviere varones a la hija que sea mayor, en nuda propiedad, la casa que poseo en esta Capital, calle de Santa Isabel [...] con cuantos muebles, ropas, enseres, cuadros y efectos las constituyan*³⁸⁵.

En conclusión, puede decirse que dentro de las clases altas, tan importante era la localización espacial en determinados barrios como la tipología de las casas. La opción entre hoteles y apartamentos reflejaba una distinta consideración sobre el estatus social que estuvo mediatizado por factores económicos, sociales y culturales. Estos mismos factores tuvieron su prolongación natural en la distribución y decoración de los espacios del interior.

La vida dentro de la casa

La funcionalidad de los espacios residenciales

El principio básico en toda *residencia aristocrática*, y por extensión en cualquier vivienda que buscara imitar estos principios, se basaba en una estricta delimitación de

³⁸⁵ *Escritura de Testamento abierto otorgada por el Excmo. Señor Don Manuel Falcó y Álvarez de Toledo (16 de junio de 1933), SNAHN, Fernán Núñez, c. 2294, d. 13.*

los espacios y usos de la casa. La división de los espacios domésticos puede fácilmente rastrearse en toda época y lugar, pero para las clases altas de Madrid era indudable que su referencia más clara estuvo en la llamada *habitación moderna* surgida en el París de finales del siglo XIX³⁸⁶. En los hoteles del ensanche esta separación fue relativamente sencilla de establecer debido a que la habitual estructura en tres plantas permitió fijar un uso distinto para cada una. En los apartamentos, estas diferencias pudieron imitarse por medio de la unión de dos pisos o, más frecuentemente, diferenciado entre las salas del exterior y las del interior.

Esta distribución de espacios tenía el objetivo de remarcar un distinto uso social para cada uno. La planta baja en los hoteles, o los cuartos más próximos a la entrada y que daban al exterior en los apartamentos, albergaban las habitaciones que servían como ámbito de sociabilidad con familiares y visitas. Entre estas dependencias era frecuente encontrar un hall que sirviera de lugar de recepción, varios salones, uno o dos comedores (en caso de que se existiera uno específico para los niños) y una biblioteca³⁸⁷. Dentro de esta organización, Un rasgo peculiar de los hoteles en Madrid fue la frecuente disposición de una capilla y sacristía en la planta baja, dos estancias que ilustraban la importancia del catolicismo en la vida social de las clases altas y que no tuvo equivalente en otros países europeos. Asimismo, en los palacios y hoteles más grandes solía encontrarse un salón de baile e incluso un pequeño teatro para realizar funciones teatrales ante unos pocos invitados. La disposición de todas estas habitaciones en el espacio más próximo a la entrada reflejaba su uso cotidiano para la recepción de *visitas*, entendiendo éstas como la forma básica de socialización por la que la señora de la casa recibía un día de la semana a parientes y amigos³⁸⁸.

En el lado masculino, tampoco hay que olvidar que la vida pública y los compromisos del cabeza de familia impusieron la visita de personas de muy distinta condición. Las memorias del hijo de Romanones apuntan a que los distintos invitados – amigos políticos de su padre, periodistas, su clientela de Guadalajara– eran recibidos en su casa, pero esperaban cada uno en habitaciones distintas³⁸⁹. No obstante, esta faceta no debe llevar a pensar que las residencias de las clases altas sirviesen preferentemente

³⁸⁶ Monique ELEB y Anne DEBARRE: *L'invention de la habitation moderne. Paris 1880-1914*, París, Hazan y Archives d'Architecture Moderne, 1995.

³⁸⁷ Los planos de un hotel prototípico en SNAHN, *Villavieja*, carpeta 383, documento 4.

³⁸⁸ Para un análisis específico de la sociabilidad en el hogar, véase el capítulo nueve.

³⁸⁹ Marqués de SANTO FLORO: *Dentro y fuera de mi vida...*, pp. 69-72.

como lugar para la negociación política o la dirección de los negocios, sino más bien como un ámbito para tratar determinados asuntos de carácter informal. Un artículo en *Blanco y Negro* sobre “El despacho del señor” da cuenta de este aspecto:

*Todos los que hayan convivido en el mundo de las gentes ricas tendrán en su memoria el recuerdo de ese despacho suntuoso, impersonal y fotogénico. Suele ser una estancia obscurecida perpetuamente por vidrios opacos y cortinas espesas; los muebles son grandes y a juego [...] los cuadros tienen color de antiguos y se encierran en marcos de imitación clásica; las librerías guardan volúmenes de respeto; la mesa, con escribanía de plata y carpeta de piel de Rusia, parece un símbolo de lo trascendental. [...] Sus dueños – banqueros, negociantes, rentistas de solidez, políticos de inquieto funcionarismo, personajes de peso – tienen sus oficinas de trabajo en otros lugares y usan el despacho para recibir a sus amigos y como si fuera el membrete de su categoría social.*³⁹⁰

La segunda planta en los hoteles, o las salas más distanciadas de la entrada en los apartamentos, reunían las habitaciones privadas de la familia como los dormitorios, tocadores, el ropero o la sala de juegos. El ambiente que impregnaba estas estancias era el de la más absoluta intimidad frente a las visitas externas, pero también en relación al numeroso servicio doméstico empleado en el hogar. Para ello, fue frecuente que se dispusiera de escaleras distintas para los “señores” y el servicio, o que incluso hubiera una instalación de “teléfonos interiores para comunicar cada habitación con todas las restantes de la casa”³⁹¹, evitando la constante presencia de criados en este ámbito.

Precisamente en el último piso, el sótano o un edificio apartado en el caso de los palacios, o en las habitaciones del interior en los apartamentos, se ubicaban las habitaciones del servicio. Entre ellas no sólo estaban los dormitorios del personal doméstico, sino también aquellas salas que se consideraba que debían estar fuera de la mirada del público como la cocina o la bodega. En esta categoría también entraban las oficinas de los administradores, estableciendo una separación que remarca la diferencia de funciones entre el quehacer diario de los negocios y la respetabilidad del despacho del cabeza de familia. El recuerdo de Constancia de la Mora, referido a su casa en la plaza de Lealtad, ilustra este caso:

Habitábamos sólo la mitad del piso, pero a pesar de ello nos sobraba sitio. De nuestro piso subía una escalera interior a otro más alto, donde, además de encontrarse la cocina, el lavadero y las habitaciones del servicio, había una

³⁹⁰ Vicente de PEREDA: “El despacho del señor”, *Blanco y Negro*, 26 de marzo de 1933.

³⁹¹ “Palacio de los Marqueses de Fontalba”, *La construcción moderna*, 15 de marzo de 1913, p. 66

*enorme habitación con libros y papeles en la cual estaban instaladas las mesas del administrador y del secretario particular de mi padre*³⁹².

Por último, los hoteles del ensanche frecuentemente contaron con zonas ajardinadas, que a pesar de sus dimensiones reducidas, rompían con la tradición preexistente de ausencia de zonas ajardinadas en los palacios del viejo Madrid. En los hoteles de la Castellana y sus alrededores fue frecuente que hubiese pequeños grupos de árboles o plantas de cierta altura que, junto con la verja, creaban una sensación de aislamiento con respecto a la calle. El palacio de los duques de Montellano (Imagen 7.4) puede verse como una representación de este modelo³⁹³.

Imagen 7.4. Fotografía del jardín del palacio de los duques de Montellano (1914)



Fuente: *Gran Mundo*, 1914

La existencia de estas zonas plasmaba aquello que Castro había proyectado en 1860, es decir, la posibilidad de contar con un jardín propio sin perder el contacto con los centros de poder. En plena modernidad, mantener estos jardines se volvía un elemento especialmente valorado, habida cuenta del incremento en la densidad de la ciudad y del consiguiente tráfico urbano. La descripción de la casa de Juan Manuel de Urquijo ilustraba este ideal:

Los señores de Urquijo, que adoran el campo, [...] no podrían vivir en una de estas casas madrileñas rodeadas de altas construcciones, que tienen aspecto de murallas y no dejan paso al aire. Ellos viven en [...] la calle de Doña María de Molina, una calle lejana, casi escondida, donde desemboca la larga calle de Serrano; no llegan allí los ruidos de los tranvías, ni turba su callado reposo el estruendo brutal de los modernos autobuses, ni percibe la loca alegría de los ómnibuses cascabeleros en las tardes de toros, ni la honda tristeza de los cortejos funerarios. Nada de esto pasa por la tranquila calle, y la elegante verja

³⁹² Constancia DE LA MORA: *Doble esplendor...*, p. 17

³⁹³ Obsérvese que en la foto aparecen dos criados masculinos a ambos lados de la puerta, creando una escena que naturaliza su presencia.

*que cierra el jardín dijérase que, más que reja, es un muro de hierro que la separa; más aún, que la aísla del tráfigo mundano*³⁹⁴.

La decoración de la casa

Esta separación de los espacios según su uso social se hacía más efectiva a partir del cuidado que se prestaba a la decoración del inmueble que, dentro de la cultura de las clases altas, se convirtió en un rasgo imprescindible de distinción social. El primer elemento que señalaron los escritos contemporáneos fue que la virtud en la decoración no estaba en tener el capital económico para comprarse cualquier objeto o simplemente asignar a un decorador o tapicero dicha tarea. Al contrario, la decoración se suponía que recaía dentro de la propia familia por medio de un lento proceso de aprendizaje. Por una parte debía depurarse el buen gusto, es decir, conocer las tendencias en otras residencias distinguidas de Madrid y ciudades extranjeras. Pero también se entendía que la elección de los muebles no podía hacerse en un solo momento, debiendo incorporarse objetos de distinta procedencia aun cuando era obligatorio mantener la coherencia del estilo. Monte-Cristo, en su descripción del hotel de Gabriel Maura, conde de la Mortera, ejemplificaba la diferencia entre el buen y el mal saber en la decoración:

*Lo más difícil para quien alhaja y decora una vivienda es impregnarla del propio espíritu, de suerte que la mano inexcusable del mueblista y hasta del arquitecto quede, hasta cierto punto, anulada; que, al penetrar en los salones, no nos fijemos en la marca de fábrica; que el nombre de la casa A o de la casa B no nos salgan en seguida al encuentro con la fría rigidez del mobiliario o con el lujo escandaloso, a veces insultante, del decorado. ¡Cuántas veces ocurre que, al penetrar en uno de estos modernos palacetes, hemos sentido la impresión borrosa de visitar una de las salas de la Exposición del Mueble!*³⁹⁵

Idealmente, este proceso de selección recaía preferentemente en mano de las mujeres, dado que ellas eran las que estaban encargadas del cuidado de la casa y, además, se entendía que contaban con un “espíritu delicado” que les hacía especialmente valiosas para esta labor³⁹⁶. La condesa de Campo Alange recordaba en sus memorias que:

*Mi casa de Velázquez 116; era un hotel de tres pisos, ni grande ni pequeño, que había sido decorado personalmente por mí [...] Toda la casa tenía esa personalidad que sólo el dueño puede imprimir a su propia vivienda*³⁹⁷.

³⁹⁴ MONTE-CRISTO: “El hotel de los señores...”, *Blanco y Negro*, 1 de julio de 1923.

³⁹⁵ MONTE-CRISTO: “El hotel de los condes de la Mortera”, *Blanco y Negro*, 6 de julio de 1924.

³⁹⁶ MONTE-CRISTO: “Palacio de los marqueses de Triano, en Bilbao”, *Blanco y Negro*, 25 de enero de 1925.

³⁹⁷ María CAMPO ALANGE: *Mi atardecer entre dos mundos...*, p. 117.

La decoración iba acorde con la funcionalidad de las habitaciones que señalaba anteriormente. Los inventarios de los muebles de las residencias de sujetos tan diversos como los duques de Híjar, Medinaceli, los marqueses de Aledo o José Sáinz de Urbina dan cuenta de que el valor y número de objetos de las salas concebidas para recibir (salones, hall, despacho, etc.) era muy superior que las del resto de estancias de la casa³⁹⁸. Además, en las llamadas *residencias aristocráticas*, el estilo imperante podría denominarse como cortesano, en el sentido que imitaban el patrón marcado durante un reinado. Así, en las descripciones de las casas, existían constantes referencias al estilo isabelino, al alfonsino, o específicamente a un salón Carlos IV o una silla Luis XV.

Parte del sentido de buscar esta recreación del estilo cortesano era el de conceder mayor antigüedad a unas casas que habían sido recientemente construidas y así concedían un “estilo solemne, grave y señorial”³⁹⁹. Pero la recreación del mobiliario cortesano iba más allá de querer representar una vuelta al clasicismo. En algunos casos, la voluntad de imitar objetos servía para que los invitados que también frecuentasen los círculos cercanos a la Casa Real pudiesen identificar los muebles y así, implícitamente, existía un vínculo entre el anfitrión y los reyes. Por ejemplo, en la decoración que eligió el marqués de Aledo en 1930 para amueblar su hotel se encontraba una “chimenea de mármol de dos colores, reproducción exacta de la del Palacio de El Escorial”, mientras que en otro salón se proyectaba construir “la Sala de Billar de la Casita del Labrador del Palacio de Aranjuez”⁴⁰⁰.

Pero sería una falta ilusión considerar que en las residencias de las clases altas del Madrid de finales de la Restauración existió una fidedigna perpetuación del estilo aristocrático adaptado a los nuevos tiempos. Los principios anteriormente enunciados (decoración en manos femeninas, lento aprendizaje desde la infancia y hegemonía del estilo cortesano) se enmarcaban en un contexto de movilidad, tanto a nivel residencial (cambio de domicilio), como a nivel social (incorporación de nuevos sujetos). En ambos casos era necesario que existiera una opción para una rápida imitación de la decoración aristocrática. En ese sentido, resulta especialmente reveladora la abundante

³⁹⁸ *Tasación de bienes en el domicilio del duque de Híjar, Paseo de la Castellana, 44*. AHPZ, *Casa Ducal de Híjar*, P/1-148-41; *Relación de cuadros, tapices y bienes muebles de la Casa Ducal con motivo del seguro*, ADM, *Archivo Histórico*, leg. 222, ramo 8, n. 1-16; *Factura de Herraiz al marqués de Aledo. 24 de julio de 1930*. SNAHN, *Aledo*, C. 1119; *Factura de Climent Hermanos a José Sáinz Urbina*. CDMH, *PS-Particular*, Caja 35

³⁹⁹ “¿Antiguo o moderno?”, *Blanco y Negro*, 26 de noviembre de 1933.

⁴⁰⁰ *Factura de Herraiz al marqués de Aledo....* SNAHN, *Aledo*, C. 1119.

documentación privada de dos financieros, el marqués de Aledo y José Sáinz de Urbina, que muestran cómo la decoración de sus respectivas casas recayó no en ellos mismos ni en sus esposas, sino en decoradores profesionales como Herraiz o Climent Hermanos⁴⁰¹. Acudir a un decorador entraba en total contradicción con los principios anteriormente enunciados, pero eran una opción accesible y muy tentadora para las familias que buscaban una rápida integración. En definitiva, no era sino una pequeña muestra del conflicto entre dos formas de legitimación y poder: el capital económico por una parte, y el estatus, la distinción y el prestigio por otra.

Pautas de transformación (1930-1950)

Síntomas del cambio

Los elementos anteriormente descritos –localización en los barrios del ensanche, definición de un tipo de vivienda exclusiva, separación de espacios de la casa y adopción de un estilo distinguido en la decoración– configuraron hasta 1930 el universo residencial de las clases altas de Madrid. Durante las dos décadas siguientes se produjo una profunda transformación de una importancia igual a la que se había producido en el cambio de siglo. Sin embargo, en este caso el cambio histórico resulta menos conocido por dos razones. Por una parte, si bien es cierto que se alteraron el tipo de viviendas y su uso social, ello no impidió que se mantuviera el carácter selecto de determinados barrios, por lo que para muchos contemporáneos, como para casi todos los historiadores, lo que primó fue la continuidad de las pautas preexistentes. Pero además, si hay algo que debe recalcarse desde un principio, es que los cambios acontecidos en las décadas de 1940 y 1950 se produjeron a la par que los grupos dominantes buscaron un creciente anonimato en sus residencias, un hecho que indudablemente dificulta la investigación histórica.

¿Cuáles fueron los primeros síntomas de este proceso? En la década de 1930 se produjeron dos fenómenos que rompieron con la dinámica de los años precedentes. Por una parte, en 1930-31, el boom inmobiliario de las décadas precedentes tocó a su fin, por lo que en la práctica cesó la construcción de palacios y viviendas de lujo. De forma paralela, la movilización social y la agitación política ocurrida durante la II República comenzó a trastocar el aislamiento de estos barrios. Diversas manifestaciones o

⁴⁰¹ *Factura de Herraiz al marqués de Aledo. 24 de julio de 1930.* SNAHN, Aledo, C. 1119; *Factura de Climent Hermanos a José Sáinz Urbina.* CDMH, PS-Particular, Caja 35

encuentros callejeros entre fuerzas de izquierda y derecha comenzaron a producirse en estos años, muchos de los cuales ocurrieron en el entorno de las residencias de las élites⁴⁰². Pequeños fragmentos de la memoria de los miembros pertenecientes a los grupos de poder permiten comprobar que fue totalmente novedoso encontrarse con las masas en sus calles. Por ejemplo, Alfonso Urquijo recordaría tiempo después que en 1931:

*Las turbas procedentes de los suburbios habían invadido las calles de los barrios centrales, entre ellos el de Salamanca, en donde vivíamos, y llevando banderas rojas y tricolores cometían desmanes. Su aire de amenaza era evidente*⁴⁰³.

Posteriormente, con el estallido de la Guerra Civil, esta invasión del espacio residencial de las élites cobró toda su dimensión. Ante la desaparición en la práctica del poder estatal, las milicias de los partidos y sindicatos republicanos tomaron el control efectivo del orden público en la capital y convirtieron los distritos de las clases altas (Buenavista y Chamberí) en un ámbito prioritario para la búsqueda de los quintacolumnistas. A los controles en las calles, se sumaron frecuentes registros en los domicilios y, por supuesto, la incautación de casi todos los palacios que serían destinados al esfuerzo bélico.

Al producirse la victoria del bando rebelde, en Madrid no se produjo la simple vuelta a la situación social anterior a la República. Al contrario, durante las dos décadas siguientes se produjo un rápido abandono de los palacios y hoteles por parte de las familias que los habitaban. Una primera fase se produjo en los años inmediatamente posteriores al final de la Guerra Civil, cuando al menos 16 familias optaron por reformar sus casas para después venderlas o alquilarlas (tabla 7.2). Tras este cambio de tendencia, la segunda etapa de abandono de los palacios se produjo de forma escalonada desde la segunda mitad de la década de 1940 hasta principios de la década de 1960. En este caso, el proceso vino motivado la mayoría de las veces por la muerte del cabeza de familia, y la venta en poco tiempo del inmueble por parte de sus herederos. Así, entre finales de la década de 1940 y principios de 1950 se vendieron y derruyeron los palacios de los marqueses de Urquijo, los duques del Infantado, la marquesa de Argüelles y la marquesa de Hinojares. Al poco tiempo siguieron el derribo del palacio de los duques

⁴⁰² Un ejemplo de batalla callejera en la que participaron varios hijos de miembros de las clases altas (Infantado y Gamazo) en Cristina de ARTEAGA: *Borja*, Madrid, C. Bermejo, 1941, p. 58.

⁴⁰³ Alfonso de URQUIJO: *Cuando empuñamos las armas. La pequeña historia de una familia numerosa entre 1936 y 1942*, Madrid, Moneda y Crédito, 1973, p. 14

de Maura y los marqueses de Amurrio y, a principios de 1960, el ciclo se cerró con la demolición de los palacetes de Medinaceli, Larios, Arión y Romanones, situados en la Castellana⁴⁰⁴.

Tabla 7.2. La primera fase del abandono de palacios y hoteles. Madrid, 1936-1944

Ventas				
Propietario	Título Nobiliario	Localización	Comprador	Observaciones
1 Mercedes de Anchorena y Uriburu	Duquesa viuda de Fernán Núñez	Santa Isabel 42 y 44	Ferrocarriles del Oeste de España	Su marido fallece en 1936
2 Josefa Fernández Durán y Caballero	Condesa viuda de Adanero	Santa Engracia 7	Ministerio de la Gobernación	
3 Fernando Plá y Peñalver	Marqués de Amboage	Lagasca 86	Embajada de Italia	
4 Alberto de Borbón y Castellví	Duque de Santa Elena	Zurbarán 11		
5 Francisco Cubas y Erice	Marqués de Fontalba	Castellana 17	Ministerio del Ejército	Fallecido en 1937. Venta por parte de sus herederos
6 Valentín Ruiz Senén		Almagro 5	Instituto Británico	
7 Juan Manuel Urquijo y Ussía		María de Molina 19		
8 Francisco Moreno y de Herrera	Marqués de la Eliseda			
9 Francisco Martorell y Téllez Girón	Duque de Almenara Alta	Castellana 14		
Arrendamiento				
Propietario	Título Nobiliario	Localización	Inquilino	Observaciones
10 M ^a de los Ángeles Sainz de la Cuesta	Condesa viuda de los Moriles	Castellana 41		Marido fallecido en 1936. Nunca volverá a habitarlo
11 Manuel Falcó y Escandón	Duque de Montellano	Cisne 22		Volverá a habitarlo c. 1950
12 Ignacio Herrero de Collantes	Marqués de Aledo	Lista 18	Embajada de Portugal	Volverá a habitarlo c. 1945
13 M ^a del Carmen Fernández de Córdoba y Pérez de Barradas	Condesa viuda de Gavía	Castellana 29	Embajada de Chile	Volverá a habitarlo c. 1945
14 Fausto de Saavedra y Collado	Marqués de Viana	Duque de Rivas 1	Ministerio de Asuntos Exteriores	Nunca volverá a habitarlo. Vendido en 1955
15 María Luisa Bahía y Chacón	Duquesa viuda de Lerma	General Martínez Campos 31	Ministerio del Ejército	Marido fallecido en 1936. Nunca volverá a habitarlo
16 Juan Antonio Gamazo y Abarca	Conde de Gamazo	Padilla 24	Misión militar italiana	Volverá a habitarlo c. 1945
17 Diego del Alcázar y Roca de Togores	Marqués de la Romana	Segovia 11	Ayuntamiento de Madrid	Nunca volverá a habitarlo.

Fuentes: Ignacio GONZALEZ-VARAS: *Los palacios de la Castellana...*; Miguel LASSO DE LA VEGA ZAMORA et al.: *Palacios de Madrid...*; de Madrid, 2010; AVM, Estadística, Padrón de 1940; AGA, Hacienda, Dirección general de Contribución sobre la renta, Archivo Gamazo y entrevistas personales

Frente a este modelo generalizado existieron muy pocas excepciones. Por una parte, hubo unos pocos sujetos que, en esta coyuntura de cambio, aprovecharon para cambiar su residencia a un palacete. Ildefonso Fierro, una de las industriales más ricos

⁴⁰⁴ Ignacio GONZALEZ-VARAS: *Los palacios...*

del país, pasó de vivir en un piso en Jorge Juan a un hotel en la plaza del marqués de Salamanca, mientras que la duquesa del Infantado, al quedar viuda a finales de la década de 1940, cambió su palacio en el paseo del Prado por uno de dimensiones más modestas en la calle Don Pedro, situado en el viejo Madrid⁴⁰⁵. En cualquier caso, estos casos no anulan que la tendencia general fuera hacia un rápido abandono de los hoteles y palacios, y sobre todo, no consiguieron revertir el definitivo abandono de este tipo de residencia como hábitat de las clases altas.

Causas y consecuencias

A pesar de que ha sido un proceso que apenas ha merecido la atención de los investigadores, no hay duda de que el abandono de los palacios no tenía precedentes en la historia de las clases altas de Madrid. Es cierto que en el periodo anterior a la Guerra Civil existió un continuo ir y venir entre los habitantes de los palacios, un hecho que reflejaba el cambio espacial (traslado del viejo al nuevo Madrid) y social (renovación de las élites). En cambio, el proceso ocurrido durante la posguerra fue cualitativamente distinto porque los palacios fueron progresivamente ocupados por instituciones y no por familias (tabla 6.2), a la par que hubo una considerable reducción en su número debido a los derribos ocurridos a partir de la década de 1950.

¿Qué motivó entonces la salida de los palacios? El punto de partida para explicar este cambio radica en que las clases altas, pero especialmente las familias aristocráticas, sufrieron un notable deterioro en su posición económica. Como he señalado en el primer bloque, las décadas de 1930 y 1940 estuvieron marcadas por una transformación en las formas de explotación de la propiedad rústica, por la crisis del rentismo urbano y por el declive de las cotizaciones y dividendos de las grandes empresas. La suma de estos procesos derivó en que familias pertenecientes a los viejos grupos dominantes contaran con una base de ingresos más reducida y, por tanto, estuvieron obligados a adaptarse al nuevo contexto. Por supuesto, durante estos años, pero especialmente al calor de la instauración del franquismo, también se produjo el ascenso de nuevos grupos formados por aquellos beneficiados por el estraperlo y los contactos con el régimen, pero ello no hizo sino reforzar el proceso de renovación entre las élites.

⁴⁰⁵ El cambio de residencia se deduce de las declaraciones de la renta de 1954. AGA, *Hacienda, Contribución general sobre la renta*.

La hipótesis de que los palacios fueron abandonados por causas económicas no hace sino plantear nuevas preguntas. ¿Acaso simplemente se quería hacer efectivas unas plusvalías por un inmueble cuyo valor había aumentado desde su compra? La venta de los palacios por razones puramente especulativas sin duda estuvo presente en el razonamiento de aquellos que vendieron al final del ciclo que he señalado, es decir, entre mediados de los años 50 y principios de 1960. Al fin y al cabo, en esos años, los palacios fueron rápidamente derruidos y en su lugar se construyeron edificios comerciales (oficinas, hoteles, etc.) dentro de un proceso más amplio de boom inmobiliario.

No obstante, puede dudarse que la misma lógica estuviese presente en las primeras ventas de palacios, es decir, aquellas que ocurrieron a lo largo de la década de 1940. Además de que durante esos años el mercado inmobiliario dio muestras de un profundo estancamiento, la conservación de los palacios y su venta a instituciones que no eran empresas inmobiliarias, da cuenta de que los beneficios no debieron ser excesivos. El caso de la duquesa viuda de Fernán Núñez, el único que he podido consultar a través de la documentación privada, confirma esta hipótesis. La residencia de los duques, así como la de sus cuatro hermanos, había sido hasta la Guerra Civil el antiguo palacio de Cervellón, ubicado en la calle Santa Isabel. Muerto el duque en 1936, y habiendo sido el palacio ocupado por la CNT durante la guerra, la duquesa viuda decidió venderlo a los Ferrocarriles del Oeste de España por 1,65 millones de pesetas⁴⁰⁶. Teniendo en cuenta que era uno de los palacios más grandes de Madrid –contaba con una superficie de 3.900 metros cuadrados–, que la compraventa incluía todo el mobiliario y los tapices del palacio, y la enorme inflación ocurrida desde el inicio de la guerra, el precio de venta estuvo lejos de ser un buen negocio para la duquesa.

Cuestión distinta está en valorar si la venta de los palacios supuso un esfuerzo de reducir gastos, dado que el mantenimiento de estas residencias conllevaba una fuerte carga en muchas economías familiares. El mismo caso de los duques de Fernán Núñez ilustra este extremo, pues la contabilidad familiar de la década de 1930 permite observar que los gastos asociados al mantenimiento de la residencia (combustible, reparaciones, servicio doméstico, etc.) rondaban en torno a las 300 o 400 mil pesetas al año⁴⁰⁷. En una

⁴⁰⁶ *Libro de Caja de la testamentaria del Excmo. Señor Duque de Fernán-Núñez*. SNAHN, *Fernán-Núñez*, c. 1189, d. 8; Jos MARTÍN: *Palacio de Fernán Núñez*, Madrid, Revista TF, 2009, p. 139

⁴⁰⁷ SHAHN, *Fernán Núñez*, c. 1189, d. 11. Para un análisis más detallado véase el capítulo octavo.

entrevista que realicé al nieto del conde los Gaitanes este factor salió a relucir, si bien él apuntó a cómo esta cuestión fue más allá de un simple esfuerzo de economizar gastos:

En la época de mi bisabuela el tener personas trabajando en las casas para ti era barato y fácil. Además gente que era muy fiel a las familias. Entonces que pasa... que un palacete de estos de la Castellana, que además tenían jardín, necesitaba un montón de gente y un montón de gastos. [...] Según va cambiando la vida, esto tiene un coste brutal, Entonces, ¿qué pasa? Que cada vez había menos familias que lo sostenían. Fue cambiando poco a poco la forma de vivir. La forma de entender cómo se podía vivir. Y eso hace cambiar el concepto de vivienda. La gente se va a pisos muy buenos, pero pisos⁴⁰⁸.

La clave de este testimonio radica en relacionar el factor económico (“un coste brutal”) con los cambios que sucedieron a nivel cultural (“la forma de entender cómo se podía vivir”). Precisamente, tras estas referencias al cambio del estilo de vida, subyacían causas sociales, políticas y culturales que están aún por explorar. Es indudable que dos décadas marcadas por la caída de la monarquía, el conflicto social durante la II República, la Guerra Civil y la instauración de un régimen próximo al fascismo, dejaron una profunda huella en la identidad y proyección de la sociedad aristocrática. Como habrá ocasión de ver, aquellos rasgos y valores que la aristocracia tradicionalmente había ostentado en la Restauración, pasaron a ser denunciados por distintos actores (socialistas, izquierda republicana, pero también falangistas) como muestras de la ociosidad y del parasitismo del grupo. Los palacios eran precisamente uno de los exponentes más claros de la vida suntuaria y de la ostentación, por lo que muchos de sus habitantes comenzaron a replantearse seguir viviendo en ellos. Ante el estallido de la II República, Rodríguez Alcalde señaló que:

Muchos nobles españoles, por disgusto del régimen o por lógico temor de que la situación se ponga peor de lo que ya está, fijan su residencia en Biarritz o en Estoril [...] muchos de aquellos palacios que con tan halagadora minuciosidad describió en sus artículos, se cierran o se venden, porque el tiempo no está para ostentaciones⁴⁰⁹.

Pero las críticas a la aristocracia no se ciñeron a una cuestión retórica, pues años después, durante la Guerra Civil, se convirtió en una fuerza movilizadora. Como más adelante expondré, cuando en el verano de 1936 las milicias tomaron el control de los

⁴⁰⁸ Entrevista con Ignacio Ussía Muñoz-Seca, 18 de mayo de 2011.

⁴⁰⁹ Leopoldo RODRÍGUEZ ALCALDE: *Eugenio Rodríguez de Escalera, Montecristo*, Santander, Imprenta La Moderna, 1958, p. LXXI. Puede encontrarse un relato similar en María CAMPO ALANGE: *Mi atardecer entre...*, p. 57; y en las memorias del marqués de VILLAVIEJA: *Life has been good. Memoirs of the marqués de Villavieja*, Londres, Chatto & Windus, 1938, p. 328. A nivel individual, resulta relevante que la documentación del hijo del conde de Romanones indica que a principios de 1936 estaba buscando comprador para el hotel de su padre. CDMH, *PS-Particular*, C. 614.

barrios de clase alta, la elección de objetivos no se hizo de forma puramente arbitraria. El análisis de las declaraciones de vecinos y porteros en la Causa General demuestra que prácticamente todos los hoteles y palacios fueron registrados durante los primeros días y que, de encontrarse sus habitantes, o fueron apresados y la mayoría posteriormente fusilados, o tuvieron que buscar refugio en una embajada. En cambio, entre aquellas familias que vivían en apartamentos y que habían desarrollado una vida más discreta, fue más frecuente vivir ocultos durante toda la contienda. La experiencia de los años de guerra demostró de forma radical el sentido negativo que tenía la excesiva proyección social de los hoteles y palacios.

Después, con la instauración del franquismo, no se volvió a una preeminencia de la aristocracia y su estilo de vida (palacios, gran servicio doméstico, etc.). El grupo había sufrido un trauma del que no podía recuperarse, un hecho que tuvo su correlato en un sustancial declive de la vida en sociedad. Pero además, tampoco puede afirmarse que el nuevo régimen tuviera una visión que mantuviera la preeminencia aristocrática de la Restauración. Al contrario, el discurso de determinados sectores como Falange estuvo cargado de un sentir anti-aristocrático que, mezclado con la crítica al pasado monárquico, se convirtió en la antítesis de los ideales de la Nueva España. Precisamente fueron estas aspiraciones las que promovieron desde el final de la guerra un nuevo ejercicio de ingeniería social en Madrid. Las autoridades franquistas plantearon un ambicioso proyecto de reforma de la ciudad que sirviese para promover los espacios que, según su discurso, debían servir de soporte de su poder (el Estado, las empresas nacionales y la clase media). En este marco, los planes de las nuevas autoridades y la preservación de los palacios difícilmente podían convivir a largo plazo. Una fotografía de la Castellana en 1950 (Imagen 7.5) da muestra no sólo de cómo Madrid había evolucionado en un sentido opuesto al previsto tres décadas antes (Figura 7.2), sino también de una pugna latente entre la parte sur de la Castellana, caracterizada por su uso residencial para las clases altas, y la parte norte donde ya asomaban los Nuevos Ministerios. Al final la segunda zona fue progresivamente copando a la primera, sirviendo de acicate para el derribo de los palacios y su sustitución por edificios de uso comercial.

Imagen 7.5. Fotografía del paseo de la Castellana (1950)



Fuente: *Gran Madrid*, 1951

Tras este cambio urbanístico subyacía una concepción que consideraba plenamente caduco el anterior modelo residencial de las clases altas. Cuando a principios de la década de 1950 se derribó *La Huerta*, antigua residencia de Cánovas en la Castellana, el conde de Casal escribió un artículo en *ABC* que rememoraba las fiestas que habían tenido lugar en la misma durante las décadas precedentes⁴¹⁰. En contestación, desde *Gran Madrid*, revista de la Comisaría General para la Ordenación Urbana de Madrid y sus alrededores, se apuntó en un sentido opuesto:

⁴¹⁰ Conde de CASAL: “Los lunes de la Huerta”, *ABC*, 8 de mayo de 1951, número suelto.

Estados Unidos es el primer país que en España va a construir su propia Embajada [...] ¡Pero es que se va a emplazar en los terrenos del antiguo palacio «La Huerta»! Bueno, pues ¡estupendo! ¡Es que se trata de un prisma que va contra toda la tradición madrileña de los palacios de la Castellana!

No nos enfademos por ello. Esos palacios, ya lo decíamos antes, son de una especie de Luis XV o XVI, de escasa calidad en su fábrica revocada, que tiene poco que ver con esa tradición que se invoca y tan extraños a nosotros como el prisma que aparecía en la perspectiva de ABC.⁴¹¹

Con este espíritu se cerraba una época de preeminencia y hegemonía de un sector de las clases altas que, como he expuesto en estas páginas, también había estado cohesionado por un estilo de residencias. Los cambios que siguieron a partir de la consolidación del franquismo en la década de 1950 permitieron no sólo el nacimiento de nuevos grupos de poder, sino también la definición de nuevos patrones culturales y sociales que, necesariamente, incluían una nueva dimensión residencial.

La definición de un nuevo Madrid

El abandono de los palacios como espacio residencial no impidió que la localización espacial de las clases altas de Madrid a principios de la década de 1950 siguiera en buena medida el patrón de las décadas anteriores. Los barrios tradicionalmente distinguidos como Buenavista, Chamberí y Congreso continuaron ostentando esta condición. Su continuidad se explica de una parte porque las familias que abandonaron los palacios generalmente pasaron a vivir en amplios apartamentos en estos barrios. Por otro lado, aunque algunas zonas como la Castellana fueron progresivamente abandonadas como ámbito residencial, también debe señalarse el desarrollo de nuevas zonas al Norte (Paseo de la Habana) y Este (Avenida de América). Esta continuidad en la división en los espacios de la ciudad permitió que la mayoría de los contemporáneos siguieran considerando el distrito de Buenavista, posteriormente conocido como el barrio de Salamanca, como el espacio por antonomasia de las clases altas⁴¹².

No obstante, la continua ampliación de la ciudad anunció también un profundo cambio en el hábitat de las clases altas, principalmente a través de la planificación y desarrollo de las primeras urbanizaciones en la periferia de Madrid. Entre ellas cabría citar la construcción de la ciudad Puerta de Hierro en 1950 o la presentación en 1945 de

⁴¹¹ “Nuevos edificios oficiales en el eje Norte Sur”, *Gran Madrid*, 15 (1951), pp. 15-18

⁴¹² Rafael MAS HERNANDEZ: *El barrio de Salamanca...*, pp. 237-257.

un primer proyecto de urbanización de la Moraleja, que aunque no prosperaría en su formato original, sí dio lugar pocos años después a la construcción de las primeras casas⁴¹³. Estos barrios se distinguieron por reunir una serie de características radicalmente distintas de las zonas en que tradicionalmente habían residido las clases altas. Puerta de Hierro, que fue la primera urbanización que se desarrolló, se encontraba a varios kilómetros de la capital y carecía en aquel momento de ningún acceso a pie o por transporte público. La Florida y la Moraleja estaban todavía aún más lejos e inaccesibles. La fisonomía de los barrios también fue radicalmente distinta. De una parte el trazado urbano sobre grandes manzanas con pequeñas aceras estaba claramente pensado para favorecer el transporte en coche sobre los peatones (Figura 7.6). Igualmente, que las nuevas urbanizaciones apenas albergaran tiendas indicaba su uso exclusivo con fines residenciales. En esencia, las nuevas urbanizaciones eran proyectos que por su ubicación, distribución de los espacios y exclusivo uso residencial, rompía con el modelo de ciudad construida en torno al ensanche.

En estas urbanizaciones se edificaron viviendas unifamiliares que reunían una serie de condiciones radicalmente distintas de las que tuvieron los hoteles y palacetes del Madrid del primer tercio del siglo XX. Arquitectónicamente, en vez de tomar como referencia el estilo neoclásico de origen francés, estos chalets remitían claramente al modelo de los suburbios americanos⁴¹⁴. El ejemplo más claro en ese sentido lo constituye la casa de Frank Ryan, construida a mediados de la década de 1950 por Secundino Zuazo en la Moraleja⁴¹⁵. El tamaño de la vivienda y la diferenciación entre las salas públicas y privadas con respecto de los espacios dedicados al servicio doméstico dejaban fuera de toda duda que era una casa de clase alta. Pero también se evidenciaba la inexistencia de los espacios de sociabilidad (varios salones, biblioteca, despacho, etc.) propios de los hoteles de Madrid, así como la incorporación de innovaciones como eran una piscina o la pista de tenis. Desde cualquier perspectiva, las nuevas casas proyectadas para las clases altas en la periferia de Madrid reflejaban un

⁴¹³ Carlos SAMBRICIO: *Madrid, vivienda y urbanismo: 1900-1960*, Madrid, Akal, 2004, p. 351. A nivel específico: “La nueva ciudad Puerta de Hierro”, *Gran Madrid*, 2 (1948); “La ciudad Puerta de Hierro”, *Gran Madrid*, 15 (1951).

⁴¹⁴ El estudio de los suburbios dentro de los países anglosajones se ha convertido en un género en sí mismo. F.M.L. THOMPSON (ed.): *The rise of suburbia*, Leicester, Leicester University Press, 1982; Robert FISHMAN: *Bourgeois Utopias. The rise and fall of suburbia*, Nueva York, Basic Books, 1987; John R. STILGOE: *Borderland: Origins of the American suburb, 1820-1939*, New Haven, Yale University Press, 1988.

⁴¹⁵ Secundino ZUAZO: *Proyecto de casa de campo en La Moraleja, Madrid, propiedad de Mr. Frank Ryan*. Los planos originales puede consultarse en la Biblioteca Nacional, DIBZ/169

progresivo distanciamiento con las formas tradicionales de sociabilidad asociadas al hogar y, por consiguiente, la apuesta por un modelo aún más íntimo.

Precisamente fueron la intimidad, la privacidad y la búsqueda de un mayor anonimato los rasgos más destacados de este nuevo tipo de viviendas. Su ubicación a una gran distancia del centro y la imposibilidad de acceder en un medio distinto al coche, demuestra de por sí la búsqueda de un total alejamiento con respecto a la vida urbana. Además, a diferencia de los hoteles, las nuevas casas de las urbanizaciones buscaron crear una mayor separación con respecto al nivel de los viandantes, estableciendo generalmente muros con una altura suficientemente como para que las viviendas no quedasen excesivamente expuestas a la mirada del público (Figura 7.6).

Imagen 7.6. Vista de una calle en la ciudad Puerta de Hierro (1951)

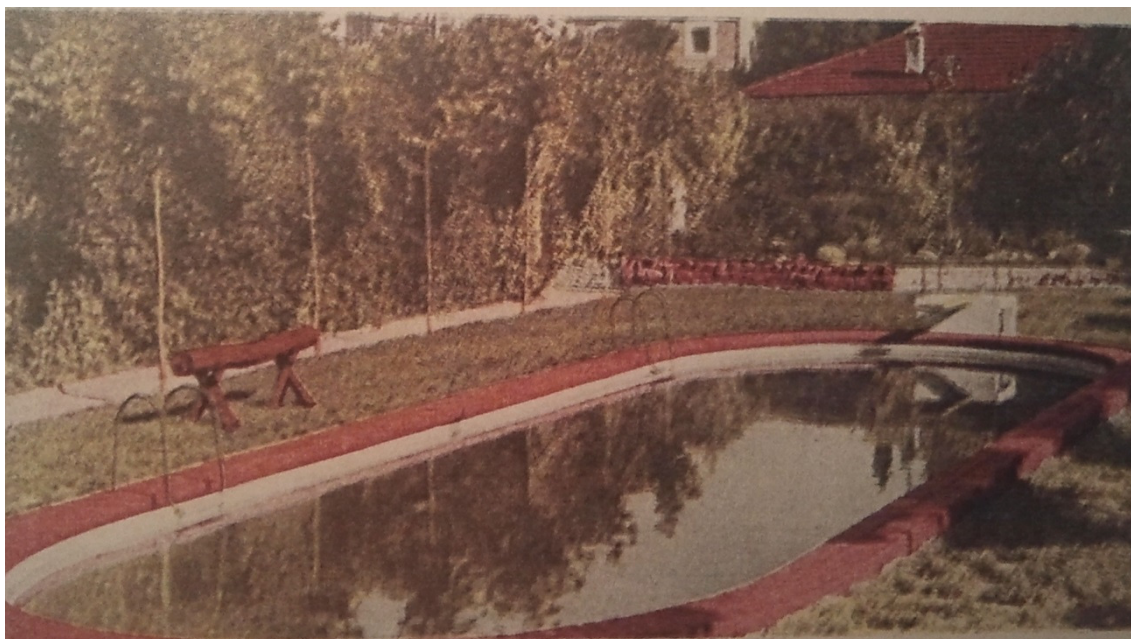


Fuente: *Gran Madrid*, 1951

Pero sin duda, el hecho más relevante, es que prácticamente ninguno de los nuevos habitantes de los suburbios de la capital anunciaron públicamente su nueva residencia. Anteriormente, en la ampliación del ensanche, la inauguración de un nuevo hotel o palacio había sido casi siempre publicada por lo menos a nivel de las revistas de sociedad, cuando no por el propio Ayuntamiento. En cambio, en las nuevas urbanizaciones, la única mención que se produjo fue a los arquitectos y constructores, pero nunca a los habitantes. Una prueba palpable de la búsqueda de un pleno anonimato,

puede verse en una pequeña fotografía que apareció en una revista de sociedad –*Gran Mundo*– en 1951 (Imagen 7.7).

Imagen 7.7. Fotografía de una piscina de una residencia de clase alta (1951)



Fuente: *Gran Mundo*, 1951

La imagen retrataba un pequeño jardín particular con una piscina, que significativamente iba acompañada del siguiente texto:

Esta piscina de dimensiones en su forma rectangular redondeada por los extremos, es el mejor ornato de este jardín en el que dominan los verdes contenidos de las vincas y las yedras antiguas. Está en la residencia, en Madrid, de un aristócrata vinculado a uno de los más claros linajes españoles⁴¹⁶.

El hecho de que el interesado no quisiera identificarse más allá de su condición aristocrática habla por sí solo del claro contraste con respecto a las extensas crónicas sobre las residencias aristocráticas que había realizado *Monte-Cristo* tres décadas antes. A pesar de que la revista *Gran Mundo* había sido impulsada por el marqués de Santo Floro –hijo de Romanones– y que ésta mantuviese la voluntad de defender los valores y el estilo de vida propio de la aristocracia, en la práctica se demostraba ya no había familias de las clases altas que estuviesen dispuestas a ser el objeto de atención como en épocas pasadas. Las nuevas urbanizaciones de los suburbios representaban una brusca ruptura con el principio de que las viviendas debían ser uno de los elementos más relevantes de la proyección social de los grupos de estatus elevado, por lo que de facto,

⁴¹⁶ *Gran Mundo*, 3 (1951), p. 67

los grupos dominantes estaban abandonando tal pretensión en aras de una mayor discreción y anonimato.

Entonces, ¿quiénes fueron a vivir a la periferia de Madrid? Los rasgos anteriormente enunciados (discreción y anonimato), junto con las dificultades relacionadas con la consulta de los fondos más recientes en archivos públicos, imposibilitan la elaboración de un perfil completo de los habitantes de los nuevos barrios, aunque ello no impide considerar que fuesen un espacio exclusivo de las clases altas. Para empezar no debe pasarse por alto que las propias promotoras pertenecían a familias con una cierta tradición entre los grupos dominantes. Por ejemplo, la ciudad Puerta de Hierro fue promovida por la Inmobiliaria Alcázar, una sociedad desarrollada por las familias Mac-Crohon y Jarava, mientras que la Moraleja era de Nueva Inmobiliaria Española, una empresa propiedad de la familia Ussía, entre cuyos miembros más destacados se encontraba el marqués de Aldama y el conde de los Gaitanes. Sin embargo, este vínculo con las familias dominantes no significaba que el traslado fuese inmediato. Al contrario, más bien cabe pensar que en sus primeras décadas, los nuevos habitantes fueron o bien personas advenedizas en las clases altas, como el propio Frank Ryan, o las nuevas generaciones de las clases altas de Madrid, como podía ser la hija mayor de la duquesa de Fernán Núñez⁴¹⁷. En ese sentido, la construcción de los suburbios de Madrid guardaba un cierto paralelismo con las primeras fases del Ensanche en tanto que fueran zonas que tardaron tiempo en atraer al núcleo fundamental de las clases altas de la capital. La plena consolidación de las urbanizaciones fue un fenómeno que tardó varias décadas en consolidarse y que excede plenamente a la cronología de esta obra.

⁴¹⁷ En 1941, la duquesa viuda y sus dos hijos abandonaron el viejo palacio de Cervellón para pasar a vivir en un piso en la calle Serrano. Tiempo después, en 1954, la hija mayor –Mercedes Falcó de Anchorena– casó con el conde de Puerto Hermoso, Fernando de Soto y Carvajal. El matrimonio vivió en sus primeros años en un piso en la calle Velázquez, pero en 1958 decidieron trasladar su residencia a una casa en la calle Isla de Oza, en la ciudad Puerta de Hierro. SNAHN, *Fernán Núñez*, C. 399.

8. El consumo

La preservación de un espacio residencial exclusivo y el mantenimiento de un determinado tipo de educación y relaciones familiares fueron sólo una parte de las fronteras que erigieron los grupos de estatus elevado en la sociedad de la Restauración. Ante el avance de la modernidad e inmersos en una metrópoli de un millón de habitantes como era Madrid, los grupos dominantes no buscaron simplemente refugiarse en una serie de nichos y círculos selectos, en tanto que también aspiraron a ostentar una posición que permitiera el reconocimiento de su hegemonía social por parte de las clases subalternas. En ese sentido, hubo dos razones por las que el consumo de bienes y servicios, entendido en un sentido amplio, fue uno de los procesos que mejor sirvieron para reforzar la posición social de la alta sociedad. En primer lugar, como señalé en el primer bloque, las clases altas pudieron contar durante esta época con un extraordinario nivel de ingresos. Sin embargo, a diferencia del medio rural, una gran ciudad concede tal grado de anonimato que los niveles de patrimonio y de ingresos eran relativamente desconocidos, por lo que el elemento más perceptible de la fortuna de las clases altas se manifestaba a través de un nivel y estilo de vida cualitativamente distinto.

Por otra parte, la diferenciación que hasta este momento he trazado en el seno de las clases altas entre distintos grupos de estatus, tuvo también un claro reflejo en los patrones de consumo. En términos generales, desde los estudios pioneros de Keynes, los economistas han identificado no sólo que el gasto personal es una variable dependiente de la renta, sino también que el consumo crece a un ritmo menor que los ingresos, por lo que los grupos de altos ingresos suelen tener una mayor disposición al ahorro⁴¹⁸. No obstante, dentro de este esquema, el propio Keynes reconoció que existían una multitud de “factores subjetivos” que podían variar la propensión a consumir dentro de un grupo con un mismo nivel de renta. En términos históricos, son precisamente esta serie de factores subjetivos de carácter social y cultural los que tienen una especial relevancia para determinar las fronteras entre los grupos de estatus elevado⁴¹⁹.

⁴¹⁸ John M. KEYNES: *La teoría general del empleo, el interés y el dinero*, Madrid, Aosta, 1998 [1936], pp. 127-141.

⁴¹⁹ Una cuestión a la que Keynes apenas prestó atención, aunque sí fue esbozada por James S. DUESENBERY: *Renta, ahorro y teoría del comportamiento del consumidor*, Madrid, Alianza Editorial, 1967 [1949], especialmente pp. 61-64. Para un extenso estudio de base cuantitativa véase Marguerite PERROT: *Le mode de vie des familles bourgeoises*, Paris, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1982.

En el campo del consumo, al igual que en otros ámbitos, la separación básica estuvo marcada por la definición de un patrón nítido y exclusivo por parte de la aristocracia, que permitió reforzar su cohesión social frente a otros grupos que pertenecían a las clases altas. En términos generales, la aristocracia fue el colectivo que consumió más en términos absolutos, pero también en términos relativos, es decir, en proporción a su renta. Esta predisposición por parte de la aristocracia a efectuar un mayor gasto sólo puede entenderse si se concibe el consumo, más allá de su significado económico y en relación al prestigio que concedía. Como habrá ocasión de ver, buena parte del gasto se realizó siguiendo las pautas propias del consumo conspicuo, es decir, se exteriorizó su uso frente al resto de los integrantes de las clases altas, pero también en relación a las clases medias y la clase trabajadora⁴²⁰.

Desde esa perspectiva, la sociedad aristocrática fue el grupo que marcó las modas, pues generalmente corrió de su cuenta la introducción de nuevos productos provenientes del extranjero. Adicionalmente, en muchos casos, pudo adquirir un monopolio en términos prácticos del consumo de determinados bienes y servicios, un rasgo que le permitió reforzar su condición social como un grupo de estatus distinguido. En esencia, el consumo fue más allá de una cuestión determinada por la renta disponible y la voluntad de ahorrar, pues también estuvo marcado por las relaciones sociales y por los valores que buscaba preservar el grupo. Profundizar en los estilos de consumo permite completar el cuadro que definía el *habitus* aristocrático en la sociedad liberal.

El gasto doméstico de las familias de clase alta

Las dificultades para estimar los ingresos –brutos o netos– de las familias de clase alta es una cuestión que he tratado de forma extensa en el apéndice de esta obra. En términos generales, el historiador se encuentra en esta época con la imposibilidad de disponer de la documentación notarial (compraventas, testamentos, etc.), y de un registro abundante en las contabilidades privadas. Por ello, la principal alternativa por la que he optado ha sido centrarme en las declaraciones de la renta, pues, a pesar de los problemas derivados del fraude fiscal, proporcionan una mirada única para establecer un perfil bastante completo de la economía de las familias de la clase alta de Madrid.

Si el propósito es estudiar el consumo, los problemas son sustancialmente mayores. Por parte de la administración pública, el consumo ni siquiera fue concebido

⁴²⁰ Thorstein VEBLEN: *Teoría de la clase ociosa*, Madrid, Alianza Editorial, 2004 [1899].

como un problema macroeconómico en esta época, por lo que no se elaboraron encuestas sobre el gasto de los hogares u otro tipo de estimaciones. Estableciendo un simple descarte, la otra fuente que puede detallar el presupuesto de un hogar de clase alta se encuentra en la propia contabilidad privada que llevaron las familias. Pero incluso en este campo, los gastos fueron tratados como un aspecto de menor importancia que los ingresos, dado que generalmente los primeros eran efectuados en efectivo y quedaban en manos de la mujer de la casa, por lo que los apuntes contables solían ser cronológicamente más limitados y los conceptos mucho más imprecisos.

Dos excepciones en este sentido lo constituyen los registros conservados por los duques de Fernán Núñez y José Luis de Oriol, dos familias que dada su elevada fortuna, contaron con un excelente servicio de gestión personal de su patrimonio y rentas. Adicionalmente, la comparativa en términos sociales y económicos entre Fernán Núñez y Oriol resulta de gran interés dadas las diferencias que les separaban. Los duques de Fernán Núñez proporcionan un prototipo de la aristocracia terrateniente, pues su economía estuvo casi exclusivamente basada en las rentas que les proporcionaban las fincas rústicas que poseían a lo largo de todo el país. Oriol, como ya describí en el capítulo primero, era uno de los principales industriales del país con importantes participaciones accionariales en empresas eléctricas, pero también gozaba de uno de los mayores patrimonios inmobiliarios de Madrid.

En términos sociales, las diferencias eran igual de acentuadas. Fernán Núñez era grande de España y en términos de estatus estuvo plenamente integrada en la sociedad aristocrática, como demuestra que viviera en uno de los palacios más antiguos de Madrid, que organizara una de las fiestas más importantes de la primavera y que fuera miembro de los clubes más exclusivos (Nuevo Club, Puerta de Hierro, etc.). Oriol, en un sentido estricto, no formó parte de la alta sociedad, pues en su condición de advenedizo en la capital, rehuyó conscientemente de las formas tradicionales de interacción de la sociedad aristocrática. En ésta época, José Luis de Oriol nunca solicitó un título nobiliario, no hay ningún registro de que fuera invitado a una gran fiesta de sociedad y sólo formó parte del Casino de Madrid, el club que, como más adelante expondré, fue el menos selecto de los que existían.

A primera vista, parecería que las diferencias sociales entre ambas familias no se trasladaron al nivel del consumo doméstico, pues en términos agregados el volumen de

gasto no se diferenci6 sustancialmente (tablas 8.1 y 8.2). Sin embargo, profundizando en las cuentas se descubren varias diferencias notables. En primer lugar, debe tenerse en cuenta que la elaboraci6n de la contabilidad reflejaba un distinto tipo de relaciones familiares. En la Casa ducal, si bien sus integrantes compartían los gastos de la vivienda m6s los servicios comunes en funci6n de su capacidad econ6mica, a nivel individual existía una estricta separaci6n en t6rminos de los ingresos y gastos personales. Por el contrario, en la familia Oriol el cabeza de familia llevaba las cuentas de todos sus integrantes, aunque permitía la asignaci6n de una partida a cada miembro.

Tabla 8.1. Gastos dom6sticos de la Casa de Fern6n N6ñez, 1931

Concepto	Pesetas
1. Gastos de la casa	129.523
1.1 Alimentaci6n	68.736
1.2 Gas, electricidad y combustible	23.503
1.3 Suministros	10.851
1.4 Reparaciones	20.107
1.5 Tel6fono	6.326
2. Gastos de personal y servicios	177.899
2.1 Servicio mayordomía	88.347
2.2 Pensiones	26.730
2.3 Servicio externo	21.865
2.4 Autom6viles	30.143
2.4.1 N6mina personal	13.942
2.5 Caballerizas	10.814
2.5.1 N6mina personal	5.918
3. Gastos personales comunes	8.164
3.1 Restaurantes	2.543
3.2 Prensa	704
3.3 Gastos m6dicos	4.916
4. Gastos personales individuales	180.771
4.1 Duquesa viuda de Fern6n N6ñez	73.176
4.2 Conde de Barajas	17.419
4.3 Marquesa de Villatorcas	50.319
4.4 Beltr6n Falc6 y 6lvarez de Toledo	39.856
4.5 Duque de FN, conde de Elda y marquesa de Nules	N.D.
Total	496.357

Tabla 8.2. Gastos dom6sticos de la familia de Jos6 Luis de Oriol y Urig6en, 1933

Concepto	Pesetas
1. Gastos de la casa	155.493
1.1 Alimentaci6n	55.894
1.2 Gas, electricidad y combustible	17.259
1.3 Vivienda	82.341
2. Gastos de personal y servicios	95.719
2.1 Servicio dom6stico	32.477
2.2 Autom6viles	63.241
3. Gastos personales comunes	120.467
3.1 Viajes	11.430
3.2 Mobiliario y ropas	30.281
3.3 Regalos	29.228
3.4 Gastos m6dicos	15.548
3.6 Diversos	33.980
4. Gastos personales individuales	89.874
4.1 Señor	7.555
4.2 Señora	20.000
4.3 Niños	62.319
Total	461.553

Fuente: SHAHN, *Fern6n N6ñez*, c. 1189; CDMH, *PS-Particular*, c. 632. Elaboraci6n propia

Teniendo en cuenta esta diferencia, debe sealarse que en la tabla 8.1 no he podido consignar el gasto particular de otros tres integrantes de la Casa de Fern6n N6ñez⁴²¹. Estimando que cada uno gastaba en torno a 40.000 pesetas al año, podría

⁴²¹ El duque de Fern6n N6ñez y sus dos hermanos, el conde de Elda y la marquesa de Nules.

concluirse que al final, el consumo de esta familia excedía las 700.000 pesetas al año. Tomando esta una cifra, puede afirmarse que el gasto doméstico de la Casa de Fernán Núñez fue sustancialmente mayor en términos relativos que el de la familia Oriol, especialmente si se tiene en cuenta que la renta neta de esta última fue en 1933 de 3,2 millones de pesetas, mientras que una estimación razonable de los ingresos de la Casa de Fernán Núñez situaría sus rentas en el entorno de 1,35 millones de pesetas, por lo menos hasta la llegada de la II República⁴²². En resumidas cuentas, mientras que los Oriol destinaban un 15 por cien de sus ingresos netos al gasto doméstico, la Casa de Fernán Núñez consumía la mitad de sus rentas.

Asimismo, un análisis detallado de las principales partidas de gastos permite conocer cuáles fueron las principales formas de consumo y las diferencias de matiz entre los grupos de estatus de Madrid. En líneas generales, hubo cuatro tipos de gastos en los que una familia de clase alta denotaba su condición social: vivienda, servicio doméstico, automóvil y gastos personales diversos (ropa, mobiliario, viajes, etc.). En cada uno de ellos, se expresaron las diferencias en torno al nivel económico, pero también los valores y estilo de vida de los grupos dominantes. En el campo de la vivienda, las diferencias respondieron al patrón que expuse en el capítulo anterior, que se expresaron en la diferencia entre vivir en un hotel o en un apartamento, o por ser más precisos, por habitar (o no) una residencia aristocrática. Las diferencias en otras partidas, principalmente el gasto en servicio doméstico, coches y en viajes, merecen de un análisis separado. La comparativa entre la contabilidad de ambas familias (Oriol y Fernán Núñez) arroja ya matices ciertamente relevantes a la par que plantean nuevas preguntas. ¿Por qué la Casa de Fernán Núñez gastó tres veces más en concepto de servicio doméstico (mayordomía y servicio externo) que la familia Oriol? ¿A qué respondía el elevado gasto en automóviles? ¿Cuáles fueron las principales partidas del gasto individual?

⁴²² En 1924, la renta que afluyó a la Casa ducal en forma de remesas procedentes de sus fincas rústicas y urbanas ascendía a 1,35 millones de pesetas. A esta cantidad habría que sumar una pequeña cantidad procedente de los ingresos de activos financieros y restar la parte del patrimonio que hubiese heredado Cristina Falcó, condesa de la Maza, que ya no habitaba en el palacio de Cervellón. Véase SNAHN, *Fernán Núñez*, C. 1000

El servicio doméstico

El número de empleados domésticos

El empleo del servicio doméstico, además de ser una de las principales formas de consumo, fue sin duda uno de los rasgos distintivos entre los grupos de estatus elevado de Madrid⁴²³. Como punto de partida para establecer una radiografía del empleo de trabajadores doméstico he vuelto a tomar como referente los datos proporcionados por el padrón municipal en 1930. Esta fuente permite conocer no sólo algunos rasgos ya tratados (tipo de vivienda, profesión declarada por el cabeza de familia, etc.), sino también el número de trabajadores domésticos que vivían con la familia. Un primer examen del empleo de trabajadores doméstico demuestra que no hubo un patrón único entre las clases altas de Madrid (tabla 8.3). A grandes rasgos existía un grupo, bastante significativo, que mantenía un personal interno de dos a cuatro personas, una cifra que era ciertamente elevada, pero no muy superior del servicio doméstico de las familias pertenecientes a las clases medias⁴²⁴. El contrapunto a esta situación se daba en aquellas familias que contaban con un servicio más numeroso, de entre siete y diez personas, a lo que se añadía una minoría que contaban con un personal interno formado por quince, veinte o hasta veinticinco personas⁴²⁵.

El segundo aspecto a destacar es que si se toma la posesión de un título nobiliario como un indicador aproximado del estatus, se comprueba que la sociedad aristocrática se distinguió por emplear un mayor número de trabajadores domésticos. Tres cuartas partes de las familias que no tenían título optaron por un servicio reducido de hasta cuatro trabajadores. En cambio, en las familias nobles la tendencia fue la contraria, pues en un 71 por cien de los casos contaron con un servicio doméstico de por lo menos cinco personas. El empleo de un gran servicio doméstico, entendido como aquel que reunía a más de diez personas, fue una característica prácticamente exclusiva de las familias nobles.

⁴²³ Cuestión que ya fue apuntada por Carmen SARASÚA: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, Siglo XXI, 1994.

⁴²⁴ El número de empleados domésticos por hogar en Rubén PALLOL: *El Madrid moderno...*, p. 664. En Barcelona, también parece que el número de trabajadores domésticos por familia se situó en esta horquilla. José Luis OYÓN, José MALDONADO y Eulàlia GRIFUL: *Barcelona 1930: un atlas social*, Barcelona, Edicions UPC, 2001, pp. 17-19

⁴²⁵ Esta división tripartita coincide parcialmente con la descrita por Anne MARTIN-FUGIER: *La place des bonnes. La domesticité féminine à Paris en 1900*, Paris, Perrin, 2004, pp. 72-75.

Tabla 8.3. Trabajadores domésticos internos de los grandes contribuyentes de Madrid, 1930

Trabajadores domésticos	Familias nobles	Familias no nobles
0	3%	5%
1	5%	2%
2	7%	21%
3	7%	23%
4	7%	24%
5	9%	12%
6	12%	5%
7	14%	3%
8	7%	1%
9	9%	0%
≥ 10	21%	1%
Total	111	201

Fuente: AVM, *Estadística*, padrón 1930. Elaboración propia

La diferencia entre ambos modelos de servicio se manifestó también en el número y proporción de trabajadores masculinos (tabla 8.4). Si bien el servicio doméstico fue una tarea fundamentalmente femenina en ambos tipos de hogares, los hombres no estuvieron totalmente excluidos, en tanto que formaban un sector muy significativo del servicio de las familias nobles.

Tabla 8.4. Trabajadores domésticos varones de los grandes contribuyentes de Madrid, 1930

Trabajadores por hogar	Familias nobles	Familias no nobles
0	23%	72%
1	17%	21%
2	23%	6%
3	14%	0%
4	5%	0%
5	7%	0%
≥ 6	12%	0%
Porcentaje de trabajadores varones sobre el total	35%	12%

Fuente: AVM, *Estadística*, padrón 1930. Elaboración propia

En términos generales el servicio doméstico de estas familias contó con mayor porcentaje de hombres (35 por cien), frente a una presencia más limitada en los hogares no nobles (12 por cien). Numéricamente, la diferencia resulta muy clara. Los hogares no nobles o no emplearon hombres o a lo sumo uno, mientras que en las familias nobles

fue frecuente emplear a varones, como se demuestra en el hecho de que un sesenta por cien de los hogares nobles tuviera más de dos trabajadores domésticos varones. En esencia, dentro del servicio doméstico de las clases altas existió una diferencia muy notable entre las familias nobles y las no tituladas, que externamente se puede identificar tanto en términos cuantitativos (número de empleados) como cualitativos (mayor proporción de trabajadores masculinos).

¿Qué factores explican este contraste entre las familias de clase alta? En primer lugar, conviene descartar los factores que menos peso tenían. Por una parte, si bien en ocasiones existía una cierta relación entre el número de miembros de la familia y los trabajadores empleados, en líneas generales es un factor que no explica las diferencias entre los grupos dominantes. Frente a la imagen que los genealogistas sobre la nobleza española puedan transmitir sobre familias muy extensas, los datos del padrón apuntan a que el modelo de familia noble no era distinto, y de serlo, eran ligeramente más pequeñas (tabla 8.5).

Tabla 8.5. Características de los hogares de los grandes contribuyentes. Madrid, 1930

Tipo de familia	Miembros de la familia	Número de empleados
Familias nobles	4,16	7,02
Familias no nobles	4,63	3,61

Fuente: AVM, *Estadística*, padrón 1930. Elaboración propia

En segundo lugar, existía también una relación compleja entre el número de empleados y el nivel de renta. Aunque a grandes rasgos se produjo una correlación positiva entre ambas variables (renta y número de empleados), el tamaño del servicio doméstico distó de ser estar dictado por el nivel económico. Generalmente, es cierto que aquellas familias que contaron con un mayor servicio doméstico se situaron en lo más alto de la escala social, como podían ser los mayores terratenientes del país (duques de Alba, Medinaceli, condes de Adanero, etc.), banqueros de primera línea (Urquijo) o grandes rentistas urbanos (marqués de Amboage). Sin embargo, no todas las familias con un elevado nivel de fortuna se decantaron igualmente por un modelo de gran servicio doméstico. De nuevo, dentro del ámbito financiero, el caso de los consejeros (Garnica, Valentín Ruiz Senén, etc.) y medianos banqueros de Madrid (Sáinz, López-Quesada o García-Calamarte) resulta significativo, pues generalmente contaron con

rentas superiores que muchos integrantes de la aristocracia terrateniente y, sin embargo, emplearon un servicio de menores dimensiones (dos a cuatro personas).

Si las diferencias no se debían a una cuestión económica, inevitablemente debe remitirse a la importancia del estatus y, por extensión, de los factores sociales y culturales⁴²⁶. En ese sentido, ¿puede decirse que el empleo de un mayor número de trabajadores domésticos por parte de la nobleza fuese un producto de la persistencia del Antiguo Régimen⁴²⁷? Existen dos factores que permiten matizar esta perspectiva. En primer lugar, conviene recordar que al referirme a la nobleza, no analizo a todos los titulados, sino sólo a su sector más pudiente y, además, la mayoría de ellos no provenían de familias de época moderna, en tanto que eran un producto propio de la sociedad liberal. En términos económicos, como ya expuse anteriormente, si bien muchos eran grandes terratenientes, también había banqueros, rentistas urbanos, consejeros de grandes empresas, militares, diplomáticos, etc. En esencia, era un grupo plenamente integrado en el capitalismo y la modernidad, pero, sin embargo, reprodujeron un comportamiento a nivel doméstico propio de la nobleza tradicional, evitando así diluir su identidad dentro de la sociedad de masas.

El empleo de un amplio servicio doméstico puede interpretarse como una de las manifestaciones más evidentes de la vida social y de la proyección pública que asumió la aristocracia durante la Restauración. El mantenimiento de residencias aristocráticas, la educación en el hogar, la sociabilidad informal en torno a visitas y fiestas, fueron una serie de acontecimientos y espacios en los que era obligatorio disponer de un amplio servicio. Adicionalmente, en este ámbito los empleados domésticos demostraron formar parte del ceremonial social, es decir, constituían un elemento de distinción de la sociedad aristocrática⁴²⁸. Para el resto de clases sociales el empleo de tan amplio número de trabajadores era visto como un derroche. En cambio, para la aristocracia, su presencia respondía perfectamente a su definición como grupo de estatus en esta época, pues era una de las manifestaciones más claras de la capacidad del “saber gastar” y de la proyección en la esfera pública del consumo familiar.

⁴²⁶ Un análisis del servicio doméstico como indicador de estatus en Pamela HORN: *The rise and fall of the Victorian servant*, Stroud, Sutton, 1995. Jessica GERARD: *Country house life. Family and Servants, 1915-1914*, Oxford y Cambridge, Blackwell, 1994, pp. 144-161

⁴²⁷ Arno J. MAYER: *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*, Madrid, Alianza, 1984.

⁴²⁸ Thorstein VEBLEN: *Teoría de la clase...*

Al identificar al personal doméstico como un elemento de distinción de la aristocracia frente a la sociedad de masas, puede además matizarse y explicarse algunos de los rasgos que apuntaba anteriormente. Por una parte, la diferencia entre familias nobles y no nobles, si bien es importante, tampoco es absoluta. Entre las primeras, hubo ciertos sujetos que aun poseyendo una considerable fortuna, mantuvieron un servicio pequeño debido a que estuvieron poco integrados en la vida aristocrática como resultado de pasar buena parte del año en el campo o en el extranjero. Por ejemplo, el conde de la Puebla del Maestre, era “muy aficionado al campo [...] y no frecuentó la sociedad”, una descripción que concuerda con que mantuviera sólo cuatro criados⁴²⁹. En el otro extremo, pero por las mismas razones, se explican los pocos casos de familias no nobles que tuvieron un servicio muy numeroso. Antonio Garay y Vitórica o Juan Manuel Urquijo, si bien no ostentaron título, estuvieron plenamente integrados en la sociedad aristocrática y, por tanto, mantuvieron un servicio acorde con su posición (más de diez empleados).

La presencia masculina en el servicio doméstico es otro elemento que a tenor de lo expuesto, se entiende mucho mejor. El trabajo de ellos se diferenció por dos rasgos. Por una parte, al igual que en otras épocas, su remuneración fue generalmente mayor, por lo que disponer de trabajadores varones se erigió como un símbolo de la capacidad y voluntad de saber gastar⁴³⁰. Su empleo además se produjo precisamente en los puestos con mayor proyección pública (mayordomos, chóferes, mozos de comedor, etc.), permitiendo remarcar las diferencias con las familias no aristocráticas, que empleaban sólo a mujeres y se acercaban al modelo pequeñoburgués de criada única que combinaba distintas tareas. Como forma de profundizar en la distinción que acompañaba al servicio aristocrático, a continuación analizaré los detalles sobre su estructura.

La estructura del servicio aristocrático

Para conocer la estructura interna del servicio doméstico aristocrático es necesario basarse en la documentación privada, que si bien refiere a casos singulares, proporciona una perspectiva más completa que el padrón, que sólo recoge el servicio interno y opta por un sistema de clasificación demasiado simple de las ocupaciones de

⁴²⁹ “El Conde de la Puebla del Maestre”, *ABC*, 27 de mayo de 1956, p. 72

⁴³⁰ Una breve comparativa histórica sobre la división de género del servicio doméstico en Ratna SAPTARI: “Rethinking Domestic Service”, *International Review of Social History*, 44 (1999), pp. 77-85.

los trabajadores domésticos (doncella, criado, sirviente). De esta forma, al tomar la perspectiva de la documentación de las casas aristocráticas cobra mayor cuerpo la interrelación del servicio con sus amos. Al examinar la minuciosa contabilidad de la Casa de Fernán Núñez, se obtiene una visión muy precisa de las funciones y distribución de un personal doméstico formado por 58 personas que trabajaban para una familia de siete miembros (tabla 8.6) y que aparecían repartidos en tres áreas: mayordomía, caballerizas y personal de administración.

Tabla 8.6. Organización del personal de la Casa de Fernán Núñez, 1925

Mayordomía			Caballerizas			Administración		
Empleados	Posición	Gratificación de Navidad (ptas.)		Empleados	Posición	Gratificación de Navidad (ptas.)	Empleados	Posición
		Mínimo	Máximo					
2	Mayordomos	100		1	Jefe de caballerizas	100	1	Apoderado
2	Ayudas de cámaras	50	100	1	Cobero	50	1	Administrador fincas
4	Lacayos	10	25	1	Portero	50	1	Arquitecto
2	Ayas	50		7	Mozos	25	1	Contable
3	Doncellas	25					1	Cajero
2	Guardarropas	25	50				1	Archivero
2	Jomaleras	25					1	Oficial
2	Porteros	50						
2	Porteras	25						
4	Planchadoras	20						
3	Lavanderas	20						
1	Farolero	25						
1	Calefacción	25						
1	Monaguillo	25						
3	Reposteros	25	50					
2	Jardineros	25	50					
5	Chauffeur	50	100					

Fuente: SNAHN, Fernán Núñez, c. 1389, d. 6. Elaboración propia

Como puede verse la mayoría de los empleados domésticos quedaban encuadrados en el ámbito de la mayordomía. En las familias de la vieja aristocracia, como Fernán Núñez, este espacio estaba en manos de una figura masculina, el mayordomo, mientras que en el resto de familias de la sociedad aristocrática, dichas tareas las asumió una mujer: el ama o gobernanta. Una aproximación a sus funciones se obtiene a través de la correspondencia que tuvo el marqués de Viana al ofrecer en la prensa una vacante de mayordomía⁴³¹. En total, 35 personas contestaron presentando un perfil variado de cualificación media o alta. Entre ellos, si bien había antiguos empleados domésticos, la mayoría declararon otras profesiones como administradores, peritos, encargados de hoteles, militares e incluso el capellán del palacio real.

¿Cómo podían trabajadores tan distintos solicitar este empleo? En general, ellos ensalzaron dos tipos de virtudes. En primer lugar, resultaba ineludible demostrar un hábil manejo en cuestiones de contabilidad, reflejando la importancia que para este puesto significa llevar el gasto ordinario de la casa, una tarea en la que debía vigilarse contra el despilfarro y los robos. Los aspirantes hicieron igualmente gala de sus dotes de mando: “Tengo gran práctica, por tanto, en cuanto se refiere al trato con toda clase de dependencia técnica y obrera, como así mismo en lo concerniente a las necesidades de servidumbre en casa de elevada posición”⁴³². Este rasgo apunta a la preocupación por mantener un régimen de disciplina, especialmente si se tiene en cuenta el elevado número de trabajadores, lo extensa que era la jornada de trabajo y la diversidad de tareas.

Inmediatamente por debajo de los mayordomos estaban los trabajadores al servicio personal de la familia: ayudas de cámara y lacayos en caso de ser hombres, doncellas si eran mujeres. El caso de Fernán Núñez resulta clarividente a la hora de establecer la jerarquía entre ellos. Cada miembro de la casa contaba con un servidor, si bien para los señores era un ayuda de cámara, mientras que los hijos contaban con lacayos. Dado su trato personal con la familia, era también un puesto que debía recaer en personas con una formación probada. Por ejemplo, en el mismo año en que el marqués de Viana buscaba un mayordomo, también demandaba un ayuda de cámara, pero en este caso lo anunció exclusivamente en el periódico alemán *Deutsche Warte*,

⁴³¹ Uno de los anuncios apareció en *ABC*, 25 de junio de 1916, p. 24

⁴³² Carta de José Fernández Lara al administrador general del marqués de Viana (28 de junio de 1916), AV, *Viana*, leg. 630, exp. 1.

órgano oficial de la Asociación Económica Alemana en España. La respuesta de los peticionarios era bien distinta, pues todos remarcaban su buena presencia física, manejo de idiomas y, sobre todo, su pasado como servidores de la aristocracia alemana, por lo que estaban: “en condiciones de corresponder a su exigencias más refinadas [sic.]”⁴³³.

Por debajo de estos dos niveles quedaban englobados el resto de trabajadores dedicados a tareas de mantenimiento de la casa y de la vida en familia: porteros, planchadoras, lavanderas, jardineros, etc. No obstante, sería excesivamente simple considerar que existía una cadena de mando inequívoca desde el mayordomo hasta el último criado, dado que hubo dos ámbitos que, aun estando en la nómina de la mayordomía, gozaron de un estatus específico y una considerable autonomía. Uno era el personal de la cocina, formado en el caso de Fernán Núñez por tres reposteros y uno o varios mozos de comedor. Esta área quedaba a cargo del jefe de cocina, que solía contar con un salario superior, en ocasiones equivalente al del mayordomo, debía organizar el trabajo a un ritmo distinto y formar su propio presupuesto. Igualmente, la persona encargada de la educación de los niños, la aya o institutriz, gozó casi de una plena independencia⁴³⁴. Su superioridad con respecto al resto de criados era recalcada en un manual de la época:

*A los institutores, institutrices, ayas, señoritas de compañía, requiere tratarlos con cortesía de iguales que reciben nuestra hospitalidad y nos rinden verdaderos servicios [...] Los criados les han de tratar con respeto de superiores, devolviéndoselo ellos con amabilidad. Estos dependientes de la casa comen en mesa aparte de los criados, y a veces con los amos, pero no alternan con ellos en los salones, a no ser por condescendencia especial*⁴³⁵.

En la alta sociedad se produjo asimismo una tendencia por favorecer el empleo de extranjeras, en concreto, un 82 por cien de las 34 institutrices contabilizadas en la muestra que he obtenido del padrón municipal. Esta condición foránea, unido a su elevada formación, les permitía disfrutar de los salarios más elevados dentro del personal doméstico. Por ejemplo, la institutriz de los hijos del marqués de Aledo, a la que me referí en el capítulo sexto, pedía “with reference to salary having regard to the

⁴³³ Carta de Johann Horing Gasche al administrador general del marqués de Viana (23 de enero de 1916), Archivo Viana, fondo Viana, leg. 679, exp. 5.

⁴³⁴ Sobre el papel de las institutrices en la sociedad aristocrática véase el detallado estudio de Eric MENSION-RIGAU: *Aristocrates et grands bourgeois...*, pp. 34-43.

⁴³⁵ Carmen de BURGOS SEGUI: *La mujer en el hogar. Guía de la buena dueña de casa*, Valencia, F. Sempere y Compañía, 1909, pp. 169-170. Aunque este tipo de manuales estaban dirigidos a las familias burguesas, ello no impide que buscasen imitar algunos rasgos del servicio aristocrático.

fact that I am a University Graduate and a trained teacher I think from £100 to £120 per annum would be reasonable”⁴³⁶.

Si la mayordomía era la pieza fundamental del servicio en la casa, las caballerizas o el servicio de automóvil eran el escaparate hacia el exterior. El jefe de caballerizas o el chófer (*chauffeur* siguiendo el influjo francés de los contemporáneos) era el encargado de mantener en estado óptimo el parque de coches y organizar los desplazamientos. Junto con él, podía mantenerse un conductor auxiliar, un mecánico y también un chico o aprendiz encargado de lavar los automóviles. Mención aparte merece el personal de administración que desde cualquier perspectiva constituía una pieza imprescindible en las familias de la sociedad aristocrática. En este campo, si bien los negocios de las clases altas eran de muy distinta naturaleza (fincas rústicas, propiedades urbanas, cartera de valores, etc.) existió una tendencia a descargar a la familia de la parte más tediosa del cobro y administración⁴³⁷. La existencia de unos gastos personales elevados unido a la gestión de la nómina y gastos asociados al servicio doméstico, determinó también la necesidad de mantener un control diario sobre los movimientos de caja. El rasgo más destacable, aquel que establece una diferencia con el mundo actual, es que se entendiese que ambas tareas (administración de los negocios y supervisión de la economía familiar) debían permanecer en el ámbito doméstico, pues no se conoce ningún caso en que se externalizase en un servicio independiente de gestión patrimonial.

El personal de administración, aun siendo imprescindible, y numéricamente nada despreciable, difícilmente puede decirse que formara parte del servicio doméstico. La diferencia radica en que si bien eran trabajadores al servicio de la familia, también contaron con una serie de rasgos que les distanciaron claramente. Su formación y salario fue sustancialmente mayor, por lo que eran muy pocos los casos de administradores que sirviesen como personal interno, un rasgo que además revela un trato diferenciado con los señores de la casa. Seguramente ellos mismos no se veían formando parte del servicio doméstico, sino al contrario, consideraban que éste estaba por debajo en la

⁴³⁶ Carta de Eva Mac Donald al marqués de Aledo, s.f. [1930], SHAHN, Aledo, C. 698. Conviene apuntar que según el tipo de cambio de aquel año, la cantidad demanda equivalía a una cifra de entre 4.000 y 5.000 pesetas, un salario que superaba con creces la remuneración media de un empleado de oficina.

⁴³⁷ Sobre los administradores existe una abundante bibliografía centrada fundamentalmente en su posición en la economía agraria del siglo XIX. Juan CARMONA: *Aristocracia terrateniente y cambio agrario...*; Santiago LÓPEZ GARCÍA y Ricardo ROBLEDO: “El administrador de los antiguos patrimonios agrarios según la teoría de la agencia”, *Información Comercial Española*, 812 (2004), pp. 105-124.

escala social. El hecho de que en la documentación y contabilidad describiesen a la “servidumbre” como un grupo diferenciado del “personal de oficina” confirmaría esta hipótesis⁴³⁸.

La descripción de la estructura del personal doméstico no podría finalizar sin referirnos al hecho de que las familias aristocráticas hicieron gala de la lealtad de sus trabajadores. Siguiendo el antiguo principio de la “casa grande”, la familia incluía a todos los miembros que vivían en un mismo hogar y compartían relaciones bajo la autoridad del *pater familias*⁴³⁹. Por tanto, no es extrañar que se valorara la permanencia y la constancia en el trabajo y que, a cambio, se ofrecieran múltiples recompensas. Instituciones de la nobleza como la Diputación de la Grandeza se distinguieron por conceder anualmente a los servidores que hubiesen mostrado un largo y constante servicio una cartilla en el Monte de Piedad (imagen 8.1)⁴⁴⁰.

Imagen 8.1. El duque de Alba entregando los premios de la Diputación de la Grandeza (c. 1945)



Fuente: ACA, Fondo de Don Jacobo, Caja 4.

A nivel individual, el esquema se reproducía a través de las disposiciones testamentarias, que reconocían una gratificación extraordinaria en función del tiempo de

⁴³⁸ SNAHN, *Fernán Núñez*, c. 1189, d. 3. Por esa razón, no he incluido el gasto en personal de administración en el las tablas que resumen el gasto doméstico de las familias de Oriol y Fernán Núñez.

⁴³⁹ Otto BRUNNER: “La «casa grande» y la «Oeconomica»...”; para el caso español, Pilar MUÑOZ LÓPEZ: *Sangre, amor e interés...*, pp. 434-445

⁴⁴⁰ Un ejemplo de premio en *Diputación permanente y Consejo de la Grandeza de España. Memoria correspondiente al año 1919-1920*, Madrid, 1920, p. 27.

servicio. En el caso de Fernán Núñez se pagaba el sueldo de un mes a los criados que llevasen más de cuatro años de servicio, una cantidad que aumentaba a medio año con los trabajadores que llevasen más de diez años ocupados por la casa⁴⁴¹. Todo ello no era sino una contraprestación por mantener y conservar la privacidad de los señores. Aun cuando los amos sabían que debían guardar un espacio íntimo frente a los trabajadores domésticos, existía siempre el riesgo de que ellos comprometieran su posición en el espacio público, tal como reconocía uno de los manuales de etiqueta de esta época:

*Debemos evitar, por tanto, a toda costa, que la servidumbre penetre en el secreto de las conversaciones familiares, procurando por todo y sobre todo no emitir juicios desfavorables ni censuras justas o injustas de nuestra familia, amistades o clientes, ya que en un momento cualquiera, los juicios y las censuras podrán convertirse en armas que el propio criado esgrimirá contra nosotros*⁴⁴².

La nota complementaria a estos dos rasgos –continuidad en el tiempo y lealtad a los señores de la casa– se manifestó a través la familiaridad con la que los integrantes de la alta sociedad recordaron a las personas que formaban el núcleo del personal doméstico⁴⁴³. En esencia, los criados eran más que un gasto: constituían el rasgo más distinguido y difícil de imitar de una familia aristocrática.

Los automóviles

Una de las notas particulares de la conversión de Madrid en una metrópoli a lo largo de las décadas de 1910 y 1920 estuvo en la profunda transformación que se produjo en los medios de transporte urbanos. La consolidación de los nuevos barrios del ensanche, que incluían, un progresivo alejamiento de los espacios residenciales de las clases altas con respecto a los centros de poder, determinó que los habitantes de la capital contaran con nuevos medios de transporte. En los barrios populares y de clase media la innovación fundamental de este periodo fue primero el tranvía y, posteriormente, el metro. En cambio, el automóvil, convertido en América y Europa en el auténtico símbolo de la modernidad y del tránsito a la sociedad de masas, fue en España un producto exclusivo de las clases altas⁴⁴⁴.

⁴⁴¹ *Escritura de Testamento abierto otorgada por el Excmo. Señor Don Manuel Falcó y Álvarez de Toledo (16 de junio de 1933)*, SNAHN, Fernán Núñez, c. 2294, d. 13.

⁴⁴² Duque de CAMPOSOL: *Código de etiqueta y distinción social*, Madrid, Editorial Estudio, s.f. [1942], pp. 51-52

⁴⁴³ Princesa Max de HOHENLOHE LANGENBURG: *Érase una vez...*, p. 10.

⁴⁴⁴ Sobre la historia del automóvil, José Luis GARCÍA RUIZ: *Sobre ruedas. Una historia crítica de la industria del automóvil en España*, Madrid, Síntesis, 2003. Sobre la condición del automóvil como

En Madrid, tradicionalmente el medio de transporte de los grupos dominantes había sido el coche de caballos. Durante el Antiguo Régimen, pero también en la época del liberalismo, los coches eran uno de los principales medios por los que se distinguió la nobleza⁴⁴⁵. Mantener un coche implicaba un coste ciertamente elevado debido al gasto que implicaba comprar varios caballos, mantener a los criados (cochero, lacayo y varios mozos) y gozar de un espacio en el que establecer las caballerizas. Los carruajes se convirtieron además en un medio de transporte en que la aristocracia pudo fácilmente establecer una serie de signos de distinción. Por obligación, todo coche de una casa aristocrática debía contar por lo menos con dos caballos, pues “sólo las «mantenidas» de los hombres ricos iban con carruajes de un caballo”⁴⁴⁶. Existió asimismo la tradición de que los coches llevasen un distintivo de un color que permitiese reconocer a sus propietarios: amarillo para Alba, verde y rojo en Fernán Núñez, azul en Sotomayor, verde para Tamames, etc⁴⁴⁷. Por otra parte, la posesión de un coche generalmente respondía a la participación en los círculos de sociabilidad de la alta sociedad, pues eran el medio idóneo para realizar *visitas*, reflejando igualmente la posibilidad de contar con tiempo para simplemente pasearse y ser reconocido. El marqués de Valdeiglesias apuntaba que:

*La mejor ocasión para mostrar el lujo de los enganches y de los carruajes la constituían quizás las carreras de caballos, que en aquella época eran uno de los espectáculos más interesantes de la vida de sociedad. [...] En realidad, las carreras eran el pretexto para lucir el último modelo de París o un tren lujoso, de forma que el espectáculo empezaba realmente al terminar, pues lo más interesante era el desfile*⁴⁴⁸.

Durante las primeras décadas del siglo XX, marcadas por el avance de la modernidad, ciertas familias de la vieja aristocracia se resistieron a abandonar estos usos y a cambiarse por un automóvil. Monte-Cristo, en el obituario de la duquesa de Fernán Núñez, comentaba que ella:

Gustaba de ir en carretela descubierta, muchas veces tirada por cuatro caballos, enganchados a la gran D'Aumont, y cuando hicieron su aparición los

producto de lujo, José Luis HERNÁNDEZ MARCO: “Los precios de los automóviles importados en la España de los años veinte”, *Revista de Historia Industrial*, 22 (2002), pp. 157-173.

⁴⁴⁵ Véase el excelente estudio de Alejandro LÓPEZ ÁLVAREZ: *Poder, lujo y conflicto en la Corte de los Austrias. Coches, carrozas y sillas de mano, 1550-1700*, Madrid, Polifemo, 2007.

⁴⁴⁶ La expresión proviene de una reunión de damas aristocráticas en la que participó posteriormente la Condesa de ROMANONES: *El fin de una era...*, p. 379

⁴⁴⁷ Antonio de HOYOS y VINENT: *El primer Estado...*, p. 140.

⁴⁴⁸ Marqués de VALDEIGLESIAS: *70 años de periodismo. Memorias*, vol. III, Madrid, Biblioteca Nueva, 1952, p. 83.

*automóviles, ella siguió paseando, solitaria, muellemente reclinada en los almohadones de su elegante millord*⁴⁴⁹.

Más allá de determinados nichos, la presencia de los coches de caballos en la capital experimentó una notable reducción durante el primer tercio del siglo XX. Una memoria del Ayuntamiento de Madrid cifraba en 910 los coches de lujo a la altura de 1921, si bien apenas ocho años más tarde su número se había reducido en dos tercios (295 coches)⁴⁵⁰. De forma paralela, el automóvil alcanzó rápidamente su hegemonía, pues si al finalizar la I Guerra Mundial apenas se matricularon 300 automóviles al año en Madrid, una década más tarde se había alcanzado la cota de cuatro mil automóviles por año, dando lugar a un parque automovilístico de cerca de 14.000 vehículos⁴⁵¹.

La rápida implantación del automóvil, unido al hecho de que fuese un mercado en el que potencialmente cualquier comprador podía adquirir un coche en una agencia, amenazaba con que el nuevo medio de transporte se vulgarizara hasta el punto de que borrara las diferencias de estatus entre los grupos dominantes. Sin embargo, aun cuando a finales de la década de 1920 se convirtió en una nota común que las familias de clase alta tuvieran un automóvil, ello no anula que siguieran existiendo sutiles diferencias en función del estatus. En primer lugar, conviene reseñar que las clases altas no participaron por igual en la nueva moda, pues en su seno se evidenció un patrón similar al que se expresó en otras formas de consumo. Por ejemplo, tomando los listados de coches matriculados publicados en la revista *Madrid Automóvil*, puede fácilmente comprobarse que los mayores compradores de automóviles fueron generalmente los individuos más ricos, pero también aquellos que participaban en los círculos y prácticas de la alta sociedad (tabla 8.7).

Las cifras de esta muestra resultan ciertamente significativas a la hora de delimitar los niveles de confort propios de la sociedad aristocrática. Entre las familias de este grupo de estatus se evidencia que los automóviles no fueron compartidos entre los integrantes de la familia (padre, mujer e hijos), en tanto que cada uno de ellos, o por lo menos los adultos, tuvieron un coche propio. Por otra parte, el automóvil, a pesar de ser un bien industrial, se convirtió en un objeto para conservar y coleccionar. De esta

⁴⁴⁹ MONTE-CRISTO: “La duquesa de Fernán Núñez. Anécdotas y recuerdos”, *El Imparcial*, 11 de septiembre. La copia que he consultado se conserva en SNAHN, Fernán Núñez, C. 1170, D. 3

⁴⁵⁰ AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria, información de la ciudad*. 1929, Madrid, 1929, p. 158

⁴⁵¹ Las cifras referentes al parque automovilístico en *Ibid.* Sobre la evolución de coches matriculados, *Anuario de la revista Automóvil Comercio*, 1936

manera se entiende que personas como el marqués de Amurrio y los duques de Alba o Medinaceli compraran tres y cuatro Rolls Royce durante este periodo de siete años.

Tabla 8.7. Principales compradores de automóviles entre las clases altas de Madrid, 1925-1932

Nombre y apellidos	Título	Automóviles
Urquijo y Ussía, Estanislao	Urquijo, Marqués	13
Ulloa y Fernández Durán, Álvaro	Adanero, Conde	11
Falcó y Osorio, Manuel†	Fernán Núñez, Duque	11
Castillejo y Wall, José María	Floridablanca, Conde	9
Urquijo y Ussía, Juan Manuel		8
Fernández de Córdoba, Luis Jesús	Medinaceli, Duque	8
Figuroa y Alonso Martínez, Luis	Dehesa deç Velayos, Conde	8
Stuart y Falcó, Hernando	Peñaranda, Duque	8
Stuart y Falcó, Jacobo	Alba, Duque	8
Urquijo y Ussía, Luis	Amurrio, Marqués	7
Travesedo, Francisco		7
Urquijo, Fernando		7
Maura, Gabriel	Maura, Duque	6
Maura, Miguel		6
Mitjans y Manzanedo, Juan Manuel††	Santoña, Duque	6
Patiño y Mesa, Luis	Castelar, Marqués	6
Plá y Peñalver, Fernando	Amboage, Marqués	6
Sorolla, Joaquín		6
Travesedo, Manuel		6

Fuente: *Madrid Automóvil*. Véase apéndice sobre el procedimiento de elaboración

Nota: Se ha agregado en el cabeza de familia los coches matriculados a nombre de la mujer e hijos cuando compartían domicilio. † Fallecido en 1927; †† Fallecido en 1929, incluyen automóviles de familiares

Entre las familias de las clases altas que no pertenecían al núcleo de la alta sociedad, el uso de automóviles se hizo bajo un patrón distinto. No sólo se gastó menos –pues lo normal fue comprar uno o dos vehículos– sino que además apenas hubo este afán por coleccionar. Asimismo, los niveles de renta, aunque fueron un factor que condicionó la posibilidad de comprar un automóvil, distó de ser la variable clave a la hora de delimitar el consumo entre los grupos dominantes. Los ejemplos son innumerables, pero el caso que presenté al principio de este capítulo habla por sí solo: los miembros de la Casa de Fernán Núñez compraron durante este periodo once coches, la familia de José Luis de Oriol sólo cuatro.

La búsqueda de la distinción se expresó igualmente en la elección de determinadas marcas. Durante la década de 1920, la inmensa mayoría de los coches matriculados en España eran de procedencia extranjera, entre los cuales destacaban

Ford, Citroën, Fiat y Chevrolet⁴⁵². Pero dentro de los grupos dominantes fueron otras las marcas especialmente apreciadas. En lo más alto de la escala de valores se hallaban los automóviles Rolls Royce y Lanchester, cuyo precio se encontraba en una horquilla de entre 50.000 y 80.000 pesetas, es decir, constituía una cantidad equivalente a los ingresos anuales de un mediano rentista⁴⁵³. Más allá de su precio, ambos coches estaban rodeados de un aura de perfección y respetabilidad dada su vinculación con las élites de Gran Bretaña, el país más aristocrático de Europa⁴⁵⁴. Su éxito se demuestra en que durante los años 20 en Madrid se matricularon de media trece Rolls al año, una cifra muy superior a la de Barcelona, a pesar de que en esta ciudad, por mayor tamaño y riqueza, se matricularon ligeramente más automóviles que en la capital⁴⁵⁵. A pesar de su exclusividad, es necesario señalar que en Madrid hubo dos tipos de compradores de Rolls Royce o Lanchester. De una parte, la mayoría fueron personas plenamente integradas en la sociedad aristocrática, como aquellos que he recogido en la tabla 8.7, pero también de otras casas nobiliarias (Arión, Lerma, Montellano, etc.) o individuos distinguidos (Beístegui, Valentín Ruiz Senén). Sin embargo, junto con ellos, también hubo un reducido número de compradores como Juan March o Pilar Colás (mujer del gran comerciante José Martí Prats), que optaron por este tipo de automóvil, aun cuando ellos eran el prototipo de persona que hubiese sido tachada como un nuevo rico por parte de la alta sociedad.

Las marcas inglesas no fueron las únicas apreciadas entre los círculos selectos de la capital. Los automóviles americanos de lujo –Buick y Cadillac– cosecharon también un notable éxito fruto no sólo de su buena fabricación, sino también debido a los valores con los que se publicitaron. Un anuncio de Cadillac del año 1929 (Imagen 8.2) resumía a la perfección la importancia del automóvil en la alta sociedad. En la parte izquierda de este anuncio se localizaba un pequeño boceto del coche situado en la típica reunión de un *Country Club*, remarcando por tanto el uso del automóvil no como un medio relacionado con el trabajo, sino con el ocio de los círculos selectos. Más relevante si cabe fue que en la parte derecha se recogiera el siguiente texto:

⁴⁵² Éstas fueron las marcas que más coches matricularon a finales de la década de 1920. Véase, *Madrid Automóvil*, 62 (1930) y 74 (1931).

⁴⁵³ Una comparativa de precios en *Kinos*, 14-3 (1930)

⁴⁵⁴ Rolls Royce era una compañía que había sido fundada por integrantes de una familia de la aristocracia británica, David CANNADINE: *The decline and fall...*, pp. 393-396.

⁴⁵⁵ El caso más extremo se produjo en 1926, cuando en Madrid se matricularon 21 Rolls, mientras que en Barcelona sólo uno. Entre otros años, aunque las diferencias fueron menores, Madrid siempre ostentó la mayoría de Rolls matriculados en el país. *Madrid Automóvil*, 25 (1927)

*En todos aquellos lugares en que se reúnen los que por su abolengo y posición forman la aristocracia de una nación, se comenta no solamente el buen gusto que representa la adquisición de un tapiz o cuadro famoso, el lujo que implica la compra de un palacio, sino que también es objeto de comentarios el automóvil*⁴⁵⁶.

Imagen 8.2. Anuncio de Cadillac (1929)



*Doquiera que se reúnen
los aristócratas
se comenta con entusiasmo*

CADILLAC

En todos aquellos lugares en que se reúnen los que por su abolengo y posición forman la aristocracia de una nación, se comenta no solamente el buen gusto que representa la adquisición de un tapiz, el lujo que implica la compra de un palacio, sino que también es objeto de comentarios el automóvil.

Y al comentar un automóvil, estas personas de gusto exquisito tienen en cuenta el lujo, la belleza, la perfección mecánica, el refinamiento de que está dotado. Por eso, los sibaritas, cuyos actos se comentan siempre con admiración, suelen poseer un Cadillac, siendo los nombres de estos propietarios la mejor garantía que la Casa Cadillac puede ofrecer.

El famoso motor Cadillac ocho cilindros en V, de 90°, silencioso, sin vibraciones; los frenos, que inmovilizan el coche sin una sacudida; el nuevo cambio de velocidades, silencioso a cualquier velocidad, satisface por completo a automovilistas tan exigentes.

*Algunos distinguidos propietarios
del Cadillac*

EXCMO. SR. DUQUE DE SOTOMAYOR
EXCMO. SR. MARQUÉS DE PONS
EXCMO. SR. MARQUÉS DE VALTERRA
SR. MARQUÉS DE VILLANUEVA DE VALDUEZA
SR. MARQUÉS DE LLANZOL

Cadillac y La Salle
FABRICADOS POR GENERAL MOTORS

Fuente: *Blanco y Negro*, 13 de octubre de 1929

De esta forma, bajo la pretensión de realzar el prestigio de los automóviles Cadillac, se retrataba cómo los coches de lujo se habían erigido en la expresión más notoria del consumo distinguido de la alta sociedad. Igual de relevante era que dentro de esta descripción se hiciera patente una definición de la aristocracia en el sentido de estar compuesta por individuos que gozaban de determinado “abolengo y posición”, pero que sobre todo se caracterizaban por mantener este modelo de consumo. Del mismo modo, la aristocracia estaba en una condición de ventaja para publicitar su posición social y estilo de vida, convirtiéndose de hecho en el referente del consumo conspicuo. Como una continuación natural, en este y otros anuncios de Cadillac se hizo frecuente incorporar una lista al final de “distinguidos propietarios”, en la que éstos aparecían

⁴⁵⁶ *Blanco y Negro*, 13 de octubre de 1929, p. 74.

enumerados en función de su prestigio. Los listados y el orden con el que enunciaban a los propietarios no eran fruto del azar, en tanto que seguían los criterios de estatus de la época. Primero iba el duque de Fernán Núñez, prototipo de la vieja aristocracia, seguido por el duque de Seo de Urgel, financiero, y terminaba con Horacio Echevarrieta, industrial⁴⁵⁷.

El ritmo de vida: Viajes, residencias secundarias y cacerías

Las pruebas más palpables de la cohesión de la sociedad aristocrática se expresaron en las formas consumo que he tratado hasta ahora: habitar un palacio, disponer de un amplio servicio doméstico y conservar un parque automovilístico de lujo. Todas estas formas de consumo apuntaban a la capacidad de gozar de una cierta independencia con respecto al trabajo y otras obligaciones propias de la vida moderna, pudiendo disponer del tiempo para desarrollar una “elegante ociosidad”⁴⁵⁸. La práctica de la sociabilidad informal (visitas, tertulias, fiestas) y formal (asistencia a un club), que trataré en el siguiente capítulo, era una de las pruebas más palpables de este particular estilo de vida.

Otro indicador preciso se evidenció en el tipo de veraneo por el que optaron los grupos dominantes. La norma general entre los integrantes de la alta sociedad fue desarrollar un verano más largo, que duraba desde finales de junio, o principios de julio, hasta el final de septiembre⁴⁵⁹. Las diferencias entre este estilo de vida y el del resto de las clases altas aparecieron nítidamente expresadas en el ámbito financiero. Tomando como acontecimiento de referencia el golpe de Estado de julio de 1936, que más adelante trataré por separado, se puede comprobar que la mayoría de los banqueros de condición aristocrática se encontraban de vacaciones fuera de Madrid, mientras que los directores de los grandes bancos, así como los pequeños banqueros, se encontraban todavía en la capital⁴⁶⁰. Estas diferencias aparecieron retratadas en una carta que envió Andrés Moreno, director del Banco Hispano Americano, al marqués de Aledo, presidente de la misma entidad. En la misma expresaba en vísperas del pronunciamiento

⁴⁵⁷ *ABC*, 7 de diciembre de 1929, p. 8

⁴⁵⁸ Cristina de ARTEAGA: *La vida plural y dinámica del marqués de Santillana...*, p. 27

⁴⁵⁹ La salida y llegada de los miembros más distinguidos de la alta sociedad madrileña siempre fue reseñada por *ABC*. Véase por ejemplo, “De sociedad. Ecos diversos”, *ABC*, 17 de octubre de 1923.

⁴⁶⁰ Por ejemplo, en el Banco Urquijo, todo indica que los tres hermanos se encontraban ya de vacaciones. Alfonso URQUIJO: *Cuando empuñamos...*. Igualmente, en el Hispano Americano, el marqués de Aledo se encontraba fuera de Madrid según apunta su correspondencia. SNAHN, *Aledo*, C. 736 y ss.

que sus planes iban a consistir en “tomar 4 o 5 días de descanso. Volveré después y estaré aquí hasta fin de mes y para Agosto resolveré según las circunstancias”⁴⁶¹.

Esta capacidad por disponer de mayor tiempo libre empujaba a muchos de sus integrantes a salir de la ciudad y realizar viajes. Generalmente, éstos no se hacían por España, pues como recordaba Constanica de la Mora, para “la sociedad madrileña [...] viajar por España no era considerado elegante ni cómodo”⁴⁶². En cambio, dentro de la búsqueda de un barniz cosmopolita, fue considerado una condición de buen gusto realizar periódicamente un viaje a Europa. París se convirtió en la ciudad de referencia para las últimas tendencias de la moda, por lo que fue visitada por los condes de Campo Alange “un par de veces al año” para comprar “trajes, sombreros, zapatos, medias, guantes y, por supuesto, la ropa interior”⁴⁶³. Asimismo, viajar a EEUU fue tenido como una prueba de la amplitud de miras y del deseo de conocer un espacio marcado por el extraordinario desarrollo de la modernidad, mientras que Egipto, India y Japón fueron tenidos como destinos exóticos que permitían descubrir el contraste con Oriente⁴⁶⁴.

Sin embargo, el marco por excelencia en el que pasar el tiempo libre fuera de la ciudad fueron las fincas de recreo. En ese sentido, conviene subrayar que, aunque la propiedad de un amplio patrimonio rústico nunca fue un rasgo compartido entre las clases altas de Madrid, ni siquiera entre la alta sociedad, ello no impidió que pudiera disponerse de una finca en el campo en la que pasar una temporada. La predilección por un paraje de este tipo se expresó tanto en los viejos linajes como entre las familias que habían progresado en época más reciente. Los duques del Infantado ejemplificaron esta obligación por disponer de un casa de recreo, pues como recordaba su hija, a pesar del “boato con que habían montado la casa [...] hacía falta la finca de lujo en las cercanías de la capital”⁴⁶⁵.

Entre las fincas más conocidas del entorno de Madrid se encontraba la antigua quinta de Eugenia de Montijo, situada en Carabanchel y que fue hasta 1930 propiedad de los duques de Tamames, y el *Capricho*, en la Alameda de Osuna, adquirida en 1900

⁴⁶¹ Carta de Andrés Moreno al marqués de Aledo, 16 de julio de 1936. SNAHN, *Aledo*, C. 736

⁴⁶² Constanica DE LA MORA: *Doble esplendor...*, p. 103

⁴⁶³ María CAMPO ALANGE: *Mi atardecer...*, p. 46.

⁴⁶⁴ Sobre los viajes a EEUU, véase marqués de VILLAVIEJA: *Life has been...*, pp. 308-324; Eulalia de BORBÓN: *Memorias de Doña Eulalia...*, pp. 121-135; marqués de VALDEIGLESIAS: *70 años de periodismo...*, vol. III, pp. 227-243. Para viajes de alcance mundial con su particular connotación orientalista, *Ibid*, pp. 257-258; duque de MEDINACELI: *Diario de mi viaje alrededor del mundo en 1907*, Madrid, Blas y cía, s.f. [1915].

⁴⁶⁵ Cristina de ARTEAGA: *La vida plural...*, p. 28.

por los hermanos Bauer, representantes de la casa Rothschild en España⁴⁶⁶. Junto con ellas, a lo largo del primer tercio del siglo XX, fueron apareciendo nuevos emplazamientos, como la finca de las Jarillas, propiedad de los marqueses de Urquijo, el Castillo de Viñuelas, de los duques del Infantado, la Moraleja, de la marquesa viuda de Aldama, el Pendolero, de los condes de la Mortera, etc⁴⁶⁷. No obstante, no parece que la cercanía a Madrid fuese un rasgo indispensable, pues la mayoría de las fincas de recreo de los integrantes de la alta sociedad se localizaron en un entorno más alejado y sin que parezca que existiese un patrón uniforme de concentración geográfica: Gamazo solía visitar su finca en Valladolid, Romanones contaba con varias propiedades en Guadalajara, el marqués de Amurrio tenía una gran finca y fábrica de seda en Toledo, Juan Manuel Urquijo poseía una finca modelo en Sevilla, el marqués de Viana un palacio en Córdoba, la propiedad más importante de Medinaceli estaba en Cádiz, etc.⁴⁶⁸.

Estos parajes, a diferencia del resto de fincas rústicas, solían distinguirse porque eran un espacio en el que sus propietarios contaban con instalaciones para pasar largas temporadas. Su uso debe concebirse más bien como un espacio privado de las familias de clase alta que como un ámbito de interacción social en el que recibir a un amplio número de invitados. Esta diferencia claramente se expresó en la caza, que en España era considerada o bien una práctica reservada para los solteros⁴⁶⁹, o se realizaba en solitario acompañado por un mozo y un perro⁴⁷⁰. Las grandes cacerías, que según los usos de la alta sociedad francesa o inglesa reunían a un amplio número de familias durante varios días, eran una práctica que se reservaba exclusivamente para los eventos concedidos en honor de los reyes:

In Spain everything relating to shooting is considered “sport” only where it entails physical effort. Elaborately organized shooting-parties at luxurious lodges are not common as in other European countries. They do exist, of course, but apart from the King and his entourage, who were accustomed to foreign

⁴⁶⁶ Miguel LASSO DE LA VEGA ZAMORA: *Quintas de recreo. Las casas de campo de la aristocracia alrededor de Madrid*, 2 vols., Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2006. Sobre las antiguas posesiones de Osuna, MONTE-CRISTO: “La vida de campo. «El Capricho», posesión histórica”, *Blanco y Negro*, 9 de septiembre de 1923; Miguel Ángel LÓPEZ MORELL: *La casa Rothschild...*, pp. 338-339.

⁴⁶⁷ Algunas de ellas aparecen reseñadas en Miguel LASSO DE LA VEGA ZAMORA *et al.*: *Palacios de Madrid...*

⁴⁶⁸ Para evitar la repetición de citas, véase Santiago CAMARASA: “Mansiones señoriales toledanas”, *Blanco y Negro*, 13 de febrero de 1927.

⁴⁶⁹ Ésta era la opinión que tenía la mujer del marqués de VILLAVIEJA: *Life has been good...*, p. 133

⁴⁷⁰ Como cazador solitario véase el relato del conde de ROMANONES: *Notas de una vida...*, p. 171. Otro ejemplo similar en conde de YEBES: *La sala de los trofeos de un montero...*

*conditions, the Spaniard regards such arranged sport as a very poor performance*⁴⁷¹.

Más allá de la práctica de la caza, las propiedades que mantuvieron los grupos de estatus elevado a lo largo del país replicaron un modelo por el que se tendía a reunir a la familia y a un reducido grupo de amistades, si bien, precisamente por su alejamiento del entorno urbano de Madrid, era permisible un contacto sobre base paternalistas con las clases populares. Una breve crónica de *ABC* relataba la estancia del conde de la Puebla del Maestre en su finca el *Carbajo*, en Extremadura, en los siguientes términos:

*Durante su estancia [el conde] se ha ocupado en dirigir los trabajos de restauración de la preciosa capilla gótica de la casa [...] Terminadas las obras, el señor arcipreste de Jerez de los Caballeros bendijo la capilla [...] Por la tarde se celebró el almuerzo campestre con que el conde de la Puebla obsequió a sus leales servidores, siendo amenizada la fiesta con cantos y bailes del país tomando parte en la alegría popular el conde con su familia y varios invitados*⁴⁷².

Por estas razones, fue realmente excepcional contar con una gran residencia en el campo que permitiese recibir al mismo nivel que en la capital. Una excepción en este sentido lo constituye el palacio de Lamuza, en Llodio (Álava), que perteneció a los marqueses de Urquijo. El relato de uno de sus nietos, Ignacio Urquijo Eulate, sobre esta residencia en *Historia de unos bancos* proporcionaba una perspectiva única sobre la que conocer la vida social de una de las familias de referencia en Madrid⁴⁷³. Lamuza era una gran residencia campestre que contaba con varios salones, tres comedores, una capilla, un teatro, casi una docena de dormitorios, así como unas instalaciones que permitían albergar a sesenta criados –generalmente traídos desde Madrid– y veinte trabajadores de administración y servicios (jardineros, porteros, etc.), que permanecían en la finca. Contando con estos medios, los marqueses sí pudieron destacarse por su capacidad por organizar representaciones teatrales y fiestas a las que asistieron familiares y determinadas figuras de la alta sociedad bilbaína. Pero incluso en este ámbito fue muy raro gozar de visitas de otros financieros, políticos y militares del ámbito de Madrid⁴⁷⁴. Lamuza, incluso como excepción, confirma la regla de que la vida en el campo no operó como un ámbito de sociabilidad entre las clases altas de Madrid, en tanto que siguió el

⁴⁷¹ Marqués de VILLAVIEJA: *Life has been good...*, p. 141. Una prueba adicional puede verse en la colección fotográfica del archivo del marqués de Viana, que muestra cómo cada año se producía una reunión de distintos integrantes de la alta sociedad junto con el rey.

⁴⁷² “Restauración de una capilla”, *ABC*, 5 de junio de 1919.

⁴⁷³ Ignacio URQUIJO EULATE: *Historia de unos bancos*, texto inédito, s.f. [2009]. Agradezco a Jaime Urquijo su amabilidad al dejarme consultar este libro.

⁴⁷⁴ *Ibid.*, pp. 212-213

patrón de un espacio propio e íntimo del que sólo disfrutaba el círculo más íntimo de las familias aristocráticas.

Crisis y transformaciones

¿Cómo evolucionaron las formas de consumo de las clases altas de Madrid a partir de la crisis de la década de 1930? Desde la perspectiva de la documentación privada he podido consultar las contabilidades correspondientes a dos financieros integrados en la alta sociedad: el marqués de Aledo y el conde de Gamazo. En ellas, si bien no se detallan las partidas del gasto doméstico, sí puede trazarse su evolución con respecto a los ingresos (Gráficos 8.1 y 8.2). La contabilidad de Aledo confirma la hipótesis anunciada al principio de este capítulo, según la cual las familias aristocráticas tendieron a gastar prácticamente toda su renta, e incluso en algunos años, vivieron por encima de sus ingresos recurrentes. Su registro también ilustra cómo el impacto de la crisis de los años 30, de la Guerra Civil y las dificultades de posguerra, determinaron una reducción de los ingresos, que, tarde o temprano, impusieron la necesidad de reducir el nivel del gasto doméstico.

Dentro de este proceso de cambio, la contabilidad de Gamazo, que abarca toda la posguerra y llega hasta principios de la década de 1960, apunta a un fenómeno nuevo. En la misma, se puede observar que si bien durante los primeros años de la década de posguerra se mantuvo un alto nivel de gasto doméstico –fundamentalmente porque en 1944 y 45 se decidió reparar y amueblar de nuevo el hotel que poseían en la calle Padilla– posteriormente se mantuvo un nivel relativamente bajo de gasto. Adicionalmente, conviene subrayar que a pesar de que los dividendos y dietas como consejero comenzaron a aumentar a partir de 1950, la familia Gamazo apenas varió sus pautas de consumo. En esencia, parecía como si se hubiese roto con el antiguo modelo aristocrático y finalmente se hubiese adoptado el patrón de ahorro descrito en la mayoría de tratados económicos.

Estos dos casos, que conviene recordar corresponden a familias que pudieron adaptarse con bastante éxito a los retos de estas dos décadas, ilustran cómo la crisis en la economía particular de muchas familias de clase alta tuvo su particular reflejo en las formas de consumo. Asimismo, dado que el gasto familiar fue más allá de ser una cuestión puramente económica determinada por la renta y el ahorro, tiene sentido valorar hasta qué punto la reducción de determinadas formas de consumo estuvo

motivada por la búsqueda de un nuevo estilo de vida basado en una mayor privacidad y anonimato, continuando en la esfera privada un proceso cuya importancia ya ha sido apuntada en el capítulo dedicado a los espacios residenciales.

Gráfico 8.1. Ingresos netos y gastos domésticos del marqués de Aledo, 1930-1945.

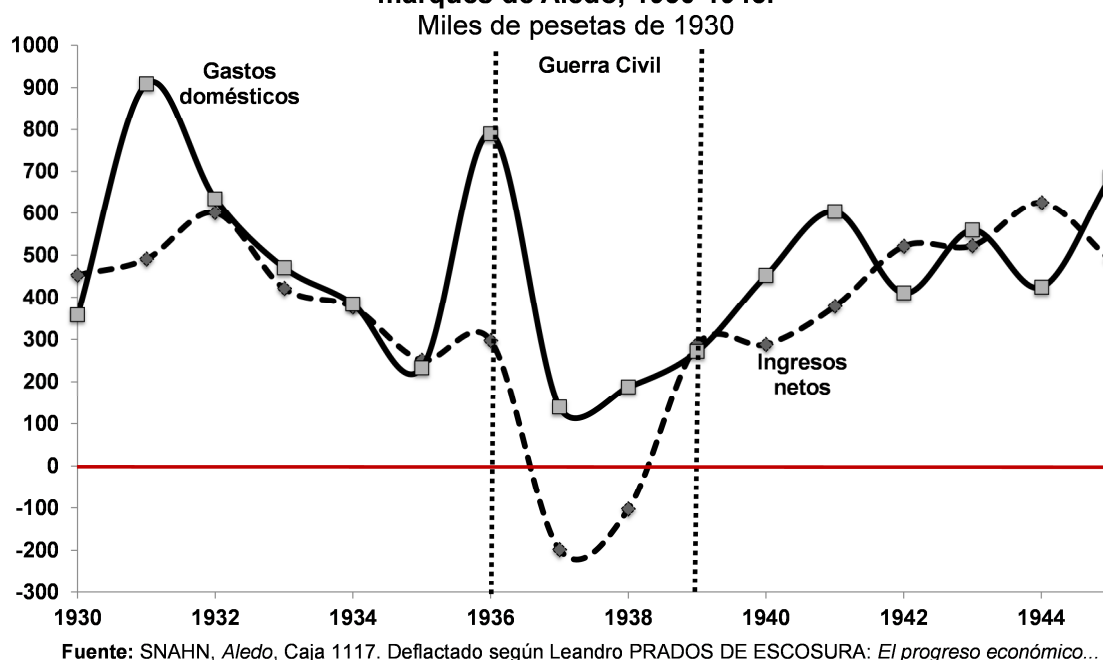
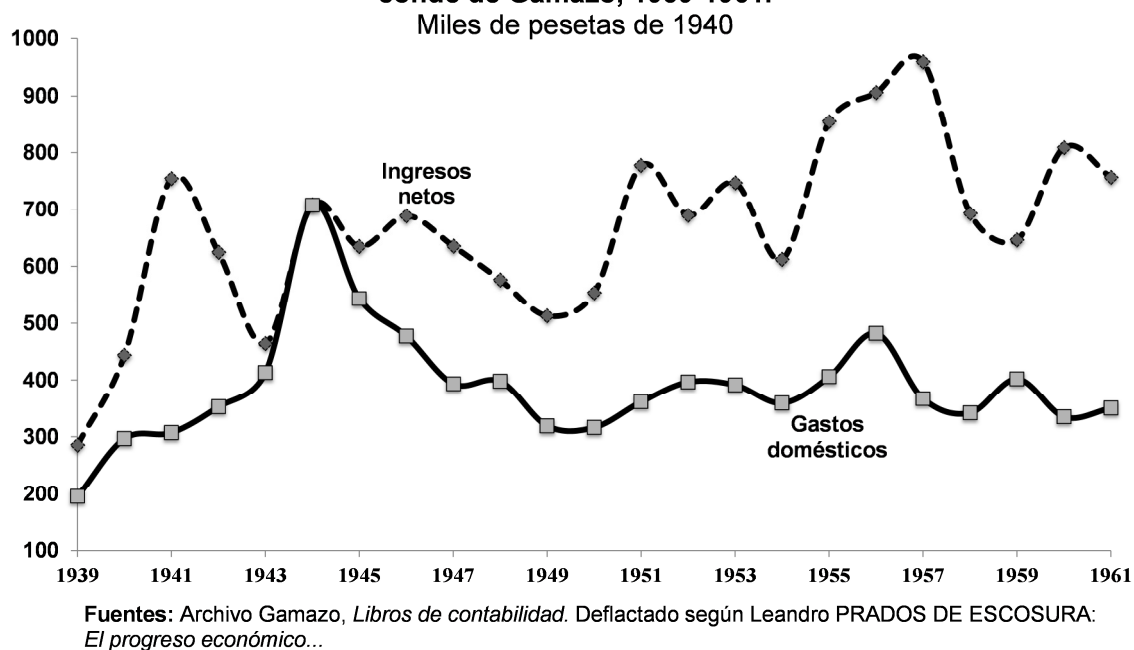
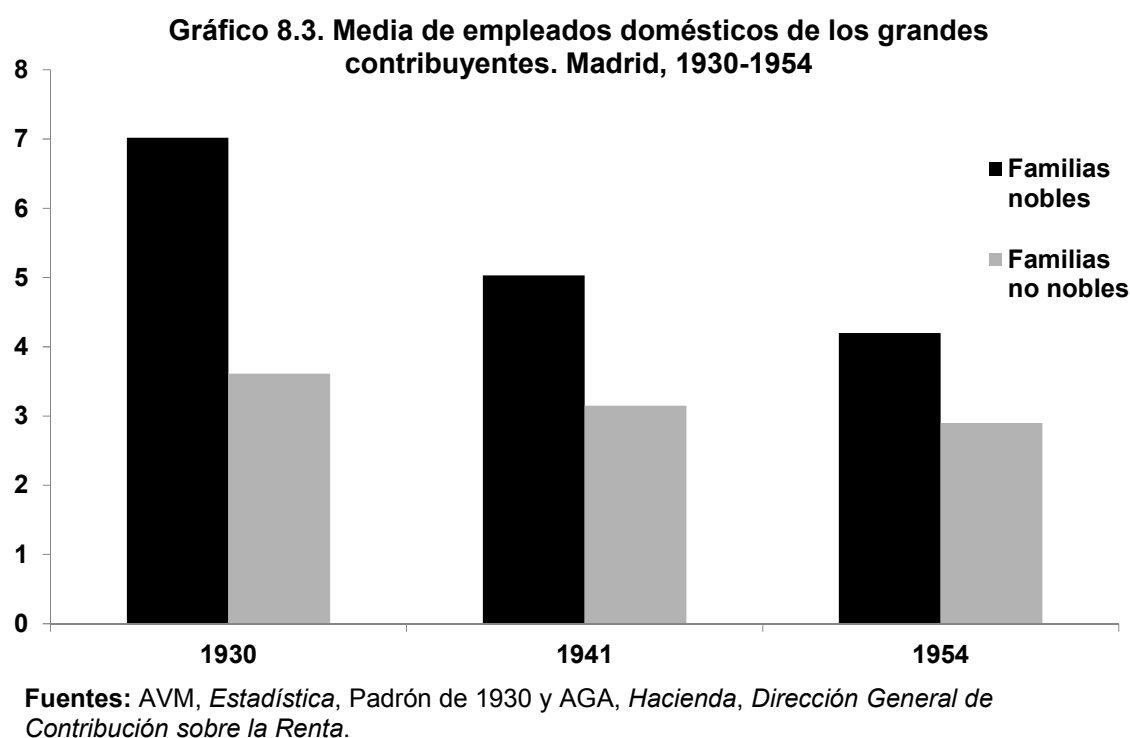


Gráfico 8.2. Ingresos netos y gastos domésticos del conde de Gamazo, 1939-1961.



Las declaraciones sobre la renta tienen valor excepcional para conocer la evolución del consumo de la clase alta en este sentido. La cuestión estriba en que junto

a los sistemas tradicionales para calcular la renta (declaraciones de los interesados y estimaciones de Hacienda), la administración se estableció un tercer procedimiento basado en los signos externos de riqueza. Bajo este último sistema se obligaba a los contribuyentes a declarar determinadas formas de consumo de lujo (valor de la residencia, personas que forman el servicio doméstico, automóviles, caballos, etc.) imputándoles un gasto aproximado sobre el que se aplicaba un coeficiente para llegar a una estimación sobre la renta afluida. Sin duda, como con toda fuente fiscal, debe tomarse con cierta cautela la validez de las declaraciones, dado que existía una tendencia natural a que los contribuyentes ocultasen también sus signos externos de riqueza. No obstante, las cifras referentes al personal doméstico y a los automóviles pueden tomarse con ciertas garantías, pues la primera era fácilmente contrastable por la inspección de Hacienda durante sus visitas o consultando registros públicos, mientras que la segunda forma de consumo estaba sujeta a un impuesto específico.



En relación al servicio doméstico, las declaraciones apuntan durante estas dos décadas a una tendencia general hacia la reducción del personal doméstico entre los grandes contribuyentes (Gráfico 8.3). Las diferencias dentro de las clases altas vuelven a ser muy relevantes, pues mientras que las familias no tituladas apenas redujeron el número de empleados, el grueso de la caída correspondió a las familias nobles. En 1954

la diferencia entre ambos grupos resulta tan pequeña que puede darse por acabado el modelo del gran servicio aristocrático.

A nivel particular el caso de los duques de Fernán Núñez es muy expresivo. Como señalé anteriormente, al morir el duque en la Guerra Civil, su viuda y dos hijos decidieron abandonar el palacio de Cervellón para instalarse en un piso en la calle Serrano. En su nueva residencia, la duquesa viuda declaró en 1941 nueve servidores, mientras que en 1954 eran siete los empleados domésticos⁴⁷⁵, cifras todavía bastante altas en relación al resto de las clases altas de Madrid, pero muy alejadas de la situación anterior a la guerra.

Un proceso similar se expresó en la compra de automóviles. A nivel general, la reducción en la compra de vehículos se manifestó con el inicio de la crisis de los años 30 y, de forma más intensa, a partir de la proclamación de la II República, si bien posteriormente –durante el bienio de 1934-35– se recuperó prácticamente los niveles de matriculación de finales de los 20⁴⁷⁶. Dentro de este proceso de transformación, las familias de clase alta mostraron un patrón contrario a la realización de nuevas compras, pues, de hecho, las ventas de coches de lujo (Buick, Cadillac, Rolls) se mantuvieron estancadas durante todo el periodo republicano⁴⁷⁷. La Guerra Civil vuelve a marcar el punto de ruptura más importante en este campo, pues durante la década siguiente el nivel medio de ventas anuales en España se mantuvo en menos de 8.000 vehículos al año, es decir, prácticamente un tercio del nivel existente durante la década de 1920⁴⁷⁸.

Este cambio expresaba de una parte la crisis particular de las familias de clase alta, pero también otros factores, como el incremento del coste de los automóviles importados fruto de la devaluación de la peseta y, sobre todo, la implantación de un rígido sistema que limitaba la importación de bienes extranjeros. Por estas razones no es de extrañar que en las declaraciones de los grandes contribuyentes de 1954 hubiera un patrón distinto al de época pasadas: se habían generalizado marcas de uso más corriente (Fiat, Ford y Citroën) a la par que los modelos de lujo (Rolls Royce, Cadillac, etc.) ya

⁴⁷⁵ Sus declaraciones en AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*, legs. 14147 y 21710.

⁴⁷⁶ Sobre la evolución general del número de coches matriculados en Madrid, véase *Anuario de la Revista Automovil Comercio*, 1936.

⁴⁷⁷ Por ejemplo, durante los cinco primeros años de la República la cifra de Rolls matriculados en Madrid se redujo a una media de cuatro. Posteriormente, a finales de los 1940, el promedio a nivel nacional de Rolls nuevos se situó en torno a uno por año. *Estadística de vehículos automóviles matriculados de propiedad particular*, Madrid, INI, 1952

⁴⁷⁸ *Ibid.*

no eran un producto exclusivo de la aristocracia, sino de los individuos que habían prosperado bajo el franquismo. Significativamente entre los mayores propietarios de automóviles se encontraban Juan March, que declaraba poseer cinco coches (incluyendo tres Cadillac y un Rolls), su hijo Juan March Servera con otros cinco (tres Cadillac, un Mercedes y un Citroën) e Ildefonso Fierro con dos (un Rolls y un Cadillac)⁴⁷⁹.

Más allá de estos matices, la evolución general de ambas formas de consumo (empleo de trabajadores domésticos y compra de automóviles) constituyen las pruebas más palpables de que el lujo ostensible habían dejado de ser un rasgo compartido por la alta sociedad de Madrid y, de hecho, comenzaba a asociarse a un grupo con menor reputación y respetabilidad: los nuevos ricos y *estraperlistas* que habían prosperados en los años de posguerra. En el imaginario popular, al igual que en la literatura realista, la vida social de Madrid parecía estar marcada por “clientes con dinero de los cabarets [...] llenos de perfumadas, de provocativas mujeres que llevan el pelo teñido y unos impresionantes abrigos de piel” o por “un impresor enriquecido que [...] se fuma un puro descomunal” a pesar de no “ser un Romanones”⁴⁸⁰. El lujo y el consumo conspicuo quedaron asociados con los valores de esta clase de ricos advenedizos, por lo que la sociedad aristocrática paso a vivir en un espacio social cada vez más íntimo y restringido que garantizaba su anonimato.

⁴⁷⁹ Sus declaraciones en AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*, legs. 21524 y 21724.

⁴⁸⁰ Ambas citas provienen de la famosa novela realista de Camilo José CELA: *La Colmena*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1951, pp. 148 y 22

9. Espacios de sociabilidad

Hasta este momento he analizado cómo la sociedad aristocrática construyó su estatus en torno a los espacios residenciales, los valores familiares, un estilo de vida y el consumo conspicuo. En todos estos ámbitos, en principio no fue evidente que la aristocracia constituyese un grupo homogéneo, es decir, su *habitus* estaba perfilado por una serie de normas y pautas no escritas que desconocieron buena parte de los contemporáneos pertenecientes a otros grupos sociales. No obstante, si hubo una esfera en la que las fronteras de la aristocracia quedaron definidas de forma bastante precisa fue en la sociabilidad.

A partir de Agulhon, los historiadores han definido la sociabilidad como “la aptitud del individuo para relacionarse de forma agradable con sus iguales”⁴⁸¹. Dentro de la diversidad de enfoques que posteriormente se han abierto en torno a la sociabilidad, he preferido no limitarme únicamente a los espacios formales (clubs y asociaciones), incorporando también la sociabilidad informal, principalmente aquella que giraba en torno al hogar. El objetivo de estudiar ambas formas de interacción social estriba en superar el marco dominante que estudio a las élites en el espacio público, dejando la esfera privada como un elemento marginal o irrelevante. Así, al considerar que existía una continuidad entre los espacios informales y formales puede señalarse mejor los contornos de la alta sociedad madrileña, facilitando la definición del grupo que ostentaba la hegemonía social y cultural, a la par que ilumina los cauces que permitieron la incorporación de nuevos sujetos entre sus filas.

El estudio de la sociabilidad permite asimismo estudiar algunos de los problemas relacionados con la posición de las clases altas durante la primera mitad del siglo XX. Para la época de la Restauración la cuestión fundamental radica en precisar cómo se expresaron los vínculos entre los grupos dominantes y, particularmente, qué papel desempeñó la aristocracia en este proceso. De forma paralela, con el objetivo de superar la barrera cronológica que se ha constituido en torno a la Guerra Civil, cobra también relevancia determinar cómo la crisis y transformación de las clases altas durante este periodo tuvieron su reflejo en las formas de sociabilidad.

⁴⁸¹ Maurice AGULHON: *Le Cercle dans la France bourgeoise: 1810-1848. Étude d'une mutation de sociabilité*, Paris, A. Colin y École des hautes études en sciences sociales, 1977, p. 8.

La sociabilidad informal

Uno de los rasgos distintivos de la alta sociedad durante la Restauración estuvo en el especial valor que concedió al trato entre iguales. La aristocracia, como “clase obligada al protocolo social”⁴⁸², creó una serie de normas, la mayoría no escritas, que se aplicaban a los marcos de sociabilidad informal. Estos usos deben entenderse como parte del *habitus* de la sociedad aristocrática, pues eran elementos adquiridos y experimentados por sus integrantes desde su infancia. Para un sujeto extraño al gran mundo, la mayoría de estas reglas pasaban desapercibidas y, si trataba de emularlas, se descubría rápidamente su condición de advenedizo.

La base de este proceso de socialización se expresó en primer lugar en los ámbitos informales. El marco por excelencia de la sociabilidad informal se encontraba en el hogar, es decir, en las llamadas residencias aristocráticas que, como señalé anteriormente, eran casas que se reputaban por estar abiertas al resto de la sociedad y, como tales, debían contar con una disposición y una decoración que fuesen apropiadas para recibir visitas. La tarea de recibir se manifestaba en la posesión de estos elementos materiales pero también en la capacidad de ser un buen anfitrión. Dentro de la tradicional división de tareas en los hogares de las clases que tracé en el capítulo séxto, la organización de la vida en sociedad tanto a nivel interno (planificación de eventos, recepción de invitados, etc.) como externo (contestación a las invitaciones, acudir a otras casas, etc.) recayó preferentemente en las mujeres.

Toda señora conocía a la perfección los actos sociales que podía desarrollar en su hogar. Si bien los manuales de sociedad no lo explicitaron formalmente, puede deducirse que en los círculos mundanos se construyó una jerarquía de eventos en función de su complejidad (número de invitados y criados a disponer) y del prestigio que debía gozar la familia anfitriona. Las visitas eran la forma de socialización básica que practicaban todos los miembros de la alta sociedad, mientras que en los eventos más complejos –tertulias, reuniones de salón, representaciones teatrales o grandes fiestas– participaron un número más reducido de personas y su organización quedó en manos de un círculo mucho más restringido.

⁴⁸² Federico GARCÍA SANCHIZ: “Madrid”, *Hermes*, 16 (1917)

Las visitas eran la forma básica de sociabilidad en el hogar y consistían en un acto informal de recepción de familiares y amigos. Naturalmente, las visitas no eran fruto del azar, pues era obligado que la señora de la casa fijara de antemano el día de la semana en el que recibía. Los días de visita debían ser ampliamente publicitados a las amistades, en teoría “bien por medio de tarjetas, o por noticias en la sección mundana de la prensa local”⁴⁸³, aunque un repaso a los principales anuarios mundanos de la capital (*Gran Mundo*, *Libro de los Salones*, etc.) permite constatar que este procedimiento era un práctica exclusiva de personajes de segunda fila o de los profesionales (médicos, abogados)⁴⁸⁴. En cambio, en la sociedad aristocrática no fue necesario utilizar una guía para estos usos, pues el contacto usual entre sus integrantes permitía saber, en ocasiones de memoria, el día en que se hacían visitas. Por ejemplo, según el relato de los contemporáneos, “los lunes de «La Huerta»” era cuando se recibía en la antigua casa de Cánovas, mientras que los jueves hacían lo propio los duques de Montellano⁴⁸⁵.

Fijar un día de visitas no conllevaba necesariamente la obligación de recibir. A nivel general, las familias siempre podían alegar estar indispuestas debido al mantenimiento de luto, por enfermedad o simplemente por realizar un viaje. Este último acontecimiento sí era discretamente publicitado en la prensa, dado que no era viable que todos los integrantes de la sociedad fueran informados por vía personal:

*Últimamente han salido: para San Sebastián, la marquesa de Valle Humbroso; para Burgos, doña Carmen Herrera Dávila, viuda de Muguiro; para La Granja, el conde viudo de Albiz; para Zumaya, la señora viuda de Urcola e hija, para Ambel, D. Joaquín Dusmet; para Noja, el ex ministro D. Pablo Garnica y su familia, y para Bayona, de Galicia, D. Leopoldo García Durán*⁴⁸⁶.

A pesar de estos condicionantes, toda persona que pretendiera visitar una residencia aristocrática sabía perfectamente que su pretensión siempre podía encontrarse con una notificación por parte del servicio de que “la señora no recibe”⁴⁸⁷. En cambio, si se había comprometido de antemano la visita de los asistentes, era inconcebible desconvidar:

⁴⁸³ Duque de CAMPOSOL: *Código de etiqueta*..., p. 134

⁴⁸⁴ *Anuario español del Gran Mundo*, Madrid, 1932; *La sociedad de Madrid*, Madrid, Palomeque, 1931

⁴⁸⁵ Conde de CASAL: “Los Lunes de la Huerta...”. Los días de visita en casa de los Montellano, en Princesa Max de HOHENLOHE LANGENBURG: *Érase una vez...* pp. 44.

⁴⁸⁶ “De Sociedad. Ecos diversos”. *ABC*, 1 de agosto de 1931.

⁴⁸⁷ Marqués de SANTO FLORO: *Dentro y fuera de mi vida*..., p. 56

*Una dueña de casa que preside un salón no puede obrar a su antojo y capricho. Ha de ser esclava de sus horas, constante en la espera, ducha en el arte de agradar, maestra en jerarquías, pródiga de sus dineros, dúctil, flexible, paciente. Debe llegar, si el caso se presenta, a recibir enferma antes que desconvidar*⁴⁸⁸.

Las visitas solían hacerse después de comer, desde las cuatro hasta la seis de la tarde, si bien en verano se podían alargar una hora más. Por el contrario, realizar una visita por la mañana era algo que requería una “gran confianza, no siendo nunca recomendables por la incomodidad que ocasionen a la persona visitada”⁴⁸⁹. Dado el carácter disperso, informal e íntimo de estos eventos, resulta imposible reconstruir un perfil completo de los asistentes. Diversos relatos permiten observar que primaban los invitados procedentes del ámbito familiar –en un sentido extenso– y que en general había más mujeres que hombres. Con respecto a los niños, los manuales indicaban que éstos “no deben acudir nunca a las visitas ni ser llevados a éstas”, aunque la práctica permite pensar que existían días reservados explícitamente para su entretenimiento⁴⁹⁰.

Por su propia definición como un evento restringido, los invitados a las visitas debían demostrar sus buenas maneras y el conocimiento de las pautas sociales. El principio básico radicaba en revelar naturalidad durante la estancia en la casa o en el jardín, no mostrar impaciencia durante las esperas (por ejemplo, durante el tiempo que pasaba entre su llegada y la aparición de la señora) y ser fluido en el “arte y don natural” de la conversación, pues “pierde todo su encanto la charla empedrada de barbarismos”⁴⁹¹. La discreción y la capacidad por evitar temas espinosos era igualmente una condición indispensable. El conde de las Navas fue explícito en repudiar aquellos que buscaban “enterarse de vuestros pensamientos más inéditos, de la vida privada, rentas, parientes y planes, a dónde vais y de donde venís, lo que os trajo de dote vuestra mujer”, pues éste era un espíritu propio del “hombre práctico para quien todo lo que no sea ganar dinero, negociando, jugar a la bolsa y apalear millones, resulta romanticismo”⁴⁹².

⁴⁸⁸ Melchor de ALMAGRO SAN MARTÍN: *La pequeña historia...*, p. 81.

⁴⁸⁹ Duque de CAMPOSOL: *Código de etiqueta...*, p. 135.

⁴⁹⁰ Sobre los niños, *Ibid.*, p. 135. Para un relato que confirma la existencia de días reservados para ellos y ellas, Princesa Max de HOHENLOHE LANGENBURG: *Érase una vez...*, pp. 44.

⁴⁹¹ Conde de las NAVAS: *Discurso leído ante S.M. el Rey Don Alfonso XIII el 17 de Febrero de 1924 en la recepción del Sr. Conde de las Navas, en la Real Academia Española*, Madrid, Gráficas Reunidas, 1924, p. 14.

⁴⁹² *Ibid.*, p. 44-45

Las visitas, bajo la apariencia de ser eventos relativamente sencillos, fueron un medio muy efectivo para reforzar los contornos de la sociedad aristocrática. Además, no todas las visitas tuvieron un mismo prestigio, pues incluso recibir a las figuras más importantes en la casa no significaba que se hubiera alcanzado la posición de los grupos de estatus más elevados:

En casa de Lázaro [Galdiano] había mucha gente “bien”, de la que va a todas partes, en torno al trío de cronistas mundanos Monte-Cristo, Madrizzi y el “El Abate Faria”. Títulos conocidos. Gentes que reciben en sus casas. Pero la mayoría de ellas, que aceptan los convites reiterados de los flamantes señores de Lázaro Galdeano [sic.], por una disculpable falta de memoria se olviden de devolverles las invitaciones. Luego he sabido que este hecho constituye un matiz social. Hay personas a cuyas casas se puede ir, pero a quienes no se debe recibir en las nuestras; otras a quienes es lícito frecuentar durante el veraneo y fuera de Madrid, pero de ningún modo aquí; algunas, con las cuales se podría ir al restaurante, mas no a la casa particular; otras, con las que no puede admitirse trato de ninguna clase⁴⁹³.

En suma, aunque todos estos eventos informales, “pequeños the-bridges, reuniones y comiditas íntimas”, eran relativamente sencillos de organizar y quedaban al alcance de todos los integrantes de las clases altas, ello no impidió que se trazaran importantes diferencias entre ellos. Las visitas crearon una jerarquía interna que fijaba la primera frontera de la alta sociedad, al delimitar “aislados cotos aristocráticos que no dejan percibir nada al exterior”⁴⁹⁴.

Tertulias, reuniones de salón y teatros

Subiendo en la escala de los eventos que tenían lugar en el ámbito doméstico se encontraban las tertulias y reuniones de salón. Su carácter singular estaba en que reunían al círculo más estrecho de amistades junto con personas de “carácter original”, que bien podían ser intelectuales, académicos o simplemente viajeros⁴⁹⁵, que la convertían en “la más afortunada representación de la especie humana y del perfeccionamiento social”⁴⁹⁶. Las casas que mantenían asiduamente esta tradición podían entonces vanagloriarse de mantener un salón, un concepto clave en el vocabulario del gran mundo. Por una parte, el salón permitía a las familias de la alta

⁴⁹³ Melchor de ALMAGRO SAN MARTÍN: *Biografía del 1900*, Madrid, Revista de Occidente, 1943, p. 149

⁴⁹⁴ Ambas citas proceden de Álvaro ALCALÁ-GALIANO: *Entre dos mundos, seguido de un ensayo sobre la decadencia de Europa*, Madrid, Espasa, 1928, p. 127.

⁴⁹⁵ El carácter original según el marqués de VILLAVIEJA: *Life has been good...*, p. 280.

⁴⁹⁶ Conde de las NAVAS: *Discurso leído ante...*, p. 12

sociedad madrileña vincularse con la tradición ilustrada y decimonónica de los salones aristocráticos. Pero además, el salón, como elemento prototípico de la sociabilidad de la alta sociedad parisina, servía también para remarcar la amplitud de miras y el carácter cosmopolita de la familia anfitriona⁴⁹⁷.

Dejando de lado la definición de conceptos, los observadores más atentos fueron conscientes del reto que significaba mantener esta forma de sociabilidad ante los primeros envites de la sociedad de masas. En el Madrid de los años 20, los salones debían rivalizar con otros centros de sociabilidad (cafés, ateneos, etc.) en los que los intelectuales podían reunirse sin estar sometidos a la tutela y el rigor de la cortesía aristocrática⁴⁹⁸. En el fondo, lo que se estaba produciendo era un alejamiento de las élites intelectuales con respecto a la alta sociedad. Los salones se habían convertido en un coto cerrado en los que primaba la corrección y el protocolo, obligando a los intelectuales a rebajar excesivamente el nivel del debate para que pudiesen seguirles unos *amateurs* como eran los integrantes de la alta sociedad. El marqués de Villavieja, que por origen y educación era un extraño a la sociedad madrileña, remarcó que:

*In Madrid it was a rare thing for a society lady to keep a real salon where scientists, writers and artists could find good listeners and encouragement. This delightful French form of social intercourse did not seem to appeal very greatly to the Spaniards who ruled the Madrid society. They loved more than anything their tertulias, where everybody could take to his heart's content, and had no particular patience for any deeper conversation*⁴⁹⁹.

A esta pérdida de inquietud intelectual se sumaba una tendencia al retraimiento social de las familias más importantes. El mantenimiento de un salón quedó entonces en manos de las familias con una proyección más cosmopolita, pero que también tenían una cierta condición de advenedizas. Almagro de San Martín, refiriéndose a aquellas señoras que regentaban salones durante el cambio de siglo, señaló que:

Las antiguas casas de abolengo apenas reciben ya. Diríase que, como nada les queda por conquistar socialmente, no quieren molestarse. Los huecos que ellas dejan son ocupados por recién llegados, la mayoría forasteros. La marquesa Squilache, granadina; la marquesa de Argüelles, cubana, la señora de Lázaro Galdiano, argentina; la señora de Iturbe, después de su matrimonio duquesa de

⁴⁹⁷ Anne MARTIN-FUGIER: *Les salons de la IIIe Republique. Art, littérature, politique*, Paris, Perrin, 2003, especialmente el capítulo 4.

⁴⁹⁸ Aunque trataré más adelante la cuestión del Ateneo de Madrid, conviene ya apuntar las conclusiones de del trabajo de Francisco VILLACORTA: "Los ateneos liberales. Política, cultura y sociabilidad intelectual", *Hispania*, 214 (2003), pp. 415-442.

⁴⁹⁹ Marqués de VILLAVIEJA: *Life has been good...*, p. 280.

*Parcent; mejicana; la condesa de Casa Valencia, peruana, la marquesa de Bermejillo, mejicana*⁵⁰⁰.

El relativo declive que habían sufrido los salones se vio contrarrestado por el atractivo que tuvo otra forma de interacción social como fueron los teatros privados. El origen y desarrollo de esta forma de entretenimiento en la vida de la alta sociedad madrileña resulta difícil de seguir, pues a la falta de un registro documental se suma el hecho de que fuera una moda sujeta a los vaivenes de cada época⁵⁰¹. En cualquier caso, las funciones teatrales eran eventos más formales que una visita cotidiana o reunión de salón. En una representación generalmente se reunían varias familias al completo (padres e hijos) y estos últimos interpretaban el papel de actores. A pesar del carácter *amateur* de los actores, ello no restaba formalidad al evento, al contrario, le daba un mayor aura de respetabilidad, pues los invitados podían entonces escogerse no sobre la base de las amistades preexistentes, sino buscando ampliar las fronteras sociales y conquistar una estatus más elevado en la alta sociedad madrileña. Por ejemplo, los Urquijo al abrir su teatro en 1925 invitaron a los reyes pero también a los miembros más destacados de la vieja nobleza (Fernán Núñez, Infantado y Villahermosa), familias con las que hasta entonces había tenido una relación muy escasa y, por tanto se certificaba su ascenso al sector cumbre de la sociedad aristocrática⁵⁰².

En conclusión, tanto los salones como los teatros aristocráticos pueden situarse en la cúspide de las formas de sociabilidad informal. Para su organización debía no sólo disponerse de una residencia de extraordinarias dimensiones, sino también demostrar que se contaba con un gusto refinado, las amistades y el prestigio suficiente como para que los miembros más destacados de la alta sociedad acudieran. Ambas formas de sociabilidad constituían la antesala de las fiestas aristocráticas, cuya complejidad conviene analizar por separado.

Las fiestas aristocráticas

El carácter de las fiestas de la alta sociedad madrileña permite situarlas a medio camino entre la sociabilidad informal y formal. Aunque las fiestas se producían en

⁵⁰⁰ Melchor ALMAGRO SAN MARTÍN: *La pequeña historia...*, p. 149.

⁵⁰¹ El origen de los teatros de salón es difícil de trazar, pero llegaban por lo menos a época isabelina. Marqués de VALDEIGLESIAS: *70 años de periodismo...*, vol. II, p. 175

⁵⁰² MONTE-CRISTO: "Teatros de Salón", *Blanco y Negro*, 14 de marzo de 1926. Otro ejemplo de teatro de salón en ÍD.: "El suntuoso palacio de la señora viuda de Baüer", *Blanco y Negro*, 11 de marzo de 1923. Sobre la importancia del teatro en la familia Urquijo, véase Ignacio URQUIJO EULATE: *Historia de unos bancos...*

residencias particulares, no eran eventos estrictamente privados desde el momento en fueron anunciados en los apartados de sociedad de la prensa o en publicaciones específicas como *Fiestas aristocráticas* o *El año aristocrático*. En esencia, las fiestas de sociedad deben entenderse como el intento más consciente por delimitar y publicitar las fronteras formales de la alta sociedad.

Dentro de la jerarquía de eventos de los círculos mundanos, los contemporáneos coincidieron en señalar que patrocinar una gran fiesta estaba al alcance de muy pocos. A nivel general, los manuales de buenos modales recalcaron que la organización de estos acontecimientos quedaba en manos de aquellas familias “apegadas a la tradición o enemigas de la promiscuidad de clases”⁵⁰³. Los invitados eran celosamente seleccionados, pues sólo “se invitaba a lo que se llamaba «la sociedad», que no eran más de unas 200 o 250 personas, casi siempre las mismas”⁵⁰⁴. Para un buen conocedor de la alta sociedad internacional, como era el marqués de Villavieja, estas dificultades exacerbaban el recelo de las familias a abrir sus puertas:

*Very few of the big houses, however, entertained on a large scale in those days, and this peculiarity persisted up to the fall of the Monarchy in 1931. It is rather curious thing, because the Spaniards are generous and hospitable everywhere else in Spain. Only in the capital did they cultivate this reserve, which in most cases was due to laziness rather than lack of sociability*⁵⁰⁵.

Como forma de conocer las normas y fronteras sociales que existían en estos eventos, he concentrado mi análisis en las fiestas organizadas por los duques de Fernán Núñez. Desde finales del siglo XIX hasta la caída de la monarquía, la casa ducal mantuvo inalterable la tradición de organizar grandes fiestas y banquetes⁵⁰⁶. Asimismo, diversos testigos y autores contemporáneos coincidieron en apuntar que los duques de Fernán Núñez fueron uno de los mayores patrocinadores de la vida mundana en Madrid⁵⁰⁷. Por otro lado, la buena conservación del archivo familiar permite reconstruir por medio de los memorándums de fiestas, el tipo de eventos y los listados de invitados

⁵⁰³ Duque de CAMPOSOL: *Código de etiqueta...*, p. 166.

⁵⁰⁴ Luis ESCOBAR: *En cuerpo y alma...*, p. 43

⁵⁰⁵ Marqués de VILLAVIEJA: *Life has been good...*, p. 280.

⁵⁰⁶ Como modelo de fiesta del siglo XIX, Vicente SANCHO DEL CASTILLO y Emilio BRAVO MOLTÓ: *Baile de trajes en casa de los Duques de Fernán-Núñez, 25 de febrero de 1884*, Madrid, Imprenta y estereotipia de El Liberal, 1884.

⁵⁰⁷ Marqués de VILLAVIEJA: *Life has been ...*, p. 87; Leopoldo RODRÍGUEZ ALCALDE: *Montecristo. Eugenio Rodríguez de Escalera*, Santander, La Moderna, 1958, p. XIII; R. LÓPEZ IZQUIERDO: “Baile en Fernán Núñez. Evocación sin nostalgia de los antiguos fastos de Cervellón”, *Gran Mundo*, 2 (1951), p. 26

para el periodo de 1914 a 1919, así como para los años de 1923 a 1925⁵⁰⁸. Este registro, aunque pueda parecer cronológicamente muy limitado, aporta una perspectiva mucho más precisa que la proporcionada a través de las crónicas de sociedad publicadas en la prensa.

Los eventos organizados por los duques de Fernán Núñez (tabla 9.1) reflejaron fielmente las normas implícitas de la sociedad aristocrática. En general, existió una clara diferencia entre fiestas pequeñas y grandes. Las primeras tenían un carácter más íntimo, se servía un té o merienda si eran por la tarde, o incluían un baile, una representación teatral o la presentación de unos artistas en caso de producirse de noche⁵⁰⁹. Las grandes fiestas fueron menos frecuentes y tendieron a concentrarse a finales de la primavera⁵¹⁰. Existió también un tercer tipo de evento como fue la fiesta del Árbol de Noél de enero de 1919, que, inspirándose en los usos extranjeros, reunía exclusivamente a los niños pequeños de la alta sociedad bajo la tutela exclusiva de sus madres y *nurses*⁵¹¹.

Tabla 9.1. Resumen de las fiestas organizadas por los duques de Fernán Núñez, 1914-1925

Fecha	Tipo de evento	Invitados			
		Personas	Familias	Familias nobles	Familias no nobles
3 de junio de 1914	Comida y Cotillón a SS.MM y AA.RR.	497	230	57%	43%
1 de enero de 1917	Fiesta Año Nuevo	130	62	68%	32%
28 de mayo de 1918	Baile	217	98	71%	29%
24 de diciembre de 1918	Nochebuena	181	87	68%	32%
11 de enero de 1919	Árbol de Noél	99	38	87%	13%
31 de enero de 1923	Thé en honor de S.M la Reina Victoria	215	105	74%	26%
15 de junio de 1925	Baile grande con cena	1.011	548	55%	45%
9 de mayo de 1925	Concierto	209	106	73%	27%
19 de febrero de 1925	Baile	187	91	76%	24%

Fuente: *Memorandum de las fiestas en la Casa-Palacio de los Excmos. Sres. Duques de Fernán-Núñez*. SNAHN, Fernán Núñez, C. 1732, D. 22. Elaboración propia

Nota: El concepto de familia está definido según el criterio de los mayordomos, que corresponde al modelo nuclear.

La organización de las fiestas implicó igualmente una rigurosa selección de los invitados. Lo normal era que sólo asistiesen los *señores* (adultos), pero en otros casos éstos eran acompañados por los *señoritos* (hijos e hijas jóvenes). Con independencia del tamaño o carácter del evento, existió asimismo un esfuerzo para que hubiese en estos tres grupos (señores, señoritos y niños) un equilibrio numérico entre sexos, un proceso que remarca la importancia de las fiestas como medio para entablar relaciones amorosas

⁵⁰⁸ *Memorandum de las fiestas en la Casa-Palacio de los Excmos. Sres. Duques de Fernán-Núñez*. SNAHN, Fernán Núñez, C. 1732, D. 22.

⁵⁰⁹ Duque de CAMPOSOL: *Código de etiqueta...*, p. 166

⁵¹⁰ Luis ESCOBAR: *En cuerpo y alma...*, p. 42

⁵¹¹ Este tipo de eventos eran los menos publicitados en la prensa mundana. Un ejemplo, puede verse en la celebración del Árbol de Noel de la familia Muguiro. *Blanco y Negro*, 8 de enero de 1933, p. 142.

y, con el tiempo, disponer futuros matrimonios. Más allá del equilibrio de género, las fiestas se diferenciaban por el tipo de invitados que se recibía. En líneas generales, a los pequeños eventos acudía el núcleo de la alta sociedad, mientras que en las grandes fiestas se abría ligeramente el círculo de invitados. Almagro San Martín, refiriéndose a las fiestas del Palacio Real, expresó de forma un tanto despectiva que “en la jerga palatina, baile grande quiere decir mezcla de aristocracia con burguesía; baile chico, cogollo aristocrático”⁵¹².

Dentro de la jerarquía interna de la alta sociedad de Madrid, los invitados de mayor estatus eran los miembros de la Familia Real, que asistieron a prácticamente todos los eventos en casa de Fernán Núñez. El hecho de que muchas de las fiestas en Fernán Núñez fueran concedidas en su honor apunta a que su comparecencia remarcaba el prestigio de los anfitriones. La presencia de la Familia Real guió igualmente los principales pasos en el protocolo. Por ejemplo, en la mayor fiesta que concedieron los duques —el baile grande de 1925— las mesas más importantes estuvieron presididas respectivamente por el rey, la reina, el príncipe de Asturias y la infanta Isabel. El baile, un elemento fundamental en toda fiesta nocturna, era también abierto por “las personas reales”⁵¹³.

Descendiendo al grueso de los invitados resulta imprescindible destacar el peso de los nobles. Éstos siempre fueron la mayoría de los asistentes, si bien su hegemonía fue más señalada en los pequeños eventos —donde sumaban en torno a tres cuartas parte de los invitados— que en las grandes ceremonias, en los que su peso se redujo a menos del sesenta por cien de los asistentes. Pero la hegemonía nobiliaria no agota la cuestión, pues como he señalado en varias ocasiones, es necesario diferenciar a los titulados en función de su origen, posición económica y estatus en la alta sociedad. En primer lugar, conviene señalar que entre ellos no sólo había nobles españoles, sino también nobles extranjeros que se encontraban temporalmente en Madrid. El carácter cosmopolita de la alta sociedad, junto con los lazos de amistad y parentesco que unían a diversas familias a nivel europeo, hicieron que siempre hubiera un pequeño número de titulados franceses, alemanes y austriacos entre los invitados a las grandes ceremonias.

⁵¹² Melchor de ALMAGRO SAN MARTÍN: *Biografía del...*, p. 197

⁵¹³ Luis ESCOBAR: *En cuerpo y alma...*, p. 43

Dejando de lado este pequeño grupo y centrando mi análisis en aquellos que ostentaban títulos españoles, se evidencia que los duques de Fernán Núñez mostraron una preferencia por invitar a los miembros de las casas de Alba, Medinaceli, Infantado, Montellano y Arión que, por antigüedad del linaje y prestigio, se encontraban en la cúspide de la alta sociedad. En el protocolo de la fiesta se distinguió igualmente a los grandes de España, pues éstos precedían a los invitados, solían sentarse en la misma mesa que la familia real⁵¹⁴ y en su traje lucían una “espectacular llave dorada [...], que debía indicar que Palacio estaba siempre abierto para ellos”⁵¹⁵. Esta preeminencia social fue de hecho cultivada por las instituciones de la nobleza y hubo un caso en que elevaron públicamente su protesta cuando consideraron que otros miembros de la sociedad aristocrática faltaron a las normas básicas de etiqueta⁵¹⁶.

El contrapunto a la asiduidad y preferencia que guardaban los linajes más antiguos estuvo en la ausencia de muchos titulados en época reciente, a pesar de que éstos solían ser los sujetos más influyentes en el ámbito de la política o la economía. Por ejemplo, los marqueses de Aldama y Urquijo, que eran los principales banqueros de la capital, estuvieron ausentes de las fiestas en Fernán Núñez durante la década de 1910 y no fueron invitados hasta 1925. Otros financieros, como el conde de Gamazo o el marqués de Cortina nunca participaron en una fiesta de Fernán Núñez. A nivel político se repitió un patrón similar por el que se excluía de la mayoría de las fiestas a personas como el marqués de Alhucemas, el conde de Bugallal o el vizconde de Eza. Sin embargo, el grueso de los nobles invitados no fueron ni los linajes más antiguos, que no sobrepasaban las dos docenas, ni los advenedizos, que quedaron excluidos en su inmensa mayoría. El grupo más importante fue el sector que los historiadores menos conocemos de la nobleza, formado por aquellas familias cuyos orígenes se remontaban a época isabelina y cuya fortuna no les situaba entre los más ricos. En verdad, este sector constituía el núcleo de la alta sociedad madrileña. Numéricamente eran capaces de marcar los usos del gran mundo, en este caso, determinar el éxito o fracaso de una fiesta. Además, si bien su capital social y cultural era inferior que el de las casas

⁵¹⁴ *Memorándum de las fiestas en la Casa-Palacio....*

⁵¹⁵ Luis ESCOBAR: *En cuerpo y alma...*, p. 43

⁵¹⁶ Duque del INFANTADO: *Honores y prerrogativas de los Grandes de España*, Madrid, Diputación permanente y Consejo de la Grandeza de España, 1929. El conflicto surgió ante la pretensión de unos nobles extranjeros, en este caso príncipes alemanes, de gozar de derecho de precedencia sobre los grandes de España. La conclusión del discurso no podía ser más tajante: “Que debemos suscitar, sin vacilaciones, la cuestión de etiqueta siempre cuando se falte a ella, en relación a nuestra clase”, pp. 21-22.

antiguas, también eran más accesibles que éstas últimas y, por tanto, servían mejor como referente para las familias no nobles.

Si los criterios dentro de la nobleza eran tan estrictos, ¿qué permitía a los no titulados formar parte de las fiestas aristocráticas? Algunos eran invitados accidentales, en el sentido de que su presencia no se debía a una genuina integración en la alta sociedad, sino a que era conveniente que estuvieran ante el rey. Tal es el caso de diversos políticos (Primo de Rivera, Maura, Dato, Sánchez Guerra, Alcalá Zamora) y militares del Estado Mayor y de la Casa Militar de S.M. Resultaba más frecuente la presencia del personal diplomático residente en la capital, si bien debe tenerse en cuenta que, como apuntó marquesa de Belvis, “la sociedad de Madrid [era] entonces muy retraída hacia el Cuerpo Diplomático, no tratándose de amigos personales”⁵¹⁷. En realidad, los diplomáticos asiduos a las fiestas de sociedad eran los de las principales potencias europeas –Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y Bélgica–, pues por estatus y condición social ellos conocían perfectamente los usos de la alta sociedad internacional. En cambio, los diplomáticos de otras potencias (EEUU, Cuba, Argentina, China y Japón) asistieron sólo a los grandes acontecimientos y puede considerarse que formaban parte del sector de invitados accidentales.

Excluyendo a estos tres grupos (políticos, militares y diplomáticos) cuya presencia debía a motivos específicos, hubo sólo unas pocas decenas de personas que, aun no siendo nobles, asistieron habitualmente a las fiestas aristocráticas. Entre los invitados perennes estaban el cronista de sociedad *Monte-Cristo*, pero también los Beístegui, López Dóriga y Bäuer, todos ellos pertenecientes a familias de trayectorias muy diversas (diplomacia, comercio y banca) que, tras diversas generaciones, habían alcanzado un estatus propio en la sociedad aristocrática sin que mediara la obtención de un título por concesión real o por matrimonio. Por supuesto, que tan pocas personas no tituladas fueran admitidas, significó que la gran mayoría de los industriales, comerciantes, banqueros o profesionales de Madrid nunca fueron invitados a una fiesta aristocrática. La alta sociedad tampoco permitió la entrada a sus fiestas ni de los intelectuales –a excepción de Gregorio Marañón que sí acudió a la gran fiesta de 1925– ni a artistas de diversos ámbitos (pintores, literatos, actores, etc.). Como señalaba la condesa de Campo Alange:

⁵¹⁷ Princesa Max de HOHENLOHE LANGENBURG: *Érase una...*, p. 59

*La gente del teatro, aún las personalidades más destacadas, no tenían acceso a este grupo [...] Tampoco a los intelectuales se les prestaba el lugar preeminente que debían tener en la sociedad. Probablemente ni eran invitados ni ellos tenían interés en serlo*⁵¹⁸.

En conclusión, durante las décadas finales de la Restauración, el llamado gran mundo continuó mostrando su predilección por la organización de grandes fiestas como forma de cohesionar y delimitar sus fronteras sociales. En la sociedad aristocrática, la nobleza siguió siendo el actor central, pero un análisis detallado de los invitados demuestra que ni todos los nobles formaban parte de la misma, ni tampoco se excluía a las familias no tituladas. Al contrario, la alta sociedad erigió sus propios criterios entre los que estaban la antigüedad, la cercanía con la familia real o la capacidad de contar con el tiempo suficiente para atender estos compromisos sociales. Las personas involucradas en la dirección del poder económico o político que carecían de estas cualidades generalmente no gozaron de un alto prestigio, en tanto que eran personas con un ritmo incompatible con el universo mundano o sencillamente podían romper con el ambiente distendido y alejado de los problemas cotidianos que reinaba en estos eventos.

Los clubes de Madrid

La sociabilidad informal que giraba en torno al hogar era el ámbito básico para la delimitación de los usos y normas sociales de los círculos mundanos de Madrid. Las visitas, tertulias, reuniones de salón y fiestas, siguieron los principios del *habitus* aristocrático en el sentido de que crearon un espacio de interrelación social distendido al que sólo pudieron aspirar aquellos que por fortuna, educación y origen familiar formaban parte del grupo. Pero al final, de una forma u otra, esta serie de eventos informales pudieron ser potencialmente objeto de imitación por otros grupos de estatus de entre las clases altas de Madrid. Ante la amenaza de verse socialmente diluidos, la alta sociedad sólo pudo responder concediendo un mayor prestigio a sus reuniones a la par que se abstuvieron de participar en los eventos de familias advenedizas. La sociabilidad formal basada en la pertenencia a clubes y asociaciones sirvió precisamente para reforzar las fronteras del grupo. Definidas generalmente como un espacio de ocio y esparcimiento, todas las instituciones de la alta sociedad contaron con normas que definían las actividades aceptadas y restringían su participación a los socios y sus invitados. Por esta razón, la adquisición de la condición de socio en un club fue

⁵¹⁸ María CAMPO ALANGE: *Mi atardecer entre dos mundos...*, p. 29

reconocida como una condición “indispensable” para ser plenamente integrado en la alta sociedad⁵¹⁹.

Por su propia condición como un círculo restringido, no todas las asociaciones del Madrid de finales de la Restauración tuvieron las mismas funciones. A grandes rasgos existió una clara separación entre los clubes de caballeros, formados en el siglo XIX y que por definición sólo admitían a hombres, con respecto de los clubes de campo, cuyo origen era más reciente y que incluían también a mujeres y niños. Por otro lado, no todos los clubes contaron con un mismo prestigio ni estuvieron igualmente vinculados a la alta sociedad de la capital, pues el Nuevo Club alcanzó entre el asociacionismo masculino una posición sin parangón, mientras que, en los clubes de recreo, la institución que ostentó el mayor prestigio fue el Real Club Puerta de Hierro. Tomando ambos clubes como modelo podrá completarse la descripción sobre la sociabilidad mundana en Madrid.

Los clubes de caballeros. El Nuevo Club.

El nacimiento y consolidación de la sociedad liberal implicó a nivel social la definitiva separación entre los espacios públicos y privados dentro del universo masculino⁵²⁰. Los clubes de caballeros constituían la más clara manifestación de este proceso, pues fueron espacios formalmente ubicados en el espacio público que quedaron delimitados al contar con un lugar de reunión, unas normas de funcionamiento y unas personas que voluntariamente aceptaban participar. Los clubes masculinos eran también un ámbito vinculado a la búsqueda de la distinción social pues, en todos los casos, se establecieron unos criterios más o menos selectos para el acceso a la condición de socio. La sociedad española no fue ajena a la creación de espacios de socialización propios de las clases medias y altas. En el caso de la capital, los dos hitos más relevantes de este proceso fueron la creación del Casino de Madrid y del Ateneo Científico y Literario durante la década de 1830. El primero de ellos posiblemente fuese el círculo más selecto durante el reinado de Isabel II, pues su composición estuvo hegemonizada por la clase política nacional, militares de alta graduación, comerciantes y ciertos linajes

⁵¹⁹ Marqués de VILLAVIEJA: *Life has been....*, p. 103

⁵²⁰ Jürgen HABERMAS: *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, GG, 2004 [1962].

nobiliarios⁵²¹. El Ateneo, en cambio, atrajo un menor número de individuos de las élites económicas y con el tiempo devino en un espacio hegemonizado por los intelectuales⁵²².

Resulta claro que a principios del siglo XX, estas dos asociaciones tenían un vínculo muy tenue, por no decir inexistente, con la alta sociedad madrileña. Con respecto al Casino de Madrid, es cierto que a la altura de 1917 entre sus socios todavía estaban buena parte de los banqueros, grandes industriales y comerciantes de la capital, aunque de forma significativa no formaban parte los miembros de las casas aristocráticas de mayor antigüedad (Medinaceli, Fernán Núñez, Arión, etc.)⁵²³. Pero más allá de la filiación a nivel individual, resulta incontestable que esta asociación había perdido su condición como club más selecto, pues contaba con cerca de 2.000 socios y, por tanto, las familias distinguidas habían quedado diluidas en un círculo social más amplio. En cuanto al Ateneo de Madrid, su relación con los grupos dominantes fue prácticamente nula. En la década de 1920, algunos individuos como el conde de Romanes o los banqueros José y Mariano Sáinz Hernando aparecían todavía como promotores de esta asociación⁵²⁴. Pero a nivel colectivo, la alta sociedad rechazó de plano el carácter reformista y librepensador del Ateneo y, de hecho, se excluyó su mención en los anuarios mundanos de la capital.

Prescindiendo de estas dos asociaciones, sólo quedaron dos clubes que pudiesen aspirar a la condición de ser un círculo selecto: la Gran Peña y el Nuevo Club. El primero de ellos era una asociación que había sido fundada en 1869 por oficiales del Ejército provenientes de tres armas (Estado Mayor, artillería e ingenieros) que, mayoritariamente, se opusieron a la revolución *Gloriosa* del año anterior⁵²⁵. En consecuencia, la Gran Peña nació siendo una institución de recreo con un marcado carácter militar y una cierta inclinación por la dinastía de los Borbones. En términos de exclusividad social, originalmente el club contó con solo 388 peñistas, cifra que

⁵²¹ María ZOZAYA MONTES: *Del ocio al negocio...*; ÍD.: *El Casino de Madrid: Ocio, sociabilidad, identidad y representación social*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2008.

⁵²² Francisco VILLACORTA: *El Ateneo científico, literario y artístico de Madrid: 1885-1912*, Madrid, CEH y CSIC, 1985.

⁵²³ La lista de socios en *Le Tout Madrid: Anuario de la aristocracia*, Madrid, Enrique de Gondry, 1917, pp. 132-168

⁵²⁴ Romanones fue presidente del Ateneo en dos ocasiones, de 1918 a 1919, y posteriormente de 1920 a 1922. Los hermanos Sáinz Hernando formaban parte del reducido grupo de socios honorarios de esta institución. *Ateneo Científico, Literario y Artístico. Lista de los señores socios, enero de 1922*, Madrid, Gráfica Ambos Mundos, 1922.

⁵²⁵ José GÓMEZ PALLETE: *La Gran Peña, 1869-1917*, Madrid, Fortanet, 1917.

aumentó progresivamente hasta 1.125 socios en 1917⁵²⁶. La ampliación del círculo no debe ser vista en este caso como un rasgo que marcara su descenso social, sino al contrario, indicaba la capacidad de los oficiales del Ejército por incluir a otras élites sociales que provenían fundamentalmente de la nobleza o de la alta administración del Estado, como demuestra que la Gran Peña tuviese desde 1892 a un noble como presidente⁵²⁷. Por el contrario, pocos de los grandes industriales y financieros de Madrid llegaron a entrar en la Gran Peña, impidiendo así que se convirtiera en el epicentro de la vida mundana de las clases altas de la capital.

Al final, si hubo un círculo que pudo ostentar la condición más distinguida del Madrid de la Restauración fue el Nuevo Club. El proceso por el que alcanzó esta posición no fue inmediato, sino el resultado de una larga trayectoria que se remontaba hasta su más directo predecesor, el Veloz Club, creado en 1869. En origen, el Veloz Club fue fundado como un club de *sport*, aunque rápidamente evolucionó para convertirse en una sociedad de recreo propia de la alta sociedad⁵²⁸. Con el tiempo, este círculo también adquirió cierta notoriedad por la vida licenciosa de sus miembros más jóvenes y, especialmente, por la práctica de juegos de azar prohibidos. La mala reputación de tales actividades empujó a que una buena parte de los socios buscara una excusa en torno a la disputa por la elección de la junta directiva, para abandonar el Veloz Club y formar uno propio en 1888⁵²⁹.

El Nuevo Club nació con la firme convicción de alejarse de cualquier vínculo con prácticas de dudosa moralidad y fijó como único objetivo el proporcionar “la comodidad de la vida material y aquellos entretenimientos y juegos que las leyes y costumbres consienten”, especificando que aunque se autorizaba “los juegos de cartas”, se prohibía “los de azar” y particularmente el “baccara”⁵³⁰. En su lugar el club potenció

⁵²⁶ *Ibid.*, pp. 108-109. La lista de socios de 1917 puede consultarse en *Le Tout Madrid...*, pp. 117-130

⁵²⁷ El listado de presidentes en Bernardo de SALAZAR: *La Gran Peña. Madrid, 1869-1969*, s.l. [Madrid], s.n., 1969, p. 79.

⁵²⁸ Marie SALGUES: “La fondation du Veloz Club: les élites madrilènes entre deux je(ux)”, *Les travaux du CREC en ligne*, 2 (2006), pp. 299-318, <<http://crec.univ-paris3.fr/loisirs/15-salgues.pdf>>; Juan JIMÉNEZ MANCHA: “El Veloz Club”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 44 (2004), pp. 555-568.

⁵²⁹ Juan JIMÉNEZ MANCHA: *El Nuevo Club de Madrid. Ciento veinte años de historia*, Madrid, El Nuevo Club de Madrid, 2011.

⁵³⁰ Artículo LV. *Nuevo Club. Reglamento*, Imprenta del Asilo de Huérfanos, s.a. [1924]. El ejemplar que he consultado del reglamento se conserva en el ACA, *Fondo de Don Jacobo*, Caja 6.

otras formas de sociabilidad más distinguidas, principalmente las comidas y banquetes, conduciendo así al desarrollo de una de las mejores cocinas de la capital⁵³¹.

Desde sus orígenes, los integrantes del Nuevo Club guardaron muy celosamente que su círculo no fuera objeto de una dilución social como la que había ocurrido en el Casino de Madrid. Los estatutos del club siempre fueron muy estrictos en señalar un número muy reducido de socios propietarios. Durante sus primeras décadas, el Nuevo Club contó sólo con 150 socios, aunque posteriormente, en la década de 1920, se amplió esta cifra hasta 225 personas⁵³². Asimismo, junto con los socios propietarios, existieron un número indeterminado de socios transeúntes, que correspondían a personas que residían en otras ciudades, pero que podían hacer uso de los servicios del club cuando visitasen Madrid. Unido al establecimiento de un criterio estricto del número de socios, el Nuevo Club tuvo también un notable éxito en fijar diversos mecanismos para evitar que aquellos que se postularan como socios propietarios pudiesen ser individuos ajenos a la alta sociedad. Para empezar, todo candidato debía contar con el firme apoyo de dos socios y, adicionalmente, el respaldo adicional de otros siete miembros. El único caso de candidatura que he podido consultar –la del marqués de Aledo en 1932– permite conocer con más detalle el procedimiento básico de entrada. Aledo, presidente del Hispano Americano, fue propuesto por otros dos financieros de Banesto, el conde de Gamazo y el marqués de la Viesca de la Sierra, pero estos dos padrinos habían realizado previamente una tarea de presentación y obtención de apoyos⁵³³.

Contar con un padrino nunca fue un criterio suficiente, pues las propuestas debían ser votadas en secreto por los veintiún miembros del comité. Si en esta votación se obtenía un sufragio negativo –la *bola negra*– ello equivalía a siete votos positivos, por lo que la oposición de sólo tres miembros del comité descalificaba inmediatamente a cualquier candidato⁵³⁴. La única excepción a este procedimiento se producía en el caso

⁵³¹ La buena cocina del club fue un rasgo destacado por multitud de contemporáneos, como por ejemplo Josep PLA: *Madrid. El advenimiento de la República*, Madrid, Alianza, 1986 [1933], p. 8, citado en Juan JIMÉNEZ MANCHA: *El Nuevo Club...*

⁵³² La cifra de 150 socios se deduce del listado de *Le Tout Madrid...*, pp. 110-115. El aumento a 225 en *Nuevo Club. Reglamento...*

⁵³³ Carta del conde de Gamazo al marqués de Aledo, 19 de diciembre de 1932. SNAHN, *Aledo*, c. 708.

⁵³⁴ Artículo X. *Nuevo Club. Reglamento...* En ese sentido, aunque comparto la opinión de María ZOZAYA MONTES: *El Casino de...*, pp. 19-20, en considerar que las votaciones tenían un cierto elemento de ritual entre personas conocidas, ello no resta importancia al peso que tenían las *bolas negras*, pues implícitamente hacían más difícil que un candidato se postulase. Amy MILNE-SMITH: *London Clubland. A cultural history of gender and class in late Victorian Britain*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2011, pp. 35-57

de que “un Infante de España desee formar parte del Nuevo Club”, pues entonces “basta que haga saber al Presidente su deseo para ser Socio Propietario”. Esta característica ciertamente significativa vuelve a incidir en el lugar honorífico que mantuvo la familia real dentro de la alta sociedad madrileña⁵³⁵.

Gracias a estos dos procedimientos –la estricta restricción del número de socios y la erección de barreras efectivas a la presentación de candidatos– el Nuevo Club pudo vanagloriarse de contar desde sus inicios con unos socios que se situaban en la cúspide de la alta sociedad madrileña. El listado de socios de 1917, el único completo que se ha conservado, permite comprobar que un setenta por cien de los socios propietarios eran nobles, a lo que habría que sumar otro siete por cien más de hijos que en muy poco tiempo heredaron un título⁵³⁶. La composición nobiliaria del Nuevo Club permite igualmente recalcar que en su seno primaron los valores propios de la sociedad aristocrática (prestigio, antigüedad y respetabilidad) sobre los vínculos económicos o los intereses políticos. El núcleo de socios propietarios estaba formado por los linajes más antiguos de la aristocracia: Stuart, Falcó, Fernández de Córdoba, Silva, Álvarez de Toledo y Azlor de Aragón. Todo ellos eran terratenientes absentistas que entraron en el Nuevo Club no como forma de fortalecer sus vínculos económicos o la participación política, sino simplemente para cohesionar su identidad social. Pero el Nuevo Club, al igual que las grandes fiestas, no fue simplemente el reducto de la vieja aristocracia. A nivel de los socios propietarios, junto con los viejos linajes, también existió un espacio para familias recién ennoblecidas, como los tres hermanos Figueroa (conde de Romanones, duques de las Torres y de Tovar) o dos de los hermanos Urquijo (marqueses de Urquijo y de Amurrio). Igualmente, también fueron admitidos los hermanos López Dóriga, los Beístegui o Gustavo Bäuer, es decir, personas no tituladas que, como señalé anteriormente, estuvieron plenamente integradas en la alta sociedad.

Por otra parte, los socios del Nuevo Club, o por lo menos una parte de ellos, ejercieron una actividad bastante concurrida al conceder numerosos banquetes en honor a figuras políticas, a diplomáticos o simplemente a viajeros y figuras destacadas. En ese sentido, el Nuevo Club adquirió una cierta connotación como círculo conservador, habida cuenta de la frecuencia con la que socios como Dato, Maura o Silvela celebraron

⁵³⁵ Artículo XIV. *Nuevo Club. Reglamento...*

⁵³⁶ El listado puede consultarse en *Le Tout Madrid...*, pp. 110-115.

reuniones como parte del proceso de negociación política⁵³⁷. Al final, la suma de todos estos factores hizo que el Nuevo Club, aunque nunca perdió su condición como un círculo restringido, se convirtiera también un icono de la vida social de Madrid.

Los clubes de campo. El Club Puerta de Hierro

Si bien los clubes de caballeros constituyeron el ámbito de sociabilidad formal que gozaba de una mayor tradición entre la alta sociedad de Madrid, ello no impidió que durante el primer tercio del siglo se produjera la formación de un nuevo tipo de institución que respondía al modelo del *Country club*. En origen, los clubes de campo eran un círculo propio del ámbito anglosajón que fueron primero creados en Gran Bretaña, pero que alcanzaron su máximo esplendor en EEUU⁵³⁸. A grandes rasgos, los *Country clubs* se definieron por tres rasgos. En primer lugar eran asociaciones cuyo fin era facilitar la práctica de determinados deportes, entre los cuales solía prevalecer el golf, el tenis y, en menor medida, el polo. En segundo lugar, debido en parte por las necesidades de espacio propias de este tipo de deportes, pero también por la aspiración de crear un ámbito externo al bullicio del mundo urbano, los *Country clubs* se ubicaron siempre en los suburbios de las ciudades. Por último, al igual que con toda asociación de la alta sociedad, a los clubes de campo sólo podían acceder los socios y sus invitados, por lo que contaron con normas explícitas sobre los requisitos para acceder a la condición de miembro. En ese sentido, el rasgo distintivo de los *Country clubs* americanos estuvo en que establecieron desde fechas muy tempranas la posibilidad de que pudieran participar las mujeres y los niños, por lo que rápidamente se convirtieron en el lugar por excelencia para la socialización de las familias de las clases altas.

En el Madrid de finales de la Restauración existieron dos círculos que reunieron las condiciones propias de un *Country club*: el Real Club Puerta de Hierro y el Club de Campo. El primero de ellos era el club más antiguo de la capital y, sin duda, el más prestigioso y selecto⁵³⁹. El origen del mismo se remonta al Madrid de principios de siglo, un momento en el que existían dos asociaciones para la práctica del deporte por parte de los miembros de la alta sociedad madrileña: el Madrid Polo Club y el Madrid Lawn-

⁵³⁷ Como recuerda el conde de ROMANONES: *Notas de una vida...*, p. 295.

⁵³⁸ James M. MAYO: *The American Country Club. Its Origins and Development*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1998; John Steele GORDON: "The Country Club", *American Heritage*, 41-6 (1990), pp. 75-85.

⁵³⁹ Mariola GÓMEZ LAÍNEZ: *El Real Club de la Puerta de Hierro*, Madrid, RCPH, 2010.

Tennis Club⁵⁴⁰. En aquellos momentos, además de que el número de socios era todavía bastante reducido, ambos círculos no respondían al modelo de *Country club*, en tanto que la práctica del deporte seguía haciéndose en la propia ciudad. Los miembros del Madrid Polo Club practicaron su deporte en el hipódromo, situado al norte de la Castellana, mientras que el Lawn-Tennis Club tenía sus instalaciones en la calle Padilla. Asimismo, no existe ninguna evidencia de que contaran con los edificios (hall, salones, etc.) que permitieran el desarrollo de la vida social plena entre sus participantes.

La creación del Club Puerta de Hierro en 1914 significó un hito fundamental en el desarrollo de una nueva forma de sociabilidad. Este nuevo club se erigió sobre la base de fusionar las dos asociaciones preexistentes, fijando unas nuevas instalaciones en las afueras de la ciudad, dentro de un paraje que pertenecía al Patrimonio Real y que Alfonso XIII ofreció en condiciones muy favorables. El traslado a la nueva localización fue un hecho trascendental pues definitivamente alejó este tipo de actividades mundanas del ámbito de la ciudad, creando el primer círculo de sociabilidad propio de la vida suburbana. Superados los primeros obstáculos el éxito del club fue innegable, pues si en 1914 se inició con 290 socios, en 1919 pasó a tener más de 600, hasta llegar a 1.100 en 1931⁵⁴¹.

Precisamente fue el éxito del Club Puerta de Hierro lo que incentivó el desarrollo de un nuevo círculo, el Club de Campo, constituido en vísperas de la proclamación de la II República. En 1930, *ABC* comentaba en un breve artículo que la afluencia de socios al Club Puerta de Hierro había motivado un aumento de las cuotas con el objetivo de restringir el acceso⁵⁴². El Club de Campo nació para dar cabida a estas aspiraciones, pero también ampliando sus fronteras sociales, pues en teoría la nueva entidad iba a ser “de más modesto alcance”, buscando sólo “el deporte por el deporte” y no tanto las prácticas “elegantes” de un *Country club*⁵⁴³. El periódico *La Libertad* lo expresó de forma más clara al considerar que el Club de Campo no debía ser un “coto cerrado” y solicitaba que estuviera exento de “las aristocráticas exquisiteces del Club Puerta de Hierro”, así como de “otras análogas supersticiones de la moda y del «spleen»”⁵⁴⁴. Más allá de la primera declaración de intenciones, la afluencia de socios

⁵⁴⁰ *Ibid.*, pp. 20-22.

⁵⁴¹ *Ibid.*, pp. 45 y 47.

⁵⁴² “El Club de Campo”, *ABC*, 2 de mayo de 1930.

⁵⁴³ *Ibid.*

⁵⁴⁴ “Caminos nuevos, horizontes amplios”, *La Libertad*, 24 de octubre de 1931.

potenciales fue tal que rápidamente se decidió aumentar la cuota de entrada, favoreciendo que se convirtiera en un círculo más restringido⁵⁴⁵. Asimismo, el modelo de *Country club* terminó por imponerse como prueba que albergara un edificio para banquetes y fiestas diseñado por Gutiérrez Soto y que en su junta directiva se buscara un cierto influjo aristocrático al participar el duque de Maura, el barón de Satrústegui y los Gamazo⁵⁴⁶.

Las diferencias entre los dos clubs aparecen de forma mucho más nítida si se analiza de forma precisa a sus miembros. En relación al Real Club Puerta de Hierro, sólo he podido reconstruir un listado parcial para el año 1932 a partir del *Anuario español del Gran Mundo*⁵⁴⁷. Tomando esta referencia se puede comprobar que si bien formaban del club los linajes más significativos de la vieja aristocracia (Medinaceli, Alba, Fernán Núñez, etc.) y muchas familias recién ennoblecidas (Urquijo, Figueroa, Gamazo etc.), en términos globales la nobleza no constituía más que una minoría significativa, un 36 por cien del total de miembros. En consecuencia, el Club Puerta de Hierro debe ser valorado como el círculo más abierto de la sociedad aristocrática, pues además del núcleo de la sociedad aristocrática, formaron parte grandes rentistas urbanos (Tomás Allende, Tomás de Beruete) industriales (Horacio Echevarrieta) y directores de grandes empresas (Valentín Ruiz Senén y Germán de la Mora), que generalmente no fueron admitidos en el Nuevo Club ni tampoco participaron en fiestas aristocráticas.

En cuanto al Club de Campo, aunque el listado completo de socios es de la década posterior, ello no impide comprobar que su composición se alejaba sustancialmente de los círculos aristocráticos⁵⁴⁸. Además de que el peso de la nobleza era sustancialmente más bajo (11 por ciento del total), los titulados que eran socios generalmente también lo eran del Club Puerta de Hierro, por lo que cabe dudar de si realmente acudieron asiduamente a este segundo club⁵⁴⁹. El Club de Campo quedó por tanto monopolizado por familias de clase alta y ciertos sectores de clase media con un prestigio y proyección pública sustancialmente inferiores al de la aristocracia.

⁵⁴⁵ “Club de campo”, *ABC*, 22 de marzo de 1931.

⁵⁴⁶ “El Real Club de Campo”, *ABC*, 8 de enero de 1931; “Polo”, *ABC*, 5 de abril de 1931.

⁵⁴⁷ En el *Anuario español del Gran Mundo*, Madrid, 1932, toda persona podía consignar voluntariamente los clubs a los que pertenecían. De esta forma, en 1932, he contabilizado a 447 socios que, aproximadamente, representarían el 55 por cien del total de miembros.

⁵⁴⁸ El listado fue publicado en un anuario un tanto peculiar *Heráldica*, Madrid, A. M. Moré, 1945.

⁵⁴⁹ Por ejemplo, en 1930 el duque de Alba fue propuesta para la presidencia de honor del Club de Campo, aunque él estaba sustancialmente más involucrado en el Puerta de Hierro. Véase ACA, *Fondo de Don Jacobo*, caja 6.

Más allá de las diferencias en su composición, ambos clubs cumplieron una función similar. De una parte promovieron aquellos deportes que se consideraban “higiénicos”, en el doble sentido de ser una actividad que “fortifica y embellece”⁵⁵⁰, pero que también proporcionaba un respiro físico e intelectual frente al trasiego de la vida urbana. Generalmente sólo aceptaron los deportes propios de la alta sociedad internacional como eran el golf, el tenis y el polo, entre los cuales, este último constituía el signo por antonomasia de la aristocracia contemporánea: requería bastante tiempo, el desplazamiento a un paraje específico, su práctica podía ser ejercitada sólo por aquellos que tenían una larga experiencia en la equitación y el hecho de mantener varios caballos certificaba el arte de “saber gastar” por parte de su propietario. Por el contrario, la práctica de otros deportes estuvo mal vista o incluso prescrita. La natación no era ejercitada dado que la piscina era considerada como un elemento demasiado indecoroso, hasta el punto que una socia –Lily Rózpide– llegó a afirmar que: “en conciencia no puedo pertenecer a un Club donde haya una piscina”⁵⁵¹.

No obstante, la misma esencia del *Country Club* no radicaba en la práctica del deporte, sino en la vida social que implicaba la visita diaria de sus instalaciones. Luis Escobar, hijo del marqués de Valdeiglesias, lo expresó claramente en sus memorias cuanto recordaba que:

*Mi madre, como a todos los hermanos, me hizo socio del Club Puerta de Hierro que tanto en invierno, el golf, como en verano, el tenis, tenía el ambiente más exclusivo y elegante de Madrid. Allí fortalecí antiguas amistades y emprendí otras nuevas, en cierto modo universalicé por llamar universo a un ambiente pequeño dentro de la vida de un Madrid pequeño también. Pequeño, si, pero Madrid tenía calidad*⁵⁵².

El relato de Luis Escobar resulta clave en tanto que expresa cómo los *Country Clubs* fueron un ámbito en el que el protagonismo y presencia cotidiana recayó en las mujeres y los hijos de las familias de la alta sociedad. Las instalaciones no estaban plenamente adecuadas para los usos de los hombres (los *señores*), pues no había ni biblioteca ni un salón para debatir, a pesar de que algunos socios lo solicitaron⁵⁵³. Ellos quedaron relegados a un segundo plano, fundamentalmente a participar en las comidas y celebraciones que ocurrían los fines de semana. El Club Puerta de Hierro y el Club de

⁵⁵⁰ “En el Real Club Puerta de Hierro”, *Blanco y Negro*, 4 de enero de 1920.

⁵⁵¹ Luis ESCOBAR: *En cuerpo...*, p. 46.

⁵⁵² *Ibid.*, p. 41.

⁵⁵³ Carta del marqués de Cortina al duque de Alba, 16 de marzo de 1928. ACA, *fondo de Don Jacobo*, caja 6.

Campo se erigieron así como las instituciones que permitieron crear un nuevo ámbito de sociabilidad hasta entonces inexistente en la alta sociedad de Madrid.

El repliegue de la sociedad

¿Qué transformaciones se produjeron en el campo de la sociabilidad a partir de la crisis de la década de 1930? Si en el ámbito de los espacios residenciales y del patrón de consumo de las clases altas de Madrid se produjo un punto de inflexión a tenor de la proclamación de la II República, en las formas de sociabilidad su impacto fue si cabe aún más señalado. A partir de 1931, la alta sociedad se vio afectada no sólo por el exilio voluntario de determinadas familias aristocráticas, sino sobre todo porque aquellas que permanecieron en la capital efectuaron un repliegue de su actividad. A grandes rasgos, como recuerda Luis Escobar, “la vida social no varió sustancialmente, aunque sí en su detalle”⁵⁵⁴.

Entre estos cambios cabe destacar el declive y desaparición de grandes eventos como fiestas o representaciones teatrales, mientras que en los pocos casos en que sí llegaron a realizarse, ya no consistían en “recibir en grande” en la propia residencia, pues generalmente se optó por un hotel o espacio reservado⁵⁵⁵. Por otra parte, como reflejo del declive de la vida mundana, pero también de la búsqueda de la discreción y anonimato por parte de las familias distinguidas de Madrid, la alta sociedad comenzó a desarrollar una “vida clandestina. Nadie quería que se hablara, no ya de fiestas que no las había, sino de simples reuniones”⁵⁵⁶. De esta forma, se estaba poniendo fin a determinados prácticas de sociabilidad, pero también a la proyección pública que hasta ese momento había gozado la aristocracia. En ese sentido debe leerse la reducción, o incluso desaparición, de la sección de sociedad en muchos periódicos, un proceso que servía de termómetro de los nuevos tiempos:

*Hasta el Blanco y Negro, rotundamente fiel a la monarquía, va perdiendo su sello aristocrático, se democratiza: papel más ordinario y plebeyo sustituye al charolado couché, la sección dedicada al gran mundo se reduce hasta desaparecer*⁵⁵⁷.

⁵⁵⁴ Luis ESCOBAR: *En cuerpo y alma...*, p. 57.

⁵⁵⁵ *Ibid.*, p. 57.

⁵⁵⁶ *Ibid.*, p. 76 En esas circunstancias, Luis Escobar, que era cronista de sociedad, tuvo el ingenio de inventarse una serie de personajes ficticios para su relato. Los textos, que fueron publicados en *ABC* bajo el epígrafe de “Cecilia, en Madrid” son la mejor caricatura de la alta sociedad de la época.

⁵⁵⁷ Leopoldo RODRÍGUEZ ALCALDE: *Montecristo. Eugenio Rodríguez...*, p. LXXI.

De forma paralela al declive que experimentó la vida de la alta sociedad, la experiencia de la República demostró que la sociabilidad mundana no era únicamente una cuestión de ocio, pues también permitía traslucir un conflicto político. La llegada de las nuevas autoridades políticas fue recibida con abierta hostilidad por parte de la vieja sociedad, que rechazó el ideario republicano, pero también la personalidad y las formas que denotaban sus dirigentes. Mientras que en los grandes eventos “los intelectuales sustituían a los aristócratas”, estos últimos no tardaron en denunciar a la clase política por su carácter plebeyo, su condición supuestamente mediocre y su incapacidad por seguir el protocolo marcado por el gran mundo:

*Todos repetían en sociedad los temas de sus oposiciones, las preguntas de sus cátedras, las reflexiones de sus clínicas, los comentarios de sus bufetes. Porque no habían encontrado todavía ese tono ligero, esa espuma maliciosa y cortés que alude a las cosas y las desflora sin entrar en ellas y que constituye la conversación del hombre de mundo*⁵⁵⁸.

Al mismo tiempo, algunos ámbitos de sociabilidad, como el salón de té de la condesa de Floridablanca, se convirtieron en “refugio de la nobleza que estrecha sus filas ante el peligro”⁵⁵⁹. Las representaciones teatrales también siguieron reuniendo a las familias más distinguidas de Madrid, como prueba la correspondencia mantenida entre los hijos del duque del Infantado:

*El lunes por la noche nos reunimos en función de gala todos los burgueses, ex aristócratas y extinguidos Grandes, pequeños y medianos de la ex España en el Coliseum, para escuchar a María, Elisa, Bolarque y a todos los capullos y capullas de la sociedad en la obra «Melamia», de Bolarque y Superunda; la función resultó «superunda»*⁵⁶⁰.

Al quedar confinados en determinados nichos, la aristocracia fuese aún más fácil de identificar y de denunciar como enemiga de la República. De esta forma debe entenderse que los dos círculos más selectos de la capital (el Nuevo Club y la Gran Peña) quedaran asociados por su vinculación con el régimen de la Restauración, pero también con las diversas conspiraciones monárquicas de los primeros años⁵⁶¹. Andando el tiempo, en los momentos en que existió un ambiente de abierta hostilidad hacia la

⁵⁵⁸ Agustín de FOXÁ: *Madrid, de Corte a Cheka*, San Sebastián, Librería Internacional, 1938, pp. 104-105.

⁵⁵⁹ Leopoldo RODRÍGUEZ ALCALDE: *Montecristo. Eugenio Rodríguez...*, p. LIX.

⁵⁶⁰ Cristina de ARTEAGA: *Borja...*, p. 57. Es de reseñar que dado el carácter jocosos de la carta, el autor – Borja de Arteaga – emplease el concepto de “burguesía”.

⁵⁶¹ Como denota el siguiente comentario: “El general Kirkpatrick es la flor y nata de la caverna [...] Es presidente de la Gran Peña, donde se conspiró para lo del 10 de agosto”. Manuel AZAÑA: *Diarios, 1932-1933. Los cuadernos robados*, Madrid, Crítica, 1997, p. 297.

aristocracia, como en los días posteriores al golpe de Sanjurjo, el gobierno pudo aprovechar la coyuntura para ordenar la clausura durante tres meses de ambas instituciones⁵⁶². En perspectiva, resulta indudable que la alta sociedad estaba perdiendo su hegemonía sobre la vida social de la capital.

Tras la Guerra Civil, la instauración de la dictadura franquista no significó una vuelta al patrón de sociabilidad que tradicionalmente habían sostenido las clases altas Madrid. En un primer momento, las dificultades económicas de la posguerra y la incertidumbre política que rodeaba al nuevo régimen, hicieron que durante los primeros años de la década de 1940 prácticamente no hubiera vida mundana digna de mencionarse. La prueba más palpable en este sentido puede verse en que no sobreviviese ninguna de las viejas revistas y periódicos de sociedad⁵⁶³. Las nuevas publicaciones que aparecieron, como *¡Hola!* en 1943, no reflejaron el perfil, normas e instituciones propias de la sociedad aristocrática anterior a la guerra. Entre sus páginas prevalecieron eventos de menor escala como bautizos, pedidas de mano y bodas, que contrastaban con las antiguas formas de interacción como bailes de disfraces, representaciones teatrales, etc. Además, aunque seguían aparecieron determinadas familias aristocráticas (Urquijo, Escrivá de Romaní, Gamazo), junto con ellos también había un espacio para otros individuos (industriales, familias vinculadas a las élites del nuevo Estado) que no habían formado parte de la alta sociedad de la Restauración⁵⁶⁴.

¿Qué fue entonces de la antigua sociedad aristocrática? Una de las mejores ventanas sobre las que aproximarse a este grupo está en una revista de pequeña tirada como fue *Gran Mundo*, publicada a partir de 1950 por Agustín de Figueroa, hijo de Romanones. El sentido de esta revista era el de defender la perspectiva tradicional de la alta sociedad, de forma que el concepto de aristocracia permitiese reunir todo aquello que fuese “de elevado tono y el más acusado y fino espíritu de nuestros tiempos”⁵⁶⁵. En *Gran Mundo*, al igual que en las publicaciones mundanas de la Restauración, las familias retratadas en sus páginas no correspondían exclusivamente a los titulados, aun cuando existía una hegemonía por parte de la nobleza. En el campo de la sociabilidad, la

⁵⁶² Juan JIMÉNEZ MANCHA: *El Nuevo Club...*, pp. 140-142; Bernardo de SALAZAR: *La Gran Peña...*, p. 48.

⁵⁶³ *Blanco y Negro* no volvió a aparecer hasta 1957. El periódico *La Época*, que contaba con detalladas crónicas de primera mano, no sobrevivió al trance de la Guerra Civil.

⁵⁶⁴ Por ejemplo, la boda de un Director general de Comercio o de la sobrina de Franco en *¡Hola!*, 16 de septiembre de 1944 y 25 de noviembre de 1944.

⁵⁶⁵ *Gran Mundo*, 1 (1950), p. 13.

nueva revista certificó en el momento de su fundación que aquel momento no era el más propicio para el desarrollo de la vida mundana:

*La vida de la sociedad madrileña ha ido animándose lentamente. Las difíciles circunstancias por que atraviesa el mundo producen, como es natural, un estado de inquietud que no es favorable a las grandes fiestas y reuniones mundas*⁵⁶⁶.

Superando este ambiente de quietud, la revista buscó retratar cómo pervivían en Madrid ciertos usos y costumbres propias de la sociedad aristocrática. Por ejemplo, la familia de Maurice Oswald o los Figueroa no tenían inconveniente en publicitar las reuniones que en sus casas congregaban a los niños de la alta sociedad⁵⁶⁷. Igualmente, todavía se anunciaban algunas reuniones de salón, como por ejemplo, la que se produjo en casa del embajador de Bélgica con los marqueses de Santo Floro, Quintanar, Bolarque y los condes de Yebes (imagen 9.1).

Imagen 9.1. Reunión de salón en casa del embajador de Bélgica (1951)



Fuente: *Gran Mundo*, 1951

Dentro de este nuevo mundo, y a pesar de que ya se habían abandonado muchos palacios, continuaron organizándose algunas grandes fiestas que servían de referente para los círculos selectos de la alta sociedad. Estos eventos siguieron igualmente estando restringidos a aquellas familias que gozaban de un prestigio y tradición indiscutible en los círculos de la capital. Por ejemplo, entre los herederos de la Casa de Fernán Núñez, tanto el duque de Montellano como el conde de Elda, destacaron por su

⁵⁶⁶ *Gran Mundo*, 1 (1950), p. 110.

⁵⁶⁷ *Gran Mundo*, 2 (1951), pp. 34-35.

capacidad para organizar fiestas de sociedad, siendo un rasgo que todavía perdura en la actualidad en la memoria de los contemporáneos:

*Había fiestas un poco clásicas y típicas. Por ejemplo, los condes de Elda que tenían una casa en Alfonso XII, enfrente del Retiro. Era típica la fiesta de fin de año en casa de los condes de Elda*⁵⁶⁸.

No obstante, sería una falsa ilusión considerar que el universo retratado en publicaciones como *Gran Mundo* apuntaba a que la aristocracia siguiese siendo el actor indiscutible de la alta sociedad. De una parte, tal como reflejaba la revista *¡Hola!*, pero también siguiendo el relato de contemporáneos como Luis Escobar o la futura condesa de Romanones, parece claro que la vida social de Madrid fue basculando hacia los espacios públicos (clubs y hoteles) y en ellos prevalecieron otros actores: toreros, actores, personalidades extranjeras, etc.⁵⁶⁹.

De otra parte, como reconocieron los observadores más atentos, los círculos que podían reconocerse como parte de la sociedad aristocrática fueron cada vez más reducidos o se estaban diluyendo socialmente. Un ejemplo puede encontrarse en el texto laudatorio que escribió el duque de Maura en honor de la duquesa de Parcent –modelo de dama de sociedad– en el que expresó los contrastes entre el viejo y nuevo mundo. Anteriormente, “una casa donde se recibía” era la suma de diversas cualidades: “afabilidad, riqueza y buen gusto”, que permitían superar dos grandes peligros: “el esnobismo y la promiscuidad”⁵⁷⁰. Por el contrario, el nuevo mundo que describía Gabriel Maura era aquel en que se “recibe en salones, propios o de alquiler, que decoró profesionalmente algún renombrado mueblista” a la par que “se hace imposible la depuración selectiva. Prodíganse las invitaciones sin distinguir entre antiguos amigos, flamantes conocidos y aun casi ignorados trepadores sociales”⁵⁷¹. Para él era un mundo en el que “el prurito nivelador no admite otro rasero que el de la mediocridad ajena”⁵⁷². Era el más fiel reflejo de que alta sociedad y aristocracia habían dejado de ser palabras sinónimas.

⁵⁶⁸ Entrevista a Jaime Urquijo, 8 de junio de 2011.

⁵⁶⁹ Luis ESCOBAR: *En cuerpo y alma...*, p. 141; condesa de ROMANONES: *El fin de una era...*, p. 27.

⁵⁷⁰ Duque de MAURA: “De los recuerdos de mi vida (Capítulo inédito)”, en Princesa de HOHENLOHE: *Mi madre...*, pp. 88-89.

⁵⁷¹ *Ibid.*, pp. 91-92.

⁵⁷² *Ibid.*, p. 92.

10. Conclusiones: El perfil y evolución de la sociedad aristocrática

La alta sociedad durante la Restauración

Los capítulos anteriores han permitido trazar los rasgos de la vida social y cultural de la alta sociedad de Madrid. El estudio de los espacios residenciales, de las relaciones familiares, del consumo y de las formas de sociabilidad ha mostrado que, en cada una de estas esferas, los grupos de estatus elevado mantuvieron unas pautas de comportamiento sobre bases muy similares. En todo momento, los integrantes de la alta sociedad manifestaron una predilección casi natural por gozar de un espacio y unos medios propios que permitieran remarcar su carácter como un grupo social único. Esta búsqueda de un ámbito exclusivo debe entenderse no sólo como una necesidad por alejarse de los medios de socialización popular, sino también para marcar distancias con aquellos integrantes de la clase alta que no eran considerados como iguales. En este sentido, definir los contornos de la alta sociedad en esta época resulta una labor relativamente sencilla, precisamente porque los propios contemporáneos se encargaron de hacer evidentes una serie de barreras (condición de socio de un club, ser invitado a fiestas, practicar determinadas formas de consumo, etc.) que delimitaban quién formaba parte de la sociedad aristocrática.

¿Qué rasgos reunían las personas que formaban parte del llamado gran mundo? El primer requisito imprescindible era disponer de rentas y patrimonio elevados que permitiesen formar parte de las clases altas, para así poder mantener el nivel de vida que se esperaba entre los círculos distinguidos. Aunque siempre pudieron existir excepciones a raíz de la participación de algunos cronistas de sociedad o ciertos intelectuales, como norma general no hay duda de que el estatus de la alta sociedad estuvo dictado desde un principio por las condiciones económicas que delimitaban las fronteras de la clase alta. No obstante, aunque prácticamente todos los integrantes de la alta sociedad formaron parte de las clases altas, ello no valida el principio opuesto, es decir, que todos los miembros de esta clase pudiesen aspirar a formar parte de los círculos selectos.

En los términos propios de la alta sociedad, la diferencia esencial radicaba no tanto en el nivel de riqueza, sino en la actitud que se mantenía hacia los negocios. Las

familias que formaban parte de la alta sociedad, o por lo menos de su núcleo esencial, se distinguieron esencialmente por disponer de un tipo de patrimonio o ejercer una actividad económica que se consideraba respetable y que a su vez permitiese disponer de suficiente tiempo de ocio como para no mostrarse poseídas por los negocios. En términos estrictamente sociales, siguiendo la diferenciación que establecí en el primer bloque de esta obra, resulta evidente que el núcleo del *gran mundo* estuvo formado esencialmente por terratenientes, rentistas y banqueros. Por el contrario, no hubo prácticamente individuos que participasen en la alta sociedad que fuesen grandes industriales o que ejercieran una profesión (abogados, notarios, agentes de bolsa, etc.). Los consejeros y directivos de las grandes empresas se encontraron frecuentemente en una posición intermedia, pues si bien por principio no solían formar parte del núcleo de la alta sociedad, su relación con algunos de los grandes banqueros de la capital hizo que en ocasiones pudieran participar de determinadas prácticas sociales distinguidas.

La condición económica de los integrantes de la alta sociedad, aun siendo un factor relevante, no llegó a ser su rasgo distintivo. Su esencia estuvo más bien en su capacidad por transformar sus rentas y patrimonio en la capacidad de “saber gastar”, un proceso que determinó que el consumo de muy diversos bienes y servicios (residencias, servicio doméstico, automóviles, viajes, etc.) se convirtiera en un rasgo esencial que reforzaba su identidad. De esta forma, las familias que reunían este modo de vida eran consideradas como pertenecientes a la aristocracia, un término que, como he insistido, no se refería exclusivamente a la nobleza, sino que generalmente fue utilizado como sinónimo de estos valores:

*Un aristócrata moderno no puede ser sino la realización del ideal del lujo que inspira lo mismo al especulador en sus negocios, que al obrero en su colectivismo. Dinero para automóviles, para criados, para caballos de carreras, para cotos de caza, para casas de campo, para viajes, para organización política; dinero y no otra cosa es lo que necesita buena parte, la mayor parte de la nobleza española*⁵⁷³.

Desde la perspectiva propia de la alta sociedad, el consumo distinguido no fue una cualidad a la que inmediatamente se pudiera acceder una vez alcanzada determinada condición económica, pues también era necesario poseer una educación y un espíritu refinado –el *habitus* en términos de Bourdieu– para replicar los patrones de consumo

⁵⁷³ Ramiro de MAEZTU: “Blasones y Talegas”, *Gran Mundo*, 15 de junio de 1914, citado en José HERNÁNDEZ BARRAL: *Grandes de España*..., p. 93

mundanos. En este campo, la alta sociedad tuvo un éxito variable a la hora de apropiarse de determinadas formas de consumo. En algunos casos especialmente señalados, como fueron las residencias aristocráticas o la disposición de un amplio servicio doméstico, se trataba de formas de consumo complejas que habían sido interiorizadas a partir la educación recibida en el hogar, por lo que difícilmente pudieron ser emuladas por los advenedizos o nuevos ricos. En otros casos, como la compra de automóviles o el desarrollo de viajes de ocio, no existieron obstáculos que impidiesen la participación de otras personas, aun cuando en la práctica fueron muy pocos los que buscaron tomar este camino como forma de adquirir un reconocimiento social.

El consumo de lujo no sólo se convirtió en una frontera que delimitaba internamente el acceso a los círculos mundanos, sino que también cumplió una función primordial en exteriorizar al grupo ante el resto de la sociedad. El carácter conspicuo de estas formas de consumo es un rasgo que ha quedado sobradamente demostrado en los anteriores capítulos y tenía sus manifestaciones más evidentes en el carácter único de las residencias aristocráticas, en la difusión que se hacía en la prensa mundana de los anfitriones e invitados de los eventos de sociedad y en la publicación de los nombres de propietarios de determinadas marcas de automóviles. En términos sociales, la publicidad de estas formas de comportamiento de la alta sociedad fue una de las formas más efectivas de reforzar su identidad y permitió al grupo erigirse como una genuina élite social.

Siguiendo estas pautas, el gran mundo adquirió un poder e influencia que le permitieron determinar en parte las modas y principios más distinguidos en la sociedad, a la par que se convertía en objeto de admiración y, en ocasiones, de emulación por parte del resto de grupos de poder. Por estas razones, sus prácticas sociales no deben ser vistas como un capricho, sino como la manifestación más visible del capital social y simbólico que había alcanzado el estrato dominante de las clases altas. Era la constatación más evidente de que “para ganar y conservar la estima de los hombre no basta con poseer riqueza y poder. La riqueza o el poder tienen que ser puestos de manifiesto, porque la estima sólo se otorga ante su evidencia”⁵⁷⁴.

⁵⁷⁴ Thorstein VEBLEN: *Teoría de la clase ociosa...*, p. 61

Sociedad aristocrática, ¿sociedad burguesa?

¿Cómo se sitúa esta definición de la alta sociedad dentro de la historia social y cultural de los grupos dominantes en España? Como punto de partida conviene recordar que, como apuntaba en el primer capítulo, la historiografía española ha tardado tiempo en incorporar una visión de las élites que no sólo tome en consideración determinados atributos de poder (riqueza, participación política, redes clientelares, etc.), sino que también pondere la importancia de una serie de rasgos sociales y culturales (sociabilidad, *habitus*, construcción de identidades, etc.). Dentro de los trabajos académicos que sí han tenido en cuenta esta perspectiva, existe un creciente consenso en definir el marco social y cultural de las élites de la sociedad liberal como una cultura de notables o, simplemente, una cultura burguesa⁵⁷⁵. En un libro de reciente publicación, Jesús Cruz ha sintetizado los principales rasgos de este universo: la preferencia por el mundo urbano, el ideal de la domesticidad, la defensa de los buenos modales, la búsqueda del buen gusto a través de determinadas formas de consumo, etc.⁵⁷⁶. Al mismo tiempo, Cruz ha ido un paso más allá al reevaluar la importancia de esta cultura burguesa decimonónica, considerando que no estuvo subordinada a la cultura aristocrática, sino al contrario, condujo a que desde 1900 la cultura de clase media se hubiese convertido en el sistema dominante⁵⁷⁷.

Comparando este planteamiento con la descripción que he realizado sobre el estatus de las clases altas, y en particular de la alta sociedad, pueden detectarse ciertos puntos en común, pero también bastantes diferencias. Entre los aspectos que revelan mayor similitud puede señalarse que, tanto la alta sociedad como las clases medias, compartieron unos mismos ideales sobre el significado del buen gusto y de la distinción. Asimismo, los contemporáneos coincidieron en señalar que estas cualidades debían adquirirse principalmente a través de la educación en el hogar y que, posteriormente, podían ser exteriorizadas a través de distintos circuitos como la sociabilidad o el consumo de determinados productos de lujo.

No obstante, las diferencias entre estos dos grupos sociales fueron mucho más señaladas. Por ejemplo, uno de los valores intrínsecos de la alta sociedad como fue la

⁵⁷⁵ Uno de los primeros trabajos sobre la cultura burguesa en España fue el de Anacleto PONS y Justo SERNA: *La ciudad extensa...*

⁵⁷⁶ Jesús CRUZ: *The rise of middle-class ...*

⁵⁷⁷ *Ibid.*, p. 224

proyección pública de determinados rasgos de su vida privada, no sólo no estuvo al alcance de las familias burguesas, sino que en esencia entraba en contradicción con su estilo de vida anónimo y sobrio. Igualmente, la importancia que tuvo entre los círculos mundanos la dedicación a una actividad económica respetable fue un rasgo totalmente ausente entre las clases medias, que implícitamente hicieron de la dedicación plena a sus negocios una de sus virtudes. Pero, sin duda, la mayor diferencia entre la cultura aristocrática y la cultura burguesa radica en que el llamado *gran mundo* estuvo imbuido de un sentido de exclusividad que le llevó a erigir y mantener una serie de barreras que impidieron el acceso de aquellos que eran considerados como simples advenedizos. En cambio, como señala el propio Cruz, la cultura burguesa era por definición más abierta, pues cualquiera que hubiese aprendido las reglas de urbanidad y buenos modales – aunque hubiese sido a través de un manual– podía aspirar a formar parte de la misma⁵⁷⁸.

Ponderar cuál de las dos culturas tenía mayor peso en un momento determinado (en el cambio de siglo, al final de la Restauración, etc.) es un ejercicio difícil de acometer, por no decir imposible. En la esfera cultural, al contrario que en el ámbito económico o político, el historiador no dispone de un indicador de tipo cuantitativo o cualitativo que permita definir qué tipo de códigos y normas dominaban a gran escala. Lo que sí puede afirmarse a tenor del relato de los contemporáneos es que, todavía en vísperas de la caída de la monarquía, existía una hegemonía de las prácticas aristocráticas entre las familias de clase alta. Un hecho igual de relevante fue que los individuos de clase alta excluidos de los círculos mundanos no buscaran contraponer o rivalizar con este modelo, sino que prefirieron vivir una vida basada en el anonimato y la discreción, asemejándose con ello a las familias burguesas. En conclusión, hasta 1931 nunca hubo duda de que la aristocracia era por definición el grupo que iluminaba las prácticas sociales de referencia entre las familias que se situaban en la cúspide de la sociedad.

Desde esta perspectiva puede concluirse que en la sociedad liberal convivieron de forma paralela estos dos universos culturales: la sociedad aristocrática y la sociedad burguesa. La sociedad burguesa encarnaba los principios de multitud de familias de clase media como comerciantes, industriales y profesionales que, a lo largo del siglo XIX, construyeron su identidad sobre los rasgos enumerados tradicionalmente por los historiadores: buenos modales, gusto refinado, socialización masculina en torno a

⁵⁷⁸ *Ibid.*, p. 221

casinos y ateneos, etc. Cualitativamente distinta de la anterior, la sociedad aristocrática fue un grupo mucho más reducido, que integró sólo a aquellos individuos de entre las clases altas que reunían las condiciones enumeradas al principio de este capítulo: ejercicio de una ocupación respetable, dedicación a las actividades mundanas (visitas, fiestas, reuniones en clubs, etc.), mantenimiento del orden moral tradicional dentro de la familia y desarrollo de las formas de consumo conspicuo (residencias aristocráticas, amplio servicio doméstico, compra de determinados automóviles, etc.). Adicionalmente, al centrarse en el centenar de familias que formaban el núcleo de la sociedad aristocrática, se comprueba que había una serie de rasgos adicionales. Entre ellos destacaba sin lugar a dudas, el compartir una perspectiva cosmopolita construida por la educación recibida a través de institutrices extranjeras, por la realización de frecuentes viajes a Europa y América, o simplemente, por el conocimiento innato de la cultura de las principales potencias.

La convivencia de estas dos culturas –burguesa y aristocrática– proporciona una visión más completa, pero también más compleja, sobre la historia del liberalismo español. El siglo XIX español no representó los dos tópicos antagónicos que corrientemente han sido utilizados por los historiadores: el triunfo de una clase y cultura burguesa o la persistencia del Antiguo Régimen, personificada a través de la hegemonía de la nobleza y sus prácticas sociales y culturales. Al contrario, como se ha demostrado a lo largo de estos últimos capítulos, si bien los grupos de estatus elevado buscaron crear un universo que permitía diferenciarles de aquello que despectivamente denominaban como *burgués*, ello no anula que las fronteras y la identidad de la aristocracia tenían poco que ver con la nobleza de finales del siglo XVIII. La esencia de la alta sociedad podía convivir perfectamente con el capitalismo y la modernidad, pues sólo fue a partir del advenimiento de la II República cuando este modelo comenzó a resquebrajarse.

La disolución de la sociedad aristocrática

Si los contornos de la sociedad aristocrática pueden resultar en ocasiones difíciles de precisar, apenas hay dudas en establecer el momento y las causas que provocaron su declive y disolución. Desde la caída de la monarquía en 1931, uno a uno, todos los rasgos de la vida aristocrática fueron entrando en crisis, bien porque públicamente comenzaron a ser peor vistos, o porque voluntariamente sus integrantes

comenzaron a dejar de ponerlos en práctica. Durante la década de 1930, el fin de la construcción de palacios y hoteles, el abandono de las fiestas aristocráticas y el tránsito a nuevas formas de sociabilidad más discretas, son las pruebas más evidentes de un cambio que se estaba produciendo con asombrosa rapidez. De forma paralela, aunque motivado principalmente por factores políticos, algunas de las familias más distinguidas de la capital optaron por un exilio voluntario, confirmando implícitamente que su apogeo había llegado a su fin. Era el mejor reflejo de que la crisis de la hegemonía aristocrática no era sino el reverso de su difícil posición política ante el programa reformista republicano. Posteriormente, tras la victoria de Franco en la Guerra Civil, la aristocracia no recuperó su posición hegemónica ni pretendió continuar con la vida anterior a la proclamación de la República. La crisis de su economía privada, la experiencia de la guerra y la actitud del nuevo régimen fueron tres factores clave que determinaron la continuación del mismo proceso de repliegue social. De esta forma, la década de 1940 condensó un mayor número de transformaciones en la vida de la alta sociedad: el ininterrumpido abandono de los palacios, la reducción en las formas de consumo conspicuo y el declive de las formas de sociabilidad que tradicionalmente se desarrollaban en el hogar.

La importancia de esta mutación determinó que, para mediados de la década de 1950, fuera ya evidente que la aristocracia, si bien no había desaparecido completamente de la escena social, sí representaba a un grupo y unos valores distintos. El mejor ejemplo de este cambio puede rastrearse en una pequeña antología de textos hagiográficos que publicó la Diputación de la Grandeza para honrar al duque de Alba, fallecido en 1953. Por una parte, aquellos que, como Gregorio Marañón, procedían de la misma generación que el difunto, defendieron la aristocracia en el sentido que tradicionalmente había tenido para las élites:

*Aristocracia no es una distinción concedida por los reyes y heredada a través de las generaciones como suele serlo la nobleza, sino una virtud personal que socialmente está, por sí misma, encima de las demás [...] La aristocracia, en su sentido genuino, de minoría de los mejores, es la fuerza fundamental de toda la sociedad organizada para el bien común.*⁵⁷⁹

Ahondando en la misma definición, el duque de Maura sin embargo señaló que la muerte de Alba marcaba la paulatina desaparición de la aristocracia en este sentido:

⁵⁷⁹ Gregorio MARAÑÓN: “El ejemplo de Alba”, en *El Duque de Berwick y de Alba, 1878-1953*, Madrid, Diputación de la Grandeza, 1954, p. 77

“El género de aristócratas de que fue postrer representante, desaparece a la par que su persona”⁵⁸⁰. El contrapunto a esta visión puede verse en el breve prólogo redactado por el XVIII duque del Infantado, Iñigo de Arteaga y Falguera, que perteneciente a la siguiente generación, ofrecía una nueva visión sobre la identidad aristocrática. Las referencias a su esencia elitista quedaron borradas a cambio de realzar la imagen de la nobleza de sangre, imbuida ésta de una función distinta de la que habían concebido sus antecesores: “En los tiempos actuales, en que la nobleza de sangre ha perdido la intervención directa que tenía per se en los negocios públicos, le queda, sin embargo, una misión de ejemplaridad en lo social y en lo político”⁵⁸¹. Precisamente será en torno a esta definición sobre la que se identifique la aristocracia a partir de ese momento. Abandonaron la pretensión de ser la selección de los mejores, o de representar la esencia de la alta sociedad, y optaron por restringir sus fronteras a la nobleza titulada, adoptando desde entonces una función social esencialmente honorífica.

La alta sociedad en perspectiva comparada

El análisis que se ha trazado sobre las diferencias de estatus en el seno de las clases altas de Madrid refleja muchos puntos en común con las divisiones que reproducían los grupos dominantes en otros países. La historiografía europea dedicada al estudio de las élites decimonónicas también ha recurrido al binomio entre burguesía y aristocracia para identificar a grupos sociales en función de su estilo de vida. La burguesía europea ha sido descrita por Jürgen Kocka como una clase económicamente heterogénea, que reunía tanto a los propietarios del capital (industriales, comerciantes y banqueros) como a la burguesía ilustrada (profesionales, académicos y altos funcionarios), pero que estaba cohesionada por un mismo sistema de valores (estima del trabajo y la formación), una visión sobre la familia y una serie de prácticas sociales y culturales⁵⁸².

Los estudios sobre la aristocracia, aunque generalmente han tomado como referencia a la nobleza, han destacado también la capacidad del grupo por mantener su

⁵⁸⁰ Duque de MAURA: “El Excmo. Sr. Duque de Alba, Director de la Real Academia de la Historia”, en *El Duque de...*, p. 42

⁵⁸¹ Duque del INFANTADO: “Introducción”, en *El Duque de...*, p. 8

⁵⁸² Jürgen KOCKA: “Burguesía y sociedad burguesa en el siglo XIX. Modelos europeos y peculiaridades alemanas”, en Josep María FRADERA y Jesús MILLÁN (eds.): *Las burguesías europeas del siglo XIX. Sociedad civil, política y cultura*, Madrid y Valencia, Biblioteca Nueva y Universitat de València, 2000, pp. 21-83. A nivel de la historiografía nacional, cabe mencionar las obras de Alberto M. BANTI: *Storia della borghesia italiana. L'età liberale*, Roma, Donzelli editore, 1996; y de Adeline DAUMARD: *Les Bourgeois et la bourgeoisie en France depuis 1815*, París, Aubier, 1987.

estatus en las líneas que he trazado: respetabilidad, consumo conspicuo y sociabilidad restringida. De esta forma, la preeminencia social de la aristocracia no sólo fue un rasgo de Gran Bretaña, el país más aristocrático de Europa, sino también de Francia, Alemania, Austro-Hungría y, en menor medida, Italia⁵⁸³. En conclusión, los historiadores han coincidido en señalar que a lo largo del siglo XIX, aristocracia y burguesía fueron grupos que económicamente pudieron irse asemejando, pero que en términos sociales y culturales seguían siendo cualitativamente distintos.

Las diferencias de estatus en el interior de las clases altas no sólo fueron una característica de Europa pues, en cierta medida, también se expresaron en el otro continente que había experimentado un notable desarrollo del capitalismo: América. Aunque en apariencia los conceptos de burguesía y aristocracia pueden parecer difíciles de aplicar en un mundo en el que el Antiguo Régimen apenas había dejado una impronta, ello no impidió que durante todo el siglo XIX las élites americanas miraran hacia Europa para conocer los principios y normas socialmente respetables. Estas influencias mutuas tuvieron su mejor reflejo en la adopción del comportamiento propio de la burguesía europea por parte de las denominadas *middle-classes* en los países anglosajones⁵⁸⁴. La esencia aristocrática también tuvo una continuación al otro lado del Atlántico, a pesar de la total ausencia de una nobleza titulada. En Argentina, el reciente estudio de Leandro Losada sobre las élites de Buenos Aires ha establecido una definición del grupo en un sentido muy similar al trazado en esta obra: “La noción de aristocracia, una identificación clave en la *haute* porteña [...] se definió esencialmente como un estilo de vida. [...] La aristocracia hacía referencia a un conjunto de cualidades culturales antes que genealógicas”⁵⁸⁵. A un nivel distinto, en EEUU durante el cambio de siglo, comenzó a establecerse una diferenciación entre las clases altas en función de

⁵⁸³ Sobre Gran Bretaña, David CANNADINE: *The Decline and Fall...*; para Francia: Eric MENSION-RIGAU: *Aristocrates et grands bourgeois...*; Cyril GRANGE: *Les gens du Bottin mondain: y être, c'est en être*, París, Fayard, 1996. Sobre Italia, Anthony L. CARDOZA: *Aristocrats in Bourgeois Italy. The Piedmontese nobility, 1861-1930*, Nueva York, Cambridge University Press, 1997.

⁵⁸⁴ Una visión general en Linda YOUNG: *Middle-class culture in the nineteenth century: America, Australia and Britain*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2003. Para EEUU, Sven BECKERT: *The monied metropolis...*; ÍD. y Julia B. ROSENBAUM (eds.): *The American Bourgeoisie. Distinction and identity in the Nineteenth Century*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2010.

⁵⁸⁵ Leandro LOSADA: *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, p. 323.

los grupos *old money* y *new money*, dos conceptos que además de señalar la antigüedad de las familias, referían también a su prestigio, respetabilidad y prácticas sociales⁵⁸⁶.

Establecer una comparativa entre la alta sociedad de Madrid y los grupos selectos de los países de su mismo universo cultural, permite comprobar muchas semejanzas, y algunas diferencias, en su evolución general. El punto fundamental en común radica en que todos los estudios anteriormente citados coinciden en señalar el declive de la sociabilidad mundana y la crisis de la identidad aristocrática a lo largo de la primera mitad del siglo XX. No obstante, existen dos diferencias significativas. Por una parte, en todos los países europeos el punto de inflexión que marcó la crisis de la alta sociedad estuvo en el estallido de la I Guerra Mundial. La conflagración bélica ha sido comúnmente señalada como el acontecimiento clave que aceleró la ruptura con los principios tradicionales de la sociedad liberal y, en particular, con la hegemonía de sus élites⁵⁸⁷. La historia de la aristocracia europea durante el periodo de entreguerras no fue más que el declive acelerado de un grupo social que era incapaz de adaptarse a los nuevos tiempos.

Por el contrario, en España, el cambio estuvo marcado por la proclamación de la II República, pues hasta entonces la sociedad aristocrática había seguido gozando de una hegemonía social prácticamente indiscutida. La razón de esta diferencia estriba en que la Gran Guerra no provocó en España la dislocación social que sí había sacudido a los países de su entorno y, además, la crisis social y política del liberalismo que se manifestó a partir de 1917, quedó cerrada a través de un giro autoritario –la dictadura de Primo de Rivera– que permitió perpetuar las bases sociales y culturales del grupo. El carácter singular del caso español no estuvo en la hegemonía social de la aristocracia, un rasgo que tradicionalmente había subrayado la historiografía influida por Tuñón de Lara, sino en que los viejos grupos dominantes habían conseguido mantener su posición intacta hasta fecha muy tardía.

La otra diferencia sustantiva estuvo en el camino que siguió la alta sociedad en esta época de crisis y adaptación. En Europa, las experiencias fueron extremadamente

⁵⁸⁶ El concepto de “old money” es un lugar común entre los historiadores americanos, aunque todavía no ha sido objeto de un estudio sistemático. Algunas referencias desde la perspectiva de uno de sus miembros, Nelson W. ALDRICH: *Old money. The mythology of wealth in America*, Nueva York, Allworth Press, 1996.

⁵⁸⁷ Anthony L. CARDOZA: *Aristocrats in Bourgeois Italy...*, p. 212-214; Eric MENSION-RIGAU: *Aristocrates et grands bourgeois...*,

diversas, pues abarcaron desde la total desaparición del grupo en los países de Europa Oriental, su sustitución por una nueva alta sociedad nacida al calor de los regímenes totalitarios o su progresiva marginación en las democracias occidentales⁵⁸⁸. En el caso español, la trayectoria particular de la aristocracia podría situarse a medio camino entre estos dos últimos escenarios. El franquismo intentó promover una nueva élite social pero no consiguió establecer una ruptura tan decisiva como la ocurrida en la Alemania nazi⁵⁸⁹, por lo que al final la aristocracia sobrevivió a costa de pasar a un segundo plano en la escena social.

Como puede verse, para comprender el destino de la alta sociedad y del resto de los grupos dominantes, es necesario considerar al mismo tiempo los elementos sociales y culturales que la cohesionaban, pero también su actitud ante los principales conflictos políticos que sacudieron al país. El análisis de este último ámbito a lo largo del siguiente bloque permitirá cerrar el estudio sobre las clases altas de Madrid durante la primera mitad del siglo XX.

⁵⁸⁸ Véase Ellis A. WASSON: *Aristocracy and the modern world*, Houndmills, Basingstoke, Hampshire y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2006, especialmente el capítulo 9 titulado “Aristocide”.

⁵⁸⁹ Fabrice D’ALMEIDA: *High society in the Third Reich...*

Bloque III. La clase alta en el espacio público

La historia de España durante la primera década del siglo XX fue testigo de la mayor ruptura política de la contemporaneidad. Desde cualquier prisma, sigue siendo sorprendente la rapidez con la que se sucedieron las crisis y regímenes políticos: 1917 como punto de quiebra del sistema de la Restauración, en 1923 el golpe de Primo de Rivera, la caída de la monarquía en 1931, el estallido de la Guerra Civil en 1936 y, finalmente, la instauración del franquismo en 1939. Visto desde la perspectiva europea, España, posiblemente junto con Alemania, fue uno de los países que condensó una de las transformaciones más extremas del periodo de entreguerras. Debido sin duda a la profundidad de esta ruptura, la mayoría de historiadores han decidido estudiar por separado cada periodo, por lo que la Guerra Civil suele situarse como punto de llegada o de partida de los grandes relatos. En este tercer bloque me propongo precisamente superar estas fronteras cronológicas y tratar toda la época como un periodo de lucha y adaptación política por parte de las clases altas.

Enunciar el simple deseo de esbozar una historia política de España durante la primera mitad del siglo XX en apenas unos pocos capítulos, y además insertar en ella la trayectoria específica de las clases altas, puede parecer una tarea temeraria, cuando no pretenciosa. Naturalmente, mi propósito no está en estudiar en detalle cada época o trazar los rasgos de cada crisis, sino delimitar la posición que ocupó la clase dominante de Madrid en este proceso, priorizando dos líneas de análisis. Por un lado, enlazando con las preocupaciones tradicionales de la historiografía de las élites, es necesario ponderar las formas de acción política que ejercieron los grupos dominantes tanto a nivel individual (redes de influencia) como a nivel colectivo (grupos de presión). Por otra parte, precisamente debido a que el conflicto de clases cobró un especial protagonismo dentro de esta crisis, busco estudiar los términos del enfrentamiento con las clases altas y cómo reaccionaron éstas.

A diferencia del resto de esta obra, en este bloque he seguido una estructura apegada al orden cronológico de los acontecimientos. El capítulo once está dedicado a presentar los postulados políticos que configuraron la cuestión social por ambas partes, es decir, tratando tanto la perspectiva que prevaleció entre las clases altas como la visión que sobre ellos tenían los reformadores sociales. Posteriormente, los capítulos doce y trece presentan los actores y líneas de conflicto, recorriendo los principales hitos de este proceso desde la crisis de la Restauración hasta el primer franquismo. Al contrario que en otros campos, la producción historiográfica en este ámbito resulta

especialmente abundante, por lo que buena parte de mi interpretación está basada en obras de otros historiadores. No obstante, junto con la producción historiográfica, también he creído necesario rescatar la visión, muchas veces olvidada, que tuvieron tanto los reformadores sobre los grupos dominantes, como las propias familias de clase alta sobre su posición y relación con el resto de actores sociales.

11. La cuestión social

Los proyectos de los reformadores

A lo largo del primer tercio del siglo XX, el debate público en torno al poder de las clases altas tuvo como punto de partida las discusiones sobre la denominada *cuestión social*. Como concepto, la cuestión social tenía una larga historia dentro del universo político español para identificar la desigualdad y el pauperismo surgido del desarrollo del liberalismo y de la industrialización. Precisamente fue esta tradición decimonónica la que moldeó las principales líneas del debate a principios del siglo XX⁵⁹⁰. Por una parte, la cuestión social quedó ligada a la denuncia de las condiciones de explotación que sufrían las masas empobrecidas o el proletariado. Por otro lado, los debates en torno a la cuestión social sirvieron como medio para evidenciar la concentración de la riqueza, principalmente de la tierra, pero con el tiempo también del capital industrial y financiero.

Durante la Restauración, dentro de las fuerzas que clamaban por la solución del problema social, no hay duda de que fue la izquierda liberal la que mantuvo la hegemonía tanto en el Parlamento como en los debates públicos. Ideológicamente, el liberalismo progresista, muy influido por sus homólogos extranjeros (Lloyd George) y por el catolicismo social, aportó como principal novedad aceptar la acción del Estado en la resolución de los problemas sociales⁵⁹¹. A su izquierda, el republicanismo, debía más a la influencia del krausismo y del regeneracionismo de Joaquín Costa, por lo que situó un mayor énfasis en las reformas económicas y en la educación como forma de alcanzar un reequilibrio social⁵⁹². Por último, los socialistas, aun siendo los principales denunciantes de las desigualdades sociales, se diferenciaron radicalmente de las dos anteriores corrientes al reducir la cuestión social a la cuestión obrera y por clamar por la abolición del capitalismo como forma de acabar con las desigualdades sociales⁵⁹³. A

⁵⁹⁰ Gonzalo CAPELLÁN DE MIGUEL: "Cuestión social", en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan Francisco FUENTES: *Diccionario político*..., pp. 206-215.

⁵⁹¹ Mercedes CABRERA, Francisco COMÍN y José Luis GARCÍA DELGADO: *Santiago Alba. Un programa de reforma económica en la España del primer tercio del siglo XX*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1989.

⁵⁹² Manuel SUÁREZ CORTINA: "El proyecto sociopolítico del republicanismo español (1890-1936)", en María Dolores DE LA CALLE VELASCO y Manuel REDERO SAN ROMÁN: *Movimientos sociales en la España del siglo XX*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2008, pp. 17-44.

⁵⁹³ Félix Juan LUENGO TEIXIDOR: "Socialismo y «cuestión social» en la España de la Restauración", *Historia Contemporánea*, 29 (2004), pp. 735-758.

pesar de sus diferencias, el creciente eco que alcanzaron las propuestas de liberales, republicanos y socialistas fue modulando un debate sobre la cuestión social que situó como principal problema las condiciones de explotación de las clases trabajadoras. El reformismo social quedó encauzado a través de la acción del Estado, dando lugar a la creación del Instituto de Reforma Sociales y, posteriormente, a diversas leyes que sancionaban nuevos derechos (descanso dominical, derecho a huelga, jornada de ocho horas, etc.)⁵⁹⁴.

A pesar de la importancia que alcanzó esta vertiente del reformismo social, las preocupaciones en torno a la concentración de la riqueza no escaparon por completo a la clase política. Al contrario, aunque fuese de forma intermitente y cada vez más disociado del núcleo de la cuestión social, el Parlamento fue testigo de diversas discusiones sobre las causas de la desigualdad económica y sus posibles soluciones. Asimismo, conviene destacar que, aunque fueron las mismas fuerzas –liberales de izquierda, republicanos y socialistas– las que incentivaron la discusión sobre los derechos de propiedad, las referencias y objetivos políticos divergieron sustancialmente con respecto a otros debates.

Si en la cuestión social el problema obrero fue el que acaparó todas las miradas, en relación a la desigualdad económica y social no hay duda de que el principal foco se situó en el medio rural⁵⁹⁵. La atención de los reformadores sociales por el problema de la tierra no era ninguna novedad, pues continuaba en buena medida la tradición liberal de izquierdas de época decimonónica que había ligado la salud de la nación con un reparto a favor de los pequeños propietarios⁵⁹⁶. A principios del siglo XX, la recepción del pensamiento de Henry George a través de Joaquín Costa, Blas Infante y de diversas organizaciones sociales, fue generalizando una opinión crítica respecto al cobro de la renta, al entender que ésta representaba una apropiación ilegítima de un recurso natural

⁵⁹⁴ La literatura sobre el reformismo social es extraordinariamente extensa, pero una síntesis de los principales hitos en Manuel Carlos PALOMEQUE LÓPEZ: “La intervención normativa del Estado en la «cuestión social» en la España del siglo XX”, *Ayer*, 25 (1997), pp. 103-126; Jerònia PONS y Javier SILVESTRE (eds.): *Los orígenes del Estado del Bienestar en España, 1900-1945: los seguros de accidentes, vejez, desempleo y enfermedad*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2010.

⁵⁹⁵ Ricardo ROBLEDO: *Economistas y reformadores españoles: la cuestión agraria (1760-1935)*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1993; pp. 101-110; Mariano ESTEBAN DE VEGA: “Propiedad”, en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan Francisco FUENTES: *Diccionario político...*, p. 1006.

⁵⁹⁶ Joaquín VARELA SUANZES: “Álvaro Flórez Estrada. Un liberal de izquierda”, en Javier MORENO LUZÓN: *Progresistas*, Madrid, Fundación Pablo Iglesias y Taurus, 2005, especialmente pp. 46-58.

en la que el propietario ni aportaba valor ni realizaba ningún esfuerzo⁵⁹⁷. Sobre estas bases, los reformadores sociales identificaron el problema agrario con el dominio de la gran propiedad, el absentismo y sus consiguientes males: la baja productividad y la existencia de una gran masa de jornaleros desposeídos, vistos bien como un peligro social o como una realidad incompatible con el desarrollo de la democracia⁵⁹⁸.

El peso que tuvo entre los contemporáneos esta visión sobre la gran propiedad rústica es un factor que difícilmente puede minusvalorarse. Si en relación al medio rural estas críticas fueron extendiendo un estado de opinión favorable a la intervención del Estado, más allá del campo, los males del latifundismo y del absentismo sirvieron de espejo para problematizar las desigualdades económicas. Uno de los ámbitos donde más claramente se trasladó la imagen negativa de la gran propiedad rústica fue en los debates sobre el problema urbano. La concentración de la propiedad, las condiciones de hacinamiento y carestía, el encarecimiento de los alquileres y la especulación con el suelo fueron cuestiones que igualmente se identificaron con los males del rentismo. Los propietarios comenzaron a ser denunciados como *caseros*, “que elevan caprichosamente los alquileres, no hacen obras jamás y desalojan al inquilino sin razón alguna”⁵⁹⁹, mientras que en la descripción de las grandes ciudades como Madrid se incidía en el dominio de “grandes latifundios urbanos” controlados por “seis o siete familias de grandes fortunas”⁶⁰⁰. Adicionalmente, tanto en el medio urbano como en el rural, las críticas del rentismo también se extendieron a los casos que reflejaban un uso improductivo de la propiedad, especialmente cuando se debía al consumo conspicuo:

*Los terrenos incultos, considerando como tales los destinados a monte bajo o a cotos de caza; las fincas rústicas no cultivadas por sus dueños; los solares situados en el casco de las poblaciones, los palacios, hoteles y demás edificaciones de lujo, demostrativo de la elevada posición de quien las habita; los gastos suntuarios, en cuanto exceden del nivel medio, son manifestaciones de riqueza que, con la llamada plusvalía, deben someterse a elevadas tributaciones*⁶⁰¹.

⁵⁹⁷ Ricardo ROBLEDÓ: *Economistas y reformadores españoles...*, pp. 86-88.

⁵⁹⁸ Para las críticas a la gran propiedad absentista me he basado principalmente en Ricardo ROBLEDÓ: “La cuestión agraria en España: de Canalejas a Vázquez Humasqué (1902-1936)”, *Areas*, 26 (2007), pp. 95-113.

⁵⁹⁹ ASOCIACIÓN DE VECINOS DE MADRID: *Proyecto de ley de reforma del contrato de arrendamiento de fincas urbanas*, Madrid, 1919, p. 15.

⁶⁰⁰ “La vivienda en Madrid”, *Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos*, 95 (1920), pp. 3-5.

⁶⁰¹ “Carta programática del Partido Reformista. Madrid, 1 de diciembre de 1918”, en Miguel ARTOLA: *Partidos y programas políticos 1808-1936*, vol. II, Madrid, Alianza Editorial, 1991, p. 172.

Este énfasis en denunciar el poder de los grandes propietarios facilitó que, por exclusión, la actitud de los reformadores sociales hacia otras formas de riqueza no fuera tan beligerante y crítica. Originalmente, las fuerzas de la izquierda liberal consideraron que la gran propiedad inmueble además, de ser un impedimento para alcanzar una redistribución en beneficio de los grupos desfavorecidos, constituía un obstáculo para la modernización del país. Como inicio de su programa, Canalejas afirmó que “pensadores insignes sostienen que la gran propiedad es una *peste social*, un obstáculo a la industria y al comercio, una rémora para el progreso”⁶⁰². Tiempo después, la misma idea quedó ampliamente reflejada en los debates sobre la propiedad urbana, cuando se contrapuso la actitud codiciosa de los caseros con el espíritu emprendedor de comerciantes e industriales, que conseguían “con un perseverante esfuerzo la asiduidad y predilección de la clientela”⁶⁰³.

Este optimismo con respecto al dinamismo que generaba la industria y el comercio no fue un elemento aceptado por todos, ni tampoco pudo mantenerse indefinidamente en el tiempo. Los socialistas, que durante la década de 1910 comenzaron a gozar de una creciente influencia política, rechazaron esta diferenciación entre propiedad, industria y comercio, pues para ellos igual de ilegítima era la renta que extraía un propietario que el beneficio, o *plusvalía*, que obtenía un capitalista⁶⁰⁴. De forma paralela, fruto de la bonanza surgida de la Gran Guerra, la izquierda liberal modificó su actitud optimista para concebir la riqueza acaparada por los grupos industriales y comerciantes como un problema social. Nadie simbolizó mejor esta nueva actitud que Santiago Alba y su propuesta de impuesto sobre los beneficios extraordinarios, en cuya declaración de principios podía leerse:

La actual guerra europea, al trastornar la vida económica de todas las naciones, ha originado [...] un aumento notable en los rendimientos de los capitales invertidos en algunas ramas de la industria y el comercio. [...] Un principio de verdadera justicia distributiva exige de los afortunados que

⁶⁰² José CANALEJAS “Discurso preliminar”, en Adolfo BUYLLA, Adolfo POSADA y Luis MOROTE: *El Instituto del Trabajo: datos para la historia de la reforma social en España*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1986 [1902], citado en Ricardo ROBLEDÓ: “La cuestión agraria...”, p. 98

⁶⁰³ *Diario de Sesiones de las Cortes*, apéndice 3 al núm. 21, 31 de julio de 1919, citado en Miguel ARTOLA BLANCO: “La transformación del...”

⁶⁰⁴ Sobre la difusión del concepto de plusvalía, Manuel PÉREZ LEDESMA: “La formación de la clase obrera...”

*contribuyan en la debida proporción a aliviar la suerte de quienes padecen los efectos funestos del mismo hecho que a ellos favoreció*⁶⁰⁵.

Alba, a la vez que iluminaba un problema, señalaba los límites de lo permitido. Mientras que en el medio rural o urbano podía contemplarse un cambio drástico a través de la congelación de los alquileres, de normas favorables para los arrendatarios o gravando la plusvalía de la tierra, en la industria seguía confiándose en el libre desenvolvimiento de los actores económicos, por lo que el Estado sólo debía intervenir a través de la fiscalidad para reequilibrar las injusticias más flagrantes.

Un cambio de actitud aún más notable se produjo en relación al negocio bancario. Tradicionalmente los debates sobre los vínculos del poder público con el Banco de España y el resto de bancos privados habían estado limitados a cuestiones de naturaleza económica y de política monetaria, por lo que las finanzas no eran consideradas como una actividad que provocase la desigualdad económica y, como mucho, la atención pudo dirigirse a prácticas abusivas identificadas con la usura⁶⁰⁶. El cambio de opinión con respecto a esta interpretación vino de nuevo provocado por el gran desarrollo que experimentó la banca durante la década de 1910, pero especialmente a partir de la I Guerra Mundial. El cambio de coyuntura a partir del final de la guerra y la espectacular quiebra del Banco de Barcelona en 1920, permitieron ahondar en esta perspectiva crítica sobre el poder financiero, enfatizando el carácter opaco que tenía el negocio bancario y la naturaleza cerrada de sus élites⁶⁰⁷.

Poco después, en 1921, se abrió un gran debate al calor de una nueva ley de ordenación bancaria que, además de proporcionar un nuevo marco de actuación para la banca privada, debía regular las relaciones entre el Estado y el Banco de España. Para los promotores de la reforma, dirigidos por Cambó, la cuestión se limitaba a prorrogar el privilegio de emisión del que gozaba el Banco de España y fomentar las relaciones entre esta institución y la banca privada. En cambio, desde la izquierda parlamentaria hubo un creciente número de voces que cuestionaban el *statu quo* bancario, empezando por el propio banco central. La oposición criticó, o señaló como inaceptables, unos beneficios que, basándose en un monopolio garantizado por los poderes públicos,

⁶⁰⁵ “Proyecto de contribución directa sobre las ganancias obtenidas con ocasión de la guerra. (3 de junio de 1916)”, citado María Ángeles BALIBREA GIL: *La imposición extraordinaria de Guerra en España*, Murcia, Universidad de Murcia, 1997, p. 250

⁶⁰⁶ Que tuvieron su reflejo en la promulgación de la Ley de represión de la usura de 1908.

⁶⁰⁷ Véase en ese sentido la revista *Publicaciones de actualidad*, que comenzó a publicarse en 1921.

beneficiaban en exclusiva a los propietarios del Banco de España, hasta el punto que un diputado republicano consideraba que el Estado simplemente iba a regalar durante el próximo periodo “a unos cuantos señores, que han tenido la suerte de poseer acciones del Banco de España, 1.125 millones de pesetas”⁶⁰⁸. Asimismo, el Banco, debido a su sistema de gestión centralizado y siendo gobernado según criterios excesivamente conservadores, era denunciado por no proporcionar préstamos a la agricultura, la industria y el comercio, abandonando con ello a las “clases modestas”⁶⁰⁹.

Pero la discusión de la nueva ley sirvió también para que se vertieran las primeras críticas sobre los grandes bancos surgidas durante las últimas dos décadas, pues estos no eran más que “entidades oligárquicas dentro de las cuales se mueven oligarquías personales, de las personas que constituyen sus Consejos”⁶¹⁰. La reforma de Cambó, al fomentar la cooperación entre los bancos y permitir a éstos fijar normas aplicables a todo el sector a través del Consejo Superior Bancario, permitió que se incrementaran las sospechas de que había un plan para “devorar a todos los «peces chicos», que va a construirse un poder plutocrático formidable, más fuerte que el gobierno”⁶¹¹. Por ello, y aunque fuese de forma embrionaria, comenzaron a tomar forma propuestas que abogaban por incluir a otros sectores sociales en el Consejo del banco y promover una reforma del sector:

*Porque los que manejan tan cuantiosos capitales de la colectividad en España no tienen derecho a substraerse a la fiscalización y deben invertir ese dinero en cosas que creen riqueza en nuestro país, no como ha ocurrido recientemente, en toda la época de la guerra, que se han dedicado a ser nada más que una especie de ruleta de todos los capitales españoles, anulando, destruyendo y arruinando a comarcas enteras*⁶¹².

La defensa de las élites

¿Cuál fue la respuesta de la clase alta al problema social? ¿Cómo hicieron frente al creciente número de críticas hacia su posición? Dentro de la clase dominante de Madrid, la situación más difícil la afrontaron aquellas familias que se definieron como propietarios y rentistas, en tanto que su condición social encajaba perfectamente dentro de los tópicos sobre el rentismo y, adicionalmente, muchos de ellos formaban parte de

⁶⁰⁸ *Diario de Sesiones de las Cortes*, número 97, 25 de noviembre de 1921, p. 4400.

⁶⁰⁹ *Ibid.*, número 101, 2 de diciembre de 1921, p. 4585.

⁶¹⁰ Palabras del diputado Ocio, *Ibid.*, p. 4585.

⁶¹¹ Según señalaba Santiago Alba, *Ibid.*, p. 4736.

⁶¹² Como proponía Daniel Riu, *Ibid.*, p. 4417.

la alta sociedad, por lo que era más fácil atacarles en su condición de derrochadores y parásitos sociales.

Sorprendentemente, la defensa que hicieron estas familias no se basó en un intento de renovar su imagen como un grupo dinámico y capaz de adaptarse a la modernidad, sino al contrario, argumentaron que sus valores y esencias, tan fácilmente denigrados por los reformadores, constituían un baluarte conservador en las sociedades contemporáneas. A nivel intelectual, una de las principales referencias fue la conocida obra de Oswald Spengler *La decadencia de Occidente*, que, en su clasificación de las etapas del desarrollo histórico, situó la propiedad, y especialmente la propiedad de la tierra, como la base de las civilizaciones más prósperas⁶¹³. Sobre estas bases, los defensores de la propiedad en general, pero especialmente de la aristocracia terrateniente, pudieron defender con orgullo la condición de su grupo tomando las palabras de Spengler:

*De una elevada cultura – y necesariamente – hay algo que hace prorrumpir a los seres ordinarios en delirios de envidia y odio: la propiedad, en su sentido original, la propiedad antigua y duradera, heredada de los antepasados o constituida en decenios enteros de rigurosa y abnegada labor personal y acrecentada luego para los hijos y los nietos...Hay que decirlo ya abiertamente aunque sea un bofetón para la ordinariez: poseer no es un vicio, sino un talento del cual son capaces los menos*⁶¹⁴.

La propiedad era identificaba por estos grupos como una condición indispensable en toda sociedad, pero también como uno de los mejores criterios para seleccionar y fortalecer la condición de aquellos que detentaban el poder. La democracia y la igualdad eran ideas abiertamente combatidas en la alta sociedad, por lo que las nociones elitistas de Mosca y Pareto gozaron de una amplia aceptación. Parecía irremediable que siempre hubiera ricos y pobres, y que el poder recayese en “una minoría selecta dotada de la virtud, la audacia, el poder y la concepción; las mayorías, habitualmente inertes, indiferentes y torpes, necesitan siempre una impulsión

⁶¹³ Oswald SPENGLER: *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*, Barcelona, RBA, 2005 [1923]. Además de las obras del conde de Ribadavia, las referencias a Spengler son una constante en los discursos del duque de Alba.

⁶¹⁴ Conde de RIBADAVIA: *La política*, San Sebastián, Editorial Católica Guipúzcoa, s.f., p. 25. La frase original proviene de una de las últimas obras de Oswald SPENGLER: *Los años decisivos*, Madrid, Espasa Calpe, 1934, pp. 88-89.

directora”⁶¹⁵. La suma de estos principios le permitía a Constanca de la Mora concluir que:

*Los pobres eran considerados, en nuestro ambiente, como el producto inevitable de algo desconocido, que siempre había existido y continuaría existiendo, y de cuyo estado de cosas nosotros no teníamos la más mínima responsabilidad*⁶¹⁶.

No obstante, dentro de este universo que separaba a las “masas” de los “mejores”, las élites propietarias entendían que ellas generaban la prosperidad nacional y, por tanto, las denuncias contra el rentismo eran totalmente injustificadas. Los propietarios no eran un sujeto impasible y ocioso, pues por su vinculación a los fundamentos de la riqueza se convertían en “los únicos que pueden distribuir bien el trabajo y los bienes necesarios para la vida”⁶¹⁷. La adquisición de su condición no era fruto del azar, pues siendo un grupo formado a partir de la herencia (material e inmaterial), reunían las cualidades para defender y conservar el patrimonio con “inteligente laboriosidad”⁶¹⁸. Por supuesto, siempre había excepciones, pero incluso éstas confirmaban la regla general: “no digo que la alta sociedad española sea perfecta; hay en ella algunos ejemplares deleznable. Pero en verdad su número es exiguo”⁶¹⁹. El discurso que mantenían los propietarios enfatizaba asimismo su compromiso con las clases subalternas y los desfavorecidos. Ellos se vanagloriaban de actuar con “moderación y [...] templanza en el ejercicio de sus derechos” y podían por tanto ser flexibles y generosos con arrendatarios, inquilinos y obreros⁶²⁰. Al final, incluso si los propietarios realmente quedaban desinteresados de la gestión económica, siempre les quedaba la obligación al consumo y, por ello, generaban riqueza para otros: “gracias a sus *despilfarros*, el comercio, la industria, los transportes terrestres, marítimos y aéreos ganan dinero”⁶²¹.

En conclusión, no es sorprendente que la primera respuesta a las propuestas de los reformadores sociales fuera abiertamente hostil. Su oposición se basaba en la premisa de que las diferencias sociales eran un producto natural de la sociedad humana,

⁶¹⁵ Duque de ALBA: *Discurso leído en el acto de su recepción por el Duque...*, p. 23. Una opinión similar la expresó años más tarde el Vizconde de EZA: *Vivero de selectócratas (La función de las clases directoras en las sociedades modernas)*, Madrid, C. Bermejo, 1940.

⁶¹⁶ Constanca DE LA MORA: *Doble esplendor...*, pp. 93.

⁶¹⁷ Conde de RIBADAVIA: *La reforma agraria, s.l.*, Artes gráficas Pasajes, 1935, p. 22.

⁶¹⁸ Duque de MAURA: “Contestación del excelentísimo señor duque de Maura”, en duque de ALBA: *Discurso leído en el acto...*, pp. 78-79.

⁶¹⁹ Conde de RIBADAVIA: *La política...*, p. 30.

⁶²⁰ *Congreso Nacional de la Propiedad Urbana...*, p. 171.

⁶²¹ Conde de RIBADAVIA: *La política...*, p. 28.

y se apoyaba adicionalmente en el supuesto de que el escaso desarrollo del país no permitía recoger los derechos propuestos por los reformadores. El duque de Santo Mauro, en una breve reflexión sobre los valores que le habían guiado a lo largo de su vida, declaraba:

Poco entusiasmo en los problemas sociales.

Pocas ocho horas, mientras no las cobren los trabajadores instruidos y enérgicos.

Pocas batallas contras las comunidades docentes, mientras no haya maestros profundamente instruidos, pagados y repartidos en el territorio español.

Pocos derechos a huelga, mientras sea el jornal fijo, aun de corta monta, aspiración no alcanzada sino por escasos españoles.

Pensiones a la vejez e inválidos cuando se pueda, pero sólo en proporción con los medios que tengamos. Mi aparente frialdad de corazón tiene su fundamento⁶²².

No obstante, esta actitud no se pudo mantener incólume durante mucho tiempo y fruto del influjo del catolicismo social, pero también de la creciente hegemonía que adquirieron las propuestas de reforma social, fue elaborándose un nuevo ideario más paternalista. El marqués de Comillas, gran accionista de empresas mineras y de la naviera Trasatlántica, se erigió como uno de los principales abanderados de esta nueva actitud⁶²³. En su opinión, la ampliación de los programas de asistencia social, el reconocimiento de los derechos sindicales o incluso la intervención del Estado eran factores que podían tolerarse si con ello se conseguía un fin superior: garantizar el orden social. En las empresas que dirigió se fijó el principio de conceder ciertos derechos y mejoras sociales, unido siempre a una estricta supervisión que garantizara un espíritu católico y conservador. Comenzó a ser frecuente acondicionar la vivienda obrera, buscando con ello no sólo mejorar su salubridad, sino también alejar a los trabajadores de las tabernas y los vicios asociados a ellas. Igualmente, la creación de sistema de seguro social contra la vejez, aunque podía ser un inconveniente por el desembolso económico que conllevaba, era útil al promover el ahorro y un espíritu conservador entre los trabajadores⁶²⁴.

⁶²² Duque de SANTO MAURO: *Unos días de los meses de Abril ...*, p. 7.

⁶²³ Enrique FAES DÍAZ: *Claudio López Bru, marqués de Comillas*, Madrid, Marcial Pons, 2009.

⁶²⁴ José SIERRA ÁLVAREZ: *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1917)*, Madrid, Siglo XXI, 1990. Para otras formas de paternalismo empresarial, véase Fernando del

Pero los mismos argumentos que habían conducido al desarrollo de una política social de tipo paternalista, explicaban el rechazo tajante a las propuestas más ambiciosas que abogaban por una limitación de los derechos de propiedad y, por extensión, a una redistribución de la riqueza. A ojos de las clases altas, una cosa era participar por su propia voluntad en la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, y otra muy distinta el ver impuestas nuevas leyes que alteraban un orden social, visto por ellos como natural. En 1929, dentro de un debate de menor entidad sobre legislación de los arrendamientos rústicos, el duque del Infantado explicó esta actitud. Para Infantado, las aspiraciones de los arrendatarios podían siempre contar con la benevolencia de los propietarios y, de hecho, él se vanagloriaba de mantener como colonos a una misma familia desde 1648⁶²⁵. La intromisión pública en estas relaciones resultaba en cambio inaceptable, pues:

*Una cosa es que lo hagamos de corazón y con gusto a los que lo merecen, y otra que no sintiéramos algún recelo ante una ley que nos impusiera un mínimo de doce años [...] Nos dolía que se nos impusiera de un modo forzoso lo que hacíamos voluntariamente*⁶²⁶.

La negativa a conceder derechos inherentes a todos los arrendatarios era sólo una pieza de esta oposición al reformismo social. En las ciudades, los propietarios también mostraron una oposición tajante a la concesión de derechos a los inquilinos y, si bien puede decirse que perdieron la batalla en 1920, para ellos la nueva regulación no constituía más una situación transitoria que debía redirigirse al principio clásico de no intervención⁶²⁷. En el ámbito fiscal, los nuevos impuestos directos (contribución sobre los beneficios extraordinarios, impuesto sobre la renta, etc.) fueron frontalmente rechazados porque daban paso a una supervisión “inquisitorial” del Estado en la vida privada de los contribuyentes⁶²⁸. Por último, la reforma agraria o la posibilidad de expropiación fueron simplemente vistas como la antesala del socialismo⁶²⁹. La clase

REY: *Propietarios y patronos. La políticas de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923)*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992, pp. 315-447.

⁶²⁵ *Asamblea Nacional*, número 48, 6 de julio de 1929, p. 779.

⁶²⁶ *Ibid.*

⁶²⁷ Joaquín CODORNIÚ: *El Real Decreto de inquilinato...*

⁶²⁸ Vizconde de EZA: *Crítica del proyecto de impuesto sobre la renta*, Madrid, Ruiz Hermanos, 1927, pp. 37-48. Como excepción a esta tendencia, uno de los medianos banqueros de la capital publicó un pequeño folleto que buscaba ganar el apoyo de sus iguales al proyecto de impuesto sobre la renta, siguiendo una lógica socialmente conservadora. José SÁINZ DE LA CUESTA: *Algunas consideraciones acerca de la moneda, del cambio, del cheque y del impuesto directo*, Madrid, Imprenta de Samarán, 1926.

⁶²⁹ José CALVO SOTELO: *Mis servicios al Estado. Seis años de gestión, apuntes para la historia*, Madrid, Imprenta Clásica Española, 1931, p. 127.

dominante estaba dispuesta a aceptar una política social limitada y siempre que pudiese ser reconducida en un sentido paternalista, pero en ningún caso aceptaría eliminar la propiedad como base del orden liberal.

La visión sobre las clases conservadoras

Políticamente, no hay duda de que las propuestas de reforma de la propiedad, de la industria y de las finanzas cosecharon escasos éxitos bajo la monarquía de la Restauración. Uno a uno, los proyectos destinados a la creación de un impuesto sobre la renta (o sobre los beneficios extraordinarios), para implantar un nuevo marco de arrendamientos rústicos y para garantizar un mayor control público sobre la banca privada, se encontraron con el rechazo de las organizaciones patronales y de las mayorías parlamentarias⁶³⁰.

A pesar de este fracaso, las propuestas no cayeron en saco roto, pues permitieron alimentar nuevos tópicos sobre las clases altas. Entre los defensores de la reforma social comenzó a extenderse la opinión de que, por encima de las diferencias económicas y de estatus que podían separar a los propietarios, grandes industriales y banqueros, existía un sentimiento común de clase que constituía un obstáculo difícil de superar. Así, si bien continuó persistiendo el optimismo con respecto a la capacidad emprendedora de industriales, comerciantes y agricultores frente a la condición pasiva de los propietarios, también fue elaborándose un discurso que insistía en la unión de ambos grupos al formar las llamadas *clases conservadoras*. Santiago Alba, realizando un balance retrospectivo del programa que había defendido en 1916, señaló:

*Las clases conservadoras, como tantas otras veces en España, no supieron ver a distancia. Encastilladas en sus rutinas y en sus comodidades del momento, no quisieron adquirir aquella “prima de seguridad” que yo les brindaba a costa de un sacrificio soportable*⁶³¹.

Calvo Sotelo, que en 1926 había defendido un programa sobre líneas similares, cosechando también un magro resultado, estableció una interpretación parecida:

Muchas veces he pensado desde entonces que la raíz real del problema de España no es política, sino económica, y que la receta de nuestros males, por ser de índole económica, se ahogará en germen ante el quietismo obstinado de

⁶³⁰ Por supuesto, como he insistido, existe una excepción parcial a esta tendencia en la legislación de arrendamientos urbanos. Véase Miguel ARTOLA “La transformación...”

⁶³¹ *ABC*, 14 de abril de 1932, citado en Mercedes CABRERA, Francisco COMÍN y José Luis GARCÍA DELGADO: *Santiago Alba...*, pp. 425-426

*las clases conservadoras. La incompreensión egoísta de multitud de ciudadanos pudientes, aferrados a nociones quirritarias cual si viviésemos muchas centurias atrás, puede depararnos días desastrosos, porque las aguas represadas se sueltan en torbellino cuando rompen la esclusa*⁶³².

Lo relevante no es únicamente determinar si esta perspectiva era acertada o no para explicar su fracaso político, cuestión a la que la historiografía se ha dedicado extensamente a lo largo de una última década, sino comprender las implicaciones que a largo plazo dejó esta visión sobre las clases altas⁶³³. Los términos en los que se definieron las *clases conservadoras* no hacían referencia a condicionantes económicos, sino sobre todo a rasgos políticos y morales. Describían los intentos de un grupo por aferrarse a la religión, el orden y la propiedad, pero que, en su propio instinto de conservación, sellaban su perdición. Las clases conservadoras eran incapaces de adaptarse al progreso, aceptar la democracia y las reformas sociales necesarias, por lo que al final, tal como sentenciaban periódicos como *El Liberal* o *El Sol*, terminaban favoreciendo el avance de la revolución: “nuestras clases conservadoras no quieren conservarse”⁶³⁴. El veredicto era unánime. En el futuro las propuestas reformistas deberían ser aún más ambiciosas y superar estos obstáculos para con ello salvar el sistema.

Estas ideas no fueron sólo el patrimonio de grandes figuras comprometidas con la monarquía, pues también pudieron ser reinterpretadas y alimentadas desde la izquierda. Para los socialistas, era indudable que la crisis de 1917 y el posterior golpe de Primo de Rivera habían demostrado que la clase dominante española no era capaz de abrirse a la democracia, como sí habían hecho sus homólogas inglesa y alemana. Su interpretación enfatizaba de una forma particular las críticas que ya habían presentado Alba y Calvo Sotelo:

*La pólvora revolucionaria ha estado a cargo de las clases gobernantes [...] ¿cómo se ha respondido en toda ocasión? No extirpando las dolorosas causas, sino invocando farisaicamente los principios de autoridad y orden para arrojar plomo mortífero a los que pedían pan*⁶³⁵.

⁶³² José CALVO SOTELO: *Mis servicios...*, p. 127.

⁶³³ Dentro del debate sobre las relaciones entre poder político y poder económico, además de las obras anteriormente citadas, véase por ejemplo la interpretación sobre el fracaso del proyecto de Alba de Miguel Ángel MARTORELL: “El fracaso del proyecto de ley de beneficios extraordinarios de Santiago Alba, en 1916: Una lectura política”, *Revista de Historia Económica*, 16-2 (1998), pp. 521-555.

⁶³⁴ “Excitación al maximalismo”, *El Liberal*, 16 de noviembre de 1918. Una opinión similar en “Sancta Simplicitas”, *El Sol*, 17 de noviembre de 1918.

⁶³⁵ Luis ARAQUISTAIN: *El ocaso de un régimen*, Madrid, Editorial España, 1930, p. 190.

Sin embargo, en el imaginario socialista, la cerrazón conservadora de las clases altas no podía explicarse únicamente por el apego al orden y la religión, pues siguiendo los principios de una filosofía materialista, debía existir una causa subyacente en el carácter particular del capitalismo español. El problema de fondo estaba en la ausencia de “ese fuerte tipo de capitán de industria tan corriente en Europa, y más aún en América, que hace de la acumulación de riqueza un arte”, pues en España lo que imperaba era “el apego a los oscuros rincones de los Bancos y la parasitaria seguridad de los valores públicos”⁶³⁶.

Fue una visión que no cayó en saco roto, sino que inmediatamente se relacionó con el fracaso de la revolución burguesa y la visión de que España se encontraba todavía dominada por el feudalismo⁶³⁷. Con la II República, los reproches a la clase dominante por su conservadurismo social, parasitismo económico y ociosidad cobraron toda su dimensión. Posiblemente uno de los mayores abanderados de esta crítica fuese el intelectual caballerista Antonio Ramos Oliveira que, en *El capitalismo español al desnudo*, denunció el poder de una oligarquía cerrada de terratenientes y financieros que “seducida por la economía regresiva”, sembraba la miseria a lo largo del país⁶³⁸. Pero en esos momentos, las críticas a las clases altas ya no eran ejercicios de retórica, pues se habían situado por derecho propio en el centro de las reformas políticas y sociales que propugnaba la República.

⁶³⁶ *Ibid.*, p. 38.

⁶³⁷ Unos postulados que sin duda influyeron en la visión de la historiografía posterior. Juan Sisinio PÉREZ GARZÓN: “La revolución burguesa en España: Los inicios de un debate científico, 1966-1979”, en Manuel TUÑÓN DE LARA: *Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y resumen*, Madrid, Siglo XXI, 1980, pp. 91-138.

⁶³⁸ Antonio RAMOS OLIVEIRA: *El capitalismo español al desnudo*..., especialmente pp. 115-122.

12. De la Restauración a la II República (1900-1936)

La política en la Restauración

El régimen de la Restauración, que se inicia con la vuelta al trono de Alfonso XII y que termina con el golpe de Primo de Rivera, ha sido identificado como la época de apogeo del liberalismo en España⁶³⁹. No obstante, como señalaron los contemporáneos y han confirmado los historiadores, los derechos establecidos en la Constitución de 1876 y el sistema bipartidista diseñado por Cánovas eran ajenos a la naturaleza de un régimen democrático. Tiempo después, en 1890, la instauración del sufragio universal masculino, lejos de suponer un reto para las élites, situó en nuevos términos las posibilidades de dominio por parte de éstas. El *caciquismo*, un concepto difundido con gran éxito por los críticos del sistema, retrataba cómo el parlamentarismo podía desvirtuarse en un sentido oligárquico⁶⁴⁰. Asimismo, como también se ha insistido de forma reiterada, las redes caciquiles iban más allá de la manipulación de las elecciones, pues englobaban el conjunto de relaciones de patronazgo y clientela que permitían a las élites dominar sobre las masas. El poder de los caciques radicaba, por tanto, en la capacidad de ejercer una influencia efectiva en los ámbitos básicos de relación con el Estado (pago de impuestos, servicio militar, etc.) o en el medio económico local (mercado de trabajo, acceso a la tierra, etc.)⁶⁴¹. A través de estos medios, los caciques crearon una vasta red de intereses y favores que pudo ser rentabilizada políticamente tanto a nivel local como nacional.

Si esta interpretación sobre el caciquismo ha alcanzado la condición de ser un consenso de mínimos entre los historiadores actuales, ello no anula que sigan existiendo una serie de debates abiertos. Entre ellos, ocupa un lugar destacado la discusión en torno a la relación del caciquismo con el poder económico en general y, particularmente, con la clase dominante. Desde sus primeras obras, Tuñón de Lara fue tajante al considerar que el caciquismo sólo podía entenderse como un instrumento al servicio del bloque de poder. Tuñón señaló no sólo que muchos caciques y jefes de partido formaban parte de

⁶³⁹ Mercedes CABRERA y Miguel MARTORELL: “El parlamento en el orden constitucional de la Restauración”, en Mercedes CABRERA (dir.): *Con luz y taquígrafos. El parlamento en la Restauración (1913-1923)*, Madrid, Taurus, 1998, p. 23.

⁶⁴⁰ Joaquín COSTA: *Oligarquía y caciquismo...*

⁶⁴¹ José Antonio GONZÁLEZ ALCANTUD: “Jerarquía versus Igualdad: El clientelismo político mediterráneo desde la antropología”, en Antonio ROBLES EGEA (comp.): *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 21-42.

dicho bloque de poder, sino que además las relaciones de clientela no podían desligarse de las condiciones económicas imperantes, principalmente del dominio de la gran propiedad rústica⁶⁴². En las antípodas de esta visión, Varela Ortega señaló que el análisis de clase aplicado por Tuñón tenía escasa relevancia al estudiar en detalle las redes de patronazgo: muchos caciques locales no pertenecían a la clase alta y la movilización de los recursos económicos (propiedad del capital, control sobre las relaciones de trabajo, presión sobre los arrendatarios, etc.) distó de ser siempre efectiva⁶⁴³. En la historiografía actual, la interpretación del caciquismo como un instrumento de clase ha sido abandonada, pues se tiende a ver el fenómeno desde un prisma esencialmente político aunque con ramificaciones en los ámbitos económico y social⁶⁴⁴.

Dentro de este marco, estudiar la relación entre las clases altas de Madrid y la política nacional tiene el doble sentido de evaluar viejas cuestiones y arrojar luz sobre nuevos problemas. Partiendo de la premisa de que el sistema político de la Restauración no estuvo dispuesto al servicio del poder económico, sino que reflejaba una constelación de intereses entre distintas élites, ello no anula el atractivo de conocer la posición que ocuparon las familias de clase alta de Madrid. ¿Cómo de fácil fue para estos grupos conducir sus aspiraciones dentro de la agenda política nacional? ¿Cómo pudieron convertir sus distintos recursos (capital económico, social y simbólico) en formas efectivas de influencia política? Íntimamente relacionado con esta cuestión surge el problema de valorar las vías de participación política de la clase dominante en Madrid pues, a pesar del creciente número de biografías y estudios prosopográficos, siguen sin conocerse fielmente los contornos de su actuación. Hasta el momento, los historiadores han concentrado sus estudios en regiones fundamentalmente agrícolas –bastiones del poder caciquil– o han primado un análisis que antepone las relaciones políticas sobre las económicas o de clase⁶⁴⁵.

⁶⁴² “El caciquismo sólo es posible en un país de gran propiedad agraria. El cacique es el ricacho del pueblo, él mismo es terrateniente o representante del terrateniente de alcurnia que reside en la Corte”, Manuel TUÑÓN DE LARA: *La España del siglo XIX...*, pp. 44-46.

⁶⁴³ José VARELA ORTEGA: *Los amigos políticos...*

⁶⁴⁴ Una definición acorde con el paradigma actual en José ÁLVAREZ JUNCO: “Redes locales, lealtades tradicionales y nuevas identidades colectivas en la España del siglo XIX”, en Antonio ROBLES EGEA (comp.): *Política en penumbra...*, pp. 71-94.

⁶⁴⁵ El estudio prosopográfico más completo hasta el momento ha sido el desarrollado por Pedro CARASA (dir.): *Élites castellanas de la Restauración*, 2 vols., Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1997. Véase también José Manuel CUENCA TORIBIO y Soledad MIRANDA: *El*

Habiendo ya descrito las formas de capital de los grupos dominantes (propiedad urbana, gran propiedad rústica y grandes empresas), así como las características de su medio social (una metrópoli de casi un millón de habitantes), es evidente que su influencia política no pudo conducirse al igual que lo hicieron el resto de élites del país. Asimismo, su condición como un grupo que tenía una proyección nacional, en lugar de exclusivamente local, que contaba con la posibilidad de mantener un estrecho contacto con los principales actores políticos (parlamentarios, ministros y el rey), le situó en una posición cualitativamente superior. Por último, tiene un especial interés determinar si las diferencias de estatus tuvieron una traslación en el campo del poder político. ¿Acaso los valores y el prestigio intrínsecos a la sociedad aristocrática fueron un valor adicional a la hora de perfilar una carrera política? Para responder a estas cuestiones realizaré primero una prosopografía de los integrantes de las clases altas que participaron en la política nacional, para posteriormente tratar las formas de acción política que se expresaron a través de los grupos de presión.

La política a nivel personal. Redes y clientelas.

En el sistema político de la Restauración, las Cortes fueron la institución clave para la representación de los intereses locales o corporativos. Formadas por dos cámaras, Congreso y Senado, la primera de ellas tuvo una mayor importancia al gozar de la iniciativa legal y constituir el principal foro de debate político. No obstante, desde la perspectiva de los grupos de poder, el Senado también tiene cierto interés, en tanto que la elección o designación de sus miembros se hizo sobre criterios netamente elitistas⁶⁴⁶. Como una aproximación a las formas de participación política directa de las clases altas he elabora una muestra a partir de los contribuyentes varones que presentaron declaración sobre su renta en 1933 y cotejado su participación en ambas cámaras durante el primer tercio del siglo XX. Los resultados (tabla 12.1) confirman las hipótesis señaladas por otros historiadores, al apuntar que la composición de la cámara baja no estuvo dominada por el segmento superior de la clase alta, sino por políticos que

poder y sus hombres. ¿Por quién hemos sido gobernados los españoles? (1705-1998), Madrid, Actas, 1998.

⁶⁴⁶ Como es bien conocido existían tres tipos de senadores: vitalicios, por derecho propio (entre los que se encontraban cierto número de grandes de España) y elegidos en cada provincia a través del concurso de los grandes contribuyentes, concejales, diputados provinciales, etc. Sobre la composición del Senado, Juana ANADÓN: "El Senado en el sistema político de la Restauración", en Manuel PÉREZ LEDESMA (coord.): *El Senado en la Historia*, Madrid, Senado, 1995, pp. 185-219.

provenían de los grupos inmediatamente inferiores: medianos propietarios, profesionales, altos funcionarios y periodistas⁶⁴⁷.

Tabla 12.1. Participación política de los grandes contribuyentes varones en los Parlamentos de la Restauración (1901-1923)

No forman parte de ambas Cámaras	284
Diputados	73
<i>Más de tres legislaturas</i>	39
<i>Una o dos legislaturas</i>	34
Senadores	13
Total	443

Fuentes: *Gaceta de Madrid* (1933); AHC, *Índice Histórico de Diputados*; AS.

Nota: La cifra correspondiente a senadores refiere únicamente a aquellos que no fueron también diputados al Congreso. Véase la relación completa de personas en el apéndice, tabla A.19

El problema historiográfico no puede darse por cerrado al certificar que sólo una minoría de las clases altas participó en la política nacional, pues igualmente cierto es que ningún otro grupo o clase social alcanzó en términos relativos una presencia tan destacada en las Cortes. En esencia, se demuestra que, durante la Restauración, la propiedad del capital y el estatus distinguido fueron frecuentemente dos condiciones suficientes para la participación directa en política. Pero, al mismo tiempo, resulta irremediable plantearse nuevas preguntas. ¿Por qué sólo un veinte por cien de los individuos situados en la cúspide social alcanzaron la condición de diputado o senador? Teniendo en cuenta los mecanismos de cooptación sobre bases elitistas que existían en el ámbito político, cabría pensar que una proporción mucho mayor podría haber aspirado a formar parte de ambas cámaras. ¿Qué diferenció a este grupo que sí participó en política del resto? Por otra parte, el perfil colectivo de estos diputados y senadores permite pensar que en muchos casos hubo una mínima implicación en la actividad política de primera línea. La prueba más palpable puede verse en que cerca de la mitad de los diputados de la muestra estuvieron sólo durante una o dos legislaturas en el Congreso, es decir, su paso por la política no fue más que un rasgo secundario en su trayectoria vital. ¿Qué razones motivaron este rechazo a seguir una carrera como político profesional? ¿Acaso el Parlamento era visto como una distracción ante la vida de los negocios o los placeres de la sociedad mundana?

⁶⁴⁷ José Luis GÓMEZ NAVARRO, Javier MORENO LUZÓN y Fernando DEL REY REGUILLO: “La élite parlamentaria entre 1914 y 1923” en Mercedes CABRERA (dir.): *Con luz y taquígrafos...*, pp. 115-117.

Para explicar la asimétrica representación en el Congreso debe de nuevo reseñarse las diferencias que separaban a las clases altas en cuanto a su capital y proyección pública. En líneas generales, los industriales con una base local (Crótido de Simón, Eugenio Grasset, Honorio Riesgo, etc.), los pequeños y medianos banqueros (Sáinz, López Quesada y García Calamarte) y los rentistas urbanos fueron los sectores que, de forma continuada, no obtuvieron una representación parlamentaria por sí mismos o a través de familiares. La razón de ello estriba en que el tipo de recursos que ostentaron estas familias eran de escaso valor a la hora de confrontar una dura batalla electoral en Madrid. El capital social y político que podía proporcionar la propiedad urbana, el negocio bancario en torno al arbitraje de valores o el empleo de unos pocos centenares de trabajadores en fábricas locales, eran claramente ineficientes en una ciudad de centenares de miles de habitantes. Madrid no era un espacio tan propicio para desarrollar redes clientelares como las que sí existían en el medio rural⁶⁴⁸ y la notable competencia por parte de las fuerzas opositoras al régimen (republicanos y socialistas), no hizo sino reducir las posibilidades políticas⁶⁴⁹. Seguramente en otro ámbito político cualquiera de estas familias hubiese podido convertirse en una fuerza más o menos reconocida, pero en la capital tuvieron que acomodarse a influir por otros cauces.

Desde una perspectiva estrictamente económica, los grupos que persistentemente obtuvieron una representación política directa fueron los grandes financieros y las familias de terratenientes. Sin embargo, sería una lectura demasiado apresurada considerar que el capital financiero y la tierra eran las formas de patrimonio más efectivas en la movilización política, en tanto que una visión más precisa de los sujetos involucrados demuestra que existieron más factores en juego. En el caso de los grandes bancos, hubo tres entidades cuyos consejeros obtuvieron siempre un escaño en el Congreso: Banesto, el Banco Urquijo y, en menor medida, el Hispano Americano⁶⁵⁰. No obstante, debe reseñarse que los financieros que ganaron un acta como diputado no lo hicieron por Madrid, sino siendo elegidos en provincias en las que dirigían una extensa red de intereses. Los Urquijo siempre contaron con su distrito en Amurrio (Álava), el marqués de Aledo era una de las figuras claves del liberalismo en Asturias, mientras que

⁶⁴⁸ Ello no anula que hubiera intentos de construir redes a partir de los empleos municipales, como señala Javier MORENO LUZÓN: *Romanones...*, pp. 118-120.

⁶⁴⁹ Rogelio LÓPEZ BLANCO: "Madrid", en José VARELA ORTEGA (dir.): *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo...* pp. 383-419.

⁶⁵⁰ La excepción, que confirma la regla, es el Banco Central. Esta entidad, creada en fecha más tardía (1920), no había tenido ocasión de asentarse en la política nacional. No obstante, entre sus fundadores, el marqués de Aldama fue elegido en dos ocasiones diputado por Getafe (Madrid).

el marqués de Cortina, César de la Mora y Pablo Garnica, consejeros de Banesto, eran caciques respectivamente en Guadalajara, Toledo y Santander⁶⁵¹.

El poder de estos individuos radicaba en conseguir que estas tres esferas –poder financiero en Madrid, redes clientelares a nivel provincial y presencia en el Congreso– en vez de operar por separado, se retroalimentaran mutuamente. Desde la perspectiva local, tenía mayor valor un cacique que fuese además un destacado financiero en la capital, pues éste podía colocar a su clientela política o servir de intermediario ante la administración central. Por el contrario, visto como consejero de un banco, aunque el acta como diputado podía deber en gran medida a estas redes clientelares, resulta indudable que también proporcionaba un valor adicional, especialmente en aquellos casos en los que hubiese que defender los intereses del banco o sus empresas participadas⁶⁵².

La situación de los grandes terratenientes era sustancialmente distinta y, de hecho, conviene diferenciar entre dos perfiles. De una parte, había un pequeño grupo de grandes propietarios que representaban al prototipo de cacique de la Restauración, como eran el vizconde de Eza, el conde de Romanones, Tomás de Beruete o Niceto Alcalá Zamora⁶⁵³. Todos ellos dependían de sus clientelas a nivel provincial, pero debido al estatus alcanzado en la política nacional, habían optado por residir en Madrid. La aristocracia terrateniente ostentó por el contrario una posición radicalmente distinta, en tanto que su presencia en el Parlamento fue prácticamente mínima. Algunas de las familias de referencia (Azlor de Aragón, Salamanca, Pérez de Barradas y Mariátegui) nunca ocuparon un escaño en el Congreso. Otras como los Stuart, Falcó, Fernández de Córdoba y Ulloa, fueron elegidas gracias al apoyo que disfrutaban en determinadas regiones y a su prestigio a nivel nacional, pero generalmente sólo ejercieron como diputados durante una o dos legislaturas, pasando posteriormente al Senado⁶⁵⁴.

⁶⁵¹ Sobre los Urquijo, Onésimo DÍAZ HERNÁNDEZ: *Los Marqueses de Urquijo. El apogeo de una saga poderosa y los inicios del Banco Urquijo, 1870-1931*, Pamplona, Euna, 1998; El resto aparecen reseñados en los respectivos capítulos de José VARELA ORTEGA (dir): *El poder de la influencia...*

⁶⁵² Remito al lector al informe de la embajada francesa, citado en el capítulo primero, referente a la relación entre política y finanzas.

⁶⁵³ Para Romanones y Tomás de Beruete, además de la biografía sobre el conde, véase Javier MORENO LUZÓN: “Castilla-La Mancha”, en José VARELA ORTEGA (dir.): *El poder de la influencia...*, pp. 151-174. Sobre el Vizconde de Eza, Pedro CARASA (dir.): *Elites castellanas...*, vol. II, pp. 361-365.

⁶⁵⁴ Por tanto, su patrón de actuación se diferenció notablemente de la fuerte participación política que caracterizó a la aristocracia británica. Andrew ADONIS: *Making aristocracy work. The peerage and the political system in Britain 1884-1914*, Oxford, Clarendon Press, 1993.

El alejamiento por parte de la aristocracia terrateniente con respecto a la política nacional puede explicarse por dos razones. Por una parte, la dispersión de las fincas rústicas y el tradicional modelo de gestión absentista constituyeron dos obstáculos a la formación de una red clientelar como la que sí desarrollaron otros grandes terratenientes a nivel provincial. Por otro lado, también jugó un papel importante la conducta y mentalidad propia de unas familias que representaban el núcleo de la alta sociedad. El conde de Romanones, que conocía bien los círculos mundanos, aunque nunca quedó impregnado de alguno de sus valores, lo expuso en términos evidentes cuando señaló que:

*Precisamente el principal defecto de la vida política, fuente de nuestra decadencia, es que hay muchos ciudadanos de todas las clases sociales, sin excluir las más altas, que consideran que no es labor noble la lucha en los comicios, que es labor propia sólo de gente de inferior categoría*⁶⁵⁵.

La forma de comprometerse en política de los duques de Medinaceli, Arión o Fernán Núñez –compitiendo sólo en unas elecciones, ejerciendo como diputado sin participar en los debates, etc.– era una forma de ampliar las experiencias de vida sin que ello rompiera el estilo distendido de la sociedad aristocrática. De hecho, este paso fugaz por el Congreso fue un rasgo de la vieja aristocracia terrateniente, pero también de aquellos que buscaron emular su esencia. El marqués de Amboage, gran propietario urbano, José Lázaro Galdiano, accionista del Hispano Americano, o Juan Manuel Urquijo, banquero, siguieron un patrón similar. Todo ellos ejercieron como diputados con un perfil bajo durante una legislatura y, posteriormente, abandonaron la política para continuar con su modo de vida rentista.

Los grupos de presión

Lo expuesto hasta el momento demuestra que las clases altas de Madrid tuvieron un éxito limitado en trasladar sus demandas a través de los canales habituales de representación en el Congreso. Bien fuese por las condiciones impuestas por la competencia electoral en la capital, o simplemente por falta de voluntad, lo cierto es que sectores enteros no disponían de los contactos personales como para hacer oír su voz en la esferas de toma de decisiones. No obstante, estas carencias pudieron ser más que compensadas por la acción corporativa. Como han señalado otros autores, las dos décadas finales de la Restauración –caracterizadas por una progresiva fragmentación de

⁶⁵⁵ Archivo Romanones L5/18, citado en Javier MORENO LUZÓN: *Romanones...*, p. 277.

las facciones políticas– se convirtieron en el escenario ideal para la consolidación de grupos de interés⁶⁵⁶. Adicionalmente, los grupos de presión contaron con la ventaja de llevar la acción política más allá de la presencia en el Parlamento, buscando en muchas ocasiones influir directamente en las comisiones ministeriales, en el gobierno o ante el rey.

¿Cuáles fueron los principales grupos de presión que defendieron los intereses de la clase alta de Madrid? ¿Qué grado de implicación hubo por parte de las principales familias de la capital en la definición de sus formas de actuación? En este campo, aunque los historiadores han avanzado considerablemente en el estudio de los grupos de presión, siguen prevaleciendo enormes lagunas. Además, la propia esencia de estas entidades, definidas en ocasiones como una agrupación temporal de intereses en torno a un conflicto puntual, ha conducido a que apenas contemos con un mínimo rastro documental. Como una primera aproximación, y siguiendo la lógica propia de las clases altas de Madrid, me ocuparé principalmente de los ámbitos que correspondían a las principales formas de riqueza: la propiedad urbana, la tierra y las grandes empresas⁶⁵⁷.

La propiedad urbana posiblemente fuese el campo en el que la acción de la clase dominante contaba con una tradición más larga. Sus orígenes se remontaban a mediados del siglo XIX cuando, al calor de las propuestas de Ensanche, se formó una asociación de propietarios que, convertida posteriormente en Cámara Oficial, representó los intereses de los propietarios⁶⁵⁸. Durante su historia, la acción de la asociación giró fundamentalmente en torno a dos ejes: proporcionar un apoyo legal a sus socios por medio de un equipo de juristas especializados en desahucios y ser el interlocutor oficial frente al Ayuntamiento en temas de urbanismo (planificación, fiscalidad sobre propiedades y solares, etc.).

⁶⁵⁶ Sobre los grupos de presión, véase Pedro FRAILE: *Industrialización y grupos de presión. La economía política de la protección en España, 1900-1950*, Madrid, Alianza Editorial, 1991; Mercedes CABRERA y Fernando del REY: “Los intereses económicos en la crisis del liberalismo”, en Manuel BAIÓA (ed.): *Elites e Poder. A crise do Sistema Liberal em Portugal e Espanha (1918-1931)*, Lisboa, Edições Colibri y CIDEHUS-UE, 2004, pp. 109-129; Juan Carlos ROJO CAGIGAL: “Los industriales vascos y el Estado liberal: Industrialización y grupos de presión en la crisis de la Restauración”, en Fernando MOLINA (ed.): *Extranjeros en el pasado. Nuevos historiadores de la España contemporánea*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 2008, pp. 213-238.

⁶⁵⁷ Para este apartado me he inspirado principalmente en la clasificación que presenta Fernando del REY REGUILLO: *Propietarios y patronos....*

⁶⁵⁸ Isabel RODRÍGUEZ CHUMILLAS: “Asociacionismo y defensa de la propiedad urbana. Madrid durante la Restauración”, *Historia Contemporánea*, 24 (2002), pp. 161-183.

Descendiendo a su funcionamiento interno, posiblemente uno de los rasgos más llamativos estuviese en que las Cámaras habían llegado a tal nivel de profesionalización, que los grandes propietarios generalmente mostraron un escaso interés en la vida de la asociación. La inscripción obligatoria de todos los propietarios, decretada en 1919, condujo a una ampliación sustancial del número de socios, y aunque este proceso no diluyó el voto de los grandes propietarios, sí amplió el universo social que debía defenderse. El reflejo de este proceso puede observarse en la escasa participación de todos los grupos, incluidos los más ricos, en las elecciones que periódicamente se convocaron para elegir representantes en el consejo de la Cámara⁶⁵⁹.

En el ámbito de la propiedad rústica, el intento de organizar a los grandes propietarios que residían en Madrid partió del problema de unificar en una sola plataforma unos intereses que geográficamente estaban muy dispersos. Este problema se manifestó en que las organizaciones de propietarios tomaran como referencia de actuación el ámbito local o de cultivo (por ejemplo, la Asociación Nacional de Viticultores), por lo que la aristocracia terrateniente no pudo mantenerlas como referente. El único *lobby* que realmente pudo aproximarse a representar su posición fue la Asociación de Agricultores de España, pero de nuevo su dirección no recayó en dichas familias, sino en una red de medianos propietarios, políticos agrarios e ingenieros agrónomos⁶⁶⁰. En conclusión, durante la Restauración la aristocracia terrateniente simplemente contó con la presunción de que sus intereses estarían defendidos por otros y, por tanto, prescindió de una acción colectiva sostenida.

Por último, en el ámbito de las grandes empresas, existió igualmente una fuerte tendencia hacia la regionalización de los grupos de interés económicos. En la industria, las dos principales asociaciones, Fomento Nacional del Trabajo y la Liga Vizcaína de Productores, dependían fundamentalmente de sus bases en Cataluña y Bilbao. Aunque menos industrializada que estas dos regiones, Madrid contó con tres asociaciones perfectamente definidas: la Federación Patronal Madrileña, que agrupaba a

⁶⁵⁹ Las actas de los procesos electorales de la década de 1920 se conservan en ARCM, *Cámara de la Propiedad Urbana de Madrid*, sig. 358051.

⁶⁶⁰ Juan PAN-MONTOJO: “La Asociación de Agricultores...”.

prácticamente toda la industria local, la Cámara de Comercio y el Círculo de la Unión Mercantil e Industrial⁶⁶¹.

Desde su fundación y a lo largo de su vida ninguna de estas asociaciones representó los intereses de los grandes bancos y de los banqueros particulares, a pesar de que este colectivo constituía la élite más poderosa en las grandes empresas. Entonces, ¿cómo pudieron éstos canalizar su presión? El Banco de España, que estaba dedicado a una labor de intermediación entre el sector público y privado, se aproximó a cumplir esta función. Dentro del banco, si bien el ejecutivo nombraba al gobernador y subgobernadores, sus accionistas hegemonizaron el consejo de administración. Durante el primer tercio del siglo XX, los accionistas del Banco de España fueron una particular mezcla entre fundaciones privadas, rentistas, bancos y banqueros, aunque con el tiempo estos dos últimos grupos fueron cobrando mayor peso⁶⁶². En este juego de equilibrios, aunque el Banco de España no podía erigirse como portavoz de los intereses privados, estuvo presente en todos los asuntos que concernían inmediatamente a los financieros (tipo de cambio, posible adopción del patrón oro, déficit público, etc.). Posteriormente, en 1921, la reforma financiera de Cambó permitió que se creara el Consejo Superior Bancario, por lo que finalmente tomó forma una asociación de los bancos y banqueros del país. La nueva institución quedó de nuevo ubicada a caballo entre la esfera pública y privada, pues asumió funciones de supervisión sobre el sector privado, a la par que pasó a ocupar un posición muy relevante en el consejo del Banco de España⁶⁶³.

La acción de estos grupos de interés no siempre fue exitosa en cada conflicto, pero a largo plazo, defendieron eficazmente a las clases altas frente a los principios más avanzados de la reforma social. Así, durante la Restauración, la clase política no pudo, o no quiso, cruzar una serie de líneas rojas que incluían la reforma de los arrendamientos rústicos, la expropiación con fines sociales, la implantación de una fiscalidad moderna basada en el desarrollo del catastro y la creación de un impuesto sobre la renta. La dictadura de Primo de Rivera, aunque podía haber roto con la vieja política, demostró que tampoco iba a desarrollar ninguna de estas directrices. La ruptura decisiva vino

⁶⁶¹ Fernando del Rey: *Propietarios y patronos...*, pp. 88-143; Ángel BAHAMONDE, Jesús MARTINEZ MARTÍN y Fernando DEL REY: *La Cámara de Comercio e Industria...*

⁶⁶² Ricardo ROBLEDÓ: “¿Quiénes eran los accionistas...?”.

⁶⁶³ Sobre la formación del CSB, María Ángeles PONS: “Las principales reformas del sistema...”, pp. 87-116.

provocada por la caída de la monarquía, que inmediatamente abrió la puerta al desarrollo de un ambicioso proyecto reformista.

El reto republicano

La crisis de gobierno que venía manifestándose en España desde 1930 no hizo presagiar a los integrantes de los grupos dominantes la posibilidad de que el fin de la monarquía estuviese a punto de ocurrir. Al contrario, tal como señaló hace años Tuñón de Lara, las familias más distinguidas de Madrid se aferraron a la Corona en sus últimas horas. Los gobiernos presididos por Berenguer y el almirante Aznar al sector cumbre de las clases altas: terratenientes (duque de Alba, conde de Romanones, marqués de Hoyos), capitalistas (duque de Maura) y financieros (Manuel Argüelles, Juan Ventosa, etc.)⁶⁶⁴. Miguel Maura describió perfectamente su esencia: “eran los viejos políticos más desacreditados e impopulares del campo monárquico”⁶⁶⁵.

Ante la debilidad de este gobierno, la convocatoria de elecciones municipales en abril de 1931 no fue entendida como una capitulación, sino como una maniobra que postergaba las elecciones generales a la par que permitía reforzar las fuerzas monárquicas en los ayuntamientos⁶⁶⁶. El resultado no pudo ser más adverso: las candidaturas republicano-socialistas vencieron en las principales ciudades y núcleos industriales de país, destruyendo la posibilidad de que continuara la monarquía. En Madrid, la victoria republicana fue especialmente contundente. Los candidatos republicanos ganaron en todos los distritos de la capital, obteniendo un 69,2 por cien de los votos en un contexto de máxima participación⁶⁶⁷. Fue una derrota en toda regla para las clases altas, que contemplaban con horror cómo se producía un profundo cambio del pulso político del país y el inicio de una polarización en bloques de clase. Sus miembros más reputados fueron plenamente conscientes de la importancia de esta transformación social, pues significaba que los vínculos tradicionales basados en el paternalismo y la deferencia habían quedado rotos. El conde de Romanones, recordando lo sucedido el día de las elecciones, señalaba que dentro de los distritos de Madrid:

⁶⁶⁴ Manuel TUÑÓN DE LARA: *Poder y sociedad*..., pp. 367-368.

⁶⁶⁵ Miguel MAURA: *Así cayó Alfonso XIII: de una dictadura a la otra*, Madrid, Marcial Pons, 2007 [1962], p. 219.

⁶⁶⁶ Javier MORENO LUZÓN: *Romanones*..., pp. 415-418.

⁶⁶⁷ Javier TUSELL: *Sociología electoral de Madrid, 1903-1931*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1969, p. 209.

*En el Centro, cuartel típico del comercio y de la burguesía, y en Buenavista, sede de las clases privilegiadas y aristocráticas, la derrota monárquica fue completa. [...] En la sección que recogía los electores de la Castellana, los que habitaban en palacios y en hoteles, el escrutinio dio un resultado insospechado: no votarían la República los amos, pero sí puede afirmarse que toda su servidumbre*⁶⁶⁸.

La misma idea, pero con una perspectiva denigrante de las clases subalternas, fue expresada por el duque de Maura y Melchor Fernández Almagro al señalar que:

*Se infiltró en los cerebros proletarios (como el agua llovediza en suelo permeable) el absurdo concepto de que votar a un burgués, aun cuando se pensase lo mismo que él, significaba hacer traición a la clase propia. Bien pronto se advirtió el fenómeno correlativo de esa causa, en los escrutinios electorales. Ocurrió, verbigracia, en los de Madrid, que el mercantil distrito de Centro, el aristocrático de Buenavista y el palatino de Palacio, comenzaron a dar triunfo, sección tras sección, a las candidaturas antimonárquicas, porque dependientes, obreros y criados, hasta los de la Casa Real, votaban ya contra los suyos*⁶⁶⁹.

En la política nacional, el mismo proceso se manifestó pocos meses después en las elecciones a la Asamblea constituyente. Tan contundente fue la victoria de las candidaturas republicano-socialistas, como la desorganización y dispersión del voto entre las antiguas fuerzas monárquicas. La mayoría de las familias de la clase alta madrileña que habían ostentado una posición estable en los Parlamentos de la Restauración prefirieron no presentarse en las elecciones, bien porque rechazaron abiertamente la República o porque su presencia difícilmente podía cohabitar con los intentos de adaptación de la nueva derecha. La ausencia en la contienda electoral del vizconde de Eza y del conde de Gamazo en Castilla León, de los Urquijo en Álava y del marqués de Aledo en Asturias, retrataban el alejamiento con respecto a la política nacional⁶⁷⁰.

Los únicos integrantes de las clases altas que sí escaparon a esta tendencia, como fue la elección de Juan March en Mallorca o José Luis de Oriol en Álava, lo hicieron gracias a que su perfil estaba menos comprometido con el prototipo de una élite al

⁶⁶⁸ Conde de ROMANONES: *Notas de una vida...*, p. 510.

⁶⁶⁹ Duque de MAURA y Melchor FERNÁNDEZ ALMAGRO: *Por qué cayó Alfonso XIII. Evolución y disolución de los partidos históricos durante su reinado*, Madrid, Ediciones de Ambos mundos, 1947, p. 378.

⁶⁷⁰ Para Castilla, María Concepción MARCOS DEL OLMO: *Voluntad popular y urnas. Elecciones en Castilla y León durante la restauración y la Segunda República (1907-1936)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1995, p. 92. Sobre los Urquijo, aunque no hay una mención específica, puede deducirse en Santiago de PABLO: *La Segunda República en Álava. Elecciones, partidos y vida política*, Lejona, Universidad del País Vasco, 1989, pp. 111-118.

servicio de la monarquía. La única excepción reseñable fue la del conde de Romanones en Guadalajara, aunque en este caso su anterior hegemonía había quedado seriamente dañada como prueba la derrota de su hijo, el marqués de Villabrágima⁶⁷¹. Sus opositores, en su empeño de certificar el fin del caciquismo, no tuvieron reparo en figurar su muerte política por medio de una esquela (Imagen 13.1).

Imagen 13.1. “Esquela” de Álvaro Figueroa y Alonso Martínez (1931)



Fuente: *Avante*. 1931. CDMH. *PS-Particular*. C. 583

Era un escenario nuevo, en el que los opositores perennes del régimen, republicanos de izquierda y socialistas, habían llegado al gobierno. De forma paralela, se comenzó a discutir una Constitución que buscaba recoger un espíritu de reforma social inexistente en la esencia del sistema de la Restauración. Lo relevante de esta voluntad rupturista fue que se centró no sólo en enterrar la vieja política, sino también el poder de los sectores más destacados de las clases altas. El programa del reformismo republicano no cuestionaba las esencias del capitalismo, pero de forma latente sí quería borrar la impronta de aquellos grupos dominantes que eran vistos como una casta parasitaria que obstaculizaba el desarrollo del país. En años posteriores, el compromiso de buena parte de estas familias con la derecha monárquica y con las conspiraciones antirrepublicanas, facilitó la defensa en términos políticos de los programas reformistas.

⁶⁷¹ El sobrino de Romanones, Gonzalo Figueroa y O'Neill, también salió elegido como diputado en Murcia. Pero su caso era excepcional, pues formaba parte de la candidatura de Acción Republicana y, de hecho, él ya estaba muy distanciado del resto de miembros de la familia Figueroa.

El primer paso en la lucha contra los viejos grupos de poder se expresó en una medida tan concisa como fue la suspensión de los títulos nobiliarios. En la perspectiva republicana, un “régimen liberal y democrático” era incompatible con ese tipo de distinciones, por lo que oficialmente dejaron de tener cualquier validez⁶⁷². En términos prácticos la medida tuvo un mayor calado que en otros países, como por ejemplo en Francia, donde los títulos habían seguido siendo reconocidos por el Estado y podían ser usados a nivel privado, por lo que conservaron su capital simbólico⁶⁷³. En España, el estado de ánimo en el que nació la República propició un consenso de amplios sectores hacia la progresiva desaparición de la nobleza en todos los espacios, como atestiguan múltiples anécdotas de la vida cotidiana. Los carteros dejaron de entregar la correspondencia dirigida a un título nobiliario, y no a una persona, mientras que en las guías telefónicas el gobierno ordenó que sólo se consignara el nombre y apellidos, debiendo abstenerse de “poner el nombre de los abonados por títulos nobiliarios u honoríficos”⁶⁷⁴.

El enfrentamiento fue más allá de cuestiones simbólicas y rápidamente entró en temas vitales como era el problema agrario. Al poco de establecerse la República, el gobierno provisional tomó una medida trascendental al favorecer un proceso generalizado de revisión a la baja de las rentas que debían pagar los arrendatarios. Poco tiempo después comenzó a postularse la necesidad de una reforma agraria que, en su proyecto final, estuvo dirigida contra los intereses de los terratenientes absentistas y, en particular, contra la nobleza⁶⁷⁵. En agosto de 1932, se produjo un giro decisivo al ordenarse la expropiación sin compensación de los dominios rústicos de la grandeza de España, legitimándose en la participación más o menos directa del grupo en la *Sanjurjada*, pero atendiendo también a un precepto de justicia social⁶⁷⁶. Azaña, ante las protestas de que la expropiación era una forma de expolio económico, no dudó en señalar que:

⁶⁷² Decreto de 1 de junio de 1931, confirmado posteriormente por el artículo 25 de la Constitución de 1931.

⁶⁷³ Situación a la que, por lo menos a corto plazo, abogaba la prensa monárquica. Luis BENAVENTE: “El uso de los títulos de nobleza en el régimen republicano”, *La Época*, 14 de noviembre de 1931.

⁶⁷⁴ La nueva actitud de los carteros en Ricardo ROBLEDÓ: “El ojo del administrador...”. La prohibición de consignar el título en la guía telefónica tiene como origen un oficio del subsecretario de Comunicaciones de 7 de octubre de 1932, que posteriormente fue enviado a los afectados. Carta de la CTNE al marqués de Aledo, 20 de octubre de 1932. SNAHN, *Aledo*, C. 713.

⁶⁷⁵ Edward MALEFAKIS: *Reforma agraria...*

⁶⁷⁶ Ricardo ROBLEDÓ: “La expropiación...”

*Es mucho menos digno de consideración el haber territorial de un grande de España que la última fibra de un ciudadano español vejado y maltratado por los regímenes anteriores que esos señores han contribuido a defender y a sostener*⁶⁷⁷.

La misma línea de reforma social se trasladó a los bancos y grandes empresas. El gobierno estableció medidas parciales para desarticular el poder de la élite financiera, aunque nunca llegó a alcanzarse el nivel de enfrentamiento que desató la reforma agraria. El primer paso en ese sentido tuvo lugar en noviembre de 1931 a través de un cambio en las relaciones entre el Estado y el Banco de España. El ejecutivo, además de aumentar la participación de la Hacienda en los beneficios del banco, alteró sustancialmente la composición de su consejo de administración al reducir a uno el número vocales que debían elegir los bancos y crear tres puestos designados por el gobierno⁶⁷⁸. Al año siguiente, este espíritu se manifestó en la enésima regulación del ferrocarril, al prohibirse la participación de los consejeros de dichas empresas en más de tres sociedades⁶⁷⁹. El objetivo de esta medida iba más allá del conflicto en el sector del ferrocarril, pues según el ministro de Hacienda, Indalecio Prieto, existía un problema en:

*El hecho de que unos señores determinados, por acumulación de representaciones en Consejos de administración, hayan vinculado en una cuarentena o cincuentena de personas – que no son más – la dirección de todos los grandes negocios públicos y privados de España, a mi juicio es algo que, con discreción, con tino y con cautela debe ir la República destruyendo. Porque no parece sino que en España no hay más plantel de hombres capaces en la vida de los negocios que esos 30 o 40 señores que lo manipulan todo*⁶⁸⁰.

Pero más allá de la escasa simpatía que sentía el gobierno hacia determinados financieros, republicanos y socialistas no alcanzaron un consenso en este campo, por lo que no se produjo una escalada en el enfrentamiento y medidas potencialmente más temidas, como la nacionalización de la banca, ni siquiera fueron planteadas.

⁶⁷⁷ *Diario de sesiones de las Cortes Constituyentes de la República española*, número 232, p. 8675.

⁶⁷⁸ Artículo 9º de la Ley de 26 de noviembre de 1931. Hasta entonces los bancos adscritos al Consejo Superior Bancario nombraban tres vocales dentro del Banco de España.

⁶⁷⁹ Artículo 9º de la Ley de 9 de septiembre de 1932. Es indudable que la medida iba dirigida contra los financieros, pues en el primer borrador se establecía la incompatibilidad con la pertenencia al consejo de una entidad bancaria. *Diario de Sesiones...*, apéndice 12 al número 225.

⁶⁸⁰ *Diario de Sesiones...*, número 227, p. 8329.

Por otra parte, aunque la nueva legislación fue inmediatamente cumplida, su efectividad fue bastante limitada⁶⁸¹. En el Banco de España, los consejeros ligados a los bancos privados continuaron dominando gracias a su condición como accionistas o actuando como vocales en representación de los intereses comerciales o agrícolas. En las empresas ferroviarias, los lazos de unión entre los antiguos y nuevos consejeros también continuaron vigentes. Significativamente, al poco tiempo de dimitir el marqués de Aledo de MZA, recibió una carta del presidente de dicha compañía notificándole que en el futuro consejo estarían “representados los mismos elementos que en el antiguo, y [...] que no se hará propuesta de nuevos nombramientos sin haber hablado antes con Ud.”⁶⁸².

Las familias que dependían de las otras formas de capital económico, como eran la propiedad urbana y las empresas industriales de mediano tamaño, no tuvieron que hacer frente a ninguna medida política específica, precisamente porque no estaban identificadas con la esencia de una casta aristocrática vinculada a la monarquía. No obstante, ello no eliminó la puesta en marcha de diversas reformas (establecimiento de jurados mixtos, congelación de las rentas urbanas, etc.) que alteraron el *statu quo* preexistente. La aprobación a finales de 1932 de la contribución general sobre la renta, que establecía unos tipos impositivos muy reducidos que sólo se aplicarían entre los sectores de muy altos ingresos, rompió también una línea que hasta entonces había sido infranqueable para la Hacienda pública.

La respuesta política: entre la adaptación y el inmovilismo

La resistencia patronal y la integración en la nueva derecha

Las políticas del primer gobierno republicano suponían a todas luces un cuestionamiento del poder de las clases altas de Madrid, pero especialmente de aquellos sectores identificados con la aristocracia. Este distinto nivel de amenaza, unido a las diferencias económicas y de estatus que separaban a las familias que formaban parte de los grupos dominantes, determinó que durante toda la II República no existiera un único frente de lucha o una defensa cohesionada.

⁶⁸¹ Por ejemplo, en MZA tuvieron que dimitir los consejeros Enrique Ocharán (Banco Vizcaya), Juan Manuel Urquijo (Urquijo), César de la Mora (Banesto) y el marqués de Aledo (Hispano Americano). SNAHN, *Fondo Aledo*, caja 710.

⁶⁸² Carta de Juan Alvarado al marqués de Aledo, 30 de septiembre de 1932. SNAHN, *Fondo Aledo*, caja 710.

En primer lugar, las agrupaciones patronales quedaron encargadas de tratar con la amenaza más directa, aquella que concernía a los intereses económicos de toda la clase. En el medio agrícola, la expropiación, la revisión de rentas y la creación de jurados mixtos fueron vistas como un peligro inminente no sólo por la aristocracia terrateniente, sino por todos los grandes y medianos propietarios. La anterior Asociación de Agricultores de España fue sobrepasada en la práctica por la nueva Agrupación de Propietarios de Fincas Rústicas (APFR), que cohesionó a los grandes terratenientes contra la reforma agraria⁶⁸³. Significativamente, aunque la Diputación de la Grandeza apoyó sin reservas la labor de esta nueva asociación, en su junta directiva no hubo integrantes de la aristocracia terrateniente, posiblemente porque su presencia hubiese resultado muy incómoda para movilizar a un gran bloque agrario⁶⁸⁴. En la esfera de la gran industria y la banca se produjo un fenómeno similar. En 1932 se creó la Unión Económica, que integraba a las anteriores federaciones patronales de base regional. La nueva asociación, aunque fue dirigida fundamentalmente por los principales industriales de Bilbao, también contó con la participación de buena parte de los financieros y grandes accionistas de Madrid⁶⁸⁵.

No obstante, para muchas familias de clase alta la respuesta corporativa al desafío republicano no era en sí suficiente, por lo que un número creciente vio la necesidad de participar, directa o indirectamente, en política. Era el inicio de una movilización que buscaba salvaguardar su posición económica como clase, pero también defender sus ideales políticos y sociales frente a un régimen que representaba su antítesis. Pero, de nuevo, debido a las diferencias de estatus que separaban a los grupos dominantes y habida cuenta del distinto nivel de amenaza que significaba el nuevo régimen, aparecieron nuevos dilemas: ¿debía aceptarse la República o mantenerse en una firme oposición contra el nuevo régimen? ¿Cómo podía articularse la acción colectiva de un grupo tan minoritario en una época de creciente movilización de las masas?

La opción más sencilla consistía precisamente en aceptar *de facto* la República, favorecer una reorganización de las fuerzas de derecha para que llegaran al gobierno y

⁶⁸³ Juan PAN-MONTOJO: "La Asociación de Agricultores..."; Mercedes CABRERA: *La patronal ante la II República...*, pp. 66-71.

⁶⁸⁴ Sobre la dificultad para justificar la posición de la grandeza expropiada dentro de APFR, véase una pequeña referencia en *Ibid.*, p. 170.

⁶⁸⁵ *Ibid.*, pp. 46-59.

poder así deshacer la obra reformista. Josep Plá, al observar la escena social de Madrid en 1931, señaló de forma un tanto exagerada que las primeras esperanzas de un sector de la clase alta –que él identificó con los comerciantes y banqueros– se situaban decididamente detrás del Partido Radical de Lerroux⁶⁸⁶. A nivel particular, esta opción fue especialmente favorecida por aquellas figuras que estaban escasamente comprometidas con el régimen de la Restauración, como por ejemplo Ildefonso Fierro, un gran industrial, que en julio de 1931 se apresuró a felicitar a Alejandro Lerroux por sus buenos resultados en las elecciones a la asamblea constituyente⁶⁸⁷.

Pero en el espacio de pocos meses se demostró que el sector de las clases altas menos comprometido con la monarquía optó mayoritariamente por las fuerzas de derecha que terminaron conformando la CEDA. A nivel local, Acción Popular fue un partido en el que confluyeron tanto medianos industriales como Honorio Riesgo, elegido diputado en 1933 y 1936, como una parte sustancial de las clases medias y altas de los barrios de Buenavista y Chamberí⁶⁸⁸. Desde la perspectiva de la política nacional, aquellas familias de Madrid que todavía mantuvieron redes clientelares o un prestigio a nivel provincial, también sumaron sus fuerzas a la CEDA⁶⁸⁹. Sin embargo, la experiencia de 1931 no había pasado en balde y fue tomándose conciencia de que no era posible repetir los viejos esquemas clientelares de la Restauración. En Guadalajara, al poco de producirse su derrota, el hijo de Romanones –el marqués de Villabrágima– expresó con claridad la necesidad de mantener el compromiso político con las fuerzas conservadoras, pero también la necesidad de cambiar de táctica:

*Ahora no hay opción, la intervención en la política es un deber y [...] la única esperanza de segura defensa de principios y doctrinas que no debemos dejar atropellar. [...] Está visto que la política personal no sirve de nada en estos tiempos. Hace falta sustituirla por una acción colectiva que tenga por base la incorporación de gentes capacitadas*⁶⁹⁰.

⁶⁸⁶ Josep PLÁ: *Madrid. El advenimiento de la República...*, p. 93.

⁶⁸⁷ Carta de Ildefonso G. Fierro a Alejandro Lerroux. 3 de julio de 1931. CDMH, *PS-Madrid*, caja 1161, exp. 29. Otras muestras de apoyo de los grupos mercantiles e industriales, en Santos JULIÁ: *Madrid, 1931-1934...*, p. 312.

⁶⁸⁸ Javier TUSELL: *La segunda República en Madrid: Elecciones y partidos políticos*, Madrid, Tecnos, 1970. Para una muestra de la propaganda política de Acción Popular dirigida al público acomodado de Madrid, CDMH, *PS-Particular*, caja 703.

⁶⁸⁹ Una nota relevante de la implicación de una de las familias más relevante de Madrid, en Santiago URQUIJO: *Cuando empuñamos las armas...*, p. 15.

⁶⁹⁰ Carta del marqués de Villabrágima a Modesto Villanueva. 11 de octubre de 1931. CDMH, *PS-Particular*, caja 583.

Romanones en Guadalajara, que mantuvo un escaño durante toda la República y finalmente consiguió en 1936 otro para su hijo Villabrágima, cosechó el mayor éxito entre las viejas familias dominantes en el proceso de adaptación al nuevo escenario político. La mayoría no pudo optar a esta situación y simplemente tuvo que conformarse con integrarse dentro de la nueva coalición de derechas, pero sin hegemonizar sus fuerzas.

El ejemplo del marqués de Aledo, consejero del Hispano Americano y anterior diputado por Asturias, resulta muy ilustrativo en este sentido. La correspondencia que mantuvo a inicios de 1936 con José María Fernández Ladreda, presidente de Acción Popular, con vistas a preparar las elecciones de febrero, dejaban entrever perfectamente su nuevo papel. Aledo no titubeaba en apoyar la candidatura de derechas: “sean quienes sean las personas que la integren”, pero haciendo gala de sus redes clientelares y de su prestigio en Asturias, solicitaba elegir el séptimo puesto de la lista electoral en dicha región⁶⁹¹. La principal paradoja de esta negociación radicaba en que ni él ni su hijo iban a formar parte de la candidatura pues, como señalaba a su lugarteniente local en otra carta, sólo la existencia del banco familiar –el Banco Herrero– le obligaba “a la permanencia en esa provincia”, pero no a nada más⁶⁹². Estos casos ilustran que los recursos y capital que podían proporcionar las familias de la clase alta de Madrid, aun siendo valiosos, no podían asegurar que su perspectiva primara en la definición de su línea política y menos aún en el resultado final. Fue precisamente bajo la aspiración de crear una línea política netamente elitista por lo que se cohesionó una forma de actuación basada en los ritos y esencias de la alta sociedad, que buscó desde sus inicios acabar con la República.

La conspiración aristocrática

Para comprender el carácter de la oposición política de la aristocracia española a la II República, es obligado partir de un proceso que he comentado en diversas ocasiones a lo largo de esta obra: el exilio voluntario en 1931 de un número indeterminado de nobles. Establecer una nómina completa de todos aquellos que se fueron resulta complicado, porque en muchos casos no se produjo una salida

⁶⁹¹ Carta del marqués de Aledo a José María Fernández Ladreda. 24 de enero de 1936. SNAHN, *Aledo*, caja 736. La lectura de dicha carta deja entrever que en las elecciones de 1933 Aledo contó también con la posibilidad de nombrar el séptimo puesto de la candidatura.

⁶⁹² Carta del marqués de Aledo a Antonio Pérez Hidalgo. 25 de enero de 1936. SNAHN, *Aledo*, caja 736.

permanente del país, sino que se optó por realizar viajes intermitentes entre España y Francia. Para complicar el escenario aún más, en este último país fue frecuente alternar la residencia entre las ciudades fronterizas –Hendaya o Biarritz– y París, en donde siempre se contaba con la posibilidad de realizar una visita al monarca⁶⁹³.

Desde un punto de vista político, los exiliados no se limitaron a permanecer en silencio en su nuevo destino, pues inmediatamente abrieron una reflexión sobre las causas que habían provocado la caída de la monarquía y la forma en que se podía combatir a la República. Como cabría esperar, las conclusiones tuvieron una clara connotación elitista. El marqués viudo de Camarasa no dudó en indicar que la razón última de la caída de Alfonso XIII estaba en la aprobación del sufragio universal masculino cuatro décadas antes, por lo que era natural que “el rebaño” se hubiera impuesto sobre el pastor⁶⁹⁴. El conde de los Villares fue más allá, al señalar que la instauración de la República era un producto de una conspiración de judíos y masones, pero también de la corrupción moral de las clases altas en España, que habían situado el dinero por encima del honor⁶⁹⁵. Su solución radicaba en luchar por la restauración de un régimen monárquico, que necesariamente debía estar apoyado por una renovada y “fuerte aristocracia”⁶⁹⁶.

Este espíritu se expresó primero en panfletos políticos de escasa circulación, pero tuvo su continuación natural en distintos proyectos conspirativos para derribar la República. En el verano de 1931, determinados periódicos nacionales, al igual que la diplomacia francesa, comenzaron a apuntar la existencia de una conspiración aristocrática que buscaba organizar una resistencia a la República en las provincias vascas⁶⁹⁷. Sin embargo, más allá de referencias esporádicas, todo apunta que estos planes conspiratorios no contaron con fuerzas suficientes y carecieron de apoyos

⁶⁹³ La residencia en las ciudades fronterizas, incluyendo referencias a conflictos puntuales, en *Séjour de réfugiés monarchistes espagnols en France en voisinage de la frontière pyrénéenne*. 1 de septiembre de 1931. MAAEE, La Courneuve, *Espagne, 1930-1940*, libro 267, pp. 53-56. Una relación más completa en el informe del 31 de octubre de 1932. Archives Nationales, *Série F-7*, caja 15930. La presencia en París de Alfonso XIII fue seguida muy de cerca por la Prefectura, por lo que puede conocerse las personas que le visitaron. Archives de la Préfecture de Police, *Série B – Cabinet*, Dossier Ba 2155, Alphonse XIII.

⁶⁹⁴ Marqués viudo de CAMARASA: *Por qué ha salido de España S.M. el Rey*, Madrid, Imprenta de Antonio Marzo, 1931.

⁶⁹⁵ Conde de los VILLARES: *España en 1931*, Madrid, Imprenta Giralda, 1932.

⁶⁹⁶ *Ibid.*, p. 145.

⁶⁹⁷ *Les complots anti-républicains en Pays Basque et dans la région française voisine de la frontière*. 1 de septiembre de 1931. MAAEE, La Courneuve, *Espagne, 1930-1940*, libro 267, pp. 57-61.

sustanciales entre los militares⁶⁹⁸. Al año siguiente, el foco de la conspiración se trasladó a oficiales del Ejército que comenzaron a perfilar la necesidad de enderezar la República en un sentido conservador. En agosto de 1932, estas fuerzas precipitaron el golpe de Sanjurjo, que si bien consiguió imponerse en un primer momento en Sevilla y Jerez, fracasó estrepitosamente en Madrid, por lo que terminó siendo derrotado.

En el golpe de Sanjurjo resulta evidente que, junto con los militares, hubo una cierta participación de elementos civiles, incluyendo un importante contingente de la aristocracia sevillana⁶⁹⁹. Pero, ¿hasta qué punto hubo un apoyo de la alta sociedad madrileña y emigrada? Los únicos implicados directamente en la trama eran personas de segunda fila (conde de Liniers, conde de las Quemadas, dos hijos del duque del Infantado, etc.), que lo hicieron como militares y no como integrantes de una trama de carácter civil. En un grado distinto se encontraron Manuel Pombo Polanco, administrador de la duquesa viuda de Santoña, o el conde de los Moriles, que albergó en su palacio de la Castellana diversas reuniones de los golpistas⁷⁰⁰. Por otra parte, debe subrayarse que precisamente cuando el gobierno detuvo a las principales figuras de la sociedad aristocrática, como el duque de Medinaceli, Fernán Núñez o Infantado, se encontró que no había pruebas incriminatorias⁷⁰¹. Si bien existe la posibilidad de que tanto ellos, como otras familias de la alta sociedad, pudieran haber borrado cualquier rastro comprometedor, parece más probable considerar que no formaron parte del núcleo de la conspiración, posiblemente porque la restauración de la monarquía no estaba garantizada⁷⁰².

El fracaso del golpe de Sanjurjo no puso fin a la participación política de la aristocracia. Lo que sí demostró fue que la República no iba a caer por vía de un pronunciamiento militar clásico y, por tanto, debía recurrirse a medios más amplios de

⁶⁹⁸ Para más detalles de las primeras fases de la conspiración, Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza Editorial, 2011, pp. 81-121.

⁶⁹⁹ Leandro ÁLVAREZ REY: *La derecha en la II República: Sevilla, 1931-1936*, Sevilla, Universidad de Sevilla y Ayuntamiento de Sevilla, 1993, pp. 253-254.

⁷⁰⁰ El expediente policial de Manuel Pombo Polanco y de la duquesa de Santoña en AGA, *Gobernación*, Caja 9041, expediente 207250. Sobre Moriles, Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA: *Contrarrevolucionarios...*, p. 91.

⁷⁰¹ La detención de Medinaceli e Infantado en *El Heraldo de Madrid*, 11, 12 y 22 de agosto de 1932. El mismo periódico, en 20 de agosto de 1932, atribuía a Medinaceli la posición de principal financiador de la trama, aunque claramente lo hacía como simple rumor y utilizando un tono burlesco.

⁷⁰² Como representativo de esta actitud, Leandro ÁLVAREZ REY: *La derecha en la II República...*, p. 245, señala que el marqués de Aledo prometió en un primer momento trescientas mil pesetas, pero posteriormente se retractó en su compromiso.

movilización política. A finales de 1932, sobre la base de la unión de antiguos políticos alfonsinos (Goicoechea, Calvo Sotelo, etc.) y de los intelectuales agrupados en torno a la revista *Acción Española*, nació Renovación Española⁷⁰³. El partido tenía como firme propósito fortalecer un proyecto contrarrevolucionario y, al contrario que Acción Popular, rechazó abiertamente el régimen republicano. En términos sociales, Renovación Española nunca despegó como partido de masas, precisamente porque desde sus orígenes se había configurado como un partido de élites, con una base militante exigua que residía fundamentalmente en Madrid.

Como partido político, Renovación Española, era la opción perfecta para que la aristocracia se decidiera finalmente a participar en política. Álvaro Alcalá-Galiano, marqués de Castel Bravo, reflejaba este cambio de actitud dentro de la alta sociedad. Hasta 1931, él había vivido alejado de la refriega política, dedicándose principalmente al mundo de sociedad y a la actividad literaria. Pero en el nuevo escenario político, esta actitud era abiertamente criticada:

*Considero que también se puede atribuir a la alta sociedad española el pecado de la vagancia, porque nosotros, los de nuestra generación, teníamos idea de que bastaba tener un título, o bienestar económico, para declararnos insolentes por derecho propio*⁷⁰⁴.

El nuevo partido nació profundamente ligado a la aristocracia, que hizo sentir su impronta en muy diversos frentes. En la financiación de las campañas electorales, la Diputación de la Grandeza prestó un apoyo decidido, aportando sus exiguos fondos, pero también canalizando las aportaciones de sus miembros⁷⁰⁵. En la actividad del partido, algunos de los grandes eventos –como el banquete en homenaje a Calvo Sotelo y Yanguas Messía– se aproximaban al prototipo de fiesta aristocrática por el carácter selecto de sus participantes⁷⁰⁶. Igualmente, el centenar de damas de sociedad que

⁷⁰³ La historia de Renovación Española ha sido extensamente tratada por Julio GIL PECHARROMÁN: *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, Madrid, Eudema, 1994.

⁷⁰⁴ Álvaro ALCALÁ-GALIANO: *Renovación española ante la sociedad*, Madrid, Renovación Española, 1934, p. 12.

⁷⁰⁵ Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998, p. 182 y 317.

⁷⁰⁶ *El Siglo Futuro*, 21 de mayo de 1934, citado en Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Acción Española...*

integraron Renovación Española parecían más bien responder a la relación de participantes en una ceremonia benéfica⁷⁰⁷.

Pero la derecha monárquica, al igual que la aristocracia, no limitó su acción al marco político legal, pues también continuó jugando la carta de la conspiración. En septiembre de 1932, un mes después del golpe de Sanjurjo, se formó una nueva comisión encargada de unificar las fuerzas para un golpe⁷⁰⁸. En este caso, el apoyo de Alfonso XIII fue explícito a través de una carta autógrafa y las dos personas encargadas de recabar fondos, el conde de los Andes en el extranjero y el marqués de Arriluce de Ybarra en el interior, obtuvieron un éxito muy notable entre sus iguales (tabla 12.2).

Tabla 12.2 Principales financiadores de la conspiración monárquica (1932)

Nombre o Título	Cantidad (Ptas.)	Nombre o Título	Cantidad (Ptas.)
March, Juan	2.000.000	Chávarri, Viuda	200.000
Oriol, José Luis	1.000.000	Chávarri, Marqués	200.000
Pelayo, Marqueses	1.000.000	Casa Riera, Marqués	200.000
Larios, Marqués	1.000.000	Llano de San Javier, Marqués	200.000
Genal, Marqués	1.000.000	Casa Valdés, Marqués	200.000
Portazgo, Marqués	1.000.000	Viana, Marqués	200.000
Melín, Marqués	500.000	Mora, César de la	100.000
Aranda, Marqués	500.000	Romana, Marqués	100.000
Gavía, Condesa viuda	500.000	Puerto Hermoso, Conde	100.000
Patiño	500.000	Villapesadilla, Marqués	100.000
Arriluce de Ibarra	500.000	Domecq, Juan Pedro	100.000
Revilla de Camargo	300.000	La Riva, Petra	100.000
Aguirre	300.000	Vega de Anzo, Marqués	100.000
Conquista, Duquesa	300.000	Argüelles, Marquesa	100.000
Gandarias, Juan Tomás	250.000	Triano, Marqueses	100.000
Urquijo, Marqueses	250.000	Adanero, Conde	100.000
Garvey, Conde	250.000	Pinillos	100.000
Zalburu, Viuda	250.000	Bueno, Luciano	100.000
Lerma, Duques*	250.000	Torres Arias, Condes	100.000
Tarifa, Duquesa viuda	250.000	Campo Real, Marquesa	100.000
Garay	200.000	Cimera, Conde	100.000
Zubiría, Condesa viuda	200.000	Alba, Duque	Sin cantidad
Aresti, Conde	200.000	Peñaranda, Duque	Sin cantidad
Barbate, Conde	200.000	Medinaceli, Duque	Sin cantidad
Infantado, Duque	200.000		

Fuente: Archivo del conde de los Andes, citado en Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Acción Española...*, pp. 172-174

Nota: En la fuente original el duque de Lerma aparece contribuyendo sólo con 25.000 pesetas, pero por su posición en la lista considero que es un errata y la cantidad real debía ser 250.000 pesetas

⁷⁰⁷ CDMH, *PS-Madrid*, C. 2157. El listado no es un original, sino una copia elaborada posiblemente en el verano de 1936 por las milicias republicanas que, en esos momentos, ya se habían apoderado de los archivos de afiliados a Renovación Española.

⁷⁰⁸ Para los detalles de la nueva conspiración, Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: *Acción Española...*, pp. 172-175.

En términos sociales, hay dos rasgos especialmente relevantes del proceso de financiación de la causa monárquica. De una parte, las cantidades aportadas o prometidas eran de muy elevada cuantía, pues representaban aproximadamente entre un quince o veinte por cien de la renta anual de cada familia, lo cual indica un compromiso muy alto con el proyecto. Por otra parte, las personas que apoyaron la conspiración monárquica no respondían a la diversidad de grupos que formaban las clases altas de Madrid, ni siquiera una pretendida unión de los terratenientes y financieros, pero sí puede decirse que tenían un gran paralelismo con el núcleo de la alta sociedad. Las únicas excepciones reseñables correspondían a Juan March y José Luis de Oriol, que claramente nunca formaron parte de la sociedad aristocrática, pero que por su fortuna y posición personal estaban radicalmente enfrentados a la República. El resto parecían sacados de la relación de invitados de una fiesta aristocrática, un hecho que no hacía sino reforzar las diferencias de este grupo con otras familias de la clase alta de Madrid.

Los primeros pasos hacia una nueva conspiración no eliminaron problemas anteriores, principalmente la cuestión de determinar su liderazgo. A inicios de 1933, las autoridades francesas señalaron la existencia de dos comités subversivos que estaban en contacto con Alfonso XIII. Uno estaba presidido por Calvo Sotelo y posiblemente funcionase sobre las contribuciones anteriormente reseñadas (“comprendrait des éléments civils appartenant au monde des affaires”). El otro era dirigido por el conde de Guadalhorce y reunía principalmente a militares⁷⁰⁹. Este ambiente de división de los antirepublicanos, unido a la posibilidad de obtener mayores réditos en el frente político, determinó que los planes conspiratorios quedaran temporalmente aparcados. Adicionalmente debe tenerse presente que, a medio plazo, la operativa secreta de una conspiración no podía convivir con una amplia participación de civiles, por lo que el grupo de conspiradores fue ganando mayor autonomía y, cuando en febrero de 1936 volvieron a surgir diversos proyectos de golpe de Estado, éstos ya tendrían un carácter netamente militar⁷¹⁰.

⁷⁰⁹ *Activité des Monarchistes espagnols*. 8 de febrero de 1933. ANF, *Série F-7*, caja 15930.

⁷¹⁰ El liderazgo militar sobre la conspiración ha sido un factor sobre el que se ha insistido reiteradamente, si acaso de forma un tanto exagerada. Rafael CRUZ: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pp. 206-225.

El desenlace

Los últimos dos años de la República no representaron una mejora sustancial para los grupos dominantes. Si bien es cierto que la victoria de las derechas en las elecciones de 1933 había servido para frenar y deshacer buena parte de las reformas anteriores, el sentido general de sus políticas no fue exclusivamente contrarreformista. Tanto en la cuestión agraria como en las relaciones industriales, los radicales y la CEDA tenían un programa que no concordaba con las aspiraciones de restablecer el viejo orden liberal al que aspiraban las clases altas⁷¹¹.

En este escenario de *impasse* se produjo un nuevo punto de inflexión en las elecciones de febrero de 1936, que dieron la victoria a los partidos del Frente Popular. A partir de entonces la situación empeoró drásticamente para las clases altas, pues si bien el nuevo gobierno había rechazado incluir en su programa la nacionalización de la banca y de la tierra, éstas ya eran consignas que comenzaban a aparecer en el horizonte político. De forma paralela, la movilización popular se hizo sentir en todos los frentes. En el campo, la intensa movilización de los yunteros condujo a una oleada de ocupaciones que sobrepasó con creces la acción durante el primer bienio reformista. Mientras tanto, en Madrid se combinó un profundo auge huelguístico con la organización de una resistencia colectiva al pago de alquileres en los barrios populares⁷¹². En los meses siguientes la bolsa de Madrid encadenó un proceso continuado de caídas, reflejando el profundo escepticismo entre los inversores. En esencia, en la primavera de 1936 ya no había ningún sector de la clase dominante que no estuviera afectado por la crisis política y social que atravesaba España.

A pesar de su radicalidad, los acontecimientos de estos meses deben situarse en términos equilibrados. Los tópicos utilizados por el franquismo, y resucitados por los historiadores revisionistas actuales, según los cuales el poder del Estado republicano se estaba desmoronando o que el caos se hubiera apoderado del país, eran una exageración con el único fin de justificar el pronunciamiento. Lo que sí estaba ocurriendo era que las condiciones de enfrentamiento en la lucha de clases habían llegado a un nivel en el que la continuidad del dominio social de las clases altas entraba en peligro⁷¹³, por lo que los

⁷¹¹ Sobre las diferencias de perspectiva entre los grupos dominantes y la CEDA, Edward MALEFAKIS: *Reforma agraria...*, pp. 395-417; Mercedes CABRERA: *La patronal...*, pp. 227-250 y p. 270.

⁷¹² Los movimientos de inquilinos en Madrid apenas han sido tratados por la historiografía, pero hay abundante documentación en ARCM, *Cámara de la Propiedad Urbana de Madrid*, sig. 358064

⁷¹³ Edward MALEFAKIS: *Reforma agraria...*, pp. 425-441.

grupos dominantes comenzaron a perder la esperanza de que la situación pudiese reconducirse dentro del marco de un sistema democrático. Al final, el pronunciamiento militar de julio de 1936, y su inmediato fracaso en las principales ciudades, fueron decisivos para que se desencadenara una revolución social⁷¹⁴. En adelante, la supervivencia de los grupos dominantes dependería del destino de la guerra.

⁷¹⁴ Un punto sobre el que ha insistido en diversas ocasiones Julián CASANOVA: *A short history of the Spanish Civil War*, Londres y Nueva York, I.B. Tauris, 2013, p. 12.

13. La Guerra Civil y el primer franquismo

Madrid: Entre la guerra y la revolución

Los meses previos al golpe de Estado de julio de 1936 estuvieron marcados por un creciente enfrentamiento social, aunque no hay ninguna evidencia de que la mayoría de las familias acomodadas de Madrid se estuvieran preparando para un golpe de Estado, menos aún para el inicio de una guerra. A pesar de los rumores sobre diversas conspiraciones, la vida seguía su curso y muchos comenzaron su ciclo de vacaciones en el norte del país, mientras que otros continuaron dedicados a sus negocios. La correspondencia enviada tras la muerte de Calvo Sotelo, ocurrida el 13 de julio, reflejaba una gran consternación por el suceso, pero nadie señalaba la posibilidad de un desenlace inmediato⁷¹⁵.

En esos momentos la existencia de la trama conspirativa sólo era conocida por sus protagonistas y por algunas personas con un extraordinario capital económico y social. El marqués de Urquijo expresó en los días inmediatamente anteriores al pronunciamiento que “tenía verdadera impaciencia porque el Movimiento Militar no empezaba, y la situación en España era insostenible”⁷¹⁶. Igualmente, el duque de Alba se jactó tiempo después de que:

*No me cogió de sorpresa el movimiento. Había tenido yo algo que ver, como otros Grandes, con sus preparativos, y desde el extranjero seguía con la consiguiente ansiedad los primeros pasos de la liberación*⁷¹⁷.

Cuando finalmente se produjo el golpe en Madrid, su resultado fue especialmente adverso para las fuerzas conservadoras. La indecisión de los golpistas provocó que el principal foco de insurrección se concentrara en el cuartel de la Montaña, pero, al no recibir más apoyos, quedó rápidamente aislado. Mientras tanto, la movilización de las organizaciones obreras consiguió que se distribuyeran armas a las milicias y, en una acción conjunta con las unidades que permanecieron fieles a la República, terminaron con el golpe.

⁷¹⁵ Véanse, por ejemplo, las cartas de Andrés Moreno y del marqués de Hoyos dirigidas al marqués de Aledo los días 16 y 17 de julio de 1936. SNAHN, *Aledo*, C. 736.

⁷¹⁶ El entrecomillado no procede directamente de las palabras del marqués, sino del testimonio que trasladó a su hijo, Alfonso de URQUIJO: *Cuando empuñamos las armas...*, p. 81.

⁷¹⁷ Duque de ALBA: *Discurso pronunciado por el Excmo. Señor Duque de Alba...*, p. 2.

Desde ese momento en Madrid, al igual que en el resto del campo republicano, se desarrolló una situación de revolución y doble poder. Si bien la estructura básica del Estado republicano subsistió tras el pronunciamiento militar, los partidos y sindicatos obreros comenzaron a asumir funciones reservadas en circunstancias normales al gobierno, principalmente en materia de orden público y en el dominio sobre amplias esferas de la economía. La guerra era una confrontación abierta entre las fuerzas republicanas y la clase dominante, por lo que los anarquistas y el POUM defendieron abiertamente la necesidad de acabar con el capitalismo, mientras que el PCE y los socialistas, aun abogando por una “revolución democrática”, reconocían que frente a ellos se situaban:

*Los miembros de la vieja y podrida sociedad; los agarrados al país para succionarlo sin correspondencias vitales. Desde el ignaciano trapisondista al banquero usurario; desde el aristócrata caduco de sangre al mequetrefe epiceno; [...] en fin toda la ralea oscura, babeante, untuosa, bancaria y palatina, sacristanesca y rapaz, que se había convertido al fascismo*⁷¹⁸.

Aunque en el gobierno republicano, y de forma más evidente en Madrid, prevaleció esta última línea política, ello no eliminó que se produjeran pasos decisivos en la desarticulación del poder económico de las clases altas. En el medio rural, tras las primeras fases de incautación y colectivización de forma espontánea, el gobierno ordenó la expropiación de aquellas personas consideradas desafectas al régimen republicano⁷¹⁹. En el marco de la propiedad urbana se produjo una medida similar, a la par que se autorizó una rebaja del 35 por cien de todos los alquileres y se suspendió el desahucio de inquilinos⁷²⁰.

Por el contrario, en los bancos y grandes empresas, las medidas no fueron tan radicales. Si bien es cierto que los sindicatos establecieron comités de empresa o de control, la nacionalización nunca llegó a producirse, dado que para los sectores moderados tales medidas “hubieran parecido hijas de la venganza y de la improvisación”⁷²¹. A cambio, se destituyó a los consejeros de la banca oficial (Banco de España, Banco Hipotecario, etc.) y se ordenó crear en el resto de bancos privados

⁷¹⁸ “Los dos patriotismos: el del pueblo y el de los militares traidores”, *El Socialista*, 21 de julio de 1936.

⁷¹⁹ Julián CASANOVA: “Las colectivizaciones en el campo: hechos e ideas”, en Enrique FUENTES QUINTANA (dir.) y Francisco COMÍN (coord.): *Economía y economistas...*, vol. I, pp. 455-473.

⁷²⁰ Miguel ARTOLA: “La transformación del mercado...”

⁷²¹ José Antonio AGUIRRE: *Veinte años de gestión del gobierno vasco (1936-1956)*, Durango, Leopoldo Zugaza, 1978, p. 69, citado en José Ángel SÁNCHEZ ASIAÍN: “La banca en la guerra civil”, en Enrique FUENTES QUINTANA (dir.) y Francisco COMÍN (coord.): *Economía y economistas...*, vol. I, pp. 733-776.

nuevos comités directivos en representación de las autoridades republicanas, accionistas y clientes⁷²². En los grandes bancos dichos comités mantuvieron a directivos de menor rango, que generalmente se opusieron a la política de los sindicatos y, en ocasiones, pudieron salvaguardar los intereses de los accionistas ausentes⁷²³. También es muy significativo que en los bancos medianos (Sáinz, García-Calamarte y López Quesada), los comités no se formaron hasta pasados seis meses y, cuando finalmente lo hicieron, las mismas familias pudieron seguir ostentando la dirección del banco⁷²⁴. A nivel particular, igual de indicativo resulta que el ministro de Hacienda, Juan Negrín, aspirara a mantener buenas relaciones con los financieros, como demuestra el trato que dispensó al marqués de Urquijo cuando estuvo prisionero, o sus intentos de no perder contacto con Andrés Moreno García, director general del Hispano Americano⁷²⁵.

Si en el gobierno de la República prevaleció un proyecto aferrado al campo reformista, en las calles de Madrid el espíritu fue abiertamente revolucionario. En la perspectiva de las fuerzas antifascistas la guerra tenía dos frentes: uno externo, luchando frente a los militares sublevados, y otro interno, contra las fuerzas que formaban la quinta columna. El temor a que estas últimas pudiesen organizarse desencadenó una campaña de terror que fue dirigida específicamente contra militares, clérigos, militantes y simpatizantes de organizaciones derechistas, pero también, en un modo genérico, contra personas que pertenecían a “una clase distinta”⁷²⁶. En total, en torno a 8.800 personas fueron asesinadas por las milicias⁷²⁷. No era una situación de caos y anarquía, como en ocasiones transmiten los relatos de los contemporáneos, dado que las milicias

⁷²² *Ibid.*. Debe señalarse que mi interpretación sobre el papel de los nuevos comités difiere sustancialmente de la de Sánchez Asiaín.

⁷²³ Véanse los informes sobre la actuación de los comités directivos en AHN, *FC-Causa General*, caja 1556.

⁷²⁴ Por ejemplo, en el Banco Sáinz continuaron estando los mismos consejeros de la familia. AHN, *FC-Causa General*, caja 1556, exp. 22.

⁷²⁵ Como relata Alfonso de URQUIJO: *Cuando empuñamos las armas....*, pp. 94-95, el marqués fue hecho prisionero en Madrid, pero Negrín le dejó partir en noviembre de 1936 para que representase los intereses de la República en la junta de accionistas de la Chade en Bélgica. Naturalmente el marqués ni cumplió su cometido ni volvió a Madrid, por lo que Negrín, salvo que fuese un completo ingenuo, buscó simplemente liberarle. El contacto con el director del BHA, en carta de Andrés Moreno García al marqués de Aledo, 8 de octubre de 1936. SNAHN, *Aledo*, C. 736.

⁷²⁶ La persecución en términos netamente clasistas, según Félix SCHLAYER: *Diplomático en el Madrid rojo*, Sevilla, Espuela de Plata, 2008 [1938], p. 149.

⁷²⁷ La cifra de muertes proviene de Rafael CASAS DE LA VEGA: *El terror. Madrid 1936: investigación histórica y catálogo de víctimas identificadas*, Madridejos, Fénix, 1994, que son aceptadas por Julius RUIZ: *El terror rojo. Madrid, 1936*, Barcelona, Espasa, 2012, pp. 17-18.

siguieron una serie de pautas para seleccionar objetivos⁷²⁸. Javier Cervera y Julius Ruiz han demostrado de forma consistente que las fuerzas republicanas contaron con diversos medios de información (listados de afiliados a partidos derechistas, denuncias de vecinos y porteros, etc.) que, siendo centralizadas por comisiones de investigación, permitieron guiar la labor de las unidades locales (conocidas durante el franquismo como checas)⁷²⁹.

Dentro de la campaña de persecución contra las clases altas de Madrid, diversos factores determinaron que la sociedad aristocrática se constituyera como un objetivo prioritario de la violencia política⁷³⁰. En términos políticos, muchos de sus integrantes estaban claramente identificados como miembros de las organizaciones derechistas (Renovación Española o CEDA), por lo que podían ser detenidos cumpliendo con las órdenes del gobierno. En ese sentido, resulta significativo que el registro en casa del conde de Gamazo no fuese conducido por unidades anarquistas o comunistas, sino por guardias de asalto apoyados por milicianos de Izquierda Republicana⁷³¹. Al marqués de Urquijo igualmente le sorprendió que los milicianos al detenerle supieran “todo cuanto se había hecho en casa en la Castellana para las elecciones por Renovación”⁷³².

En términos sociales y económicos, aunque nunca llegó a darse una directriz unificada, las milicias simplemente buscaron a los terratenientes, financieros o industriales que mejor conocían, una condición que generalmente recaía en aquellos que también formaban parte de la alta sociedad⁷³³. Los signos de estatus aristocrático se convirtieron igualmente en un distintivo muy peligroso en el verano de 1936. Como norma general, casi todos los palacios y hoteles fueron registrados y ocupados por las milicias, si bien para entonces sus habitantes generalmente habían salido huyendo⁷³⁴.

⁷²⁸ Los relatos sobre la situación en el Madrid de 1936, son innumerables. Conviene destacar, además de la obra de Félix SCHLAYER: *Diplomático en el Madrid....*, el libro de Agustín de FOXA: *Madrid de Corte a checa...*

⁷²⁹ Javier CERVERA: *Madrid en guerra. La ciudad clandestina, 1936-1939*, Madrid, Alianza Editorial, 1998; Julius RUIZ: *El terror rojo....*

⁷³⁰ Un rasgo señalado al poco de terminar la guerra. Marqués de SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS: *Héroes y mártires de la aristocracia española, julio 1936 – marzo 1939*, Madrid, S. Aguirre, 1945.

⁷³¹ AHN, FC-Ministerio del Interior, Serie H, expediente 589.

⁷³² Santiago URQUIJO: *Cuando empuñamos las armas...*, p. 83.

⁷³³ Cuando detuvieron al marqués de Urquijo, inmediatamente le preguntaron por el paradero de Valentín Ruiz Senén, un hecho que refleja que los milicianos estaban buscando a diversas personalidades del mundo financiero. *Ibid.*, p. 83.

⁷³⁴ El abandono de los palacios es una constante en Marqués de SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS: *Héroes y mártires de...* Un relato detallado de los registros a un palacio puede verse en la declaración del portero de la casa de la condesa viuda de Campo Alange. AHN, FC-Causa General, legajo 1354, expediente 3, folios 138-141.

Disponer de un amplio servicio doméstico también era un riesgo adicional, debido a que siempre se corría el riesgo de que alguno de ellos delatara a su amo⁷³⁵. Incluso pequeños honores concedidos en tiempos anteriores bastaban para ser identificado y detenido, pues cuando fue arrestado el marqués de Goubea, la principal prueba que se tenía en su contra era haber sido “mayordomo de semana de D. Alfonso XIII”⁷³⁶.

Esta particular lucha contra la aristocracia tuvo su colofón durante las matanzas de Paracuellos, en las que se utilizó como excusa la evacuación de presos ante el avance de los rebeldes para ejecutar a cerca de mil personas⁷³⁷. Una de las personas al frente de dicha operación, Ramón Torrecilla Guijarro, señaló tiempo después que las sacas en su sección se organizaron: “apartando las fichas, según la profesión de los presos, en los cuatro grupos siguientes: 1º Militares; 2º Hombres de carrera y aristócratas; 3º Obreros; 4º Personas cuya profesión no constaba”⁷³⁸. Era una clasificación que habla por sí sola con respecto a cómo se definieron los enemigos de la República y que permite explicar por qué Madrid se convirtió en el principal foco de las elevadas bajas que sufrió la aristocracia: de los 177 nobles que murieron en la guerra –cerca un diez por cien del estamento nobiliario– casi un centenar fueron asesinados en la capital⁷³⁹.

Si en términos relativos no hay duda de que la sociedad aristocrática sufrió en mayor medida la represión de las milicias, ello no quiere decir en absoluto que el resto de integrantes de las clases altas pudieran salir indemnes. A medida que avanzó el verano de 1936, la búsqueda de objetivos ya no se hizo siguiendo los criterios más simples (derechista, militar o aristócrata), sino que abarcó a cualquier individuo de las clases altas que estuviese, o se pudiera sospechar, enfrentado al movimiento obrero. De los centenares de fichas que se elaboraron en la comisión investigadora de la agrupación socialista madrileña –la CIEP–, las denuncias en términos netamente clasistas aparecieron por todas partes:

Arturo Gamonal. – Paseo de La Castellana 24. Terrateniente de Plasencia (Cáceres) cuyo dinero, lo mismo que Joaquín Alcalde, siempre lo puso al

⁷³⁵ Por ejemplo, en el asesinato del conde de los Moriles estuvo involucrado su mecánico. Entrevista a José Sáinz de la Cuesta, 8 de enero de 2013.

⁷³⁶ AGA, *Gobernación, Dirección General de Seguridad*, caja 9189, expediente 94733.

⁷³⁷ Julius RUIZ: *El terror rojo*..., p. 282.

⁷³⁸ AHN, *FC-Causa General*, legajo 1527, ramo separado nº4: Declaración de Ramón Torrecilla Guijarro (f. 16v), citado en Javier CERVERA: *Violencia política y acción clandestina: La retaguardia de Madrid en guerra (1936-1939)*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1996, vol. II, p. 785.

⁷³⁹ La cifra de bajas está tomada de un artículo, con carácter extremadamente tendencioso, de Alfonso BULLÓN DE MENDOZA: “Aristócratas muertos...”

servicio del Fascio. Ambos siempre fueron influyentes de los Gobernadores, pudiendo explotar a la clase trabajadora cuanto quisieron.

[...]

Meneses y Puertas (Agustín) – Conde de Xiquena 27. Informe: Actualmente se encuentra en San Sebastián. Destacado derechista de los malos. Dueño de la Platería Meneses. En la huelga de Octubre hizo una campaña infame en contra de sus obreros. Durante las elecciones impuso como condición a los obreros esquiroleros que tenía en su casa, que si no votaban a las derechas los despediría del trabajo.

[...]

Manuel Soto Redondo – Fortuny 37. Fascistas y amigo de Juan March

[...]

Jose Casado – Plaza del Duque de Alba, 1 [...] Administrador del exduque del Infantado y muy amigo de Calvo Sotelo⁷⁴⁰.

Al mismo tiempo aparecieron otras formas de violencia colectiva contra los grupos dominantes que en muchas ocasiones revistieron un carácter anónimo. La imposición de multas, la incautación de dinero y objetos de valor durante los registros en domicilios o la apertura de las cajas de caudales en los bancos muchas veces fue un castigo aplicado a familias que se suponía simpatizaban con los rebeldes, pero en otros casos representaba una expropiación de la riqueza *burguesa* para financiar el esfuerzo de guerra⁷⁴¹. En esta tesitura, las familias acomodadas de Madrid, fuesen de condición aristocrática o no, sólo pudieron esconderse en una embajada o en otra residencia para intentar más tarde huir de la capital en cuanto lo permitieran las circunstancias. Su vuelta al poder dependió por completo del triunfo de los militares sublevados.

El esfuerzo por la contrarrevolución

En 1936, la progresiva derechización de las clases altas y, en particular, el compromiso de buena parte de la sociedad aristocrática con los planes conspiratorios, sirvieron como un soporte tácito para el pronunciamiento militar. Tras el golpe y al calor de la revolución social que se desarrolló en el campo republicano, los grupos dominantes pasaron a dar un apoyo incondicional a los sublevados. En este contexto,

⁷⁴⁰ CDMH, *PS-Madrid*, caja 97.

⁷⁴¹ La expropiación de efectivo y alhajas en los bancos siguieron generalmente criterios políticos. Por ejemplo, AHN, *FC-Causa General*, caja 1556, expediente 18 (Banco Mercantil) y expediente 24 (Banco Urquijo). En cambio, en los registros de domicilios las milicias solían hacer acopio de enseres (vajillas, sábanas, comida, etc.) de las familias de posición acomodada, sin distinguir sobre su posición política. Véanse como ejemplos, los registros practicados en Príncipe de Vergara 7 y 22. AHN, *FC-Causa General*, caja 1354, expediente 3, folios. 152-170.

frente a aquellos que como el conde de Güell, titubeaban o querían incluso adoptar una posición de neutralidad, la actitud preponderante fue la que explícitamente defendió el duque de Alba: “Le monde, m’a-t-il dit, s’était divisé entre Blancs et Rouges, il nous faut faire notre choix”⁷⁴². Las clases altas eran perfectamente conscientes que su destino, individual y colectivamente, estaba en juego y que no podían escatimar esfuerzos en alcanzar la victoria. La guerra, aunque se libraba bajo la perspectiva y objetivos marcados por los militares, contó con un apoyo decidido de los terratenientes, financieros, industriales y rentistas de Madrid. Al final, éstos no se limitaron a ser “meros compañeros de viaje” de los militares, pues organizaron una parte del esfuerzo que terminó siendo una pieza clave para asegurar la victoria⁷⁴³.

La contribución de las clases altas se hizo sentir en muy diversos ámbitos. En las operaciones estrictamente militares, no faltaron casos de personas que abandonaron la dirección de los negocios o los placeres de la vida aristocrática, para pasar a luchar en el frente. José Luis de Oriol, gran accionista de Hidroeléctrica y una de las principales figuras del carlismo, estuvo durante el primer año de guerra al frente de un tercio de requetés⁷⁴⁴. En Madrid, los hijos del conde de Gamazo y Carlos Miralles fueron los responsables de reunir a los jóvenes aristócratas de Renovación Española que formaron una columna que defendió el paso de Somosierra⁷⁴⁵. Posteriormente, a medida que avanzó la guerra, se produjo un proceso de alistamiento en masa del que participaron de forma entusiasta las generaciones más jóvenes de la clase dominante. El duque de Fernán Núñez, que abandonó París, se incorporó como teniente de complemento y murió en el frente de Madrid, se convirtió rápidamente en un símbolo del espíritu combativo de la aristocracia⁷⁴⁶.

A pesar de estos casos, resulta evidente que la principal contribución de las clases altas no fue en el frente de guerra, sino en la retaguardia, apuntalando las bases de

⁷⁴² “El mundo, me dijo él, se divide entre Blancos y Rojos, solo falta elegir nuestra opción”. Conde de GÜELL: *Journal d’un expatrié catalán, 1936-1945*, Monaco, Éditions du Rocher, 1946, p. 24. Para una perspectiva más completa del ideario del Duque de ALBA: “Foreword”, en William FOSS y Cecil GERAHTY: *The Spanish arena*, Londres, Gifford, 1938, pp. 7-9.

⁷⁴³ La expresión de “compañeros de viaje” proviene de Mercedes CABRERA y Fernando del Rey: “El cerco a los empresarios. La guerra civil española y sus costes”, en Enrique FUENTES QUINTANA y Francisco COMÍN (coords.): *Economía y economistas...*, vol. II, p. 335.

⁷⁴⁴ AHN, *FC-Ministerio del Interior*, Serie H, expediente 417, fol. 64.

⁷⁴⁵ Archivo Gamazo, *Actuación de Germán Gamazo Arnús durante el Alzamiento Nacional y su preparación*, [s.f.].

⁷⁴⁶ Ya he citado su carta de despedida en el capítulo sexto. Una breve reseña de su trayectoria vital, en Marqués de SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS: *Héroes y mártires de...*, pp. 240-243.

un régimen que se estaba construyendo sobre la marcha. Entre los problemas más agudos que confrontó el incipiente Estado franquista estaba su débil posición financiera, causada principalmente por la carencia de reservas de oro⁷⁴⁷. Este déficit pudo ser parcialmente abordado de dos maneras. Por una parte, a nivel interno hubo una campaña sistemática de donación de dinero, valores y metales preciosos que, en su gran mayoría, provino de los grupos acomodados⁷⁴⁸. Además, conviene recordar que dentro de este esfuerzo de financiación, las grandes fortunas en Madrid y otras ciudades aportaron el grueso de las acciones y bonos denominados en moneda extranjera, un tipo de activo que fue clave para la obtención de créditos a nivel internacional.

Contando con estos recursos, los principales financieros españoles se establecieron en distintas plazas europeas para hacer el mejor uso de los contactos que gozaban y, de paso, minar la posición de la República. Dentro de esta red, la figura más relevante fue sin duda la de Juan March, que gestionó la concesión de créditos decisivos para la puesta en marcha del golpe y posterior desarrollo de la guerra⁷⁴⁹. Menos conocida fue la labor de Andrés Moreno, director general del Hispano Americano que, instalado entre París y Londres, debió desempeñar también un papel relevante gracias a los contactos y la reputación que conservaba de su época como directivo del Midland Bank⁷⁵⁰. Dentro del mismo banco, el marqués de Aledo quedó destinado a organizar la financiación en Estoril⁷⁵¹. Mientras, el Banco Urquijo hizo su particular contribución enviando a Valentín Ruiz Senén a París, donde aprovechó su condición de consejero del Banco del Estado de Marruecos para convencer al Banco de Francia de que cortara relaciones con el Banco de España en Madrid y reconociera a las sucursales franquistas⁷⁵². Por último, entre los consejeros de Banesto, existen también referencias

⁷⁴⁷ José Ángel SÁNCHEZ ASIAÍN: *La financiación de la guerra civil español. Una aproximación histórica*, Barcelona, Crítica, 2012, pp. 378-392.

⁷⁴⁸ Michael SEIDMAN: *La victoria nacional. La eficacia contrarrevolucionaria en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza Editorial, 2012, pp. 150-156.

⁷⁴⁹ Mercedes CABRERA: *Juan March...*, pp. 289-311.

⁷⁵⁰ Una perspectiva general de sus operaciones en Cartas de Andrés Moreno al marqués de Aledo. 8 de octubre y 16 de octubre de 1936. SNAHN, *Aledo*, C. 736. Como nota adicional, cabe recordar que el Midland entorpeció la compra de armas de la República, un hecho que podría atribuirse a la influencia de Moreno. Ángel VIÑAS: “Una carrera diplomática y un ministerio de Estado desconocidos”, en ÍD. (dir.): *Al servicio de la República. Diplomáticos y guerra civil*, Madrid, Marcial Pons y Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, 2010, p. 380.

⁷⁵¹ Eugenio TORRES: “Los empresarios: entre la revolución y la colaboración”, en Elena MARTÍNEZ RUIZ y Pablo MARTÍN ACEÑA (coords.): *La economía de la Guerra Civil*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 431-460.

⁷⁵² Véase el Informe de Valentín Ruiz Senén, 31 de mayo de 1937. AHBE, *Secretaría*, legajo 2126, caja II.

puntuales de que el conde de Gamazo fue “comisionado para recaudar fondos en el extranjero”⁷⁵³.

Las relaciones exteriores fueron el otro ámbito en el que la clase dominante pudo hacer una contribución decisiva para la victoria franquista. Durante los primeros meses de la guerra hubo una multitud de diplomáticos que abandonaron a la República para engrosar las filas franquistas, un proceso que se explica por la ideología monárquica y la condición acomodada de muchos de sus integrantes⁷⁵⁴. De forma paralela, el nuevo régimen pudo valerse de nuevos y entusiastas voluntarios. En las más altas esferas, el duque de Alba, que nunca había desarrollado una carrera diplomática, fue designado como embajador en Londres debido no sólo a su gran conocimiento de la sociedad y la cultura inglesas, sino especialmente por las buenas relaciones que mantenía con el *establishment*⁷⁵⁵. El duque de Terranova, que había cesado su actividad diplomática hacía casi una década, se reincorporó al servicio en 1936 y fue uno de los encargados de las relaciones con la Santa Sede⁷⁵⁶. Descendiendo a niveles inferiores se descubren casos igual de relevantes que merecerían estudios particulares. En Francia, el servicio de espionaje franquista –el SIPM– estuvo dirigido por Carlos Sobrino Álvarez, que hasta entonces había sido uno de los grandes comerciantes de carbón en Madrid⁷⁵⁷. Finalmente, las tareas de propaganda hacia el exterior, como ensalzar las virtudes del bando nacional o denunciar los crímenes de los rojos, quedaron al cargo de aquellas familias de la alta sociedad que, por su condición social, gozaban de amplios contactos con sus homólogas extranjeras⁷⁵⁸.

⁷⁵³ AGA, *Gobernación, Dirección General de Seguridad*, caja 9079, expediente 94733, y Hugo GARCÍA FERNÁNDEZ: *Mentiras necesarias. La batalla por la opinión británica durante la Guerra Civil*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, p. 62.

⁷⁵⁴ Además de Ángel VIÑAS: “Una carrera diplomática...”, véase la clasificación social e ideológica que, desde la perspectiva republicana, se hizo del personal diplomático, en CDMH, *PS-Madrid*, C. 304.

⁷⁵⁵ Juan AVILÉS FARRÉ: “Un Alba en Londres. La misión diplomática del XVII duque (1937-1945)”, *Historia contemporánea*, 15 (1996), pp. 163-178.

⁷⁵⁶ Roberto MAZZA: “Introduction”, en Conde de BALLOBAR: *Jerusalem in World War I. The Palestine diary of a European Diplomat*, Londres y Nueva York, I.B. Tauris, 2011, p. 12.

⁷⁵⁷ Conclusión que se deduce del proceso judicial abierto a Gonzalo Figueroa y O’Neill. CDMH, *Tribunal Nacional de Responsabilidades Políticas*, exp. 42/2740. Hasta el momento, la búsqueda del expediente personal de Carlos Sobrino Álvarez en el Archivo General Militar de Ávila ha sido infructuosa.

⁷⁵⁸ Véase, como ejemplo, el material incautado en la frontera francesa a Alfonso Escrivá de Romani y Sentmenat, conde de Alcubierre. ANF, *Série F-7*, caja 14722. Más detalles sobre la labor de propaganda y la participación de figuras relevantes de las clases altas de Madrid, en Hugo GARCÍA FERNÁNDEZ: *Mentiras necesarias...*, pp. 68-69.

En conclusión, puede decirse que la perspectiva clásica de la Guerra Civil como una guerra de clases sigue siendo válida⁷⁵⁹. Si bien el conflicto incluyó otras líneas divisorias (relaciones con la Iglesia, conflicto entre el nacionalismo español y periférico, etc.), el enfrentamiento entre clases fue una variable clave tanto en la motivación de los combatientes y de la retaguardia, en la movilización efectiva de recursos económicos como, por encima de todo, en la definición del enemigo en términos propagandísticos. Por estas condiciones, la victoria de Franco necesariamente anunciaba un nuevo equilibrio entre las clases, que afectó no sólo a la clase trabajadora, sino también a los grupos dominantes.

Una nueva España

La victoria franquista en 1939 fue recibida efusivamente por las clases altas. Tras tres años de lucha en los que habían sufrido un considerable número de bajas, en los que tuvieron que realizar donaciones extraordinarias al esfuerzo de guerra y en los que reinó la incertidumbre, habían ganado la guerra⁷⁶⁰. La victoria trajo además una serie de recompensas adicional. La República había sido derrotada, por lo que el núcleo de su política social (jurados mixtos y reforma agraria) fue abolida de un golpe. Asimismo, la fuerte presencia del Ejército en la vida social y el auge de FET-JONS como una organización de masas con aspiraciones totalitarias, permitieron desarrollar una contrarrevolución social. En el medio rural, la recuperación de las propiedades sujetas a la reforma agraria fue acompañada de la apropiación ilegal de tierras, aperos y frutos por parte de los grandes propietarios⁷⁶¹. Mientras, en las ciudades, se produjo una depuración masiva contra los trabajadores vinculados a los sindicatos, se prohibió el derecho a huelga y se negó el principio de negociación entre las partes en favor de la autoridad del Estado⁷⁶². Las políticas represivas provocaron no sólo la desarticulación del movimiento obrero, sino también un retroceso en las condiciones de vida de toda la clase trabajadora. Tras la guerra, los salarios reales se situaron de media en un 50 por cien del nivel de 1936 y tardaron dos décadas en recuperar su poder adquisitivo⁷⁶³.

⁷⁵⁹ Julián CASANOVA: "Guerra Civil, ¿lucha de clases?: el difícil ejercicio de reconstruir el pasado", *Historia social*, 20 (1994), p. 148.

⁷⁶⁰ Frase que proviene de la Barcelona de posguerra, pero que podría ser igualmente utilizada para Madrid. Esther TUSQUETS: *Habíamos ganado la guerra*, Barcelona, Bruguera, 2007.

⁷⁶¹ Carlos BARCIELA: "Los costes del franquismo en el sector agrario..."

⁷⁶² José BABIANO: *Emigrantes, cronómetros y huelgas...*

⁷⁶³ Carme MOLINERO y Pere YSÀS: *Patria, justicia y pan: nivell de vida i condicions de treball a Catalunya, 1939-1959*, Barcelona, Magrana, 1985.

No obstante, sería equivocado equiparar el sentido de esta contrarrevolución con la vuelta a la situación anterior a la II República. El liberalismo había muerto políticamente, pero también como modelo económico y social. En la búsqueda de nuevos referentes, Falange Española se erigió como la voz dominante, preconizando una revolución nacional que removiera los males de España. En términos sociales, su fundador, José Antonio Primo de Rivera, había insistido en la necesidad de erradicar el capitalismo, un concepto con el que no quería censurar la propiedad privada o a los empresarios, sino la apropiación de riqueza por grupos que no cumplían ninguna función productiva. La descripción que hizo de estos parásitos y rentistas recogió, de una forma distorsionada, los tópicos y críticas que desde las izquierdas se habían realizado tradicionalmente contra las clases altas.

En el medio rural, José Antonio señaló como principal enemigo el “capitalismo rural”, un término con el que identificaba a “ciertas personas que no saben tal vez dónde están sus fincas, que no entienden nada de su labranza [y que] tienen derecho a cobrar una cierta renta a los que están en esas fincas y las cultivan”. Pero para José Antonio era en el ámbito urbano donde se encontraba el núcleo del problema: el dominio del capital financiero, “un negocio particular de unos cuantos privilegiados”, y del capitalismo industrial, que bajo la forma de sociedades anónimas, había servido de ascenso para quienes formaban “Consejos de Administración lujosos”. Dentro de los 26 puntos del Nuevo Estado existían medidas explícitamente dirigidas contra estos grupos. El punto catorce, que abogaba por la nacionalización de la banca, era la medida más temida, pero también debe leerse desde una perspectiva anti-rentista el punto 16 que imponía “el deber de trabajar. El Estado Nacionalsindicalista no tributará la menor consideración a los que no cumplen función alguna y aspiran a vivir como convidados a costa del esfuerzo de los demás”⁷⁶⁴.

A pesar de la importancia de Falange, el nuevo Estado no se construyó exclusivamente ni sobre su ideario ni sobre su estructura partidaria, pues fue el propio Franco quién asumió el liderazgo político. Durante sus casi cuarenta años como dictador, Franco no fue especialmente preciso sobre su proyecto social y económico, si bien agitó de forma rutinaria los mismos tópicos contra el capitalismo, situándolo como

⁷⁶⁴ José Antonio PRIMO DE RIVERA: “Misión reservada a España”, en ÍD.: *Revolución Nacional. Puntos de Falange*, textos seleccionados y anotados por Agustín del Río Cisneros, s.l. [Madrid], Ediciones Prensa del Movimiento, 1949 [1935], pp. 231-232.

sinónimo del individualismo liberal⁷⁶⁵. En privado, sí parece que el dictador también comulgó con una imagen negativa de las clases altas que vivían en grandes ciudades como Madrid. En sus conversaciones con el cardenal Isidro Gomá, Franco le hizo partícipe de una visión que situaba el capitalismo financiero e industrial como una de las posibles causas de la guerra:

*De la desigualdad en la distribución de la riqueza como elemento que podía haber dado ocasión a la guerra, me dice [el Generalísimo] que no son precisamente los grandes terratenientes los que habían causado el desequilibrio, si se exceptúan algunas regiones del sur de España, sino los grandes industriales y las anónimas*⁷⁶⁶.

Asimismo, conviene enfatizar que Franco, al participar del mito del campo como antítesis de los vicios urbanos y modernos, no necesariamente estuvo en buena sintonía con las familias terratenientes de Madrid. Al contrario, él simpatizó igualmente con la imagen de la aristocracia como un grupo parasitario, ocioso y de dudosa moralidad. En sus conversaciones con su primo, el general Franco Salgado-Araujo, el dictador lo expresó de forma clarividente:

*Se volvió a meter con los grandes de España y dijo: «Don Alfonso XIII iba al Tiro de Pichón alternando casi siempre con muchos de estos parásitos, que nada hacían por el prestigio del monarca, al contrario, ya que le incitaban a entregarse a juegos prohibidos»*⁷⁶⁷.

Pero más allá de los discursos y conversaciones en privado, ¿hasta qué punto se trasladaron estos ideales en las relaciones del Estado con las clases altas? Tradicionalmente el debate historiográfico ha girado en torno a si hubo un cambio sustancial en las relaciones entre el poder político y económico. Mercedes Cabrera, Fernando del Rey o Gómez de Mendoza han insistido que el régimen franquista se impuso sobre los empresarios⁷⁶⁸. Otros historiadores han apuntado en cambio que las élites económicas pudieron utilizar la acción del Estado en provecho propio⁷⁶⁹.

⁷⁶⁵ Eugenio TORRES: “Capitalismo”, en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan Francisco FUENTES: *Diccionario político*..., pp. 167-175.

⁷⁶⁶ José ANDRÉS-GALLEGÓ y Antón M. PAZOS: *Archivo Gomá: documentos de la Guerra Civil*, vol. VI, Madrid, CSIC, 2004, p. 219, citado en Ricardo ROBLEDO: “Los males del latifundismo. La hora de la reforma agraria”, en Ángel VIÑAS (ed.): *En el combate por la historia. La República, la guerra civil, el franquismo*, Barcelona, Pasado y Presente, 2012, pp. 101-121.

⁷⁶⁷ Francisco FRANCO SALGADO-ARAUJO: *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, Planeta, 2005 [1976], pp. 68-70; citado en Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS: “Aristocracia...”, p. 128.

⁷⁶⁸ Mercedes CABRERA y Fernando del REY: *El poder de los empresarios*...

⁷⁶⁹ Carme MOLINERO y Pere YSÀS: *Els industrials catalans*...

Por mi parte, como he intentado mostrar a lo largo del primer bloque, creo que puede llegarse a una síntesis tomando elementos de ambas interpretaciones. En un sentido, existen múltiples evidencias de que la política económica del franquismo distó de satisfacer siempre los intereses de la clase alta, especialmente si tenemos en cuenta que operó bajo el principio de reformar o liquidar a aquellos grupos identificados como rentistas (propietarios urbanos, terratenientes absentistas, etc.). Por otra parte, fuese de forma voluntaria para premiar a sus adeptos, o como simple efecto colateral, también es indudable que esta política de tintes intervencionistas creó una serie de beneficios entre las clases altas, por lo que no puede hablarse de un enfrentamiento permanente entre el régimen y la clase dominante. El problema que parece esquivarse en estos debates, pero que tiene una igual importancia, es tratar si en términos políticos hubo un cambio en la fisonomía o en la conducta de las clases altas por efecto de un régimen que, por momentos, coqueteó con el fascismo.

Los retos del primer franquismo

La depuración de la clase

Un claro signo del nuevo marco de relaciones que inauguró el franquismo en relación a la clase dominante puede verse en la actitud que tomó el régimen al acabar la guerra. El nuevo Estado, con la firme voluntad de depurar las instituciones y castigar a sus enemigos, creó los tristemente célebres Tribunales de Responsabilidades Políticas y Tribunal de Represión de la Masonería y el Comunismo. En principio ambos tribunales no parecían tratar asuntos que concernieran a las clases altas de Madrid, pues eran contados los casos de individuos que en algún momento hubiesen colaborado con el bando republicano. Entre estas excepciones se encontraba el marqués de Vinent, un figura singular que había coqueteado con el anarcosindicalismo, o Gonzalo Figueroa y O'Neill –sobrino de Romanones– que había sido elegido diputado en 1931 dentro de una candidatura republicana⁷⁷⁰.

La preocupación entre los grupos dominantes debió de ser mayor al crearse el Juzgado Especial Militar de actuación de la Banca Privada. Este tribunal, que apenas

⁷⁷⁰ El marqués de Vinent murió en la cárcel al poco de terminar la guerra. María del Carmen ALFONSO GARCÍA: *Antonio de Hoyos y Vinent...*, pp. 50-51. Gonzalo Figueroa y O'Neill, duque de las Torres y marqués de Villamejor, residía en Francia y pudo organizar su defensa argumentado que fue perseguido por las milicias al inicio de la guerra y, tras escapar de Madrid, colaboró con el bando franquista. Su expediente judicial en CDMH, *Tribunal Nacional de Responsabilidades Políticas*, exp. 42/2740.

fue mencionado en la época y tampoco ha sido estudiado posteriormente, debía tener como principal objetivo indagar la posible colaboración de las instituciones financieras con el régimen republicano⁷⁷¹. Los principales afectados por este procedimiento eran aquellos financieros que habían permanecido en Madrid durante la guerra y que, por las propias condiciones del momento, se habían visto obligados a tratar con las autoridades republicanas. Sin embargo, las pesquisas de este juzgado no se limitaron a estos casos, pues también comenzaron a investigar a buena parte de los consejeros de las grandes empresas. El fichero general de la sección político-social del archivo de Salamanca indica que esta búsqueda incluía al núcleo del poder económico en Madrid: los tres hermanos Urquijo, Valentín Ruiz Senén, el marqués de Aledo, Pablo Garnica, el conde de Gamazo, Ildefonso Fierro, el marqués de Manzanedo, el duque de Arión, etc. Los pocos informes conservados evidencian que el objetivo de esta investigación no era otro que determinar la simpatía de estos financieros con los principios del Movimiento e investigar su posible relación con la masonería⁷⁷².

Como cabría esperar, los resultados de esta investigación judicial distaron de ser espectaculares. Los financieros que habían operado bajo dominio republicano pudieron argumentar que su actuación había estado motivada por las difíciles circunstancias del momento y que, ante todo, buscaron preservar los intereses de accionistas y clientes. La mayoría fueron absueltos o recibieron castigos menores, debiendo hacer frente a penas de cárcel sólo en casos excepcionales⁷⁷³. Sobre el resto de las clases altas la acusación naturalmente no podía dar grandes frutos porque no había ningún rastro de colaboración con los republicanos. La inmensa mayoría cabían dentro de la caracterización que se

⁷⁷¹ No he podido localizar el decreto por el que se creaba este juzgado, pero muy posiblemente se asemejara al Juzgado Militar de Funcionarios o a la Comisión de Incorporación Industrial y Mercantil, que se encargaron de depurar respectivamente a funcionarios e industriales. Manuel Álvaro DUEÑAS: *“Por ministerio de la ley y voluntad del Caudillo”*. *La Jurisdicción Especial de responsabilidades Políticas (1939-1945)*, Madrid, CEPC, 2006, pp. 187-190.

⁷⁷² En el fichero general de la sección político-social custodiado en el CDMH se incluyen solamente las fichas de las personas investigadas, pero las carpetas están vacías. En los fondos policiales custodiados en el AHN, existen copias de algunas de las contestaciones que se remetieron a dicho juzgado. Véase como ejemplos, AHN, *FC-Ministerio del Interior*, Serie H, expedientes 417, 589, 53388 y 606069.

⁷⁷³ El proceso judicial en el Banco Central ha sido extensamente tratado por Gabriel TORTELLA y José Luis GARCÍA RUIZ: *Una historia de los Bancos...*, pp. 189-190. Dentro de este marco, posiblemente una de las figuras más perjudicadas fuese Juan Lladó, empleado del Banco Urquijo, que pasó un año en prisión hasta que finalmente el banco gestionó su liberación. Eugenio TORRES y Nuria PUIG: *Banco Urquijo...*

hizo por ejemplo de Luis Urquijo y Ussía, marqués de Amurrio: “persona incondicional de derechas y afecto a la Causa Nacional”⁷⁷⁴.

Aunque la depuración no tuvo grandes repercusiones, ello no anula que fuera un fenómeno político sin precedentes. Ni durante la Restauración ni con la República se había realizado una investigación sistemática sobre las clases altas, a pesar de que las acusaciones de corrupción o de apoyo a conspiraciones podrían haber sido utilizadas como excusa. En cambio, en la inmediata posguerra, parecía que las aspiraciones totalitarias auspiciadas por Falange no iban a detenerse ante la presunta respetabilidad de la clase dominante. Del mismo modo, fue igualmente significativo que no hubiera críticas o resistencias a este proceso de investigación. La única voz ligeramente discordante provino por parte de la Diputación de la Grandeza que, ante las peticiones de “depuración de la Clase”, transmitió a sus integrantes la “honda preocupación” que le producía un asunto tan “enojoso”. Habiendo finalmente aceptado el cometido que se le imponía, la Diputación quiso enfatizar que no seguiría los criterios de Falange:

*Estimando como premisa, que la Diputación sólo tiene la obligación de juzgar de la conducta de la Clase en cuanto al ideal monárquico. Esto por dos razones. Primero porque es lo netamente específico suyo y segundo porque los demás aspectos, masónicos, nacional, político, etc., tienen sus organismos propios encargados de su respectiva misión*⁷⁷⁵.

El consejo de la Diputación finalmente estableció un dictamen que exculpaba a sus miembros de cualquier responsabilidad: “de los varios nombres de Grandes que se nos han sugerido como incursos en posible responsabilidad solo el caso del Duque de las Torres aparece a todas luces claro y público”⁷⁷⁶. Aunque la depuración no trascendió a mayores, se había asentado el principio de que el Estado podía vigilar a las clases altas, abriendo un proceso que, como más adelante señalaré, se mantuvo de forma intermitente durante la siguiente década.

La representación de intereses

De forma paralela al desarrollo de las depuraciones, el franquismo provocó uno de los cambios más trascendentales en la redefinición de las formas de acción colectiva de las clases altas. La aspiración del nuevo Estado por acabar con el conflicto de clases

⁷⁷⁴ AHN, FC-Ministerio del Interior, Serie H, expediente 53388.

⁷⁷⁵ Diputación permanente y Consejo de la Grandeza de España. Memoria correspondiente a 1941-1942, conservado en ACA, Fondo de Don Jacobo, Caja 4.

⁷⁷⁶ *Ibid.* Gonzalo Figueroa y O'Neill era el duque de las Torres y, como he reseñado anteriormente, simpatizó en los primeros años con la República.

dio lugar a la creación de los sindicatos nacionales que, entendidos como un apéndice del Movimiento, agruparon obligatoriamente a trabajadores y patrones. Los efectos que produjo la nueva organización sindical sobre la clase trabajadora han sido ya extensamente tratados, por lo que existe un consenso en señalar que el sindicato vertical quedó rápidamente integrado como una herramienta a favor de la patronal, si bien su capacidad por disciplinar a la fuerza de trabajo ha sido objeto de polémica⁷⁷⁷.

El impacto del sindicato vertical sobre la articulación de intereses de los grupos dominantes sigue siendo una cuestión apenas explorada. En relación a las clases altas de Madrid, es indudable que la creación del sindicato vertical tuvo como principal consecuencia convertir en obsoletos a los anteriores grupos de presión. Aunque el franquismo nunca se molestó en decretar su prohibición, una a una, todas las asociaciones que habían cohesionado a la clase dominante fueron desapareciendo o perdieron su capacidad para articular los intereses colectivos. La Asociación de Agricultores y la Asociación de Propietarios de Fincas Rústicas se disolvieron al poco de terminar la guerra para ser reemplazadas por las Hermandades de Labradores, dependientes del sindicato vertical. La Cámara de la Propiedad Urbana de Madrid siguió en activo pero perdió su autonomía al ser su dirección nombrada por el Estado. A nivel de la industria, las antiguas asociaciones patronales de alcance nacional fueron sustituidas por la nueva organización sindical, en donde se integraron los industriales en sus respectivas ramas. Por último, la única excepción relevante ocurrió en el ámbito financiero, donde continuó operando el Consejo Superior Bancario en representación de los bancos privados.

Estos cambios alteraron el equilibrio de fuerzas entre los grupos dominantes en Madrid y permiten explicar las transformaciones sociales y económicas que, como he tratado en el primer bloque, cambiaron el perfil de la clase alta. Empezando por los rentistas urbanos, resulta indudable que el control que alcanzó el Estado sobre las Cámaras privó al grupo de su forma de organización básica. De forma adicional, debido a su definición como un grupo no productivo, los propietarios urbanos no fueron integrados en el sindicato vertical, por lo que se impidió que articularan nuevas formas de acción colectiva. Esta debilidad política, unido al escaso capital social de sus integrantes, explica su incapacidad por organizar una resistencia efectiva a la

⁷⁷⁷ José BABIANO: “¿Un aparato fundamental para el control de la mano de obra? (Reconsideraciones sobre el sindicato vertical franquista)”, *Historia Social*, 30 (1998), pp. 23-38.

congelación de alquileres y su definitiva desaparición como una élite con un perfil propio.

Entre los grandes terratenientes residentes en Madrid la disolución de las antiguas asociaciones agrarias y su reemplazo por el sindicato vertical tuvo un efecto ambivalente. Por una parte, es indudable que la aristocracia terrateniente, aunque nunca había participado en la primera línea de las desaparecidas asociaciones, se resintió al perder uno de sus apoyos tradicionales. Las nuevas Hermandades, aunque pudieron ser igual de efectivas en la defensa de la gran propiedad, operaron bajo otros parámetros, pues formalmente no reunían a propietarios sino a agricultores. En consecuencia, para que las viejas familias terratenientes pudieran integrarse en ellas debieron organizar de forma exitosa el tránsito a la explotación directa, una condición que estuvo lejos de cumplirse en todos los casos. Por otra parte, como insistí en el capítulo tercero, también hubo beneficiados por esta nueva regulación. Durante la década de 1940, el auge de un nuevo sector de terratenientes se debió fundamentalmente a las posibilidades de maximizar los beneficios de la explotación directa por medio del mercado negro, la compra de tierras o la importación de maquinaria. En estos tres ámbitos, la formación de nuevas redes sociales y el contacto con el aparato del Estado fueron requisitos indispensables. De esta forma, los terratenientes que habían prosperado durante la posguerra pudieron fortalecer su posición política hasta el punto de que determinados organismos, como el Servicio Nacional de Trigo, se convirtieron en un apéndice del *lobby* agrario⁷⁷⁸.

Por último, en el ámbito de los grandes bancos, más que una ruptura, hubo una transición entre las viejas y nuevas formas de acción colectiva. Los financieros, habiendo permanecido cohesionados durante la guerra y contando con la permanencia del Consejo Superior Bancario, pudieron confrontar de forma exitosa sus principales retos. Es cierto que el grupo no pudo hacer frente a la reforma del Banco de España, por lo que los banqueros y financieros perdieron el control sobre esta entidad⁷⁷⁹. Pero al mismo tiempo, la nacionalización de la banca, una consigna clave en el programa de Falange que se mantuvo como un espectro durante primeros años de la posguerra, fue

⁷⁷⁸ Carlos BARCIELA: “El lobby agrario en la España franquista” en Glicerio SÁNCHEZ RECIO y Julio TASCÓN (eds.): *Los empresarios de Franco...*, pp. 111-120.

⁷⁷⁹ Los cambios en el Banco de España son brevemente tratados por Pablo MARTÍN ACEÑA: “Los problemas monetarios al término de la Guerra Civil”, *Hacienda pública española*, 2-Extra (1994), pp. 63-88.

finalmente eludida, posiblemente, porque se llegó a un acuerdo tácito con las autoridades para que nunca se implantara. En este sentido resulta significativo que en 1945, durante una reunión del consejo del Banco Hispano Americano, cuando el peligro de nacionalización fue agitado por uno de los mayores accionistas, José Lázaro Galdiano, el director general, Andrés Moreno, le hizo ver que el peligro estaba más alejado de lo que parecía. Moreno “estimaba no era éste el momento oportuno para entrar a tratar a fondo las varias soluciones o fórmulas protectoras de los intereses de los accionistas” y añadió que “él personalmente era optimista en relación con el asunto que se debatía”⁷⁸⁰. A pesar de haber superado ese peligro, los bancos tuvieron que actuar bajo la dictadura como un grupo informal, concentrando sus esfuerzos en llegar a acuerdos que limitaran la competencia entre sí dentro del nuevo marco de actuación⁷⁸¹. Esta solución, si bien no consiguió recuperar la prosperidad de los años veinte, sí permitió a los bancos permanecer como un grupo cohesionado durante el resto de la dictadura.

Más allá de la articulación de intereses económicos, las familias que formaban las clases altas de Madrid también contaban con un largo historial de participación en política, bien como forma de prolongar sus redes de intereses o simplemente por compromiso con unos ideales. ¿Qué ocurrió durante el franquismo? ¿Cómo pudieron ubicarse estas familias dentro del nuevo universo franquista dominado por falangistas, tradicionalistas y católicos? En líneas generales, la adaptación a la dictadura distó de ser fácil ni automática y la separación con respecto a la política de primera línea fue aún más acusada que en épocas anteriores. Si bien la afiliación a FET-JONS pudo darse en varios casos, no hubo ningún intento por desarrollar una carrera dentro de las estructuras del Movimiento.

En cuanto a la política nacional, las distancias fueron mayores. Las Cortes franquistas, un órgano carente de funciones legislativas, pero que reflejaba los equilibrios internos entre las fuerzas del régimen, contaron en su primera época con diversas personalidades de las familias más distinguidas de la capital: los duques de Alba, Arión e Infantado, Pablo Garnica o el conde de Romanones. Como grupo, su posición no debía tanto a su fortaleza política, como a la voluntad del régimen por tributar honores a la par que demostrar una cierta pluralidad. En términos políticos,

⁷⁸⁰ Gabriel TORTELLA y José Luis GARCÍA RUIZ: *Una historia de los bancos...*, p. 217.

⁷⁸¹ José Luis GARCÍA RUIZ: “Los arreglos interbancarios durante el Franquismo....”

estos procuradores no dejaron ninguna huella más allá del manifiesto monárquico de 1943 que más adelante trataré, por lo que finalmente se vieron avocados a desaparecer en las siguientes Cortes. En adelante, el único sector de las clases altas de Madrid que tuvo una representación permanente como portavoz de los intereses corporativos fue el de aquellos que habían hecho fortuna durante los primeros años del régimen y que estaban plenamente identificados con sus postulados políticos. Demetrio Carceller, Dionisio Martín Sanz o Juan Abelló fueron los casos más significativos.

La aristocracia y las fuerzas monárquicas

El estudio de la participación política de los grupos de poder económico permite concluir que durante el primer franquismo se mantuvo una cierto alejamiento entre el régimen y las viejas familias de la clase dominante. La pregunta clave radica en determinar si estas distancias fueron un producto exclusivo de la voluntad del régimen o también respondieron a un genuino desencanto por parte de estos sectores. Esta última interpretación no sería tan sorprendente, pues en esencia no era más que la continuación del vínculo histórico que había existido entre la alta sociedad y la monarquía. A principios de la década de 1940, con Franco en el poder y con Falange como fuerza preponderante, la vuelta del rey era una perspectiva igual de alejada que bajo la II República. Parecía entonces obligado que los monárquicos comenzaran de nuevo a hacer oír su voz y que la aristocracia fuera una de las principales promotoras de este estado de opinión. Lo relevante para esta investigación no es trazar la historia de las fuerzas monárquicas, algo que necesariamente tendrá que abordar la historiografía en algún momento, sino determinar el significado que tuvo dicha opción política para la alta sociedad como forma de defender su estatus y valores en un periodo de crisis y adaptación⁷⁸².

Al igual que bajo la II República, la ligazón entre la esencia aristocrática y la institución monárquica fue una idea repetida en multitud de ocasiones. El discurso del duque de Alba, que cité en el capítulo quinto, en el que se defendía el sentido tradicional de la aristocracia, era una muestra de esta línea de pensamiento. En la perspectiva del

⁷⁸² Los relatos más conocidos sobre los monárquicos son los de Javier TUSELL: *La oposición democrática al franquismo*, Barcelona, Planeta, 1977; y Luis María ANSÓN: *Don Juan*, Barcelona, Plaza y Janés, 2003. Como podrá ver el lector, mi interpretación difiere sustancialmente de la que proporcionan ambos autores, pues ellos mantienen una visión muy personalista y presentista de la política, por lo que atribuyen de forma un tanto optimista un espíritu democratizador a las fuerzas monárquicas. También es de interés Donato BARBA: *La oposición durante el franquismo. I. La democracia cristiana 1936-1977*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2001, pp. 36-68.

duque “toda nuestra manera de ser, toda nuestra historia, están consolidadas con ella [la Monarquía], por considerarla consustancial con el bien permanente de España”⁷⁸³. El vínculo con la Corona fue más allá de la simple retórica pues, como grupo de estatus, era evidente que la aristocracia sólo tenía razón de ser bajo un régimen monárquico. No sólo era el rey quién otorgaba y legitimaba el uso de títulos nobiliarios, sino que como actor social, la familia real había sido tradicionalmente un referente imprescindible de la vida mundana.

En cambio, bajo el franquismo, la aristocracia corría el riesgo de diluirse en los términos que denunciaba el duque de Alba: “No estamos de moda. Se nos considera una antigualla, cuando no objeto de mofa o de risa”⁷⁸⁴. La instauración del nuevo régimen fue acompañada de un sustancial repliegue de la alta sociedad que he tratado anteriormente, pero el franquismo también dio muestras de que rechazaba la lógica del poder social que buscaba seguir la aristocracia. La prueba más palpable de este enfrentamiento se expresó en el procedimiento por el que la dictadura restauró legalmente el uso de títulos nobiliarios en 1948. Es cierto que el régimen aceptó, con cierto retraso dicho sea de paso, que los títulos fuesen de nuevo reconocidos, pero lo hizo rechazando que pudiera existir una autoridad superior a la de Franco. En la búsqueda de una nueva fórmula, Antonio Goicoechea —el antiguo jefe de Renovación Española, cooptado ya dentro del régimen— realizó un brillante ejercicio de malabarismo ideológico al establecer que la concesión de títulos nobiliarios no era una prerrogativa de los reyes, sino del jefe del Estado en representación del pueblo español⁷⁸⁵. La nobleza naturalmente no aceptó este principio, por lo que de forma paralela a los cauces oficiales, la Diputación de la Grandeza mantuvo la formalidad de solicitar al rey la aprobación de todas las sucesiones de títulos⁷⁸⁶.

Más allá de las referencias simbólicas, la aristocracia también veía en la monarquía su salvaguarda política. Como he insistido anteriormente, tras vencer en la guerra, el franquismo fue instaurado con la aspiración de renovar España y extirpar los

⁷⁸³ Duque de ALBA: *Discurso pronunciado por el Excmo. Señor Duque de Alba...*, p. 10.

⁷⁸⁴ *Ibid.*, p. 8.

⁷⁸⁵ Además del preámbulo de la Ley de 4 de mayo de 1948, véase el discurso de Antonio GOICOECHEA: *Discurso pronunciado por el Excmo. Señor Don Antonio Goicoechea y Cosculluela ante las Cortes Españolas de 24 de Abril de 1948, sobre el Proyecto de Ley para el restablecimiento de la legalidad vigente con anterioridad al 14 de abril de 1931 en las Grandezas de España y Títulos del Reino*, Madrid, Gráficas Reunidas, 1948.

⁷⁸⁶ Las quejas de la nobleza ante la nueva ley de títulos pueden rastrearse en el ACA, *Fondo de Don Jacobo*, cajas 4 y 13. El criterio definitivo fue establecido en *Diputación permanente y Consejo de la Grandeza de España. Memoria correspondiente a 1949*.

males que habían atenazado a la nación. El espíritu crítico hacia las viejas clases altas estuvo muy presente en los primeros años de posguerra, pero también se mantuvo de forma intermitente en el discurso político del régimen durante el resto de la década de 1940. Estas críticas fueron progresivamente dirigidas al sector de la aristocracia que reunía la doble condición de ser un grupo improductivo y que conspiraba a espaldas del régimen⁷⁸⁷, una descripción que se utilizó tanto como arma discursiva pero también en términos prácticos. A la “depuración de la Clase” de 1940, se añadieron las denuncias en los periódicos falangistas o incluso el arresto por arrancar carteles anti-monárquicos y celebrar reuniones, como padecieron la condesa de Campo Alange o el marqués de Aledo⁷⁸⁸. La aristocracia ya no gozaba de un estatus intocable y frente a ello parece que se optó por una actitud que, de forma prudente, buscaba cohesionar a sus integrantes. Una breve nota en las actas del Consejo de la Diputación revelaba que:

*En cuanto al encargo dado por S.A. el Infante D. Alfonso de Orleans en carta dirigida al Sr. Duque de Montellano fecha 8 de julio de 1945 sobre la actitud a seguir por los Miembros de la Nobleza respecto a Franco y Falange, se acuerda hacerlo llegar a los componentes de la Clase verbalmente y no por escrito por parecer así más conveniente dadas las actuales circunstancias*⁷⁸⁹.

De forma paralela, la aristocracia comenzó a perfilar nuevos proyectos que buscaban la restauración del viejo orden conservador. Estos bocetos utópicos oscilaron entre la defensa del conservadurismo liberal y la apuesta por una solución corporativa y autoritaria como forma de volver a una política esencialmente elitista, que incluía la defensa del parlamentarismo, el rechazo de la democracia y el apoyo al organicismo social. El *Proyecto de un régimen liberal corporativo*, ideado en 1943 por el conde de Campo Alange, posiblemente fuese el borrador más innovador de un futuro régimen monárquico en el que convivirían el sufragio universal indirecto y la representación corporativa del capital, la técnica y el trabajo⁷⁹⁰. Más simple, pero también más apegado al juego de influencias a nivel internacional, fue un escrito anónimo de 1944 en el que

⁷⁸⁷ Las críticas son innumerables, pero un buen ejemplo puede verse en CANTACLARO: “Penalidad justa para los monárquicos”, *Zona 1ª. Boletín de orientación y consignas de la Jefatura*, 57 (1948), cuya copia se conserva en el ACA, *Fondo de Don Jacobo*, caja 4.

⁷⁸⁸ María CAMPO ALANGE: *Mi atardecer entre...*, pp. 50-53. Sobre la detención de Aledo, sólo existe una referencia en un panfleto monárquico: *Noticias del momento*, 3 de mayo de 1948. Una copia se conserva en la AFM, *fondo Gabriel Maura*, caja 121/5.

⁷⁸⁹ *Acta de la sesión ordinaria celebrada por el Consejo de la Diputación de la Grandeza de España en Madrid a 8 de enero de 1946*, ACA, *Fondo de Don Jacobo*, caja 4.

⁷⁹⁰ Conde de CAMPO ALANGE: *Proyecto de un régimen liberal corporativo*, 1943, ejemplar mecanografiado conservado en ACA, *Fondo de Don Jacobo*, caja 13. En líneas muy similares se expresó en fechas posteriores el Vizconde de EZA: *La representación del país*, Madrid, C. Bermejo, 1945.

se establecían las siguiente líneas básicas: restaurar la Constitución de 1876, formar un ejecutivo de “hombres de gobierno, rígidos en mantener el orden social” y dictar una:

*Ley electoral [que] no podrá basarse en la fórmula simplista de UN HOMBRE UN VOTO porque es una fórmula que conduce al predominio de las masas ignorantes y apasionadas. Debe establecerse el VOTO CUALITATIVO según sus títulos facultativos y su capacidad contributiva*⁷⁹¹.

La aristocracia veía también en la monarquía un horizonte ideal que restauraría el orden económico y social que la dictadura había roto. Un escrito de 1949 demostraba que los monárquicos habían apostado por realizar una crítica de Franco desde posiciones derechistas y conservadoras. El franquismo era censurado por fomentar el secuestro de la clase media por parte de “ese monstruoso monopolio sindical”, por ahogar la iniciativa privada en la industria y la banca, por subir los impuestos, aumentar la deuda pública y provocar la inflación. Ni en el fondo, ni en la forma, era una crítica que tuviera en cuenta a las clases subalternas, pues simplemente buscaba denunciar las élites y valores promovidos por “un megalómano régimen franquista de advenedizos y nuevos ricos, carentes del concepto del verdadero «señorío», de la genuina calidad del caballero y señor”⁷⁹². En cambio, la monarquía era imaginada como una institución alejada del conflicto de clases que podía eliminar “las suspicacias y privilegios que, todavía hoy, dividen a los españoles en castas o en bandos antagónicos”⁷⁹³.

Las familias aristocráticas, más allá del espíritu disconforme que expresaron en discursos de escasa difusión, no mostraron ninguna voluntad por organizar una oposición sistemática al franquismo. Por muy hirientes que pudiesen ser determinados rasgos del régimen, no había un peligro tan inminente como el que había representado la amenaza de expropiación o el avance de las fuerzas obreras bajo la II República. Por otra parte, la aristocracia estaba perdiendo los rasgos esenciales que la cohesionaban y, por tanto, era más difícil establecer un criterio político en común. En términos económicos, el declive del rentismo y las nuevas oportunidades de enriquecimiento permitieron la integración de unos y el declive de otros. Igualmente, en términos sociales y culturales, la aristocracia fue abandonando durante la década de 1940 la mayoría de los símbolos de su estatus social: palacios, formas de consumo conspicuo,

⁷⁹¹ *Porque debe restaurarse la monarquía constitucional. Bases para esta restauración*. 1944. Copia mecanografiada. ACA, Fondo de Don Jacobo, caja 13. El subrayado y las mayúsculas en el original.

⁷⁹² *A su excelencia el General Franco, Jefe del Estado Español*. Madrid, Comité de Acción pro-Restauración de la Monarquía, 1949, copia de un escrito. ACA, Fondo de Don Jacobo, caja 13.

⁷⁹³ [Panfleto sin título]. 30 de septiembre de 1946. ACA, Fondo de Don Jacobo, caja 13.

espacios de socialización, etc. Por estas razones, pero también porque algunos guardaban una “incólume [...] gratitud al Generalísimo”, no toda la aristocracia se posicionó a favor de una inmediata restauración monárquica⁷⁹⁴. De hecho, cuando Juan de Borbón, conde de Barcelona, orquestó determinadas muestras de apoyo en el interior del país, como la firma del manifiesto de 1943 o la renuncia de cargos oficiales en 1945, fueron muchos los que le siguieron, pero también bastantes los que prefirieron no secundar su llamada.

Ante estas dificultades y al no percibir un peligro inminente, las familias aristocráticas que sí simpatizaban con el ideal monárquico limitaron su acción a pequeños gestos elitistas. De cara al régimen, hubo momentos en que la aristocracia protagonizó determinados actos de protesta colectiva, como por ejemplo en el boicot que lideró a la boda de la hija de Franco en 1950⁷⁹⁵. A nivel interno, siguiendo las directrices de la Diputación de la Grandeza, la aristocracia mantuvo la tradición de celebrar una misa anual en memoria de Alfonso XIII⁷⁹⁶. Adicionalmente, los más firmes partidarios del conde de Barcelona, celebraban con motivo de la festividad de San Juan un banquete en su honor en alguno de los clubes privados de la capital. En dichos eventos se llegaban a difundir proclamas o breves discursos, si bien predominaba un “ambiente de recelo, como si temieran ser vigilados o tuvieran la consigna de no hacer manifestaciones abiertamente hostiles al Régimen en forma pública”⁷⁹⁷. A pesar de sus pretensiones “apolíticas”, era evidentemente que estos actos representaban muestras de reafirmación monárquica, por lo que no es de extrañar que en ocasiones las autoridades optaran por vigilarlos o simplemente prohibir su celebración⁷⁹⁸.

Otra manifestación típica de la adhesión a la causa monárquica dentro la sociedad aristocrática fue la recaudación de fondos en apoyo al rey. Las colectas no eran estrictamente una novedad, pues existen referencias de que los grandes de España

⁷⁹⁴ La expresión proviene de una copia de la carta del marqués de Villamagna al conde de Floridablanca, 3 de marzo de 1946, ACA, *Fondo de Don Jacobo*, caja 13. Indudablemente, refleja un intento de coordinar esfuerzos por parte de aquellos sectores de la nobleza que mantenían una lealtad inquebrantable en la dictadura.

⁷⁹⁵ “Cuadro que no es precisamente de honor”, *La Verdad*, número 11, 23 de abril de 1950. Copia mecanografiada. ACA, *Fondo de Don Jacobo*, caja 13.

⁷⁹⁶ *Circular de la Diputación de la Grandeza de España*, 14 de marzo de 1941; *Circular de la Diputación de la Grandeza de España*, 6 de marzo de 1942; *Diputación permanente y Consejo de la Grandeza de España. Memoria correspondiente a 1947*. AFM, *Fondo Gabriel Maura*, carpetas 120/16 y 121/5.

⁷⁹⁷ *Informe del Servicio de Información de la Dirección General de Seguridad sobre Actividades Monárquico-Juanistas*, 24 de junio de 1959. AMI, expediente 55.229-31.

⁷⁹⁸ *Diputación permanente y Consejo de la Grandeza de España. Memoria correspondiente a 1947*. AFM, *Fondo Gabriel Maura*, carpeta 121/5.

tradicionalmente habían ofrecido un regalo a los miembros de la familia real con motivo de su matrimonio⁷⁹⁹. Durante la década de 1940 y 1950 esta tradición fue ampliada en dos frentes. Por una parte, con carácter extraordinario se solicitaron fondos a cualquier simpatizante que quisiera apoyar al conde de Barcelona para que pudiese “mantener con mayor amplitud el rango debido a su Alta Jerarquía”⁸⁰⁰. De forma paralela, fue frecuente realizar colectas entre los más fieles partidarios para sostener la causa monárquica en el interior. Ambas actividades, si bien no estuvieron estrictamente dirigidas a la aristocracia, sí tuvieron a ésta como su principal base de apoyo, pues tal como entendían sus organizadores “si para cualquier monárquico es una obligación participar en tales gastos, las personas que ostentan un título de Castilla han de considerarse más obligadas aún”⁸⁰¹. Asimismo, la organización de estas colectas se asemejaban más a las formas de actuación de los notables de la Restauración que al intento de formar una oposición de masas, dado que las colectas quedaban en manos de figuras conocidas de la sociedad local que, basándose en sus contactos o en su prestigio, movilizaban un nuevo esfuerzo en favor de la causa monárquica.

Significativamente, a la policía no le preocuparon estas actividades y sólo optaron por pequeñas sanciones (arresto en comisaría, multas o retirada del pasaporte), cuando creían que se estaba excediendo los límites de lo permitido. Pero, en el fondo, no era un grupo peligroso o disconforme, como expresaba un informe escrito en 1948 sobre uno de los principales financieros del país, el conde de Gamazo:

*Respecto a si es o no afecto al Régimen, puede afirmarse que el informado, persona de orden, compenetrado ideológicamente con sus principios básicos y fundamentales, con dos hijos caídos durante la guerra civil en defensa de la actual posición política, a cuyo lado se puso desde los primeros momentos, es afecto a su contenido y a cuanto representa, si bien por su tradicional postura monárquica, en la actualidad se le considera de los partidarios de la Restauración incondicional de D. Juan de Borbón*⁸⁰².

Esta descripción es un perfecto retrato de la aristocracia monárquica: ni fue un grupo de oposición ni desde luego aspiró a la democracia⁸⁰³. Al final, esta actitud que

⁷⁹⁹ Por ejemplo, en 1935 los miembros de la Diputación regalaron un automóvil Lancia a la infanta Beatriz con motivo de su boda con Alessandro Torlonia, príncipe de Civitella-Cesi. ACA, *Fondo de Don Jacobo*, caja 4.

⁸⁰⁰ Las copias de las cartas enviadas en Archivo Gamazo, *Recaudaciones Don Juan de Borbón*.

⁸⁰¹ Archivo Gamazo, *Recaudaciones Don Juan de Borbón*.

⁸⁰² AHN, *FC-Ministerio del Interior*, Serie H, expediente 589. El informe era el resultado de la imposición de una multa de 25.000 pesetas al conde por celebrar “reuniones de tipo monárquico”.

⁸⁰³ Una interpretación que contradice la de Javier TUSELL: *La oposición democrática...*, que situó a los grupos monárquicos dentro de un proyecto de renovación democrática.

combinaba un apoyo a las esencias del franquismo con ciertas críticas a aquellos elementos que podían parecer más arbitrarios o amenazantes, fue la que guió no sólo a la sociedad aristocrática –un grupo que estaba perdiendo sus señas de identidad– sino a la mayoría de las clases altas. En la década de 1950, con el régimen franquista plenamente consolidado, las miradas no estaban puestas en una posible restauración de la democracia en España, sino en unir al país en la lucha a nivel mundial contra el comunismo. Tuvieron que pasar décadas, con la consiguiente renovación generacional y el cambio en los equilibrios entre las clases, para que los grupos dominantes comenzaran a contemplar la posibilidad de que tenían un futuro más allá del franquismo.

14. Conclusiones: Las clases altas durante la quiebra del liberalismo

La posición política de la clase dominante

Dentro de la crisis y sucesión de regímenes políticos que se produjo en España a lo largo de la primera mitad del siglo XX, las clases altas se situaron de forma intermitente en el foco de intentos debates políticos. Es cierto que inicialmente, durante el sistema de la Restauración, la clase dominante distó de estar en el centro del conflicto político, pero también que, en los años finales de crisis y descomposición del régimen, comenzaron a cobrar fuerza propuestas reformistas que cuestionaban las esencias de su poder económico y social. Posteriormente, durante la dictadura de Primo de Rivera, debido a la censura en la prensa y al cierre de la actividad parlamentaria, se produjo un paréntesis en este conflicto, aunque ello no anuló, sino que permitió madurar las críticas hacia las élites. Al proclamarse la II República, la nueva Constitución y las reformas emprendidas por el gobierno republicano-socialista certificaron la voluntad de limitar definitivamente el poder de las clases altas en general y de las familias aristocráticas en particular. En los años sucesivos, se produjo un agravamiento del conflicto de clases y sus efectos empezaron a extenderse más allá del núcleo de familias distinguidas, para abarcar finalmente a casi toda la clase alta. El inicio de la Guerra Civil en el verano de 1936 situó en toda su dimensión los términos del enfrentamiento, en tanto que la revolución social que en esos momentos se desarrolló en el interior del campo republicano puso en entredicho los derechos de propiedad y, por extensión, la supervivencia del capitalismo. La victoria de Franco en 1939 abrió el camino para una contrarrevolución sin precedentes, que permitió salvaguardar el dominio de las clases altas, si bien ello no anuló que se mantuvieran ciertas distancias entre las posiciones del régimen y el proyecto político conservador al que seguían aspirando las viejas familias que componían el núcleo de los grupos dominantes de Madrid.

Como he insistido a lo largo de los últimos capítulos, esta evolución se entiende mejor si se supera la periodización clásica de la historia política, considerando que hubo una continuidad tanto en el imaginario sobre el poder de las clases altas como en la línea política que éstas defendieron. En relación al primer proceso, sin duda resulta sorprendente que, por encima de las diferencias entre regímenes y culturas políticas, las denuncias contra las clases altas se basaran en una serie de principios muy extendidos a

lo largo del espectro político. Las críticas a la clase dominante no se articularon principalmente en torno a la concentración de la riqueza, sino que insistieron en los efectos negativos derivados de la hegemonía de determinados sectores económicos y sus correspondientes élites. La izquierda liberal, los republicanos y los socialistas compartieron una visión que, con distinto grado de denuncia, identificó la gran propiedad en el ámbito rural y urbano como una flagrante injusticia social y un obstáculo para la modernización del país. Junto con propiedad inmueble, desde finales de la década de 1910, las finanzas y los grandes grupos industriales comenzaron también a ser vistos como dos de los principales males del país, al impedir un desarrollo económico en armonía y mantener un control implícito sobre los gobiernos.

La personificación de estas críticas en las familias que componían las clases altas de Madrid redundó en una imagen extraordinariamente negativa de los terratenientes absentistas, grandes rentistas urbanos y financieros, mientras que realzó en términos positivos, o simplemente se omitió del discurso político, a comerciantes e industriales. Pero los ataques desde la izquierda, y posteriormente desde la extrema derecha, no se dirigieron sólo a los sectores cumbre de la propiedad y las finanzas, en tanto que los contemporáneos supieron hacer un uso bastante sutil de las diferencias de estatus que separaban a las familias de clase alta. Las aristocracias terrateniente y financiera se erigieron como el foco principal de estas denuncias, dado que eran identificadas como grupos que percibían unas rentas de origen ilegítimo, eran el bastión del conservadurismo social y su estilo de vida representaba la quintaesencia del derroche y la mala gestión económica. Así, en el diagnóstico de los males del latifundismo, se convirtió en un lugar común publicitar la superficie y condiciones de explotación de los dominios de la aristocracia terrateniente, un hecho que contrastaba con la escasa atención que merecieron los grandes agricultores locales⁸⁰⁴. En la denuncia del capitalismo financiero, fue igualmente frecuente agitar el espectro de los grandes banqueros aristócratas (Urquijo, Gamazo, Herrero, etc.), mientras que la posición de la banca familiar de Madrid (Sáinz, López Quesada y García-Calamarte) estuvo totalmente ausente de la crítica política⁸⁰⁵.

⁸⁰⁴ INSTITUTO DE REFORMA AGRARIA: *La reforma agraria en España: sus motivos, su esencia, su acción*, Valencia, F. Domenech, 1937.

⁸⁰⁵ El contraste es plenamente evidente cuando los más duros críticos con el sistema buscaron identificar a la oligarquía financiera y cuantificar sus rentas, Antonio RAMOS OLIVEIRA: *El capitalismo español...*

La clase dominante no fue un sujeto plenamente pasivo ante estas críticas, puesto que dio muestras de una fuerte politización. Como premisa fundamental, es cierto que al igual que se puede diferenciar a las clases altas en función de sus formas de riqueza y de su estatus, la movilización política se erigió igualmente como un factor diferenciador. Ni en origen, ni a lo largo de estas tumultuosas décadas, el poder político de las familias que formaban las clases altas de Madrid estuvo directamente determinado por su riqueza o prestigio social, en tanto que hubo un proceso más complejo de influencias mutuas entre estas tres esferas –economía, sociedad y política– que permitió sólo a algunos gozar de una influencia directa en el poder legislativo y ejecutivo o construir una red de intereses. Durante la Restauración y la II República, la acción en la primera línea política fue una condición restringida a una docena de familias de terratenientes y financieros que pudieron combinar su posición en Madrid con el mantenimiento de una sólida base de apoyo en alguna provincia. En cambio, los industriales, comerciantes y propietarios urbanos carecieron generalmente de los medios para intervenir directamente en política, por lo que dependieron en gran medida de la defensa colectiva de sus intereses a través de diversos grupos de presión. La vieja aristocracia terrateniente, que en ocasiones ha sido vista como un actor hegemónico de la Restauración, mantuvo una situación muy particular, pues si por una parte su estatus social y sus dominios rústicos le permitían ser candidata natural a la política de notables, su condición como un grupo elitista le alejó de la carrera parlamentaria.

La definición de la línea política de las clases altas fue un proceso más complejo del que tradicionalmente se ha reconocido: su actuación fue más allá de defender simplemente sus intereses económicos, dado que un sector importante buscó cohesionarse en torno a un ideario conservador, monárquico y de signo elitista. Por supuesto, los grupos dominantes dieron muestras consistentes de la defensa de sus propiedades, del rechazo a las reformas sociales y al aumento en la presión fiscal, expresando con ello un profundo sentimiento de clase. Pero el hecho más relevante es que las clases altas, y de manera especial las familias que componían la alta sociedad, combinaron la defensa de estos principios con una línea política que apoyó invariablemente un sistema monárquico que mantuviera a raya las propuestas de reforma democrática y cambio social, erigiéndose esta institución como el mejor baluarte de su estatus social.

Durante la Restauración –la época que mayor atención ha merecido por parte de los historiadores de las élites– la cohesión política de las clases altas resulta más difícil de señalar, dado que existía una profunda simpatía con el régimen político y buena parte de las familias distinguidas optaron por defender sus intereses particulares o simplemente vivir en la más absoluta pasividad política. En cambio, fue a partir de la llegada de la II República cuando este programa quedó nítidamente expuesto. La reforma agraria, los jurados mixtos y el resto de la legislación social fueron duramente combatidos pero, a diferencia de otros actores políticos, su oposición se coordinó siguiendo una línea que aspiraba a la vuelta del viejo régimen y no pensando en acomodarse dentro de la República. De forma adicional, la práctica política de carácter elitista y conspiratoria de la alta sociedad madrileña, evidenció su rechazo a las formas de movilización propias de la política de masas. Años después, a tenor del estallido de la guerra, se produjo un apoyo inquebrantable de la clase dominante hacia los militares sublevados y su proyecto de contrarrevolución social. No obstante, el triunfo de las derechas y el inicio de la dictadura franquista no señalaron la vuelta al viejo *statu quo*. Si bien la dictadura enterró para siempre el espectro de la reforma social, existían notables diferencias entre el ideario económico y social del nuevo Estado y el que tradicionalmente habían defendido las clases altas, por lo que la alta sociedad apoyó la causa monárquica, aunque sin luchar abiertamente contra la dictadura.

Al final, si puede señalarse una conclusión definitiva de todo este proceso, es que las clases altas no pudieron adaptarse perfectamente a los cambios políticos. Al contrario de lo que indica la teoría clásica de las élites, éstas distaron de cumplir el ideal del *Gatopardo*, según el cual los grupos de poder pueden permitir que “todo cambie” con tal de que “todo siga como está”⁸⁰⁶. Desde la crisis de la Restauración, pero de forma más evidente a partir de la II República, entre las clases altas primó el instinto de conservación tanto a nivel social como político, por lo difícilmente puede argumentarse que estuvieran dispuestas a aceptar los cambios promovidos por el ascenso de la sociedad de masas. Años más tarde, durante la dictadura franquista, las viejas familias siguieron manteniendo una perspectiva anclada en el pasado, un factor que, unido a la ruptura económica y social que he trazado en los primeros dos bloques de esta tesis, permite concluir que no todo siguió igual.

⁸⁰⁶ Giuseppe TOMASI DI LAMPEDUSA: *El gatopardo*, Madrid, Espasa Calpe, 1997 [1958], p. 66

La crisis de las clases altas en perspectiva comparada.

Esta interpretación sobre los retos que tuvieron que confrontar las clases altas durante la transición a la sociedad de masas sin duda rompe con algunos de los postulados dominantes en la historiografía española, pero especialmente con la visión imperante sobre los vínculos entre las élites y el franquismo. No obstante, comparando la trayectoria de las clases altas de Madrid con sus homólogas extranjeras de forma que puedan trazarse paralelismos y diferencias, puede llegarse a una explicación más acabada del cambio histórico.

Como un condicionante imprescindible del conflicto de clases, tanto en Europa como en América existió un discurso crítico hacia los grupos dominantes que se basaba en principios muy similares a los que sostuvieron los reformadores sociales españoles. En Gran Bretaña, desde mediados del siglo XIX existía una larga tradición radical que denunció a la aristocracia por su condición rentista y su vida licenciosa, y que posteriormente, durante las décadas de 1920 y 1930, pudo combinarse con la crítica contra la llamada *plutocracia*⁸⁰⁷. En Francia, el discurso de los radicales, socialistas y comunistas, pero también de la derecha antisemita, se dirigió contra los financieros que formaban las llamadas *doscientas familias*, asimiladas a la nobleza feudal del Antiguo Régimen o a una camarilla extranjera que conspiraba entre bastidores⁸⁰⁸. La misma fijación por un grupo de familias cerradas se extendió a EEUU, donde las *sesenta familias* (Rockefeller, Morgan, Mellon, Du Pont, etc.) fueron identificadas no sólo por su control omnímodo de *Wall Street* y de las grandes empresas industriales, sino también por desarrollar una vida de lujo y ostentación alejada de los valores republicanos⁸⁰⁹. En esencia, tanto en España como en el resto de países de su mismo entorno social y cultural, la clase dominante fue criticada por su riqueza, pero sobre todo por reunir las condiciones propias de un grupo conservador, endogámico y rentista, cuyo poder era incompatible con la democracia.

⁸⁰⁷ Antony TAYLOR: *Lords of misrule. Hostility to aristocracy in nineteenth and early twentieth-century Britain*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2004.

⁸⁰⁸ La expresión sobre las doscientas familias tomaba como referencia la organización de los mayores accionistas del Banco de Francia. Pierre BIRNBAUM: *Le peuple et les gros. Histoire d'un mythe*, París, B. Grasset, 1979; André GUESLIN: *Mythologies de l'argent. Essai sur l'histoire des représentations de la richesse et de la pauvreté dans la France contemporaine (XIX-XXeme siècles)*, París, Economica, 2007, pp. 37-69.

⁸⁰⁹ Ferdinand LUNDBERG: *America's 60 families*, Nueva York, The Vanguard Press, 1937. Sobre la tradición crítica con el capital financiero, Charles R. GEISST: *Wall Street. A history*, Nueva York, Oxford University Press, 1999, capítulos quinto y séptimo.

Tanto en Europa como en América, las denuncias contra las élites económicas fueron más allá de la retórica, pues también permitieron cohesionar programas de signo reformista o revolucionario. En Europa, la I Guerra Mundial marcó la crisis definitiva de los regímenes parlamentarios clásicos y la búsqueda de diversas soluciones (proyectos socialdemócratas, nuevo liberalismo, etc.) que aspiraban a limitar el poder de las clases altas⁸¹⁰. En América, la crisis política y social fue menos intensa, aunque desde luego se produjo una ruptura fruto de la aparición de fenómenos reformistas. El *New Deal* en EEUU, el radicalismo y el peronismo en Argentina y la presidencia de Lázaro Cárdenas en México constituyen las principales muestras del cuestionamiento de los viejos grupos dominantes en el continente americano⁸¹¹.

En este contexto de crisis de su hegemonía social, existieron diversas vías de politización entre las clases altas. En líneas generales los grupos dominantes bascularon hacia la derecha, bien hacia proyectos que aspiraban a mantener el viejo orden conservador o defendiendo una solución autoritaria⁸¹². Pero frente al tópico que fue en otra época tan corriente, las diversas experiencias nacionales confirman que el fascismo no obtuvo en su origen y desarrollo un claro apoyo por parte de las clases altas⁸¹³. Fue sólo en los países que sufrieron una profunda crisis social y en los que era imposible mantener el viejo orden conservador, donde los partidos fascistas pudieron llegar al poder. En esos momentos, cuando el peligro social parecía tan inminente, las clases altas apoyaron tácitamente al fascismo, demostrando con ello el carácter conservador y contrarrevolucionario de este movimiento⁸¹⁴. Por último, como también se ha insistido

⁸¹⁰ Charles S. MAIER: *Recasting bourgeois Europe : stabilization in France, Germany, and Italy in the decade after World War I*, Princeton, Princeton University Press, 1988; Christophe CHARLE: *La crise des sociétés impériales: Allemagne, France, Grande-Bretagne, 1900-1940. Essai d'histoire sociale comparée*, París, Seuil, 2001; Gregory M. LUEBBERT: *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1997.

⁸¹¹ Sobre la crisis de la clase alta en EEUU, Alan DAWLEY: "The abortive rule of Big Money", en Steve FRASER y Gary GERSTLE: *Ruling America. A history of wealth and power in a democracy*, Cambridge y Londres, Harvard University Press, 2005, pp. 178-180; David CANNADINE: *Mellon. An American life*, Nueva York, A.A. Knopf, 2006, pp. 473-505. Para Argentina, Paul H. LEWIS: *The crisis of Argentine capitalism*, Chapel Hill y Londres, University of North Carolina Press, 1990, pp. 144-168.

⁸¹² Para un estudio que analiza a los empresarios en sus propios términos y no como un actor pasivo del conflicto político, Annie LACROIX-RIZ: *Le choix de la défaite. Les élites françaises dans les années 1930*, París, Armand Colin, 2006.

⁸¹³ Una síntesis de la interpretación marxista tradicional en Nicos POULANZTAS: *Fascism and Dictatorship. The Third International and the problem of Fascism*, Londres, New Left Books, 1974, pp. 71-88. Entre los estudios historiográficos que refutan esta interpretación, véase Henry A. TURNER: *German big business and the rise of Hitler*, Nueva York, Oxford University Press, 1985.

⁸¹⁴ Enzo TRAVERSO: "Interpreting Fascism: Mosse, Sternhell and Gentile in comparative perspective", *Constellations*, 15-3 (2008), pp. 311-312; Robert O. PAXTON: *The anatomy of fascism*, Nueva York, A.A. Knopf, 2004, pp. 87-118.

en el caso alemán, los regímenes fascistas desarrollaron una política que si bien pudo favorecer a las clases capitalistas (desarticulación del movimiento obrero, carrera armamentística, etc.), permitieron también que se produjera una total independencia del poder político y, por tanto, la consiguiente subordinación de las clases altas⁸¹⁵.

El caso español, a pesar de su carácter excepcional por el desarrollo de una guerra civil, es uno de los mejores ejemplos de este proceso. La crisis de la Restauración y el conflicto social de la II República condensaron el proceso de cuestionamiento de las clases altas y la resistencia por parte de éstas al cambio político y social. Posteriormente, la Guerra Civil de 1936-39 permitió situar en toda su crudeza el conflicto de clases y cohesionar a las clases altas bajo un programa contrarrevolucionario que superaba definitivamente sus diferencias económicas y de estatus. La instauración de la dictadura franquista cumplió con la función fundamental de proteger a los grupos dominantes frente al proyecto reformista de la II República y las aspiraciones revolucionarias del movimiento obrero, pero su programa no terminó ahí. Limitarse a señalar que el régimen favoreció a los “capitalistas” o a las “élites tradicionales” no agota la cuestión⁸¹⁶, pues como preguntó de forma retórica el historiador Manuel Pérez Ledesma hace años, acaso “¿hay que aceptar que los regímenes políticos sólo cumplen *una* función histórica? [...] ¿Qué ocurre en el momento en que esa función está ya cumplida o ha dejado de ser prioritaria?”⁸¹⁷.

En 1939 era impensable que se pudiese volver en términos sociales a la situación de la Restauración, como si simplemente fuese cuestión de retroceder en el tiempo y recuperar el equilibrio preexistente. Los años treinta habían demostrado las contradicciones inherentes de la sociedad liberal, y el nuevo Estado, fruto de las condiciones derivadas de su victoria militar, se erigió como un actor con unos intereses propios, capaz de actuar de forma autónoma en la esfera social y económica, pudiendo con ello mantener una línea política que no era la defendida por las viejas familias dominantes. Los cambios provocados por el franquismo en su relación con las clases altas se expresaron fundamentalmente en dos campos. Por una parte, debido a sus profundas convicciones anti-liberales y anti-monárquicas, el régimen optó por una serie de políticas que alteraban, transformaban o simplemente diluían, el poder y la identidad

⁸¹⁵ Tim MASON: *Nazism, fascism and the working class*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1996, pp. 59-71.

⁸¹⁶ Julián CASANOVA: “La sombra del franquismo...”; Ismael SAZ: “El primer franquismo...”, p. 218.

⁸¹⁷ Manuel PÉREZ LEDESMA: “Una dictadura «por la gracia de Dios...”, p. 187.

de los viejos grupos dominantes. En ese sentido, la llamada “depuración de la clase”, el cambio en los colectivos que articulaban los intereses económicos y el enfrentamiento soterrado con la oposición monárquica, evidencian que las clases altas distaron de vivir una situación idílica bajo el primer franquismo. Por otra parte, fruto de su creciente control sobre la economía y la sociedad civil, la dictadura fue capaz de erigir un nuevo discurso sobre la función y el perfil social de las clases altas, fomentando también el ascenso de aquellas familias que estaban en mejor sintonía con este espíritu. En conclusión, dentro de un programa más amplio que aspiraba a crear un Estado fuerte, emprender la modernización autoritaria del país y enterrar los proyectos que se consideraban ajenos a la esencia de España (el laicismo, el socialismo, pero también el liberalismo), las clases altas, como actor colectivo, no pudieron permanecer inmutables.

Al final, esta investigación ilumina aspectos fundamentales sobre la historia del franquismo. Si tradicionalmente los historiadores que han estudiado la dictadura han señalado el Plan de Estabilización de 1959 como el punto de inflexión en la trayectoria del régimen, ello no significa que los procesos ocurridos durante las dos décadas anteriores carezcan de importancia. En los últimos años, diversos investigadores han insistido igualmente en los cambios producidos por el nuevo Estado en el campo de las relaciones laborales, en la reconfiguración de la clase obrera o en la construcción de un nuevo modelo de familia durante la década de 1940. Este estudio se suma también a esta última corriente al concluir que se produjo una transformación igualmente decisiva en el núcleo de las clases altas.

Conclusions

The upper classes in mass society

The study of the Madrid upper classes during the transition to mass society points to a number of conclusions that until now had not been previously considered by Spanish historiography. First, although it may seem an obvious point, we have shown that under the peak and final decline of liberalism, Spain was under the rule of a very homogeneous upper class. This statement does not mean that there was a perfectly cohesive and uniform group, but it does validate the assumption that a very small number of families reached a hegemonic position because its power, frontiers and identity were relatively easy to signal both by themselves and by other social actors.

The upper classes of liberalism were a social group primarily formed at the intersection of economic, social and political power relations. In the first sphere, property rights and capital accumulation constituted the essential basis for the definition of the ruling class. However, as in every historical era, there was a specific equilibrium between the distribution of wealth and the exercise of economic power, which in the case of Madrid, allowed for the primacy of those groups linked to big corporations, land and real estate. In each of these sectors not only were there different ways of managing wealth and business, but there were also specific types of elites constituted by families who enjoyed similar public projection. Therefore, although the possession or control of capital was in itself a sufficient criterion for determining membership of the upper classes, it is also necessary to differentiate between groups according to their type of wealth and social power. Within these upper class actors, the most prominent were financiers, big industrialists, corporate directors, landed aristocracy and urban rentiers.

However, as I pointed out in the introduction and have confirmed throughout this research, the definition of the upper classes cannot be reduced to an economic analysis, since their nature and identity were equally determined by social practices developed in everyday life. In Madrid, during the reign of Alfonso XIII, there was no single pattern of behavior among the upper classes but rather several status groups. Among them, aristocracy, being the most select group who also enjoyed greater antiquity and prestige, was the actor that held social hegemony. Nonetheless it is important to stress that at that time, belonging to the so-called aristocratic society was not defined by blood, family ties or titles, but rather through a more complex process

which began with the exercise of respectable economic activities such as property and finance, was continued through a specific type of education which gave prominence to the defense of manners and family honor, and was finally defined through a unique lifestyle based upon a specific set of conditions (living in aristocratic residences, practicing conspicuous consumption) and social practices (gathering in clubs and organizing balls). Of course, as in other spheres of society, there was a considerable gap between the ideal of aristocracy and the daily life of its members. Therefore, precisely because high society was not a closed caste, it was sufficiently flexible to allow for the entry of new families and individuals.

Both the economic conditions and social practices of high society were crucial in shaping the position occupied by the upper classes in the political arena. On one hand, the distinction between different forms of capital and status allowed for the shaping of the social question. Therefore the political conflict was not simply directed against the “rich” or “capitalist”, but rather against those groups who according to contemporary discourses represented the essence of economic rentism and social parasitism. In opposition to social reformers, the upper classes, but especially aristocratic society, defended an ideology that while recognizing the need to address certain popular demands, curtly rejected the possibility of eliminating property as the basis of social order and always regarded with great suspicion any public intervention in society.

Given these economic and social differences, the upper classes of the Restoration era lacked a unified guideline to intervene in politics. It is true that in the defense of corporate interests, the ruling class achieved notable success in building various platforms to defend their immediate interests. These pressure groups, although they could not always claim a victory in every conflict, were sufficiently effective to build a series of barriers which politicians never tried to cross. On the other hand, the direct intervention in Parliament was a capability which was only available to those families who were able and willing to participate in the core of elitist politics, a process that required the maintenance of a broad social network that most times extended beyond the bounds of Madrid.

The definition of upper class power around these three spheres –economics, society and politics– enables a better understanding of the historical rupture occurred from the 1930s onwards. In the field of economic relations, the ruling class faced not

only two decades of economic stagnation, but also profound changes in the essence of their power as witnessed in the transformation in the management of large landholdings, in rent control policies and in the partial limitation of finance capital. These three parallel processes initiated the “circulation of elites” through the renewal of large landowner families, the decline of urban rentiers and the emergence of a new elite of constructors and real estate developers under Franco’s dictatorship.

Regarding the sphere of social relationships, due to this economic crisis, but also because of the new political situation and the advance of the masses in the public sphere, it is clear that the aristocratic society suffered an unprecedented crisis in its own essence. Although during these years high society members did not publicly express their will to change their lifestyles, there is compelling evidence that illustrates how the aristocratic society was falling apart at a very rapid pace. The abandonment of palaces, the reduction in the large domestic service and the commitment for more discrete patterns of sociability are the clearest signs of this breakdown process. It is also significant that, although the first symptoms of this transformation took place when a significant number of aristocrats left Madrid in 1931, it is equally important that the bulk of changes occurred during the 1940s. Therefore it seems clear that despite Franco’s victory, aristocratic society was neither able nor willing to return to the pattern of behavior that characterized them during liberal society.

Finally, it would be impossible to understand the crisis of hegemony suffered by the upper classes by disregarding the rapid and violent political transformations of these years. The proclamation of the Second Republic represented in this area the decisive turning point, since it placed at the center of the political conflict the criticisms that had taken form during previous years which were directed against both the landed and financial aristocracies. At the same time, the upper classes, after overcoming a first phase of disorientation, redoubled their political effort, either joining the conservative forces that accidentally accepted the republican regime or, following the own principles of aristocratic society, combining the defense of a counterrevolutionary project through *Renovación Española* and also supporting different *coup d’Etat* initiatives.

A few years later, after the outbreak of the Civil War, these trends were perfectly defined. On the Republican side, the onset of a social revolution led to a basic questioning of property rights, but specifically in the streets to a campaign of terror that

was specifically directed against aristocratic society, although in the end it affected all upper class families. Following the reverse logic, Madrid's ruling class showed an unwavering commitment to the rebel side, thereby providing their economic and social capital in a way that was decisive for war victory.

The situation after 1939 was marked by the establishment of a dictatorship with similar characteristics with those of a fascist regime, therefore leading to a redefinition of the upper class political power. The preexisting pressure groups were integrated in the structures of the *Movimiento*, while at the same time the old forms of personal and elitist politics finally waned. In this context, certain aristocratic families decided to maintain their commitment to the monarchy, defending a political project that opted for the restoration of the old conservative order. However, in the long term, the political failure of this group certifies the depth of the historical change occurred in Spain, therefore illustrating that a new kind of upper classes had taken the grip of the country.

The upper classes in a comparative context

It is very clear that this interpretation of the history of the upper classes during the transition to mass society is largely determined by our choice of Madrid as the medium of historical analysis. Therefore it is reasonable to ask whether these conclusions are not overly biased by this geographical setting and also if in other regions and countries the composition and fate of the ruling class was different. When analyzing Spanish social history it is evident that there was a unique set features in the profile of Madrid upper classes. Economically, the capital of Spain was a city with extraordinarily diverse groups: landlords, landowners, financiers, large industrials, bankers, etc. Due also to its long links with Court life and because it had reached a status as a big metropolis during the 1920s; Madrid attained a unique position as the favourite and most important centre of high society. Finally, as it has already been pointed out by political historians, due to its functions as the State capital, there was a radically different balance between the peripheral and central spheres of power.

In aggregate, the sum of these factors enabled for the Madrid upper classes to occupy a unique position in Spanish history. In the first half of the twentieth century, their counterparts in the rest of the country gathered primarily property owners and a heterogeneous group of industrialists and merchants who, as a rule, possessed less wealth and did not have to manage so diverse business. Even if we restrict the

comparison to the other major industrialized cities –such as Barcelona and Bilbao– the differences remain equally clear. Neither of these two cities grouped a significant number of rural landowners nor could they overshadow Madrid's hegemony as a financial center. Moreover, despite the absence of social and cultures studies of elites, there is strong evidence that the status differences I have described in this work –i.e. the division around aristocratic habitus and values– did not have an exact replica in other regions.

But even taking into account Madrid's special character, it seems clear that the trends presented in this thesis can also be traced in other Spanish cities and towns. On the one hand, as a result of the economic crisis, but also due to the political change occurred during this period, there was a broad and sharp transformation in the forms of power of Spanish upper classes. These processes were equally expressed in the decline of the traditional forms of rentism in urban and rural areas, but also in the rise of new economic power groups as were farmers, industrialists and builders. In parallel, motivated also by the proclamation of the Second Republic and the terminal crisis experienced by liberal society, there was a deep transformation in the identity of the ruling classes that led to the construction of new attributes and discourses concerning economic power (producers, entrepreneurs and farmers who replace property-men and rentiers) and social brokerage (disappearance of the classic figure of the *notable* and *cacique*).

In the political sphere, thanks to the existence of a greater number of regional studies, it is easier to trace similar patterns to those that involved the Madrid upper classes. Recent research has highlighted that the social conflict in the 1930s cannot be understood without considering the progressive radicalization and the turn to the right of the ruling classes, therefore determining that during the Civil War there was a similar pattern of class struggle to the one described in chapter eight. On the other hand, the profile of the upper classes during the first years of Franco's dictatorship is still an open question. Although some works have highlighted the renewal of the political elites, therefore emphasizing that the dictatorship did not simply restored the old liberal elites, it remains to be studied what happened to those who could not (or did not wanted) to be integrated into the structures of the *Movimiento*. In this sense, it would be relevant to ponder whether in other cities the old dominant groups rallied around the royalist cause and if this political project had the same socially conservative connotations.

If this common set of guidelines makes compulsory the comparison between the Madrid upper classes and those of other Spanish regions, it is also mandatory to conduct a similar study in relation with the elites of those countries which shared similar social and cultural conditions. This comparative framework must necessarily be different, because if in Spanish history the Madrid upper classes occupied the highest position in the social hierarchy due to a series of unique conditions, internationally there was an inverse situation. Given the Spanish peripheral position within the world system, their elites found themselves in a situation of inferiority with the dominant groups of the major powers. However, these shortcomings should not obscure the existence of a significant number of links and mutual influences that made a common ground with the European and American upper classes. Economically, the differences around finance capital, industry, real estate and large rural holdings resulted in the definition of similar elites who confronted the same kind of historical challenges. At the same time, if we opt in Europe and America for a broad definition of social concepts, upper class status and lifestyles can also be identified with the conflicting terms of bourgeois and aristocracy.

Precisely due to these similarities, the problems confronted by Madrid upper classes should not be considered as specific features of Spanish history, since similar dynamics can be traced elsewhere. In European and American continents during the interwar period there was a crisis in the economic, social and political power that had traditionally been exerted by the ruling class, although generally speaking, this rupture was most clearly expressed in those countries directly involved in the two world wars, while for those who remained neutral this transition took longer to manifest. The history of Spain, which clearly formed part of this latter group, illustrates this case. Although the 1923 coup of Primo de Rivera liquidated the liberal and parliamentary regime, it did not paved the way for a social transformation of equal depth. Therefore in 1930, Spain continued to be dominated by an upper class whose social power and identity was in perfect harmony with the classical principles of liberalism.

From this point, if there was a particular feature in the path of Madrid upper classes in relation with other countries was that it underwent an especially rapid crisis in its social power. This evolution, which sometimes manifested itself in a very violent and dramatic way, must be related to the Spanish exception of having suffered a civil war that lasted for three years. But even given fact for this uniqueness, and also for the existence of a dictatorship for forty years, the new social equilibrium that took place

within power groups expressed a number of similar conditions to those that appeared in democratic countries. Among them, we could highlight the consolidation and liquidation of certain forms of economic power, the construction of a new social identity with a greater degree of anonymity which was in contrast to the former supremacy of aristocratic values and, last but not least, to the existence of a new set of relations with respect to political elites.

Theoretical conclusions and political implications

How can we place this interpretation on the evolution of the upper classes within the great narratives of Spanish history? As a starting point it is obligatory to point out that these conclusions can only be understood if we overcome the excessive specialization that has taken place in the Spanish historiography of elites during the last years. In contrast to this trend and following the principles presented in the introduction, this work demonstrates that it is possible to analyze a *continuum* in the economic practices, social values and political mobilization of the upper classes. In short, although in each area studied –economy, society and politics– there were elites who shared a particular logic of power, it is equally true that it is impossible to understand the social profile and identity of these collective actors without taking into account these multiple ramifications.

Following this path of studying the upper classes in global terms, the conclusions of this work are immediately related with the findings of historians such as Tuñón de Lara, Varela Ortega, Cabrera and Rey. The hypotheses of the first one are an unavoidable reference since Tuñón was the first and most prominent historian in pointing to the hegemony of the same families that have roughly appeared in these pages. However, his conclusions were significantly different from those of my research in two ways. On the one hand, the uniformity and perfection that Tuñón attributed to the so-called power bloc is difficult to defend given the economic and social heterogeneity expressed by the upper classes. For example, at the end of the monarchy, when the power block should have been in its zenith, the old landed aristocracy was hardly diversified in economic terms, while in its private life it continued to express an endogamous behavior. These two facts are difficult to reconcile with the supposed fusion with the major financial and banking families. At the same time, the isolation or exclusion of the bulk of Madrid's industrialist and small rentiers in relation with high

society also contradicts the unidirectional logic which Tuñón identified between economic capital (income and assets) and social power (prestige and recognition).

Nonetheless Tuñón's thesis should not be simply dismissed following the argument that they are just "a myth" that historians must bury. The main paradox is that Tuñón de Lara, having directly experienced the Civil War and given his strong commitment with anti-Francoist opposition movements, largely reproduced the traditional leftwing narrative concerning the position of the ruling class. This factor can be considered as a flaw, but also in some sense, as a virtue. As it is now recognized by all historians that neither the economy nor the State was dominated by an endogamous group of families, the more relevant question is to determine why did some of the main forces in the Left (Republicans, socialists, etc.) and in the Right (Falange) participated in this vision of society.

By critically reading Tuñón's work we can immediately find two key arguments. On the one hand, by insisting on aristocratic hegemony and the aspirations of big bankers and industrialists to obtain a noble title, Tuñón reflected the profound negative impact that aristocratic life had in Madrid (as manifested in palaces, conspicuous consumption and in its behavior as a caste), especially among those intellectuals who criticized the Restoration system. The rejection of that particular mixture between distinction and ostentation resulted in a vision according to which politics and economics were also dominated by a closed group of families who were able to co-opt new individuals by granting a peerage or integrating them within a same universe of values. This perspective, coupled with a long tradition that differentiated elites due to their capital and economic activity, shows how this narrative that explained the supposedly unlimited domain of aristocratic landowners and financiers developed in the 1920's, its success during the following decades and the ability of Tuñón to elaborate a historical synthesis in the 1960s and 70s.

Of course, this re-evaluation of Tuñón's work does not disregard those criticism made first by Varela Ortega and more recently by Mercedes Cabrera and Fernando del Rey. Their research has been, and still remains, relevant in pointing the errors and inconsistencies of the power block paradigm, having shown with great detail how the relationship between economic and political elites were far from unidirectional and did not always result in favor of the first ones. In fact, we could add that precisely due to

their insistence in showing the limits of upper class hegemony, these historians have sometimes overemphasized the power of political elites and therefore that economic elites were subordinated to their dictates. Instead, as I have shown in these pages, this issue cannot simply be dismissed by proclaiming the autonomy of politics, since by definition both the economy and society are also autonomous. What historians need to study is the equilibrium and mutual influences that manifested between the elites of each sphere. At the same time, it is necessary to recognize that the outcome of this process was never predetermined in advance.

From this perspective, it is possible to understand that in times of political normality (i.e. during the Restoration), upper class families confined themselves to act individually or simply refrained from participating in politics. In contrast when there was a deep crisis in the social order (as with the Second Republic), the upper classes redoubled their collective effort to vehemently defend their interests and values. Additionally, even with Franco's regime –who aspired to the maximum domain of the political power over economics– it is impossible to overlook that the new balance of power allowed for the renewal of the ruling class through the liquidation of rentier groups and the parallel rise of a new economic elite made up of constructors and big farmers. In essence, even if we admit for a moment that politics dominated over the economy and society, this necessarily leads to study the effects of this regime in social relations and economic power and, therefore, in the composition of elites in both spheres.

Furthermore, as the reader will have noticed, my research also differs markedly in the way to problematize the essence of historical actors. Contrary to the path followed by Cabrera, del Rey and all business historians, I have not used the concept of entrepreneur [*empresario*] as the center of historical analysis. The main problem concerning this definition is that entrepreneurs are usually described as those who own or run a business, therefore losing any consideration on the status and social practices of elites. This socio-cultural level, far from being an irrelevant or secondary level, is of fundamental importance in defining the identity and patterns of collective action of the upper classes and other dominant groups in history. The possible solution would be not to discard the concept of entrepreneur, but rather to relate this category to those that at that time identified capital (landlords, owners, financiers, etc.) and an identity around an

economic profile (owners, industrialists, merchants, etc..) or in socio-cultural terms (aristocracy or bourgeoisie).

New paths of research

Although this research has raised and answered a series of basic questions regarding the evolution of Madrid upper classes during the first half of the twentieth century, to some extent it is inevitable that at the end a new set dilemmas arise. Concentrating only in the history of twentieth century elites and following the same logic of studying the upper classes in situations of profound political, economic and social change, it seems clear that there are two periods that have not been sufficiently studied: the Spanish Transition and the "golden age" of Western capitalism.

In relation with the first process, there is hardly any doubt that the Spanish Transition to democracy (1975-1982) constitutes an era with great parallelisms with respect to the period studied in this thesis. First of all it seems clear that, despite the abundant historical research made of this time, the study of the upper classes has barely been posed. This lack of academic works is hard to justify if one takes into account that the transition from a dictatorship to a democracy, with the consequent emergence of new actors and rules, must not have left the ruling classes impassive. While some historians have already advanced in the study of employers' organizations, it still has not been sufficiently explored whether the upper classes came to an agreement on the political agenda, going beyond economic demands and therefore playing an important role in political negotiations. The interest in studying the Spanish Transition is also strengthened because it went parallel with a deep crisis and redefinition of economic power, as it was clearly expressed in industrial decline, in the reorganization of the financial system and in specific conflicts such as the nationalization of RUMASA. Finally, as cultural historians have also insisted, the end of the dictatorship witnessed the crisis of the traditional values that had dominated Spanish society, therefore paving the way for a profound change in everyday practices. Until now, these transformations have not been associated with social history, although it would be reasonable to determine their impact on the upper class *habitus*.

The Golden era of Western capitalism –chronologically delimited by the end of the Second World War and the 1973 crisis– has also been neglected by historians of elites. However, given the preexisting studies it is possible to conclude that during these

years there were a series of unfavorable conditions for the upper classes, due to the consolidation of trade union power, to the nationalization of certain economic sectors and to the consolidation of the welfare state through a strongly progressive taxation. The problem that has not yet been studied is how the upper classes adapted to this new environment, to what extent they accepted this new system and how they exerted direct influence in politics.

Additionally, the period of 1948-1973, witnessed two historical transformations whose results remain still largely unknown. In the economic sphere, it seems clear that during these three decades, the power of upper class families was no longer linked to property in its classical sense and that big corporations played an even bigger role. However, neither in the U.S. nor in any European country have historians conducted a social history of the groups linked to business management. Therefore most academics have simply followed the theory of the managerial revolution or have merely stated its inadequacies due to the persistence of big family holdings. Although I have already criticized in depth Berle and Means theory, I do think they rightly point to how business elites opted for an anonymous way of exercising power, making, if only in appearance, for the dilution of the traditionally symbols that defined upper class identity.

The factors that I have stated –such as the advance of democracy, the construction of the welfare state and the reformulation of economic power– were also accompanied by a radical redefinition of the ruling's class position in society. This change can be witnessed through two parallel processes. In the one hand, the essences of bourgeois and aristocratic culture silently disappeared, making these two concepts irrelevant and lacking any particular significance. On the other hand a new set of values was shaped in the public opinion which openly rejected any practice that could be linked to elitism. Some recent observations concerning British society accurately reflect the essence of this discourse:

*Elite and elitism are negatively coded terms in contemporary political discourse. The current British New Labour Government is absolutely opposed to them, the BBC derides them, as do almost all other organs of the media; and many public organizations from schools to universities, line up to assure us that they won't stand for them. To talk positively of the idea of elites – to defend elitism, in no matter how nuanced a manner –seems unacceptable in polite company*⁸¹⁸.

⁸¹⁸ Paul du GAY: "Keyser Süze elites: market populism and the politics of institutional change" en Mike SAVAGE y Karel WILLIAMS (eds.): *Remembering elites*, Malden, Blackwell Publishing, 2008, p. 80

However, following the works of Pierre Bourdieu and Michèle Lamont, it is possible to determine that status division based on social and cultural practices have continued to exist in Western society, and also that elites continue to share common identity and values. The key question to answer is it possible to reconcile a lifestyle with elitist characteristics within a framework in which democracy and equality seem irreversible gains. Although since 1945 elites apparently have ceased to exist in Western societies, reconstructing their history is one of the biggest challenges confronted by present day historians.

Metodología

Esta tesis doctoral tiene como antecedente directo un Trabajo de Fin de Máster en el que pude tratar los problemas teóricos y metodológicos relacionados con la investigación⁸¹⁹. El recurso a una serie de fuentes que no había contemplado en origen ha hecho necesario elaborar un capítulo adicional que describa su naturaleza, la metodología empleada y los problemas más importantes que han surgido en su utilización. La mayor parte de este apéndice está dedicado a estudiar el carácter de la Contribución sobre la Renta, pero también de otras fuentes económicas como la Contribución Territorial, informes de la sección de Operaciones del Banco de España, publicaciones económicas, prensa de sociedad, documentación de carácter personal conservada en archivos públicos y privados, así como diversas entrevistas orales que he podido desarrollar durante este tiempo.

La Contribución sobre la Renta

La naturaleza del impuesto

¿Qué papel pueden desempeñar las fuentes fiscales en la investigación histórica? ¿Acaso el fraude fiscal no invalida su uso? Este tipo de preguntas han estado presentes desde que la historia social española comenzó a utilizar las fuentes fiscales en las décadas de 1960 y 1970 como forma de aproximarse al estudio de los actores colectivos. En el caso español han sido dos los impuestos que tradicionalmente han merecido una mayor atención: la Contribución Territorial, que gravaba los rendimientos de las fincas rústicas y urbanas, y la Contribución Industrial, que se pagaba en función del tipo de industria que se ejercía. Los estudios que se desarrollaron a partir de estas fuentes permitieron identificar a dichas élites (propietarios, industriales y comerciantes), conocer la fisonomía de su patrimonio inmobiliario y apuntar determinados rasgos sobre su capacidad de reproducción social⁸²⁰.

Posteriormente, en la medida en que la historiografía profundizó en un estudio crítico de las fuentes fiscales, comenzaron a reconocerse una serie de problemas

⁸¹⁹ Miguel ARTOLA BLANCO: *Las élites en la transición a la sociedad de masas. Madrid 1900-1950*, Trabajo de Fin de Máster, Universidad Autónoma de Madrid, 2009.

⁸²⁰ Sin ser exhaustivos, Rosa CONGOST: “Las listas de los mayores contribuyentes de 1875”, *Agricultura y Sociedad*, 27 (1983), pp. 289-375; Fernando SÁNCHEZ MARROYO: *Dehesas y terratenientes....* Isabel RODRÍGUEZ CHUMILLAS: *Vivir de las rentas...*

inherentes en ambos tributos⁸²¹. Por una parte, tanto la Contribución Territorial como la Industrial fueron impuestos recaudados a nivel provincial, por lo que sirven mejor para una historia estrictamente local que para el estudio de élites que gozaban de un patrimonio disperso a nivel nacional. Por otra parte, al analizarse los sistemas de evaluación fiscal pudo detectarse no sólo la infraestimación de los ingresos –un hecho reconocido de antemano por todos los historiadores–, sino también una tendencia hacia la congelación y asignación de forma arbitraria de las bases imponibles, especialmente en la riqueza industrial y comercial, pero también en la propiedad rústica⁸²². De forma adicional, aunque los historiadores de la Hacienda han reconocido que la creación de nuevos impuestos como la Contribución de Utilidades –que gravaba los salarios, beneficios y rentas del capital– permitieron modernizar el sistema fiscal, desde el punto de visto de la historia social estos impuestos han dejado un escaso rastro documental dado que fueron descontados por la empresa en el momento de cobrarse los ingresos⁸²³. En conclusión, el sistema fiscal español de época de la Restauración se caracterizó por la existencia de una compleja estructura impositiva que, dada la raquítica estructura de inspección y gestión, careció de información suficiente sobre la riqueza nacional y, desde luego, fue incapaz de conocer la renta total de una persona.

No debe sorprender que la creación de un “impuesto único” sobre la renta fuese entendido por los contemporáneos como un ejercicio de justicia social, pero también como el intento más serio de modernizar la Hacienda pública. Tras diversos proyectos fracasados, en 1932 finalmente se creó este impuesto y las diferencias con los antiguos tributos quedaron perfectamente retratadas⁸²⁴. La Contribución sobre la Renta gravaba todos los ingresos (capital, propiedad, trabajo, negocios comerciales, etc.) de los individuos, aplicando un gravamen complementario que no eximía del pago de los

⁸²¹ Juan PRO: “Fuentes fiscales y estadísticas para el estudio de las elites en España”, en Pedro CARASA (eds.): *Elites: prosopografía contemporánea*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1994, pp. 193-199.

⁸²² En relación a la propiedad rústica, véase Rafael MATA y Joan ROMERO GONZÁLEZ: “Fuentes para el estudio de la propiedad agraria en España (siglos XVIII-XX). Balance provisional y análisis crítico”, *Agricultura y Sociedad*, 49 (1988), pp. 209-292; Juan PRO: “El poder de la tierra: una lectura social del fraude en la contribución de inmuebles, cultivo y ganadería (1845-1936)”, *Hacienda pública española*, 1-extraordinario (1994), pp. 189-201; Rafael VALLEJO: “Los amillaramientos como fuente estadística: una visión crítica desde la contribución territorial”, *Historia Agraria*, 20 (2000), pp. 95-122.

⁸²³ No obstante, debe señalarse que Hacienda publicó anualmente una estadística que resumía las magnitudes recaudadas por clases de contribuyentes que podrían ser útiles para la historia social. Véase por ejemplo, *Estadística de la Contribución sobre las Utilidades de la riqueza mobiliaria. Año económico de 1922-23*, Madrid, Dirección General de Rentas Públicas, 1928.

⁸²⁴ Sobre los proyectos previos de impuestos sobre la renta y los debates que en 1932 dieron lugar a su creación, Francisco COMÍN: *Hacienda y economía en la España contemporánea (1800-1936)*, vol. II, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1988, pp. 938-966.

impuestos preexistentes (Territorial, Industrial, Utilidades, etc.). Asimismo, debido al cambio que supuso la introducción de este nuevo impuesto, pero también aplicando por primera vez el criterio de progresividad, la Contribución sobre la Renta se aplicó sólo a los grupos con ingresos superiores a cien mil pesetas, por lo que en los primeros ejercicios fiscales fueron muy pocas las personas afectadas.

La Contribución sobre la Renta había quedado definitivamente asentada dentro del sistema fiscal español y ningún gobierno estuvo dispuesto a abolirla. El impuesto experimentó diversas reformas en 1935, 1940 y 1954 que permitieron elevar los tipos impositivos, desarrollar su estructura de gestión y adaptarlo a los cambios económicos. Sin embargo, a pesar de este proceso de consolidación, la Contribución sobre la Renta distó de alcanzar el papel central que sus creadores le habían asignado, pues ni pudo reemplazar a los anteriores impuestos de producto ni tampoco sirvió de motor para modernizar la Hacienda. Aunque la historia de esta evolución sería en sí un objeto relevante de una investigación, en este apéndice me centraré exclusivamente en repasar brevemente los tipos de ingresos, la documentación generada y el margen de fraude fiscal, ilustrando con ello las ventajas y problemas relacionados con la utilización de este impuesto como fuente histórica.

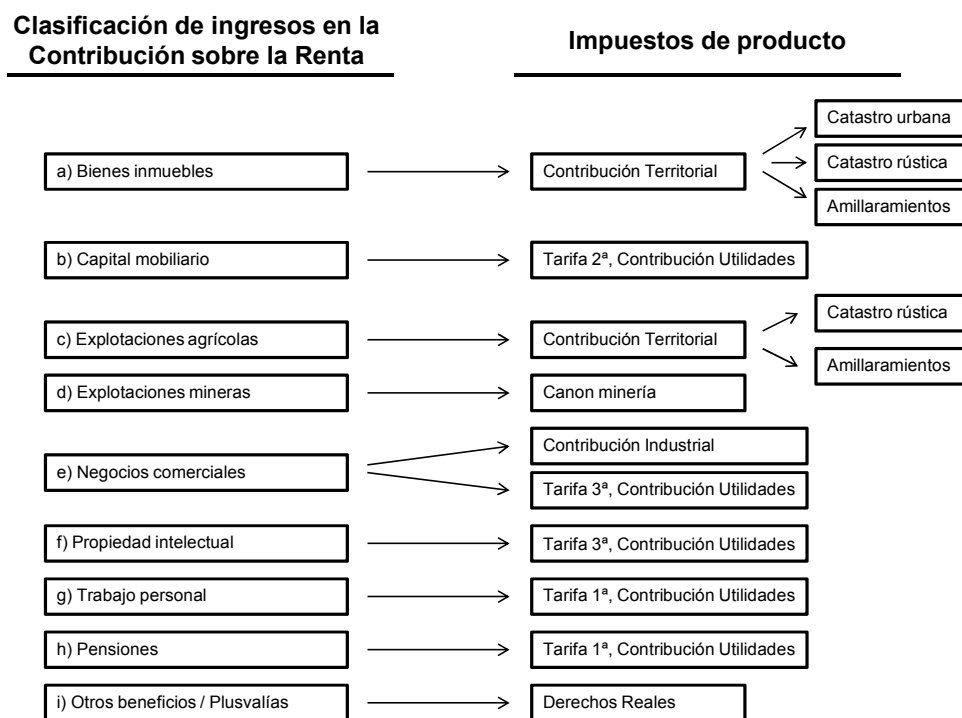
*Clasificación de los ingresos y valoración fiscal*⁸²⁵

Como mencionaba anteriormente, la Contribución sobre la Renta se definió como un impuesto que se aplicó solamente a los grupos de altos ingresos, al establecerse un umbral que osciló en torno a cien mil pesetas de renta y que eximió a la mayoría de ciudadanos de presentar declaración. Además, en el proceso de aplicación del impuesto, conviene subrayar que fue el hogar familiar, y no los individuos, la unidad básica de imposición fiscal. Hacienda igualmente diferenció entre las personas residentes, que debían declarar todos sus ingresos en España y en el extranjero, de los no residentes, que debían tributar exclusivamente por las rentas generadas en el país. Por otra parte, también es necesario enfatizar que la Contribución sobre la Renta se diseñó como un impuesto complementario que tomaba los impuestos de producto para la valoración fiscal. Esta dependencia con respecto al sistema fiscal preexistente tuvo un

⁸²⁵ Este apartado está basado principalmente en la lectura del manual de José MARTÍNEZ SAAVEDRA: *La contribución general sobre la renta en la teoría y en la práctica*, 2 vols., Madrid, Magisterio Español, 1947.

claro reflejo en la forma en que se clasificaron los ingresos de los contribuyentes (Imagen A.1).

Imagen A.1. La Contribución sobre la Renta y el sistema fiscal español, 1932-1953



Sobre esta clasificación, Hacienda estableció tres métodos para calcular la renta: las declaraciones de los contribuyentes, el procedimiento de rendimientos mínimos y el sistema de signos externos de riqueza. Las dos primeras formas de evaluación eran las más importantes, en tanto que tomaban como base la actividad económica y el patrimonio. Las declaraciones de los contribuyentes –también llamada estimación directa– constituían la primera serie de datos que disponía la administración y estaban basadas en las cifras que los contribuyentes consignaban voluntariamente en las declaraciones. El segundo procedimiento –rendimientos mínimos– resultaba fundamental para contrarrestar la tendencia de los contribuyentes a infravalorar sus ingresos y tomaba como referencia los datos fiscales (líquidos imponible) de los impuestos preexistentes. Por último, el sistema de signos externos de riqueza se estableció sobre la obligación de declarar determinadas formas de consumo de lujo (valor de la residencia, servicio doméstico, automóviles, caballos, etc.), sobre los que se imputaba un gasto aproximado y luego se aplicaba un coeficiente para llegar a una estimación sobre la renta afluida.

En los dos primeros sistemas de evaluación fiscal –estimación directa y rendimientos mínimos– se permitieron una serie de deducciones sobre los ingresos brutos, que incluían principalmente los gastos de negocio (costes de mantenimiento, personal contratado, seguros, etc.), impuestos directos y también los intereses por créditos personales. Otra deducción importante era aquella que permitía la reducción en una cuarta parte de las rentas del trabajo en concepto de prima por seguro de vida, aunque el nombre puede llevar a engaño, pues no era obligatoria la contratación de un seguro sino que era un incentivo para el ahorro entre los asalariados (incluso si estos eran grandes contribuyentes). Finalmente, a partir de la década de 1940, y de forma más clara con la reforma de 1954, se permitió también la deducción de las donaciones realizadas a obras benéficas y de los gastos personales de carácter extraordinario (pago de servicio médicos, boda de hijos o hijas, etc.).

Fuentes y metodología

La Contribución sobre la Renta generó una enorme cantidad de fuentes que hasta ahora habían pasado desapercibidas para los historiadores. Además de las declaraciones personales, que más adelante trataré, también tienen un gran interés las estadísticas que Hacienda publicó anualmente en las que se clasificaban a los contribuyentes por provincias y tramos de ingresos⁸²⁶. Pero junto con éstas, se formó un inmenso caudal de documentación fruto de la creación en 1940 del Registro de Rentas y Patrimonio con vistas a evaluar la riqueza de los contribuyentes a lo largo del tiempo. Si bien estas fuentes no están disponibles en ningún archivo público que conozca (el AGA, el AHN o el archivo del Ministerio de Hacienda), un catálogo elaborado en 1996 por la Subdirección general de Archivos Estatales permite comprobar que éstas se conservan en su inmensa mayoría, si bien su localización actual continúa siendo un misterio para los investigadores⁸²⁷.

Las declaraciones de la renta son la principal fuente fiscal sobre la que he construido esta investigación. Desde 1932, los contribuyentes estuvieron obligados a presentar en un formulario estándar sus datos personal y sus rentas, consignando éstas

⁸²⁶ *Estadística de la Contribución General sobre la Renta*, Dirección General de Contribución sobre la Renta, 1933-1934; *Estadística de la Contribución sobre la Renta*, Dirección General de Contribución sobre la Renta, 1935-1942; *Estadística de Servicios*, Dirección General de Contribución sobre la Renta, 1943-1950.

⁸²⁷ *La documentación de Hacienda (IRPF y patrimonio)*, Madrid, Subdirección General de los Archivos Estatales, 1996.

según la clasificación preestablecida (imagen A.1) y dando detalles adicionales sobre el origen y tipología de los ingresos. No obstante, el grado de conservación de estos expedientes dista de ser el óptimo, y en el caso de Madrid sólo existen series completas para inicios de la década de 1940 y para 1954, mientras que para la década de 1930 apenas se conservan unas pocas decenas de declaraciones. Para construir una muestra de grandes contribuyentes que sirviera de referente para mi investigación, consigné los datos de las personas que gozaban en 1941 de ingresos superiores a cien mil pesetas y, dado que existían también bastantes expedientes de 1940, 1942 y 1943, posteriormente añadí aquellos que no habían sido incluidos aplicando el mismo umbral de renta. En relación a los expedientes de 1954 era necesario tener en cuenta la fuerte inflación ocurrida, por lo que situé en 300.000 pesetas el nivel mínimo de renta. De esta forma en total pude reunir a 950 individuos en la muestra correspondiente a inicios de la década de 1940 y 701 personas para 1954.

Debido a las características del impuesto, los datos consignados en las declaraciones no podían ser directamente utilizados para un estudio social, por lo que fue necesario introducir una serie de cambios. En primer lugar, para cuantificar la renta total, tomé en cada apartado (propiedad, capital, etc.) la cifra que fuese mayor de ambos sistemas de evaluación (estimación directa y rendimientos mínimos)⁸²⁸, pero deseché los cálculos por signos externos debido a la distorsión que introducían en los resultados⁸²⁹. En segundo lugar, eliminé todas las deducciones que no tenían ninguna relación con la economía de los contribuyentes (deducción de rentas del trabajo, beneficencia y gastos médicos) y unifiqué en un solo apartado los intereses por créditos personales⁸³⁰. Por último, dado que las declaraciones de la década de 1940 unían en un mismo concepto las rentas procedentes del arrendamiento de fincas rústicas y urbanas, procedí a separarlas en función de la descripción de cada inmueble.

⁸²⁸ Este procedimiento era el seguido por la administración de Hacienda durante la década de 1940, pero en 1954 se cambió a un sistema que mantenía por separado ambas valoraciones, de forma que al final de la declaración se tomaba como renta neta la mayor de ambas cifras.

⁸²⁹ El principal problema con la valoración por signos externos no debía tanto a los intentos de ocultación por parte de los contribuyentes, sino a las estimaciones que realizó Hacienda. La valoración de los inmuebles, que suponía la principal forma de gasto, era especialmente problemática dado que podía hacerse por el valor catastral, en caso de ser una casa en propiedad, mientras que en las viviendas arrendadas se elegía el valor del alquiler. Como podrá sospechar el lector, las diferencias entre ambas estimaciones fueron muy sustanciales y con el tiempo tendieron a aumentar.

⁸³⁰ Si en las declaraciones de 1954 los intereses aparecen claramente identificados, en las declaraciones de la década de 1940 la información es muchos más pobre y queda integrada en una casilla de gastos económicos dentro cada apartado (propiedad, capital, negocios, etc.). Para hacer más fácil la comparativa entre ambos periodos opté por extraer dicha deducción y llevarla como una carga del apartado de rentas del capital.

Una vez recogidos los datos definitivos, comprobé que realizar un análisis de toda la muestra resultaba una tarea inabarcable y podía llevar a perder los detalles sobre las familias más importantes. Por ello, opté por realizar un estudio en función de las formas de capital, eligiendo una muestra de las clases altas a partir de un nivel mínimo de ingresos en cada sector económico. Por supuesto, como con toda selección, los criterios establecidos pueden ser objeto de debate en tanto que priorizan, pero también omiten, a determinadas personas. Pese a todo, los listados de las personas escogidas, que incluyo al final de esta tesis (tablas A.4–A.11), permitirán comprobar al lector que estoy tratando con el núcleo fundamental de las clases altas.

Tabla A.1. Criterios para la selección de las élites económicas tomando como referencia las declaraciones de la renta. Madrid, 1939-1954

Capítulos	Años	Grupo	Nivel mínimo de renta	Número de personas
1. Finanzas y grandes empresas	1939-1944	Capitalistas	250.000 ptas procedentes de valores industriales	36
		Consejeros	100.000 ptas por participar en consejos de administración o en la dirección de grandes empresas	93
	1954	Capitalistas	750.000 ptas procedentes de valores industriales y sociedades	39
		Consejeros	400.000 ptas por participar en consejos de administración o en la dirección de grandes empresas	70
2. El poder de la tierra	1939-1943	Terratenientes	100.000 ptas por rentas de la propiedad rústica o explotaciones agrarias	79
	1954	Terratenientes	400.000 ptas por rentas de la propiedad rústica	80
3. La propiedad urbana	1939-1943	Rentistas urbanos	100.000 ptas por rentas de la propiedad urbana	138
	1954	Rentistas urbanos	100.000 ptas por rentas de la propiedad urbana	132

Como puede verse en la tabla A.1, no ha sido posible aplicar un mismo umbral de ingresos para definir a las élites económicas, en tanto que la identificación de cada grupo tuvo que hacerse sobre principios distintos. En la selección de los grandes accionistas necesariamente tuve que optar por un nivel de renta más elevado que incluyera únicamente aquellas personas que realmente tenían un capital que le permitiese ostentar un control (total o parcial) sobre grandes empresas. Por otra parte, dado que los rentistas urbanos tuvieron que hacer frente a problemas específicos como la congelación de alquileres, no hubo más opción que mantener el mismo nivel de renta en 1941 y 1954, para intentar abarcar a un número de personas similar.

Dado que las declaraciones conservadas en el AGA abarcan el periodo posterior a la Guerra Civil, ha sido imposible elaborar una muestra de las mismas características para la década de 1930. No obstante, esta laguna pudo ser parcialmente cubierta

acudiendo a los listados que aparecieron en la *Gaceta de Madrid* de personas que presentaron declaración de la renta⁸³¹. Para esta investigación he tomado como referente el listado del primer año fiscal (1933), cuya publicación se extendió desde 1933 hasta 1936 y que reúne a 550 personas, una cifra ligeramente superior a las 397 personas que tuvieron que pagar el impuesto en el primer ejercicio⁸³². Estas listas de contribuyentes permiten comprobar el considerable grado de continuidad y coincidencia de personas con respecto al grupo estudiado en 1941, y de ahí que, a pesar que había transcurrido una década desde la caída de la monarquía, haya considerado los datos fiscales de posguerra como referente del universo económico de las clases altas de finales de la Restauración. El listado de grandes contribuyentes de 1932 sirvió también para realizar una historia social del grupo, pues al localizar su domicilio en el padrón municipal de 1930 fue posible conocer una serie de variables básicas sobre su vida privada (tipo de residencia, número de trabajadores domésticos, etc.).

Una aproximación al fraude fiscal

¿Qué fiabilidad tienen los datos de la Contribución sobre la Renta en términos históricos? En líneas generales, habiendo estudiado las declaraciones del periodo, la contabilidad privada de algunos grandes contribuyentes y las críticas que hicieron los contemporáneos del impuesto, existen múltiples razones para tomar las cifras con cierta cautela⁸³³. No hay duda de que el principal defecto de la Contribución sobre la Renta estuvo en su definición como un impuesto complementario que evaluaba los ingresos en base a los viejos impuestos de producto. Aunque es cierto que 1932 este sistema proporcionó la base para conocer las rentas y el patrimonio de los contribuyentes, con el tiempo esta dependencia se volvió contraproducente, especialmente si se tiene en cuenta

⁸³¹ Los listados aparecen en la *Gaceta de Madrid* en el apartado de la *Dirección general de Rentas públicas. Contribución general sobre la renta*. Al contrario de lo que podrá pensar el lector, este listado no buscaba exponer o denunciar públicamente a los grandes contribuyentes, sino que era un remedio improvisado para que las delegaciones provinciales de Hacienda pudieran aligerar la búsqueda de las rentas y propiedades de los contribuyentes. Los listados no son perfectos –contienen erratas– y no incluyen el título nobiliario de los contribuyentes, por lo que fue necesario buscarlos en diversas publicaciones como *La sociedad de Madrid* y el *Anuario español del Gran Mundo* que más adelante trataré

⁸³² La diferencia puede deberse tanto al retraso por parte de determinados contribuyentes por presentar declaración (recuérdese que el listado continuaba ampliándose en 1936) y también a que otros pudieron presentar declaración aunque gozaban de ingresos ligeramente inferiores al mínimo de cien mil pesetas.

⁸³³ La crítica de los contemporáneos a la contribución en César ALBIÑANA: *La contribución general sobre la renta en los años 1953-1954*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1969; Emilio ALBI IBÁÑEZ: *Impuesto sobre la renta y equidad. El caso español*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1975.

que los inspectores del impuesto tuvieron expresamente prohibida la investigación de las rentas que ya hubiesen tributado⁸³⁴.

Dentro de los múltiples impuestos de producto (Figura A.1), algunos tributos eran más eficaces que otros, por lo que a efectos de la Contribución sobre la Renta, determinados ingresos fueran más fáciles de evadir. Sin necesidad de entrar en demasiados detalles, parece claro que uno de los principales focos de ocultación fiscal se produjo en las empresas de carácter familiar pues, si bien éstas debían tributar por la Contribución de Utilidades, gozaban de un mínimo control fiscal y podían fácilmente esquivar la necesidad de repartir dividendos⁸³⁵. En términos sociales, el análisis de las declaraciones permite comprobar que esta forma de evasión fiscal fue principalmente utilizada por los pequeños y medianos industriales de Madrid⁸³⁶, aunque con el tiempo también comenzó a ser frecuente que algunos grandes terratenientes y capitalistas organizaran parte de su patrimonio en base a este tipo de empresas familiares⁸³⁷.

Otro de los grandes focos de evasión fiscal se produjo entre las profesiones liberales que tributaban por la Contribución de Utilidades. Al carecer de la figura de un patrón o empleador, estos grupos podían valerse de su propia declaración, por lo que contaban con enormes posibilidades para defraudar. No obstante, tras haber consultado las declaraciones de la renta, puede afirmarse que no todos los grupos profesionales gozaron de las mismas posibilidades para ocultar sus ingresos, en tanto que las profesiones que operaban a través del impuesto del Timbre (agentes de cambio y bolsa, registradores y notarios) eran más fáciles de inspeccionar que aquellos que ejercían su actividad libremente (abogados, médicos y arquitectos). Por último, también es indudable que las rentas derivadas de la propiedad inmueble, pero especialmente de las fincas rústicas, aparecieron generalmente infravaloradas en las declaraciones de la renta.

⁸³⁴ “Los inspectores no podrán extender su actuación a ningún otro tributo, cuya inspección corra a cargo de [otras] inspecciones de Hacienda”. Circular de la Dirección General de Contribución de la Renta de 14 de abril de 1943, citado en Pilar TOBOSO: “La fragmentación corporativa de la inspección fiscal en el franquismo”, en Juan PAN-MONTOJO (coord.): *Los inspectores de hacienda en España: una mirada histórica*, Madrid, CEF, 2007, p. 59.

⁸³⁵ Un hecho tan extendido que fue abiertamente reconocido en la exposición de motivos de la Ley de 26 de diciembre de 1957.

⁸³⁶ Como un simple botón de muestra basta señalar que si en 1941 hubo 82 personas que declarasen más de 100.000 pesetas en concepto de negocios comerciales e industriales, en 1954 —a pesar de la enorme inflación— sólo hubo 37 personas que declarasen por encima del mismo nivel de ingresos.

⁸³⁷ En 1954 habían optado por este sistema el duque de Medinaceli (Corchera Almoraima y Hotelera Madrileña), el conde de Elda (Fomento Agrícola Sagradas), los Fierro (Financiera Fierro y Goya SA), Ignacio Villalonga (Obras y Finanzas), Juan Villalonga (Industrias y Finanzas), Juan Fausto (Contrataciones e Industria) y los condes de Gamazo (Finarga).

En este último caso el problema no tenía que ver con el diseño del impuesto –la Contribución Territorial– sino con los sistemas de evaluación (catastro y amillaramientos), que mantuvieron unos líquidos imponibles por debajo de los ingresos reales⁸³⁸. En conclusión, debido a las características del sistema fiscal español existió una fuerte tendencia a la infravaloración de los ingresos provenientes de empresas familiares, de los ingresos profesionales y de las rentas de la propiedad inmueble. Adicionalmente, fruto de estas omisiones, muchos industriales, comerciantes, abogados, arquitectos y médicos optaron por no presentar declaración y no han sido podido ser incluidos en mi estudio. Por el contrario, debido a la efectividad de las tarifas primera y segunda de la contribución de Utilidades, los salarios y dividendos de grandes empresas (especialmente si cotizaban en Bolsa) difícilmente escaparon al control de Hacienda y, por tanto, fueron más fácilmente evaluados a efectos de la Contribución sobre la Renta.

No obstante, sería insuficiente situar todas las culpas en la herencia del viejo modelo fiscal, pues el Estado franquista contribuyó notablemente a la persistencia de un sistema tributario arcaico. La dictadura no sólo optó por perpetuar los antiguos impuestos de producto –a pesar de su declarada oposición al pasado liberal– sino que además tampoco mostró una voluntad de modernizar la Hacienda ante nuevos problemas. En relación a la Contribución sobre la Renta, es indudable que a lo largo de la década de 1940, el régimen impuso una serie de medidas que entorpecían el desarrollo del impuesto, como fue la decisión de eximir de tributar las plusvalías obtenidas por la enajenación del patrimonio y también de los beneficios reinvertidos en negocios comerciales e industriales, de prohibir la investigación de las cuentas corrientes –un hecho que sin duda facilitaba el blanqueo de dinero–, de abolir el sistema de evaluación por signos externos y por conceder sucesivas amnistías fiscales⁸³⁹. Otra de las grandes debilidades de la Hacienda franquista estuvo en su incapacidad por controlar el patrimonio que disponían los españoles en el extranjero, un hecho que debía

⁸³⁸ Carlos BARCIELA “Fraude fiscal y mercado negro durante el primer franquismo”, *Hacienda pública española*, 1-extraordinario (1994), pp. 367-381.

⁸³⁹ Algunas de estas decisiones aparecen comentadas en José MARTÍNEZ SAAVEDRA: *La contribución general sobre la renta.... Una visión global* en Francisco COMÍN: “La Hacienda pública en el franquismo autárquico, 1940-1959”, en Carlos BARCIELA (ed.): *Autarquía y mercado negro. El fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 247-272.

al aislamiento del régimen a nivel internacional y a la temprana aparición de paraísos fiscales como Suiza⁸⁴⁰.

Pero el principal problema de la Hacienda franquista fue su incapacidad por combatir eficazmente la evasión fiscal que, de forma cotidiana y sin necesidad de hacer uso de complejos entramados, pusieron en marcha los grandes accionistas, consejeros, terratenientes y propietarios. Cuando en 1932 fue aprobada la Contribución sobre la Renta, las clases altas de Madrid no se habían preparada para dicho cambio. Esta improvisación ante la sorpresa unido a los bajos tipos impositivos, motivaron que posiblemente hubiese una mayor colaboración por parte de los grupos dominantes del que cabría suponer a tenor del abismo político que les separaba de la República. Sin embargo, de cara hacia el futuro, las clases altas no iban a aceptar el principio de tributar por toda sus rentas, por lo que fue necesario buscar mecanismos para ocultarlas. En ese sentido, un testimonio muy valioso lo proporciona el informe que escribió el administrador de José Luis de Oriol, que comenzaba haciéndole partícipe de la necesidad prepararse ante una posible investigación fiscal:

Repasando con D. Dario las declaraciones del impuesto sobre la renta, que hoy salen para Vitoria, me encuentro al estudiar las cifras y datos, [...] [ante la] imposibilidad de presentar una contabilidad que reflejara exactamente lo que la declaración de rentas dice [...] ¿No es mucho más fácil, no traerá una predisposición mucho más favorable en aquél que venga a inspeccionar el decirle, sí señor, llevamos contabilidad, aquí tiene Ud. los libros de gastos, los comprobantes, las compras de acciones, etc. etc. y ¿no producirá por lo menos en dicho señor una sensación de que sabemos hacer las cosas cuando vea que se le presenta todo y que tiene todo a su disposición aunque al final le quede la sospecha o el recelo de que algo se ha ocultado⁸⁴¹.

Pero las propuestas de administrador no terminaban ahí, en tanto que a continuación le presentó un plan para evadir una parte sustancial de las rentas:

Hay que determinar ahora el capital establecimiento de la Sociedad conyugal y funcionar con el exclusivamente dejando el resto como si no existiese [...] Sería obligado el que estuviese comprendido dentro de ese capital establecimiento aquellos bienes raíces que tienen un rastro en el registro de la propiedad, aquellos valores nominativos que no se pueden ocultar, aquellos valores al

⁸⁴⁰ Por esta razón los ingresos declarados por Juan March, el hombre más rico del país, a pesar de situarle entre los más altos del grupo, estaban notablemente infravalorados, dado que excluían su fortuna en el extranjero.

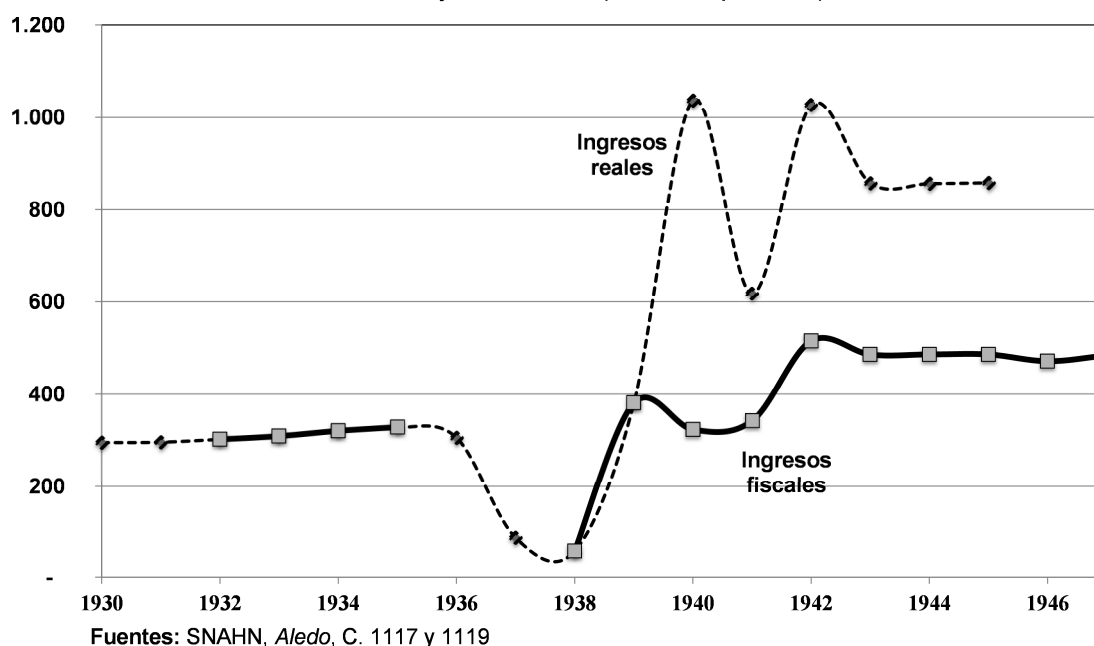
⁸⁴¹ *Nota de asuntos*, 28 de febrero de 1935. CDMH, *PS-Particular*, c. 632.

*portador que por circunstancias especiales están pignorados o figuran en depósito en Bancos*⁸⁴².

El relato del administrador resulta clave al apuntar cómo Hacienda pudo identificar rápidamente los ingresos de las clases altas de Madrid a través de dos medios: los registros de la propiedad y los depósitos de acciones en los bancos. Sin embargo, acudiendo a contabilidades paralelas, contando con el apoyo de las grandes empresas y manteniendo parte de las acciones sin identificar (por ejemplo, guardando los títulos en casa), existía la posibilidad de ocultar aquellos ingresos que en teoría eran más fáciles de controlar por el Estado (dividendos y rentas del trabajo).

En el caso del marqués de Aledo, la comparativa entre las rentas del trabajo declaradas y las reales muestra cómo el fraude pasó de ser inexistente en los años 30 a alcanzar a inicios de la década de 1940 un nivel que permitía ocultar la mitad de sus dietas y salarios (Gráfico A.1).

Gráfico A.1. Rentas del trabajo del marqués de Aledo, 1930-1947
Valor real y valor fiscal (Miles de pesetas)

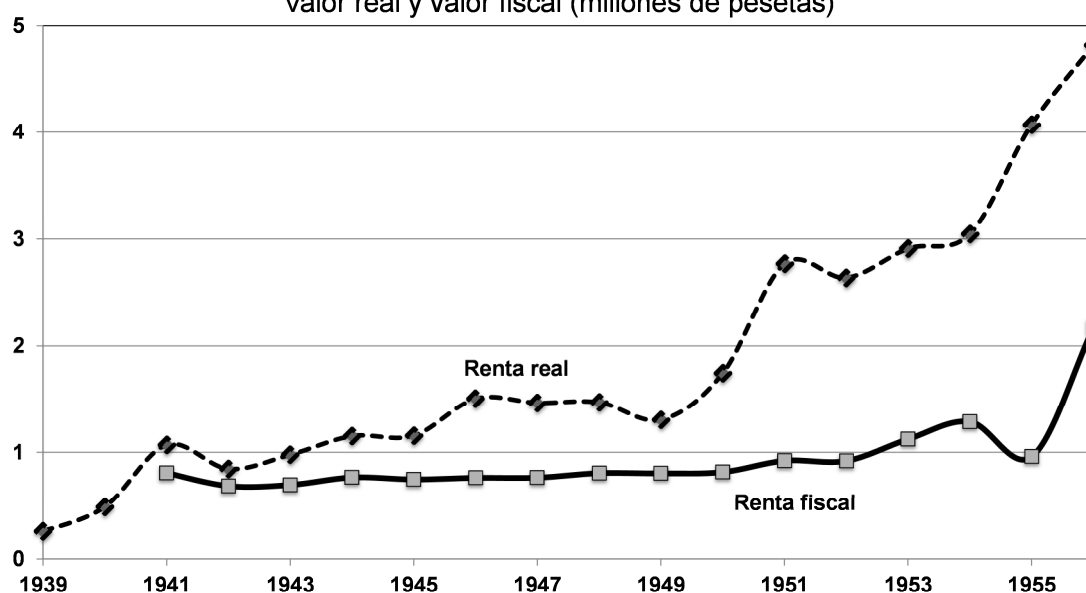


El estudio de las rentas de los condes de Gamazo permite confirmar estas mismas pautas. Si bien el patrimonio de los condes estaba muy diversificado, pues abarcaba viviendas en Madrid y Barcelona junto con fincas rústicas en Valladolid, Madrid, Ciudad Real y Toledo, tres cuartas partes de sus ingresos provenían de

⁸⁴² *Ibid.*

dividendos de grandes empresas y de salarios por participar en consejos de administración. Por eso, resulta sorprendente que la comparación entre los ingresos reales (descontando las deducciones legales) y los ingresos declarados a Hacienda divergieran de forma creciente, pues sí en origen se ocultaba aproximadamente un treinta por cien de las rentas, a mediados de la década de 1950 el fraude alcanzaba el setenta por cien de los ingresos netos. En 1954, tomando como referencia la declaración de la renta y un informe particular del administrador de los condes, las diferencias son igualmente llamativas, pues si para Hacienda Juan Antonio Gamazo participaba en once consejos de administración, en realidad su presencia como consejero se extendía a 26 empresas, por lo que podía ocultar la mitad de sus rentas del trabajo.

Gráfico A.2. Renta neta del conde de Gamazo, 1939-1956
Valor real y valor fiscal (millones de pesetas)



Fuente: Archivo Gamazo, *Libros de contabilidad*.

Nota: En la renta real se han desgravado las deducciones aplicables a efectos de la Contribución sobre la Renta. La renta fiscal procede de la capitalización de la cuota pagada en función de los tipos impositivos.

Aunque sin duda sería conveniente contar con más estudios sobre las formas de fraude fiscal, las pautas señaladas hasta el momento permiten afirmar que la ocultación estuvo muy extendida y que las declaraciones no pueden leerse como una descripción fiel y precisa de la economía privada de las clases altas. No obstante, a pesar de todos los inconvenientes que he señalado, las fuentes generadas por la Contribución sobre la Renta siguen teniendo un indudable valor histórico, pues no sólo fue el impuesto más completo y que más información proporciona del sistema fiscal español, sino que además, dado que fue aplicado a un número muy reducido de contribuyentes, permite identificar a la mayoría de las familias de las clases altas de Madrid. Por otra parte, aun

teniendo en cuenta el fraude, las cifras consignadas en las declaraciones no son ciencia ficción; por muchos manejos que pudiesen hacer los grandes contribuyentes, al final debían declarar de una forma u otra sus rentas y patrimonio. De hecho, como puede verse a través de un estudio comparado con las contabilidades privadas, puede decirse que la clasificación fiscal en función de los niveles y tipos de renta declarada se correspondía en gran medida con la realidad económica de las clases altas.

Fuentes económicas adicionales

La propiedad urbana a través de la Contribución Territorial

Además de la Contribución sobre la Renta, la Contribución Territorial que gravaba la propiedad urbana es otra fuente fiscal que tiene un gran interés para el estudio de las clases altas de Madrid. Este impuesto también generó una multitud de fuentes como son los libros de matrícula de la contribución, los listados de mayores contribuyentes y las estadísticas internas de la Cámara de la Propiedad Urbana de Madrid. La primera de estas fuentes ha sido la más utilizada en la historia urbana, dado que proporciona un registro anual de los inmuebles de la capital, incluyendo su renta a efectos fiscales y una referencia al propietario. En cambio, en esta investigación he hecho un mayor uso de las otras dos fuentes.

Los listados de los 256 mayores contribuyentes por territorial y subsidio que se publicaron periódicamente en el *Boletín oficial de la provincia de Madrid* reunían a las personas que pagaban mayor cuota por Contribución Territorial o Industrial. A pesar de referirse a dos impuestos distintos, debe tenerse en cuenta que a finales de la Restauración las empresas industriales y mercantiles de cierto tamaño habían pasado a tributar por la Contribución de Utilidades, por lo que la inmensa mayoría de los contribuyentes que aparecían en las listas eran propietarios urbanos. Por otra parte, dado que fue un registro que buscaba determinar el cuerpo electoral del Senado, no debe creerse que los listados son una radiografía perfecta de los rentistas urbanos, pues omiten en su valoración aquellas propiedades que gozaban de exención fiscal, a las mujeres y extranjeros, pues carecían de plenos derechos políticos, y las personas que estaban empadronadas en otros municipios. Por último, aunque los listados reflejaban únicamente la cuota pagada, en mi estudio he optado por capitalizar estas cifras por los tipos impositivos —multiplicando por cuatro, dado que aproximadamente se gravaba la

renta neta en un 25 por cien– para obtener así una estimación de los ingresos de cada contribuyente.

Las estadísticas internas de la Cámara de la Propiedad Urbana de Madrid son un excelente complemento a los listados de mayores contribuyentes. La Cámara era la institución encargada de la defensa de los propietarios urbanos y su posición quedó reforzada desde que en 1919 el Estado obligó a todos los propietarios a afiliarse a ella. Debido al aumento en el número de socios, y habida cuenta de las diferencias económicas entre ellos, la elección a la Junta directiva se hizo no por sufragio directo, sino por estamentos en los que se agrupaba a los propietarios por niveles de contribución pagada. Dado que la dirección de la Cámara debía mantener un registro actualizado de sus socios, fue frecuente la elaboración de un resumen del número de propietarios y de la contribución que pagaban (tabla A.2), con el que pude elaborar una estimación de la concentración de la renta urbana (tabla 3.1, capítulo tercero). Como primer paso capitalicé las cuotas por el tipo impositivo (multiplicar por cuatro). Posteriormente, para obtener los ingresos totales de un grupo determinado supuse que los ingresos medios se situaban en la media aritmética de dicho tramo de ingresos (por ejemplo 7.500 pesetas para el tramo de cinco a diez mil pesetas), y luego multipliqué por el número de contribuyentes⁸⁴³.

Tabla A.2. Resumen de contribuyentes y cuotas pagadas por Contribución Territorial. Madrid ciudad, 1929

Clase	Subclase	Contribución urbana pagada (pesetas)		Número de contribuyentes
1	1	>50.000		24
	2	25.000,01	50.000	87
	3	20.000,01	25.000	70
	4	15.000,01	20.000	150
	5	10.000,01	15.000	345
2	6	5.000,01	10.000	1.150
	7	3.000,01	5.000	1.375
3	8	2.000,01	3.000	1.300
	9	1.000,01	2.000	2.300
	10	500,01	1.000	1.600
4	11	250,01	500	1.325
	12	100,01	250	1.000
	13	50,01	100	750
	14	10,01	50	1.026

Fuente: ARCM, *Fondo Cámara de la Propiedad Urbana de Madrid*, sig. 358051.

⁸⁴³ Dado que el grupo de propietarios más ricos (contribuyentes que pagan cuota de más de 50.000 pesetas) no fue definido en su parte superior, he tomado como límite la cuota pagada que, según el *Boletín oficial de la provincia de Madrid*, pagó en 1930 el mayor contribuyente: el marqués de Fontalba con 126.336 pesetas.

La sección de Operaciones del Banco de España

Si las fuentes fiscales proporcionan una excelente base cuantitativa sobre la economía de las familias de clase alta, los informes de la sección de Operaciones del Banco de España aportan los elementos cualitativos para estudiar a sus componentes. Para comprender la naturaleza de esta fuente conviene recordar que durante la primera mitad del siglo XX, el Banco de España, además de ejercer las funciones propias de un banco central (financiación de la deuda pública, prestamista de última instancia para los bancos privados, etc.), estuvo abierto al público para realizar depósitos y solicitar créditos. Por tanto, como cualquier otra entidad financiera, el banco debía limitar el riesgo de impago y, para ello su sección de Operaciones quedó encargada de evaluar la solvencia de los solicitantes. En este proceso de evaluación, además de la declaración de patrimonio que podían enviar los particulares, los informes fueron elaborados a través de fuentes de carácter público (registros de la propiedad, información fiscal, etc.), pero en otros casos parece evidente que informaban sobre hechos o rumores sólo conocidos en las altas esferas de las finanzas. En la época posterior a la Guerra Civil, la sección de Operaciones acudió de forma creciente a *Dun & Bradstreet*, una agencia internacional especializada en el estudio económico de empresas y particulares

Sin duda, estos informes proporcionan una perspectiva extraordinariamente valiosa del pasado aunque, como toda fuente histórica, deben ser analizados críticamente. Junto con la posible omisión o desconocimiento de determinados rasgos de la economía de los particulares, lo más relevante es que los informes no fueron elaborados por un actor neutral, sino por una institución privada que tenía un papel central en el sistema financiero. Este hecho tiene su reflejo en que la inmensa mayoría de los informes describen a individuos con negocios que gozaban de un mayor grado de anonimato (industriales, terratenientes y comerciantes), mientras que apenas tratan a los banqueros y financieros de Madrid, posiblemente porque la mayoría eran perfectamente conocidos. Por otra parte, conviene no olvidar que muchos de estos últimos estaban directa o indirectamente representados en el consejo del Banco de España, por lo que obviamente ningún empleado de esta entidad iba a ponerse a investigar (o cuestionar) el patrimonio personal de sus accionistas⁸⁴⁴.

⁸⁴⁴ En ese sentido, resulta muy relevante que cuando el conde de Limpías –uno de los consejeros más importante del Banco– y su hermana solicitaron sendos créditos, lo único que quedó recogido por la sección de Operaciones fue “no pedir informes”. AHBE, *Operaciones*, leg. 306

Prensa y publicaciones

La prensa y las publicaciones periódicas que emanaban de distintos actores (el Estado, empresas, etc.) han sido una fuente profusamente utilizada por parte de los historiadores de las élites. Dentro de la historia económica, el *Anuario Financiero y de Sociedades Anónimas de España* y las memorias de las empresas son fuentes ineludibles dado que proporcionan los datos básicos para estudiar la evolución de los resultados de las grandes empresas. Por el contrario, debido a que en esta investigación no interesaban tanto estas magnitudes como la evolución de los ingresos de los grandes contribuyentes, he priorizado el uso del *Anuario oficial de valores de la Bolsa de Madrid*, que proporciona las cotizaciones, dividendos y, en ocasiones, la remuneración del consejo de administración de las grandes empresas.

Basándome en este anuario, en el capítulo primero presento en la gráfica 1.4 la evolución de los principales valores de la bolsa de Madrid durante la primera mitad del siglo XX, si bien este gráfico debe tomarse como un cálculo aproximado. El problema radica en que los estudios sobre el mercado bursátil han separado tan radicalmente el periodo anterior y posterior a la Guerra Civil que no se ha elaborado un índice continuo que cubra ambos periodos⁸⁴⁵. Para cubrir esta laguna, para el periodo de 1925 a 1936 elaboré una muestra representativa de los principales empresas de cuatro sectores: bancos, ferrocarriles, eléctricas y metalúrgicas (tabla A.3). Posteriormente, recogí sus cotizaciones medias anuales según aparecían en el *Anuario oficial de valores* y fijé 1940 como año de referencia, de forma que para los años posteriores podía vincularse con la evolución del Índice general de la Bolsa de Madrid. Sin duda una muestra de sólo once empresas es bastante pequeña, aunque su composición sí recoge diversos sectores con un largo recorrido histórico. En cualquier caso, ello no anula que siga siendo necesario que los historiadores económicos realicen un índice que incluya a un mayor número de empresa y abarque todo el siglo XX.

⁸⁴⁵ Para el periodo anterior a la Guerra existen dos índices (aritmético y ponderado), que pueden consultarse en Andrés HOYO APARICIO: *Economía y mercado de valores en la España contemporánea. La evolución de la Bolsa antes del big bang español, 1831-1988*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2007. Para la época posterior a 1940, véase *Índices de cotización de acciones de la Bolsa de Madrid, 1941-1991*, Madrid, Bolsa de Madrid, 1992.

Tabla A.3. Grandes empresas incluidas en el índice bursátil, 1925-1940

Bancos	Eléctricas	Ferrocarril	Metalúrgicas
Banco de España	Hidroeléctrica Española	MZA	Duro Felguera
Banesto	Sevillana de Electricidad	Norte	Altos Hornos de Vizcaya
Banco Central	Unión Eléctrica Madrileña		
Banco Hispano Americano			

En esta investigación también he hecho un amplio uso de otras publicaciones, como fue la prensa de sociedad y los anuarios mundanos. Entre las primeras ocupa un lugar muy destacado *Blanco y Negro*, una revista que si bien estuvo dirigida al gran público, incluyó durante toda la década de 1920 un apartado titulado *Gran Mundo* en el que destacan los reportajes sobre las “residencias aristocráticas” y las “bellezas aristocráticas”. Ambos tipos de artículos proporcionan una mirada única sobre los componentes y valores de la alta sociedad, aunque también debe tenerse presente que reúnen los rasgos propios de una construcción literaria que buscaba realzar el prestigio y la honorabilidad de las personas retratadas. Para el periodo posterior a la Guerra Civil, existe una notable ausencia de publicaciones mundanas. Mientras que revistas como *¡Hola!* optaron por un formato radicalmente nuevo, las viejas esencias aristocráticas fueron sólo recogidas en 1950 por *Gran Mundo*, fundada por Agustín de Figueroa, hijo del conde de Romanones.

Los anuarios mundanos como *El anuario español del Gran Mundo*, *La sociedad de Madrid: Libro de los Salones* o *Le Tout Madrid* eran publicaciones que reunían un listado de los miembros de la alta sociedad con unas mínimas señas de identificación (nombre y apellidos, títulos nobiliarios, domicilio, etc.). A pesar de su sencillez, tienen un enorme interés en tanto que la selección de determinadas familias indican, de forma aproximada, quienes formaban parte de la alta sociedad y quienes eran excluidos. Adicionalmente, en *El anuario español del Gran Mundo* toda persona podía consignar voluntariamente los clubes a los que pertenecía, por lo que pude estudiar, aunque fuese de forma incompleta, la composición del Nuevo Club y del Real Club Puerta de Hierro.

Por último, también debe destacarse la revista *Madrid Automóvil*, que si bien no fue una publicación de sociedad, tiene un indudable interés al incluir mensualmente los coches matriculados en Madrid, indicando modelo, propietario y domicilio. Los fondos conservados en la Biblioteca Nacional abarcan un periodo suficientemente largo (desde 1925 hasta 1932), que permiten recoger la mayoría de compradores de automóviles

durante los años de máximas ventas en España⁸⁴⁶. No obstante, la utilización de esta fuente presenta ciertos problemas en tanto que el total de coches que aparecen en sus páginas durante estos siete años (aproximadamente más de 28.000) hacen inviable la elaboración de una base de datos completa. Como procedimiento alternativo opté por repasar las listas y seleccionar aquellos que claramente formaban parte de las clases altas de Madrid en función de las fuentes ya mencionadas (registros fiscales, títulos nobiliarios, etc.), por lo que pude recoger 1.219 coches. De forma adicional, asigné estos coches a cada hogar, agregando en el cabeza de familia los automóviles que aparecían a nombre de su cónyuge o hijos con los que compartía domicilio, llegando al final a una muestra de 501 familias.

Archivos personales

La documentación de carácter personal se ha convertido en una pieza fundamental de la historia, pues proporciona una visión sobre los actores sociales en la que no median otras instituciones (Estado, empresas, prensa, etc.). Al iniciar mi investigación, pensé que las posibilidades de consultar este tipo de fondos eran mínimas, dado que posiblemente la mayoría habría sido destruidos en la Guerra Civil o se habría dispersado entre sus herederos sin que éstos fuesen conscientes de su valor histórico. Mi trabajo durante estos cuatro años me ha permitido comprobar lo errónea que era esta impresión, por lo que en la actualidad puedo afirmar sin exagerar que la primera mitad del siglo XX es el periodo con mayor volumen de documentación privada en la historia de las élites contemporáneas.

En primer lugar es necesario destacar los excelentes fondos de la Sección Nobleza del Archivo Histórico Nacional, que incluye abundante documentación del marqués de Aledo y de los duques de Fernán Núñez, así como algunos papeles del marqués de Villavieja. El fondo más complejo es el de Aledo, pues en total abarca 1.800 cajas, de las que aproximadamente trescientas recogen toda su correspondencia desde los años 20 hasta su muerte en 1961. Debido a este ingente volumen, sólo he podido consultar parcialmente el fondo Aledo.

El Centro Documental de la Memoria Histórica –el antiguo archivo de la Guerra Civil de Salamanca– contiene también fondos de las familias Oriol, de los Figueroa

⁸⁴⁶ La muestra no es perfecta pues también falta el ejemplar correspondiente a diciembre de 1932, aunque para entonces los niveles de matriculación habían caído a los niveles más bajos en diez años, por lo que la pérdida de datos es mínima.

(conde de Yebes y marqués de Villabrágima), del conde de Barbate y de los Sáinz (banqueros). La razón por la que esta documentación personal ha terminado en un archivo público se debe a las vicisitudes del periodo. En 1936 las milicias asaltaron las casas de las familias de clase alta y en muchos casos hicieron acopio de parte de la documentación que encontraron, posiblemente con vistas a rastrear su patrimonio o determinar su colaboración con el golpe de Estado. Posteriormente, tras producirse la victoria de Franco, las autoridades incautaron toda la documentación en manos de los sindicatos y partidos obreros, por lo que estos fondos personales, en vez de ser devueltos a sus propietarios originales, pasaron al archivo de Salamanca. Debido a este trasiego entre distintas autoridades, los fondos del CDMH no son archivos familiares al completo, sino que agrupan fundamentalmente registros contables y correspondencia.

Existen también archivos familiares conservados en instituciones privadas, entre los cuales destaca la Fundación Maura, el Archivo Histórico de Viana y el Archivo de la Casa de Alba. Por otra parte, contando con la diligencia de Alfonso Pérez-Maura pude contactar con el conde de Gamazo, que me permitió consultar los fondos de su antecesor. En dicho fondo, se incluye un minucioso registro contable del periodo 1939-1961 y diversa correspondencia derivada de su apoyo a la causa monárquica. Por último, gracias a la amabilidad de Jaime Urquijo y José Sáinz de la Cuesta he podido consultar libros inéditos o de muy difícil localización.

Este breve repaso sobre la documentación privada permite comprobar la heterogeneidad en los fondos que pueden consultarse y la necesidad de hacer un tratamiento individualizado en cada caso. Sin embargo, debe reseñarse que en el campo de la contabilidad privada he optado por realizar un análisis homogéneo sobre la base de presentar las cifras siguiendo este orden: ingresos brutos (dividendos, rentas de fincas, salarios, etc.) deducidos de los costes del negocio (intereses, impuestos, etc.) y, después, del gasto doméstico. La comparativa que presento en el capítulo octavo sobre el consumo de los duques de Fernán Núñez y de la familia de José Luis de Oriol (tabla 8.1), también es una elaboración *ad hoc* que toma la clasificación de la primera familia. En cualquier caso, dado que la contabilidad privada es muy difícil de encontrar, he decidido incluir un resumen de cada una en el apéndice para ayudar a investigaciones posteriores (tablas A.12-A.18.)

Fuentes orales

Al diseñar una tesis doctoral que trata un actor colectivo de la primera mitad del siglo XX, resultaba difícil concebir que las fuentes orales pudiesen desempeñar un papel relevante. Posteriormente, gracias a los trabajos de Eric Mension-Rigau, pude entender que existía la posibilidad de construir un relato histórico a través de la memoria individual y colectiva de los descendientes de las clases altas⁸⁴⁷. Al realizar estas entrevistas era obvio que debía confrontar a los problemas ligados a toda fuente oral – como son la construcción de una racionalidad *a posteriori* de los acontecimientos o la fuerte tendencia a la autocensura por parte de los entrevistados –, pero también al hecho de que no estaba tratando con los protagonistas de la historia, sino con sus hijos o nietos. No obstante, estos inconvenientes se ven claramente superados por la posibilidad de estudiar procesos de naturaleza social o cultural que apenas han dejado un rastro por escrito.

Como primer paso para la realización de las entrevistas cree un modelo de cuestionario que, siguiendo el modelo planteado por Mension-Rigau, permitía transitar entre la historia pública y privada. El punto de partida de las preguntas generalmente estuvo en las actividades económicas, para posteriormente trazar su interrelación con la familia, la educación y la vida privada. El desarrollo de las entrevistas se basó en el envío de una carta explicando mis propósitos y, posteriormente si accedían, grabé los encuentros. No obstante, debido a la poca disponibilidad o reticencias de algunas personas, no fue posible grabar todas las conversaciones. El resultado de estas entrevistas fue extraordinariamente positivo, pues permitieron abrir un medio idóneo para formular, confirmar y desechar hipótesis sobre un periodo en el que la historiografía no ha indagado suficientemente. Sin embargo, también debo reconocer que, dado que las entrevistas fueron concedidas a la par que investigaba con otras fuentes, muchas veces sólo busqué explorar nuevos horizontes y compartir impresiones. Por esa razón, en esta tesis he optado por incluir muy pocas referencias directas a las grabaciones, aunque ello no anula que las personas entrevistadas aportaran ideas tremendamente valiosas y, por ello, estoy en deuda con ellas.

⁸⁴⁷ Éric MENSION-RIGAU: *L'enfance au château....*; ÍD.: *Aristocrates et grands bourgeois...*

Tablas de apéndice

Tabla A.4. Capitalistas residentes en Madrid, 1941-1944. Miles de pesetas.

Año fiscal	Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Capital mobiliario		Trabajo	Propiedad urbana	Explotaciones agrícolas	Propiedad rústica	Varios
				Acciones	Total capital					
1941	March Ordinas, Juan		3.160	1.425	1.624	24	228	199	-	1.086
1941	March Servera, Juan		1.467	964	1.327	-	13	101	-	27
1941	Urquijo y Ussía, Luis	Amurrio, Marqués	1.301	857	921	190	190	-	-	-
1941	Gaiztarro Arana, Candelario		813	788	768	6	39	-	-	-
1941	Figueroa y Torres, Álvaro	Romanones, Conde	1.286	642	661	33	380	212	-	-
1941	Mendizábal y Echevarría, Carlos		614	559	569	32	9	-	5	-
1941	Fernández-Duro y Bayo, Dolores	La Felguera, Marquesa	1.059	552	817	-	215	27	-	-
1941	González-Fierro Ordóñez, Ildefonso		819	549	587	214	1	-	-	16
1942	Ussía y Cubas, José Luis	Gaitanes, Conde de los	244	548	73	221	-	2	-	48
1941	Chávarri y Aldecoa, Esperanza	Villagonzalo, Condesa viuda	631	506	595	-	17	-	-	18
1941	Limón Caballero, Sebastiana	Barbate, Condesa viuda	629	497	530	-	38	62	-	-
1941	Urquijo y Ussía, Juan Manuel		900	465	254	125	351	169	-	-
1941	Quijano de la Colina, Ramón		531	463	448	78	5	-	-	-
1943	Sarri Fernández-Valdés, Antonio		713	457	490	118	74	-	31	-
1941	Jauregui y Ulacia, Carmen	Camarines, Marquesa	621	457	528	-	93	-	-	-
1941	Saíenz Hernando, José		740	457	591	41	48	38	22	-
1941	Garay Vitorica, Pilar		719	438	495	-	223	-	1	-
1941	González del Valle, Martín	Vega de Anzó, Marqués	507	428	338	128	20	-	21	-
1941	Lázaro Galdiano, José		425	392	386	5	35	-	-	-
1942	Ulloa y Fernández Durán, Álvaro M ^a	Adanero, Conde	759	383	538	-	50	115	56	-
1941	Aznar González, María Teresa		437	379	397	-	39	-	-	-
1943	Velasco Martín, Joaquín		915	366	473	89	26	317	-	10
1941	Gamazo y Abarca, Juan Antonio	Gamazo, Conde de	895	365	371	350	45	88	42	-
1941	Figueroa y Alonso Martínez, Luis	Dehesa de Velayos, Conde	374	357	272	90	12	-	-	-
1941	Herrero de Collantes, María Teresa		290	339	256	-	34	-	-	-
1942	Grasset Echevarría, Eugenio		134	338	56	77	-	-	0	-
1941	Fernández Miguel, Eduardo		390	329	355	-	35	-	-	-
1942	Villalonga Villalba, Ignacio		571	312	312	253	1	-	5	-
1941	Guerra Castrillo, Margarita		292	305	199	-	93	-	-	-
1941	March Servera, Bartolomé		634	300	374	-	247	12	-	-
1941	Lewin Auser, Benito		1.221	299	299	917	5	-	-	-
1941	Herrero de Collantes, Ignacio	Aledo, Marqués	529	295	145	344	40	-	-	-
1942	García Blanco, Isabel		298	287	291	-	4	-	3	-
1941	Cubas y Erice, María	Aldama, Marquesa viuda	359	280	184	-	151	24	-	-
1944	Figueroa y Alonso Martínez, Eduardo	Yebes, Conde	348	276	276	72	-	-	-	-
1943	Stuart y Falcó, Jacobo	Alba, Duque	2.267	269	491	139	233	38	1.366	-

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*, Legs. 14145-14297. Contribuyentes ordenados en función de los ingresos brutos procedentes de acciones (valores industriales). Varios incluye ingresos procedentes de minas, negocios comerciales, propiedad intelectual, pensiones y plusvalías

Tabla A.5. Consejeros residentes en Madrid, 1940-1944. Miles de pesetas.

Año fiscal	Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Trabajo	Capital mobiliario	Propiedad urbana	Explotaciones agrícolas	Propiedad rústica	Varios
1941	Ruiz Senén, Valentín		1.236	1.178	56	-	-	2	-
1941	Lewin Auser, Benito		1.221	917	299	5	-	-	-
1944	Puyol Martínez, Juan		528	507	21	-	-	-	-
1942	Rosillo Ortiz Cañavate, Fermín		556	387	141	28	-	-	-
1941	Rosillo Ortiz Cañavate, Fernando		493	355	77	61	-	-	-
1941	Gamazo y Abarca, Juan Antonio	Gamazo, Conde	895	350	371	45	88	42	-
1941	Herrero de Collantes, Ignacio	Aledo, Marqués	529	344	145	40	-	-	-
1943	Millet Maristany, Félix		457	337	114	5	-	-	-
1941	Rosillo Ortiz, Miguel Ángel	Rosillo, Conde	468	327	132	4	-	6	-
1943	Ynzenga y Griñán, Federico		340	302	23	15	-	-	-
1941	Moreno García, Andrés		319	292	26	-	-	-	-
1943	Saíenz de la Cuesta, José		505	277	209	19	-	-	-
1943	Marquet Huens, Georges		248	248	-	-	-	-	-
1943	Argüelles y Argüelles, Manuel		331	246	43	28	-	5	8
1941	Aguirre Gonzalo, José María		318	244	68	6	-	-	-
1941	Escudero Toledo, Antonio		268	239	26	3	-	-	-
1941	Zaldo y Arana, Vicente		258	239	20	-	-	-	-
1942	Fernández-Hontoria y Uhagón, Ricardo		329	234	86	8	-	1	-
1941	Garnica Echeverría, Pablo		483	224	196	0	54	1	9
1941	Thiebaut Chardenal, Remigio		231	223	1	7	-	-	-
1942	García-Zulles y Blanco, Ricardo		234	222	-	12	-	-	-
1941	Villalonga Villalba, Ignacio		384	217	161	-	-	7	-
1941	González-Fierro Ordóñez, Ildefonso		819	214	587	1	-	-	16
1941	Ussía y Cubas, José Luis	Gaitanes, Conde	280	210	51	5	-	13	-
1943	Mahou de la Fuente, Alfredo		242	208	25	-	8	-	-
1944	Aguirre y Martos, José Luis		226	205	10	-	-	11	-
1941	Urquijo y Ussía, Luis	Amurrio, Marqués	1.301	190	921	190	-	-	-
1942	Gómez Acebo y Modet, Jaime	Deleitosa, Marqués	215	190	25	-	-	-	-
1943	Reig Rodríguez, Joaquín		278	188	77	5	-	-	8
1941	Lewin Aguinagalde, Guillermo		199	184	16	-	-	-	-
1942	Martínez de Velasco y Fesser, Andrés		185	182	3	-	-	-	-
1941	Vereterra y Polo, Luis		246	181	55	-	-	9	-
1941	Lliso Moreno, Juan		230	180	44	6	-	1	-
1941	Torroba Goicoechea, Juan Manuel		398	178	208	2	8	2	-
1942	Cabrera Felipe, José		168	168	-	-	-	-	-
1943	Jorissen Braecke, Marcelo		175	168	8	-	-	-	-
1941	Gamarra Lapuerta, Alfredo		168	168	-	-	-	-	-

Tabla A.5. Consejeros residentes en Madrid, 1940-1944. Miles de pesetas.

Año fiscal	Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Trabajo	Capital mobiliario	Propiedad urbana	Explotaciones agrícolas	Propiedad rústica	Varios
1942	Sáinz y Ortiz de Urbina, Pedro		517	167	249	49	-	53	-
1940	Turner Caldwell, Fred		165	165	-	-	-	-	-
1943	López-Quesada y Bourbon, Carlos		218	165	49	-	-	-	5
1941	Bas y Rivas, José Luis		194	163	31	-	-	-	-
1941	Basagoiti Ruiz, Juan Antonio		400	162	244	- 6	-	-	-
1942	Maura Gamazo, Gabriel	Maura, Duque	336	161	99	72	-	4	-
1943	Comyn Allendesalazar, Juan Manuel	Albiz, Conde	161	160	-	1	-	-	-
1941	Silio Cortés, César		200	160	33	0	-	0	7
1942	Villegas Escudero, Antonio Lucio		225	155	70	-	-	-	-
1942	Guillot Chambón, Augusto		206	155	51	-	-	-	-
1943	Saez Fernández-Casariago, Antonio		162	152	10	-	-	-	-
1943	Herrero Garralda, Ignacio		166	152	14	-	-	-	-
1941	Sela y Sela, Graciano		139	151	- 16	-	-	4	-
1941	Soto Redondo, Manuel		212	151	13	47	-	-	-
1942	Vives Llorca, Blas		161	147	0	13	-	-	-
1941	Artigas Gracia, Ramón		147	147	-	-	-	-	-
1943	Fúster Romero, Ignacio		218	147	71	-	-	-	-
1941	Mora y Abarca, Germán		218	145	21	1	50	-	-
1941	Matesanz y de la Torre, Mariano		319	145	160	11	-	4	-
1944	Aguirre Martínez, Mariano		164	143	7	-	15	-	-
1943	Chat Chapard, Gastón		140	140	-	-	-	-	-
1941	Gómez-Jordana Sousa, Alfonso		172	140	22	2	-	-	9
1941	Roy Lhardy, Emilio		190	139	51	-	-	-	-
1941	Hoyos y Vinent, José María	Hoyos, Marqués de	244	139	- 20	21	68	24	12
1941	Usaola y Banenengoa, Emilio		194	139	56	-	-	-	-
1943	Lázaro Urra, Juan		170	138	15	12	-	-	6
1942	López-Quesada y Bourbon, José Luis		179	137	42	-	-	-	-
1941	Hellmann, Herbert		141	133	8	-	-	-	-
1941	Arruche y Villanueva, César Antonio		153	129	15	-	-	-	9
1942	Escuder Alcaide, José		144	129	15	-	-	-	-
1943	Aymeridi y Pacheco, Joaquín		143	129	6	7	-	0	-
1941	Aritio Gómez, Francisco		335	128	141	11	54	-	-
1941	González del Valle, Martín	Vega de Anzó, Marqués	507	128	338	20	-	21	-
1941	Urquijo y Ussía, Juan Manuel		900	125	254	351	169	-	-
1943	Gutiérrez Álvarez, Juan Antonio		193	125	37	30	-	1	-
1941	Navarro Reverter y Ortoll, Antonio		162	124	38	-	-	-	-
1941	Martínez de Campos y de la Viesca, Arsenio	Seo de Urgel, Duque	324	119	120	46	40	-	-

Tabla A.5. Consejeros residentes en Madrid, 1940-1944. Miles de pesetas.

Año fiscal	Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Trabajo	Capital mobiliario	Propiedad urbana	Explotaciones agrícolas	Propiedad rústica	Varios
1942	Carnicer Guerra, Ramón		198	118	80	-	-	-	-
1942	Basagoiti Ruiz, Salvador		242	118	125	-	-	-	-
1941	Cervera y de Castro, José María		132	118	- 0	-	-	1	13
1942	Villate Vaillant, Antonio	Valmaseda, Conde	190	118	72	-	-	-	-
1943	Sarri Fernández-Valdés, Antonio		713	118	490	74	-	31	-
1941	Anastasio Pascual, Ernesto		298	118	161	7	12	-	-
1941	González Echarte, Antonio		192	115	52	15	-	-	10
1942	Arrellaga y López Puigcerver, Manuel María		137	114	23	-	-	-	-
1942	Maestre Zapata, Miguel		228	112	56	55	5	-	-
1942	Ullastres Coste, Emilio		165	112	2	51	-	-	-
1943	Flobert Lafon, Armando Renato		151	108	43	-	-	-	-
1942	Álvarez García, Celestino		262	105	114	41	-	2	-
1943	Albuquerque, Alfredo		145	104	37	4	-	-	-
1942	Villalonga Villalba, Juan		154	103	38	13	-	-	-
1943	Planell Riera, Joaquín		157	103	22	27	-	-	5
1943	Gordon Picardo, Juan		223	102	121	-	-	-	-
1942	Moreno Agrela, Pedro		236	102	120	11	-	3	-
1943	Meneses Puertas, Agustín		202	102	31	68	-	-	-
1941	Álvarez García, Amadeo	Real Agrado, Conde	288	100	143	43	-	3	-

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*, Legs. 14145-14297. Contribuyentes ordenados en función de los ingresos brutos procedentes de rentas del trabajo. Varios incluye ingresos procedentes de minas, negocios comerciales, propiedad intelectual, pensiones y plusvalías

Tabla A.6. Capitalistas residentes en Madrid, 1954. Miles de pesetas.

Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Capital mobiliario		Trabajo	Propiedad		Varios
			Bruto	Neto		urbana	rústica	
March Ordinas, Juan		6.170	5.305	5.305	-	412	453	-
González-Fierro y Ordóñez, Ildelfonso		4.407	3.636	3.416	982	6	3	-
Sobrino Álvarez, Carlos		2.614	2.455	2.455	1	-	-	159
Aguirre Gonzalo, José María		2.505	2.097	1.924	566	15	-	-
Figueroa y Alonso Martínez, Álvaro	Villabrágima, Marqués	1.421	1.288	1.119	-	240	62	-
Quijano de la Colina, Ramón		1.476	1.237	1.030	428	9	9	-
Urquijo y Ussía, Juan Manuel		2.341	1.086	421	329	256	1.336	-
Villalonga Villalba, Ignacio		2.489	1.083	1.059	1.425	5	-	-
Sarri Fernández-Valdés, Antonio		1.488	1.053	1.053	243	192	-	-
Figueroa y Alonso Martínez, Agustín	Santo Floro, Marqués de	1.252	1.018	1.018	-	46	174	14
Mendizabal Echevarría, Carlos		1.133	1.016	1.016	107	10	-	-
Fernández de Miguel, Eduardo		1.025	990	990	-	34	-	-
Herrero de Collantes, Ignacio	Aledo, Marqués	1.244	941	572	672	-	-	-
Sobrino Aldaz, Miguel Ángel		924	924	924	-	-	-	-
Sobrino Aldaz, Carlos		923	923	923	-	-	-	-
Hoyos y Vinent, José María	Hoyos, Marqués	2.744	919	860	185	-	1.689	11
Figueroa y Alonso Martínez, Carlos	San Damián, Marqués	971	911	722	101	68	80	-
Entrecanales Ybarra, José		976	897	790	185	-	-	-
Borbón y Battenberg, Alfonso	Barcelona, Conde	897	897	897	-	-	-	-
Figueroa y Alonso Martínez, Casilda	Pastrana, Duquesa Viuda	1.109	890	825	-	133	136	14
Riesgo Gallo, Santiago		1.171	887	887	223	61	-	-
Figueroa y Alonso Martínez, Eduardo	Yebes, Conde de	996	879	801	21	59	114	-
Cubas y Urquijo, Felipe	Fontalba, Marqués	849	848	633	114	102	-	-
García León, Esperanza	Luca de Tena, Marquesa viuda	1.021	818	818	-	202	-	-
Villalonga Villalba, Juan		1.037	816	805	232	-	-	-
Setuain de la Torre, Inés		812	812	812	-	-	-	-
Setuain de la Torre, María		838	806	806	-	32	-	-
Fausto Blasco Oller, Juan		1.135	801	769	66	13	1	287
F Maquieira de Iturralde, Zenaida		800	800	800	-	-	-	-
Ybarra y Lasso de la Vega, José María		892	796	386	505	1	-	-
Bruguera y Bruguera, María		950	790	768	-	173	10	-
Rotaache y Rodríguez de Llamas, Jesús M ^a	Unzá del Valle, Marqués	1.380	788	779	468	84	32	18
Anastasio Pascual, Ernesto		1.523	784	784	725	11	3	-
Alonso Martínez y Martín, Casilda	Romanones, Condesa viuda	1.207	783	704	-	238	261	5
Jiménez Millas, Emilio		837	744	744	31	61	-	-
Ceínós Fernández, Francisca		765	730	730	-	35	-	-
Carceller Segura, Demetrio		1.566	725	725	825	16	-	-
Mahou de la Fuente, Alfredo		951	724	724	223	0	5	-
Limón Caballero, Sebastiana	Barbate, Condesa viuda	952	723	723	-	21	207	-

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*, Legs. 21673-21763. Contribuyentes ordenados en función de los ingresos brutos procedentes del capital mobiliario. Varios incluye ingresos procedentes de minas, negocios comerciales, propiedad intelectual, pensiones y plusvalías.

Tabla A.7. Consejeros residentes en Madrid, 1954. Miles de pesetas.

Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Trabajo	Capital mobiliario	Propiedad urbana	Propiedad rústica	Varios
Garnica Echeverría, Pablo		2.404	1.178	56	-	-	2
Villalonga Villalba, Ignacio		2.489	917	299	5	-	-
Moreno García, Andrés		1.563	507	21	-	-	-
González-Fierro y Ordóñez, Ildefonso		4.407	387	141	28	-	-
Zaldo Arana, Vicente		1.182	355	77	61	-	-
Lucio-Villegas Escudero, Antonio		1.264	350	371	45	88	42
López Quesada y Bourbon, José Luis		1.189	344	145	40	-	-
Bas y Rivas, José Luis		1.250	337	114	5	-	-
Gamazo y Abarca, Juan Antonio	Gamazo, Conde	1.413	327	132	4	-	6
Basagoiti Ruiz, J. Antonio		1.628	302	23	15	-	-
Arburúa de la Miyar, Manuel		1.046	292	26	-	-	-
Carceller Segura, Demetrio		1.566	277	209	19	-	-
Martínez Arambarri, Ramón		776	248	-	-	-	-
Torroba Goicoechea, Juan Manuel		1.130	246	43	28	-	5
Anastasio Pascual, Ernesto		1.523	244	68	6	-	-
Cabrera Felipe, José		793	239	26	3	-	-
Reig Rodríguez, Joaquín		1.182	239	20	-	-	-
Garnica y Mansí, Pablo		890	234	86	8	-	1
Herrero de Collantes, Ignacio	Aledo, Marqués	1.244	224	196	0	54	1
Bordegaray y Arroyo, Tomás		351	223	1	7	-	-
Cencillo de Pineda, Manuel	Pernia, Conde de	786	222	-	12	-	-
Herrero Garralda, Ignacio		704	217	161	-	-	7
Aguirre Gonzalo, José María		2.505	214	587	1	-	-
Silva Torrén, Rosendo		642	210	51	5	-	13
Anchústegui y Nardiz, José Luis		722	208	25	-	8	-
Sáinz de la Cuesta Hernando, José		1.286	205	10	-	-	11
Pérez Serrano, Nicolás		663	190	921	190	-	-
Barroso Sánchez Guerra, Eugenio		542	190	25	-	-	-
González-Fierro Viña, Alfonso		668	188	77	5	-	-
Sangroniz y Castro, José Antonio	Desio, Marqués de	482	184	16	-	-	-
Eguíagaray Pallares, Pascual		644	182	3	-	-	-
Saez Fernández-Casariago, Antonio		701	181	55	-	-	9
Ussía y Gavaldá, Luis	Gaitanes, Conde	679	180	44	6	-	1
Robert Robert, Antonio		519	178	208	2	8	2
Urguijo y Landecho, Luis	Bolarque, Marqués	864	168	-	-	-	-
Cuartero Pascual, Enrique		570	168	8	-	-	-
Pardo Urdapilleta, Manuel		609	168	-	-	-	-

Tabla A.7. Consejeros residentes en Madrid, 1954. Miles de pesetas.

Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Trabajo	Capital mobiliario	Propiedad urbana	Propiedad rústica	Varios
Gregorio y Villota, Félix		483	469	1	13	-	-
Rotaeché y Rodríguez de Llamas, Jesús M ^a	Unzá del Valle, Marqués	1.380	468	779	84	32	18
García de la Noceda y García, Álvaro		652	465	188	-	-	-
Millet Maristany, Félix		594	463	69	57	4	-
Lapuerta y de las Pozas, José María		494	458	10	27	-	-
Urquijo y Landecho, José María		848	457	382	8	1	-
Navarro Reverter Gomis, José		609	456	87	39	27	-
González-Fierro Viña, Arturo		668	451	217	-	-	-
Carralda Calderón, José		516	449	67	-	-	-
Lladó y Sánchez-Blanco, Juan		650	449	187	8	5	-
Usaola y Barrenengoa, Emilio		411	440	- 29	-	-	-
Codino Gil, Carlos		466	440	6	6	-	15
Collar y Luis, Gervasio		483	438	39	5	-	-
Mora y Abarca, German		651	437	115	1	98	-
González-Fierro Viña, Ignacio		629	436	193	-	-	-
Corral Pérez, Santiago		628	435	189	3	1	-
Orueta y Heredia, Luis		470	434	26	5	5	-
Roy Lhardy, Emilio		607	434	173	-	-	-
Martínez de Campos y de la Viesca, Arsenio	Seo de Urgel, Duque de	1.006	431	409	-	166	-
Moreno Torres, José		426	431	- 5	-	-	-
Ortega Lopo, Antonio		632	429	110	12	16	65
Cañellas Maxenchs, José		786	427	342	17	-	-
Miranda Maristany, Augusto		471	424	47	-	-	-
García Ferreño, José		448	424	24	-	-	-
Merry del Val, Fernando		625	417	199	8	-	-
Núñez Iglesias, José		514	416	64	5	29	-
Burguera Verdadera, Raimundo		700	415	285	-	-	-
Gómez Acebo y Modet, Jaime		593	415	88	89	-	-
Otamendi y Machimbarrena, Miguel		584	415	153	16	-	-
Pazó Rodríguez, José		506	414	88	3	-	-
Satrústegui Fernández, Ignacio		571	413	65	-	94	-
Planell Riera, Joaquín		538	402	51	76	-	9
Fernández Araoz y de la Devesa, Alejandro		430	402	28	-	-	-

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*, Legs. 21673-21763. Contribuyentes ordenados en función de los ingresos procedentes de rentas del trabajo. Varios incluye ingresos procedentes de minas, negocios comerciales, propiedad intelectual, pensiones

Tabla A.8. Terratenientes residentes en Madrid, 1940-1945. Miles de pesetas.

Año fiscal	Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Agricultura		Capital mobiliario	Propiedad urbana	Trabajo	Varios
				Total	Propiedad rústica				
1941	Fernández de Córdoba y Salabert, Luis Jesús	Medinaceli, Duque	1.565	1.450	928	521	101	15	-
1943	Stuart y Falcó, Jacobo	Alba, Duque	2.267	1.404	1.366	38	491	233	139
1941	Stuart y Falcó, Carlos Fernando	Peñaranda, Duque	1.009	961	821	140	48	-	-
1941	Anchorena Uriburu, Mercedes	Fernán Núñez, Duquesa viuda	775	676	564	112	99	-	-
1941	Arteaga y Echagüe, Joaquín	Infantado, Duque del	977	633	633	-	248	90	6
1941	Fernández-Durán y Caballero, Josefa	Adanero, Condesa viuda	758	506	178	328	186	67	-
1942	López de Ayala, Luis	Villafuerte, Marqués	628	466	70	396	101	30	31
1941	Fernández de Córdoba y Fernández, Francisco	Puebla del Maestre, Conde	598	409	409	-	30	159	-
1941	Fernández de Córdoba y Osma, Joaquín	Arión, Duque	898	405	405	-	401	89	4
1941	Fernández de Córdoba y Pérez de Barradas, M ^{re} del Carmen	Gavía, Condesa viuda	428	303	155	147	20	62	-
1941	Bahía y Chacón, María Luisa	Lerma, Duquesa viuda de	458	290	109	181	115	54	-
1942	Villachica Murguiti-Beña, Victoriana		801	283	283	-	59	440	-
1941	Stuart y Falcó, Eugenia María Sol	Santoña, Duquesa viuda	322	276	197	79	6	40	-
1941	González de Castejón y Elío, Manuel	Bailen, Duque viudo de	424	268	268	-	41	115	-
1941	Salamanca y Wall, Josefa	Hinojares, Marquesa	739	266	153	112	446	28	-
1942	Fernández Durán Caballero, M ^{re} de la Concepción	Castelar, Marquesa viuda	241	234	81	153	2	6	-
1942	Sánchez de la Rosa, Andrés		492	229	29	200	249	-	14
1941	Narváez Pérez Guzmán el Bueno, José María	Valencia, Duque	228	222	222	-	-	6	-
1941	Figueroa y Torres, Álvaro	Romanones, Conde	1.286	212	-	212	661	380	33
1941	Angulo y Rodríguez de Toro, Isabel	Peñaflor, Marquesa viuda	256	206	206	-	42	-	-
1941	Escrivá de Romani y Sentmenat, Luis	Sástago, Conde	264	206	190	16	21	36	-
1941	Velasco Martín, Joaquín		801	205	-	205	24	35	68
1941	Mesia y Stuart, José	Tamames, Duque	289	205	205	-	81	-	-
1941	Álvarez de Toledo y Samaniego, José María	Ventosa, Conde	240	191	191	-	10	16	22
1941	Ulloa y Fernández Durán, Álvaro María	Adanero, Conde	424	189	96	93	173	62	-
1941	Granda Torres, Miguel	Campos de Orellana, Conde	190	187	-	187	1	2	-
1941	Valdés y Armada, Juan	Casa Valdés, Marqués	265	183	13	171	51	31	-
1943	Arellano y Gamero-Cívico, Ricardo		186	177	76	101	4	6	-
1941	Queralt y Bernaldo de Quirós, Dolores	Cifuentes, Condesa	262	170	170	-	32	60	-
1941	Urquijo y Ussía, Juan Manuel		900	169	-	169	254	351	125
1941	Español Villasante, José	Guevara, Conde viudo	280	165	165	-	110	-	-
1941	Salabert y Arteaga, Fernanda	Valdeolmos, Marquesa	354	164	-	164	70	120	-
1941	Goyeneche y San Gil, Juan	Guaqui, Conde	321	164	83	81	87	59	10
1941	Bayo Zimmerhans, Enrique	San Jorge, Conde	217	162	162	-	44	-	-
1945	Granda Torre, Joaquina		169	156	31	124	5	9	-
1941	López y Sánchez Tabernera, María de las Nieves		156	154	154	-	-	3	6
1941	Garay Vitorica, Antonio		472	154	-	154	170	108	40
1942	Velázquez de Castro y Ayensa, Francisco		289	151	151	-	45	47	-
1945	Narváez y Pérez de Guzmán, Ramón	Espeja, Marqués	270	150	150	-	60	52	7
1944	Rivero y Miranda, Elena	Bedmar, Marquesa viuda	180	148	25	124	12	19	-

Tabla A.8. Terratenientes residentes en Madrid, 1940-1945. Miles de pesetas.

Año fiscal	Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Agricultura			Capital mobiliario	Propiedad urbana	Trabajo	Varios
				Total	Propiedad rústica	Explotaciones agrícolas				
1942	Salamanca Ramírez de Haro, José	Campo de Alange, Conde	180	148	12	136	28	4	-	-
1941	Alcázar y Roca de Togores, Diego	Romana, Marqués	136	147	147	-	(41)	18	12	-
1941	Mora Fernández, Alejandro	Casa Riera, Marqués	447	144	144	-	125	177	-	-
1941	Cembrano Muñoz, Antonio		187	140	-	140	16	24	8	-
1941	Fernández de Henestrosa y Salabert, María	San Martín de los Hoyos, Condesa	251	137	137	-	60	44	-	9
1941	Mesia y Stuart, Fernando	Mora, Conde	147	137	137	-	10	-	-	-
1941	Cabeza de Vaca y F. de Córdoba, M ^a de la Paz	Villanueva de Valdueza, Marquesa viuda	139	134	123	11	5	-	-	-
1941	Español y Vélez Ladrón de Guevara, Ana María		150	132	76	56	5	13	-	-
1941	Patino y Mesa, Joaquín	Quemadas, Conde	145	131	131	-	3	-	-	11
1941	Queralt y Fernández Maquieira, María Dominga	Bendaña, Marquesa viuda	136	130	130	-	5	-	-	-
1943	Granda Torres, Josefina		142	130	34	96	3	9	-	-
1941	Gamazo y Abarca, Juan Antonio	Gamazo, Conde de	895	130	42	88	371	45	350	-
1941	Espinosa de los Monteros Dato, Francisco		129	129	96	34	-	-	-	-
1943	Mesia y Stuart, Isabel†		176	127	127	-	38	10	-	-
1944	Ziburu y del Collado, Enrique	Revilla de la Cañada, Marqués	144	126	-	126	4	14	-	-
1940	Mariátegui y Pérez de Barradas, Jaime	La Guardia, Marques de la	161	125	92	33	4	24	-	8
1941	Castillo de la Torre, Pilar	Villatoya, Marquesa	199	124	-	124	44	31	-	-
1944	Cierva y Lewita, Antonio	Terranova, Duque	175	123	123	-	40	1	12	-
1941	Labrador Bello, José		169	119	80	38	6	31	-	14
1941	Maldonado y Salabert, María Luisa	Torneros, Marquesa viuda	173	118	90	28	1	54	-	-
1941	Ruiz de Arana y Osorio de Moscoso, Francisco de Asís	Velada, Marqués	223	117	117	-	69	-	-	36
1941	Puerta y de la Cruz, José María	Valenzuela, Marqués	142	117	106	10	10	14	-	2
1941	Falcó y Escandón, Manuel	Montellano, Duque	292	116	116	-	9	167	-	-
1941	García Doseijo, Dolores		232	116	-	116	97	13	-	5
1941	Español y Vélez Ladrón de Guevara, Elena		160	114	76	38	9	22	-	14
1941	Castillo de la Torre, Joaquín	Jura Real, Marqués	209	113	90	23	96	-	-	-
1941	Castillejo y Sánchez de Teruel, Mercedes	Montefuerte, Marquesa	124	111	111	-	-	13	-	-
1941	López Nieulant, María Luisa	Atares, Condesa	162	110	110	-	35	17	-	-
1941	Morenés y Carvajal, Luis	Nules, Marqués	201	110	90	20	32	49	10	-
1941	Penalba Estela, Casimiro		256	109	-	109	115	31	-	-
1941	Martín Olanzo, Pablo	Villatorcas, Marqués	206	109	46	63	30	49	18	-
1941	Fdez de Henestrosa y Gayoso de los Cobos, Ignacio	Camarasa, Marqués	143	105	105	-	-	21	12	4
1941	Satrústegui y Fernández, Antonio	Villamejor, Marqués	136	105	5	99	1	-	30	-
1941	Mac-Crohon y Acedo-Rico, Luis		469	105	22	83	237	126	-	1
1941	Pérez de Guzmán y Salabert, Alfonso	Torre-Arias, Conde	151	104	104	-	7	40	-	-
1941	Salabert y Arteaga, María de los Dolores	Torre-Arias, Condesa viuda	294	104	104	-	56	134	-	-
1940	Muguiro y Muguiro, María del Milagro		157	104	104	-	38	13	-	3
1941	Aragón Barroeta Aldamar, Cesáreo	Casa Torres, Marqués viudo	178	102	96	5	42	34	-	-
1943	González-Fierro y Ordóñez, Ildelfonso		3.410	101	101	-	173	-	1.654	1.483

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*, Legs. 14145-14297. Contribuyentes ordenados en función de los ingresos brutos procedentes de propiedades rústicas y explotaciones agrarias. Varios incluye ingresos procedentes de minas, negocios comerciales, propiedad intelectual, pensiones y plusvalías

Tabla A.9. Terratenientes residentes en Madrid, 1954. Miles de pesetas.

Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Propiedad rústica	Capital mobiliario	Propiedad urbana	Trabajo	Varios
Falguera Moreno, Isabel	Infantado, Duquesa viuda	3.279	3.247	(244)	104	-	173
Hoyos y Vinent, José María	Hoyos, Marqués	2.744	1.689	860	-	185	11
Mora Figueroa y des Allimes, José Ramón		(146)	1.509	(1.666)	11	-	-
López Suarez Varela, Ricardo		1.340	1.340	-	-	-	-
Urquijo y Ussía, Juan Manuel		2.341	1.336	421	256	329	-
Flores Flores, Aurelia		1.237	1.092	132	14	-	-
Gironza y de la Cueva, Ángel		1.205	1.088	82	35	-	-
Stuart y Falcó, Eugenia María Sol	Baños, Condesa de	1.072	976	(52)	148	-	-
Bahía y Chacón, María Luisa	Lerma, Duquesa viuda	1.098	947	127	25	-	-
Sánchez de la Rosa, Andrés		1.691	936	630	63	63	-
Anchorena y Uriburu, Mercedes	Fernán Núñez, Duquesa viuda	1.041	920	91	27	-	3
Torrico Martos, Bartolomé		518	919	(407)	6	-	-
Muñoz Icabalceta, Antonio		1.074	868	96	101	-	10
Le Sens de Lyon y Rojo Arias, Carlota		1.057	868	185	4	-	-
Melgarejo Baillo, M ^{ra} Rosario		986	845	113	28	-	-
Vergez y Audousset, María Fernanda	Tamames, Duquesa viuda	1.413	823	530	60	-	-
Saiz de Carlos Garrido, Enriqueta		1.065	787	179	94	-	5
Falcó y Escandón, Manuel	Montellano, Duque	899	770	70	59	-	-
Flores Flores, Carmen		930	742	179	9	-	-
Velázquez de Castro y Ayensa, Francisco		1.359	739	92	85	-	443
Aguilar Aramayo, Carlos	Aguilar, Conde	789	737	52	-	-	-
Arteaga y Falguera, Iñigo	Infantado, Duque	915	716	137	15	46	-
Puerta y de la Cruz, José María	Valenzuela, Marqués	747	716	14	17	-	-
Jarava Aznar, Antonio		702	689	10	3	-	-
Azlor de Aragón y Hurtado de Zaldivar, José A.	Villahermosa, Duque	975	670	173	132	-	-
Stuart y Saavedra Fernando, Alfonso	Peñaranda, Duque	679	668	0	11	-	-
Pellón Villavicencio, José		702	658	34	11	-	-
Ibáñez Martín, Joaquín		344	642	(340)	17	-	25
Herrero y Herrero, Antonio Félix		640	640	-	-	-	-
Delgado de Fuentes, Francisco		515	621	(147)	-	41	-
Fernández de Córdoba y Fernández, Francisco	Puebla del Maestre, Conde	(185)	620	211	189	-	(1.205)
March Servera, Juan		1.663	617	802	66	178	-
Villachica y Murguítio-Beña, Victoriana		853	604	21	228	-	-
Goyeneche y San Gil, Juan	Guaqui, Conde de	1.009	604	256	147	2	-
Fernández de Córdova y Osmá, Joaquín	Arión, Duque	1.563	582	856	121	4	-
Escrivá de Romaní y de la Quintana, M ^{ra} de la Blanca	Finat, Condesa viuda	787	565	(41)	263	-	-
Martín Sanz, Dionisio		723	560	105	21	37	-
Martín Sanz, Fausto		563	559	-	2	-	2
Espinosa de los Monteros y Dato, Eduardo	Dato, Duque	181	556	(411)	33	3	-
Bernaldo de Quirós y Alcalá Galiano, Luis	Quiros, Marqués	538	546	(8)	-	-	-

Tabla A.9. Terratenientes residentes en Madrid, 1954. Miles de pesetas.

Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Propiedad rústica	Capital mobiliario	Propiedad urbana	Trabajo	Varios
Flores Flores, Samuel		744	543	177	24	-	-
Herrera Alonso, José Luis		629	539	33	3	54	-
Fernández-Durán y Queralt, Juan José	Tolosa, Marqués	618	528	90	-	-	-
Marquez de Prado García, Mª Josefa		524	524	-	0	-	-
Salamanca Ramírez de Haro, Luis	Guadalcazar, Marqués	911	512	328	72	-	-
Górdon y Rodríguez Casanova, Alfonso	Mirasol, Conde	501	508	(15)	8	-	-
Martínez Acacio y Enriquez de Navarra, José		428	508	(80)	-	-	-
Salamanca Ramírez de Haro, José	Campo de Alange, Conde del	640	506	114	20	-	-
Garay Espinosa, Antonio		656	503	28	-	126	-
Herruzo Martos, Antonio		398	503	(115)	10	-	-
Domecq y Díez, Juan Pedro		719	499	190	13	17	-
Quintana Ladrón de Quevara, Antonio		516	494	-	11	11	-
Biosca Torres, José		768	494	(102)	121	256	-
Ocaña López, Carlos		518	485	17	1	-	15
Baviera y Borbón, José Eugenio		596	478	78	38	-	1
Mitjans Murrieta, José	Manzanedo, Marqués	434	473	(142)	103	-	-
Martín Sanz, Gabriel		466	466	-	-	-	-
Herruzo Sotomayor, Cayetano		464	464	-	-	-	-
Allendesalazar y Urbina, María	Casa Valiente, Condesa viuda de	406	463	(56)	-	-	-
Spínola Carrascal, Máximo		468	461	-	7	-	-
Rodríguez Avial, Carmen		531	458	58	15	-	-
Gironza y de la Cueva, José María		472	455	-	17	-	-
Granda Torres, Miguel	Campos de Orellana, Conde de	658	452	192	14	-	-
Gironza Fernández del Pozo, Luis		457	446	5	6	-	-
Cuesta Baltasar, Miguel		430	444	(56)	7	-	35
Soler y Sabernia, Manuel		459	442	-	16	-	-
Lubián Rodríguez, Francisco		451	442	-	9	-	-
Gallego Pellón, Joaquín		415	435	(31)	-	-	10
Falcó y Álvarez de Toledo, José	Elda, Conde	1.029	428	161	158	100	180
Pellón Villavicencio, Bárbara		504	423	57	18	-	7
Mac-Crohon y Jarava, Juan Ignacio		434	422	0	12	-	-
Narváez y Pérez de Guzmán, Ramón	Espeja, Marqués	672	420	(29)	250	31	-
Garnica y Sandoval, Joaquín	Casa-Pacheco, Marqués	461	417	41	3	-	-
Sainz de la Cuesta, Mª de los Angeles	Moriles, Condesa viuda	1.336	416	549	370	-	-
Morenes y Carvajal, Luis	Nules, Marqués	527	416	49	40	22	-
Martínez y García, Josefa		495	410	86	-	-	-
Muñoz de Baena y Pérez, José Luis		446	406	39	1	-	-
Ortiz Tallo, José María	Navas, Conde de las	203	406	(202)	-	-	-
López de Ayala y Burgos, Luis		1.026	403	551	72	-	-
Pastor Fernández, Antonio		434	402	31	-	-	-

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*, Legs. 21673-21763. Contribuyentes ordenados en función de los ingresos brutos de propiedades rústicas. Varios incluye ingresos procedentes de minas, negocios comerciales, propiedad intelectual, pensiones y plusvalías.

Tabla A.10. Rentistas urbanos residentes en Madrid, 1939-1943. Miles de pesetas.

Año fiscal	Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Propiedad urbana	Capital mobiliario	Negocios comerciales	Propiedad rústica	Explotaciones agrarias	Trabajo	Varios
1943	Bemberg Elortondo, Otto Eduardo		665	665	-	-	-	-	-	-
1941	Patuel, Vicente Enrique		335	460	(125)	-	-	-	-	-
1942	Villachica Murguio-Befia, Victoriana		801	440	59	-	283	-	-	19
1941	Figueroa y Torres, Álvaro	Romanones, Conde	1.286	380	661	-	-	212	33	-
1941	Urquijo y Ussía, Juan Manuel		900	351	254	-	-	169	125	-
1941	Cano Baranda, José María		463	338	125	-	-	-	-	-
1941	Parrondo Verdasco, José		115	274	(159)	-	-	-	-	-
1941	Murga y Ansuátegui, Jesús		310	270	40	-	-	-	-	-
1941	March Servera, Bartolomé		634	247	374	-	-	12	-	-
1942	Vega y Ortiz, Jesusa Soledad		347	243	103	-	-	-	-	-
1941	Espejo Delgado, Luis		155	239	(84)	-	-	-	-	-
1941	Escriña González, José María		203	239	(55)	-	-	-	20	-
1943	Stuart y Falcó, Jacobo	Alba, Duque	2.267	233	491	-	1.366	38	139	-
1942	Mitjans y Manzanedo, Agustina	Lecera, Duquesa viuda	286	229	16	-	-	41	-	-
1941	Pérez Seoane y Cullén, Carlos	Pinohermoso, Duque	295	229	(28)	-	-	81	15	-
1941	March Ordinas, Juan		3.160	228	1.624	1.086	-	199	24	-
1941	Cobián y Herrera, Jaime		387	227	160	-	-	-	-	-
1941	Gimeno García, Matilde		438	226	5	208	-	-	-	-
1943	Berute y Udaeta, Tomás		294	224	70	-	-	-	-	-
1941	Garay Vitorica, Pilar		719	223	495	-	1	-	-	-
1941	Colás Eguía, Pilar		463	218	245	-	-	-	-	-
1941	Fernández-Duro y Bayo, Dolores	La Felguera, Marquesa	1.059	215	817	-	-	27	-	-
1941	Rolland Maritorea, María Ana	Alpuente, Condesa	561	215	327	-	19	-	-	-
1941	Marichalar y Monreal, Luis	Eza, Vizconde	351	200	98	-	13	32	-	7
1941	Lausirica Azdón, Eulalia		200	200	0	-	-	-	-	-
1942	Hielscher Obernoig, Adolfo		250	191	8	-	0	22	29	-
1941	Urquijo y Ussía, Luis	Amurrio, Marqués	1.301	190	921	-	-	-	190	-
1941	Stuyck Garrido, Guillermina	Villamayor de Santiago, M ^a viuda	237	186	45	-	6	-	-	-
1941	Ruiz Rivas, Luis		326	186	139	-	-	-	-	-
1941	Suárez y Jiménez, Diego		228	185	33	-	10	-	-	-
1939	Deo Martín, Clotilde		349	183	166	-	-	-	-	-
1941	Mora Fernández, Alejandro	Casa Riera, Marqués	447	177	125	-	144	-	-	-
1941	Rey Sánchez, Emilio		256	176	22	-	-	-	59	-
1941	Rivera Urtiaga, José	San Nicolás de Noras, Marqués	323	173	111	-	16	-	23	-
1941	Guerrero Torres, Jacinto		238	172	(280)	211	-	-	-	134
1941	Bedriñana Meana, Ángel		196	170	6	-	-	20	-	-
1941	Díez de Rivera y Casares, Pascual	Espinardo, Marqués	201	169	4	-	10	-	18	-
1941	Villacampa Pérez del Molino, Constantino J.		285	169	90	-	-	-	-	26
1941	Falcó y Escandón, Manuel	Montellano, Duque	292	167	9	-	116	-	-	-
1941	Díez de Rivera Figueroa, Pedro	Almodóvar, Conde	253	166	55	-	14	-	18	-

Tabla A.10. Rentistas urbanos residentes en Madrid, 1939-1943. Miles de pesetas.

Año fiscal	Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Propiedad urbana	Capital mobiliario	Negocios comerciales	Propiedad rústica	Explotaciones agrarias	Trabajo	Varios
1941	Bauzá, María		256	164	92	-	-	-	-	-
1941	Calvo Maltrana, Manrique	Gustarredondo, Conde	205	164	41	-	-	-	-	-
1943	López Rumayor, Ramón		232	163	-	69	-	-	-	-
1941	Fernández Rivera, Ángel		167	162	4	-	-	-	-	-
1941	Cano Baranda, Manuel		321	161	160	-	-	-	-	-
1941	Meseguer Ródenas, José		138	159	(71)	33	1	-	16	-
1941	Fernández de Córdova y Fernández, Francisco	Puebla del Maestre, Conde	598	159	30	-	409	-	-	-
1941	Peña y Regojos, José de la		398	158	(2)	-	-	-	242	-
1941	Pellico Gómez, Filomena		175	158	17	-	-	-	-	-
1941	Martí Rubio, Cosme		555	158	32	365	-	-	-	-
1942	Díez de Rivera Figueroa, Rosario	Cirella, Marquesa	162	156	5	-	-	-	-	-
1941	García Calamarte, Adolfo		520	156	239	125	-	-	-	-
1941	Cubas y Urquijo, Francisco	Almudena, Conde	279	155	121	-	-	-	3	-
1942	Finat y Carvajal, José†	Finat, Conde	168	153	15	-	-	-	-	-
1941	Travesedo y Fernández Casariego, Francisco		152	152	-	-	-	-	-	-
1942	Ruiz Cossio, Luis		161	151	3	6	1	-	-	-
1941	Cubas y Erice, María	Aldama, Marquesa viuda de	359	151	184	-	-	24	-	-
1941	Salcedo Herrero, María de los Ángeles		208	150	58	-	-	-	-	-
1941	Cubas y Urquijo, Mercedes	Hornachuelos, Duquesa viuda	220	150	70	-	-	-	-	-
1941	Wall y Diago, María de la Concepción	Floridablanca, Condesa viuda	106	148	(76)	3	-	30	-	-
1941	Pérez Rodríguez, Rafael		136	147	(11)	-	-	-	-	-
1941	Borbón y Austria, Alfonso		308	146	162	-	-	-	-	-
1941	Rodríguez San Pedro y Álvarez-González, Margarita		206	146	59	-	1	-	-	-
1941	Selgas y Marín, Ezequiel		174	145	23	-	1	-	6	-
1941	Cubas y Urquijo, Felipe	Cubas, Duque	305	144	55	-	-	97	9	-
1941	Lara Prieto, Jesusa		195	143	26	11	15	-	-	-
1941	Maroto y Pérez de Pulgar, Francisco	Santo Domingo, Marqués	167	143	24	-	-	-	-	-
1941	Pérez Seoane y Toca de Togores, Juan	Riudoms, Conde	113	142	(39)	-	10	-	-	-
1940	Vidal Vega, Carmen		142	141	0	-	-	-	-	-
1941	Sancho Moreno, Ignacio		275	135	111	-	26	2	-	-
1941	García Molinos, Francisco		233	135	98	-	-	-	-	-
1941	Cavestany y Anduaga, Julio	Moret, Marqués	124	135	(11)	-	-	-	-	-
1942	Alcalde y Fernández, Joaquín		344	134	171	-	39	-	-	-
1941	Salabert y Arteaga, María de los Dolores	Torre-Arias, Condesa viuda	294	134	56	-	104	-	-	-
1941	Cubas y Urquijo, Estanislao	Jacarilla, Conde	208	133	56	-	-	-	19	-
1941	Gómez de la Lama y Álvarez, Jacoba	Deleitosa, Marqués	161	133	8	-	20	-	-	-
1941	Rubio Cullel, Antonio		133	133	-	-	-	-	-	-
1941	Gordon Murga, Luis		118	132	(14)	-	-	-	-	-
1941	Zapata Hernández, Obdulia		144	132	(10)	-	-	19	-	3
1941	Antón González, Marcelino		177	131	46	-	-	-	-	-

Tabla A.10. Rentistas urbanos residentes en Madrid, 1939-1943. Miles de pesetas.

Año fiscal	Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Propiedad urbana	Capital mobiliario	Negocios comerciales	Propiedad rústica	Explotaciones agrarias	Trabajo	Varios
1941	Saínz de la Cuesta, Ángeles	Moriles, Condesa viuda	346	130	184	-	23	9	-	-
1941	Quiroga y Espín, Joaquín	Quiroga Ballesteros, Conde	141	130	6	-	-	-	-	4
1941	Pastor Martínez, Esperanza		195	130	(16)	81	-	-	-	-
1941	Plá y Peñalver, Fernando	Amboage, Marqués	355	130	225	-	-	-	-	-
1942	Arias Lombardero, José		200	129	71	-	-	-	-	-
1943	Losada y González de Villalaz, María Teresa	Zarreal, Marquesa	233	129	104	-	-	-	-	-
1941	García de la Vega y Rubí de Celés, Antonio		147	128	1	-	5	-	13	-
1943	Vega y Concha, Cecilio		134	128	6	-	-	-	-	-
1941	López de Letona, Isabel		178	127	51	-	-	-	-	-
1941	Álvarez Muro, Juliana		132	126	6	-	-	-	-	-
1941	Mac-Crohon y Acedo-Rico, Luis		469	126	237	-	22	83	-	1
1941	García Andrade, Luis		115	124	(37)	-	-	-	28	-
1941	Gómez Mateos, Juan		123	123	-	-	-	-	-	-
1943	Palazuelo García, Tomás		108	123	(15)	-	-	-	-	-
1942	Antón Rubio, Antonio		144	123	18	3	-	-	-	-
1940	Correa López, Juan		137	122	(12)	26	1	-	-	-
1941	González Vallarino, Amparo		154	121	(12)	-	-	45	-	-
1943	Leyún y Villanueva, Celedonio		283	120	132	-	31	-	-	-
1941	Salabert y Arteaga, Fernanda	Valdeolmos, Marquesa	354	120	70	-	-	164	-	-
1941	Pérez Pla, José		169	120	(58)	107	-	-	-	-
1941	Fernández Durán Caballero, María de la Concepción	Castelar, Marquesa viuda	185	119	2	0	-	64	-	-
1941	Alarcón González, Emilio		173	119	54	-	-	-	-	-
1942	Sáinz y Ortiz de Urbina, María Luisa		349	118	231	-	-	-	-	-
1941	Mitjans Murrieta, José	Manzanedo, Marqués	233	118	15	-	100	-	-	-
1939	Gómez Vila, Alfonso†		119	118	-	-	1	-	-	-
1941	Palazuelo García, Enrique		116	118	(7)	-	-	5	-	-
1942	Román Ramón, Josefa		132	116	-	-	-	-	16	-
1941	Céspedes y Céspedes, Estefana		164	115	49	-	-	-	-	-
1941	González de Castejón y Elío, Manuel	Bailen, Duque viudo de	424	115	41	-	268	-	-	-
1940	Díaz Zaravillo, Juan		116	114	2	-	-	-	-	-
1941	Calvache y Arechaga, Margarita		114	112	2	-	-	-	-	-
1941	Fernández y González, Clemente		161	112	26	-	-	-	23	-
1943	Soler Labernia, José		111	111	-	-	-	-	-	-
1941	Schoendaff y Yalán, Mariano		110	111	-	-	(1)	-	-	-
1943	Barriobero y Armas, Juan	Rio Tovia, Barón	171	110	47	-	-	-	-	14
1941	Valcárcel Suárez, Enrique		113	109	3	-	-	-	-	-
1941	Ruiz Ibáñez, Francisca		450	108	296	-	1	45	-	-
1941	Garay Vitorica, Antonio		472	108	170	-	-	154	40	-
1941	Roca de Togores y Caballero, Mariano	Molins, Marqués	199	108	79	-	13	-	-	-
1942	Rubert Comas, Guillermo		177	108	69	-	-	-	-	-

Tabla A.10. Rentistas urbanos residentes en Madrid, 1939-1943. Miles de pesetas.

Año fiscal	Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Propiedad urbana	Capital mobiliario	Negocios comerciales	Propiedad rústica	Explotaciones agrarias	Trabajo	Varios
1941	Palazuelo García, Demetrio		112	107	5	-	-	-	-	-
1940	Rosal Fournier, Gonzalo		107	107	-	-	-	-	-	-
1941	Bárcenas y López-Mollinedo, Domingo		136	107	10	-	-	-	19	-
1941	Torres Moreno, Vicente		357	106	22	230	-	-	-	-
1941	Rolland y Paret, Rufina Ana		203	105	34	61	2	-	-	-
1941	Arcos Ostolaza, Bonoso		153	105	-	47	-	-	-	-
1941	Alvarez Espejo y González Castejón, Ricardo		164	105	29	-	15	-	15	-
1941	García de Cabo, Isabel		130	105	25	-	-	-	-	-
1941	Palazuelo García, Carlos		108	104	4	-	-	-	-	-
1942	Calle Cabezas, Felipe		104	104	-	-	-	-	-	-
1941	Díaz Varela, Silvestre		122	104	-	18	-	-	-	-
1941	Zunzunegui Moreno, Enrique		270	104	150	-	-	17	-	-
1943	Chávarri López, Polonia		271	103	146	-	23	-	-	-
1941	Moya Gómez, Fausto Antonio		102	102	-	-	-	-	-	-
1941	Palazuelo García, Luis		117	102	15	-	-	-	-	-
1941	Porras Isla Fernández, José María de	Chiloeches, Marqués	399	102	226	-	72	-	-	-
1942	Velluti Zbikowsky, José María	Falces, Marqués	266	101	114	-	-	-	-	51
1941	Riesgo García, Honorio		180	100	55	-	-	-	24	-

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribución sobre la Renta*, Legs. 14145-14297. Contribuyentes ordenados en función de los ingresos brutos procedentes de la propiedad urbana. Varios incluye ingresos procedentes de minas, propiedad intelectual, pensiones y plusvalías

Tabla A.11. Rentistas urbanos residentes en Madrid, 1954. Miles de pesetas.

Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Propiedad urbana	Capital mobiliario	Propiedad rústica	Trabajo	Varios
Rodríguez Gómez, Francisco		206	1.190	(984)	-	-	-
Bemberg Elortondo, Otto Eduardo		932	1.063	(131)	-	-	-
Fernández de Córdoba y Salabert, Luis Jesús	Medinaceli, Duque	1.685	913	428	343	-	-
Castillón Burillo, Emilia		909	551	338	-	20	-
Pérez de Guzmán el Bueno y Salabert, Alfonso	Torre Arias, Conde de	794	529	164	101	-	-
García-Calamarte y García, Adolfo		1.041	521	520	-	-	-
Díaz Huerta, José		391	512	(134)	-	13	-
Mora Fernández, Alejandro	Casa Riera, Marqués	944	493	324	127	-	-
Laborde Sulido, Carlos		452	452	-	-	-	-
Morales Soler, Marceliano		665	426	3	-	-	236
March Ordinas, Juan		6.170	412	5.305	453	-	-
Rodríguez Ramos, Manuel		401	401	-	-	-	-
Rodríguez Chamorro, Vicente		357	393	(78)	-	-	43
Olive Martín, Pedro		265	392	(143)	-	17	-
Rodríguez Chamorro, Ángel		311	388	(90)	-	-	14
Mañes Retama, Juan		377	382	(132)	-	127	-
Cano Baranda, José María		715	377	337	1	-	-
Sainz de la Cuesta, M ^{ra} de los Angeles	Moriles, Condesa viuda	1.336	370	549	416	-	-
Ríos Arroyo, Calixto		373	369	-	4	-	-
Gordon Murga, Luis		496	367	129	-	-	-
Maltrana del Río, Gloria		567	360	207	-	-	-
Berúete y Udaeta, Tomás		499	347	152	-	-	-
Deltel González, Salvador		347	344	3	-	-	-
Gaitero Santa, Manuel María		351	340	(60)	-	71	-
Castillejo y Wall, Dolores		422	338	(56)	139	-	-
Sánchez Torres, María		688	326	362	-	-	-
Morales Soler, Marcelo		461	316	(92)	-	-	236
Ocharan y Aburto, María Luisa		804	315	488	-	-	-
Troitiño Edreira, Manuel		522	314	19	-	-	188
Sánchez Salva, Luis		425	314	108	4	-	-
García Calamarte, Enriqueta		388	300	81	-	-	8
Ligero García, Saturnino Ángel		507	298	87	30	-	92
Díez de Rivera y Casares, Francisco	Llanzol, Marqués	329	293	12	-	-	23
Ruiz Rivas, Luis		612	278	334	-	-	-
Elío Gaztelu, Ana María	Campo Real, Marqués	525	269	128	128	-	-
Escrivá de Romaní y de la Quintana, M ^{ra} de la Blanca	Finat, Condesa viuda	787	263	(41)	565	-	-
López Rumayor, Ramón		632	262	119	-	-	251
Mora y Pajares, Carlos		680	258	41	-	380	-
Vallmouzat Gómez, Valentín		337	258	50	-	-	29
Urquijo y Ussía, Juan Manuel		2.341	256	421	1.336	329	-

Tabla A.11. Rentistas urbanos residentes en Madrid, 1954. Miles de pesetas.

Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Propiedad urbana	Capital mobiliario	Propiedad rústica	Trabajo	Varios
Silvela y Castelló, Carmen	Zurgena, Marquesa	326	255	59	-	-	12
Peña Pineda, Alfonso		514	253	161	-	100	-
Narváez y Pérez de Guzmán, Ramón	Espeja, Marqués	672	250	(29)	420	31	-
Sánchez Salva, Rafael		315	246	66	4	-	-
Figueroa y Alonso Martínez, Álvaro	Villabrágima, Marqués	1.421	240	1.119	62	-	-
Alonso Martínez y Martín, Casilda	Romanones, Condesa viuda	1.207	238	704	261	-	5
Valls Martín, Carmelo		484	236	183	-	65	-
Galeán Piquero, Benito		328	235	11	72	-	10
García de la Vega y Rubín de Celis, Antonio		532	235	264	-	-	32
Padierna de Villapadierna Avecilla, José María	Villapadierna, Conde de	232	234	(2)	-	-	-
Sánchez Salva, Felipe		274	232	39	4	-	-
Fernández de Henestrosa y Salabert, María	San Martín de Hoyos, Condesa	317	231	73	-	-	14
Quiroga Segura, Vicenta		316	229	87	-	-	-
Díez de Rivera y Figueroa, Pedro	Almodóvar, Conde	364	229	104	-	32	-
Villachica y Murguítio-Beña, Victoriana		853	228	21	604	-	-
García San Miguel y Muñoz de Baena, Julián	Belzunce, Marqués	490	226	51	-	214	-
Portillo Méndez, Francisco		376	219	(84)	9	-	231
Maroto y Pérez del Pulgar, Francisco	Santo Domingo, Marqués	253	211	27	15	-	-
Santos Vivas, Jerónimo		441	211	-	85	146	-
Martínez de las Rivas y Richardson, José M ^º	Mudela, Marqués	1.141	206	256	12	667	-
Meseguer Ródenas, Joaquín		347	205	121	21	-	-
García León, Esperanza	Luca de Tena, Marquesa viuda	1.021	202	818	-	-	-
Levison y Arroyo, Luis		259	196	62	-	-	2
Velasco Carrasquedo, Braulio		228	195	-	-	33	-
Landecho Allendesalazar, Manuel		352	195	(98)	240	-	15
Sarri Fernández-Valdés, Antonio		1.488	192	1.053	-	243	-
Vega Pamper, José María		447	190	(105)	-	362	-
Fernández de Córdoba y Fernández, Francisco	Puebla del Maestre, Conde de la	- 185	189	211	620	-	(1.205)
Bruguera y Bruguera, María		950	173	768	10	-	-
Osorio de Moscoso y López, Fernando	Medina de las Torres, Duque	320	171	136	13	-	-
Rodríguez San Pedro, Margarita		295	170	122	-	-	2
Figueroa López, Isabel		312	168	49	94	-	-
Espinosa y Garay, Narcisa		553	168	385	-	-	-
Puerto Galiano, Rafael		453	168	-	-	-	285
Fernández de Henestrosa y Salabert, Casilda	Santo Mauro, Duquesa de	470	166	51	253	-	-
Vargas y Fernández de Córdoba, Gonzalo		328	165	43	73	-	48
Vazquez Goes, Luis		347	162	-	-	-	185
Panadero Coello, Francisco		376	161	215	-	-	-
Espiro Casarobas, Adelaida		253	160	11	-	-	82
Valiente Oroquieta, Francisco		833	160	422	67	185	-

Tabla A.11. Rentistas urbanos residentes en Madrid, 1954. Miles de pesetas.

Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Propiedad urbana	Capital mobiliario	Propiedad rústica	Trabajo	Varios
Escrivá de Romani y Sentmenat, Luis	Sástago, Conde	367	160	(83)	290	-	-
Falcó y Álvarez de Toledo, José	Elda, Conde	1.029	158	161	428	100	180
Groizard y Paternmima, Eduardo	Portategre, Conde del	400	158	15	63	164	-
López Belmonte Oliva, Juan		306	154	152	-	-	-
Alonso de Villalonga, Carlos		341	151	120	-	70	-
Gutiérrez Matilla, Joaquín		291	150	137	-	4	-
Stuart y Falcó, Eugenia María Sol	Baños, Condesa de	1.072	148	(52)	976	-	-
Fernández Criado, Julio		327	148	148	-	32	-
Osorio de Moscoso y López, Isabel	Cardona, Condesa	260	147	111	1	-	-
Oswald Waller, Víctor Maurice		1.038	147	537	-	43	311
Goyeneche y San Gil, Juan	Guaqui, Conde de	1.009	147	256	604	2	-
Piedra Pérez, William		471	146	325	-	-	-
Valiente Pérez, Otelio		319	145	170	-	4	-
Allende y Allende, Máximo Tomas de		366	142	114	-	110	-
Chávarri y López, Polonia		307	142	165	-	-	-
Ruiz Crespo, José		512	135	6	370	-	-
Muro Lara, José		430	134	75	221	-	-
Figuerola y Alonso Martínez, Casilda	Pastrana, Duquesa Viuda	1.109	133	825	136	-	14
Azlor de Aragón y Hurtado de Zaldivar, José A.	Villahermosa, Duque	975	132	173	670	-	-
Sanchiz y Álvarez de Quindós, José	Pescara, Marqués	490	131	18	319	22	-
Guerrero Torres, Inocencio		508	129	(52)	-	-	431
Mora Fernández, Gonzalo	Casa Riera, Marqués	354	125	31	199	-	-
Cervera Vera, Luis		490	122	87	-	281	-
Fernández de Córdova y Osma, Joaquín	Arión, Duque	1.563	121	856	582	4	-
Biosca Torres, José		768	121	(102)	494	256	-
Saenz de Heredia y Manzanos, Gregorio		471	118	231	-	122	-
Guerrero Cubera, José María		311	116	(4)	199	-	-
Fernández de Tejerina y Sampelayo, Mariano		321	115	203	3	-	-
Mitjans Manzanedo, Agustina		482	115	295	73	-	-
Pallarés Moliner, Enrique		413	114	181	-	117	-
Rozabal Farnés, Francisco		407	114	58	149	33	52
Echevarrieta Maruri, Horacio		- 174	113	(287)	-	-	-
Navasqües y Ruiz de Velasco, Emilio	Navasqües, Conde de	489	113	67	-	308	-
Allende y Allende, Manuel		322	113	209	-	-	-
Roca de Togores y Caballero, Mariano	Molins, Marqués	331	112	134	86	-	-
Aguilar y Gómez-Acebo, Eduardo		1.449	110	268	-	1.071	-
Oliveros y del Trell, Ángel		449	110	210	129	-	-
Allende y Allende, María Teresa		461	108	353	-	-	-
Arisqueta Artegabeitia, Mercedes		355	108	242	-	-	5
Rodríguez Mocampo, Antonio		585	107	478	-	-	-

Tabla A.11. Rentistas urbanos residentes en Madrid, 1954. Miles de pesetas.

Nombre y Apellidos	Título nobiliario	Renta neta	Propiedad urbana	Capital mobiliario	Propiedad rústica	Trabajo	Varios
Sainz y Ortiz de Urbina, María Luisa		532	106	426	-	-	-
Biurrun Olbes, Ángel		407	105	1	-	-	300
Fernández del Campo y Madau, M ^a del Carmen	Arucas, Marquesa	575	104	105	366	-	-
Rodríguez Díaz, Quintina		493	104	122	139	2	126
Falguera Moreno, Isabel	Infantado, Duquesa viuda	3.279	104	(244)	3.247	-	173
Mitjans Murrieta, José	Manzanedo, Marqués	434	103	(142)	473	-	-
Mahou de la Fuente, Carlos		521	103	294	11	113	-
Cubas y Urquijo, Felipe	Fontalba, Marqués	849	102	633	-	114	-
Algara y Saiz, Alfonso		322	102	133	-	87	-
García de la Lama y Álvarez, María Natividad		408	102	234	72	-	-
Marqués Pelayo, Senén		416	101	216	-	99	-
Muñoz Icabceta, Antonio		1.074	101	96	868	-	10

Fuente: AGA, *Hacienda, Dirección General de Contribucción sobre la Renta*, Legs. 21673-21763. Contribuyentes ordenados en función de los ingresos brutos procedentes de la propiedad urbana. Varios incluye ingresos procedentes de minas, negocios comerciales, propiedad intelectual,

**Tabla A.12 Ingresos brutos del marqués
de Villabrágima en el ejercicio de la
abogacía, 1915-1936.**
Pesetas nominales

Año	Ingresos brutos	Número de clientes
1915	11.918	16
1916	27.550	8
1917	35.125	18
1918	64.326	18
1919	32.447	29
1920	55.100	17
1921	147.936	23*
1922	45.350	13
1923	183.049	23
1924	73.700	27
1925	36.299	10
1926	53.185	16
1927	36.500	7
1928	28.250	10
1929	34.950	11
1930	25.000	8
1931	27.275	7
1932	57.435	8
1933	13.250	4
1934	10.375	4
1935	13.850	7
1936	14.500	5

Fuente: CDMH, PS-Personal, C. 583

* Se agrupan varias minutas en un solo cliente

Tabla A.13. Cuenta de pérdidas y ganancias de José Luis de Oriol, 1927-1934.
Pesetas nominales

Año	Fincas urbanas	Fincas rústicas	Trabajo	Dividendos e intereses	Industrias y varios	Total ingresos	Intereses de préstamos	Pérdidas y provisiones	Gastos generales	Gastos negocio	Beneficio neto	Gastos personales	Obras Buenas	Obras Sociales y Políticas	Total gasto doméstico	Saldo neto
1927	437.994	66.337	169.974	2.777.703	1.055.283	4.507.291										3.723.567
1928	398.729	76.361	-	3.418.825	1.574.095	5.468.010										4.574.788
1929	381.356	129.033	232.960	3.711.830	78.423	4.533.601										3.401.714
1930	451.214	178.818	221.820	3.383.939	10.321	4.246.113										2.867.436
1931	357.262	219.015	252.137	3.559.515	-	4.387.929	(779.996)	(112.239)	(180.092)	(1.072.326)	3.315.603	(656.418)	(176.955)	(177.148)	(1.010.522)	2.305.081
1932	284.333	265.565	201.324	2.951.355	-	3.702.577	(541.757)	(165.882)	(206.855)	(914.494)	2.788.083	(625.219)	(207.104)	(55.963)	(888.286)	1.899.797
1933	434.418	171.677	213.472	3.396.947	-	4.216.514	(738.981)	(123.178)	(129.900)	(992.059)	3.224.456	(492.221)	(324.734)	(254.330)	(1.071.284)	2.153.172
1934	403.180	176.713	237.171	2.863.689	-	3.680.754	(559.382)	(226.219)	(135.873)	(921.475)	2.759.279	(416.990)	(282.287)	(192.541)	(891.818)	1.867.461

Fuente: CDMH, *PS-Personal*, C. 632, 633 y 633 Bis. Para el periodo 1927-1930 no han podido calcularse los gastos personales y de negocio, debido a que no aparecen especificados en el libro mayor de contabilidad. El concepto de "obras buenas" se refiere específicamente a la beneficencia, mientras que el de "obras sociales y políticas" reúne los gastos en apoyo al tradicionalismo.

Tabla A.14. Balance patrimonial de José Luis de Oriol, 1926-1934.
Pesetas nominales

Año	Activo									Pasivo				
	Valores	Fincas Urbanas	Industrias y explotaciones propias	Fincas Rústicas	Caja y cuentas corrientes	Mobiliario	Partidas a liquidar	Seguro de vida	Total	Cuentas corrientes	Bancos y sociedades	Otros	Capital	Total
1926	44.339.390	11.722.090	2.090.860	1.540.523	1.570.383	592.221	371.927		62.227.395	288.929	414.235	1.803.936	59.720.294	62.227.395
1927	47.329.429	11.722.090	2.548.785	2.022.177	700.761	720.530	154.509		65.198.282	298.037	777.767	804.291	63.318.187	65.198.282
1928	49.797.690	11.727.164	3.459.258	2.415.510	292.563	674.538	165.482		68.532.205		1.634.956	975.247	65.922.002	68.532.205
1929	56.987.874	13.486.790	1.982.035	3.027.195	861.886	629.000			76.974.780	1.158.430	7.058.428		68.757.922	76.974.780
1930	59.188.779	14.761.698	2.164.299	3.019.419	780.441	650.000		52.007	80.616.643	1.313.997	8.030.989		71.271.657	80.616.643
1931	57.140.065	15.482.790	1.448.437	3.000.000	241.041	600.000		136.040	78.048.374	962.388	5.814.329		71.271.657	78.048.374
1932	53.277.088	16.458.424	1.100.000	2.941.576	1.620.283	580.000		220.073	76.197.445		7.870.587		68.326.858	76.197.445
1933	47.447.963	16.986.144	788.905	2.890.000	2.865.815	559.500		263.870	71.802.197		3.579.257		68.222.940	71.802.197
1934	46.345.729	17.217.702	500.001	2.840.000	10.396.272	500.000		306.107	78.105.811		9.882.871		68.222.940	78.105.811

Fuente: CDMH, *PS-Personal*, C. 632, 633 y 633 Bis.

Tabla A.15. Cuenta de pérdidas y ganancias del marqués de Aledo, 1930-1945.
Pesetas nominales

Año	Fincas urbanas	Trabajo	Dividendos e intereses	Industrias y varios	Plusvalías realizadas	Total ingresos	Intereses de préstamos	Pérdidas y provisiones	Gastos generales	Gastos negocio	Beneficio neto	Gastos personales	Amortización mobiliario	Saldo neto
1930	488	295.223	293.958	25.715	(971)	614.414	(161.365)	-	-	(161.365)	453.049	(358.126)	-	94.923
1931	11.568	296.075	627.464	46.743	(127.693)	854.157	(336.003)	(14.075)	(9.160)	(359.239)	494.918	(916.227)	-	(421.309)
1932	23.185	302.220	539.478	567	70.257	935.708	(331.728)	(5.998)	(7.534)	(345.260)	590.448	(602.584)	(20.344)	(32.481)
1933	22.751	309.223	512.760	15.000	(27.452)	832.282	(352.084)	(6.006)	(70.718)	(428.808)	403.475	(408.367)	(41.855)	(46.747)
1934	24.534	320.616	531.886	704	(47.058)	830.681	(368.271)	(5.077)	(73.626)	(446.975)	383.706	(375.128)	(15.740)	(7.162)
1935	20.150	328.531	440.500	400	(42.588)	746.993	(329.172)	(104.782)	(54.654)	(488.608)	258.384	(213.432)	(26.295)	18.657
1936	28.552	305.645	427.997	-	(156.939)	605.256	(227.170)	(38.148)	(19.072)	(284.391)	320.865	(852.203)	-	(531.337)
1937	6.015	88.009	10.556	-	-	104.580	(319.025)	(19.991)	(9.936)	(348.952)	(244.373)	(171.282)	-	(415.655)
1938	8.540	59.060	34.980	101.640	(2.027)	202.192	(340.337)	-	(6.001)	(346.338)	(144.146)	(262.373)	-	(406.518)
1939	28.154	381.058	239.918	7.348	198.413	854.892	(331.530)	(86.637)	(4.720)	(422.888)	432.004	(401.601)	(5.528)	24.875
1940	79.733	1.037.134	228.536	-	(157.969)	1.187.434	(200.515)	(426.623)	(67.732)	(694.871)	492.564	(740.511)	(32.486)	(280.434)
1941	79.906	618.313	497.229	29.335	(219.340)	1.005.442	(216.338)	(8.634)	(68.160)	(293.132)	712.311	(1.079.642)	(54.846)	(422.177)
1942	82.302	1.027.304	240.083	160.796	87.499	1.597.983	(243.177)	(100.861)	(140.228)	(484.266)	1.113.717	(854.588)	(22.528)	236.601
1943	30.694	857.985	435.259	4.147	132.867	1.460.952	(155.345)	(57.468)	(99.552)	(312.365)	1.148.587	(1.179.817)	(50.112)	(81.342)
1944	30.753	857.278	530.058	10.132	525.287	1.953.507	(239.843)	(4.475)	(185.166)	(429.485)	1.524.022	(945.507)	(89.620)	488.896
1945	30.925	858.905	483.988	129.727	93.866	1.597.411	(112.034)	(34.844)	(173.347)	(320.225)	1.277.186	(1.698.347)	(98.352)	(519.513)

Fuente: SNAHN, *Aledo*, C. 1117

Tabla A.16. Balance patrimonial del marqués de Aledo, 1930-1952.
Pesetas nominales

Año	Activo									Pasivo		
	Acciones	Bonos y obligaciones	Participaciones en Sociedades	Varios Deudores	Participación en Indiviso	Propiedades	Mobiliario y Alhajas	Otros	Total	Cuentas acreedoras	Capital	Total
1930	14.789.602	506.328	607.131	129.172	956.903	3.231.821	367.540	280.313	20.868.810	5.414.267	15.454.543	20.868.810
1931	14.348.174	304.834	609.158	136.869	1.352.501	3.548.964	417.686	452.003	21.170.190	5.485.318	15.684.872	21.170.190
1932	13.458.719	302.104	409.060	108.443	1.206.234	3.794.042	419.436	222.888	19.920.927	5.625.375	14.295.551	19.920.927
1933	13.798.511	299.960	409.583	140.587	1.206.234	4.071.058	427.936	228.933	20.582.803	6.591.541	13.991.261	20.582.803
1934	13.484.052	114.312	423.340	192.811	1.206.234	4.071.058	440.235	230.273	20.162.315	6.343.529	13.818.786	20.162.315
1935	12.318.897	114.312	482.000	181.226	1.235.573	4.071.058	442.576	218.524	19.064.165	5.054.886	14.009.279	19.064.165
1936	12.389.336	114.312	484.283	169.084	1.197.425	4.071.058	442.576	226.576	19.094.650	5.602.488	13.492.162	19.094.650
1937	12.389.336	114.312	484.283	171.399	1.177.434	4.071.058	442.576	229.027	19.079.425	6.017.347	13.062.078	19.079.425
1938	12.389.336	114.312	485.284	171.280	1.179.074	4.071.058	442.576	231.399	19.084.318	6.413.759	12.670.559	19.084.318
1939	12.584.333	114.228	495.502	179.880	1.278.933	4.071.058	600.000	216.356	19.540.290	6.201.809	13.338.481	19.540.290
1940	13.222.968	380.819	267.501	264.045	1.028.196	3.994.319	618.008	216.373	19.992.230	4.622.529	15.369.701	19.992.230
1941	15.522.321	265.149	265.001	122.956	631.894	4.329.536	650.000	223.995	22.010.853	4.776.650	17.234.202	22.010.853
1942	17.235.900	266.282	368.750	116.392	523.699	4.666.960	670.000	173.477	24.021.459	5.018.994	19.002.466	24.021.459
1943	16.936.668	266.282	418.500	133.624	51.410	5.967.137	753.277	283.840	24.810.738	5.241.652	19.569.086	24.810.738
1944	18.133.350	276.512	407.501	359.996	30.006	5.498.669	769.017	98.336	25.573.386	4.779.871	20.793.516	25.573.386
1945	17.333.593	283.512	402.500	428.067	30.006	6.725.456	819.017	64.077	26.086.228	4.978.350	21.107.878	26.086.228
1952	28.963.141	233.291	445.525	682.105	100	17.521.872	1.668.035	602.098	50.116.167	8.584.604	41.531.563	50.116.167

Fuente: SNAHN, *Aledo*, C. 1117 y 1230

Tabla A.17. Cuenta de pérdidas y ganancias de la testamentaría del duque de Fernán Núñez, 1939-1945.
Pesetas nominales

Año	Fincas rústicas y urbanas	Dividendos e intereses	Total ingresos	Impuestos	Gastos generales	Gastos negocio	Beneficio neto	Gasto doméstico	Saldo neto
1939	266.270	117.420	383.689	(673.000)	(27.977)	(700.977)	(317.288)	(6.141)	(323.429)
1940	599.577	68.464	668.041	(201.811)	(154.273)	(356.084)	311.957	(292.076)	19.881
1941	610.727	115.518	726.246	(28.198)	(162.881)	(191.079)	535.167	(501.517)	33.650
1942	530.840	91.228	622.068	(95.242)	(106.652)	(201.893)	420.175	(628.165)	(207.990)
1943	456.466	100.293	556.760	-	(105.328)	(105.328)	451.432	(714.138)	(262.706)
1944	934.777	125.691	1.060.468	(320.916)	(104.070)	(424.986)	635.482	(919.825)	(284.343)
1945	815.243	137.290	952.533	(315.411)	(113.861)	(429.272)	523.261	(649.148)	(125.886)

Fuente: SNAHN, *Fernán Núñez*, C. 139 y 249, documento 3

Tabla A.18. Cuenta de pérdidas y ganancias del conde de Gamazo, 1939-1961.
Pesetas nominales

Año	Fincas urbanas	Fincas rústicas	Trabajo	Dividendos e intereses	Atrasos y varios	Total ingresos	Intereses de préstamos	Pérdidas y provisiones	Impuestos	Gastos generales	Gastos negocio	Beneficio neto	Gasto doméstico	Saldo neto
1939	32.984		127.583	116.560	12.732	289.859	(561)	(26.173)	-	(12.841)	(39.575)	329.434	171.370	158.064
1940	51.970	50.181	230.177	195.655	15.868	543.851	-	(14.292)	-	(86.034)	(100.326)	644.177	296.820	347.358
1941	44.157	67.048	356.757	661.903	30.790	1.160.655	-	(83.075)	(228.653)	(19.780)	(331.508)	1.492.163	337.699	1.154.464
1942	49.123		528.896	375.965	22.843	976.827	-	(32.071)	(144.578)	(19.651)	(196.299)	1.173.126	440.277	732.850
1943	17.722		361.656	448.776		828.154	(5.393)	(41.331)	(159.936)	(24.901)	(231.561)	1.059.715	531.005	528.710
1944	13.200	212.289	432.269	423.901	196.588	1.278.247	(18.657)	(55.886)	(165.005)	(29.206)	(268.755)	1.547.003	1.008.008	538.994
1945	8.095	215.213	542.062	447.010	120.229	1.332.610	-	(94.746)	(237.066)	(29.382)	(361.194)	1.693.804	832.159	861.645
1946	146.740	294.778	522.829	441.651	278.386	1.684.383	(34.997)	(135.410)	(200.469)	(33.871)	(404.748)	2.089.131	887.297	1.201.834
1947	60.644	327.117	648.708	486.154	156.089	1.678.712	-	(70.022)	(223.402)	(39.452)	(332.875)	2.011.587	832.920	1.178.667
1948	48.861	264.263	803.637	521.485	89.177	1.727.423	-	(155.042)	(216.615)	(41.702)	(413.358)	2.140.782	906.554	1.234.227
1949	75.218	175.404	815.894	477.647	48.086	1.592.250	(23.900)	(45.333)	(225.509)	(43.500)	(338.242)	1.930.492	779.779	1.150.714
1950	30.482	425.138	914.577	529.400	125.813	2.025.409	(41.824)	(71.511)	(225.000)	(49.517)	(387.852)	2.413.261	935.064	1.478.197
1951	48.539	927.185	1.143.540	937.312	55.473	3.112.049	(3.535)	(71.996)	(303.062)	(55.547)	(434.140)	3.546.189	1.244.005	2.302.185
1952	158.536	361.753	1.445.105	1.004.241	98.130	3.067.766	(11.724)	(261.310)	(319.977)	(69.810)	(662.821)	3.730.587	1.383.287	2.347.299
1953	102.642	310.110	1.404.238	1.505.313	40.607	3.362.910	(17.773)	(102.444)	(330.558)	(94.350)	(545.125)	3.908.035	1.475.366	2.432.669
1954	101.236	273.036	1.738.814	1.111.316	28.583	3.252.985	(27.246)	(134.004)	(491.377)	(105.733)	(758.360)	4.011.345	1.462.291	2.549.054
1955	74.211	255.512	2.180.011	1.714.094	26.059	4.249.886	(8.117)	(159.677)	(350.000)	(90.690)	(608.484)	4.858.369	1.728.544	3.129.825
1956	89.137	538.210	1.974.468	2.286.474	97.323	4.985.612	-	(255.032)	(185.143)	(130.742)	(570.916)	5.556.528	2.348.055	3.208.473
1957	107.952	1.237.342	2.431.733	1.748.553	750.783	6.276.364	-	(127.023)	(728.775)	(138.385)	(994.183)	7.270.547	2.018.657	5.251.890
1958	155.831	1.081.383	2.168.283	2.160.543	51.810	5.617.849	(79.536)	(283.523)	(839.168)	(155.170)	(1.357.397)	6.975.245	2.103.119	4.872.126
1959	143.553	1.104	2.661.464	2.305.759	60.548	5.172.429	(22.025)	(146.366)	(630.570)	(186.714)	(985.675)	6.158.104	2.602.873	3.555.231
1960	49.165	1.625.784	2.742.940	2.303.935	5.883	6.727.707	(55.624)	(129.998)	(1.051.801)	(134.194)	(1.371.616)	8.099.323	2.216.989	5.882.334
1961	186.424	242.673	3.097.740	2.987.948	19.826	6.534.611	(20.481)	(154.439)	(1.106.203)	(152.452)	(1.433.575)	7.968.186	2.360.502	5.607.684

Fuente: Archivo Gamazo, *Libros de contabilidad*

Tabla A. 19. Grandes contribuyentes de Madrid (1932) que fueron diputados en las Cortes (1901-1923)

Nombre y Apellidos	Título	Legislaturas
Alba y Bonifaz, Santiago		11
Cierva y Peñafiel, Juan		11
Figueroa y Torres, Álvaro	Romanones, Conde	11
Garnica y Echeverría, Pablo		11
Marichalar Monreal, Luis	Eza, Vizconde	11
Alcalá Zamora y Torres, Niceto		9
Beruete y Udaeta, Tomás		9
Díaz Cordobés, José		9
Ossorio y Gallardo, Ángel		9
Argüelles y Argüelles, Manuel		8
Gamazo y Abarca, Juan Antonio	Gamazo, Conde	8
Kindelán y de la Torre, Manuel		8
Herrero de Collantes, Ignacio	Aledo, Marqués	7
Jiménez de la Puente, Francisco Javier	Santa Engracia, Conde	7
Matos Massieu, Leopoldo		7
Mora y Abarca, César		7
Navarro Reverter y Gomis, Juan		7
Soto Reguera, José		7
Álvarez Valdés, Ramón		6
García Prieto, Manuel	Alhucemas, Marqués	6
Maura Gamazo, Gabriel	Maura, Duque	6
Romeu Fages, Serafín	Barbate, Conde	6
Salvador y Carreras, Amós		6
Silva y Carvajal, Mariano	Santa Cruz de Mudela, Marqués	6
Caro y Martínez de Irujo, Pedro	Romana, Marqués	5
Figueroa y Alonso Martínez, Álvaro	Villabrágima, Marqués	5
Garay Vitórica, Antonio		5
Sáinz de Vicuña y Camino, Manuel		5
Stuart y Falcó, Jacobo	Alba, Duque	5
Urquijo y Ussía, Luis	Amurrio, Marqués	5

Tabla A. 19. Grandes contribuyentes de Madrid (1932) que fueron diputados en las Cortes (1901-1923)

Nombre y Apellidos	Título	Legislaturas
Figuerola y Alonso Martínez, Luis	Dehesa de Velayos, Conde de la	4
Montiel Balanzat, Luis		4
Núñez-Robres y Galiano, Fernando	Calzada de Montenuovo, Marqués	4
Requejo y Herrero, Manuel		4
Urquijo y Ussía, Estanislao	Urquijo, Marqués	4
Vitorica Casuso, Juan	Moriles, Conde	4
Lazcano y Morales de Setién, Felipe		3
Leyún y Villanueva, Celedonio		3
Martínez del Campo y de la Viesca, Arsenio	Viesca de la Sierra, Marqués	3
Alesanco Hervias, Antonio		2
Bustos y Ruiz de Arana, Rafael	Pastrana, Duque	2
Castillo Olivares, Pedro		2
Céspedes y Céspedes, Valentín		2
Díez de Rivera y Casares, Pascual	Valterra, Marqués	2
Díez de Rivera y Casares, Ramón	Huétor de Santillán, Marqués	2
Fernández de Córdoba y Salabert, Luis	Medinaceli, Duque	2
González de Castejón y Elío, Manuel	Bailen, Duque viudo de	2
Palacio y Maroto, Ignacio	Llano de San Javier, Marqués	2
Peña y Braña, Luis		2
Pérez San Millán y Miguel, Juan	Benicarló, Marqués	2
Roca de Togores y Aguirre Solarte, Fernando	Molins, Marqués	2
Rodrigáñez y Sagasta, Tirso		2
Ruiz Senén, Valentín		2
Álvarez García, Amadeo		1
Bárcenas y López Moltinedo, Domingo		1
Benavente, Jacinto		1
Borbón y Bernaldo de Quirós, Manfredo	Hernani, Duque	1
Carrión y Vecín, Enrique	Melín, Enrique	1
Eguilior y Llaguno, Gregorio		1
Falcó Escandón, Manuel	Pons, Marqués	1
Fernández de Córdoba y Osma, Joaquín	Arión, Duque	1
Figuerola y Alonso Martínez, Carlos	San Damián, Marqués	1
Figuerola y Alonso Martínez, Eduardo	Yebes, Conde	1
González Fierro y Ordóñez, Ildelfonso		1
Larios y Sánchez, Carlos	Rincón, Conde	1
Lázaro Galdiano, José		1
March Ordinas, Juan		1
Osorio y Martos, Miguel	Albuquerque, Duque	1
Plá Peñalver, Fernando	Amboage, Marqués	1
Rivera Urtiaga, José	San Nicolás de Noras, Marqués	1
Rodríguez y González, José María		1
Ulloa Fernández Durán, Álvaro María	Adanero, Conde	1
Urquijo y Ussía, Juan Manuel		1

Fuente: *Gaceta de Madrid*; AHC, Índice Histórico de Diputados. Elaboración propia.

Fuentes y bibliografía

Fuentes archivísticas

ACA – Archivo de la Casa de Alba

Fondo de Don Jacobo. Cajas 4, 8, 13

ADM – Archivo Ducal de Medinaceli

Archivo Histórico. Legajo 222, ramo 8, número 1-16

AFM – Archivo de la Fundación Maura

Gabriel Maura Gamazo. Carpetas 120/16 y 121/5

Fondo Mortera. Caja 1

AG – Archivo Gamazo

Actuación de Germán Gamazo Arnús durante el Alzamiento Nacional y su preparación,
[s.f.]

Libros de contabilidad

Recaudaciones Don Juan de Borbón.

AGA – Archivo General de la Administración

Alfonso. Signatura 22745

Gobernación. Dirección General de Seguridad. Caja 9041, 9079, 9189,

Hacienda. Dirección General de Contribución sobre la Renta. Legajos:

13973, 14145, 14147, 14154, 14155, 14156, 14157, 14163, 14166, 14173, 14174,
14181, 14185, 14200, 14202, 14209, 14218, 14221, 14234, 14237, 14244, 14262,
14263, 14268, 14271, 14274, 14275, 14279, 14283, 14297, 21524, 21673, 21674,
21675, 21676, 21677, 21678, 21679, 21680, 21681, 21682, 21683, 21684, 21685,
21686, 21687, 21688, 21689, 21690, 21691, 21692, 21693, 21694, 21695, 21696,
21697, 21698, 21699, 21700, 21701, 21702, 21703, 21704, 21705, 21706, 21707,
21708, 21709, 21710, 21711, 21712, 21713, 21714, 21715, 21716, 21717, 21718,
21719, 21720, 21721, 21722, 21723, 21724, 21725, 21726, 21727, 21728, 21729,
21730, 21731, 21732, 21733, 21734, 21735, 21736, 21737, 21738, 21739, 21740,
21741, 21742, 21743, 21744, 21745, 21746, 21747, 21748, 21749, 21750, 21751,
21752, 21753, 21754, 21755, 21756, 21757, 21758, 21759, 21760, 21761, 21762,
21763.

Justicia. Caja 41/3272

AHBE – Archivo Histórico del Banco de España

Operaciones. Legajos 295, 297, 298, 300, 302, 303, 305, 306, 318, 319

Secretaría. Legajo 2126, caja II

AHBF – Archive Historique de la Banque de France

Signatura 1069199612

AHC – Archivo Histórico del Congreso

Índice histórico de diputados

AHN – Archivo Histórico Nacional

FC-Causa General. Cajas 1354, 1527, 1556.

FC-Ministerio del Interior. Serie H, expedientes 417, 589, 53388, 606069

AHPZ – Archivo Histórico Provincial de Zaragoza
Casa Ducal de Híjar. P/1-148-41

AMI – Archivo del Ministerio del Interior
Expediente 55.229-31

ANF – Archives Nationales, France.
Série F-7. Cajas 14722, 15930.

ARCM – Archivo regional de la Comunidad de Madrid
Cámara de la Propiedad Urbana de Madrid. Signaturas 358051, 358064.

AS – Archivo del Senado
Expediente personales. His-0168-02, His-0281-03, His-0482.02, His-0484-02.

AV – Archivo Viana
Viana. Legajo 630 y 679

AVM – Archivo de la Villa de Madrid
Estadística. Padrón municipal de 1930, 1940.

BN – Biblioteca Nacional
Sala Goya. DIBZ/169

CDMH – Centro Documental de Memoria Histórica
PS-Madrid. Cajas 97, 304, 1161, 2157.
PS-Particular. Cajas: 35, 517, 519, 583, 614, 631, 632, 633, 633 bis, 703
Tribunal Nacional de Responsabilidades Políticas. Expediente 42/2740

MAAEE – Ministère des Affaires étrangères. La Courneuve
Espagne, 1930-1940. Libro 267.
Espagne, Relations commerciales. Libro 99

SNAHN – Sección Nobleza del Archivo Histórico Nacional
Aledo. Cajas 698, 708, 710, 713, 736, 1117, 1119, 1230
Fernán Núñez. Cajas 139, 249, 399, 1000, 1189, 1389, 1732, 2294
Villavieja. Carpeta 383, documento 4

Publicaciones y periódicos

ABC

Anuario de la renta de tabacos de España y anuario financiero. Hacienda, banca y bolsa

Anuario de la revista Automóvil Comercio

Anuario de los consejos de administración de las sociedades mercantiles de España

Anuario de valores de la Bolsa de Madrid

Anuario español del Gran Mundo

Anuario financiero y de sociedades anónimas de España

Arte Español

Asamblea Nacional

Ateneo Científico, Literario y Artístico. Lista de los señores socios, enero de 1922.

Avante

Blanco y Negro

Boletín de la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana

Boletín de la Sociedad Central de Arquitectos

Boletín del Instituto de Reforma Agraria

Boletín estadístico de Madrid

Boletín oficial de la provincia de Madrid

Ciudad Lineal

Crónica

Diario de Sesiones de las Cortes

Diario de sesiones de las Cortes Constituyentes de la República española

El Año aristocrático

El Heraldo de Madrid

El Imparcial

El Liberal

El Siglo Futuro

El Socialista

El Sol

Fiestas aristocráticas

Gaceta de Madrid

Gran Madrid. Boletín informativo de la Comisaría General para la Ordenación urbana de Madrid y sus alrededores.

Gran Mundo, 1914

Gran Mundo, 1950-1953

Heráldica, 1945

Hermes

¡Hola!

Kinos

La Construcción moderna

La Época

La Libertad

La Sociedad de Madrid. Libro de los salones.

Le Tout Madrid: Anuario de la aristocracia

La Vanguardia española

Madrid automóvil

Mundo gráfico

Publicaciones de actualidad

Zona 1ª. Boletín de orientación y consignas de la Jefatura

Memorias y textos de protagonistas de la época

AGUIRRE, José Antonio: *Veinte años de gestión del gobierno vasco (1936-1956)*, Durango, Leopoldo Zugaza, 1978.

ALBA, Duque de: "Foreword", en FOSS, William y GERAHTY, Cecil: *The Spanish arena*, Londres, Gifford, 1938, pp. 7-9.

ALBA, Duque de: *Discurso leído en el acto de su recepción por el Duque de Berwick y Alba sobre Los Mecenazgos ilustres. Contestación del Duque de Maura*, Madrid, Real Academia Española, 1943.

ALBA, Duque de: *Discurso pronunciado por el Duque de Alba en la toma de posesión del cargo de Decano Presidente*, Madrid, E. Catalá, 1943

ALCALÁ-GALIANO, Álvaro: *Entre dos mundos, seguido de un ensayo sobre la decadencia de Europa*, Madrid, Espasa, 1928.

ALCALÁ-GALIANO, Álvaro: *Renovación española ante la sociedad*, Madrid, Renovación Española, 1934.

ALMAGRO SAN MARTÍN, Melchor de: *Biografía del 1900*, Madrid, Revista de Occidente, 1943.

ALMAGRO SAN MARTÍN, Melchor de: *La pequeña historia. Cincuenta años de vida española, 1880-1930*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1954.

ARAQUISTAIN, Luis: *El ocaso de un régimen*, Madrid, Editorial España, 1930.

ARTEAGA, Cristina de: *La Casa del Infantado, cabeza de los Mendoza*, 2 vols., Madrid, Duque del Infantado, 1940.

ARTEAGA, Cristina de: *Borja*, Madrid, C. Bermejo, 1941

ARTEAGA, Cristina de: *La vida plural y dinámica del marqués de Santillana*, Sevilla, Editorial Católica Española, 1949.

ASOCIACIÓN DE VECINOS DE MADRID: *Proyecto de ley de reforma del contrato de arrendamiento de fincas urbanas*, Madrid, 1919

AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Proyecto de Urbanización de la zona de Ensanche de esta Villa y Corte, limitado por las calles de María de Molina, paseo de Ronda, paseo de circunvalación del Hipódromo (lado derecho), y paseo de la Castellana*, Madrid, Imprenta Municipal, 1917.

AYUNTAMIENTO DE MADRID: *Memoria, información de la ciudad. 1929*, Madrid, 1929.

AZAÑA, Manuel: *Diarios, 1932-1933. Los cuadernos robados*, Madrid, Crítica, 1997.

BORBÓN, Eulalia de: *Para la mujer*, Barcelona, Hispano Americana de Ediciones, 1946 [1912].

BORBÓN, Eulalia de: *Memorias de Doña Eulalia de Borbón, Infanta de España (1864-1931)*, Barcelona, Juventud, 1950 [1935].

BURGOS SEGUI, Carmen de: *La mujer en el hogar. Guía de la buena dueña de casa*, Valencia, F. Sempere y Compañía, 1909.

CALVO SOTELO, José: *Mis servicios al Estado. Seis años de gestión, apuntes para la historia*, Madrid, Imprenta Clásica Española, 1931

CAMPO ALANGE, Conde de: *Proyecto de un régimen liberal corporativo*, 1943.

CAMPO ALANGE, María: *Mi atardecer entre dos mundos. Recuerdos y cavilaciones*, Barcelona, Planeta, 1983.

CAMPOSOL, Duque de: *Código de etiqueta y distinción social*, Madrid, Editorial Estudio, s.f. [1942].

CASTRO, Carlos María de: *Memoria descriptiva del ante-proyecto de Ensanche de Madrid*, Madrid, Imprenta de D. José C. de la Peña, 1860.

CELA, Camilo José: *La Colmena*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1951,

CODORNIÚ, Joaquín: *El Real Decreto de inquilinato. Bases para su modificación. Conferencias pronunciadas respecto de este tema*, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1929.

Compañía Telefónica Nacional de España. Memoria, 1926.

Congreso Nacional de la Propiedad Urbana, Madrid 1912, Madrid, Establecimiento tipográfico de Ginés Carrión, 1913.

COSTA, Joaquín: *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: Urgencia y modo de cambiarla*, Madrid, Ediciones de la Revista de Trabajo, 1975 [1903].

DE LA MORA, Constanca: *Doble Esplendor*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2004 [1940]

Diccionario biográfico de comerciantes, agricultores e industriales, Madrid, Escuela Tipográfica del Hospicio, 1891

Diputación permanente y Consejo de la Grandeza de España. Memoria correspondiente al año 1919-1920

Diputación permanente y Consejo de la Grandeza de España. Memoria correspondiente a 1941-1942

Diputación permanente y Consejo de la Grandeza de España. Memoria correspondiente a 1947.

Diputación permanente y Consejo de la Grandeza de España. Memoria correspondiente a 1949.

ESCOBAR, Luis: *En cuerpo y alma. Memorias*, Madrid, Temas de Hoy, 2000.

Estadística de la Contribución General sobre la Renta, 1933-1934

Estadística de la Contribución sobre la Renta, 1935-1942

Estadística de la Contribución sobre las Utilidades de la riqueza mobiliaria. Año económico de 1922-23

Estadística de Servicios, Dirección General de Contribución sobre la Renta

Estadística de vehículos automóviles matriculados de propiedad particular

EZA, Vizconde de: *Crítica del proyecto de impuesto sobre la renta*, Madrid, Ruiz Hermanos, 1927.

EZA, Vizconde de: *Vivero de selectócratas (La función de las clases directoras en las sociedades modernas)*, Madrid, C. Bermejo, 1940.

EZA, Vizconde de: *La representación del país*, Madrid, C. Bermejo, 1945.

FORONDA, Ana-María: *Nueve meses con los rojos en Madrid*, Ávila, Sigirano Díaz, 1937

FOXÁ, Agustín de: *Madrid, de Corte a Cheka*, San Sebastián, Librería Internacional, 1938.

FRANCO SALGADO-ARAUJO, Francisco: *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, Planeta, 2005 [1976].

GOICOECHEA, Antonio: *Discurso pronunciado por el Excmo. Señor Don Antonio Goicoechea y Cosculluela ante las Cortes Españolas de 24 de Abril de 1948, sobre el Proyecto de Ley para el restablecimiento de la legalidad vigente con anterioridad al 14 de abril de 1931 en las Grandezas de España y Títulos del Reino*, Madrid, Gráficas Reunidas, 1948.

GÓMEZ PALLETE, José: *La Gran Peña, 1869-1917*, Madrid, Fortanet, 1917.

GÜELL, Conde de: *Journal d'un expatrié catalán, 1936-1945*, Monaco, Éditions du Rocher, 1946

HOHENLOHE LANGENBURG, Princesa Max de: *Mi madre*, Madrid, Blass, 1946.

HOHENLOHE LANGENBURG, Princesa Max de: *Érase una vez. Bocetos de mi juventud*, Madrid, [s.n.], 1954.

HOYOS, Antonio de: *El Primer Estado. Actuación de la aristocracia antes de la Revolución y después de ella*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1931.

INFANTADO, Duque del: *Honores y prerrogativas de los Grandes de España*, Madrid, Diputación permanente y Consejo de la Grandeza de España, 1929.

INFANTADO, Duque del: "Introducción", en *El Duque de Berwick y de Alba, 1878-1953*, Madrid, Diputación de la Grandeza, 1954.

INSTITUTO DE REFORMA AGRARIA: *La reforma agraria en España: sus motivos, su esencia, su acción*, Valencia, F. Domenech, 1937.

Jurisprudencia civil, Madrid, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Justicia, 1949

Jurisprudencia civil, Madrid, Boletín Oficial del Estado, 1962.

Jurisprudencia civil. Colección completa de las resoluciones dictadas por el Tribunal Supremo (en los recursos de casación y revisión en materia de competencias) por el Tribunal especial sobre contratación en Zona roja y por la Dirección General de los Registros y del Notariado, Madrid, Revista General de Legislación y Jurisprudencia, 1943.

Jurisprudencia civil. Colección completa de las resoluciones dictadas por el Tribunal Supremo en los recursos de casación civil y revisión y en materia de competencias, Madrid, Instituto Editorial Reus, 1945.

MARAÑÓN, Gregorio: "El ejemplo de Alba", en *El Duque de Berwick y de Alba, 1878-1953*, Madrid, Diputación de la Grandeza, 1954.

MARTÍNEZ SAAVEDRA, José: *La contribución general sobre la renta en la teoría y en la práctica*, 2 vols., Madrid, Magisterio Español, 1947

MAURA, Duque de: *Dolor de España*, Madrid, Tip Archivos, 1932.

MAURA, Duque de: “Contestación del excelentísimo señor duque de Maura”, en duque de ALBA: *Discurso leído en el acto de su recepción por el Duque de Berwick y Alba sobre Los Mecenazgos ilustres. Contestación del Duque de Maura*, Madrid, Real Academia Española, 1943, pp. 67-82.

MAURA, Duque de: “De los recuerdos de mi vida (Capítulo inédito)”, en Princesa Max de HOHENLOHE: *Mi madre*, Madrid, Blass, 1946.

MAURA, Duque de: “Prólogo”, en Cristina de ARTEAGA: *La vida dinámica y plural del marqués de Santillana, duque del Infantado*, Sevilla, Editorial Católica Española, 1949.

MAURA, Duque de: “El Excmo. Sr. Duque de Alba, Director de la Real Academia de la Historia”, en *El Duque de Berwick y de Alba, 1878-1953*, Madrid, Diputación de la Grandeza, 1954.

MAURA, Duque de y FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Por qué cayó Alfonso XIII. Evolución y disolución de los partidos históricos durante su reinado*, Madrid, Ediciones de Ambos mundos, 1947.

MAURA, Miguel: *Así cayó Alfonso XIII: de una dictadura a la otra*, Madrid, Marcial Pons, 2007 [1962].

MEDINACELI, Duque de: *Diario de mi viaje alrededor del mundo en 1907*, Madrid, Blas y cía, s.f. [1915].

MONTE-CRISTO: *Los Salones de Madrid*, Madrid, s.n., 1898

NAVAS, Conde de las: *Discurso leído ante S.M. el Rey Don Alfonso XIII el 17 de Febrero de 1924 en la recepción del Sr. Conde de las Navas, en la Real Academia Española*, Madrid, Gráficas Reunidas, 1924.

Nuevo Club. Reglamento, Imprenta del Asilo de Huérfanos, [1924]

NUÑEZ GRANES, Pedro: *Proyecto para la prolongación del paseo de la Castellana*, Madrid, Imprenta Municipal, 1917

ORTEGA Y GASSET, José: *La rebelión de las masas*, Madrid, Revista de Occidente, 1962 [1929].

Josep PLA: *Madrid. El advenimiento de la República*, Madrid, Alianza, 1986 [1933].

PRIMO DE RIVERA, José Antonio: “Misión reservada a España”, en PRIMO DE RIVERA, José Antonio: *Revolución Nacional. Puntos de Falange*, textos seleccionados y anotados por Agustín del Río Cisneros, s.l. [Madrid], Ediciones Prensa del Movimiento, 1949 [1935], pp. 231-232

RAMOS OLIVEIRA, Antonio: *El capitalismo español al desnudo*, Madrid, Marsiega, 1935.

RIBADAVIA, Conde de: *La política*, San Sebastián, Editorial Católica Guipúzcoa, s.f.

RIBADAVIA, Conde de: *La reforma agraria*, s.l., Artes gráficas Pasajes, 1935.

RODRÍGUEZ ALCALDE, Leopoldo: *Eugenio Rodríguez de Escalera, Montecristo*, Santander, Imprenta La Moderna, 1958.

ROMANONES, Conde de: *Notas de una vida*, Madrid y Barcelona, Marcial Pons, 1999 [1930].

ROMANONES, Condesa de: *El fin de una era*, Barcelona, Ediciones B, 2010.

ROY LHARDY, Emilio: *Notas sobre la banca madrileña desde mediados del siglo XIX*, texto inédito, 1942.

SÁINZ DE LA CUESTA, José: *Algunas consideraciones acerca de la moneda, del cambio, del cheque y del impuesto directo*, Madrid, Imprenta de Samarán, 1926.

SALAZAR, Bernardo de: *La Gran Peña. Madrid, 1869-1969*, s.l. [Madrid], s.n., 1969.

SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS, Marqués de: *Héroes y mártires de la aristocracia española, julio 1936 – marzo 1939*, Madrid, S. Aguirre, 1945

SANCHO DEL CASTILLO, Vicente y BRAVO y MOLTÓ, Emilio: *Baile de trajes en casa de los Duques de Fernán-Núñez, 25 de febrero de 1884*, Madrid, Imprenta y estereotipia de El Liberal, 1884.

SANTO MAURO, Duque de: *Unos días de los meses de Abril y Mayo de 1915*, Madrid Blass y Cía, 1915.

SCHLAYER, Félix: *Diplomático en el Madrid rojo*, Sevilla, Espuela de Plata, 2008 [1938]

STUART Y SILVA, Cayetana: *Yo, Cayetana*, Madrid, Espasa, 2011

TUSQUETS, Esther: *Habíamos ganado la guerra*, Barcelona, Bruguera, 2007.

URQUIJO, Alfonso de: *Cuando empuñamos las armas. La pequeña historia de una familia numerosa entre 1936 y 1942*, Madrid, Moneda y Crédito, 1973.

URQUIJO EULATE, Ignacio: *Historia de unos bancos*, texto inédito, s.f. [2009]

VALDEIGLESIAS, Marqués de: *70 años de periodismo. Memorias*, 3 vols., Madrid, Biblioteca Nueva, 1952.

VILLAVIEJA, Marqués de: *Life has been good. Memoirs of the marqués de Villavieja*, Londres, Chatto & Windus, 1938.

YEBES, Conde de: *La sala de los trofeos de un montero ejemplar. El último duque de Arión, 1870-1957*, s.l. [Madrid], Palacio de Mirabel, 1963.

Fuentes orales

Personas entrevistadas

FIERRO, Javier. Madrid, 11 de diciembre de 2012.

FLORES, Samuel. Madrid, 14 de diciembre de 2011.

GRIFFIN, Aline. Madrid, 14 de enero de 2011.

SÁINZ DE LA CUESTA, José. Madrid, 8 de enero de 2013.

SALAZAR, Jaime. Madrid, 24 de octubre de 2012.

ULLOA, Álvaro. Madrid, 16 de diciembre de 2011

URQUIJO, Jaime. Madrid, 23 de marzo, 6 de abril, 8 de junio y 11 de octubre de 2011.

USSÍA, Ignacio. San Sebastián de los Reyes, 14 de abril y 18 de mayo de 2011.

Bibliografía

- ACTON, Edward e SAZ, Ismael (eds.): *La transición a la política de masas*, Valencia, Publicaciones Universidad de Valencia, 2001.
- ADONIS, Andrew: *Making aristocracy work. The peerage and the political system in Britain 1884-1914*, Oxford, Clarendon Press, 1993.
- AGULHON, Maurice: *Le Cercle dans la France bourgeoise: 1810-1848. Étude d'une mutation de sociabilité*, Paris, A. Colin y École des hautes études en sciences sociales, 1977.
- ALARES, Gustavo: "Ruralismo, fascismo y regeneración. Italia y España en perspectiva comparada", *Ayer*, 83 (2011), pp. 127-147.
- ALBI IBÁÑEZ, Emilio: *Impuesto sobre la renta y equidad. El caso español*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1975.
- ALBIÑANA, César: *La contribución general sobre la renta en los años 1953-1954*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1969.
- ALCALDE, Rafael: "Suanzes y March: en busca de «Barcelona Traction Light & Power, Co.» (1945-1970)", *Ayer*, 60 (2005), pp. 259-283.
- ALDRICH, Nelson W.: *Old money. The mythology of wealth in America*, Nueva York, Allworth Press, 1996.
- ALFONSO GARCÍA, María del Carmen: *Antonio de Hoyos y Vinent, una figura del decadentismo hispánico*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1998.
- ALLEN, John y MCDOWELL, Linda: *Landlords and property. Social relations in the private rented sector*, Cambridge, Nueva York y Melbourne, Cambridge University Press, 1989.
- ALONSO PEREIRA, José Ramón: *Madrid 1898-1931, de corte a metrópoli*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1985.
- ALVAREDO, Facundo y SAEZ, Emmanuel: "Income and Wealth concentration in Spain in a Historical and Fiscal perspective", *Journal of the European Economic Association*, 7-5 (2009), pp. 1140-1167.
- ALVAREDO, Facundo; ATKINSON, Anthony B., PIKETTY, Thomas y SAEZ, Emmanuel: "The top 1 percent in International and Historical Perspective", *Journal of Economic Perspectives*, en prensa.
- ÁLVAREZ JUNCO, José: "Redes locales, lealtades tradicionales y nuevas identidades colectivas en la España del siglo XIX", en Antonio ROBLES EGEA (comp.): *Política en penumbra...*, pp. 71-94.
- ÁLVAREZ REY, Leandro: *La derecha en la II República: Sevilla, 1931-1936*, Sevilla, Universidad de Sevilla y Ayuntamiento de Sevilla, 1993.
- AMELANG, James: *La formación de una clase dirigente. Barcelona, 1490-1714*, Barcelona, Ariel, 1986.
- ANADÓN, Juana: "El Senado en el sistema político de la Restauración", en Manuel PÉREZ LEDESMA (coord.): *El Senado en la Historia*, Madrid, Secretaría general del Senado, 1995, pp. 185-219.
- ANSÓN, Luis María: *Don Juan*, Barcelona, Plaza y Janés, 2003.

ARTOLA GALLEGU, Miguel: *Partidos y programas políticos 1808-1936*, 2 vols., Madrid, Alianza Editorial, 1991.

ARTOLA BLANCO, Miguel: *Las élites en la transición a la sociedad de masas. Madrid 1900-1950*, Memoria de Máster, Universidad Autónoma de Madrid, 2009.

ARTOLA BLANCO, Miguel: “Poder económico y redes sociales en España, 1900-1950: Los consejos de administración”, *Congreso Interuniversitario de Historia Contemporánea*, Barcelona, 2010.

ARTOLA BLANCO, Miguel: “La transformación del mercado de alquiler de fincas urbanas en España (1920-1960)”, *Biblio 3W*, 988 (2012), <<http://www.ub.es/geocrit/b3w-988.htm>>.

ARTOLA BLANCO, Miguel: “Changing patterns in Residential Construction and the Real Estate Market: Spain, 1910-1960”, en CARVAIS, Robert; GUILLERME, André NÈGRE, Valérie y SAKAROVITCH, Joël: *Nuts & Bolts of Construction History: Culture, Technology and Society*, vol. II, Paris, A&J Picard, 2012, pp. 255-264.

ARTOLA BLANCO, Miguel: “Apogeo y crisis de la identidad aristocrática en Madrid (1920-1950)”, en ALDEA, José Manuel; ORTEGA, Paula, PÉREZ MIRANDA, Iván y DE SOTO, María de los Reyes (coords.): *Historia, identidad y alteridad. Actas del III Congreso Interdisciplinar de Jóvenes Historiadores*, Salamanca, Hergar y AHJIS, 2012, pp. 551-573.

ARTOLA BLANCO, Miguel: “Los terrateniente frente al cambio agrario, 1940-1954”, *Historia Agraria*, 59 (2013), pp. 125-158.

ATKINSON, Anthony B.: “The Distribution of Top Incomes in the United Kingdom 1908-2000”, en ATKINSON, Anthony B. y PIKETTY, Thomas (eds.): *Top Incomes over the Twentieth Century. A Contrast Between Continental European and English-Speaking Countries*, Oxford, Oxford University Press, 2007.

AUGUSTINE, Dolores L.: *Patricians and parvenus. Wealth and High Society in Wilhelmine Germany*, Oxford y Providence, Berg Publishers, 1994.

AVILÉS FARRÉ, Juan: “Un Alba en Londres. La misión diplomática del XVII duque (1937-1945)”, *Historia contemporánea*, 15 (1996), pp. 163-178.

BABIANO, José: *Emigrantes, cronómetros y huelgas*, Madrid, Siglo XXI y Fundación Primero de Mayo, 1995.

BABIANO, José: “¿Un aparato fundamental para el control de la mano de obra? (Reconsideraciones sobre el sindicato vertical franquista)”, *Historia Social*, 30 (1998), pp. 23-38.

BAHAMONDE, Ángel: “Crisis de la nobleza de cuna y consolidación burguesa (1840-1880)”, en BAHAMONDE, Ángel y OTERO, Luis Enrique (eds.): *Madrid en la sociedad del siglo XIX*, vol. I, Madrid, Alfoz y Comunidad de Madrid, 1986, pp. 326-375.

BAHAMONDE, Ángel: “La vieja nobleza y el mundo de los negocios: las causas de un alejamiento”, en GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.) y TUÑÓN DE LARA, Manuel (dir.): *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y cambio*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 23-34.

BAHAMONDE, Ángel y CAYUELA, José: *Hacer las Américas. Las élites coloniales españolas en el siglo XIX*, Madrid, Alianza, 1992.

BAHAMONDE, Ángel; MARTINEZ MARTÍN, Jesús y REY REGUILLO, Fernando del: *La Cámara de Comercio e Industria de Madrid 1887-1987*, Madrid, Cámara de Comercio e Industria, 1988.

BAHAMONDE, Ángel y TORO, Julián: *Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1978.

BALIBREA GIL, María Ángeles: *La imposición extraordinaria de Guerra en España*, Murcia, Universidad de Murcia, 1997.

BANTI, Alberto M.: *Storia della borghesia italiana. L'età liberale*, Roma, Donzelli editore, 1996.

BARBA, Donato: *La oposición durante el franquismo. 1. La democracia cristiana 1936-1977*, Madrid, Ediciones Encuentro, 2001.

BARCIELA, Carlos: “Los costes del franquismo en el sector agrario. La ruptura del proceso de transformaciones”, en BARCIELA, Carlos; GARRABOU, Ramón y JIMÉNEZ BLANCO, José Ignacio (eds.): *Historia agraria de la España contemporánea. El fin de la agricultura tradicional (1900-1960)*, Barcelona, Crítica, 1986, pp. 383-454.

BARCIELA, Carlos: “Fraude fiscal y mercado negro durante el primer franquismo”, *Hacienda pública española*, 1-extraordinario (1994), pp. 367-381.

BARCIELA, Carlos: “El lobby agrario en la España franquista”, en SÁNCHEZ RECIO, Glicerio y TASCÓN FERNÁNDEZ, Julio (eds.): *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Barcelona, Crítica y Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2003, pp. 111-120.

BARCIELA, Carlos y GARCÍA GONZÁLEZ, Aurelio: “Un análisis crítico de las series estadísticas de los precios del trigo entre 1937 y 1980”, *Agricultura y Sociedad*, 29 (1984), pp. 69-151.

BARTOLOMÉ-RODRÍGUEZ, Isabel: “Electra del Lima y el Grupo Hidroeléctrico: ¿Construyendo el mercado ibérico de electricidad avant la lettre? (1908-1944)”, *IX Congreso de la AEHE*, 2008, <<http://www.um.es/ixcongresoaehe/pdfB5/Electra%20del%20lima.pdf>>.

BECKERT, Sven: *The monied metropolis, New York City and the consolidation of the American bourgeoisie, 1850-1896*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 2001.

BECKERT, Sven y ROSENBAUM, Julia B. (eds.): *The American Bourgeoisie. Distinction and identity in the Nineteenth Century*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2010.

BERLE, Adolph A. y MEANS, Gardiner C.: *The modern corporation and private property*, Nueva York, Commerce Clearing House, 1932.

BERNAL, Antonio Miguel: *Economía e historia de los latifundios*, Madrid, Instituto de España y Espasa Calpe, 1988.

BIRNBAUM, Pierre: *Le peuple et les gros. Histoire d'un mythe*, Paris, B. Grasset, 1979.

BLASCO, Inmaculada: “Feminismo católico”, en GÓMEZ-FERRER, Guadalupe; CANO, Gabriela, BARRANCOS, Dora y LAVRIN, Asunción (coords.): *Historia de las mujeres en España y América Latina. Vol. IV. Del siglo XX a los umbrales del XXI*, Madrid, Cátedra, 2006, pp. 55-75.

BOURDIEU, Pierre: *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 1988.

BOURDIEU, Pierre: "The forms of capital", en John RICHARDSON (ed.): *Handbook of theory and research for the sociology of education*, Nueva York, Greenwood Press, 1986, pp. 241-258.

BOURDIEU, Pierre y PASSERON, Jean-Claude: *La reproducción. Elementos para una teoría del sistema de enseñanza*, Barcelona, Laia, 1977.

BOX, Zira: *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2010.

BRASAS EGIDO, José Carlos: "Retrato de la marquesa de Argüeso y sus hijos, 1909", en BLANCO OSBORNE, Adolfo y PÉREZ SEGURA, Javier: *El retrato moderno en España (1906-1936)*, Madrid, Fundación Santander, 2007, pp. 72-73.

BRUNNER, Otto: "La «casa grande» y la «Oeconomica» de la vieja Europa", *Prismas*, 14 (2010), pp. 117-136.

BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso: "Aristócratas muertos en la Guerra Civil española", *Aportes*, 44 (2000), pp. 77-105.

BURKE, Peter: *Eyewitnessing. The uses of Images as Historical Evidence*, Londres, Reaktion Books, 2001.

BURNHAM, James: *The managerial revolution. What is happening in the World*, Nueva York, The John Day Company, 1941.

CABRERA, Mercedes: *La patronal ante la II República. Organización y estrategias. 1931-1936*, Madrid, Siglo XXI, 1983.

CABRERA, Mercedes: *Juan March (1880-1962)*, Madrid, Marcial Pons, 2011.

CABRERA, Mercedes, COMÍN, Francisco y GARCÍA DELGADO, José Luis: *Santiago Alba. Un programa de reforma económica en la España del primer tercio del siglo XX*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1989.

CABRERA, Mercedes y MARTORELL, Miguel: "El parlamento en el orden constitucional de la Restauración", en Mercedes CABRERA (dir.): *Con luz y taquígrafos. El parlamento en la Restauración (1913-1923)*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 21-64.

CABRERA, Mercedes y REY, Fernando del: *El poder de los empresarios. Política y economía en la España contemporánea (1875-2010)*, Madrid, Taurus, 2002.

CABRERA, Mercedes y REY, Fernando del: "Los empresarios en la España del siglo XX", *Revista de Libros*, 79-80 (2003), p. 58.

CABRERA, Mercedes y REY, Fernando del: "Los intereses económicos en la crisis del liberalismo", en Manuel BAIÔA (ed.): *Elites e Poder. A crise do Sistema Liberal em Portugal e Espanha (1918-1931)*, Lisboa, Edições Colibri y CIDEHUS-UE, 2004, pp. 109-129.

CABRERA, Mercedes y REY, Fernando del: "El cerco a los empresarios. La guerra civil española y sus costes", FUENTES QUINTANA, Enrique (dir.) y COMÍN, Francisco (coord.): *Economía y economistas españoles en la guerra civil*, vol. II, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores y Real Academia de Ciencia Morales y Políticas, 2008, pp. 313-335.

CABRERA, Miguel Ángel: *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Madrid, Universitat de València y Catedra, 2001.

CAIN, Peter. J. y HOPKINS, Anthony G.: *British Imperialism, 1688-2000*, Essex, Pearson, 2002.

CANNADINE, David: *The decline and fall of the British aristocracy*, Nueva York, Vintage, 1999.

CANNADINE, David: *Mellon. An American life*, Nueva York, A.A. Knopf, 2006.

CAPELLÁN DE MIGUEL, Gonzalo: “Cuestión social”, en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES, Juan Francisco (dirs.): *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002, pp. 206-215.

CARASA, Pedro (dir.): *Élites castellanas de la Restauración*, 2 vols., Valladolid, Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura, 1997.

CARASA, Pedro: «Hacia una historia cultural de las élites», en RIVERA, Antonio, ORTIZ DE ORRUÑO, José María y UGARTE, José María (eds.): *Movimientos sociales en la España contemporánea*, Madrid, Abada, 2008, pp. 11-57.

CARBALLO, Borja: “El papel de los profesionales liberales en el mercado laboral de Madrid (1900-1930)”, en IBARRA, Alejandra (coord.): *No es país para jóvenes. Actas del III encuentro de jóvenes investigadores de la AHC*, Vitoria, UPV-EHU e Instituto de Historia Social Valentín de Foronda, 2012.

CARBALLO, Borja, PALLOL, Rubén y VICENTE, Fernando: *El ensanche de Madrid. Historia de una capital*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2008.

CARDOZA, Anthony L.: *Aristocrats in Bourgeois Italy. The Piedmontese nobility, 1861-1930*, Nueva York, Cambridge University Press, 1997.

CARMONA, Juan: *Aristocracia terrateniente y cambio agrario en la España del siglo XIX. La casa de Alcañices (1790-1910)*, Valladolid, Consejería de Educación y Cultura de Castilla y León, 2001.

CARMONA, Juan y FERNÁNDEZ DELGADO, Javier: “La tradición moderna: la política matrimonial de los grandes de España”, en BAHAMONDE, Ángel y OTERO, Luis Enrique (eds.): *La sociedad madrileña durante la Restauración 1876-1931*, vol. I, Madrid, Consejero de Cultura de la Comunidad de Madrid, pp. 595-612.

CARMONA, Juan, LAMPE, Markus y ROSÉS, Joan R.: “Spanish Housing Markets during the First Phase of the Rural-Urban Transition Process”, *Instituto Figuerola. Working Papers*, 11-08 (2011). <http://e-archivo.uc3m.es/bitstream/10016/11931/1/wp_11-08.pdf>.

CARR, Raymond: *España 1808-1939*, Barcelona, Ariel, 1970.

CARRERAS, Albert: “La gran empresa durante el primer franquismo: un momento fundamental en la historia del capitalismo español”, en SÁNCHEZ RECIO, Glicerio y TASCÓN FERNÁNDEZ, Julio (eds.): *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Barcelona, Crítica y Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2003, pp. 47-65.

CARRERAS, Albert, PRADOS DE ESCOSURA, Leandro y ROSÉS, Joan R.: “Renta y riqueza”, en CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier (coords.): *Estadísticas históricas de España, siglo XIX-XX*, vol. III, Bilbao, Fundación BBVA, 2005.

CARRERAS, Albert y TAFUNELL, Xavier: *Historia económica de la España contemporánea*, Barcelona, Crítica, 2003.

CARSTEN, Francis Ludwig: *A history of the Prussian Junkers*, Aldershot y Brookfield, Scolar Press, 1989.

CASANOVA, Julián: «La sombra del franquismo: Ignorar la historia y huir del pasado», en Julián CASANOVA, Ángela CENARRO, Julita CIFUENTES, María Pilar MALUENDA y María Pilar SALOMÓN: *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939)*, Madrid, Siglo XXI, 1992.

CASANOVA, Julián: “Guerra Civil, ¿lucha de clases?: el difícil ejercicio de reconstruir el pasado”, *Historia social*, 20 (1994), pp. 135-150.

CASANOVA, Julián: “Las colectivizaciones en el campo: hechos e ideas”, en FUENTES QUINTANA, Enrique (dir.) y COMÍN, Francisco (coord.): *Economía y economistas españoles en la guerra civil*, vol. I, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores y Real Academia de Ciencia Morales y Políticas, 2008, pp. 455-473.

CASANOVA, Julián: *A short history of the Spanish Civil War*, Londres y Nueva York, I.B. Tauris, 2013.

CASAS DE LA VEGA, Rafael: *El terror. Madrid 1936: investigación histórica y catálogo de víctimas identificadas*, Madridejos, Fénix, 1994.

CASSIS, Youssef (ed.): *Finance and financiers in European History 1880-1960*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1992.

CASSIS, Youssef: *City Bankers, 1890-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

CASSIS, Youssef (ed.): *Business Élites in Contemporary Europe*, Oxford, Oxford University Press, 1999.

CASTRONOVO, David: *The English gentlemen. Images and ideals in literature and society*, Nueva York, Ungar, 1987.

CERVERA, Javier: *Violencia política y acción clandestina: La retaguardia de Madrid en guerra (1936-1939)*, 2 vols., Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1996.

CERVERA, Javier: *Madrid en guerra. La ciudad clandestina, 1936-1939*, Madrid, Alianza Editorial, 1998.

CHACÓN, Francisco: “Familias, sociedad y sistema social. Siglos XVI-XIX”, en CHACÓN, Francisco y BESTARD, Joan (dirs.): *Familias. Historia de la sociedad española (del final de la Edad Media a nuestros días)*, Madrid, Cátedra, 2011, pp. 325-392.

CHANDLER, Alfred. D.: *The visible hand. The managerial revolution in American business*, Cambridge, Belknap Press, 1977.

CHARLE, Christophe: *La crise des sociétés impériales: Allemagne, France, Grande-Bretagne, 1900-1940. Essai d'histoire sociale comparée*, Paris, Seuil, 2001.

CHRISTIANSEN, Thomas: *The reason why. The post civil-war agrarian crisis in Spain*, Zaragoza, PUZ, 2012.

COBO ROMERO, Francisco y ORTEGA LÓPEZ, Teresa María: “No sólo Franco. La heterogeneidad de los apoyos sociales al régimen franquista y la composición de los poderes locales. Andalucía, 1936-1948”, *Historia Social*, 51 (2005), pp. 49-72.

COMÍN, Francisco: *Hacienda y economía en la España contemporánea (1800-1936)*, 2 vols., Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1988.

COMÍN, Francisco: “Los mitos y los milagros de Suanzes: la empresa privada y el INI durante la autarquía”, *Revista de Historia Industrial*, 18 (2000), pp. 221-248.

COMÍN, Francisco: “La Hacienda pública en el franquismo autárquico, 1940-1959”, en BARCIELA, Carlos (ed.): *Autarquía y mercado negro. El fracaso económico del primer franquismo, 1939-1959*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 247-272.

CONGOST, Rosa: “Las listas de los mayores contribuyentes de 1875”, *Agricultura y Sociedad*, 27 (1983), pp. 289-375.

COPLE JAHNER, Frederic: “The Gilded elite: American Multimillionaires, 1865 to the Present”, en RUBINSTEIN, William D. (ed.): *Wealth and the wealthy in the Modern world*, Londres, Croom Helm, 1980, pp. 189-276.

CRUZ, Jesús: *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española*, Madrid, Alianza, 2000.

CRUZ, Jesús: *The rise of middle-class culture in nineteenth-century Spain*, Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2011.

CRUZ, Rafael: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006.

CRUZ, Rafael: “La política de los instintos en el siglo XIX”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel (ed.): *Lenguajes de modernidad en la península Ibérica*, Madrid, UAM ediciones, 2012, pp. 459-489.

CRUZ MINA, María: “Aristocracia”, en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES, Juan Francisco (dirs.): *Diccionario político y social del siglo XIX español*, Madrid, Alianza, 2002, pp. 95-103.

CUENCA TORIBIO, José Manuel y MIRANDA, Soledad: *El poder y sus hombres. ¿Por quién hemos sido gobernados los españoles? (1705-1998)*, Madrid, Actas, 1998.

DAHL, Robert A.: *Who governs? Democracy and power in an American city*, New Haven, Yale University Press, 1961.

D'ALMEIDA, Fabrice: *High society in the Third Reich*, Cambridge y Malden, Polity, 2008.

DAUMARD, Adeline: *Les Bourgeois et la bourgeoisie en France depuis 1815*, París, Aubier, 1987.

DAWLEY, Alan: “The abortive rule of Big Money”, en FRASER, Steve y GERSTLE, Gary: *Ruling America. A history of wealth and power in a democracy*, Cambridge y Londres, Harvard University Press, 2005, pp. 149-180.

DAY, Jared N.: *Urban castles: tenement housing and landlord activism in New York City 1890-1943*, Nueva York, Columbia University Press, 1999.

DEL ARCO, Miguel Ángel: ‘Hambre de Siglos’. *Mundo rural y apoyos sociales del primer franquismo en Andalucía Oriental (1936-1951)*, Granada, Editorial Comares, 2007.

DÍAZ HERNÁNDEZ, Onésimo: *Los Marqueses de Urquijo. El apogeo de una saga poderosa y los inicios del Banco Urquijo, 1870-1931*, Pamplona, Eunsa, 1998.

DÍAZ MORLÁN, Pablo: *Horacio Echevarrieta, 1870-1963. El capitalista republicano*, Madrid, LID, 1999.

DÍEZ DE BALDEÓN, Clementina: *Arquitectura y clases sociales en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Siglo XXI, 1986.

DOMHOFF, George W.: *¿Quién gobierna Estados Unidos?*, México, Siglo XXI, 1969.

DOMHOFF, George W. y BALLARD, Hoyt B. (eds.): *Charles Wright Mills and the power elite*, Boston, Beacon Press, 1968.

DUEÑAS, Manuel Álvaro: “Por ministerio de la ley y voluntad del Caudillo”. *La Jurisdicción Especial de responsabilidades Políticas (1939-1945)*, Madrid, CEPC, 2006.

DUESENBERRY, James S.: *Renta, ahorro y teoría del comportamiento del consumidor*, Madrid, Alianza Editorial, 1967 [1949].

ELEB, Monique y DEBARRE, Anne: *L'invention de la habitation moderne. Paris 1880-1914*, París, Hazan y Archives d'Architecture Moderne, 1995.

ESPEJO, Cayetano: “El Registro de la Propiedad Expropiable en la provincia de Albacete (1933)”, *Al-Basit*, 26 (1990), pp. 81-108.

ESTEBAN DE VEGA, Mariano: “Propiedad”, en Javier FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y Juan Francisco FUENTES: *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 1005-1014.

EZAMA GIL, Ángeles: *La infanta Eulalia de Borbón. Vivir y contar la vida*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2009.

FAES DÍAZ, Enrique: *Claudio López Bru, marqués de Comillas*, Madrid, Marcial Pons, 2009.

FISHMAN, Robert: *Bourgeois Utopias. The rise and fall of suburbia*, Nueva York, Basic Books, 1987.

FONTANA, Josep (ed.): *España bajo el franquismo*, Valencia, Crítica, 1986.

FOX, Soledad: *Constancia de la Mora. Esplendor y sombra de una vida española del siglo XX*, Sevilla, Ediciones Espuela de Plata, 2008.

FRADER, Laura L.: *Breadwinners and citizens. Gender in the making of the French social model*, Durham, Duke University Press, 2008.

FRAILE, Pedro: *Industrialización y grupos de presión. La economía política de la protección en España, 1900-1950*, Madrid, Alianza Editorial, 1991.

GALIANA, Luis: “La compañía Urbanizadora Metropolitana. Su labor en el Madrid de la Pleguerra”, *Ciudad y Territorio*, 71 (1987), pp. 43-54.

GARCÍA DELGADO, José Luis: “La economía de Madrid en el marco de la industrialización española”, en NADAL, Jordi y CARRERAS, Albert: *Pautas regionales de la industrialización española (siglo XIX-XX)*, Madrid, Ariel, 1990, pp. 219-258.

GARCÍA FERNÁNDEZ, Hugo: *Mentiras necesarias. La batalla por la opinión británica durante la Guerra Civil*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

GARCÍA GARCÍA, Carmen: “El lenguaje económico: Empresarios, fabricantes, capitalistas, propietarios y comerciantes en el siglo XIX español”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel (ed.): *Lenguajes de modernidad en la Península Ibérica*, Madrid, Ediciones UAM, 2012, pp. 431-457.

GARCÍA RUIZ, José Luis: “Los arreglos interbancarios durante el Franquismo”, *Revista de Historia Económica*, 20-2 (2002), pp. 365-386.

GARCÍA RUIZ, José Luis: *El Banco Español de Crédito, 1902-2002. Un siglo de servicio a la economía española*, texto inédito, 2002.

GARCÍA RUIZ, José Luis: *Sobre ruedas. Una historia crítica de la industria del automóvil en España*, Madrid, Síntesis, 2003.

GARRABOU, Ramón, SAGUER, Enric y PLANAS, Jordi: *Un capitalisme impossible? La gestió de la gran propietat agrària a la Catalunya contemporània*, Vic, Eumo, 2001.

GARRIDO GONZÁLEZ, Luis: *Riqueza y tragedia social. Historia de la clase obrera en la provincia de Jaén (1820-1939)*, Jaén, Diputación provincial de Jaén, 1990.

GAY, Paul du: “Keyser Süze elites: market populism and the politics of institutional change” en Mike SAVAGE y Karel WILLIAMS (eds.): *Remembering elites*, Malden, Blackwell Publishing, 2008, pp. 80-102.

GEISST, Charles R.: *Wall Street. A history*, Nueva York, Oxford University Press, 1999.

GERARD, Jessica: *Country house life. Family and Servants, 1915-1914*, Oxford y Cambridge, Blackwell, 1994.

GIL PECHARROMÁN, Julio: *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, Madrid, Eudema, 1994.

GÓMEZ-FERRER, Guadalupe; CANO, Gabriela, BARRANCOS, Dora y LAVRIN, Asunción (coords.): *Historia de las mujeres en España y América Latina. Vol. III. Del siglo XIX a los umbrales del XX*, Madrid, Cátedra, 2006.

GÓMEZ-FERRER, Guadalupe; CANO, Gabriela, BARRANCOS, Dora y LAVRIN, Asunción (coords.): *Historia de las mujeres en España y América Latina. Vol. IV. Del siglo XX a los umbrales del XXI*, Madrid, Cátedra, 2006.

GÓMEZ LAÍNEZ, Mariola: *El Real Club de la Puerta de Hierro*, Madrid, RCPH, 2010.

GÓMEZ MENDOZA, Antonio (ed.): *De mitos y milagros. El Instituto Nacional de Autarquía (1941-1963)*, Barcelona, Edicions Universitat de Barcelona, 2000.

GÓMEZ NAVARRO, José Luis, MORENO LUZÓN, Javier y REY REGUILLO, Fernando del: “La élite parlamentaria entre 1914 y 1923” en CABRERA, Mercedes (dir.): *Con luz y taquígrafos. El parlamento en la Restauración (1913-1923)*, Madrid, Taurus, 1998, pp. 103-142.

GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio: “Jerarquía versus Igualdad: El clientelismo político mediterráneo desde la antropología”, en ROBLES EGEA, Antonio (comp.): *Política en penumbra. Patronazgo y clientelismo políticos en la España*, Madrid, Siglo XXI, 1996, pp. 21-42.

GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza Editorial, 2011.

GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998.

GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos «Aristocracia», en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES, Juan Francisco (dirs.): *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 122-128.

GONZÁLEZ GARCÍA, José María: *La industria de explosivos en España, UEE (1896-1936)*, Madrid, Fundación Empresa Pública, 2004.

GONZÁLEZ MADRID, Damián: *Los hombres de la dictadura. Personal político franquista en Castilla-La Mancha, 1939-1945*, Ciudad Real, Almud, 2007.

GONZÁLEZ PORTILLA, Manuel: “Mecanismos de producción y reproducción social de las élites económicas y del capitalismo en la restauración”, *Historia Contemporánea*, 8 (1992), pp. 143-176.

GONZÁLEZ-VARAS, Ignacio: *Los palacios de la Castellana. Historia, arquitectura y sociedad*, Madrid, Turner, 2010.

GORDON, John Steele: “The Country Club”, *American Heritage*, 41-6 (1990), pp. 75-85.

GORTÁZAR, Guillermo: *Alfonso XIII, hombre de negocios. Persistencia del Antiguo Régimen, modernización económica y crisis política, 1902-1932*, Madrid, Alianza, 1986.

GORTÁZAR, Guillermo: “Política y negocios en la vida del Conde de Romanones” en GORTÁZAR, Guillermo (ed.): *Nación y Estado en la España liberal*, Madrid, Noesis, 1995, pp. 239-253.

GRANGE, Cyril: *Les gens du Bottin mondain: y être, c'est en être*, París, Fayard, 1996.

GREEN, David. R.; OWENS, Alastair, MALTBY, Josephine y RUTTERFORD, Janette (eds.): *Men, Women and Money. Perspectives on Gender, Wealth and Investment 1850-1930*, Nueva York, Oxford University Press, 2011.

GRIBAUDI, Maurizio y BLUM, Alain: “Des catégories aux liens individuels: l'analyse statistique de l'espace social”, *Annales ESC*, 45-6 (1990), pp. 1365-1402.

GRIBAUDI, Maurizio y BLUM, Alain: “Les déclarations professionnelles. Pratiques, inscriptions, sources”, *Annales ESC*, 48-4 (1993), pp. 987-995.

GUERRA DE LA VEGA, Ramón: *Madrid, 1920-1980, s.l.* [Madrid], edición del autor, 1986.

GUESLIN, André: *Mythologies de l'argent. Essai sur l'histoire des représentations de la richesse et de la pauvreté dans la France contemporaine (XIX-XXeme siècles)*, París, Economica, 2007.

HABAKKUK, John: *Marriage, debt and the estates system. English landownership, 1650-1950*, Oxford, Clarendon Press, 1994.

HABERMAS, Jürgen: *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, GG, 2004 [1962].

HARNECKER, Marta: *Los conceptos elementos del materialismo histórico*, Madrid, Siglo XXI, 1973.

HARVEY, David: *París, capital de la modernidad*, Madrid, Akal, 2008.

HERNÁNDEZ BARRAL, José Miguel: “Ser noble en la España del Alfonso XIII”, *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 32 (2010), pp. 175-195.

HERNÁNDEZ BARRAL, José Miguel: *Grandes de España. Distinción y cambio social en España, 1914-1931*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2012.

HERNÁNDEZ MARCO, José Luis: “Los precios de los automóviles importados en la España de los años veinte”, *Revista de Historia Industrial*, 22 (2002), pp. 157-173.

HILFERDING, Rudolf: *El capital financiero*, Madrid, Tecnos, 1963 [1910].

- HOBSBAWM, Eric J.: *La era del imperio, 1875-1914*, Barcelona, Crítica, 1998 [1987].
- HORA, Roy: *Los terratenientes de la pampa argentina. Una historia social y política, 1860-1945*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.
- HORN, Pamela: *Ladies of the manor. Wives and daughters in Country-house society 1830-1918*, Gloucestershire, Alan Sutton, 1991.
- HORN, Pamela: *The rise and fall of the Victorian servant*, Stroud, Sutton, 1995.
- HOYO APARICIO, Andrés: *Economía y mercado de valores en la España contemporánea. La evolución de la Bolsa antes del big bang español, 1831-1988*, Santander, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2007.
- HUERGO, Humberto: “José Gutiérrez Solana. Retrato de don Valentín Ruiz Senén”, en BLANCO OSBORNE, Adolfo y PÉREZ SEGURA, Javier: *El retrato moderno en España (1906-1936)*, Madrid, Fundación Santander, 2007, pp. 144-145.
- Índices de cotización de acciones de la Bolsa de Madrid, 1941-1991*, Madrid, Bolsa de Madrid, 1992.
- IÑIGO FERNÁNDEZ, Luis: *La derecha liberal en la Segunda república española*, Madrid, UNED, 2000.
- JEREZ MIR, Miguel: *Elites políticas y centros de extracción en España, 1938-1957*, Madrid, CIS, 1982.
- JESSOP, Robert: *El futuro del Estado capitalista*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008.
- JIMÉNEZ MANCHA, Juan: “El Veloz Club”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 44 (2004), pp. 555-568.
- JIMÉNEZ MANCHA, Juan: *El Nuevo Club de Madrid. Ciento veinte años de historia*, Madrid, El Nuevo Club de Madrid, 2011.
- JULIÁ, Santos: *Madrid 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Madrid, Siglo XXI, 1984.
- KEYNES, John M.: *La teoría general del empleo, el interés y el dinero*, Madrid, Aosta, 1998 [1936].
- KOCKA, Jürgen: “Burguesía y sociedad burguesa en el siglo XIX. Modelos europeos y peculiaridades alemanas”, en FRADERA, Josep María y MILLÁN, Jesús (eds.): *Las burguesías europeas del siglo XIX. Sociedad civil, política y cultura*, Madrid y Valencia, Biblioteca Nueva y Universitat de València, 2000, pp. 21-83.
- La documentación de Hacienda (IRPF y patrimonio)*, Madrid, Subdirección General de los Archivos Estatales, 1996.
- LACROIX-RIZ, Annie: *Le choix de la défaite. Les élites françaises dans les années 1930*, París, Armand Colin, 2006.
- LASSO DE LA VEGA ZAMORA, Miguel: *Quintas de recreo. Las casas de campo de la aristocracia alrededor de Madrid*, 2 vols., Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 2006.
- LASSO DE LA VEGA ZAMORA, Miguel, RIVAS, Pilar y SANZ HERNANDO, Alberto: *Palacios de Madrid*, Madrid, Comunidad de Madrid, 2010.

LEAL, Manuel y MARTÍN, Salvador: *Quiénes son los propietarios de la tierra*, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1977.

LEWIS, Paul H.: *The crisis of Argentine capitalism*, Chapel Hill y Londres, University of North Carolina Press, 1990.

LINZ, Juan José: "An Authoritarian Regime: The Case of Spain", en ALLARDT, Erik and LITTUNEN, Yrjá (eds.): *Cleavages, Ideologies and Party Systems: Contributions to Comparative Political Sociology*, Helsinki, The Academic Bookstore, 1964, pp. 291-341.

LINZ, Juan José: "Continuidad y discontinuidad en la élite política española: De la Restauración al régimen actual" en *Estudios de Ciencia Política y Sociología. Homenaje al profesor Carlos Ollero*, Madrid, s.n., 1972, pp. 361-423.

LLONA, Miren: *Entre señorita y garçon. Historia oral de las mujeres bilbainas de clase media (1919-1939)*, Málaga, Universidad de Málaga, 2002.

LLORDÉN, Moisés: "La política de vivienda del régimen franquista", en SÁNCHEZ RECIO, Glicerio y TASCÓN FERNÁNDEZ, Julio (coords.): *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Barcelona, Crítica y Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2003, pp. 145-165.

LÓPEZ ÁLVAREZ, Alejandro: *Poder, lujo y conflicto en la Corte de los Austrias. Coches, carrozas y sillas de mano, 1550-1700*, Madrid, Polifemo, 2007.

LÓPEZ BLANCO, Rogelio: "Madrid", en VARELA ORTEGA, José (dir.): *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Madrid, Marcial Pons, 2001. pp. 383-419.

LÓPEZ GARCÍA, Santiago y ROBLEDO, Ricardo: "El administrador de los antiguos patrimonios agrarios según la teoría de la agencia", *Información Comercial Española*, 812 (2004), pp. 105-124.

LÓPEZ-MORELL, Miguel Ángel: *La casa Rothschild en España (1812-1941)*, Madrid, Marcial Pons, 2005.

LÓPEZ ONTIVEROS, Antonio y MATA, Rafael: *Propiedad de la tierra y reforma agraria en Córdoba (1932-1936)*, Córdoba, Servicio de publicaciones de la Universidad de Córdoba, 1993.

LOSADA, Leandro: "¿Oligarquía o elites? Estructura y composición de las clases altas de la ciudad de Buenos Aires entre 1880 y 1930", *Hispanic American Historical Review*, 87-1 (2007), pp. 43-75.

LOSADA, Leandro: *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

LOSADA, Leandro: *Historia de las elites en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

LUEBBERT, Gregory M.: *Liberalismo, fascismo o socialdemocracia. Clases sociales y orígenes políticos de los regímenes de la Europa de entreguerras*, Zaragoza, Pressas Universitarias de Zaragoza, 1997.

LUENGO TEIXIDOR, Félix Juan: "Socialismo y «cuestión social» en la España de la Restauración", *Historia Contemporánea*, 29 (2004), pp. 735-758.

LUNDBERG, Ferdinand: *America's 60 families*, Nueva York, The Vanguard Press, 1937.

MAIER, Charles S.: *Recasting bourgeois Europe : stabilization in France, Germany, and Italy in the decade after World War I*, Princeton, Princeton University Press, 1988.

MALATESTA, María: *Le aristocrazie terriere nell'Europa contemporanea*, Roma-Bari, Laterza, 1999.

MALATESTA, María: *Professional men, professional women. The European professions during from the 19th Century until today*, Londres, Sage, 2011.

MALEFAKIS, Edward: *Reforma agraria y revolución campesina en España del siglo XX*, Barcelona, Ariel, 1971.

MALUQUER DE MOTES, Jordi: “La paradisíaca estabilidad de la anteguerra. Elaboración de un índice de precios de consumo en España, 1830-1936”, *Revista de Historia Económica*, 24-7 (2006), pp. 333-382.

MANDEL, Ernest: *El poder y el dinero*, Madrid, Siglo XXI, 1995.

MARCOS DEL OLMO, María Concepción: *Voluntad popular y urnas. Elecciones en Castilla y León durante la restauración y la Segunda República (1907-1936)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1995.

MARTÍN, Jos: *Palacio de Fernán Núñez*, Madrid, Revista TF, 2009.

MARTÍN ACEÑA, Pablo: “Los problemas monetarios al término de la Guerra Civil”, *Hacienda pública española*, 2-Extra (1994), pp. 63-88.

MARTÍN ACEÑA, Pablo: “La banca en España entre 1900 y 1975”, en MALO DE MOLINA, José Luis y MARTÍN ACEÑA, Pablo: *Un siglo de historia del sistema financiero español*, Madrid, Alianza, 2011, pp. 117-162.

MARTÍN ACEÑA, Pablo y COMÍN, Francisco: *INI. 50 años de industrialización en España*, Madrid, Espasa Calpe, 1991.

MARTIN-FUGIER, Anne: *Les salons de la IIIe Republique. Art, littérature, politique*, Paris, Perrin, 2003.

MARTIN-FUGIER, Anne: *La place des bonnes. La domesticité féminine à Paris en 1900*, Paris, Perrin, 2004.

MARTÍN URIZ, Ana María: “Henry George en la obra de Joaquín Costa y el impacto del georgismo en seguidores de Costa”, *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, 11 (1994), pp. 23-30.

MARTÍNEZ ALIER, Joan: *La estabilidad del latifundismo. Análisis de la interdependencia entre relaciones de producción y conciencia social en la agricultura latifundista de la Campiña de Córdoba*, [S.L.], Ruedo Ibérico, 1968, pp. 321-332.

MARTORELL, Miguel Ángel: “El fracaso del proyecto de ley de beneficios extraordinarios de Santiago Alba, en 1916: Una lectura política”, *Revista de Historia Económica*, 16-2 (1998), pp. 521-555.

MARX, Karl: *El capital*, Madrid, Akal, 1976 [1890].

MARX, Karl y ENGELS, Friedrich: *El manifiesto comunista*, Madrid, FFE, 1996 [1848].

MAS, Rafael: *El barrio de Salamanca. Planeamiento y propiedad inmobiliaria en el ensanche de Madrid*, Madrid, Instituto de estudios de Administración Local, Madrid, 1982.

- MAS, Rafael: "La promoción inmueble en España (1846-1995)", *Ciudad y territorio. Estudios territoriales*, 107-108 (1996), pp. 241-269.
- MASON, Tim: *Nazism, fascism and the working class*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1996.
- MATA, Rafael: *Pequeña y gran propiedad agrarias en la Depresión del Guadalquivir, siglos XVIII-XX*, 2 vols., Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1987.
- MATA, Rafael: "Crédito, especulación y trasvase de riqueza en la última etapa de la crisis de la casa de Osuna" en BAHAMONDE, Ángel y OTERO, Luis Enrique: *La sociedad madrileña durante la Restauración, 1876-1931*, vol. I, Madrid, Comunidad de Madrid y Alfoz, 1989.
- MATA, Rafael y ROMERO GONZÁLEZ, Joan: "Fuentes para el estudio de la propiedad agraria en España (siglos XVIII-XX). Balance provisional y análisis crítico", *Agricultura y Sociedad*, 49 (1988), pp. 209-292.
- MAURICE, Jacques: *La reforma agraria en España en el siglo XX (1900-1936)*, Madrid, Siglo XXI, 1975.
- MAYER, Arno J.: *La persistencia del Antiguo Régimen. Europa hasta la Gran Guerra*, Madrid, Alianza, 1984.
- MAYO, James M.: *The American Country Club. Its Origins and Development*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1998.
- MAZZA, Roberto: "Introduction", en Conde de BALLOBAR: *Jerusalem in World War I. The Palestine diary of a European Diplomat*, Londres y Nueva York, I.B. Taurism, 2011, pp. 1-25.
- MCDONOGH, Gary W.: *Las buenas familias de Barcelona*, Barcelona, Omega, 1989.
- MENSION-RIGAU, Eric: *L'enfance au château: l'éducation familiale des élites françaises au vingtième siècle*, París, Editions Rivages, 1990.
- MENSION-RIGAU, Eric: *Aristocrates et grand-bourgeois: éducation, traditions, valeurs*. París, Perrin, 1997.
- MILLS, Charles W.: *La élite del poder*, México, FCE, 1957.
- MILNE-SMITH, Amy: *London Clubland. A cultural history of gender and class in late Victorian Britain*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2011.
- MINTZ, Jerome: *Las coplas del carnaval y la sociedad gaditana: crítica, sexualidad y creatividad en Andalucía*, Cádiz, Asociación Cultural Brezo y Castañuela, 2008.
- MOLINERO, Carme y YSÀS, Pere: *Patria, justicia y pan: nivell de vida i condicions de treball a Catalunya, 1939-1959*, Barcelona, Magrana, 1985.
- MOLINERO, Carme y YSÀS, Pere: *Els industrials catalans durant el franquisme*, Barcelona, Eumo, 1991.
- MONTRONI, Giovanni: "Aristocracy and professions", en MALATESTA, Maria (ed.): *Society and the professions in Italy, 1860-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, pp. 255-275.
- MORAL, Joaquín del, PRO RUIZ, Juan y SUÁREZ BILBAO, Fernando: *Estado y territorio en España, 1820-1930. La formación del paisaje nacional*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2007.

MORDAUNT, Joseph: *The rise of the nouveaux riches. Style and status in Victorian and Edwardian architecture*, Londres, John Murray, 1999.

MORENO GÓMEZ, Francisco: *La república y la guerra civil en Córdoba*, Córdoba, Ayuntamiento de Córdoba, 1982.

MORENO GÓMEZ, Francisco: *La guerra civil en Córdoba, 1936-1939*, Madrid, Alpuerto, 1985.

MORENO GÓMEZ, Francisco: “La represión en la España campesina”, en GARCÍA DELGADO, José Luis (ed.): *El primer franquismo. España durante la segunda guerra mundial*, Madrid, Siglo XXI, 1989, pp. 189-210.

MORENO LUZÓN, Javier: *Romanones. Caciquismo y política liberal*, Madrid, Alianza, 1998.

MORENO LUZÓN, Javier: “Castilla-La Mancha”, en VARELA ORTEGA, José (dir.): *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 151-174.

MORENO LUZÓN, Javier: “La historiografía sobre las élites en la España liberal”, en ZURITA, Rafael y CAMURRI, Renato (eds.): *Las élites en Italia y en España (1850-1922)*, Valencia, Universitat de València, 2008, pp. 27-42.

MOSCA, Gaetano: *La clase política*, México, FCE, 1984 [1896].

MUÑOZ GARCÍA, Juan, SERRANO, Ángel y ROLDÁN, Santiago: “La estructura de la propiedad de la tierra y la Reforma Agraria de 1932 en Andalucía” en *A Agricultura Latifundista na Península Ibérica*, Lisboa, Instituto Gulbenkain de Ciencia, 1980, pp. 187-236.

MUÑOZ LÓPEZ, Pilar: *Sangre, amor e interés. La familia en la España de la Restauración*, Madrid, Marcial Pons y UAM, 2001.

NAREDO, José Manuel: *La evolución de la agricultura española en España: Desarrollo capitalista y crisis de las formas de producción tradicionales*, Barcelona, Laia, 1977.

NAREDO, José Manuel: “La incidencia del estraperlo en la economía de las grandes fincas del sur”, *Agricultura y Sociedad*, 19 (1981), pp. 81-128.

NAVASCUÉS, Pedro: “El antiguo palacio de Adanero”, en Sagrario AZNAR: *La recuperación del Hospital de San Carlos del Instituto Nacional de Administración*, Madrid, INAP, 1991, pp. 189-205.

NIELFA, Gloria: *Los sectores mercantiles en Madrid en el primer tercio del siglo XX. Tiendas, comerciantes y dependientes del comercio*, Madrid, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1985.

NIETO, José: *Artisanos y mercaderes. Una historia social y económica de Madrid*, Madrid, Fundamentales, 2006.

NOIRIEL, Gérard (dir.): *L'identification. Genèse d'un travail d'État*, París, Belin, 2007.

OJEDA EISELEY, Alonso: *Índice de precios en España en el período 1913-1987*, Madrid, Servicio de Estudios del Banco de España, 1988.

OYÓN, José Luis, MALDONADO, José y GRIFUL, Eulàlia: *Barcelona 1930: un atlas social*, Barcelona, Edicions UPC, 2001.

PABLO, Santiago de: *La Segunda República en Álava. Elecciones, partido y vida política*, Lejona, Universidad del País Vasco, 1989.

PALLOL, Rubén: *El Madrid moderno: Chamberí (el Ensanche Norte), símbolo del nacimiento de una nueva capital, 1860-1931*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2011.

PALLOL, Rubén: “Una ciudad de empleados: el nuevo perfil profesional de la población madrileña de 1930”, en PAREJA ALONSO, Arantza (ed.): *El capital humano en el mundo urbano: experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*, Bilbao, UPV, 2011, pp. 193-218.

PALLOL, Rubén; OTERO, Luis Enrique, VICENTE, Fernando CARBALLO, Borja DE MIGUEL, Santiago y DÍAZ, Luis: “HISCO en Madrid: una propuesta metodológica para el estudio de los mercados laborales en el pasado”, Comunicación al XI Congreso de Historia Contemporánea, 2012.

PALOMEQUE LÓPEZ, Manuel Carlos: “La intervención normativa del Estado en la «cuestión social» en la España del siglo XX”, *Ayer*, 25 (1997), pp. 103-126.

PAN-MONTOJO, Juan: “La Asociación de Agricultores de España y la clase política, 1881-1942”, *Ayer*, 66 (2007), pp. 85-115.

PAN-MONTOJO, Juan: “El fin de un ciclo: Las transformaciones de la propiedad y la explotación de la tierra en la posguerra”, en FUENTES QUINTANA, Enrique (dir.) y COMÍN, Francisco (coord.): *Economía y economistas españoles en la guerra civil*, vol. II, Barcelona, Galaxia Gutemberg, Círculo de Lectores y Real Academia de Ciencia Morales y Políticas, 2008, p. 649-676.

PAN-MONTOJO, Juan: “Los lenguajes políticos de la agricultura en España, 1760-1936”, en Manuel PÉREZ LEDESMA (ed.): *Lenguajes de modernidad en la Península Ibérica*, Madrid, Ediciones UAM, 2012, pp. 295-332.

PAREJA ALONSO, Arantza (ed.): *El capital humano en el mundo urbano: experiencias desde los padrones municipales (1850-1930)*, Bilbao, UPV, 2011.

PARETO, Vilfredo: *Forma y equilibrios sociales*, Madrid, Revista de Occidente, 1967 [1916].

PAXTON, Robert O.: *The anatomy of fascism*, Nueva York, A.A. Knopf, 2004.

PAYNE, Stanley G.: *El régimen de Franco, 1936-1975*, Madrid, Alianza editorial, 1987.

PÉREZ GARZÓN, Juan Sisinio: “La revolución burguesa en España: Los inicios de un debate científico, 1966-1979”, en TUÑÓN DE LARA, Manuel: *Historiografía española contemporánea. X Coloquio del Centro de Investigaciones Hispánicas de la Universidad de Pau. Balance y resumen*, Madrid, Siglo XXI, 1980, pp. 91-138.

PÉREZ LEDESMA, Manuel: “Una dictadura «por la gracia de Dios»”, *Historia social*, 20 (1994), pp. 173-193.

PÉREZ LEDESMA, Manuel: “La formación de la clase obrera. Una creación cultural”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel y CRUZ, Rafael: *Cultura y movilización en la España contemporánea*, Madrid, Alianza, 1997, pp. 201-233.

PÉREZ LEDESMA, Manuel: “Burguesía”, en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES, Juan Francisco (dirs.): *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 145-158.

PERKIN, Harold: *The rise of Professional Society. England since 1880*, Londres, Routledge, 1989.

PERROT, Marguerite: *Le mode de vie des familles bourgeoises*, Paris, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1982.

PIKETTY, Thomas: *Les Hauts Revenus en France au 20ème siècle*, Paris, Grasset, 2001.

PIKETTY, Thomas y SAEZ, Emmanuel: "Income and Wage Inequality in the United States 1913-2002", en ATKINSON, Anthony B. y PIKETTY, Thomas (eds.): *Top Incomes over the Twentieth Century. A Contrast Between Continental European and English-Speaking Countries*, Oxford, Oxford University Press, 2007.

PINTO, Virgilio: *Madrid. Atlas histórico de la ciudad*, Madrid, Fundación Caja Madrid, 2001.

PLESSIS, Alain: "Bankers in French society, 1860s-1960s", en CASSIS, Youssef (ed.): *Finance and Financiers in European History, 1880-1960*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 147-160.

PONS, María Ángeles: "Las principales reformas del sistema financiero español", en MALO DE MOLINA, José Luis y MARTÍN ACEÑA, Pablo: *Un siglo de historia del sistema financiero español*, Madrid, Alianza, 2011, pp. 87-116.

PONS, Anaclet y SERNA, Justo: *La ciudad extensa. La burguesía comercial-financiera en la Valencia de mediados del siglo XIX*, Valencia, Diputació de Valencia, 1992.

PONS, Jerònia y SILVESTRE, Javier (eds.): *Los orígenes del Estado del Bienestar en España, 1900-1945: los seguros de accidentes, vejez, desempleo y enfermedad*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2010.

POOLEY, Colin G.: *Housing strategies in Europe 1880-1930*. Leicester, Leicester University Press, 1992.

POULANZTZAS, Nicos: *Fascism and Dictatorship. The Third International and the problem of Fascism*, Londres, New Left Books, 1974.

PRADOS DE ESCOSURA, Leandro: *El progreso económico de España (1850-2000)*, Bilbao, Fundación BBVA, 2003.

PRO, Juan: "Aristócratas en tiempos de constitución", en DONÉZAR, Javier María y PÉREZ LEDESMA, Manuel (eds.): *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*, vol. II, Madrid, Ediciones UAM y Alianza editorial, 1994, pp. 615-630.

PRO, Juan: "Fuentes fiscales y estadísticas para el estudio de las elites en España", en CARASA, Pedro (eds.): *Elites: prosopografía contemporánea*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1994, pp. 193-199.

PRO, Juan: "El poder de la tierra: una lectura social del fraude en la contribución de inmuebles, cultivo y ganadería (1845-1936)", *Hacienda pública española*, 1-extraordinario (1994), pp. 189-201.

PRO, Juan: «Las élites de la España liberal: clases y redes en la definición del espacio social (1808-1931)», *Historia social*, 21 (1995), pp. 47-69.

PRO, Juan: «De empresarios modernos y malvados patronos en la España del siglo XX», *Papeles de economía española*, 73 (1997), pp. 294-304.

PRO, Juan: "La política en tiempos del Desastre", en PAN-MONTOJO, Juan (coord.): *Más se perdió en Cuba: España, 1898 y las crisis de fin de siglo*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, pp. 191-215.

- PRO, Juan: “Una historia complicada”, *Revista de Libros*, 78 (2003), pp. 5-7.
- PRO, Juan: «Sujetos con poder en la España contemporánea» en RIVERA, Antonio, ORTIZ DE ORRUÑO, José María y UGARTE, José María (eds.): *Movimientos sociales en la España contemporánea*, Madrid, Abada, 2008, pp. 65-82.
- PUEYO, Javier: “Relaciones interempresariales y consejeros comunes en la banca española del siglo XX”, *Investigaciones de Historia Económica*, 6 (2006), pp. 137-168.
- PUEYO, Javier: “El comportamiento de la gran banca en España (1921-1974)”, *Estudios de Historia Económica*, 48 (2006), <<http://www.bde.es/f/webbde/SES/Secciones/Publicaciones/PublicacionesSeriadas/EstudiosHistoriaEconomica/Fic/roja48.pdf>>
- REY, Fernando del: *Propietarios y patronos. La políticas de las organizaciones económicas en la España de la Restauración (1914-1923)*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, 1992.
- REY, Fernando del: “Empresario”, en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES, Juan Francisco (dirs.): *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 469-477.
- RICHARD, Guy: *Le monde des affaires en Europe de 1815 à 1917*, Paris, A. Colin, 2000.
- RIESCO, Sergio: *La reforma agraria y los orígenes de la Guerra Civil. Cuestión yuntera y radicalización patronal en la provincia de Cáceres (1931-1940)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2006.
- ROBERTS, David: “The paterfamilias of the Victorian governing classes”, en WOHL, Anthony S.: *The Victorian family. Structure and stresses*, Londres, Croom Helm, 1978, pp. 59-81.
- ROBLEDO, Ricardo: “¿Quiénes eran los accionistas del Banco de España?”, *Revista de Historia Económica*, VI-3 (1988), pp. 557-591.
- ROBLEDO, Ricardo: *Economistas y reformadores españoles: la cuestión agraria (1760-1935)*, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, 1993.
- ROBLEDO, Ricardo: “La liquidación del patrimonio de los Patiño-Sentmenat en Salamanca (1910): ¿eutanasia del rentista?”, en GUTIÉRREZ y POCH, Miquel (coord.): *Doctor Jordi Nadal. La industrialización y el desarrollo económico de España*, vol. I, Barcelona, Universitat de Barcelona, 1999, pp. 541-558.
- ROBLEDO, Ricardo: “La cuestión agraria en España: de Canalejas a Vázquez Humasqué (1902-1936)”, *Areas*, 26 (2007), pp. 95-113.
- ROBLEDO, Ricardo: “El ojo del administrador. Política económica de una aristocracia en la Segunda República”, *Ayer*, 73 (2009), pp. 161-194.
- ROBLEDO, Ricardo: “Los males del latifundismo. La hora de la reforma agraria”, en VIÑAS, Ángel (ed.): *En el combate por la historia. La República, la guerra civil, el franquismo*, Barcelona, Pasado y Presente, 2012, pp. 101-121.
- ROBLEDO, Ricardo: “La expropiación agraria de la Segunda República”, en DIOS, Salustiano de; INFANTE, Javier, ROBLEDO, Ricardo y TORIJANO, Eugenia (coords.): *Historia de la propiedad. La expropiación*, Salamanca, Universidad de Salamanca y Servicio de Estudios del Colegio de Registradores, 2012, pp. 371-411.
- RODRIGO, Martín: “La Casa de Comercio de los Marqueses de Comillas (1844-1920): Continuidad y cambio en el capitalismo español”, en CASADO, Hilario y ROBLEDO, Ricardo

(eds.): *Fortuna y negocios. Formación y gestión de los grandes patrimonios (siglos XVI-XX)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2002, pp. 251-274.

RODRIGO, Martín y JACOBSON, Stephen: “Introducción”, *Historia Social*, 64 (2009), pp. 47-52.

RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: “Asociacionismo y defensa de la propiedad urbana. Madrid durante la Restauración”, *Historia Contemporánea*, 24 (2002), pp. 161-183.

RODRÍGUEZ CHUMILLAS, Isabel: *Vivir de las rentas. El negocio del inquilinato en el Madrid de la Restauración*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2002.

ROJO CAGIGAL, Juan Carlos: “Los industriales vascos y el Estado liberal: Industrialización y grupos de presión en la crisis de la Restauración”, en MOLINA, Fernando (ed.): *Extranjeros en el pasado. Nuevos historiadores de la España contemporánea*, Bilbao, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, 2008, pp. 213-238.

ROLDÁN, Santiago, GARCÍA DELGADO, José Luis y MUÑOZ, Juan: *La formación de la sociedad capitalista en España, 1914-1920*, 2 vols., Madrid, CECA, 1973.

ROMERO MAURA, Joaquín: “El caciquismo: tentativa de conceptualización”, *Revista de Occidente*, 127 (1973), pp. 15-44.

William D. RUBINSTEIN: *Men of property. The very wealthy in Britain since the Industrial Revolution*, Londres, Social Affairs Unit, 2006.

RUEDA LAFFOND, José Carlos: “Préstamo y finanzas durante la segunda mitad del siglo XIX: Una aproximación a la figura de los Urquijo”, *Historia Contemporánea*, 13-14 (1996), pp. 297-322.

RUIZ, Julius: *El terror rojo. Madrid, 1936*, Barcelona, Espasa, 2012.

SALGUES, Marie: “La fondation du Veloz Club: les élites madrilènes entre deux je(ux)”, *Les travaux du CREC en ligne*, 2 (2006), pp. 299-318, <<http://crec.univ-paris3.fr/loisirs/15-salgues.pdf>>

SAMBRICIO, Carlos: *Madrid, vivienda y urbanismo: 1900-1960*, Madrid, Akal, 2004.

SAN ROMÁN, Elena: *Ildefonso Fierro. La aventura de un emprendedor*, Madrid, LID, 2011.

SÁNCHEZ ASIAÍN, José Ángel: “La banca en la guerra civil”, en FUENTES QUINTANA, Enrique (dir.) y COMÍN, Francisco (coord.): *Economía y economistas españoles en la guerra civil*, vol. I, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores y Real Academia de Ciencia Morales y Políticas, 2008, pp. 733-776.

SÁNCHEZ ASIAÍN, José Ángel: *La financiación de la guerra civil español. Una aproximación histórica*, Barcelona, Crítica, 2012.

SÁNCHEZ MARROYO, Fernando: “La mujer como instrumento de perpetuación patrimonial”, *Norba*, 8-9 (1987), pp. 207-213.

SÁNCHEZ MARROYO, Fernando: *Dehesas y terratenientes en Extremadura. La propiedad de la tierra en la provincia de Cáceres en los siglos XIX y XX*, Mérida, Asamblea de Extremadura, 1993.

SÁNCHEZ ROBLES, José y GUTIÉRREZ, Carlos: *Samuel Flores. La pasión por el toro*, Albacete, Feria Taurina, 1996.

SANZ GARCÍA, José María: *Madrid, ¿Capital del capital español? Contribución a la geografía urbana y a las funciones geoeconómicas de la Villa y Corte*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1975.

SAPTARI, Ratna: "Rethinking Domestic Service", *International Review of Social History*, 44 (1999), pp. 77-85.

SARASÚA, Carmen: *Criados, nodrizas y amos. El servicio doméstico en la formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Madrid, Siglo XXI, 1994.

SAZ, Ismael: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003.

SCOTT, John: *The upper classes. Property and privilege in Britain*, Londres, Macmillan Press, 1982.

SCOTT, John: *Corporate business and capitalist classes*, New York, Oxford University Press, 1997.

SEIDMAN, Michael: *La victoria nacional. La eficacia contrarrevolucionaria en la Guerra Civil*, Madrid, Alianza Editoria, 2012.

SERRANO, Rafael: "El declive de una casa aristocrática en Castilla la Vieja y León: Los administradores de los Alburquerque en la primera mitad del siglo XX", en ROBLEDÓ, Robledo y LÓPEZ, Santiago (eds.): *¿Interés particular, bienestar público? Grandes patrimonios y reformas agrarias*, Zaragoza, PUZ, 2007, pp. 257-280.

SIERRA, José: *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1917)*, Madrid, Siglo XXI, 1990.

SIERRA, María: "Conceptos y discursos de representación", en SIERRA, María, PEÑA, María Antonia y ZURITA, Rafael: *Elegidos y elegibles. La representación parlamentaria en la cultura del liberalismo*, Madrid, Marcial Pons, 2010, pp. 303-499.

SPENGLER, Oswald: *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*, Barcelona, RBA, 2005 [1923].

SPENGLER, Oswald: *Los años decisivos*, Madrid, Espasa Calpe, 1934.

STILGOE, John R.: *Borderland: Origins of the American suburb, 1820-1939*, New Haven, Yale University Press, 1988.

SUÁREZ CORTINA, Manuel: "El proyecto sociopolítico del republicanismo español (1890-1936)", en DE LA CALLE VELASCO, María Dolores y REDERO SAN ROMÁN, Manuel: *Movimientos sociales en la España del siglo XX*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 2008, pp. 17-44.

TAUGER, Mark B.: *Agriculture in World History*, Oxon, Routledge, 2011.

TAYLOR, Antony: *Lords of misrule. Hostility to aristocracy in nineteenth and early twentieth-century Britain*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2004.

THOMPSON, Edward P.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Barcelona, Crítica, 1989 [1968].

THOMPSON, Francis Michael L. (ed.): *The rise of suburbia*, Leicester, Leicester University Press, 1982.

- THOMPSON, Francis Michael L.: *Gentrification and the Enterprise Culture. Britain 1780-1980*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press, 2003.
- TOBOSO, Pilar: “Empresarios y política en la dictadura de Franco”, *Ayer*, 66 (2007), pp. 143-173.
- TOBOSO, Pilar: “La fragmentación corporativa de la inspección fiscal en el franquismo”, en Juan PAN-MONTOJO (coord.): *Los inspectores de hacienda en España: una mirada histórica*, Madrid, CEF, 2007, pp. 57-84.
- TOBOSO, Pilar: “El empresario en el lenguaje del siglo XX: de explotador a gestor”, en PÉREZ LEDESMA, Manuel (ed.): *Lenguajes de modernidad en la Península Ibérica*, Madrid, Ediciones UAM, 2012, pp. 549-586.
- TOMASI DI LAMPEDUSA, Giuseppe: *El gatopardo*, Madrid, Espasa Calpe, 1997 [1958].
- TORRES, Eugenio: “Introducción”, en TORRES, Eugenio (dir.): *Los 100 empresarios españoles del siglo XX*, Madrid, Lid, 2000, pp. 19-23.
- TORRES, Eugenio (dir.): *Los 100 empresarios españoles del siglo XX*, Madrid, Lid, 2000.
- TORRES, Eugenio: “Comportamientos empresariales en una economía intervenida”, en SÁNCHEZ RECIO, Glicerio y TASCÓN FERNÁNDEZ, Julio (coords.): *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Barcelona, Crítica y Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2003, pp. 199-224.
- TORRES, Eugenio: “Los empresarios: entre la revolución y la colaboración”, en MARTÍNEZ RUIZ, Elena y MARTÍN ACEÑA, Pablo (coords.): *La economía de la Guerra Civil*, Madrid, Marcial Pons, 2006, pp. 431-460.
- TORRES, Eugenio: “Capitalismo”, en FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier y FUENTES, Juan Francisco (dirs.): *Diccionario político y social del siglo XX español*, Madrid, Alianza, 2008, pp. 167-175.
- TORRES, Eugenio y PUIG, Nuria: *El Banco Urquijo, un banco con historia (1918-2008)*, s.l., Ediciones Turner, 2008.
- TORTELLA, Gabriel: “Prólogo”, en TORRES, Eugenio (dir.): *Los 100 empresarios españoles del siglo XX*, Madrid, Lid, 2000, pp. 13-18.
- TORTELLA, Gabriel: “El Banco Central en el periodo de entreguerras o cómo llevar una empresa a la ruina”, *Estudis d’Història Econòmica*, 17-18 (2001), pp. 241-272.
- TORTELLA, Gabriel y GARCÍA RUIZ, José Luis: *Una historia de los Bancos Central e Hispano Americano. Un siglo de gran banca en España*, texto inédito, 1999.
- TORTELLA, Gabriel y GARCÍA RUIZ, José Luis: “Banca y política durante el primer franquismo”, en SÁNCHEZ RECIO, Glicerio y TASCÓN FERNÁNDEZ, Julio (coords.): *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Barcelona, Crítica y Publicaciones de la Universidad de Alicante, 2003, pp. 67-100.
- TRAVERSO, Enzo: “Interpreting Fascism: Mosse, Sternhell and Gentile in comparative perspective”, *Constellations*, 15-3 (2008), pp. 303-319.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel: *La España del siglo XIX*, Madrid, Akal, 1960.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel: *Historia y realidad del poder*, Madrid, Edicusa, 1967.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel: *Poder y sociedad en España, 1900-1931*, Madrid, Espasa, 1992.

- TURNER, Henry A.: *German big business and the rise of Hitler*, Nueva York, Oxford University Press, 1985.
- TUSELL, Javier: *Sociología electoral de Madrid, 1903-1931*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1969.
- TUSELL, Javier: *La segunda República en Madrid: Elecciones y partidos políticos*, Madrid, Tecnos, 1970.
- TUSELL, Javier: *La oposición democrática al franquismo*, Barcelona, Planeta, 1977.
- TUSELL, Javier: “Introducción al franquismo” en TUSELL, Javier, GENTILE, Emilio y DI FEBO, Giuliana (eds), SUEIRO, Susana (coord.): *Fascismo y franquismo. Cara a cara*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, pp. 25-31.
- VALLEJO, Rafael: “Los amillaramientos como fuente estadística: una visión crítica desde la contribución territorial”, *Historia Agraria*, 20 (2000), pp. 95-122.
- VARELA ORTEGA, José: *Los amigos políticos. Partidos, elecciones, y caciquismo en la Restauración (1875-1899)*, Madrid, Marcial Pons, 2001.
- VARELA ORTEGA, José (dir.): *El poder de la influencia. Geografía del caciquismo en España (1875-1923)*, Madrid, Marcial Pons, 2001.
- VARELA SUANZES, Joaquín: *Álvaro Flórez Estrada (1766-1853). Política, economía y sociedad*, 2005, Oviedo, Junta General del Principado de Asturias, 2004.
- VEBLEN, Thorstein: *Teoría de la clase ociosa*, Madrid, Alianza Editorial, 2004 [1899].
- VERDOY, Alfredo: *Los bienes de los jesuitas. Disolución e incautación de la Compañía de Jesús durante la Segunda República*, Madrid, Trotta, 1995.
- VILLACORTA, Francisco: *El Ateneo científico, literario y artístico de Madrid: 1885-1912*, Madrid, CEH y CSIC, 1985.
- VILLACORTA, Francisco: *Profesionales y burócratas. Estado y poder corporativo en la España del siglo XX, 1890-1923*, Madrid, Siglo XXI, 1989.
- VILLACORTA, Francisco: “Los ateneos liberales. Política, cultura y sociabilidad intelectual”, *Hispania*, 214 (2003), pp. 415-442.
- VIÑAS, Ángel: “Una carrera diplomática y un ministerio de Estado desconocidos”, en VIÑAS, Ángel (dir.): *Al servicio de la República. Diplomáticos y guerra civil*, Madrid, Marcial Pons y Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, 2010, pp. 267-424.
- WASSON, Ellis A.: *Aristocracy and the modern world*, Houndmills, Basingstoke, Hampshire y Nueva York, Palgrave Macmillan, 2006.
- WEBER, Max: *Economía y sociedad*, México, FCE, 1964 [1922].
- WOLF, Eric R.: “Aspects of Group Relations in a Complex Society: Mexico” en HEATH, Dwight y ADAMS, Richard (eds.): *Contemporary Cultures and Societies in Latin America*, Nueva York, Random House, 1965.
- YOUNG, Linda: *Middle-class culture in the nineteenth century: America, Australia and Britain*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2003.

ZAMAGNI, Vera: "The rich in a late industrialiser: The case of Italy, 1800-1945", en RUBINSTEIN, William D. (ed.): *Wealth and the wealthy in the Modern world*, Londres, Croom Helm, 1980, pp. 122-166.

ZETLIN, Maurice: *The large corporation and contemporary classes*, Cambridge, Polity Press, 1989.

ZOZAYA MONTES, María: *Del ocio al negocio. Redes y capital social en el Casino de Madrid, 1836-1901*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2007.

ZOZAYA MONTES, María: *El Casino de Madrid: Ocio, sociabilidad, identidad y representación social*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 2008.

Índice de tablas, gráficos e imágenes

Tablas

Capítulo, número	Título	Página
1.1	Los diez mayores capitalistas. Madrid, 1941	38
1.2	Estimación del Banco de España de la fortuna del Conde de Romanones, junio de 1934	41
1.3	Los diez consejeros mejor retribuidos. Madrid, 1941	44
1.4	Remuneración del consejo de Electra de Viesgo, 1933	49
1.5	Rentas del trabajo de Valentín Ruiz Senén e Ignacio Herrero de Collantes, 1941-1942	50
1.6	Capitalistas y consejeros. Deducciones por créditos tomados sobre los ingresos brutos, 1940-1945	53
1.7	Los diez mayores capitalistas. Madrid, 1954	62
1.8	Los diez consejeros mejor retribuidos. Madrid, 1954	63
2.1	Los diez mayores terratenientes. Madrid, 1940-1945	71
2.2	Número de provincias en que tienen fincas los terratenientes residentes en Madrid, 1940-1944	75
2.3	Terratenientes. Deducciones por créditos tomados sobre los ingresos brutos, 1940-1945	77
2.4	Los veinte mayores terratenientes residentes en Madrid, 1954	81
2.5	Evolución del patrimonio rústico de grandes de España, 1932-1954	86
2.6	Número de provincias en que tienen fincas la aristocracia terrateniente, 1954	87
2.7	Resumen del Diario de operaciones de la testamentaría del duque de Fernán Núñez, 1939-1945	90
3.1	Estimación de la distribución de la renta urbana. Madrid, 1929	99
3.2	Los diez mayores contribuyentes por territorial y subsidio. Madrid, 1930	100
3.3	Los veinte mayores propietarios urbanos. Madrid, 1941-1943	104
3.4	Propietarios urbanos. Deducciones por créditos tomados sobre los ingresos brutos, 1939-1943	110

3.5	Los veinte mayores propietarios urbanos. Madrid, 1954	115
5.1	Definición socioprofesional de los grandes contribuyentes. Madrid, 1930	132
5.2	Definición socioprofesional de los grandes contribuyentes nobles y no nobles. Madrid, 1930	133
6.1	Definición socioprofesional de los hijos varones adultos de los grandes contribuyentes. Madrid, 1930	166
7.1	Vivienda de los grandes contribuyentes. Madrid, 1930	180
7.2	La primera fase de abandono de palacios y hoteles. Madrid, 1936-1944	194
8.1	Gastos domésticos de la Casa de los duques de Fernán Núñez. 1931	208
8.2	Gastos domésticos de la familia de José Luis de Oriol y Urigüen, 1933	208
8.3	Trabajadores domésticos internos de los grandes contribuyentes de Madrid, 1930	211
8.4	Trabajadores domésticos varones de los grandes contribuyentes de Madrid, 1930	211
8.5	Características de los hogares de los grandes contribuyentes. Madrid, 1930	212
8.6	Organización del personal de la Casa de Fernán Núñez, 1925	215
8.7	Principales compradores de automóviles entre las clases altas de Madrid, 1925-1932	223
9.1	Resumen de las fiestas organizadas por los duques de Fernán Núñez, 1914-1925	243
12.1	Participación política de los grandes contribuyentes varones en los Parlamentos de la Restauración (1901-1923)	292
12.2	Principales financiadores de la conspiración monárquica (1932)	311
A.1	Criterios para la selección de las élites económicas tomando como referencia las declaraciones de la renta. Madrid, 1939-1953	366
A.2	Resumen de contribuyentes y cuotas pagadas por Contribución Territorial. Madrid ciudad, 1929	374
A.3	Grandes empresas incluidas en el índice bursátil, 1925-1940	377
A.4	Capitalistas residentes en Madrid, 1941-1944	382
A.5	Consejeros residentes en Madrid, 1940-1944	383
A.6	Capitalistas residentes en Madrid, 1954	386

A.7	Consejeros residentes en Madrid, 1954	387
A.8	Terratenientes residentes en Madrid, 1940-1945	389
A.9	Terratenientes residentes en Madrid, 1954	391
A.10	Rentistas urbanos residentes en Madrid, 1939-1943	393
A.11	Rentistas urbanos residentes en Madrid, 1954	397
A.12	Ingresos brutos del marqués de Villabrágima en el ejercicio de la abogacía, 1915-1936	401
A.13	Cuenta de pérdidas y ganancias de José Luis de Oriol, 1927-1934	402
A.14	Balance patrimonial de José Luis de Oriol, 1926-1934	402
A. 15	Cuenta de pérdidas y ganancias del marqués de Aledo, 1930-1945	403
A. 16	Balance patrimonial del marqués de Aledo, 1930-1952	404
A. 17	Cuenta de pérdidas y ganancias de la testamentaria del duque de Fernán Núñez, 1939-1945	405
A. 18	Cuenta de pérdidas y ganancias del conde de Gamazo, 1939-1961	406
A. 19	Grandes contribuyentes de Madrid (1932) que fueron diputados en las Cortes (1901-1923)	407

Gráficos

Capítulo, número	Título	Página
1.1	Distribución de la renta de los capitalistas de Madrid, 1941-1944	48
1.2	Distribución de la renta de los consejeros de Madrid, 1940-1944	49
1.3	Distribución de los ingresos del capital mobiliario de los consejeros y capitalistas de Madrid, 1940-1944	51
1.4	Índice de cotización de la Bolsa de Madrid, 1925-1960	59
1.5	Índices general de la Bolsa de Madrid y del sector de la construcción, 1940-1955	61
1.6	Ingresos brutos de José Luis de Oriol y de Ignacio Herrero de Collantes, 1927-1945	64
1.7	Ingresos netos del conde de Gamazo, 1939-1961	65
2.1	Distribución de la renta de los terratenientes de Madrid, 1940-1945	74
2.2	Distribución de los ingresos del capital mobiliario de los terratenientes de Madrid, 1940-1945	77
2.3	Distribución de la renta de la aristocracia terrateniente de Madrid, 1954	85
3.1	Distribución de la renta de los propietarios urbanos de Madrid, 1939-1943	107
3.2	Distribución de la renta del capital mobiliario de los propietarios urbanos de Madrid, 1939-1943	107
3.3	Índice nacional de los precios de alquiler, 1920-1960	113
4.1	Porcentaje de la renta nacional correspondiente al grupo de altos ingresos (percentil 0,01%) en España, 1932-1961	121
4.2	Porcentaje de la renta nacional correspondiente al grupo de altos ingresos (percentil 0,01%). Francia, Reino Unido y EEUU, 1913-1950	125
8.1	Ingresos netos y gastos domésticos del marqués de Aledo, 1930-1945	231
8.2	Ingresos netos y gastos domésticos del conde de Gamazo, 1939-1961	231
8.3	Media de empleados domésticos de los grandes contribuyentes. Madrid, 1930-1954	232
A.1	Rentas del trabajo del marqués de Aledo, 1930-1947	371
A.2	Renta neta del conde de Gamazo, 1939-1956	372

Imágenes

Capítulo, número	Título	Página
3.1	Caricatura del edificio Capitol, su propietario y su director	109
5.1	Retrato del conde de Gamazo (c. 1930)	137
5.2	Retrato de Valentín Ruiz Senén (1934)	138
5.3	Retrato de Ildefonso González-Fierro (1946)	138
6.1	Retrato de la marquesa de Argüeso y sus hijos (1909)	161
6.2	Retrato de Rosario de Garnica y Mansi	168
6.3	Fotografía de M ^a Luisa Gómez-Lacacette	168
7.1	Distribución por distritos de la residencia de los grandes contribuyentes. Madrid, 1930	172
7.2	Proyecto de prolongación del paseo de la Castellana (1917)	177
7.3	Fotografía del palacio del marqués de Amboage (1919)	181
7.4	Fotografía del jardín del palacio de los duques de Montellano (1941)	189
7.5	Fotografía del paseo de la Castellana (1950)	199
7.6	Vista de una calle en la ciudad Puerta de Hierro (1951)	202
7.7	Fotografía de una piscina de piscina de una residencia de clase alta (1951)	203
8.1	El duque de Alba entregando los premios de la Diputación de la Grandeza (c. 1945)	219
8.2	Anuncio de Cadillac (1929)	225
9.1	Reunión de salón en casa del embajador de Bélgica (1951)	260
13.1	“Esquela” de Álvaro Figueroa y Alonso Martínez (1931)	301
A.1	La Contribución sobre la Renta y el sistema fiscal español, 1932-1953	363